Alejandro Dumas

LA GUERRA DE LAS MUJERES

La Guerra de las Mujeres

Por

Alexandre Dumas

Freeditorial

I

La cita en medio del río

En otro tiempo se elevaba un hermoso pueblo de blancas casas y rojizos techos, casi encubiertos por los tilos y las hayas, a muy poca distancia de Liburnia, alegre villa que se refleja en las rápidas aguas del Dordoña, entre Fronsac y San Miguel de la Rivera. Por entre sus casas, simétricamente alineadas, pasaba el camino de Liburnia a San Andrés de Cubzac, formando la única vista que disfrutaban aquéllas. A poco más de cien pasos de una de estas hileras de casas, se extiende serpenteando el río, cuya anchura y poderío empiezan a anunciar, desde aquel sitio, la proximidad del mar.

Pero la guerra civil había estampado sus desoladoras huellas en aquel país, destruyendo las árboles y los edificios, expuestos a todos sus caprichosos furores; y no pudiendo huir, como lo hicieran sus habitantes, se deslizaron poco a poco sobre los céspedes, protestando a su modo contra la barbarie de las revoluciones intestinas; empero la tierra, que sin duda ha sido creada para servir de tumba a todo cuanto fue, ha ido cubriendo lentamente el cadáver de aquellas casas, tan graciosas y alegres en otro tiempo; la hierba ha brotado sobre aquel suelo ficticio, y el viajero que hoy camina por la senda solitaria, no podrá sospechar al ver aparecer sobre los montecillos desiguales, alguno de esos numerosos rebaños tan comunes en el mediodía; que ovejas y pastores huellan indiferentes el cementerio en que reposa una aldea.

Por el tiempo a que nos referimos, es decir, hacia el mes de mayo de 1650, la aldea en cuestión, se extendía por ambos lados del camino, que como una grande arteria la alimentaba con un lujo, deslumbrador de vegetación y de vida; el forastero que entonces la atravesara, se detendría con gusto a observar los aldeanos ocupados en uncir y desuncir los caballos de sus carretas, los bateleros arrojando a la ribera de sus redes, en las que se agitaban bulliciosos los peces blancos y rosados del Dordoña, y los herreros que golpeando rudamente sobre el yunque hacían brotar, bajo el peso de su mano, multitud de centellas divergentes, que a cada golpe de sus martillos iluminaban la atezada concavidad de sus fraguas.

Sin embargo, lo que más le habría encantado sobre todo, si el camino le hubiese dado ese apetito proverbial entre los postillones, hubiera sido una casa larga, que estaba situada a unos quinientos pasos de la aldea, y que sólo se componía de dos pisos, bajo y principal; la cual exhalaba por su chimenea ciertos vapores, y por sus ventanas ciertos aromas, con los que, mucho mejor que con la figura del becerro dorado pintada sobre una plancha de hierro y suspendido de una varilla del mismo metal clavada en la tablazón del primer

piso, se indicaba el encuentro de una de esas casas hospitalarias, cuyos moradores, mediante cierta retribución, toman a su cargo el reparar las fuerzas de los viajeros.

Sin duda se me preguntará cuál era la causa de que el parador del «Becerro de Oro» estuviese situado a quinientos pasos de la aldea, siendo así que podía haber estado alineado entre las lindas casas agrupadas a uno y otro lado del camino.

A lo cual podré contestar desde luego, que por muy escondido que estuviese en aquel rincón de tierra el huésped era, en punto a cocina, un artista de primer orden. Dándose a conocer, bien en medio, o ya a la extremidad de una de las dos largas aceras que formaban la aldea, pues corría peligro de ser confundido con cualquiera de aquellos bodegoneros, que se veía precisado a admitir como cofrades suyos, pero que no podía decidirse a mirarlos como iguales; por el contrario aislándose, llamaba sobre sí las miradas de los inteligentes en la materia, los que si una vez habían probado los manjares de su cocina, se decían unos a otros: cuando vayáis de Liburnia a San Andrés de Cubzac, o de San Andrés de Cubzac a Liburnia, no dejéis de deteneros a desayunar, comer o cenar en el parador del «Becerro de Oro», que está a quinientos pasos de la pequeña aldea de Matifou.

Ya se ve, los inteligentes que paraban, salían contentos y enviaban a otros nuevos; de suerte que el hábil posadero hacía poco a poco su fortuna, sin que por esto, cosa rara, dejase su casa de permanecer a la misma altura gastronómica; lo que prueba, como ya lo hemos dicho, que Maese Biscarrós era un verdadero artista.

En una de esas hermosas tardes del mes de mayo, en que la naturaleza ya reanimada en el mediodía, empieza a reanimarse en el Norte, se desprendían de las chimeneas y ventanas del parador del «Becerro de Oro», un humo más denso, y olores mucho más suaves que los de costumbre, al mismo tiempo que en el umbral de la casa, estaba Maese Biscarrós en persona, vestido de blanco, según la usanza de los sacrificadores de todos los tiempos y países, desplumando con sus augustas manos algunas codornices y perdices, destinadas a uno de aquellos exquisitos banquetes que él sabía tan perfectamente disponer, y que según su costumbre —consecuencia constante del amor que a su oficio tenía—, dirigía hasta en sus más pequeños pormenores.

El sol tocaba el ocaso; las aguas del Dordoña, que en uno de los tortuosos rodeos de que está sembrado su curso se alejaban del camino como un cuarto de legua, hasta besar los cimientos del pequeño fuerte de Vayres, que empezaban a blanquearse bajo las negras sombras del ramaje; un no sé qué de tranquilo y melancólico se difundía por la campiña a merced de las brisas

vespertinas; los abrigos permanecían con sus caballos desuncidos, y los pescadores con sus redes mojadas, los murmullos de la aldea se iban extinguiendo poco a poco, dejando de resonar el golpe de martillo, y dando fin a las labores del día, comenzaba a oírse el primer canto del ruiseñor en el bosquecillo vecino.

A las primeras notas que se escaparon de la garganta del alado cantor, Maese Biscarrós se puso también a cantar, por acompañarle sin duda; resultando de esta rivalidad filarmónica y de la atención que el posadero prestaba a su tarea, que dejase de percibir una pequeña tropa compuesta de seis caballeros que aparecían a la extremidad del pueblo de Matifou, y que se dirigían a su posada.

Pero una interjección lanzada desde una ventana del primer piso, y el movimiento rápido y agitado con que cerraron aquella ventana, hicieron abrir los ojos al digno posadero; y entonces vio al caballero que caminaba a la cabeza de tropa avanzar directamente hacia él.

Hemos dicho con alguna impropiedad directamente, porque aquel hombre se detenía cada veinte pasos, lanzando a derecha e izquierda miradas escudriñadoras y desentrañando, digámoslo así, de una sola ojeada senderos, árboles y breñas; con una mano sostenía un mosquete, que descansaba sobre su muslo, hallándose al parecer dispuesto, tanto al ataque como a la defensa, y dirigiendo de vez en cuando una seña a sus compañeros, que imitaban en todo sus movimientos, para que se pusiera en marcha; entonces se aventuraba a dar algunos pasos, y empezaba nuevamente la maniobra.

Biscarrós seguía al caballero con los ojos; y de tal suerte le preocuparon sus singulares movimientos, que durante todo aquel espacio se olvidó de arrancar del cuerpo del ave las plumas que tenía entre el índice y el pulgar.

«Es un caballero que busca mi casa, —dijo Biscarrós— pero sin duda el digno hidalgo es miope; y eso que mi “Becerro de Oro” hace poco que fue restaurado, y el bulto de la muestra es considerable. Veamos, pongámonos en relieve».

Y Maese Biscarrós se colocó en medio del camino, donde continuó desplumando su pájaro con maneras llenas de pompa y majestad.

Este movimiento produjo el resultado que esperaba; apenas el caballero lo vio cuando espoleó su caballería con dirección a él, y saludándole cortésmente, le dijo:

—Maese Biscarrós; ¿habéis visto llegar por este lado una partida de gente de guerra, amigos míos que deben venir en mi busca? Gentes de guerra es demasiado decir; ¡llamémosles gente de espada, o gente armada, en fin! ¡Sí, gente armada, esto da mejor idea! ¿Habéis, pues, visto una pequeña partida de

gente armada?

Biscarrós, lisonjeado hasta lo sumo de verse llamar por su nombre, saludó a su vez afablemente, sin haber observado que el extranjero, a un sólo golpe de vista dirigido sobre su posada, había leído su nombre y calidad en la muestra, como también la identidad del propietario sobre su significativa figura.

En cuanto a gente armada, caballero, respondió después de reflexionar un momento, no he visto más que a un hidalgo y su escudero, que hará cosa de una hora paran en mi fonda.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo el extranjero acariciando su rostro casi imberbe, y sin embargo lleno de virilidad—; ¡ah! ¡Ah! ¡Está un hidalgo con su escudero en vuestro parador! Y los dos armados, ¿no es así?

—Sí, señor; ¿queréis que mande a decir a ese hidalgo que deseáis hablarle?

—No —repuso el extranjero—; eso no estaría en el orden. Inquietar así a un desconocido, sería tal vez tratarle con demasiada familiaridad, sobre todo si el incógnito es persona de calidad. No, no, Maese Biscarrós; ¿si quisierais describírmelo, o más bien enseñármele sin que él me pudiese ver?

—Enseñárosle es muy difícil, señor, mayormente cuando parece que él trata de ocultarse, puesto que cerró su ventana en el momento mismo de aparecer vos y vuestros compañeros en el camino; describíroslo me parece más a propósito; es un jovencito rubio y delicado, de unos diez y seis años escasos, y que parece tener apenas fuerza suficiente para llevar el espadín que pende de su tahalí.

La frente del extranjero se plegó bajo la sombra de un recuerdo.

—Bien, bien —contestó—, ya sé por quién lo dices; por un señorito rubio y afeminado que monta un caballo árabe, y le acompaña un viejo escudero, entero como una asta de pica; no es ése al que busco.

—¡Ah! ¡No está ése a quien busca el señor! —dijo Biscarrós.

—No.

—Pues bien, si el señor trata de esperar al que busca, y que sin duda no puede menos de pasar por aquí, pues no hay otro camino, debe entrar en mi fonda y refrescar, tanto él como sus compañeros.

—Gracias; no necesito más que daros gracias… y preguntaros, ¿qué hora será?

—Las seis están dando en este momento en el reloj del lugar, caballero; ¿no escucháis el fuerte sonido de la campana?

—Bien. Ahora me queda pediros un último favor, Maese Biscarrós.

—Con mucho gusto.

—Decidme, si os place, ¿cómo podría procurarme un bote y un remero?

—¿Para atravesar el río?

—No, para pasearme por él.

—Nada más fácil; el pescador que me surte de pescado… ¿Os gusta el pescado, señor? —preguntó a manera de paréntesis Biscarrós, volviendo de nuevo a su idea de hacer cenar el extranjero en su casa.

—Es un mediano plato —respondió el viajero—; sin embargo, cuando está sazonado convenientemente, no le hago asco.

—¡Ah! Señor; yo siempre tengo un pescado excelente.

—Os doy la enhorabuena, Maese Biscarrós; pero volvamos a lo que nos trae.

—Tenéis razón; pues bien, a esta hora ya habrá concluido su jornada, y probablemente estará comiendo.

—Desde aquí podéis ver su barca amarrada a unos sauces; mirad, allá abajo, junto a aquel olmo. Su casa está detrás de esa mimbrera; estoy seguro que le encontraréis a la mesa.

—Gracias, Maese Biscarrós —dijo el extranjero—; y haciendo señas a sus compañeros para que le siguieran, guio rápidamente hacia los árboles, y llamó en la cabaña designada. La mujer del pescador abrió la puerta.

Como había dicho Maese Biscarrós, el pescador estaba comiendo.

—Toma tus remos —dijo el caballero—, y sígueme; se trata de ganar un escudo.

El pescador se levantó con una precipitación que atestiguaba la poca liberalidad que usaba en sus negociaciones el hostelero del «Becerro de Oro».

—¿Es tal vez para bajar a Vayres? —preguntó.

—Es únicamente para conducirme al medio del río, y permanecer allí durante algunos minutos.

El pescador abrió cada ojo como un plato al escuchar el capricho del extranjero; y como se trataba de ganar un escudo, y además había visto a veinte pasos del caballero que había llamado a su puerta, destacarse el perfil de sus compañeros, no puso la menor dificultad, pensando con razón que el menor indicio de falta de voluntad, traería consigo el empleo de la fuerza; y que en tal caso perdería la recompensa ofrecida.

Así, pues, se apresuró a decir al extranjero que él, su barca y sus remos

estaban a sus órdenes.

Encaminóse la pequeña tropa hacia el río; y mientras que el extranjero se dirigió hasta la orilla del agua, la tropa se detuvo en lo alto de la pendiente, colocándose, sin duda por temor de una sorpresa, de modo que pudiesen ver en todas direcciones. Desde el punto establecido podían a la vez dominar la llanura que se extendía a sus espaldas, y proteger a la embarcación que se balanceaba a sus pies.

El extranjero, que era un joven alto, rubio, pálido y nervioso, aunque enjuto, y de una fisonomía perspicaz, si bien rodeaba sus ojos azules un círculo ceniciento, y vagaba sobre sus labios una expresión de cinismo vulgar; el extranjero, decimos, revisó sus pistolas con cuidado, colgóse el mosquetón a lo bandolero, requirió un largo espadón, y fijó sus atentas miradas en la ribera opuesta; vasta pradera por lo que cruzaba un sendero que partiendo del ribazo del río, terminaba en línea recta en la villa de Ison, cuyo pardusco campanario y blanquecinas humaredas, se percibían sobre los dorados celajes de la tarde.

Por el otro lado, a la derecha, y casi a la distancia de medio cuarto de legua, se elevaba el fuertecillo de Vayres.

—¡Vamos! —dijo el extranjero que empezaba a impacientarse, dirigiéndose a los centinelas—; ¿viene, o no?…

—¿Le veis por fin asomar a derecha o izquierda, por delante o por detrás?…

—Me parece —dijo uno de aquellos hombres— distinguir un grupo por el camino de Ison; pero no estoy bien seguro, porque el sol me deslumbra. Mirad, sí, eso es, uno, dos, tres, cuatro, cinco hombres, precedidos por uno que lleva un sombrero galoneado y una capa azul. Es sin duda el mensajero que esperamos, que se habrá hecho escoltar para mayor seguridad.

—Está en su derecho —respondió flemáticamente el extranjero—. Venid a tener mi caballo, Ferguzón.

El personaje a quien había sido dirigida esta orden en tono medio amistoso, medio imperativo, se apresuró a obedecer, y bajó la colina; durante este intervalo el extranjero echó pie a tierra, y al momento que el otro llegó, le puso la brida sobre el brazo y se dispuso para pasar al bote.

—Escuchad —dijo Ferguzón poniéndole la mano sobre el brazo—; ¡no convienen valentías inútiles, Cauviñac! Si veis el menor movimiento sospechoso por parte de vuestro hombre, empezad por alojarle una bala en la cabeza.

—Ya veis cómo se hace acompañar de buena tropa el astuto compadre.

—Sí, pero es menos fuerte que la nuestra. Les aventajamos en valor y en

número, y no tenemos por qué temer.

—¡Ah! ¡Ah! Ya asoman allí sus cabezas.

—¡Ah! ¡Diablos! ¿Y cómo se las van a arreglar? —dijo Ferguzón—; no podrán encontrar un batel. ¡Oh! Sí tal; ved, allí aparece uno como por encanto.

—Es el de mi primo, barquero de Ison, van a arreglar —dijo el pescador, a quien parecía le interesaban demasiado aquellos preparativos, y temblaba a la idea de si iría a suscitarse un combate naval a bordo de su chalupa y la de su primo.

—Bueno, mirad, ya se embarca el de la capa azul —dijo Ferguzón—, y solo, a fe mía, conforme con las estrictas condiciones del tratado.

—No le haremos esperar —dijo el extranjero—, y saltando en el batel a su vez, indicó al pescador que tomase su puesto.

—Mucho cuidado, Rolando —repitió Ferguzón, volviendo a sus prudentes recomendaciones—. El río es ancho, no vayáis a aproximaros demasiado a la ribera opuesta, que os saluden con una descarga de mosquetería, sin que podamos contestarles; conteneos si es posible a la parte de acá de la línea de demarcación.

Aquél a quien Ferguzón había llamado unas veces Rolando y otras Cauviñac, y que igualmente respondía a uno y otro nombre, sin duda porque el uno sería de pila, y el otro apellido de familia o nombre de guerra, hizo un movimiento de cabeza, diciendo:

—Nada temas, ya está todo previsto, podrán cometer algunas imprudencias los que nada tienen que perder, pero el negocio es demasiado interesante para que yo me exponga tontamente a perder el fruto; si se comete alguna imprudencia, no será por parte mía, al remo, batelero.

El pescador soltó su amarra, hundió su largo botador entre las hierbas, y la barca empezó a alejarse de la orilla al mismo tiempo que partía de la ribera opuesta la chalupa del pescador de Ison. Había en medio del agua una pequeña estacada compuesta de tres troncos, y sobre ella un trapo blanco, que servía para indicar a los buques largos de transporte que bajaban por el Dordoña, la existencia de un banco de rocas de peligroso acceso. A la simple vista podía percibirse en el reflejo de las aguas, las puntas negras y lisas de las rocas, que se hallaban a corta distancia de la superficie del río; pero en aquel momento en que el Dordoña estaba lleno, sólo indicaba la presencia del escollo el pequeño trapo y el leve hervidero de las aguas.

Sin duda los dos remeros comprendieron que aquel punto era el más a propósito para la conjunción de los dos parlamentarios; y ambos dirigieron los esquifes a aquel punto. El primero que abordó fue el barquero de Ison, el cual,

por orden de su pasajero, ató su batel a una de las argollas de la estacada.

En este momento, el pescador que había salido de la ribera opuesta, se volvió hacia su viajero para recibir sus órdenes, y quedó en extremo sorprendido de no hallar en su barca otra cosa que un hombre enmascarado y envuelto en una capa.

El miedo que nunca le faltaba, se redobló entonces, y sólo balbuceando, se atrevió a pedir sus órdenes a aquel extraño personaje.

—Amarra el bote a ese leño; lo más cerca que puedas de la barca del señor —dijo Cauviñac extendiendo la mano hacia uno de los troncos.

Y la mano con que indicaba pasó del tronco designado, al hidalgo conducido por el barquero de Ison.

Obedeció el pescador, y las dos barcas arrastradas por la corriente borde, dieron lugar a que los dos plenipotenciarios entrasen en la conferencia siguiente.

II

La carta y la firma en blanco

—¡Cómo, os habéis enmascarado caballero! —dijo con una sorpresa mezclada de indignación el recién venido—, éste era un hombre grueso, de unos cincuenta y ocho años, de mirada fija y severa como la de un ave de presa, bigotes y pera grises; y que si bien no se había puesto máscara, había por lo menos ocultado lo posible sus cabellos y su semblante bajo un ancho sombrero galoneado, y su cuerpo y vestidos bajo una capa azul de largos pliegues.

Cauviñac, al observar más de cerca el personaje que acababa de dirigirle la palabra, no pudo a pesar suyo dejar de manifestar su sorpresa con un movimiento involuntario.

—¿Qué tenéis caballero? —preguntó el hidalgo.

—Nada, señor; que estuve a pique de perder el equilibrio. Pero, si mal no recuerdo, creo que me hacíais el honor de dirigirme la palabra; ¿qué me decíais, pues?

—Os pregunté, ¿por qué estabais enmascarado?

—A tan franca pregunta —repuso el joven— voy a responderos con igual franqueza, me he enmascarado para que no me veáis el rostro.

—¿Le conozco, pues?

—Creo que no; pero habiéndome visto una vez, podríais reconocerme más tarde; lo cual, al menos en mi opinión, es una cosa enteramente inútil.

—¡Sois bastante franco!

—Sí, cuando mi franqueza no me perjudica.

—¿Y se extiende esa franqueza hasta revelar los secretos ajenos?

—Sí cuando esa revelación puede reportarme utilidad.

—Es muy singular el estado en que os encontráis.

—¡Diablos! Se hace lo que se puede, amigo. Yo he sido consecutivamente abogado, médico soldado y partidario; ya veis si me faltará profesión en que ocuparme.

—¿Y qué sois ahora?

—Soy vuestro servidor —dijo el joven inclinándose con afectado respeto —. ¿Tenéis la carta en cuestión?

—¿Tenéis la firma en blanco pedida?

—Vedla aquí.

—¿Queréis que cambiemos?

—Esperad un poco, caballero, me agrada vuestra conversación, y no quisiera perder tan pronto el placer que me causa.

—Siendo así, caballero… la conversación y la persona están a vuestra disposición, hablemos, pues, si esto puede seros agradable.

—¿Queréis que yo pase a vuestro bote, o preferís pasar al mío, a fin de que en el batel que quede libre estén los dos remeros lejos de nosotros?

—Es inútil, caballero. ¿Vos habláis sin duda una lengua extranjera?

—Sí, el español.

—Yo también; y así podemos hablar con español, si os conviene.

—¡A las mil maravillas! ¿Qué razón habéis tenido —continuó el hidalgo adoptando desde luego el idioma convenido—, para revelar al duque de Epernón la infidelidad de la señora que nos ocupa?

—Le he querido prestar un servicio a tan digno señor, y hacerme acreedor a su perdón.

—¿Es decir que queréis mal a la señora de Lartigues?

—¿Yo?, todo lo contrario; le debo algunas obligaciones, lo confieso

francamente, y sentiría en extremo que le sucediese algún mal.

—¿Entonces tenéis por enemigo al señor barón de Canolles?

—Nunca lo he visto, y tan sólo le conozco por su fama; y ésta, debo decirlo, no es otra que la de un caballero galante, y un hidalgo bizarro.

—¿Según eso no es el odio el que os hace obrar así?

—¡Rayos! Si yo aborreciese al señor barón de Canolles, le propondría romperse la cabeza, o darse de estocadas conmigo, y es un caballero muy atento, para que rehusase un partido de esa naturaleza.

—¿Es decir que me tengo que sujetar únicamente a lo que me habéis dicho?

—Me parece que es lo mejor que podéis hacer.

—¡Está bien! ¿Vos tenéis la carta que prueba la infidelidad de la señorita de Lartigues?

—Vedla aquí; es la segunda vez que os la enseño.

El viejo hidalgo lanzó de lejos una mirada llena de tristeza sobre el fino papel, a través del cual se distinguían los caracteres. El joven desplegó la carta lentamente, y dijo:

—Reconocéis bien la letra, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues dadme la firma en blanco, y os entregaré la carta.

—Así lo haré, mas permitidme que os haga una pregunta.

—Hablad, caballero.

Y entretanto el joven volvió a doblar con calma la carta, y la guardó en el bolsillo.

—¿Cómo habéis adquirido ese billete?

—Os lo diré con mucho gusto.

—Ya os escucho.

—Vos no ignoráis que el Gobierno, un tanto dilapidador del duque de Epernón, le ha suscitado grandes turbulencias en Guiena.

Bien, adelante.

—Tampoco ignoráis que el Gobierno, honrosamente avaro del señor de Mazarino, le ha suscitado grandes inconvenientes en la capital.

—¿Y qué tenemos que ver ahora con el señor de Mazarino y el señor de

Epernón?

—Escuchad, de estos dos gobiernos opuestos, ha nacido un estado de cosas muy parecido a una guerra general, en la que cada cual toma un partido. El señor de Mazarino está haciendo en este momento la guerra por la reina; vos la hacéis por el rey, el señor coadjutor, por el señor de Beaufort, el señor de Beaufort, la hace por la señora de Montbazón, el señor de Larochefoucault, por la señora de Longueville, el señor duque de Orléans, por la señorita Soyón, el parlamento, por el pueblo, y por último, ha sido reducido a prisión el señor de Condé, que la hacía por la Francia. Pero como yo no podría ganar gran cosa haciendo la guerra por la reina, por el rey, por el señor coadjutor, por el señor de Beaufort, por la señora de Montbazón, por la señora de Longueville, por la señorita Soyón, por el pueblo o por la Francia, me ha ocurrido la idea de no adoptar ningún partido, pero sí de seguir a aquél por el cual me siento momentáneamente arrastrado. Aquí, amigo, todo es un puro cálculo de conveniencia, ¿qué os parece la idea?

—Ingeniosa.

—En su consecuencia he levantado un ejército. Vedle allí acampado sobre la ribera del Dordoña.

—Cinco hombres, ¡miserables!

—Eso es lo que vos no tenéis, y hacéis muy mal en desperdiciarlo.

—¡Tan mal vestidos! —continuó el viejo hidalgo, que estando de muy mal humor, se hallaba dispuesto a despreciarlo todo.

—Es cierto —repuso su interlocutor— que se parecen mucho a los compañeros de Falstaff. Debéis saber que Falstaff es un hidalgo inglés conocido mío; pero esta noche han de quedar vestidos de nuevo, y si les volvéis a encontrar mañana, ya veréis que son muy guapos chicos.

—Volvamos a vos; vuestra gente no me interesa.

—Está bien; haciendo la guerra por mi cuenta, nos encontramos con el recaudador del distrito, que iba de pueblo en pueblo, engrosando la bolsa de Su Majestad; y como solamente le quedaba una cuota que recoger, le hicimos escolta fiel, yo lo confieso, al mirar aquellas alforjas tan henchidas, tuve deseos de hacerme partidario del rey.

—Pero el diablo todo lo revuelve, estábamos de mal humor contra el señor de Mazarino, y las quejas que por todas partes oíamos del señor duque de Epernón, nos lo pusieron peor, y nos dieron en que pensar. Habíamos creído que se encontraba mucho y bueno en la causa de los príncipes, y a fe mía la abrazamos con ardor, el recaudador terminaba su comisión, en aquella casita aislada que veis allá abajo casi escondida entre los álamos y sicomoros.

—¡La de Nanón! —dijo el hidalgo—, sí, ya lo veo.

—Nosotros le acechábamos a la salida, y le seguimos como lo habíamos hecho por espacio de cinco horas, pasando con el Dordoña, un poco más abajo de San Miguel; y cuando estuvimos en medio del río, le hice yo partícipe de nuestra conversión política, invitándole, con toda la finura y delicadeza de que somos capaces, a que nos entregase el dinero de que era portador. ¿Pues creeréis, caballero, que lo rehusó? Mis compañeros entonces trataron de registrarle; mas como él gritaba de tal modo que causaba escándalo, mi lugarteniente, que es mocito de grandes recursos, aquél que se ve allá abajo con capa roja teniendo mi caballo de la brida, reflexionó que el agua, interceptando las corrientes del aire, podía interrumpir por este motivo la continuación del sonido, éste es un axioma de física, que como médico comprendí al momento, y no pude menos de aplaudir. El que había emitido la proposición hizo encorvar hacía el río la cabeza del rebelde, manteniéndole una tercia debajo del agua, nada más, en efecto, el recaudador no volvió a gritar, o mejor dicho, no se le oyó más; de este modo pudimos apresar a nombre de los príncipes todo el dinero que llevaba, y la correspondencia de que estaba encargado. Entregué el dinero a mis soldados, que como acabáis de observar muy juiciosamente, necesitaban equiparse de nuevo, y he conservado los papeles, entre los que se encontraba éste; pues según se vio, el tal recaudador servía de mercurio galante a la señorita de Lartigues.

—En efecto —dijo el viejo hidalgo—, ése era si no me engaño hechura de Nanón, ¿y qué ha sido de ese miserable?

—¡Ah! Vais a ver si hicimos bien cuando echamos en remojo a ese miserable como vos le llamáis, a no ser por esto, hubiera levantado toda la tierra; figuraos que no hacía un cuarto de hora que le habíamos sacado del río, cuando ya se había muerto de rabia.

—Y le volvisteis a sumergir en el río, ¿no es así?

—Ciertamente.

—Ahora bien, habiendo sido ahogado el mensajero…

—Yo no he dicho que haya sido ahogado.

—No entremos en disputa de palabras, el mensajero ha sido muerto.

—¡Oh! En cuanto a eso, sí, no queda la menor duda.

—El señor de Canolles no habrá sido avisado, y por consiguiente no acudirá a la cita.

—¡Oh! Poco a poco, yo hago la guerra a las potencias, y no a los particulares. El señor de Canolles ha recibido una copia de la carta en que se daba la cita; pues creyendo de algún valor el manuscrito autógrafo, le he

guardado.

—¿Y qué pensará cuando no reconozca la letra?

—Que la persona que desea verle, ha empleado para mayor precaución el auxilio de una mano extraña.

El extranjero miró a Cauviñac con demasiada admiración producida por tanta desvergüenza mezclada a tanta presencia de ánimo.

Y queriendo ver si habría medio de intimidar a tan osado jugador, le dijo:

—¿Pero alguna que otra vez no habéis pensado en el Gobierno, en las pesquisas?…

—Las pesquisas —respondió el joven riendo—, sí, sí, el señor de Epernón tiene otras cosas que le interesan demasiado, para que se ocupe en pesquisas; además, creo haberos dicho que cuanto he hecho ha sido tan sólo por merecer su indulto, y me parece que sería demasiado ingrato si no me lo acordase.

—No lo entiendo del todo… —dijo el viejo hidalgo con ironía—. ¡Habéis abrazado espontáneamente el partido de los príncipes, y os ocurre la extraña idea de querer prestar servicios al señor de Epernón!

—Pues es la cosa más sencilla del mundo; la inspección de los papeles cogidos al recaudador me ha convencido de la pureza de las intenciones del rey, Su Majestad queda enteramente justificado a mis ojos, y el señor duque de Epernón tiene mil veces razón en contra de sus administrados. Ésta es, pues, la buena causa, y de aquí en adelante soy partidario de la buena causa.

—He aquí un ladrón a quien haré colgar, si alguna vez le cojo entre dos uñas —murmuró el viejo hidalgo tirándose al mismo tiempo de los erizados pelos de su bigote.

—¿Decíais algo? —dijo Cauviñac, guiñando sus ojos debajo de la máscara que le cubría el rostro.

—No, nada. Ahora, sí una pregunta. ¿Qué pensáis hacer de la firma en blanco que exigís?

—Lléveme el diablo si he pensado para qué podrá servirme, yo he pedido una firma en blanco, sólo por ser la cosa más cómoda, la más portátil, la más elástica; y es probable que la guarde para una circunstancia extrema, y es muy posible que la malgaste en el primer capricho que me pase por las mentes, acaso os la presente yo mismo antes de finalizar la semana, o tal vez no vuelva a vuestro poder sino dentro de tres o cuatro meses con una docena de endosos, como si fuese una letra de cambio; pero en todos casos, estad seguro de que no abusaré de ella para hacer cosas de que ni vos ni yo tengamos que avergonzarnos. ¡Oh! Eso no, hidalgos sobre todo.

—¿Sois hidalgo?

—Sí, señor; y de los mejores.

—En tal caso te haré enrolar —murmuró el desconocido, para eso te servirá la firma en blanco.

—¿Estáis decidido a darme esa firma? —dijo Cauviñac.

—¿Te hace mucha falta? —contestó el viejo hidalgo.

—Entendamos, yo no os obligo. Es un cambio que os propongo buenamente; si no os acomoda, guardad vuestro papel, que yo guardaré el mío.

—La carta.

—La firma.

Tendiéndole el joven una mano con la carta, mientras que con la otra montaba una pistola.

—Dejad quieta vuestra pistola —dijo el extranjero apartando a un lado y a otro su capa—; porque yo también tengo pistolas y de todas armas. Nada, juego limpio de una y otra parte, aquí tenéis vuestra firma en blanco.

—Aquí tenéis vuestra carta.

Entonces se hizo el cambio de los papeles con legalidad; y cada una de las partes examinó en silencio y atentamente lo que acababan de recibir.

—¿Qué camino tomáis ahora, caballero? —dijo Cauviñac.

—Es menester que yo pase a la ribera derecha del río.

—Y yo a la izquierda —respondió el joven.

—¿Cómo nos compondremos? Mi gente está en el lado a donde vais, y la vuestra se encuentra en donde voy yo.

—Sí, nada más fácil, vos me enviáis mi gente en vuestro bote, y yo os mandaré la vuestra en el mío.

—Sois de una rápida inventiva.

—¡Oh! Sí; yo he nacido para general de la armada.

—Y lo sois.

—Es verdad —dijo el joven—, se me había olvidado.

El extranjero hizo una señal al barquero para que desatase la barca y la condujera a la ribera opuesta de donde había partido, y en la dirección de un bosquecillo que se prolongaba inmediato al camino.

El joven, que tal vez recelaba alguna traición, se incorporó entonces para

seguirle con la vista, permaneciendo siempre con la mano apoyada sobre la culata de su pistola, dispuesto a hacer fuego al menor movimiento sospechoso que notase en el extranjero, pero éste ni aun siquiera se dignó fijar la atención en la desconfianza de que era objeto, y volviendo la espalda al joven con una indiferencia verdadera o afectada, comenzó a leer la carta, en cuya lectura pareció quedar muy luego enteramente absorto.

—Acordaos bien de la hora —dijo Cauviñac—; es esta noche a las ocho.

El extranjero no respondió, ni menos dio muestra de haberle oído.

—¡Ah! —dijo Cauviñac en voz baja hablando consigo mismo, mientras manoseaba la culata de su pistola—; ¡cuando pienso, que si yo quisiera, podría dar un sucesor al gobernador de la Guiena, y cortar la guerra civil!

—Pero una vez muerto el duque de Epernón, ¿de qué me servirá su firma?, y concluida la Guerra Civil, ¿de qué habría yo de vivir? ¡A la verdad, hay momentos en que creo volverme loco! ¡Viva el duque de Epernón y la guerra civil! Vamos, remero, a tus remos, y a ganar la ribera opuesta, no conviene hacerle esperar su escolta a ese digno señor.

Un momento después, Cauviñac abordaba a la ribera izquierda del Dordoña, justamente en el momento en que el viejo hidalgo le remitía a Ferguzón y sus cinco bandidos en el bote del banquero de Ison; y no queriendo que le aventajase en exactitud, renovó a su batelero la orden de acomodar en su barca y conducir a la ribera derecha a los cuatro hombres de incógnito. Cruzáronse las dos tropas en medio del río, saludándose políticamente, y arribando poco después cada una al punto en que se les esperaba, internóse entonces el viejo hidalgo con su escolta en uno de los sotos que se extendían desde las orillas del río hasta la carretera, y Cauviñac por el camino que conducía a Ison.

III

La emboscada

Había pasado media hora de la escena que acabamos de referir cuando volvió a abrirse con precaución la ventana que tan bruscamente había sido cerrada en el parador de Maese Biscarrós; y después de haber mirado con atención a derecha e izquierda, se apoyó sobre el antepecho de ella un joven de diez y seis a diez y ocho años, vestido de negro, con puños plegados según la moda de aquel tiempo; una camisa de fina batista bordada salía orgullosamente de su justillo, y caía ondulando sobre sus calzones galoneados de cintas, su mano pequeña, elegante y torneada, verdadera mano de estirpe,

frotaba con inquietud unos guantes de gamo bordados en sus costuras, un sombrero de color gris de perla, cimbrado a su extremidad bajo el doblez de una magnífica pluma azul, sombreaba sus cabellos largos y tornasolados de reflejos dorados, que adornaban perfectamente un rostro ovalado, de tez blanca, labios rosados y negras pestañas. Pero es preciso decirlo, todo este gracioso conjunto que debía hacer del joven uno de los más preciosos caballeros, estaba en aquel momento velado bajo un tinte sombrío, con cierto aire de mal humor, que sin duda procedía de una inútil espera; porque el joven fijaba incesantemente su ávida mirada en el camino, confundido ya a lo lejos en la bruma de la tarde.

Golpeaba con impaciencia su mano izquierda con los guantes; a cuyo ruido el hostelero, que acababa de desplumar sus perdices, levantó la cabeza, y quitándose su gorro le dijo:

—¿A qué hora cenaréis, mi señor hidalgo?, porque sólo esperamos vuestras órdenes para serviros.

—Ya sabéis —le contestó aquél— que yo no ceno solo, y que espero a un camarada; cuando le veáis llegar, podéis disponer desde luego nuestra comida.

—No lo digo, caballero —contestó Maese Biscarrós—, por censurar a vuestro amigo, él es dueño de venir o de no venir; pero es muy mala costumbre ésta de hacerse esperar.

—No lo acostumbra por cierto; y por eso su tardanza me admira.

—Pues a mí no sólo me admira, señor, sino que me aflige, el asado se va a quemar.

—Quitadle del asador.

—Entonces va a estar frío.

—Poned otro al fuego.

—No estará cocido a tiempo.

—Siendo así, amigo, haced lo que queráis —dijo el joven—, no pudiendo menos de sonreírse, a pesar de su mal humor, al ver la desesperación del fondista.

—Os abandono a vuestra suprema sabiduría.

—No hay sabiduría, como no sea la de Salomón —respondió aquél— que baste a hacer bueno un manjar recalentado. Dicho este axioma, que veinte años después debía poner en verso Boileau entró Maese Biscarrós en su fonda moviendo tristemente la cabeza.

Entonces el joven, como para entretener su impaciencia hizo sonar sus

botas sobre el suelo de la habitación, volviendo poco después vivamente a la ventana, al ruido lejano de los pasos de un caballo que creyó haber oído.

—Gracias a Dios —exclamó por último—, ya está ahí.

En efecto, a la otra parte del bosquecillo en que cantaba el ruiseñor, y a cuyos melodiosos acentos no había el joven prestado atención alguna, por causa sin duda de su preocupación, vio aparecer a un caballero; pero con grande admiración, esperó en vano que desembocase en el camino, el recién venido tomó a la derecha, y penetró en el bosquecillo, donde no tardó en perderse de vista su sombrero; prueba cierta de que el caballero había echado pie a tierra. Un momento después el observador percibió a través de las ramas, apartadas, con precaución a uno y otro lado, una casaca gris y el destello de uno de los últimos rayos del sol poniente, que reflejaba sobre el cañón de un mosquete.

Quedóse el joven pensativo en la ventana, porque efectivamente el caballero que se ocultaba en el bosquecillo, no era el compañero que esperaba; y a la expresión de impaciencia que crispaba su elástico semblante sucedió cierta expresión de curiosidad.

No tardó mucho en aparecer otro sombrero en el recodo del camino, y entonces el joven se ocultó de manera que no pudiese ser visto.

Reprodújose la misma escena anterior, el nuevo personaje que acababa de llegar y traía también casaca gris y mosquetón, dirigió acto continuo al primero algunas palabras, que a nuestro observador no le fue posible comprender a causa de la distancia; y a consecuencia de las instrucciones que sin duda le dio su compañero, internóse en el soto paralelo al bosquecillo, bajóse del caballo, y agazapándose tras de una piedra, esperó.

Desde el puesto elevado en que se hallaba el joven, veía asomar el sombrero detrás de la piedra, y al lado del sombrero brillar un punto luminoso, este reflejo procedía de la extremidad del cañón del mosquete.

Un sentimiento de vago terror cruzó por la imaginación del joven hidalgo, que observa esta escena ocultándose cada vez más.

—¡Ay! ¿Si será a mí y a los mil luises que llevo conmigo lo que buscan? Pero no, porque suponiendo que Richón llegue, y que yo pueda ponerme en camino esta misma noche, voy a Liburnia y no a San Andrés de Cubzac; por consiguiente no tengo que pasar por el sitio en que se han emboscado esos malvados. Si al menos estuviese aquí todavía mi viejo Pompeyo, le consultaría…

—Pero, si no me engaño, aquéllos son otros dos hombres más, y vienen a reunirse con los primeros. ¡Hola! Esto tiene todas las trazas de una reunión

sospechosa.

Y diciendo esto el joven dio un paso atrás.

Efectivamente, en aquel momento otros dos caballeros aparecían en el mismo punto culminante del camino; pero esta vez sólo uno de ellos, vestía casaca gris. El otro iba montado sobre un poderoso caballo negro, y embozado en una magnífica capa; llevaba un fieltro galoneado y adornado de una pluma blanca; bajo la capa, que el viento de la tarde levantaba, se dejaba ver un riquísimo bordado que brillaba serpenteando sobre una ropilla de color de nácar.

Hubiérase dicho que el día prolongaba su duración para alumbrar esta escena, porque los últimos rayos de sol, desprendiéndose de uno de esos grupos de nubes negras que se extienden a veces de una manera tan pintoresca en el horizonte, encendieron súbitamente los destellos de mil rubíes en los vidrios de una lindísima casa situada a unos cien pasos del río, y que el joven no hubiera percibido sin esta circunstancia, por estar escondida entre las ramas de un espeso arbolado. Este aumento de luz permitía observar desde luego, que las miradas de los espías se dirigían alternativamente, de la entrada del pueblo, a la casita de los brillantes cristales; notándose asimismo que los de las casacas grises parecían tener el mayor respeto al de la pluma blanca, a quien no hablaban sino con el sombrero en la mano, observándose por último que habiéndose abierto una de las ventanas iluminadas, salió al balcón una mujer, se inclinó un instante hacia fuera, cual si esperase a alguno, y volvió a entrar enseguida temiendo sin duda a ser vista desde el campo.

Al mismo tiempo que aquélla se ocultaba, se iba perdiendo el sol detrás de la montaña, y a medida que bajaba, parecía sumergirse en la sombra el piso bajo de la casa; la luz, abandonando poco a poco las ventanas, se remontaba a los techos de pizarra, y desaparecía, en fin, después de haberse solazado un momento en un manojito de flechas de oro que servía de veleta.

Cualquiera inteligencia mediana habría encontrado allí un considerable número de indicios; y si sobre estos indicios no podían establecerse certezas, podía, deducirse a lo menos probabilidades.

Era, pues, probable que aquellos hombres espiasen la casita aislada, sobre cuyo balcón había aparecido por un instante una mujer.

Asimismo era probable que aquella mujer y aquellos hombres esperasen a una misma persona, aunque con muy diversas intenciones; y además, que la persona esperada debiese venir por la aldea, y por consiguiente pasar por delante del parador, situado entre la aldea y el bosquecillo, como éste lo estaba a la mitad del camino del parador a la casa. Y por último, que el caballero de la pluma blanca fuese el jefe de los caballeros de casaca gris, y que a juzgar

por el ardor que desplegaba empinándose sobre sus estribos para ver más a lo lejos, este jefe estaba celoso, y acechaba sin duda por su propio interés.

En el mismo momento en que el joven acababa de hacer esta serie de raciocinios mutuamente encadenados, se abrió la puerta de su habitación, y entró en ella Maese Biscarrós.

—Mi querido huésped —dijo el joven, sin dar lugar al que tan a propósito llegaba a exponerle el motivo de su visita; motivo que desde luego adivinó—, venid acá, y si mi pregunta no es indiscreta, explícame a quién pertenece aquella casita que se ve allá abajo como un punto blanco en medio de los álamos y de los sicomoros.

El huésped siguió con los ojos la dirección del dedo indicador; rascándose la frente, dijo con una sonrisa que trataba de hacer picaresca:

—Lo ignoro a fe mía; porque tan pronto pertenece a uno como a otro… Vuestra puede ser, si es que tenéis algún motivo para buscar la soledad; bien sea que deseéis ocultaros, o ya sea solamente que queráis ocultar allí a cualquier otro.

El joven se sonrojó.

—¿Pero quién habita hoy esa casa?

—Una señora joven, que se hace pasar por viuda, y a quien viene a visitar la sombra de su primero, y tal vez la de su segundo marido. Sólo hay una cosa en esto de particular, y es que las dos sombras probablemente se entienden entre sí, puesto que jamás llegan a encontrarse.

—¿Y hace mucho tiempo —preguntó el joven sonriendo— que habita la hermosa viuda esa casa aislada, tan a propósito para recibir apariciones?

—Hará dos meses, con corta diferencia; y siempre está retirada, que creo no habrá persona que pueda jactarse de haberla visto durante este tiempo, porque sale rarísima vez, y cuando lo hace, es sólo cubierta con un velo. Una camarera, muy linda en verdad, viene todas las mañanas a encargar a mi fonda la comida para todo el día, se la llevan, ella recibe los platos en el vestíbulo, paga generosamente, y acto continuo da con la puerta en las narices al criado que le envío. Esta noche tienen festín, y precisamente para ella es para quien yo preparo las codornices y perdices que me habéis visto desplumar.

—¿Y a quién le da de cenar?

—Sin duda a una de las dos sombras de que os he hablado.

—¿Habéis llegado a ver alguna vez a esas dos sombras?

—Sí, sólo pasar, de noche, después de puesto el sol, o de mañana, antes de alumbrar la aurora.

—No me queda la menor duda de que los habréis mirado con detención, mi querido Biscarrós, pues se conoce con sólo que pronunciéis una palabra, que sois un buen observador. Veamos, ¿qué habéis notado de particular en el aire de esas dos sombras?

—La una viene a ser un hombre de sesenta a sesenta y cinco años, y ésta me parece ser la del primer marido, porque viene con la seguridad que da a un hombre la autoridad de sus derechos, la otra es la de un joven de veintiséis a veintiocho años; y ésta, debo decirlo, es más tímida, y tiene eternamente el aire de un alma en pena. Así es que yo juraría que es la del segundo marido.

—¿Y a qué hora habéis recibido orden de servir la cena?

—A las ocho.

—Pues ya son las siete y media —dijo el joven sacando de su bolsillo un magnifico reloj—, que antes había ya consultado varias veces; no tenéis tiempo que perder.

—Estad tranquilo por esa parte, que no caerá en falta la cena; he subido solamente para hablaros de la vuestra, pues tengo pensado, si es que lo lleváis a bien, retardarla algún tanto; y ahora lo que conviene es que vuestro compañero, una vez que se tarda, no venga hasta después de una hora, y así ya la encontrará corriente.

—Pues bien, mi querido huésped —dijo el caballerito con el aire de un hombre para quien el grave asunto de una comida servida a tiempo no es sino una cosa secundaria—; no toméis cuidado por nuestra cena, aún cuando la persona que espero llegase, porque tenemos que hablar. Si la cena no está dispuesta, hablaremos antes de ella, y si lo está, por el contrario, hablaremos después.

—En verdad, señor —dijo el huésped—, que sois un hidalgo muy complaciente; y una vez que estáis dispuesto a descansar en mi buen celo, permaneced tranquilo, que no quedaréis descontento.

Dichas estas palabras, Maese Biscarrós hizo al salir una profunda reverencia, a la que el joven contestó con una ligera inclinación.

—Ahora —dijo el joven para sí—, ocupando de nuevo con curiosidad su puesto cerca de la ventana, ya lo comprendo todo. La dama estará esperando a alguno que debe venir de Liburnia, y los hombres del bosquecillo se proponen asaltarle antes de que tenga tiempo de llamar a la puerta de la casa.

Al mismo tiempo que así reflexionaba, y como para justificar la previsión de nuestro sagaz observador, se dejó oír hacia su izquierda el ruido de los pasos de un caballo. La mirada del joven, viva como el relámpago, sondeó inmediatamente la espesura del bosque para espiar la actitud de las gentes

emboscadas. Aunque la noche empezaba ya a confundir los objetos bajo una media tinta de obscuridad, le pareció ver que unos separaban las ramas, y que otros se levantaban para mirar por encima de la peña; demostrando tener, tanto el movimiento de éstos como el de aquéllos, todas las apariencias de una agresión. Al mismo tiempo un ruido seco parecido al de montar un mosquete, vino por tres veces a herir su oído haciéndole estremecer su corazón.

Volvióse entonces hacia el lado de Liburnia con el objeto de ver a la persona amenazada por aquel sonido de muerte, y vio efectivamente aparecer sobre un caballo de elegante soltura y marchando al trote, un lindo joven con la cabeza levantada, el aire de vendedor, y el brazo doblado descansando su mano sobre la cadera, su capa corta y doble de raso, descubriría graciosamente su espalda derecha. Desde lejos parecía esta figura llena de elegancia, de muelle poesía y satisfecho orgullo, de más cerca, se descubriría un rostro de finos rasgos, animada tez, mirada fogosa, boca entreabierta por la costumbre de sonreír, negro y delicado bigote, y dientes menudos a la par que blancos. El triunfante remolino que con su vara de acerbo iba formando, producía un pequeño silbido, semejante al que acostumbraban los elegantes de la época, y que el señor Gastón de Orléans había hecho de moda, acababan de hacer del nuevo personaje un caballero perfecto, según las leyes vigentes del buen tono en la corte de Francia, que ya empezaba a dar ejemplo a todas las demás de Europa.

Cincuenta pasos detrás de él y montando en un caballo, cuyo paso se regía según la marcha del primero, venía un presumido lacayo lleno de vanidad, que parecía tener entre los criados un rango no menos distinguido que su amo entre los caballeros.

El bello adolescente que estaba en la ventana del parador, demasiado joven aun, sin duda, para presenciar fríamente una escena del género de la que iba a tener lugar, temblaba con la idea de que los dos incomparables que tan llenos de indiferencia y seguridad se adelantaban, iban, según todas las probabilidades, a ser pasados por las armas, al cruzar por la emboscada que les esperaba.

Pareció suscitarse en su interior un rápido combate entre la timidez de su edad y el amor a su prójimo. Venció, por último, el sentimiento generoso; y cuando el caballero iba a pasar por delante del parador sin volver aún la cabeza, cediendo a un impulso repentino a una resolución irresistible, se dirigió al joven, e interpelando al bello viajero, exclamó:

—Deteneos, caballero, si lo tenéis a bien; pues tengo que deciros una cosa importante.

A estas palabras, el caballero levantó la cabeza; y viendo al joven en la ventana, detuvo su caballo con un movimiento tan rápido, que hubiera hecho

honor al mejor escudero.

—No detengáis vuestro caballo —continuó el joven—, sino al contrario, acercaos a mi sin afectación y como si me conocieseis. Dudó el viajero un instante; pero cuando observó el aire del que hablaba, pareciéndole que se las había con un noble de buen porte y simpático semblante, se quitó el sombrero, y se adelantó sonriendo.

—Estoy a vuestras órdenes, caballero —le dijo—; ¿en qué puedo serviros?

—Acercaos más, caballero —continuó el de la ventana—, porque no puede decirse muy alto lo que tengo que anunciaros. No estéis descubierto, pues es necesario hacer creer que nos conocemos de muy atrás, y que venís a esta posada en busca mía.

—Pero, señor —dijo el viajero—; no comprendo…

—Bien pronto comprenderéis, un poco de paciencia, cubríos, ¡así! Aproximaos aun más cerca, más cerca, dadme la mano, perfectamente; ¡cuánto me alegro de veros! Ahora no paséis de esta posada, o de lo contrario estáis perdido.

—¡Pues qué hay! Me asustáis en verdad —dijo el viajero sonriéndose.

—¿No es cierto que os encamináis a aquella casita en que se ve una luz?

El caballero hizo un movimiento de sorpresa.

—Pues bien, en el camino que conduce a ella, allí, en el recodo de la senda, entre aquel sombrío matorral, os están esperando cuatro hombres.

—¡Ah! —exclamó el caballero mirando con demasiada atención al pálido jovencillo—. ¿Estáis verdaderamente seguro?

—Les he visto llegar unos después de otros, bajar de los caballos, ocultarse los unos detrás de los árboles y los otros detrás de las peñas. Y hace un momento, cuando desembocasteis del lugar, les he sentido montar sus mosquetes.

—¡Bravo! —dijo el caballero, que comenzaba a sorprenderse a su vez.

—Es tan cierto como os lo digo —continuó el joven del sombrero gris—; y si hubiera más luz, acaso podríais verlos y reconocerlos.

—¡Oh! —dijo el viajero—; no necesito reconocerlos para saber ciertamente quiénes son esos hombres. Pero a vos, ¿quién os ha dicho que yo iba a aquella casa, y que es a mí a quien se está acechando?

—Lo he adivinado.

—¡Sois un Edipo muy hechicero, por cierto! ¡Ah! ¡Me quieren fusilar!…

¿Y cuántos se han reunido para esta linda operación?

—Cuatro, de los cuales uno parece ser el jefe.

—Y el jefe es más viejo que los demás, ¿no es así?

—Así parece, según he podido juzgar desde aquí.

—¿Corcovado?

—Redondo de espaldas, y el rostro agrio e imperioso, también he podido notar que lleva una pluma blanca, ropilla bordada y capa oscura.

—Justamente; ése es el duque de Epernón.

—¡El duque de Epernón! —exclamó el hidalgo.

—¡Ah! Ya veis que os refiero mis secretos —dijo el viajero riendo—. Esto no lo hago con todos; pero vos me prestáis un servicio demasiado grande para que no os considere digno de mayor intimidad. ¿Y cómo van vestidos los que le acompañan?

—De casacas grises.

—Ciertamente, esos son sus bastoneros.

—Que hoy se han convertido en mosqueteros.

—Con bastante motivo, por mi honor. Ahora, ¿sabéis que deberías hacer, mi querido hidalgo?

—No, pero hablad; y si lo que debo hacer puede seros útil, desde luego estoy dispuesto a serviros.

—¿Tenéis armas?

—Sí, tengo mi espada.

—¿Tendréis lacayo?

—Sin duda; pero no está aquí, le he mandado al encuentro de un sujeto que espero.

—Pues bien, deberíais ayudarme.

—¿A qué?

—A cargar a esos miserables, y hacerles pedir perdón, tanto a ellos como a su jefe.

—¿Estáis loco, caballero? —exclamó el joven con un acento que probaba que por nada en el mundo estaba dispuesto a una expedición semejante.

—En efecto, os pido perdón —dijo el viajero—, me había olvidado de que el negocio no os interesa.

Después, volviéndose hacia su lacayo, que al ver detenido a su amo, había por su parte hecho alto conservando su distancia, le dijo:

—Castorín, ven acá.

Llevando al mismo tiempo la mano a las pistoleras de su silla, como para asegurarse del buen estado de sus pistolas.

—¡Ah!, caballero —exclamó el hidalgo extendiendo el brazo como para detenerle—; caballero, en nombre del cielo, os suplico que no arriesguéis vuestra vida en semejante aventura. Entrad más bien en la posada, y así no daréis ninguna sospecha al que os aguarda; pensad que se trata del honor de una mujer.

—Tenéis razón —dijo el caballero—, aunque en esta circunstancia no se tratase precisamente del honor, sino de la fortuna. Castorín, amigo —continuó dirigiéndose a su lacayo, que ya se había acercado—; no pasamos por ahora más adelante.

—¡Cómo! ¿Qué decís, señor? —exclamó Castorín, casi tan desconcertado como su amo.

—Digo que la señora Francineta se verá esta noche privada del placer de veros, en atención a que la pasamos en el parador del «Becerro de Oro», entrad, pues, y mandad disponer la cena y la cama.

Y como el caballero se apercibiese sin duda de que el señor Castorín se disponía para replicar, acompañó sus últimas palabras con un movimiento de cabeza que no admitía una larga discusión, así pues, Castorín, bajando sus orejas y sin atreverse a aventurar una sola palabra, desapareció bajo la puerta principal.

Siguió el viajero a Castorín un momento con la vista, y después de haber reflexionado, pareció que tomaba una resolución; echó pie a tierra, dirigiéndose a la puerta, por la que ya había entrado su lacayo, el cual le salió al encuentro; el caballero echóle sobre el brazo la brida de su caballo, y en dos brincos subió a la habitación del joven, quien al ver abrir tan súbitamente su puerta, dejó escapar un movimiento de sorpresa mezclada de temor, que el recién llegado no pudo observar a causa de la oscuridad.

—Esto no admite réplica —dijo el viajero acercándose festivamente al joven y estrechando cordialmente una mano que no se le tendía, no cabe duda, amigo, os debo la vida.

—Caballero —dijo el joven dando un paso atrás—; exageráis demasiado el servicio que os he prestado.

—Nada de modestia, es lo mismo que os digo; conozco bien al duque, es brutal como el diablo. Pero vos sois un modelo de perspicacia, un fénix de

caridad cristiana. Mas decidme, vos que sois tan amable, tan complaciente, ¿habéis extendido vuestra bondad hasta dar aviso en la casa?

—¿En qué casa?

—En la casa a donde yo iba, ¡pardiez! En la casa en que se me espera.

—No —dijo el joven—, lo confieso francamente, no he pensado en ella siquiera; además hubiera podido pensar que carecía de medios para ejecutarlo. Hace dos horas escasas que estoy aquí, y apenas conozco a nadie en esta casa.

—¡Voto al diablo! —prorrumpió el viajero con un movimiento de inquietud—. ¡Pobre Nanón, sentiría que le sucediese algo!

—¡Nanón! ¡Nanón de Lartigues! —exclamó el joven estupefacto.

—¡Canario! ¿Sois acaso hechicero? —dijo el caminante—. Veis emboscarse unos hombres junto al camino, y adivináis a quién desean atrapar. Yo os digo un nombre de pila, y vos adivináis el nombre de familia. Explicadme pronto este misterio, o de lo contrario os denuncio y os hago condenar al fuego por el parlamento de Burdeos.

—¡Ah! Esta vez —repuso el joven—, convendréis fácilmente en que no se necesita sutileza para leer vuestro pensamiento, habiendo nombrado como a vuestro rival al duque de Epernón, es evidente que al nombrar una Nanón cualquiera, debiera ser esa Nanón de Lartigues, tan bella, rica y espiritual, según se dice, que tiene hechizado al duque, y cuyo gobierno dirige, lo que hace que en toda la Guiena sea tan aborrecida como él… y, ¿vos ibais a casa de esa mujer? —continuó el joven con un tono de reconvención.

—Sí, a fe mía, lo confieso; y ya que la he nombrado no me desdigo. Nanón es una muchacha encantadora llena de fidelidad a sus promesas, cuando halla placer en guardarlas, y enteramente sacrificada al que ama, mientras le dura su amor. Esta noche debía cenar con ella; pero el duque ha volcado la olla.

—¿Queréis que mañana os presente a ella? ¡Qué diablo! Ello es preciso que el duque se vuelva a Agén de una hora a otra.

—Gracias— dijo con sequedad el joven. —Yo no conozco a la señora de Lartigues más que de nombre, y no deseo conocerla de otro modo.

—¡Oh! Os habéis incomodado, ¡pardiez! Nanón es una chica que se le puede conocer de todas maneras.

El joven frunció el entrecejo.

—¡Ah! ¡Perdonad! —dijo admirado el viajero—. Pero creía que a vuestra edad…

—Es cierto —dijo el joven apercibiéndose del mal efecto que su rigorismo

producía—; estoy en la edad en que generalmente se aceptan semejanzas proposiciones; en efecto, la aceptaría con gusto, si no estuviese aquí de paso, ni me viera precisado a continuar esta noche mi camino.

—¡Oh! ¡Pardiez! No os iréis sin que yo sepa al menos quien es el gentil caballero que con tanta galantería me ha salvado la vida. El joven pareció dudar; y contestó después de un instante:

—Soy el vizconde de Cambes.

—¡Ya! ¡Ya! —contestó su interlocutor—; he oído hablar de una lindísima vizcondesa de Cambes, que es muy querida de la princesa, y que posee gran cantidad de tierras en las cercanías de Burdeos.

—Es parienta mía —dijo con viveza el joven.

—Os doy la enhorabuena a fe mía, vizconde, porque se le llama incomparable, y espero que si en este punto me favorece la ocasión, me presentaréis a ella, yo soy el barón de Canolles, capitán del regimiento de Navalles, y al presente disfruto de la licencia que el señor duque de Epernón ha tenido a bien concederme por recomendación de la señora de Lartigues.

—¡El barón de Canolles! —exclamó a su vez el vizconde, mirando a su interlocutor con toda la curiosidad que despertaba en él aquel nombre famoso en las galantes aventuras de la época.

—¿Me conocíais? —dijo Canolles.

—Solamente de fama —dijo el vizconde.

—De mala fama, ¿no es cierto? ¿Qué queréis? Cada cual sigue la marcha que le ha trazado la naturaleza, soy aficionado a la vida alegre.

—Sois muy dueño de vivir como os agrade, respondió el vizconde, mas permitidme sin embargo una observación.

——¿Cuál?

—Esa mujer se encuentra enteramente comprometida por vuestra causa, y el duque vengará en ella el engaño con que le ha envuelto por favoreceros.

—¡Diablos! ¿Acaso creéis…?

—Sin duda. Por ser una mujer… ligera… la señora de Lartigues no deja de ser mujer; y comprometida por vos, os toca velar por su seguridad.

—Tenéis razón, a fe mía, mi joven Néstor, y confieso que hechizado por vuestra conversación, he olvidado mis deberes de hidalgo; hemos sido vendidos, y es del todo probable que el duque no ignora nada. Es cierto que si Nanón estuviese avisada siquiera, pondría en juego su astucia y poco le costaría el obtener el perdón del duque. Vamos a ver; ¿tenéis nociones del arte

de la guerra?

—Ninguna —respondió el vizconde riendo—; pero creo que las aprenderé donde voy.

—Pues bien, yo os daré la primera lección. Ya sabéis que en buena guerra, cuando la fuerza es inútil se echa mano de la astucia. Ayudadme pues.

—Me parece excelente partido. ¿Pero de qué manera? ¡Decid!

—La posada tiene dos puertas.

—Nada sé de eso.

—Yo sí, una que da a la carretera y otra que cae al campo.

—Salgo, pues, por la que da al campo, describo un semicírculo, y voy a llamar a casa de Nanón, que también tiene una puerta por la espalda.

—¡Es probable que os sorprendan en esa casa! —exclamó el vizconde, sois en verdad un excelente táctico.

—¡Qué se me sorprenda! —respondió Canolles.

—Sin duda. El duque cansado de esperar, y no viéndonos salir de aquí, se dirigirá a la casa.

—¡Oh! Una vez dentro, no saldréis más.

—Sí, pero yo no haré más que entrar y salir.

—Decididamente, joven —dijo Canolles—, vos sois mago.

—Seréis sorprendido, asesinado quizás a su vista, esto es cuanto conseguiréis.

—¡Bah! —dijo Canolles—; hay allí armarios.

—¡Oh! —prorrumpió el vizconde.

Este ¡oh!, fue pronunciado de tal manera, y con tan elocuente entonación, que contenía tantos reproches encubiertos, tanto pudor vergonzoso, y una delicadeza tan suave, que Canolles se detuvo enteramente cortado, y fijó a pesar de la obscuridad, su penetrante mirada sobre el joven, que estaba recostado en el antepecho de la ventana.

El vizconde sintió todo el peso de aquella mirada, y dijo con aire festivo:

—De hecho, tenéis razón, barón; id allá, pero ocultaos bien, a fin de que no puedan sorprenderos.

—Pues bien, he pensado mal —dijo Canolles—, tenéis mucha razón; ¿pero de que manera se le podrá prevenir?

—Me parece que una carta…

—¿Y quién la lleva?

—Creo haberos visto un lacayo. Un lacayo, en semejante circunstancia, no se arriesga más que a recibir algunos palos; mientras que un noble arriesga su vida.

—En verdad que me hacéis perder la chaveta —dijo Canolles—, Castorín desempeñará esta comisión a las mil maravillas, tanto más, cuanto que yo sospecho que el tuno tiene sus inteligencias en la casa.

—Ya veis que todo puede arreglarse aquí mismo —dijo el vizconde.

—Sí, ¿tenéis tinta, papel y pluma?

—No, pero de todo hay abajo.

—Perdonad —dijo Canolles—; yo no sé lo que me pasa esta noche, que no paro de cometer necedad sobre necedad. No importa, os agradezco vuestros buenos consejos, vizconde, y voy a ponerlos en práctica en este mismo instante.

Y Canolles, sin perder de vista al joven, a quien examinaba hacía ya algunos momentos con una tenacidad singular, se dirigió a la puerta, y bajó la escalera; mientras que el vizconde, inquieto y casi turbado, murmuraba estas palabras:

—¡Cómo me mira! ¿Me habrá conocido?

Entre tanto Canolles había bajado; y después de haber dirigido una dolorosa mirada a las codornices, perdices y demás golosinas que el mismo Maese Biscarrós envasaba en una canasta colocada sobre la cabeza de su ayudante de cocina, y que acaso se iba a comer otro, habiendo sido preparadas ciertamente para él, preguntó por la habitación que había debido disponerle Castorín; hízose traer allí tinta, plumas y papel, y escribió a Nanón la siguiente carta:

«Querida Señora:

Si la naturaleza ha dotado vuestros bellos ojos de la facultad de ver durante la noche, podréis distinguir, a cien pasos de vuestra puerta, entre un grupo de árboles, al señor duque de Epernón, que me espera para hacerme fusilar, y comprometeros después horriblemente. Pero como no me acomoda perder la vida, ni haceros perder vuestro reposo, podéis vivir tranquila por este lado. Por mi parte, pienso irme a disfrutar un poco del permiso que por vuestra mediación se me firmó el otro día, a fin de que aprovechase mi libertad para venir a veros. No sé absolutamente a dónde voy, y hasta ignoro si me encamino a alguna parte; mas como quiera que sea, acordaos de vuestro

fugitivo cuando haya pasado la borrasca. En el “Becerro de Oro” os podrán informar del camino que tomo. Espero que os sea grato el sacrificio que me impongo, pero vuestros intereses me son más caros que mi placer; y digo mi placer, porque habría tenido gusto especial en apalear el señor de Epernón y a sus esbirros bajo el seguro de su disfraz. Creedme, alma, mía, vuestro más rendido, y sobre todo vuestro más fiel».

Canolles firmó este billete henchido de toda la fanfarronada gascona, cuyos efectos sobre la Gascona Nanón no desconocía; después de lo cual llamó a su lacayo.

—Venid acá, señor Castorín —le dijo—, y confesadme francamente a que alturas os encontráis con la señora Francineta.

Pero, señor, respondió Castorín en extremo admirado de la pregunta; no sé si debo…

—Tranquilizaos, señor fatuo; no me mueve ninguna intención hacia ella, ni vos tenéis el honor de ser mi rival. Lo que yo os pido es sólo una simple noticia.

—¡Ah! Señor, en ese caso ya es otra cosa.

—La señora Francineta se ha dignado apreciar mis cualidades.

—Es decir que estáis en buen lugar, ¿no es así, señor bribón? Muy bien. Entonces, tomad este billete; dad la vuelta por la pradera.

—Sé el camino, señor —dijo Castorín con aire de importancia.

—Justo, y vais a llamar por el pórtico. ¿Sin duda conocéis ya dicha puerta?

—Perfectamente.

—Tanto mejor. Tomad, pues, el camino, llamad a la mencionada puerta, y entregad esta carta a la señora Francineta.

—En ese caso, señor —dijo Castorín gozoso—, podré pues…

—Podéis partir al momento, tenéis diez minutos para ir y venir; y es preciso que esta carta se entregue en el mismo instante a la señora de Lartigues.

—Pero, señor —dijo Castorín—, que olfateaba alguna mala ventura; ¿y si no me abre la puerta?

—Seréis un tonto, pues deberéis tener alguna manera particular de llamar, en virtud a la cual no se le deja en la calle a ningún galán; si sucede lo contrario, soy un hidalgo bien desventurado, por tener a mi servicio un bellaco como vos.

—Es cierto que tengo una seña, señor —dijo Castorín adoptando el acento más seductor que pudo—. Doy dos golpes seguidos, y después otro.

—No os pregunto tanto; me importa muy poco con lo que os abran. Id, pues, y si os sorprenden comeos el papel, pues de lo contrario os corto las orejas cuando volváis.

Castorín partió como un rayo; pero al llegar al pie de la escalera, se detuvo, y a despecho de todas las reglas introdujo el billete en una de sus botas; salió después por la puerta del corral, y describiendo un largo cerco, atravesando breñas como un raposo, salvando fosos como un lebrel, fue a llamar a la puerta escusada del modo particular que había tentado a explicar a su amo, y que tenía tal eficacia, que al momento le fue abierta.

A los diez minutos estaba ya Castorín de vuelta sin ninguna desgracia, anunciando a su amo que el billete había quedado en las manos de la bella señorita Nanón.

Canolles había empleado aquellos diez minutos en abrir su saco de noche, preparar su bata y hacer poner la mesa. Escuchó con visible satisfacción el relato de Castorín, después fue a dar una vuelta por la cocina, dando imperiosamente sus órdenes en alta voz, y bostezando desmesuradamente, como hombre que espera con impaciencia el momento de acostarse. Esta maniobra tenía por objeto dar a entender al duque de Epernón, en caso de que le hiciese espiar, que el barón jamás había pensado pasar más allá del parador, a donde había llegado como simple e inofensivo viajero a pedir una cena y una cama; y en efecto, este plan obtuvo el resultado que el barón se prometía, una especie de adelanto que estaba bebiendo en el rincón más oscuro de la cocina, llamó al mozo, pagó su gasto, se levantó y salió sin afectación, murmurando entre dientes una canción. Canolles le siguió hasta la puerta y le vio los pasos de muchos caballos que parecían alejarse; la emboscada había sido levantada.

Entonces volvió a entrar el barón, y libre ya su espíritu de temores por parte de Nanón, no pensó en otra cosa más que en pasar la noche de la manera más divertida que le fuese posible. Enseguida mandó a Castorín que preparase cartas y dados, y que hecho esto, fuese a preguntar al vizconde de Cambes si tendría a bien hacerle el obsequio de recibirle.

Obedeció Castorín, y encontró en el umbral del aposento a un escudero viejo y cano, que con la puerta entreabierta respondió a su cumplimiento con el aire más avinagrado.

—No es posible en este momento, el señor vizconde está ocupado.

—Muy bien —dijo Canolles—, esperaré.

Mas como oyese un gran ruido hacia la parte de la cocina, se fue por matar

el tiempo a ver un rato lo que pasaba en la parte más importante de la casa.

Érase que el pobre marmitón había vuelto más muerto que vivo. En el recodo del camino había sido detenido por cuatro hombres, que le interrogaron acerca del objeto de su paseo nocturno; y al saber que iba a llevar a cenar a la señora de la casa aislada, le habían despojado de su gorro, su blanco vestido y su mandil. El más joven de los cuatro había revestido con las insignias de su profesión, había puesto en equilibrio la canasta sobre su cabeza, y desempeñado el puesto del aprehendido cocinero, había seguido en su lugar el camino de la casita.

Diez minutos después, volvió y estuvo hablando en voz baja con uno que parecía ser jefe de aquella tropa. Habíasele devuelto entonces al marmitón su vestido, su gorro y su mandil, colocándole la cesta sobre la cabeza, y dándole un puntapié en el trasero para indicarle la dirección que debía seguir. El pobre diablo, sin esperarse a pedir más, había salido a escape llegando a caer medio muerto de terror bajo el umbral de la puerta, donde le acababan de recoger.

Esta aventura era del todo inteligible para cuantos allí había, excepto para Canolles; pero como éste no tuviese motivo que le impulsara a dar explicaciones, dejó al huésped, mozos, sirvientes, cocinero y marmitón perderse en conjeturas sobre el suceso; y mientras ellos se desataban a más y mejor en hacer castillos en el aire, subió el barón a la habitación del vizconde, y creyendo que la primera invitación que le había dirigido por medio de Castorín le dispensaba de dar un segundo paso del mismo género, abrió la puerta sin cumplimiento, y entró.

Estaba en medio del aposento una mesa iluminada y aderezada con dos cubiertos, faltándole para estar completa los platos que debían adornarla.

Presagió Canolles un alegre augurio a la vista de aquellos dos cubiertos. Sin embargo, al verle entrar, el vizconde se levantó con un movimiento tan brusco, que daba fácilmente a conocer que había sido sorprendido por su visita, y que no estaba destinado para el segundo cubierto, como desde luego se había lisonjeado en creer.

Esta sospecha quedó confirmada por las primeras palabras que le dirigió el vizconde.

—¿Puedo saber, señor barón —le dijo adelantándose hacia él con mucha ceremonia—, a qué nueva circunstancia debo el honor de vuestra visita?

Respondió Canolles algo desconcertado por tan extraño recibimiento

—A una circunstancia muy natural, me ha dado apetito, y pensaba que deberíais tenerlo también. Vos estáis solo, y también lo estoy, y quería tener el honor de proponeros pasaseis a cenar conmigo.

El vizconde miró a Canolles con una visible desconfianza, y pareció algo embarazado para responderle.

—Por mi honor —dijo Canolles riendo—, podría decirse que os meto miedo. ¿Sois acaso caballero de Malta? ¿Se os destina para la iglesia, o vuestra respetable familia os ha educado inspirándoos horror hacia los Canolles?…

—¡Vamos, pardiez! No tengáis cuidado, que no perderéis porque pasemos juntos una hora a la mesa, el uno enfrente del otro.

—Me es imposible bajar a vuestra habitación, barón.

—Pues bien, no bajéis. Y ya que yo he subido a la vuestra…

—Aun es más imposible, caballero; espero a un sujeto.

Esta vez quedó del todo desarmado Canolles.

—¡Ah! ¿Esperáis a un sujeto?

—Sí.

—A fe mía —dijo Canolles después de un momento de silencio—, casi era más de apreciar que me hubieseis dejado continuar mi camino a riesgo de cuanto pudiera sucederme, que no ver así desvanecerse por medio de esa repugnancia que me manifestáis, un servicio que he recibido de vos, y que me parece no haberos remunerado suficientemente aún.

Encendióse el rostro del joven, y acercándose a Canolles le dijo con voz temblorosa:

—Perdonad, caballero, conozco toda mi falta de atención; pero si no me fuera indispensable tener que tratar de asuntos gravemente serios e importantes de familia con la persona que espero, creed que sería para mí un honor y un placer a la vez admitir el partido, aunque…

—¡Oh! Acabad —dijo Canolles—; cualquier cosa que me digáis la recibiré bien, estoy decidido a no enfadarme con vos por nada del mundo.

El joven continuó:

—Aunque nuestro conocimiento sea sólo uno de esos efectos imprevistos de la casualidad, uno de esos encuentros fortuitos, una de esas relaciones efímeras…

—¿Y por qué ha de ser eso? —preguntó Canolles…

—Por el contrario, de este modo es como se forman las largas y sinceras amistades; y en mi sentir debemos considerar como un favor de la Providencia lo que sólo atribuís a la casualidad.

—La Providencia, caballero —repuso el vizconde riendo—, quiere que yo parta dentro de dos horas, y que según toda probabilidad, siga un camino diametralmente opuesto al vuestro; siento, pues, en el alma no poder aceptar como deseara esa amistad que me ofrecéis con tanta sinceridad, y que aprecio en su valor.

—A fe mía —dijo Canolles—, que sois decididamente un joven singular, y vuestro primer impulso de generosidad me había dado desde luego una idea muy distinta de vuestro carácter.

—Pero en fin, como ha de ser; yo no tengo en manera algún derecho a ser exigente, puesto que más bien os estoy obligando, pues habéis hecho por mí mucho más de lo que yo tenía derecho a esperar de un desconocido. Me voy, pues, a cenar solo, pero la verdad, vizconde, esta resolución es para mí algo dura, pues el monólogo no ha entrado aun en mis costumbres.

Y en efecto, a pesar de lo que había dicho Canolles, y de la resolución que indicaban sus palabras de retirarse, no lo ejecutaba, sujetábale cierta cosa de que él no podía darse razón, sentía una atracción invencible que arrastraba hacia el vizconde; pero éste, tomando una bujía, se aproximó a Canolles, y tendiéndole la mano, le dijo con una deliciosa sonrisa:

—Caballero, como quisiera que sea, y no obstante lo corto de nuestra entrevista, creed que celebro infinito haber podido seros útil en algo.

Canolles no vio más que el cumplido, cogió la mano que el vizconde le presentaba, y que en vez de corresponder a su masculina y amistosa presión, se retiró trémula y extendida; y comprendiendo después que por disfrazada que estuviese su rendida frase, no era otra cosa que una despedida, se retiró enteramente disgustado y sobre todo muy pensativo.

Encontróse a la puerta con la sonrisa desdentada del viejo criado, el cual, tomando la bujía de mano del vizconde, acompañó ceremoniosamente a Canolles hasta su aposento, y volvió acto continuo a buscar a su amo, que le esperaba en lo alto de la escalera.

—¿Qué hace? —preguntó el vizconde en voz baja.

—Creo que se decide a cenar solo —respondió Pompeyo.

—¿Entonces no volverá a subir?

—Así lo espero a lo menos.

—Haced preparar los caballos, Pompeyo, y así tendremos eso adelantado. Pero —añadió el vizconde aplicando el oído—, ¿qué ruido es ése?

—Creo que es la voz del señor Richón.

—Y la del señor Canolles.

—Me parece que dan quejas.

—Al contrario, se reconocen. Escuchad.

—¡Dios quiera que Richón no le diga!…

—¡Oh! No hay que temer por eso, es un hombre muy circunspecto…

—¡Chit!

Los dos observadores guardaron silencio, mientras se dejaba oír la voz de Canolles.

—¡Dos cubiertos, Maese Biscarrós! —gritaba el barón—, ¡dos cubiertos! El señor Richón cena conmigo.

—Dispensadme, si queréis —respondió Richón—, me es imposible.

—¡Quiá!… ¿Pues qué, tratáis de cenar solo como ese joven hidalgo?

—¿Qué hidalgo?

—Ése que hay arriba.

—¿Cómo le llaman? El vizconde de Cambes.

—¿Conocéis al vizconde?

—¡Pardiez! Si me ha salvado la vida.

—¿Él?

—Sí, él.

—¿Cómo ha sido eso?

—Cenad conmigo, y ya os contaré el suceso habiendo cenado.

—No puedo absolutamente; ceno con él.

—En efecto él esperaba a uno.

—Ese uno soy yo; y como quiera que me he tardado mucho más de lo que debiera, espero me permitiréis que os deje, ¿no es así, barón?

—No, ¡por vida del cielo! ¡No lo permito! —gritó Canolles—. Se me ha puesto en la cabeza que había de cenar acompañado esta noche, y habéis de cenar conmigo, o yo he de cenar con vos. Maese Biscarrós, dos cubiertos.

En tanto que Canolles se volvía para ver si era ejecutada esta orden, Richón enfilaba la escalera subiendo rápidamente sus gradas. Al llegar a la última, una pequeña mano cogió la suya haciéndole entrar en el cuarto del vizconde de Cambes, cuya puerta se cerró inmediatamente detrás de él, y para más seguridad dos cerrojos acabaron de corroborar su clausura.

—A la verdad —murmuró Canolles buscando inútilmente al desaparecido Richón, y sentándose a su solitaria mesa—; la verdad, no sé que hay contra mí para matarme, y otros me huyen como si estuviese atacado de peste.

—¡Voto al diablo! Se me quita el apetito, y me siento triste, vamos, soy capaz esta noche de achisparme como un soldado alemán. ¡Hola! Castorín, venid acá, si no queréis que os apalee. ¡Ah! ¿Qué oigo? Se encierran allá arriba como si conspirasen. ¡Vamos, soy un bestia duplicado! En efecto, conspiran, eso es; ya está todo explicado. Pero, ¿por quién conspiran? ¿Será acaso el coadjutor, por los príncipes, por el parlamento, por el rey, por la reina, o por el señor de Mazarino? ¡Qué diablo! Que conspiren contra quien les dé la gana, me es igual, ya he vuelto a recobrar el apetito. Castorín, hacedme servir y echadme de beber, os lo perdono.

Y Canolles entabló filosóficamente la primera cena que había sido preparada para el vizconde de Cambes, que a falta de nuevas provisiones, Maese de Biscarrós se había visto precisado a recalentar.

Mientras que el barón de Canolles buscaba infructuosamente uno que le acompañase a cenar, y que cansado de sus inútiles gestiones se decidía a cenar solo, veamos lo que pasaba en casa de Nanón.

IV

La bella Nanón

Nanón era en aquella época, a pesar de cuanto hayan dicho y escrito sus enemigos, entre los cuales pueden contarse la mayor parte de los historiadores que se han ocupado de ella, una encantadora criatura de veinticinco a veintiséis años, pequeña de cuerpo, de cutis moreno, pero llena de flexibilidad y gracia, sus colores eran vivos y llenos de frescura; sus ojos de un negro profundo, cuya córnea brillaba como la del águila a toda clase de luces y reflejos.

Alegre en el semblante y risueña en apariencias, Nanón estaba, sin embargo, muy lejos de abandonar su corazón a todos esos caprichos y sutilezas que adornan con locos arabescos la trama dorada y sedosa de la que ordinariamente se compone la vida de una petimetra; por el contrario las más graves deliberaciones, madura y largamente pesadas en su diminuta cabeza, tomaban un aspecto lleno a la vez de seducción y brillantez, traduciéndose por su voz vibrante y fuertemente impregnada del acento gascón. Nadie hubiera podido adivinar bajo aquella máscara sonrosada de facciones finas y sonrientes, tras de aquella mirada llena de voluptuosas promesas y centelleante

de vivos ardores, la perseverancia infatigable, la tenacidad invencible y la profundidad de alcances del hombre de Estado. Y sin embargo, tales eran las cualidades o los defectos de Nanón, según quiera mirárseles por la faz o por el dorso de la medalla, tal era el espíritu calculador, tal el corazón ambicioso, a quienes servía de velo un cuerpo lleno de elegancia.

Nanón era natural de Agén. El duque de Epernón, hijo de aquel amigo de Enrique IV que se encontraba con él en su carruaje en el momento de herirle el puñal de Ravaillac, y sobre quien se agitaron las sospechas que llegaron hasta Catalina de Médicis; el duque de Epernón, nombrado gobernador de la Guiena, en donde se había hecho execrar generalmente por su ceño, sus insolencias e injusticias, había descubierto a aquella pequeña aldeana hija de un simple abogado. Le había hecho la corte, y sin gran trabajo había triunfado sobre de ella, después de una defensa sostenida con la habilidad de un gran táctico que quiere hacer conocer a su vencedor todo el precio de su victoria; y en cambio de su reputación ya perdida, Nanón había robado al duque su poder y su libertad. A los seis meses de amistad con el gobernador de la Guiena, era ella quien gobernaba en realidad aquella hermosa provincia, devolviendo con usura los disgustos u ofensas que había recibido a todos los que otras veces la habían maltratado o humillado. Reina por casualidad, se hizo tirana por cálculo, presintiendo con su inteligencia sutil la necesidad de suplir por medio del abuso la brevedad probable del reinado.

En su consecuencia se apoderó de todo, y de todo hizo monopolio, del tesoro, de influencia y de los honores.

Se hizo rica, nombró a los empleados, recibió las visitas de Mazarino y de los primeros señores de la corte; y cambiando con admirable destreza los diversos elementos de que disponía, hizo de ellos una amalgama útil para su crédito y provechosa para su fortuna. Tenía valuado su precio a cada servicio que prestaba, un grado en el ejército, o un cargo en la magistratura, todo estaba sujeto a su tarifa. Nanón hacía acordar este grado o este empleo; pero se le pagaba en buena plata corriente, o por medio de un lujoso y real regalo, de forma que desprendiéndose de un fragmento de poder en beneficio de alguno, recuperaba este fragmento en cualquiera otra especie, dando sí la autoridad, pero reteniendo el oro, que es la fuerza.

Esto explica fácilmente la duración de su reinado, porque los hombres, cuando aborrecen, vacilan en procurar la destrucción de un enemigo a quien le queda un consuelo. La venganza no desea otra cosa que una ruina total y una postración completa. Los pueblos derriban con pesar a un tirano que se lleva su oro y se va mofándose de ellos. Nanón de Lartigues tenía dos millones. De este modo vivía con una especie de inseguridad sobre el volcán que incesantemente se agitaba a su alrededor, ella había escuchado y visto el odio popular crecer como la marea, engrandecerse y combatir con sus olas el poder

del señor de Epernón, que arrojado de Burdeos en un día de cólera, había llevado a Nanón consigo, como sigue la chalupa al navío. Nanón había replegado sus velas durante la tempestad, dispuesta a levantarse más orgullosa después del peligro, había tomado por modelo al señor de Mazarino, y la humilde alumna suya, practicaba de lejos la política del ágil y diestro italiano. El cardenal fijó su atención en aquella mujer, que se engrandecía y acumulaba riquezas por los mismos medios que él había llegado a ser un primer ministro, poseedor de cincuenta millones; admiró a la pequeña Gascona, y lo que es más, la dejó obrar. Tal vez más adelante se sabrá el por qué.

A pesar de todo, y no obstante que algunos que se creían mejor informados pretendían que ella tuviese correspondencia directa con el señor de Mazarino, se hablaba muy poco de las intrigas políticas de la bella Nanón. El mismo Canolles, que demasiado rico, hermoso y joven, no comprendía la necesidad de ser intrigante, no sabía a qué atenerse en este punto. En cuanto a sus intrigas amorosas, las hubiese dejado para después, o ya que el ruido que los amores del señor de Epernón hacia ella producían, hubiese absorbido el que podían producir otros amores secundarios, lo cierto es que sus mismos enemigos no habían prodigado el escándalo con respecto a ella, y Canolles podía creer invencible a Nanón antes de su llegada, lisonjeado por su amor propio personal y nacional. Pero ya sea que efectivamente Canolles hubiese excitado el primer arrebato amoroso en aquel corazón, accesible hasta entonces sólo a la ambición, o ya que la prudencia hubiese aconsejado a sus predecesores una discreción absoluta, Nanón, querida, debía ser una mujer encantadora; Nanón, ofendida, debía ser una enemiga terrible.

El modo y cómo se conocieron Nanón y Canolles, había sido lo más natural. Canolles, siendo teniente en el regimiento de Navalles, quería ser capitán, para esto necesitó escribir al señor de Epernón, coronel general de la infantería; Nanón leyó el escrito, y contestó, según su costumbre al tratarse de un negocio, concediendo a Canolles una audiencia de asuntos. Canolles escogió entre sus alhajas de familia una magnífica sortija, que podría valer quinientas pistolas, lo que era siempre menos que comprar una compañía, y se encaminó a la audiencia; pero esta vez el vencedor Canolles, precedido de su pomposo cortejo de afortunados lances, puso en derrota los cálculos y la fiscalización de la señorita de Lartigues. Ésta era la primera vez que veía a Nanón, y la primera que Nanón le veía a él, los dos eran jóvenes, bellos y espirituales. La entrevista se pasó en recíprocos cumplimientos; no se habló una palabra del negocio solicitado, y sin embargo, el negocio se hizo. Al día siguiente, Canolles recibió su despacho de capitán; y cuando la preciosa sortija pasó de su dedo al de Nanón, no fue ya como el precio de la ambición satisfecha, sino como la prenda del amor correspondido.

En cuanto a explicar la residencia de Nanón cerca de la aldea de Matifou,

bastará la historia; como llevamos dicho, el duque de Epernón se había hecho aborrecer en Guiena. Nanón, a quien se había hecho el honor de transformarla en genio del mal, tenía sobre sí la execración universal. Un motín les había echado de Burdeos, teniendo que refugiarse en Agén; pero aquí se reprodujo la misma escena. Un día se volcó sobre un puente la carroza dorada en que Nanón iba a reunirse con el duque; y sin saberse cómo, se la encontró en el río, siendo Canolles quien la sacó de él. Habiéndose prendido fuego una noche en la casa de Nanón, Canolles penetró hasta su alcoba, salvándola de las llamas. Nanón juzgó que los ageneses podían hacer una tercera prueba con buen éxito; pues aunque Canolles se alejaba de ella lo menos posible, hubiera sido un milagro que siempre se encontrase a su lado para sacarla a puerto del peligro.

Aprovechóse, pues, de una ocasión en que el duque iba a salir para recorrer el departamento de su mando, y de una escolta de mil doscientos hombres, en que había parte del regimiento de Navalles, para salir de la ciudad al mismo tiempo que Canolles, burlando así al populacho, que iba al lado de la portezuela de su carroza, y que de buena gana la hubiera hecho pedazos, pero que por él no se atrevía.

Entonces el duque y Nanón eligieron, o más bien Canolles había elegido secretamente para ellos, aquel pequeño campo, donde se decidió que permaneciese Nanón hasta tanto que se le montara una casa en Liburnia. Canolles obtuvo una licencia para ir en apariencia a su casa a terminar ciertos asuntos de familia, y en realidad para poder dejar su regimiento, que había regresado a Agén, y no alejarse de Matifou, donde su presencia tutelar era más urgente que nunca. En efecto, los acontecimientos empezaban a tomar una gravedad alarmante, arrestados los príncipes de Condé y Conti de Longueville, y encerrados en Vincennes, ofrecían a los cuatro o cinco partidos que en aquella época dividían la Francia, un excelente pretexto de Guerra Civil. La impopularidad del duque de Epernón, bien conocida en la corte, tomaba incremento, aunque razonablemente hubiera podido esperarse que no pudiese aumentarse más. Había llegado a hacerse inminente una catástrofe, deseada de todos los partidos, que en la extraña situación en que se encontraba la Francia, no sabían dónde estaban ellos mismos.

Nanón, como las aves que ven venir la borrasca, desapareció del horizonte, y se metió en su nido de hojarasca para esperar desde allí lo que pudiese suceder, oscura e ignorada.

Se dio a conocer por una viuda que buscaba el retiro; y así es como podrá recordarse que la designó Maese Biscarrós. El señor de Epernón había venido a visitar la víspera a la hermosa prisionera, y le anunció que se ausentaba por espacio de ocho días. Casi en el momento de su marcha, había enviado Nanón, por medio del recaudador su protegido, un recado a Canolles, que merced a su licencia, hemos dicho, aquel escrito original había desaparecido de manos del

mensajero, y copiado por las de Cauviñac; y a esta invitación acudía el descuidado hidalgo, cuando el vizconde de Cambes le había detenido a cuatrocientos pasos de su objeto.

Ya sabemos lo demás.

Nanón esperaba, pues, a Canolles, como espera la mujer que ama; es decir, sacando diez veces el reloj de su bolsillo, acercándose a cada instante a la ventana, atendiendo al menor ruido, e interrogando con la vista al sol rojizo y esplendente cuándo habría de ocultarse detrás de las montañas, para dejar la posesión del espacio a las primeras sombras de la noche. Primero habían llamado a la puerta principal, y ella envió a Francineta a abrir; pero no era más que el supuesto marmitón que conducía la cena, a la que faltaba el convidado. Nanón dirigió sus ojos hacia la antesala, y vio al falso mensajero de Maese Biscarrós que por su parte dirigía disimuladamente sus miradas hacia la alcoba, donde estaba dispuesta una mesita con dos cubiertos. Nanón encargó a Francineta que conservase las viandas al calor, cerró tristemente la puerta, y se volvió a su ventana, desde donde observó en cuanto le permitían las primeras tinieblas, la soledad del camino.

Un segundo golpe, un golpe dado de manera particular, resonó en la puertecita de atrás, y Nanón exclamó: «él es». Pero temerosa de que no fuese él todavía, quedó de pie e inmóvil en medio de su camino. Un instante después se abrió la puerta, y la señora Francineta apareció en el umbral, con aire consternado y mudo, trayendo un billete. La joven vio aquel papel, adelantóse hacia la camarera, se lo arrebató de la mano, le abrió rápidamente, y lo leyó con agonía.

Su contenido parecía haber herido a Nanón como lo hubiera hecho un rayo, ella amaba en extremo a Canolles, pero en su corazón era un sentimiento casi igual la ambición y el amor; perdiendo al duque de Epernón, veía desvanecerse, no sólo su fortuna venidera, sino también la pasada. Sin embargo, como mujer de gran talento, empezó por apagar la bujía, que habría podido transparentar su sombra, y se precipitó a la ventana; aún era tiempo, cuatro hombres se aproximaban a la casa, y sólo distaban ya de ella veinte pasos. A la cabeza de aquellos caminaba el hombre de la capa; y a no dudarlo, Nanón reconoció en él al duque, en este momento entraba Francineta con una bujía en la mano. Nanón echó una mirada de desesperación sobre la mesa, sobre los dos cubiertos, los dos sillones, los dos almohadones, cuya blancura se destacaba insolentemente sobre el fondo carmesí de las cortinas de damasco, y en fin, sobre su atractivo negligé de noche, tan en armonía con todos aquellos preparativos.

Estoy perdida, dijo en su interior; pero casi al mismo tiempo una sonrisa que cruzó ligera por sus labios, manifestó que otro pensamiento la asaltaba. Y

con la rapidez del relámpago afianzó la copa de simple cristal destinada a Canolles, y la arrojó al jardín a la aventura; sacó de un estuche el cubilete de oro grabado con las armas del duque, y colocó junto a su asiento su cubierto dorado; después de lo cual, fría de terror, aunque con una sonrisa compuesta a la ligera, se precipitó hacia la escalera, llegando junto a la puerta en el momento en que acababa de retumbar en ella un golpe grave y solemne.

Francineta quiso abrir, pero Nanón, cogiéndola del brazo, la echó a un lado, y con una mirada rápida que completa tan bien el pensamiento de las mujeres sorprendidas, le dijo:

—Yo espero al señor duque y no al señor de Canolles; cuidado.

Después ella misma descorrió los cerrojos, y se colgó al cuello del hombre de la pluma blanca, que por su parte había preparado un gesto de los más feroces.

—¡Ah! —exclamó Nanón—. Mi sueño no me ha engañado. Venid, mi querido duque, estáis servido. Vamos a cenar.

De Epernón se quedó estupefacto; pero como siempre es grata la caricia de una mujer querida, se dejó abrazar sin repugnancia. Y acordándose enseguida de las molestas pruebas que poseía:

—Un momento, señorita —dijo—, expliquémonos si os place.

Y haciendo una seña con la mano a sus acólitos, que se retiraron respetuosamente, aunque sin alejarse mucho, entró él solo con paso grave y acompasado en la casa.

—¿Qué tenéis, mi querido duque? —le dijo Nanón con una alegría tan bien fingida, que habría podido creérsela natural—. ¿Se os ha quedado alguna cosa olvidada la última vez que estuvisteis aquí?… ¿Qué es lo que buscáis con tanto afán?

—Sí —dijo el duque—, he olvidado deciros que no era un necio, un Geronte como el que Cyrano de Bergerac pone en sus comedias; y habiéndoseme pasado decíroslo, he vuelto en persona para probároslo.

—No os comprendo, monseñor —dijo Nanón con el aire más tranquilo y franco—. Explicaos, pues, os lo suplico.

La mirada del duque se detuvo entonces sobre los dos sillones, de esto pasó a contemplar los dos cubiertos, y últimamente a los almohadones, sobre los cuales se fijó por más tiempo, hasta que fue subiendo por grados a su semblante el sonrojo de la cólera.

Nanón lo había previsto todo, y esperaba el resultado de aquel examen con una sonrisa que descubría sus dientes blancos como perlas. Sólo había de

notable en aquella risa, que era muy semejante a una contracción nerviosa, y aquellos dientes tan blancos se habrían chocado seguramente si la angustia no los hubiera comprimido los unos contra los otros.

El duque fijó después sobre ella su mirada embravecida.

—Estoy esperando que me favorezca vuestra señoría con sus órdenes —dijo Nanón haciendo una graciosa reverencia.

—El deseo de mi señoría —dijo él—, es que me expliquéis para quién está dispuesta esa cena.

—Ya os lo he dicho, he tenido un sueño que me anunciaba vendríais hoy, aunque me dejasteis ayer; y como mis sueños jamás me engañan, he mandado preparar cena para vos.

El duque hizo un gesto, que sin duda tendría intención de hacer pasar por una sonrisa irónica. —¿Y esos dos almohadones?— añadió.

—¿Tendría monseñor intención de volverse a Liburnia para dormir? En este caso habría mentido mi sueño, pues me anunciaba que monseñor se quedaría.

El duque hizo un segundo gesto más significativo aún que el primero.

—¿Y ese delicioso negligé, señora? ¿Y esos exquisitos perfumes?

—Éste es uno de los que acostumbro a ponerme cuando espero a monseñor; y esos perfumes son las bolsitas de piel de España, que acostumbro a poner en mis armarios, y que monseñor me ha dicho muchas veces prefiere a todos los demás olores, por ser el que prefería la reina.

—¿Según esto, me esperabais? —continuó el duque con una risa amargada y llena de ironía.

—¡Vaya!, monseñor —dijo Nanón arrugando a su vez el entrecejo—, yo creo, así Dios me perdone, que deseáis registrar mis armarios. ¿Sería posible que estuvieseis celoso? —Y Nanón soltó a reír a carcajadas.

El duque tomó un aspecto majestuoso.

—¡Yo celos! ¡Oh! No, no, gracias a Dios, aún no soy tan ridículo. Viejo y rico, yo sé que naturalmente debo ser engañado; pero al menos quiero probar a los que me engañan que no soy juguete suyo.

—¿Y de qué manera se lo probaríais? —dijo Nanón—. Tengo curiosidad de saberlo.

—¡Oh! Eso no será muy difícil, no necesito más que mostrarles este papel.

El duque sacó de su bolsillo un billete.

—Yo no sueño, a mi edad no se sueña, mucho menos estando despierto. Pero sí escribo cartas, leed ésta; os parecerá interesante. Nanón tomó temblando el billete que el duque le daba, y se estremeció al ver la letra; pero su estremecimiento fue imperceptible, y pudo leer.

«Se previene a monseñor el duque de Epernón, que un hombre que disfruta bastante familiaridad con la señora Nanón de Lartigues hace seis meses, irá esta noche a su casa, y se quedará a cenar y dormir en ella.

Como no quiere dejársele a monseñor el duque de Epernón la menor incertidumbre, se le previene que ese rival dichoso se llama el barón de Canolles».

Nanón palideció, el golpe le había herido de lleno en el corazón.

—¡Ah! ¡Rolando! ¡Rolando! —murmuró—. Yo creí que ya me había desembarazado completamente de ti.

—¿Estoy bien informado? —dijo el duque con aire de triunfo.

—Bastante mal —respondió Nanón—. Y si vuestra policía política no está mejor organizada que la amorosa, os compadezco.

—¿Me compadecéis?

—Sí, porque, en fin, ese señor de Canolles, a quien hacéis graciosamente el honor de creer vuestro rival, no sólo no está aquí, sino que podéis esperar, y veréis como tampoco viene.

—¡Ha venido ya!

—¡Él! —exclamó Nanón—. Eso no es cierto.

Esta vez había un acento de profunda verdad en la exclamación de la acusada.

—Quiero decir que ha venido a unos cuatrocientos pasos de aquí, y felizmente para él, se ha detenido en el parador del «Becerro de Oro».

Nanón comprendió que el duque estaba mucho menos informado de lo que ella había creído al principio, y se encogió de hombros; pero después empezó a germinar en su alma otra idea, que sin duda le había inspirado la carta, la cual volvía y revolvía entre sus manos.

—Imposible es —dijo—, que un hombre de ingenio, uno de los más hábiles políticos del reino, se deje seducir por escritos anónimos.

—Pero en fin, sea anónimo o lo que queráis. ¿Cómo explicáis esa carta?

—¡Oh! La explicación no es difícil, ésa es la continuación de las buenas obras de mis amigos Ageneses.

—El señor de Canolles os ha pedido un permiso para arreglar asuntos de familia, cuyo permiso le habéis concedido, se ha sabido sin duda que iba a pasar por aquí, y se ha fundado sobre su viaje esta ridícula acusación.

Nanón conoció que lejos de calmarse la fisonomía del duque, aumentaba más su ceño.

—La explicación sería buena —dijo él—, si la famosa carta que atribuís a vuestros amigos no tuviera cierta posdata, que habéis olvidado leer con vuestra turbación.

Una terciana mortal corrió por todo el cuerpo de la joven, conocía que de no venir la casualidad en su ayuda, no podría por mucho tiempo ella sola sostener la lucha.

—¡Una postdata! —repitió.

—Sí, leed —dijo el duque—, entre vuestras manos está la carta. Nanón probó a sonreírse; pero conociendo ella misma que sus facciones contraídas no se prestaban ya a esta demostración de tranquilidad, se contentó con leer con el acento más firme que pudo adoptar.

«Tengo en mi poder la carta de la señorita de Lartigues al señor de Canolles, en la que se fija para esta noche la cita que os anuncio. Esta carta la daré en cambio de una firma en blanco que el señor duque hará conducir por un sólo hombre embarcado sobre el Dordoña, frente a la villa de San Miguel de la Rivera, a las seis de la tarde».

—¡Y habéis tenido la imprudencia!… —dijo Nanón.

—Una sola letra vuestra es para mí tan preciosa, mi señora, que no he pensado un momento en el valor que pudiera darse a vuestra carta.

—¡Exponer un secreto semejante a la indiscreción de un confidente! ¡Ah! ¡Señor duque!…

—Esta clase de confidencias se reciben en persona, señora, y así es como yo he recibido ésta. El hombre que ha estado sobre el Dordoña he sido yo.

—¿Es decir que tenéis mi carta?

—Vedla aquí.

Nanón probó a recordar el contenido de aquella carta por un esfuerzo rápido de memoria, pero era una cosa imposible; su cerebro empezaba a turbarse.

Le fue forzoso tomar su propia carta y leerla, apenas contenía tres renglones. Nanón los recorrió con ávida mirada, reconociendo con indecible alegría que aquella carta no la comprometía del todo. Leed alto, dijo el duque,

también a mí como a vos se me ha olvidado el contenido de esa carta.

Nanón encontró la sonrisa que inútilmente había buscado algunos momentos antes; y prestándose complaciente a la invitación del duque, leyó:

«Cenaré a las ocho. ¿Estáis libre? Yo lo estoy. Si os acontece lo mismo, sed exacto, mi querido Canolles, y nada temáis por nuestro secreto».

—¡Me parece que está bien claro! —exclamó el duque, pálido de furor.

—He aquí lo que me absuelve —pensó Nanón.

—¡Ah! ¡Ah! —continuó el duque—, ¡es decir que tenéis un secreto con el señor de Canolles! Nanón comprendió que una perplejidad de un segundo la perdía. Además había tenido tiempo suficiente para madurar en su cerebro el plan que la carta anónima le inspiraba.

—Y bien, es cierto —dijo, mirando fijamente al duque—, tengo un secreto con ese hidalgo.

—¿Y lo confesáis? —gritó el duque de Epernón.

—Es forzoso, pues que ya no se os puede ocultar nada.

—¡Oh! —exclamó lleno de cólera el duque.

—Sí, esperaba al señor de Canolles —continuó tranquilamente Nanón.

—¿Vos le esperabais?

—Yo le esperaba.

—¿Y os atrevéis a confesarlo? —En alta voz.

—Pero ya que llegamos a este extremo, ¿sabéis quién es el señor de Canolles?

—Sé que es un fatuo, a quien castigaré con rigor por su osadía.

—Es un noble y valiente hidalgo, a quien seguiréis dispensando vuestros favores.

—¡Oh! ¡Juro a Dios que serán muchos!

—Basta de juramentos, señor duque, al menos antes de haberme escuchado —contestó sonriendo Nanón.

—Hablad, pues pero sed breve.

—¿No habéis observado, vos que sondeáis hasta los más recónditos misterios del corazón —repuso Nanón—, todas mis deferencias al señor de Canolles, mis solicitudes a vos con respecto a él, ese abono de fondos para un viaje a la Bretaña con el señor de la Meilleraye, esa licencia reciente, y por último, mi constante afán por servirle?

—¡Señora, señora —dijo el duque—, esto es ya traspasar los límites!…

—Por Dios, señor duque, dejadme concluir.

—¿Qué más queréis que oiga? ¿Qué os resta que decirme?

—Que tengo al señor de Canolles el más tierno interés.

—¡Pardiez! ¡Demasiado lo sé!

—Que mi cuerpo y mi alma están a su servicio.

—Señora, esto es abusar…

—Que le serviré fiel hasta la muerte, y esto porque…

—Porque es vuestro amante, eso no es difícil de adivinar.

—¡Porque —continuó, asiéndose por un movimiento dramático al brazo trémulo del duque—, porque es mi hermano!

—¡Vuestro hermano!

Nanón hizo una señal afirmativa con la cabeza, acompañada de una sonrisa de triunfo.

Al cabo de algunos momentos exclamó el duque:

—Eso requiere una explicación.

—Y os la voy a dar —dijo Nanón—. ¿Cuánto tiempo hace que murió mi padre?

—Hará… —contestó el duque calculando—, unos ocho meses, lo más.

—¿Por cuándo firmasteis el despacho del capitán a favor del señor de Canolles?

—Hacia esa misma época —continuó el duque.

—Quince días después… sí, eso vendrá a hacer.

—¡Es demasiado triste para mí —continuó Nanón—, revelar la deshonra de otra mujer, divulgar su secreto, que es el nuestro, entendéis! Pero vuestros extraños celos me precisan, vuestras crueles maneras me obligan a ello.

—No hago más que imitaros, señor duque, si soy poco generosa.

—Seguid, seguid —exclamó el duque—, algo preso ya en las redes que la imaginación de la bella gascona forjaba.

—Pues bien; mi padre era un abogado que no carecía de alguna celebridad, veinte años hace era joven, y siempre había sido hermoso. Antes de casarse amó a la madre de Canolles, pero había sido rechazado su amor, porque ella era noble y él plebeyo. Como sucede con frecuencia, el amor cuidó de reparar

el error de la naturaleza, y durante un viaje del señor de Canolles… ¿lo comprendéis ahora?

—Sí, pero, ¿cómo habéis guardado para tan tarde esa amistad hacia el señor de Canolles?

—Porque hasta la muerte de mi padre no he sabido el lazo que nos unía, porque este secreto estaba consignado en una carta que el barón mismo me ha entregado, llamándome hermana.

—¿Y dónde está esa carta? —preguntó el duque.

—¿Habéis olvidado ya el incendio que devoró en mi casa mis primorosas alhajas y mis papeles más secretos?

—Es cierto —dijo el duque.

—Veinte veces he querido contaros esta historia, bien segura de que haríais todo lo posible por el hombre a quien yo le llamo en secreto hermano mío; pero me ha contenido siempre, rogándome y suplicándome no destruyese la reputación de su madre, que aún vive. Y yo, que he comprendido sus escrúpulos, los he respetado.

—¡Ah! ¡Verdaderamente! —dijo el duque enternecido—. ¡Pobre Canolles!

—Y no obstante —continuó Nanón—, lo que él rehusaba era su fortuna.

—Eso es propio de un alma delicada —repuso el duque—; y hasta esos escrúpulos le honran.

—Había hecho más. Había jurado no revelar jamás este secreto a nadie en el mundo; pero vuestras sospechas le han hecho desbordarse al vaso. ¡Desgraciada de mí! ¡He olvidado mi juramento! ¡He vendido el secreto de mi hermano! ¡Desgraciada de mí!

Y Nanón se deshacía en lágrimas.

El duque se arrojó a sus plantas y besó sus lindas manos, que ella le abandonaba con abatimiento, mientras que sus ojos elevados al cielo, parecían pedir a Dios perdón de su perjurio.

—¡Por qué os llamáis desgraciada! —exclamó el duque—, decid más bien, ¡felices todos! Yo quiero que ese apreciable Canolles repare todo el tiempo perdido.

—No le conozco aún, pero lo deseo; me lo presentaréis, y le amaré como a un hijo.

—Decid como a un hermano —repuso Nanón sonriendo.

Después, pasando a otra idea.

—¡Esos monstruos delatadores! —exclamó comprimiendo la carta, que hizo ademán de arrojar al fuego, pero que ocultó cuidadosamente en su bolsillo, para atrapar más tarde a su autor.

—Pero estoy pensando —dijo el duque—, que no viene ese chico, y tengo deseos de verle. Voy a mandarle llamar ahora mismo al «Becerro de Oro».

—¡Ah! Sí —dijo Nanón—, para que sepa que nada puede ocultaros, y que todo os lo he dicho, a pesar de mi juramento.

—Fiad en mi discreción.

—¡Vaya, vaya! señor duque, tengo que quejarme de vos, —dijo Nanón con esa sonrisa que los demonios piden prestada a los ángeles.

—¿Y por qué, hermosa mía?

—Porque otras veces erais más aficionado a la soledad que ahora. Cenemos, creedme; y mañana temprano habrá tiempo para enviar a llamar a Canolles —de aquí a mañana, se decía Nanón, tendré tiempo de avisarle.

—Sea enhorabuena —dijo el duque—. Vamos a la mesa. Y llevado de un resto de duda, añadió para sí:

—De aquí a mañana no me separaré de ella; y así, a no ser bruja, no tendrá medio alguno de informarle.

—¿Y me será permitido, amigo mío —dijo Nanón colocando el brazo sobre el cuello del duque—, solicitar alguna cosa para mi hermano?

—¡Cómo! —repuso de Epernón—, todo cuanto queráis; dinero…

—¡Oh! Dinero —dijo Nanón—, no lo necesita, él me ha dado esta magnífica sortija que os llamó la atención, y que era de su madre.

—¡Le ascenderemos entonces! —dijo el duque.

—¡Oh! Sí, ascendedle. Le haremos coronel, ¿no es así?

—¡Cáspita, y qué deprisa vivís, querida! —dijo el duque—; ¡coronel! Para esto era menester que hubiera prestado algún servicio a la causa de Su Majestad.

—Está pronto a prestar cuantos se le designen.

—¡Oh! —dijo el duque mirando a Nanón de reojo—. No me faltaría alguna misión de confianza para la corte…

—¡Una misión para la corte! —exclamó Nanón.

—Sí —repuso el viejo cortesano—; pero esto os separaría. Nanón conoció que era menester disipar este resto de desconfianza.

—¡Oh! No temáis por eso, mi querido duque. ¿Qué importa la separación, si ésta puede redundar en su provecho? De cerca le serviría yo mal, porque estáis celoso; pero de lejos, vos extenderéis sobre él vuestra mano poderosa. Desterradle, expatriadle, si es por su bien, y no os inquietéis por mí. Conserve yo el amor de mi querido duque, y no necesito más para ser feliz.

—Pues bien, está dicho —repuso el duque—; por la mañana le enviaré a buscar, y le daré instrucciones. Y ahora, hermosa mía, cenemos como habéis dicho —continuó el duque, echando una mirada llena de complacencia sobre los dos sillones, los cubiertos y los almohadones.

Sentáronse a la mesa con semblante tan placentero, que Francineta misma, a pesar de la experiencia que su calidad de camarera le daba sobre las maneras del duque y el carácter de su señora, creyó que ésta se hallaba complacientemente tranquila, y el duque lleno de la mayor confianza.

V

Los partidarios

El caballero a quien Canolles saludó con el nombre de Richón, había subido al primer piso del parador del «Becerro de Oro», y cenaba en compañía del vizconde.

A éste era a quien el joven esperaba impaciente, cuando la casualidad le había hecho testigo de los preparativos hostiles del duque de Epernón, dándole al mismo tiempo ocasión de prestar al barón de Canolles el servicio que ya hemos referido.

Richón había salido de París ocho días antes, y de Burdeos aquel mismo día; por consiguiente era portador de noticias recientes sobre los negocios algo embrollados que de París a Burdeos se urdían entonces por medio de tramas que causaban general inquietud. A medida que hablaba, ya de la prisión de los príncipes, que era la orden del día, ya del parlamento de Burdeos, que era la potencia motriz, ya del señor de Mazarino, que era el rey del momento, el joven observaba en silencio su fisonomía enérgica y atezada, su mirada penetrante y llena de firmeza, sus dientes blancos y agudos, que asomaban bajo su largo bigote negro, signos diversos que presentaban en Richón el verdadero tipo del oficial de fortuna.

—¡Según eso —dijo el vizconde al cabo de un rato—, la señora princesa estará en Chantilly a estas horas!

Es sabido que se designaba así a las dos duquesas de Condé; sólo que a la

duquesa madre se le agregaba el título de viuda.

—Sí —respondió Richón—; y allí os espera lo más pronto posible.

—¿Y en qué situación se encuentra?

—¡Ah! En un verdadero destierro, se la vigila con el mayor cuidado, lo mismo que a su suegra, porque se teme en la corte que no se sujeten a las gestiones del parlamento, y que maquinen alguna cosa más eficaz a favor de los príncipes. Por desgracia, como siempre acontece, el dinero… A propósito de dinero, ¿habéis cobrado el que os debían? Es una pregunta que se me ha encargado mucho interés hiciese.

—¡Ps! —dijo el vizconde—, con mil trabajos he recogido unas veinte mil libras que están allí en oro. ¡Eso es todo!

—¡Eso es todo! Cáspita, y qué alto picáis, vizconde.

—Bien se deja ver que sois millonario, ¡hablar con tal desprecio de semejante suma en tal momento! Con veinte mil libras vamos a ser menos ricos que el señor de Mazarino, pero seremos más ricos que el rey.

—¿Según eso creeréis, Richón, que esa humilde ofrenda será aceptada por la princesa?

—Con toda el alma; pues si le lleváis con qué poder pagar un ejército.

—¿Creéis que será menester?

—¿Qué? ¿Un ejército? Ciertamente, y no nos ocuparemos en otra cosa. El señor de Larochefoucault ha alisado a cuatrocientos nobles, bajo pretexto de hacerles asistir a las exequias de su padre. El señor duque de Bouillón va a ponerse en marcha para la Guiena con igual número, si no es mayor. El señor de Turena ha prometido hacer una asomada en París, con el fin de sorprender a Vincennes y robar a los príncipes por medio de un golpe de mano, para esto tendrá unos treinta mil hombres, todo su ejército del Norte que ha sobornado del servicio real. ¡Oh! Las cosas marchan perfectamente —continuó Richón —, vivid tranquilo; yo no sé de cierto si tendremos gran tarea, pero sí estoy seguro que daremos mucho ruido.

—¿Y no habéis encontrado al duque de Epernón? —interrumpió el joven, cuyos ojos chispeaban de júbilo al oír esta enumeración de fuerzas, que le prometía el triunfo del partido a que estaba agregado.

—¿Al duque de Epernón? —preguntó el oficial de fortuna abriendo tamaños ojos—. ¿Dónde queréis que le haya encontrado? Yo no vengo de Agén sino de Burdeos.

—Pudierais haberle encontrado a pocos pasos de aquí —dijo el vizconde sonriendo.

—¡Ah! Es justo. ¿No habita por estas cercanías la bella Nanón de Lartigues?

—A dos tiros de mosquete de este parador.

—¡Bueno! Esto me explica la estancia del barón de Canolles en el «Becerro de Oro».

—¿Le conocíais?

—¿A quién? ¿Al barón? Sí; y aun casi podría decir que soy su amigo, si el señor de Canolles no fuera de la más acentuada nobleza cuando yo no soy más que un pobre plebeyo.

—Plebeyos como vos, Richón, valen tanto como los príncipes, en la situación en que nos hallamos.

—¿Y sabéis también que yo he liberado de una paliza, o acaso de otra cosa peor, a vuestro amigo el barón de Canolles?

—Sí, me ha principiado a hablar acerca de eso, pero no le he acabado de escuchar, estaba impaciente por subir a vuestro lado.

—¿Estáis seguro de que no os ha conocido?

—No es fácil conocer a quien no se ha visto jamás.

—Es verdad; debería haber dicho si lo ha adivinado.

—En efecto —repuso el vizconde—, mucho me miraba… Richón se sonrió.

—Ya lo creo —dijo—, no todos los días se encuentran hidalgos de vuestra catadura.

—Me parece un caballero muy jovial —repuso el vizconde después de un momento de silencio.

—Jovial y bueno; un alma hermosa y un buen corazón.

—El Gascón, ya sabéis que nunca es mediano; o es excelente, o no vale nada; y ése es de buena ley. Lo mismo en amores capitán; siento mucho que sea nuestro contrario.

—Y a la verdad, ya que la causalidad os ha puesto en relaciones con él habríais debido aprovecharos de la ocasión y ganarle para nuestra causa.

—Un fugitivo rubor pasó rápido como un meteoro por las pálidas mejillas del vizconde.

—Me ha parecido muy trivial vuestro amigo —contestó.

—¡Válgame Dios! —respondió Richón con esa filosofía melancólica que

se encuentra a veces en los hombres más vigorosamente templados—, ¿tan formales y puestos en razón somos nosotros los que manejamos con imprudentes manos la tea de la guerra civil, cual si tuviésemos en ellas un cirio de iglesia?… ¿Es hombre formal ese señor coadjutor, que con una palabra calma y alborota a París? ¿Es muy serio ese señor de Beaufort, cuya influencia en la capital es tal que se llama el rey de los mercados? ¿Tenéis por mujer muy formal a esa señora de Chevreuse, que quita y pone ministros a su antojo?

—¿Es una mujer muy seria la señora de Longueville, que por espacio de tres meses ha sido dueña absoluta de las casas consistoriales?

—¿Lo es por último, esa misma princesa de Condé, que ayer aún no se ocupaba más que de vestidos, alhajas y diamantes?

—En fin, ¿es un jefe de partido muy serio el señor duque de Enghien, que juega todavía a los polichinelas con las mujeres, y que acaso será el primero que transforme a toda Francia?

—Últimamente, yo mismo, si permitís que mi nombre tenga cabida después de tantos otros tan ilustres, ¿soy un personaje muy grave, yo, el hijo de un tahonero de Angulema; yo, antiguo criado del señor de Larochefoucault, yo, a quien mi amo en vez de una blusa o una capa, ha entregado una espada, que puesta bravamente a mi lado me ha convertido en guerrero? Y sin embargo, ved aquí al hijo del tahonero, al antiguo ayuda de cámara del señor Larochefoucault, transformado en capitán, vedle conducir una compañía de cuatrocientos o quinientos hombres, con cuyas vidas va a jugar como si Dios le hubiese dado derecho sobre ellas, vedle aquí marchando por la vía de los grandes hechos, expuesto a ser coronel, gobernador de una plaza. ¿Y quién sabe? Vedle en estado de llegar a tener tal vez entre sus manos durante diez minutos, una hora o un día, el destino de un reino. Ya veis que es cosa que parece un sueño, y sin embargo, yo lo tendré por realidad hasta que llegue un día en que una gran catástrofe me despierte…

—Y ese día —repuso el vizconde—, desgraciados de los que os despierten, Richón, porque seréis un héroe…

—Un héroe, o un traidor, según que seamos los más fuertes o los más débiles.

—En tiempo del otro cardenal, me habría yo mirado bien, porque jugaba la cabeza.

—Vamos, Richón, no me queráis hacer creer que esas consideraciones pueden detener a un hombre como vos, a quien se cita como uno de los más valientes soldados del ejército.

—¡Eh!, sin duda —dijo Richón— con un inexplicable movimiento de hombros, he sido valiente cuando el rey Luis XIII con su semblante pálido, su cordón azul y sus ojos brillantes como carbunclos, gritaba con voz del trueno mientras que se mordía el bigote: «¡Avanzad, caballeros! ¡El rey os mira!». Pero cuando tenga que encontrar, no a mi espalda sino enfrente de mí, sobre el pecho del hijo ese mismo cordón azul, que mis ojos ven aún sobre el pecho del padre; cuando me vea precisado a gritar a mis soldados: «¡Fuego contra el rey de Francia!». Este día —continuó Richón moviendo la cabeza— temeré, vizconde, y teniendo miedo, tendré que dar con todo a través.

—¿Qué hierba habéis pisado hoy, mi querido Richón, para mirarlo todo por el lado peor? —dijo el joven—. La Guerra Civil es una cosa triste, bien lo sé, pero a veces es necesaria.

—Sí, como la peste, como la fiebre amarilla, como el vómito negro, como el tabardillo. ¿Creéis, por ejemplo, muy necesario, señor vizconde, que yo que he apretado con tanto placer esta noche la mano de ese guapo Canolles, vaya mañana a traspasarle el pecho de una estocada, tan sólo porque sirvo a la señora princesa de Condé, que se burla de mí, y al señor de Mazarino, a quien miro con indiferencia?

—Pues esto tendrá que suceder.

El vizconde hizo un movimiento de horror.

—A no ser —continuó Richón— que yo me engañe, y sea él quien me atraviese el pecho de un modo cualquiera.

—¡Ah! Vosotros no comprendéis la guerra, no veis más que un mar de intrigas, en que el que os zambullís como en vuestro natural elemento; y aun hay más, el otro día se lo decía a su alteza, y convino en ello, os halláis en una esfera, desde la cual los fuegos de artillería que nos destrozan os parecen fuegos artificiales.

—En verdad, Richón —dijo el vizconde—, me asustáis; y si no estuviese seguro de que habéis venido para protegerme, temería ponerme en camino; pero con vuestra escolta —añadió el joven teniéndole su pequeña mano al partidario, nada me amedra.

—Mi escolta —dijo Richón—, ¡ah! Sí, tenéis razón, y ahora me hacéis pensar en eso. Pero tendréis que pasaros sin mi escolta, pues cada uno tiraremos por nuestro lado.

—¿Pues no debéis volver acompañándome hasta Chantilly?

—Es cierto que debía volver en el caso de que no fuese necesario aquí; pero, como os decía hace poco, ha crecido tanto mi importancia, que he recibido la orden positiva de la princesa de no dejar las cercanías del fuerte,

sobre el cual parece que se tienen proyectos.

El vizconde soltó una exclamación de terror.

—¡Partir así, sin vos! —exclamó—, partir con ese venerable Pompeyo, que es cien veces más medroso que yo, y tener que atravesar la mitad de Francia sólo, o algo más. ¡Oh! No partiré, lo juro, creo que me moriría de miedo antes de llegar.

—¡Y qué, señor vizconde! —replicó Richón soltando la risa—, ¿no os acordáis ya de la espada que lleváis al lado? Reíd cuanto os dé la gana, tanto mejor; pero no partiré. La princesa me ha prometido que me acompañaríais, y sólo con esta condición he podido aventurarme.

—Será lo que os acomode, vizconde —dijo Richón con fingida gravedad —. Mas de cualquier modo, vuestra presencia es indispensable en Chantilly, y ya sabéis que los príncipes no tardan mucho en perder la paciencia, mayormente cuando esperan dinero.

—Y para colmo de la desgracia —dijo el vizconde— es menester que camine de noche…

—Tanto mejor —repuso Richón riendo—, así no se notará que tenéis miedo, y no dejaréis de encontrar alguno más medroso que vos, a quien le haréis huir.

—¿Lo creéis así? —dijo el vizconde más seguro, a pesar de esta promesa.

—¡Bah! Y además —dijo Richón—, hay un medio de conciliarlo todo. Vuestro temor es por el dinero, ¿no es cierto?

Pues bien, dejádmele a mí, y yo lo mandaré por medio de tres o cuatro hombres de mi confianza. Pero de todos modos, el mejor medio de que llegue es llevándole vos mismo.

—Tenéis razón, voy a partir, Richón; y como es necesario ser valiente del todo, también llevaré el dinero.

—Yo creo que Su Alteza, según lo que vos me habéis dicho tiene más necesidad de dinero que no de mí, y acaso sería mal recibido no llevándolo.

—Bien os había yo dicho cuando entré, que teníais el aire de héroe; pero además a cada paso se encuentran soldados del rey, y aún no estamos en guerra, sin embargo, no os fieis mucho, y prevenid a Pompeyo que cargue sus pistolas.

—¿Eso me lo decís por tranquilizarme?

—Sin duda. El que conoce el peligro no se deja sorprender, partid, pues —continuó Richón levantándose—; la noche está hermosa y antes del día

podréis llegar a Monliú.

—Pero el barón va a espiar nuestra partida.

—¡Oh! En este momento estará ocupado en lo que acabamos de hacer nosotros, es decir, que estará cenando; y por poco que sea durará su cena más que la nuestra, pues es muy buen gastrónomo para dejar la mesa sin un poderoso motivo. Además, yo bajaré a entretenerle.

—Entonces disculpadme de mi falta de atención con él. No quiero, que si me encuentra algún día en menos generosa disposición que lo estaba hoy, me arme disputa; pues me parece que debe ser vuestro barón la suma susceptibilidad.

—Habéis acertado; y más aún sería hombre capaz de seguiros hasta el cabo del mundo por cruzar la espada con vos. Pero permaneced tranquilo; yo le haré presente vuestra atención.

—Sí, pero tened cuidado de entretenerle hasta que yo parta.

—¡Dale! No me separaré de él.

—¿Y para Su Alteza no tenéis ninguna comisión?

—Ya lo creo, me recordáis la más importante.

—¿Le habéis escrito?

—No, sólo hay que decirle dos palabras.

—¿Cuáles?

—Burdeos-Sí.

—¿Ya sabrá lo que eso quiere decir?

—Perfectamente. Y sobre estas dos palabras puede partir con toda seguridad, decidla que yo respondo de todo.

—Vamos, Pompeyo —dijo el vizconde al viejo criado, que asomaba en este momento la cabeza por el hueco de la puerta que acababa de entreabrir—. Vamos, mi amigo, tenemos que partir.

—¡Oh! ¡Oh! Partir —dijo Pompeyo—. ¿Lo ha pensado bien, señor vizconde? Se prepara una horrorosa tempestad.

—¿Qué estáis ahí diciendo, Pompeyo? —dijo Richón—; ¡si no hay una nube en el cielo!

—Pero de noche se puede perder el camino.

—Es cosa difícil, no hay más que seguir la carretera, y además hace una luna que da gozo.

—¡Luna! ¡Luna! —murmuró Pompeyo—; ¡bien podéis comprender que lo que yo digo no es por mí, señor Richón!

—Sin duda —dijo Richón.

—¡Un veterano! Habiendo hecho la guerra contra los españoles, y habiendo sido herido en la batalla de Corbía… —continuó Pompeyo pavoneándose.

—No se tiene miedo a nada, ¿no es así? ¡Pues bien! Eso es lo que conviene, porque el señor vizconde no está del todo firme, os lo aviso.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo Pompeyo palideciendo—; ¿tenéis miedo?

—Pero no en tu compañía, mi bravo Pompeyo —dijo el joven—. Te conozco bien, y sé que te dejarías matar antes de que llegaran hasta mí.

—Sin duda, sin duda —respondió Pompeyo—; pero no obstante, si tenéis miedo, a pesar de eso, será mejor dejarlo para mañana.

—No puede ser, mi buen Pompeyo. Transporta ese oro a la grupa de tu caballo, que al momento voy a juntarme contigo.

—Ésta es una suma muy considerable para exponerla a la noche —dijo Pompeyo suspendiendo la alforjilla.

—No hay peligro; a lo menos así lo dice Richón. Veamos; ¿están las pistolas en sus fundas, la espada en la vaina y el mosquetón pendiente de su gancho?

—Sin duda olvidáis —respondió irguiéndose el viejo escudero—, que el que ha sido soldado toda su vida no se deja coger en falta. Sí, señor vizconde, cada cosa está en su puesto.

—¿Veis? —dijo Richón—, ¡para que tengáis miedo con semejante compañero! ¡Ea! ¡Buen viaje, vizconde!

—Gracias por el deseo; pero el camino es bastante largo —respondió el vizconde con un resto de angustia que no podía disipar el aire marcial de Pompeyo.

—¡Bah! —dijo Richón—, todo camino tiene principio y fin. Haced presentes mis respetos a la princesa, decidle que soy suyo y del señor de Larochefoucault hasta la muerte; y no olvidéis las dos palabras en cuestión, Burdeos-Sí. Yo me voy a entretener al señor de Canolles.

—Decid, Richón —repuso el vizconde deteniéndole por el brazo en el momento de poner el pie en la primera grada de la escalera—; si ese Canolles es tan bravo capitán y tan buen hidalgo como habéis dicho, ¿por qué no hacéis alguna tentativa para atraerle a nuestro partido?

—Podría juntársenos, bien en Chantilly, bien durante el viaje, y como algo conocido mío, yo le presentaría.

Richón miró al vizconde con una sonrisa tan singular, que habiendo leído aquél sin duda sobre la fisonomía del partidario lo que pasaba en su corazón, se apresuró a decir:

—Por último, Richón, haced cuenta que nada os he dicho, y obrad en adelante como mejor os parezca.

—¡Adiós!

Diciendo esto le tendió la mano, y se internó con viveza en su habitación, ya sea temeroso de que Richón viese el rubor repentino que había cubierto su rostro, o bien temiendo ser oído de Canolles, cuyas estrepitosas voces llegaban hasta el primer piso.

Dejó, pues, al partidario bajar la escalera seguido de Pompeyo, que llevaba con aparente descuido la valija, para que no pudiesen sospechar lo que contenía; y después de algunos minutos más, miró con interés a uno y otro lado para asegurarse de que nada se le olvidaba, apagó las luces, bajó a su vez con precaución, aventuró una tímida ojeada a través del hueco luminoso de la puerta de una sala baja; y embozándose después en una capa gruesa que le presentó Pompeyo, puso su pequeño pie entre las manos de su escudero, saltó con ligereza sobre su caballo, reprendió un instante sonriendo la lentitud del veterano, y desapareció entre la sombra.

En el momento de entrar Richón en la sala de Canolles a quien debía entretener mientras que el vizconde acababa de hacer sus preparativos de marcha, un hurra de alegría lanzada por el barón, medio tendido en su silla, le dio a conocer que no le tenía rencor.

Sobre la mesa, y entre dos cuerpos diáfanos que habrían sido botellas llenas, se elevaba rechoncha y orgullosa por su rotundidad, una ampolla sobretejida de juncos, por cuyos intersticios hacía brotar centellas de topacios y rubíes la viva luz de cuatro bujías. Era un soberbio frasco de esos vinos rancios de Coliure, cuyo licor meloso apetece saborear un paladar ya enardecido por otros licores. Allí se encontraban los hermosos higos secos, las almendras, los bizcochos, los apetitosos quesos y las sabrosas aceitunas y alcaparras, ricamente adobadas, revelando el cálculo interesado del posadero; cálculo cuya exactitud denotaban dos botellas vacías y una ya mediana. En efecto, era indudable que todo el que llegase a parar en aquel provocador desierto, haría necesariamente, por muy sobrio que fuese, un considerable consumo de líquido.

Canolles no deseaba hacerse anacoreta. Canolles era de familia protestante, y mal que bien profesaba también la religión de sus padres; y puede ser que en

su calidad de hugonote no creyese en la canonización de esos piadosos solitarios que habían ganado el cielo bebiendo agua pura y comiendo simplemente raíces. Así, pues, por muy triste, o muy enamorado que estuviera, Canolles jamás era insensible a los vapores de un buen plato, a la vista de esas botellas de forma particular, y a los tapones, circundados de lacre rojo, verde o amarillo, que fielmente aprisionan la más pura sangre de la Gascuña, Borgoña o Champaña. En aquella cena había Canolles, como de costumbre, cedido a los encantos de la vista; de la vista había pasado al olfato; del olfato al gusto; y como de los cinco sentidos con que le dotaba esa buena madre común que llaman señora Naturaleza, tenía ya tres completamente satisfechos, los otros dos prestaban buenamente paciencia y esperaban su turno con una resignación digna de un santo.

En este momento fue cuando entró Richón, y halló a Canolles bamboleándose sobre su silla.

—¡Ah! Venid —exclamó este último—, llegáis muy a propósito, mi querido Richón; necesitaba encontrar alguno a quien hacerle el elogio de Maese Biscarrós, y ya me veía precisado a encomiárselo a este belitre de Castorín, que no sabe lo que es beber, y a quien nunca he podido enseñar a comer. Venid, mirad estos atalajes, querido; tened la vista sobre esa mesa, a la que os convido a tomar asiento. El posadero del «Becerro de Oro» es un verdadero artista, ¿no es así? Trato de recomendarle a mi amigo el duque de Epernón. Escuchad esta lista de manjares, juzgad, Richón, vos que sabéis apreciar su mérito, pepitoria, ensalada de ostras marinas, anchoas, pajarillos, un capón, aceitunas y una botella de Medos, cuyo cadáver está ahí; una cándida perdiz, guisantes acaramelados, gelatina de guindas, remojado todo con una botella de Chambertín que yace ahí, además, esos postres acompañados de esa botella de Coliure, que trata de defenderse, y que le pasará lo que a las demás, especialmente si somos dos contra ella. ¡Cáscaras!, tengo un humor soberbio, y Maese Biscarrós es un gran maestro. Acercaos por ahí, Richón; vos habéis cenado ya pero, ¿qué importa? Yo también he cenado, eso no le hace; empezaremos de nuevo.

—Gracias, barón —dijo riendo Richón—; no tengo apetito.

—Admitido. Puede no tenerse gana, pero sí debe tenerse siempre sed; probad ese Coliure.

Richón presentó su copa.

—¿Conque habéis cenado —continuó Canolles—, con vuestro canallita el vizconde? ¡Ah!, perdonad, Richón.

—No, he dicho mal; al contrario, es un guapísimo chico, a quien debo el placer de saborear la parte más hermosa de la vida, en vez de haber entregado

el alma por tres o cuatro lucanas que trataba de abrir en mi pellejo ese valiente duque de Epernón. Yo estoy agradecidísimo a ese lindo vizconde, a ese gracioso Ganímedes.

—¡Ah! ¡Richón! Me parece que tenéis cara de ser lo que dicen, el verdadero servidor del señor de Condé.

—Vamos, barón —exclamó Richón soltando una carcajada—; no tengáis semejantes ideas, me haríais morir de risa.

—¡Morir de risa vos! Vamos, esto no puede ser, querido:

Igne tantum perituriquia estas… Landeriri.

—Ya sabéis lo demás, ¿no es así? Es un villancico de vuestro patrón, dicho sobre el río germano Rhenus un día que animaba a sus compañeros temerosos de morir ahogados. Diablo de Richón, ¡bah! No importa, tengo compasión a vuestro pequeño hidalgo, ¡interesarse así por el primer caballero que pasa!

Y Canolles se acomodó en su silla riendo a carcajadas, y acariciando su bigote con un paroxismo de hilaridad, de Richón no pudo menos de participar.

—Pero hablando con seriedad —dijo Canolles—, mi querido Richón, vosotros conspiráis, ¿no es cierto?

Richón continuó riendo, pero con risa menos franca.

—¿Sabéis que me han dado ganas de haceros prender, a vos y a vuestro hidalguito? ¡Voto va! Hubiera sido chistoso, y sobre todo nada difícil, como que tenía a mi disposición los bastoneros de mi compadre de Epernón.

—¡Ah! No había más que decir: conducid a Richón al cuerpo de guardia, y también a ese hidalguito ¡bah!, ¡bah!…

En este momento se oyó el galope de dos caballos que se alejaban.

—¡Hola! —dijo Canolles escuchando—. ¿Sabéis qué es eso, Richón?

—Me parece que sí.

—¿Y qué es?

—Es que parte el joven hidalgo.

—¡Sin despedirse! —exclamó Canolles—; decididamente es un pobretón.

—No, no mi querido barón; es que va muy deprisa, y nada más.

Canolles arrugó el entrecejo.

—¡Qué modales tan singulares! —dijo—. ¿Dónde se ha educado ese joven? Amigo Richón, os advierto que os honra muy poco su amistad. ¡Voto va! Yo creo que si le cogiera aquí le había de poner las orejas coloradas.

¡Llévese el diablo al bueno de su padre, que sin duda por mezquindad, no le ha dado maestro!

—No os enfadéis, barón —dijo Richón riendo—. El vizconde no ha sido tan mal educado como le suponéis; pues al partir me ha encargado le disculpe con vos, recomendándome que os ofrezca sus servidos.

—¡Bueno, bueno! —dijo Canolles—; eso es solamente incienso de corte, con que se convierte una grande impertinencia en una impolítica de poca monta, y nada más. ¡Voto al diablo! Me habéis puesto de malísimo humor, Richón, ¡insultadme! ¿Qué, no queréis? Pues oíd. ¡Voto a Cristo, Richón, mi amigo, que me parecéis muy feo!

Richón soltó a reír.

—Con ese humor, barón —le dijo—, seríais capaz, si jugásemos, de ganarme esta noche cien doblones. Ya sabéis que el juego favorece a los que están de mal humor.

Richón conocía a Canolles, y sabía lo que hacía dando este desahogo al mal humor del barón.

—¡Ah! Pardiez, ¡el juego! —exclamó—. Sí, ¡el juego! Tenéis razón. Amigo mío, esa palabra me reconcilia con vos. Richón, ya me parecéis más amable; sois hermoso como un Adonis, y el señor de Cambes está perdonado.

—¡Castorín una baraja!

Castorín acudió acompañado de Biscarrós; acercaron entre ambos una mesa, y los dos compañeros se pusieron a jugar. Castorín, que soñaba hacía diez años con una ganancia ilimitada, y Biscarrós que miraba el oro con codiciosos ojos, permanecieron de pie a los lados de la mesa mirándoles jugar. En menos de una hora, Richón, a pesar de la predicción que había hecho a Canolles, le ganó ochenta doblones a su adversario. Entonces Canolles que no tenía más dinero consigo, mandó a Castorín que fuese por más a su maleta.

—No hay para qué —dijo Richón—, que había escuchado esta orden, no tengo tiempo de daros la revancha.

—¡Cómo! ¿No tenéis tiempo? —dijo Canolles.

—No. Son ya las once —contestó Richón—, y tengo que estar en mi puesto a media noche.

—¡Vamos! ¿Os burláis? —dijo Canolles.

—Señor barón —repuso Richón con gravedad—; vos sois militar, y por consiguiente conocéis el rigor del servicio.

—Entonces, ¿cómo no habéis pensado en marcharos hasta después de

ganarme el dinero? —replicó Canolles entre risueño y amostazado.

—¿Acaso me reconvenís por haberos hecho compañía? —preguntó Richón.

—¡Oh!, no.

—Sin embargo, os diré, yo no tengo maldita la gana de dormir, y voy a fastidiarme aquí horriblemente. ¿Si quisierais que os acompañase, Richón?

—Me es imposible aceptar ese honor, barón. Los asuntos de que voy encargado son del género de los que se desempeñan sin testigos.

—¡Está muy bien! Os vais… ¿hacia dónde?

—Iba a suplicaros no me hicieseis esa pregunta.

—¿Y hacia qué lado se ha ido el vizconde?

—Debo responderos que no lo sé.

Canolles miró a Richón para convencerse de que no había nada de burla en sus secas contestaciones; pero la mirada tranquila y la franca sonrisa del gobernador de Vayres desarmaron, si no su impaciencia, al menos su curiosidad.

—Y está visto —dijo Canolles—, que sois esta noche un puro misterio, mi querido Richón; pero nada, libertad completa. Yo mismo me habría enfadado, y no poco, de que me hubieran seguido los pasos tres horas hace; aunque en resumidas cuentas el que me hubiera seguido se habría llevado el mismo chasco que yo. Por consiguiente, la última copa de este vino de Coliure, y buen viaje.

Diciendo esto, llenó Canolles las copas, y Richón, después de haber bebido a la salud del barón, salió sin que a éste le ocurriese el pensamiento de averiguar qué camino tomaba. Pero al encontrarse solo entre las bujías medio consumidas, las botellas vacías, y las cartas esparcidas, sintió el barón una de esas tristezas que no pueden comprenderse bien sino cuando se sufren, porque su jovialidad de toda la noche traía su origen de un contratiempo, cuya idea había tratado de desvanecer, sin haber podido llegar completamente hasta su objeto.

Retiróse, pues, a su alcoba, lanzando a través de los cristales del corredor una mirada llena de pesar y de cólera en dirección a la casita aislada, era la que una ventana iluminaba por un reflejo rojizo, interrumpido de vez en cuando por ciertas sombras pasajeras, indicaba bastante que la señorita de Lartigues pasaba el rato menos solitaria que él.

Sobre la primera grada de la escalera, tocó Canolles una cosa con la punta de su bota, y habiéndose bajado, encontró un pequeño guante gris-plata del

vizconde, que éste había dejado caer al salir precipitadamente de la posada de Maese Biscarrós, y que sin duda no había conceptuado de bastante valor para perder el tiempo en buscarle.

Por más que lo hubiese creído Canolles, en un momento de misantropía, muy perdonable en un amante despechado, no había, sin embargo, en la casita aislada tan grande satisfacción como creía el huésped del «Becerro de Oro».

Nanón, inquieta y agitada durante la noche, meditando mil planes para prevenir a Canolles, había puesto en acción cuantas sutilezas y artificios encierra una cabeza de mujer bien organizada, para poder salir de la situación precaria en que se hallaba. Trataba solamente de escatimar un minuto al duque para decir una palabra a Francineta, o dos minutos para escribir a Canolles una línea en un pedazo de papel.

Se hubiera podido decir que el duque, sospechando todo cuanto pasaba en el interior de la linda gascona y leyendo la inquietud de su alma a través de la máscara placentera con que había encubierto su semblante, se había jurado a sí mismo no concederle esta libertad de un instante, que sin embargo le era tan necesaria.

A Nanón le acometió jaqueca. El duque de Epernón no permitió que se levantase para tomar su frasco de esencias, y fue él mismo a buscarle.

Nanón se pinchó con un alfiler, que hizo asomar súbitamente un rubí a la punta de su nacarado dedo, y quiso ir a buscar en su neceser un pedacito de ese famoso tafetán rosado, que ya en aquella época empezaba a apreciarse. El duque de Epernón, incansable en complacerla, se levantó, cortó el pedacito de tafetán con una destreza y prontitud que causaban desesperación, y cerró el neceser con llave.

Nanón fingió dormir profundamente, y casi enseguida empezó a roncar el duque. Entonces, Nanón abrió los ojos, y a la luz de la lamparilla que estaba colocada sobre el velador en su cerco de alabastro, trató de sacar el librito de memoria del justillo del duque, que estaba colocado cerca de la cama y alcance de su mano; pero en el momento en que tenía ya el lápiz y acababa de arrancar una hoja de papel, abrió el duque un ojo.

—¿Qué hacéis, queridita? —le dijo.

—Iba a ver si había un calendario en vuestro libro de memorias —dijo Nanón.

—¿Para qué? —preguntó el duque.

—Para ver cuando son vuestros días.

—Me llamo Luis, y mis días son el 24 de agosto, como sabéis; tenéis todo el tiempo necesario para prepararos.

Y le tomó el librito de las manos, colocándole de nuevo en su justillo.

A lo menos, en su última maniobra había adquirido Nanón un lápiz y papel, ocultó uno y otro debajo del travesero de su cama, y apagó astutamente la luz esperando poder escribir en la oscuridad; pero el duque llamó enseguida a Francineta, acudió con tanta prontitud, que Nanón aún no había tenido tiempo de escribir la mitad de su frase; y el duque, temeroso de un accidente igual al que acababa de ocurrir, mandó a la doncella que pusiera dos bujías sobre la chimenea.

Entonces Nanón protestó que no podía dormir con luz; y llena de impaciencia, volvió la cara hacia la pared, esperando el día con una ansiedad fácil de comprender.

No tardó en alumbrar las copas de los álamos aquel día tan temido, haciendo palidecer la luz de las bujías. El duque de Epernón, que tenía a gala seguir los hábitos de la vida militar, se levantó al primer rayo que filtró por las celosías, se visitó sólo por no abandonar un momento a su Nanoncita, se puso una bata, y llamó para informarse de si había algo de nuevo.

Francineta contestó a esta pregunta entrándole un paquete de oficios que Courtauvaux, su picador favorito, había traído durante la noche.

El duque se puso a abrirlos y leerlos con un ojo, tratando de dar al otro, que no se apartaba de Nanón, la expresión más amorosa que le fue posible adoptar.

Si Nanón hubiera podido, habría hecho pedazos al duque.

—¿Sabéis —le dijo el duque después de haber leído algunos de sus oficios—, lo que deberíais hacer, querida amiga?

—No, monseñor —respondió Nanón—; pero si tuvierais la bondad de dar vuestras órdenes, serían ejecutadas.

—Enviar a llamar a vuestro hermano —dijo el duque.

—En este momento acabo de recibir una carta de Burdeos, que contiene los pormenores que yo deseaba, y podría partir ahora mismo; con lo cual a su regreso tendría yo un pretexto para darle el mando que deseáis.

El duque manifestaba en su semblante la más franca benevolencia.

—¡Vamos! —se dijo a sí misma Nanón—, valor ¡Tengo la persuasión de que Canolles leerá en mis ojos, o comprenderá con media palabra!

Después dijo en voz alta:

—Enviad vos mismo, mi querido duque; porque sospechaba que si quería ella encargarse de la comisión, no la había de dejar obrar el duque.

De Epernón llamó a Francineta y la envió al parador del «Becerro de Oro», sin más instrucción que estas palabras:

—Decid al señor barón de Canolles que la señorita de Lartigues le espera a almorzar.

Nanón lanzó una mirada a Francineta; pero por muy elocuente que aquella mirada fuese, no podía la doncella leer allí: «Decid al señor barón de Canolles que yo soy su hermana».

Francineta partió convencida de que todo aquello se ocultaba, bajo la forma de una anguila, a una gran serpiente.

Durante ese intervalo, Nanón se levantó y se colocó detrás del duque, de modo que a la primera mirada pudiese invitar a Canolles a estar apercibido, mientras que se ocupaba en preparar una frase artificiosa, con cuya ayuda, desde las primeras palabras, debía el barón quedar informado de todo cuanto necesitaba saber, para que no hubiese notas discordantes en el trío de familia que se iba a ejecutar.

Con el rabo del ojo abrazaba todo el camino hasta el recodo en que se había ocultado la víspera el señor de Epernón y sus esbirros.

—¡Ah! —dijo súbitamente el duque—, mirad allí; ya vuelve Francineta.

Y fijó sus ojos sobre los de Nanón, que se vio precisada a apartar la vista del camino para contestar a las miradas del duque.

Los latidos del corazón de Nanón eran capaces de romper su pecho, no había podido ver más que a Francineta, y a quien ella hubiera querido ver había sido a Canolles, por buscar en su fisonomía algún rasgo de firmeza.

Mientras se sentía subir la escalera, el duque preparaba una sonrisa noble y amistosa a la vez, Nanón procuró desterrar el encendido color de sus mejillas, y se dispuso para el combate. Francineta llamó ligeramente a la puerta.

—¡Adelante! —dijo el duque.

Nanón afiló la famosa frase con que debía saludar a Canolles. Abrióse la puerta, y Francineta entró sola. Nanón recorrió la antesala con una mirada; pero nadie había en ella.

—Señora —dijo Francineta con el imperturbable aplomo de una criadita de comedia—, el señor barón de Canolles no está ya en el parador del «Becerro de Oro».

El duque abrió tantos ojos, y quedó asombrado.

Nanón irguió su cabeza, y respiró.

—¡Cómo! —dijo el duque—, ¡el señor barón de Canolles no está ya en el

parador del «Becerro de Oro»!…

—Sin duda os engañáis, Francineta —añadió. Nanón.

—Señora —dijo Francineta—, repito lo que me ha dicho Maese Biscarrós.

—Lo habrá adivinado todo este querido Canolles —murmuró Nanón— muy por lo bajo, tan espiritual y diestro, como valiente y hermoso.

—Id ahora mismo a que venga Maese Biscarrós —dijo el duque con la cara de sus malos días.

—¡Oh!, yo presumo —dijo precipitadamente Nanón—, que habrá sabido que estabais aquí, y habrá temido desagradaros. ¡Como es tan tímido ese pobre Canolles!

—¡Tímido él! —dijo el duque—; me parece que no es esa la reputación, que tiene adquirida.

—No, señora —dijo Francineta—, el señor barón ha partido realmente.

—Pero, señora —dijo de Epernón—, ¿cómo puede ser que el barón haya tenido miedo de mí, cuando Francineta iba encargada de convidarle sólo de parte vuestra?

—¿Le habéis dicho que estaba yo aquí, Francineta? Responded.

—¿Cómo he de haber podido decírselo, señor duque si no estaba? A pesar de haber dado Francineta esta respuesta con toda la rapidez y la franqueza de la verdad, volvió el duque a recobrar toda su desconfianza. Nanón, llena de gozo, no se encontraba con fuerzas para decir nada.

—¿Es necesario que yo vuelva a llamar a Maese Biscarrós? —dijo Francineta.

—¡No, no! —contestó el duque con voz estentórea—. O si no, sí, esperad. Quedaos aquí, por si os necesita vuestra señora; enviaré a Courtauvaux.

Francineta desapareció.

Cinco minutos después llamaba a la puerta Courtauvaux.

—Id a decir al posadero del «Becerro de Oro» —dijo el duque—, que venga a hablar conmigo, y que de paso se traiga una lista de desayunos. Tomad, dadle estos diez luises para que la comida sea buena. Andad.

Courtauvaux recibió el dinero, y salió enseguida para ir a ejecutar las órdenes de su amo.

Éste era un criado de buena cara, que sabía su obligación, lo bastante para poder dar lecciones a todos los Crispines y Mascarillas de aquel tiempo.

—He persuadido a mi amo a que os encargue un desayuno exquisito, y me ha dado ocho luises, de los que me guardo naturalmente dos por mi comisión, y os doy seis. Venid enseguida.

Biscarrós, trémulo de alegría, se ciñó un mandil blanco embolsó los seis luises, y estrechando la mano a Courtauvaux, se apresuró a seguir los pasos del picador, que le condujo corriendo a la casita.

Esta vez no temblaba Nanón, la aserción de Francineta la había tranquilizado completamente, y sentía el más vivo deseo de conversar con Biscarrós, que fue introducido en el momento de su llegada.

Biscarrós entró con su mandil galanamente retorcido alrededor de la cintura y su gorra en la mano.

—Ayer tuvisteis en vuestra casa a un joven noble —dijo Nanón—, al señor barón de Canolles, ¿no es así?

—¿Dónde está? —preguntó el duque.

Biscarrós, muy inquieto, porque el picador y los seis luises le hacían presentir que aquella bata encerraba un gran personaje, respondió al pronto de un modo evasivo:

—Señor, ha partido.

—¡Partido! —dijo el duque—. ¿De veras ha partido?

—De veras.

—¿A dónde ha ido? —preguntó a su turno Nanón.

—Eso es lo que no puedo deciros, porque lo ignoro, señora.

—Pero a lo menos sabréis qué camino ha tomado.

—El de París.

—¿Y a qué hora se fue? —preguntó el duque.

—Hacia la media noche.

—¿Sin decir nada?

—Sin decir nada. Sólo ha dejado una carta, que encargó se la enviase a la señora Francineta.

—¿Y cómo no habéis traído esa carta, vergante? —dijo el duque—. ¿Es ese respeto con que miráis el encargo de un noble?

—Yo la he entregado, señor; la he entregado.

—¡Francineta! —prorrumpió el duque llamando.

Francineta, que estaba escuchando, no hizo más que dar un salto para entrar en la alcoba desde la antesala.

—¿Por qué no habéis entregado a vuestra señora la carta que había dejado para ella el señor de Canolles? —preguntó el duque.

—Yo… monseñor… —murmuró la camarera llena de terror.

—Monseñor —dijo Biscarrós para sí, aturdido y replegándose al rincón más apartado del aposento—, ¡monseñor!… éste es algún príncipe disfrazado.

—Como no se la he pedido —se apresuró a decir Nanón, enteramente pálida.

—Dádmela —concluyó el duque—, extendiendo la mano.

La pobre Francineta alargó lentamente la carta, dirigiendo al mismo tiempo a su señora una mirada que quería decir:

«Bien veis que no tengo yo la culpa, sino ese imbécil de Biscarrós que lo ha echado todo a perder».

Un resplandor ambiguo brilló en aquel momento en los ojos de Nanón, y fue a herir al pobre Biscarrós en su retirado rincón. El desgraciado sudaba cada gota como un dedo, y hubiera dado los seis luises que tenía en su bolsillo por encontrarse delante de sus hornillas con el mango de una cacerola en la mano. Durante este tiempo el duque había tomado la carta, la cual leía después de haberla abierto; mientras la lectura, Nanón, más pálida y fría que una estatua, no parecía vivir, a no ser por los latidos de su corazón.

—¿Qué embolismo es éste? —dijo el duque.

Nanón comprendió por estas pocas palabras que la carta no la comprometía.

—Leed alto y tal vez os podré explicar —dijo ella.

—«Querida Nanón».

Leyó el duque.

Y volviéndose después de estas palabras hacia la joven, que reponiéndose cada vez más, soportó su mirada con una admirable audacia.

«Querida Nanón —continuó el duque—, aprovecho el permiso que os debo, y voy a galopar un poco para distraerme por el camino de París. Hasta más ver, os recomiendo mi fortuna».

—¡Vamos, este Canolles es loco!

—¡Loco! ¿Y por qué? —preguntó Nanón.

—¿Quién sin ser loco se pone en camino a media noche, sin motivo? —preguntó el duque.

—En efecto— dijo Nanón hablando para sí.

—¡Vamos a ver! —explicadme esa partida.

—¡Válgame Dios! —dijo Nanón con una deliciosa sonrisa—, ¡nada hay más fácil, monseñor¡

—¡También le llama monseñor! —murmuró Biscarrós.

—No cabe duda, es un príncipe.

—¡Vamos, hablad!

—¿Luego no adivináis lo que motiva todo esto?

—No, absolutamente no.

—Pues bien, Canolles es un hermoso joven de veintisiete años, que carece de cuidados. ¿Y a qué locura os parece que debe dar la preferencia? Está claro que al amor. Habrá visto en el parador de Maese Biscarrós alguna linda viajera, y la habrá seguido.

—¡Enamorado! ¿Lo creéis así? —exclamó el duque sonriendo a esta idea tan natural que le asaltó—. «Si Canolles se ha enamorado de una viajera cualquiera, no está enamorado de Nanón».

—¡Eh! Sin duda enamorado, ¿no es así, Maese Biscarrós? —dijo Nanón—, responded francamente; ¿no es cierto que he acertado?

Biscarrós creyó que era llegando el momento de recobrar la gracia de la joven, conviniendo en un todo con ella; y haciendo brotar en sus labios una sonrisa maliciosa, dijo:

—En efecto, bien podrá tener razón la señora.

Nanón dio un paso hacia el posadero, y le dijo estremeciéndose a su pesar.

—¿No es así?

—Así lo creo, señora —respondió Biscarrós con aire fino.

—¿Lo creéis?

—Sí, esperad, con efecto, me habéis abierto los ojos.

—¡Ah! Contadnos eso, Maese Biscarrós —repuso Nanón—, dejándose arrastrar por las primeras sospechas de los celos. Vaya, decid, ¿qué viajeras han estado esta noche en vuestro parador?

—Sí, decid —añadió de Epernón estirando sus piernas y recostándose sobre el brazo de su silla.

—No ha habido ninguna viajera —dijo Biscarrós.

Nanón respiró.

—Tan sólo —continuó el posadero sin reparar que cada una de sus palabras hacía palpitar el corazón de Nanón—, ha estado un hidalguito rubio, bonito y regordete, que no comía, y que tenía miedo de caminar de noche.

—Un hidalgo con miedo —continuó Biscarrós, acompañado a sus palabras un movimiento de cabeza lleno de sutileza—, ya comprendéis, ¿no es así?

—¡Jah! ¡Jah! ¡Jah! —prorrumpió con una santa hilaridad el duque, tragando francamente el anzuelo.

Nanón correspondió a esta risa con una especie de rechinamiento de dientes.

—Continuad —dijo—, ¡eso es muy gracioso! ¿Y el hidalguito esperaba sin duda al señor de Canolles?

—No tal, no, esperaba para cenar a un señor alto, con bigotes; por cierto que no trató muy bien al señor de Canolles cuando quiso cenar con él; pero no se incomodó por tan poco el buen hidalgo. Me parece que es un compañero intrépido; y por cierto, después que el alto partió hacia la derecha, echó a correr en seguimiento del pequeñito, que se había dirigido hacia la izquierda.

Y con tan brillante conclusión, al ver Biscarrós la expansión que tomaba el semblante del duque, creyó tener permiso para entonar una escala de carcajadas tan atroces, que hicieron temblar los vidrios de las ventanas.

El duque, enteramente tranquilo con esta narración, hubiera abrazado de buena gana a Biscarrós, si éste hubiese sido gentil hombre. Nanón que estaba pálida como un cadáver, y con una sonrisa convulsiva y glacial en sus labios, escuchaba cada palabra del posadero con esa ansiedad voraz que impulsa a los celosos a beber a bocanadas y hasta las heces el veneno que los mata.

—¿Pero en qué os fundáis para creer, dijo Nanón, que ese pequeño hidalgo es una mujer; que el señor de Canolles está enamorado de ella, y que recorre la carretera en su busca, y no por fastidio y por capricho?

—¿En qué me fundo? —respondió Biscarrós, que anhelaba hacer entrar la convicción en el corazón de sus oyentes—, escuchad, voy a decíroslo.

—Sí, decídnoslo, mi amigo —repuso el duque—, me parecéis muy divertido.

—¡Monseñor es demasiado bueno! —dijo Biscarrós.

—Oíd.

El duque puso toda su atención, y Nanón le escuchó apretando los puños.

—Yo no recelaba nada, y había creído de buena fe que el caballerito rubio era hombre, cuando hasta aquí que me encuentro al señor Canolles en medio de la escalera, con la bujía en la mano izquierda, y en la derecha un guante chiquito, que examinaba y olía apasionadamente.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —prorrumpió el duque, cuyo contento se dilataba a proporción que iba cesando de temer por sí.

—¡Un guante! —repitió Nanón, tratando de acordarse si por casualidad había dejado alguno en poder de un caballero—. ¿Un guante, así como éste? —concluyó mostrando al posadero uno de los suyos.

—No tal —dijo Biscarrós—, un guante de hombre.

—¡Un guante de hombre! ¡El señor de Canolles mirar y oler apasionadamente un guante de hombre!

—¡Estáis loco!

—No, porque aquel guante era del hidalguito, del lindo caballero rubio, que no bebía ni comía, y tenía miedo de andar de noche, un guante muy pequeñito en que apenas habría cupo la mano de la señora, aunque tiene por cierto una mano muy mona.

Nanón lanzó un grito sordo e imperceptible, como si hubiera sido herida por un dardo invisible.

—Creo, monseñor —dijo ella haciendo un violento esfuerzo—, que tenéis los datos suficientes, y que sabéis ya todo cuanto deseabais.

Y con los labios trémulos, los dientes comprimidos y la mirada fija, mostró con el dedo la puerta a Biscarrós, que al observar en el semblante de la joven aquellas señales de cólera, de que nada comprendía, permanecía con la boca abierta y los ojos espantados.

—Si la ausencia de este hidalgo —dijo él para sí—, es un infortunio tan extremado, su regreso sería una felicidad inmensa. Más vale lisonjear a este noble señor con una dulce esperanza, a fin de darle un buen apetito.

En virtud de esta reflexión, Biscarrós adoptó un aspecto más agradable, y avanzando su pierna derecha un paso con un movimiento lleno de gracia, dijo:

—Al fin, el caballero se ha ido; pero de un momento a otro puede volver.

El duque se sonrió al oír esta salida, y dijo:

—¿Por qué no ha de volver? Acaso esté ya de vuelta. Id a verlo, Maese Biscarrós, y traedme la respuesta.

—Pero, ¿y el desayuno? —dijo con viveza Nanón—. Yo me muero de hambre.

—Tenéis razón —contestó el duque— irá Courtauvaux.

—Courtauvaux, venid acá, id al parador de Maese Biscarrós, y ved si ha vuelto el señor barón de Canolles. Si no está allí, preguntad, informaos, buscadle por los alrededores; pues tengo gusto en desayunarme con ese caballero.

Courtauvaux salió; y Biscarrós, que observaba el silencio embarazoso de los dos personajes, trató de poner en juego un nuevo expediente.

—¿No veis que la señora os hace señas de que os retiréis? —dijo Francineta.

—¡Un momento! ¡Un momento! —exclamó el duque—, ¿dónde tenéis la cabeza, mi querida Nanón? ¡Y el desayuno! Yo también lo mismo que vos; me devora el hambre. Tomad, Maese Biscarrós, estos seis luises para que los juntéis con los otros, esto es en pago de la agradable historia que nos acabáis de referir.

Después mandó al historiador a hacer lugar al cocinero; y debamos decirlo, Maese Biscarrós no brilló menos en el segundo empleo que lo había hecho en el primero.

Entretanto, Nanón había reflexionado y abrazado de una ojeada toda la situación en que le había colocado la narración de Maese Biscarrós, ¿esta narración era exacta?, y en resumidas cuentas, dado caso que lo fuese, ¿no era digno de excusa Canolles? En efecto, ¿qué decepción más cruel podía darse para un valiente hidalgo como él, que aquella cita burlada, y qué afrenta comparable al espionaje del duque de Epernón, y a la necesidad impuesta de asistir, por decirlo así, al triunfo de su rival? Nanón estaba tan prendada de él, que atribuyendo su fuga a un rapto de celos, no sólo le disculpó, sino que le compadeció, congratulándose al mismo tiempo de ser amada lo bastante para haber provocado por su parte aquella venganza. Pero también era menester ante todo cortar el mal en su origen, era preciso impedir el progreso de este amor naciente.

Una reflexión terrible se presentó en aquel momento en la imaginación de Nanón, a cuyo influjo creyó ser anonadada la pobre joven.

—¡Sí, sería una cita este encuentro de Canolles con el pequeño hidalgo!

Pero no, esto era un disparate, puesto que la joven esperaba a un caballero con bigotes, y había tratado a Canolles con aspereza, y aun el mismo Canolles no había podido reconocer el sexo del desconocido sino por el pequeño guante encontrado casualmente.

No obstante, era preciso oponerse a los intentos de Canolles.

Entonces, armándose de toda su energía, se dirigió al duque, que acababa

de despedir a Biscarrós abrumado de cumplimientos y de encargos.

—¡Qué desgracia, señor! —le dijo—, ¡ese loco de Canolles se ve privado por su aturdimiento del honor que tratabais de dispensarle! Si no se hubiese marchado, estaba asegurado su porvenir; y por haberlo hecho, tal vez lo pierde todo.

—Ya —respondió el duque—; pero si le encontramos…

—¡Oh! No haya miedo —dijo Nanón—, si se trata de una mujer, no habrá vuelto.

—¿Y qué queréis que yo le remedie, querida? —respondió el duque—, la juventud es la edad de los placeres, él es joven, y no puede menos que divertirse.

—Pero yo —dijo Nanón—, yo que soy más razonable que él, sería de opinión que le fuese turbado algún tanto ese gozo intempestivo.

—¡Ah! ¡Hermana cruel! —exclamó el duque.

—Tal vez me aborrecerá por el momento —continuó Nanón—, pero de seguro me lo agradecerá más tarde.

—Pues bien, veamos, ¿tenéis un plan? Si lo tenéis, sólo deseo saberlo para adoptarlo.

—Sin duda.

—Decid pues.

—¿No queréis enviarle a llevar una noticia importante a la reina?

—Sin duda; ¡pero si no ha vuelto!

—Haced que le sigan, y puesto que él va por la carretera de París, ese camino lleva adelantando.

—¡Pardiez! Tenéis razón.

—Dejadme a mí ese encargo, y Canolles recibirá la orden de esta noche a mañana lo más tarde. Os respondo de ello.

—¿Pero a quién vais a enviar?

—¿Necesitáis a Courtauvaux?

—¿Yo? Para nada.

—Entonces, permitidme que le envíe con mis instrucciones.

—¡Oh! Qué cabeza tan diplomática, vos avanzaríais mucho, Nanón.

—Permanecer eternamente bajo la educación de tan buen maestro —

respondió Nanón—, es lo único que ambiciono. Y echó su brazo al cuello del viejo duque, que saltaba de gozo.

—¡Qué chuscada tan deliciosa vamos a jugar a nuestro Celedonio! —dijo ella.

—Será digno de oírse referir, mi querida.

—En verdad que deseara seguirlo yo misma por ver el gesto que pondrá al recibir el mensaje.

—Por desgracia, o más bien felizmente, es eso imposible, y os veis precisada a permanecer a mi lado. —Sí, pero no perdamos tiempo. Vamos, duque, escribid vuestra orden, y poned a mi disposición a Courtauvaux.

El duque tomó la pluma, y escribió sobre una cuartilla de papel estas dos solas palabras:

«Burdeos no».

Y firmó.

Después escribió sobre la cubierta de este lacónico escrito la dirección siguiente:

«A Su Majestad la reina Ana de Austria, regente de Francia».

Nanón por su parte escribió dos líneas, que después de habérselas enseñado al duque, las puso con el otro papel; y en las cuales decía:

«Mi querido barón, como veis, el despacho adjunto es para Su Majestad la reina. ¡Llevadle sin dilación, por vuestra vida, pues se trata de la salud del reino!

Vuestra buena hermana.

Nanón».

Apenas concluido este billete, se sintió en lo hondo de la escalera un ruido precipitado de pasos; y Courtauvaux subiendo rápidamente, abrió la puerta y se presentó con el semblante envanecido como portador de una noticia que sabe se espera con impaciencia.

—Ahí está el señor de Canolles, a quien he encontrado a cien pasos de aquí —dijo el picador.

El duque lanzó una exclamación de alegre sorpresa, Nanón palideció y se abalanzó hacía la puerta murmurando:

—¡Está escrito que no lo he de evitar!

En este momento apareció a la puerta un nuevo personaje, vestido con un

traje magnífico, el sombrero en la mano, y sonriendo del modo más gracioso.

VI

Los dos hermanos

Un rayo que hubiera caído a los pies de Nanón, no le habría causado mayor sorpresa que la que experimentó a esta aparición inesperada, ni probablemente le habría arrancado una exclamación más dolorosa que la que a su pesar se escapó de sus labios.

—¡Él! —exclamó.

—Sin duda, mi amable hermanita —respondió una voz enteramente apacible.

—¡Pero perdonad —continuó el dueño de aquella voz reparando en el duque de Epernón—, perdonad! ¡Tal vez es inoportuno!

Y saludó profundamente al gobernador de la Guiena, que le acogió con un gesto de benevolencia.

—¡Cauviñac! —murmuró Nanón—, pero tan bajo, que más bien fue pronunciado este nombre con el corazón que con los labios.

—Muy bienvenido, señor de Canolles —dijo el duque con el gesto más placentero del mundo—, vuestra hermana y yo no hemos hecho otra cosa que hablar de vos desde anoche, y desde anoche deseábamos veros.

—¡Ah! ¡Deseabais verme! ¿De veras? —dijo Cauviñac dirigiendo a Nanón una mirada llena de cierta expresión indefinible de ironía y de duda.

—Sí —dijo Nanón—, el señor duque ha tenido la bondad de desear que le fueseis presentado.

—Sólo el temor de ser inoportuno, monseñor —dijo Cauviñac inclinándose ante el duque, me ha impedido reclamar antes este honor.

—En efecto, barón —dijo el duque—, yo he admirado vuestra delicadeza, y os tengo que reñir por lo mismo.

—¡A mí, monseñor! ¡Reñirme por mi delicadeza!

—¡Ah! ¡Ah!

—Sí; porque si vuestra buena hermana no hubiese cuidado de vuestros intereses…

—¡Ah! —dijo Cauviñac dirigiendo a Nanón una mirada de elocuente

reproche—, ¡ah! ¿Mi buena hermana ha cuidado de los intereses de… su señor?…

—¡Hermano! —dijo con viveza Nanón—; ¿qué cosa más natural?

—Y aún hoy mismo. ¿A qué le debo el placer de veros?

—Sí —dijo Cauviñac—, ¿a qué le debéis el placer de verme, monseñor?

—¡Es claro! ¡A la casualidad! A la simple casualidad, que ha hecho que volváis.

—¡Ah! —exclamó Cauviñac en su interior—; es decir que yo había partido.

—¡Sí, habíais partido, mal hermano! Y sin avisármelo más que con dos letras, que sólo han aumentado mi inquietud.

—¡Qué queréis, mi querida Nanón! Es menester disimular algo a los enamorados —dijo el duque sonriendo.

—¡Oh!, ¡oh! Esto se complica —dijo para sí Cauviñac—. Según parece estoy enamorado.

—Vamos —dijo Nanón—, confesad que lo sois.

—No lo negaré, no —replicó Cauviñac con sonrisa de triunfo inquiriendo con avidez la verdad en las miradas de los otros, para con la ayuda de algunos indicios poder confeccionar una mentira de a folio.

—Sí, sí —dijo el duque—, pero almorcemos, si os place, y nos contaréis almorzando vuestros amores, barón. Francineta, un cubierto para el señor barón de Canolles.

—Aún no os habréis desayunado, ¿es verdad, capitán?

—No, monseñor; y confieso francamente que el aire fresco de la mañana me ha despertado prodigiosamente el apetito.

—Decid más bien de la noche, mal bicho —dijo el duque—, porque desde ayer parece que corréis la posta.

—¡A fe mía!, es extraño —se dijo Cauviñac por lo bajo—, el cuñado ha tenido buen acierto. ¡Pues bien! No me opongo; sea desde la noche…

—¡Vamos! —dijo el duque dando el brazo a Nanón, y pasando al comedor seguido de Cauviñac—; aquí tenéis, si no me engaño, con qué hacer frente a vuestro apetito, por muy bueno que sea.

En efecto, Biscarrós se había extendido, los manjares no eran numerosos, pero sí exquisitos y suculentos. El vino rubio de la Guiena y el encendido de Borgoña se desprendían de las botellas sobre las copas como perlas de oro y

cascadas de rubíes.

Cauviñac devoraba.

—Este mocito trabajaba con buenos ánimos —dijo el duque—; ¿y vos, Nanón, no coméis?

—No tengo apetito, monseñor.

—¡Esta hermana tan querida! —exclamó Cauviñac—. Vamos cuando pienso que el placer de verme le ha quitado el apetito, en verdad, ¡yo no quisiera que me amase hasta ese extremo!

—Vaya, este aloncito, Nanón —dijo el duque.

—Para mi hermano, monseñor, para mi hermano —dijo la joven, que veía desocuparse el plato de Cauviñac con una rapidez portentosa, y que temía ver reproducirse sus pullas después de desaparecer los manjares.

Cauviñac tendió su plato con una sonrisa de extremado reconocimiento. El duque puso el alón en el plato, y Cauviñac lo volvió delante de sí.

—¿Qué nos decís de bueno, Canolles? —dijo el duque con una familiaridad que pareció a Cauviñac de muy buen agüero—. Parece que os agrada que no se hable ya de amores.

—Nada de eso, todo lo contrario, hablad, monseñor, hablad, no os contengáis —dijo el joven, a quien el Medoc y el Chambertín, combinado por medio de dosis sucesivas e iguales, empezaban a hacerle soltar la lengua.

—¡Oh! Monseñor es muy diestro en punto a chanzas —dijo Nanón.

—Podemos hacerle entrar en el capítulo del hidalguito —dijo el duque.

—Sí —añadió Nanón—, del hidalguito que encontrasteis anoche.

—¡Ah!, sí, en el camino —dijo Cauviñac.

—Y posteriormente en el parador de Maese Biscarrós —añadió el duque.

—¡Y posteriormente en el parador de Maese Biscarrós! —repuso Cauviñac—, tenéis razón.

—¿Según eso, le habéis encontrado realmente? —preguntó Nanón.

—¿Al hidalguito?

—Sí.

—¿Cómo era? Veamos, decídnoslo con franqueza.

—¡Oh!, sin reparo —repuso Cauviñac—, era un lindísimo jovencito, rubio, esbelto, elegante, y viajaba con una especie de escudero.

—El mismo —dijo Nanón mordiéndose los labios.

—¿Y os habéis enamorado?

—¿De quién?

—Del hidalguito rubio, esbelto y elegante.

—¡Bah!, monseñor —dijo Cauviñac, que estaba a punto de rasgar el velo que le cubría—. ¿Qué queréis decir?

—¿Conserváis aun sobre vuestro corazón el guantecito gris perla? —continuó el duque, riendo con soma.

—¿El guantecito gris perla?

—Sí, aquel que olíais y besabais tan apasionadamente anoche. Cauviñac no llegaba a comprender del todo.

—Aquél, en fin, que os hizo sospechar la astucia, la metamorfosis —decía el duque, recargando su acento sobre cada sílaba.

Cauviñac acabó de comprenderlo todo a esta sola palabra.

—¡Ah! —exclamó—, ¿conque el hidalguito era una mujer?, pues, señor, por mi honor que no lo había sospechado.

—Sospecharlo, no —murmuró Nanón.

—Dadme de beber, hermana mía —dijo Cauviñac—. No sé quién ha vaciado la botella que tengo a mi lado, lo cierto es que no tiene nada.

—¡Vamos!, ¡vamos! —dijo el duque—, todo puede remediarse, una vez que el amor no le impide beber ni comer; así no padecerá la causa del rey.

—¡Padecer la causa del rey! —exclamó Cauviñac—, ¡jamás! El servicio del rey es lo primero. ¡Los negocios del rey son sagrados! Monseñor, ¡a la salud de Su Majestad!

—¿Se puede contar con vuestra lealtad, barón?

—¿Con mi lealtad al rey?

—Sí.

—Ya lo creo, si se puede contar. ¡Bah! Me dejaría descuartizar por él, sin tardanza…

—Es muy natural —dijo Nanón, temiendo que en su entusiasmo producido por el medoc y el chambertín, no olvidase Cauviñac el personaje cuyo papel representaba para entrar en su propia individualidad—, es muy natural, ¿no sois, merced a las bondades del señor duque, capitán al servicio de Su Majestad?

—¡Oh!, jamás lo olvidaré —dijo Cauviñac con visible emoción, y poniendo la mano sobre su pecho.

—Ya veremos, barón, ya veremos más adelante —dijo el duque.

—¡Gracias, monseñor, gracias!

—Todo requiere un principio.

—Ciertamente.

—Sí, vos sois bastante tímido, mi joven amigo —repuso el duque de Epernón—. Cuando necesitéis protección, recurrid a mí, ahora que ya es inútil andar con rodeos, y que no tenéis necesidad de ocultaros, una vez que ya sé que sois el hermano de Nanón…

—Monseñor —exclamó Cauviñac—, en lo sucesivo recurriré a vos directamente.

—¿Me lo prometéis?

—Empeño mi palabra.

—Haréis perfectamente.

—Esperad un poco, y vuestra hermana os enterará de lo que se trata, pues tiene una carta que confiaros de parte mía. Tal vez en lo interesante del mensaje que os confío está contenida vuestra fortuna. Tomad los consejos de vuestra hermana, joven, que es una gran cabeza, tiene un alma privilegiada y un corazón generoso. Amad a vuestra hermana, barón, y de este modo obtendréis mis más distinguidos favores.

—Monseñor —exclamó Cauviñac con entusiasmo—, mi hermana sabe hasta qué punto la quiero, y que mis deseos no son otros que de verla feliz, poderosa y… rica.

—Me agrada ese ardor —dijo el duque—, quedaos pues con Nanón, mientras yo voy a ocuparme de cierto truhán.

—Y a propósito, barón —continuó el duque—, tal vez podríais darme algunos indicios acerca de ese bandido.

—Con mucho gusto —dijo Cauviñac—. Sólo falta que sepa de qué bandido me quiere hablar monseñor; hay tantos, especialmente en los tiempos que corremos.

—Tenéis razón; pero éste es uno de los más osados que yo he conocido.

—¡De veras! —dijo Cauviñac.

—¡Figuraos que ese miserable, en cambio de la carta que os escribió ayer vuestra hermana, y que había adquirido por medio de una infame violencia,

me ha arrancado una firma en blanco!

—¡Una firma en blanco! ¿De veras? ¿Pero qué interés podíais tener —preguntó con aire sencillo Cauviñac—, en poseer esa carta de una hermana a su hermano?

—¿Olvidáis que yo ignoraba este parentesco?

—¡Ah! Es cierto.

—Y que yo tuve la necedad, perdonádmela, Nanón —continuó el duque tendiendo la mano a la joven—; y que tuve la necedad de estar celoso de vos.

—¡Verdaderamente! ¡Celoso de mí! ¡Ah! ¡Qué injusto habéis sido, monseñor!

—Quería, pues, preguntaros si teníais algunas sospechas, o podéis darme algunos indicios de quién sea el que ha representado conmigo el papel de delator.

—No por cierto… Pero ya sabéis, monseñor, que semejantes acciones no quedan impunes, y algún día sabréis quién ha cometido ésta.

—¡Oh! Ciertamente, lo sabré algún día —dijo el duque—, y para ello tengo ya tomadas mis precauciones; pero habría estimado más saberlo enseguida.

—¡Ah! —repuso Cauviñac aplicando el oído—. ¡Ah! ¿Tenéis tomadas ya vuestras precauciones, monseñor?

—Sí, sí; y mucha ha de ser la suerte del perillán —continuó el duque—, si la firma en blanco no le sirve para colgarle.

—¡Oh! —dijo Cauviñac—; ¿y cómo podréis distinguir esa firma de las demás que ponéis en vuestras órdenes, monseñor?

—Para eso le tengo hecha una señal.

—¡Una señal!

—Sí, invisible, para todos, pero que yo reconoceré con la ayuda de un procedimiento químico.

—¡Tate, tate! —dijo Cauviñac—, es una de las cosas más ingeniosas lo que habéis hecho, monseñor; pero es menester procurar que él no recele de la trama.

—¡Oh! No hay peligro, ¿quién se lo ha de decir?

—¡Ah! Es cierto —repuso Cauviñac—; ni a Nanón ni yo creo que seamos capaces…

—Ni yo —dijo el duque.

—¡Ni vos! Tenéis mucha razón, monseñor. Algún día llegaréis a saber quién es ese hombre, y entonces…

—Y entonces, como mi palabra no estará empeñada, pues que ya habrá sido satisfecho su deseo en cambio de la firma; entonces, digo, le haré colgar.

—¡Amén! —dijo Cauviñac.

—Mas ahora —continuó el duque—, ya que no podéis darme ningunos indicios de este truhán…

—No, monseñor, me es imposible.

—Pues bien, os dejo con vuestra hermana. Nanón —continuó el duque—, dad a ese mocito las instrucciones necesarias, y sobre todo que no pierda el tiempo.

—Descuidad, monseñor.

—Entendeos los dos.

Y el duque hizo con su mano un saludo gracioso a Nanón y un gesto amistoso a su hermano, y bajó la escalera, habiendo prometido antes estar de vuelta probablemente durante el día.

Nanón acompañó al duque hasta la mesa de la escalera.

—¡Cuernos! —dijo Cauviñac—; ha hecho perfectamente el digno señor en prevenirme. ¡Vamos, vamos, no es tan tonto como parece! ¿Pero qué haré yo con la firma en blanco? ¡Diablo! Lo que se hace con un billete, le daré de baja.

—Ahora, caballero —dijo Nanón entrando y cerrando la puerta—; ahora acaba de decir el duque de Epernón, entendámonos los dos.

—Sí, querida hermanita —respondió Cauviñac—, nos entenderemos los dos, porque yo he venido únicamente por tener el gusto de hablar contigo; ahora conviene sentarse.

—Ten la bondad de tomar asiento.

Y Cauviñac aproximó una silla a la suya, e hizo entender con la mano a Nanón que aquel asiento le estaba destinado.

Nanón se sentó con un ceño que no anunciaba nada bueno.

—¿Cómo es —dijo Nanón— que no estás donde debieras estar?

—¡Ah!, queridita hermana, ¡que poco galante eres! Si yo estuviera donde debo estar, no estaría aquí, y por consiguiente no tendrías el placer de verme.

—¿No habías deseado recibir las órdenes?

—No, yo no, di más bien que las personas interesadas en mi suerte, y tú particularmente, habéis deseado hacerme entrar en esa senda, pero yo jamás he tenido por la iglesia una vocación muy decidida.

—Sin embargo, tu educación ha sido enteramente religiosa.

—Sí, hermana mía, y yo creo haberla aprovechado, santamente.

—Fuera sacrilegio, señor mío; no hay que burlarse con las cosas santas.

—No me burlo, querida hermanita, no hago más que referir la verdad. Escucha, tú me mandaste a seguir mis estudios con los hermanos mínimos de Angulema.

—Bien; ¿y qué?

—Pues bien; yo he hecho mis estudios. Sé el griego como Homero, el latín como Cicerón, y la teología como Juan Hus. Y no habiendo más que aprender entre aquellos dignos hermanos, salí de su poder, siempre siguiendo tus instrucciones, para ir a profesar en el convento de las carmelitas de Ruán.

—Se te ha olvidado decir que yo te había prometido una renta anual de cien pistolas, y que he cumplido exactamente mi promesa. Cien pistolas para un carmelita, me parece que era más que suficiente.

—No lo niego, mi querida hermana; pero el pretexto de que yo no era carmelita todavía, tan sólo el convento ha sido quien ha disfrutado constantemente de esta renta.

—Y aunque así fuese, al consagrarte a la iglesia, ¿no habías hecho voto de pobreza?

—Te juro, hermana mía, que si yo he hecho ese voto, lo he cumplido también. No hay nadie más pobre que yo.

—¿Pero cómo has salido del convento?

—¡Ah! Te lo voy a decir. Lo mismo que Adán salió del paraíso terrenal, la ciencia es la que me ha perdido, hermana mía; sabía yo demasiado.

—¿Cómo sabías demasiado?

Figúrate tú que entre las carmelitas, cuya reputación en nada se parece a la de Pic de la Mirandola, la de Erasmo y Descartes, pasaba yo por un prodigio, de ciencia, se supone; de lo que resultó que cuando el señor duque de Longueville vino a Ruán con la pretensión de hacer que aquella ciudad se declarase a favor del parlamento, se me comisionó para ir a arengar a dicho señor, lo que el señor de Longueville se mostró, no sólo muy satisfecho de mi talento, sino que también me dijo si quería ser su secretario. Esto pasaba justamente cuando estaba ya próximo a pronunciar mis votos.

—Sí, ya me acuerdo; y no me he olvidado que con pretexto de hacer tu despedida al mundo, me pedisteis cien pistolas, que te hice entregar en propia mano.

—Y las únicas que mis manos han tocado, a fe de hidalgo.

—Pero debíais renunciar al mundo.

—Sí, tal era mi intención; pero ha sido la misma Providencia, que sin duda tiene sus miras sobre mí, y lo ha dispuesto de otro modo por el conducto del señor de Longueville, y no ha querido que fuese fraile. Yo me he conformado con la voluntad de esa buena Providencia, y debo decirlo, no tengo de qué arrepentirme.

—¿Según eso ya no eres religioso?

—No, al menos por ahora, querida hermana. No me atreveré a tener la osadía de decirte que no volveré a serlo algún día, porque ¿cuál es el hombre que puede decir hoy lo que le pasará mañana?

—¿No acaba de fundar el señor de Rancé la orden de la Trapa?

—Acaso haré yo lo mismo que el señor de Rancé inventando cualquiera orden nueva. Pero, por de pronto, me he lanzado a la guerra; y bien veis, que por algún tiempo, esto me ha hecho profano e impuro, con todo yo me purificaré en la primera ocasión.

—¿Vos guerrero? —dijo Nanón encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no? ¡Válgame Dios! No os diré que sea yo un Dunois, un Duqueslin, Bayardo, un caballero sin miedo y sin tacha. No, tengo el orgullo de decir que carezco de faltas que echarme en cara, ni preguntaré como el ilustre condottieri Esforzia, qué cosa es el miedo.

—Soy hombre, y como dice Plauto: Homo sum et nihil humanum a me alienum puto; lo que quiere decir: Soy hombre, y no juzgo extraño a mí nada de cuanto es humano. Yo tengo miedo, como lo es permitido tenerlo a todo hombre; lo que no me impide ser valiente cuando llega la ocasión. Manejo, cuando me veo precisado, la espada y la pistola con bastante destreza; pero mi verdadera inclinación, mi vocación decidida, es la diplomacia, ya ves, yo mucho me equivoco, mi querida Nanón, o con el tiempo llegaré a ser un gran político, ¡es una hermosa carrera la política! ¡Mira el señor de Mazarino, si no le cuelgan, a donde podrá llegar! Pues bien, yo soy como el señor de Mazarino; y como a él, uno de mis temores, y el mayor sin duda, es el de ser colgado. Felizmente tú estás aquí, querida Nanón, y esto me da una firme confianza.

—¿Conque eres hombre de armas?

—Y hombre de corazón, cuando es menester. ¡Oh! Mi permanencia al lado del señor de Longueville me ha servido de mucho.

—¿Y qué has aprendido a su lado?

—Lo que se aprende cerca de los príncipes, a guerrear, a intrigar, a ser traidor.

—¿Y eso te ha conducido?…

—A la posición más elevada.

—Posición que has tratado poco en perder.

—¡Qué diablos! El señor de Condé también ha perdido la suya. Nadie es dueño de los sucesos. —¡Querida hermana! ¡Tal como aquí me ves, he gobernado a París!

—¡Tú!

—¡Sí, yo!

—¿Por cuánto tiempo?

—Una hora y tres cuartos, reloj en mano.

—¿Tú has gobernado a París?

—En jefe.

—¿Cómo ha sido eso?

—De una manera muy sencilla. Ya sabes que el señor coadjutor, el señor de Gondy, abad de Gondy…

—Sí, bien.

—Era dueño absoluto de la ciudad. Pues bien, en aquellos momentos estaba yo bajo las órdenes del señor duque de Elbeuf. Este señor es un príncipe Loreno, y no es nada vergonzoso depender de él. Mas conviene saber que el señor de Elbeuf era enemigo del coadjutor; y yo promoví un motín a favor del Elbeuf, esta insurrección me elevó por poco tiempo a la cumbre del poder; pero desgraciadamente el señor de Elbeuf no tardó en avenirse con el coadjutor, siendo yo la víctima del tratado que hicieron entre sí, en tal caso me vi precisado a entrar al servicio del señor de Mazarino; pero el señor de Mazarino es un hombre inútil; de suerte que como sus recompensas eran proporcionadas a mis vicios, acepté la oferta que se me hizo de emprender una nueva asonada en honra del consejero Broussel, cuyo fin era el nombrar Canciller al señor Seguier. Pero mis gentes fueron torpes, y no le acogotaron más que a medias. En medio de esta zarracina me vi amenazado de un gran peligro. El señor de la Meilleraye me disparó un pistoletazo casi a

quemarropa; pero afortunadamente me eché a tierra con tiempo, pasando de este modo la bala por encima de mi cabeza, y el ilustre mariscal sólo consiguió matar a una vieja.

—¡Qué cadena de horrores! —exclamó Nanón.

—¡Cómo ha de ser, querida hermana! Son percances de la guerra civil.

—Ahora comprendo, cómo un hombre capaz de tales cosas se ha atrevido a hacer lo que tú hiciste ayer.

—¿Y qué hice? —preguntó Cauviñac con el aire más cándido del mundo —. ¿A qué me atreví?

—¡Has tenido la audacia de engañar en su cara a un personaje tan ilustre como el señor duque de Epernón! Pero lo que aun no puedo comprender, lo que jamás hubiera llegado a pensar, lo confieso, es que un hermano, colmado de mis beneficios, haya concebido fríamente el proyecto de perder a su hermana.

—¡Perder a mi hermana!… ¿yo? —dijo Cauviñac.

—¡Sí, tú! —replicó Nanón—. ¿Era preciso que yo escuchara el relato que acabas de hacerme, y que prueba que eres capaz de todo, para reconocer la letra de este billete? ¡Mira! ¿Negarás que esta carta anónima está escrita por ti?

Y Nanón indignada le mostró a su hermano la carta de delación que el duque le había entregado la noche anterior. Cauviñac la leyó sin alterarse.

—Y bien —dijo por último—, ¿qué tienes que decir de esa carta? ¿La encuentras, acaso, mal redactada? Si esto fuera, lo sentiría por ti; pues sólo probaría que no entiendes ni una jota de literatura.

—No se trata de su relación, señor mío, se trata del hecho. ¿Eres tú o no quien ha escrito esta carta?

—Yo he sido, yo, sin duda alguna. Si hubiese tratado de negar el hecho, habría desfigurado la letra, pero era inútil; jamás he tenido intención de ocultarme a tus ojos, y además yo quería que reconocieses que la carta era mía.

—¡Oh! —prorrumpió Nanón con un gesto de horror—; ¡y lo confiesas!

—Éste es un rasgo de humildad, querida hermana, sí; y es menester que te lo diga de una vez, he sido impulsado por una especie de venganza.

—¡De venganza!

—Sí, muy natural.

—¡Venganza contra mí, desdichado! ¡Piensa bien en lo que dices! ¿Qué mal te he hecho yo para que conciba tu alma la idea de vengarte de mí?

—¿Me preguntas lo que has hecho? ¡Ah! Nanón ponte en mi lugar. Yo dejé a París, porque tenía allí muchos enemigos; ésta es la desgracia de todos los hombres políticos. Acudo a ti implorando tu protección; ¿recuerdas eso? Recibiste tres cartas; y no podrás decir que te era desconocida la letra, pues era exactamente la misma del billete anónimo, y además de esto, las cartas iban firmadas. En ellas te pedía cien miserables pistolas.

—¡Cien pistolas! A ti que tienes millones. Esto era una miseria; pero bien sabes que ésta es la cantidad que acostumbro pedirte. Sin embargo, mi hermana me rechaza; me presento en su casa, y no sólo me la niegan, sino que soy despedido. Entonces, dije yo para mí, tal vez se halle apurada, y ésta es la ocasión de probarle que sus beneficios no han ido a parar a las manos de un ingrato; o acaso no goza de completa libertad, y siendo así es perdonable. Ya ves que mi corazón trataba de disculparte; pero como es natural, me informé, y supe, no sólo que mi hermana era libre y feliz, sino rica, muy rica, y que un tal barón de Canolles, un extraño, usurpaba mis privilegios y obtenía la protección que se me debía a mí. Entonces, lo confieso, los celos me trastornaron la cabeza.

—Di mejor la codicia. ¿Qué te importaba que tuviese yo relaciones con el barón de Canolles?

—A mí nada; ni menos habría soñado en inquietarme, si hubieras continuado tus relaciones conmigo.

—¿Sabes que si yo dijera al señor de Epernón una sola palabra, si le confesara sin rodeos quien tú eres, estabas perdido?

—Ciertamente.

—Tú mismo, no hace mucho, has oído de su propia boca cuál es la suerte que le espera al que le ha arrebatado esa firma en blanco.

—No me hables de eso, al oírle me he estremecido hasta la médula de mis huesos, y bien he necesitado todo el poder que tengo sobre mí para no hacerme traición.

—¿Y no tiemblas, tú que sin embargo confiesas que no desconoces el miedo?

—No, porque esa declaración probaría que el señor de Canolles no es tu hermano; entonces, siendo dirigidas a un extraño las palabras de tu carta, tomaban un significado poco favorable. Más vale, créeme, haber hecho sin rodeos una confesión como la que acabas de hacer, ingrata, por no decir ciega. Te conozco para darte este último renombre; por consiguiente, debes

considerar cuántas ventajas previstas por mí han resultado, por mis afanes. Poco hace te encontrabas terriblemente comprometida, y temblabas de ver llegar al señor de Canolles, que no estando prevenido, se habría embrollado horriblemente en la intriga de esa novelita de familia, mi presencia, por el contrario, lo ha salvado todo. Tu hermano ya no es un misterio, el señor de Epernón le ha adoptado, y debo decirlo, con bastante galantería. Ahora ya no tiene el hermano necesidad de ocultarse, porque es de esa casa, de aquí puede nacer la seguridad en la correspondencia, citas exteriores e interiores, con tal que el hermano de cabellos y ojos negros no lleve su imprudencia hasta el extremo de presentarse cara a cara al duque de Epernón. Una capa se parece a otra capa, como un huevo a otro, ¡qué diablos! Y cuando el señor de Epernón vea salir una capa de tu casa, ¿quién podrá decirle si es o no la capa de un hermano? He aquí como puedes ser tan libre como el aire.

—Sólo para hacerte un obsequio me he despojado de mi nombre de bautismo, y sacrifico mi libertad tomando el de Canolles; sacrificio que deberías agradecerme y recompensarme.

A este flujo de palabras, hijo de una avilantez increíble, Nanón petrificada no encontraba razones que oponer; y Cauviñac, aprovechándose de esta victoria conseguida por asalto, continuó:

—Además, querida hermanita, ya que nos vemos reunidos, después de tan larga ausencia, ya que al cabo de tantos reveses nos volvemos a ver, confiesa que de aquí en adelante vas a dormir tranquila, merced a la seguridad que el amor colocará sobre ti. Vas a vivir tan pacífica como si toda la Guiena te adorase, lo que no es cierto, como sabes; pero será preciso que pase por donde nosotros queramos. En efecto, yo me instalo en tu casa, el señor duque de Epernón me hace coronel, y en vez de seis hombres, tengo dos mil a mis órdenes. Con estos dos mil hombres reproduzco los doce trabajos de Hércules; se me nombra duque y par, la señora de Epernón muere, el señor de Epernón se casa contigo…

—Antes de todo eso, dos cosas —dijo Nanón con brevedad.

—¿Cuáles, querida hermana? Hablad, ya te escucho.

—La primera, que devuelvas esa firma en blanco al duque, sin cuyo requisito serás colgado, bien has oído la sentencia de su propia boca, y la segunda que salgas de aquí en este momento, si no quieres mi perdición, sé que esto no importaría, pero te perderás conmigo; y ésta es una razón, según creo, para que tomes mi pérdida en consideración.

—Dos respuestas, señora mía, esa firma en blanco es propiedad mía, y tú no puedes oponerte a que yo me deje colgar, si ése es mi gusto.

—¡Poco se perdiera!

—¡Gracias! Pero no llegará el caso, tranquilízate. Ya te he manifestado desde luego mi repugnancia hacia ese género de muerte; pero guardo mi firma, a no ser que tengas el capricho de querérmela comprar, en cuyo caso, podremos hacer el trato.

—No me hace falta. Las firmas en blanco soy yo quien las da.

—¡Dichosa Nanón!

—¿Conque la guardas?

—Sí.

—¿A riesgo de lo que te pueda suceder?

—Nada temas, tengo en qué emplearla. En cuanto a retirarme, no esperes que cometa yo tan grande falta, estando el duque de por medio. Hay más, en tu deseo de desembarazarte de mí, has olvidado una cosa.

—¿Cuál?

—Esa comisión importante de que me ha hablado el duque, y debe hacer mi fortuna.

Nanón palideció.

—Pero desgraciado —dijo—. ¿Ignoras que esa comisión no está destinada para ti? ¿No sabes que abusar de tu posición sería un crimen, y un crimen que tarde o temprano encontraría su castigo?

—Por eso no quiero yo abusar. Sólo deseo usar, ya ves.

—Además, en la comisión se designa al señor de Canolles.

—Y bien, ¿acaso no me llamo yo barón de Canolles?

—Sí, pero en la corte no sólo es conocido por el nombre, sino también por su fisonomía. El señor de Canolles ha estado en la corte muchas veces.

—Por fin, ésa es una razón que convence, ésta es la primera que me das, y ya ves cómo me rindo a ella.

—Además, que allí encontrarías a tus enemigos políticos —dijo Nanón— y tal vez, aunque bajo diferente aspecto, no sea tu fisonomía menos conocida que la de Canolles.

—¡Oh! Eso no era un obstáculo si, conforme ha dicho el duque, la comisión tiene por objeto hacer un gran servicio de la Francia. El mensaje abriría camino al gran servicio de la Francia. El mensaje abriría camino al mensajero. Además, un servicio de esta importancia lo allana todo y la amnistía de lo pasado es siempre la condición primera de las conversiones políticas. Así, pues, querida hermana, créeme, no estás tú en el caso de

imponerme tus condiciones, sino yo en el de proponerte las mías.

—Veamos, ¿cuáles son?

—Desde luego, como te decía hace poco, la primera que se establece en todo tratado, es decir, amnistía general.

—¿Es eso todo?

—Después el saldo de nuestras cuentas.

—¿Eso quiere decir que te debo alguna cosa?

—Me debes las cien pistolas que te había pedido, y que me rehusaste con tanta inhumanidad.

—Aquí tienes doscientas.

—Enhorabuena; ya te reconozco, Nanón.

—Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que repararás el mal momento que has causado.

—Nada más justo. ¿Y qué tengo que hacer?

—Vas a montar a caballo, y a emprender el camino de París, hasta que encuentres al barón de Canolles.

—¿Entonces pierdo su nombre?

—Se lo devuelves.

—¿Y qué debo decirle?

—Debes entregarle esta orden que ves aquí, y asegurarte de que parte enseguida para cumplimentarla.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Es menester que sepa quién soy yo?

—Por el contrario, es muy importante que lo ignore.

—¡Ah! ¡Nanón! ¿Te avergüenzas de tenerme por hermano? Nanón reflexionó un momento sin responder; y después dijo:

—Pero, ¿cómo me convenceré de que desempeñas exactamente mi comisión? Si hubiera para ti alguna cosa sagrada, te exigiría un juramento.

—Puedes hacer otra cosa.

—¿Qué?

—Prometerme otras cien pistolas para después de terminada la comisión.

Nanón se encogió de hombros, y dijo:

—Negocio concluido.

—Está bien. No quiero exigirte un juramento, pues me basta tu palabra. Por consiguiente, no hablemos más; cien pistolas a la persona que te entregue de mi parte el recibo del señor de Canolles.

—Sí; pero hablas de un tercero. ¿Tratas acaso de no volver?

—¡Quién sabe! A mí también me llama un negocio a las inmediaciones de París.

—¡Ah! —dijo Cauviñac—, no está eso muy en el orden; pero no importa, querida, la mano; sin rencor, eso sí.

—Sin rencor; pero a caballo.

—A caballo, sí, ahora mismo, el tiempo necesario para beber el trago de despedida.

Cauviñac echó en su copa el resto de la botella de Chambertín, saludó a su hermana con una cortesía llena de gracia, y montando a caballo, al cabo de un instante desapareció entre una nube de polvo.

VII

A un miedoso otro mayor

Empezábase a ver la luna por Oriente, cuando el vizconde, acompañado del fiel Pompeyo, salió del parador de Maese Biscarrós, emprendiendo el camino de París.

Habrían andado próximamente una legua y media, durante la cual el vizconde se entregó todo a sus reflexiones, cuando se volvió a su escudero, que iba gravemente arrellanando en su silla a tres pasos de distancia detrás del caballo de su amo.

—Pompeyo —preguntó el joven—, ¿tenéis por casualidad mi guante de la mano derecha?

—Que yo sepa, no, señor —contestó Pompeyo.

—¿Qué hacéis con vuestra maleta?

—Estoy mirando si va bien atada, y apretando las correas, no sea que suene. El sonido del oro es peligroso, señor, y atrae malos encuentros, sobre todo de noche.

—Está muy bien hecho, Pompeyo —repuso el vizconde—, y me gusta veros tan cuidadoso y prudente.

—Son cualidades muy naturales en un soldado viejo, señor vizconde, y cualidades que se avienen admirablemente con el valor; sin embargo, como el valor y la temeridad no son una misma cosa, confieso que siento mucho no haya podido acompañarnos Richón, porque veinte mil libras son difíciles de guardar, sobre todo en tiempos tan borrascosos como los que alcanzamos.

—Lo que decís, Pompeyo, está muy puesto en razón, y soy de vuestro mismo parecer.

—También me atrevería a decir —continuó Pompeyo—, animado en su miedo por la aprobación del vizconde, que es muy imprudente aventurarse como lo hacemos nosotros. Esperad un poco, si os agrada, revisaré mi mosquetón.

—¿Y bien, Pompeyo?

—La rueda está en buen estado, y el que quisiera detenernos pasaría un mal rato. ¡Oh! ¡Oh! ¿Qué es lo que veo allá abajo?

—¿Dónde?

—Delante de nosotros, a unos cien pasos, hacia nuestra derecha; mirad, en esta dirección.

—Es cierto, veo una cosa blanca.

—¡Oh! —dijo Pompeyo—, blanca; algún convoy quizás.

—Por mi honor que quisiera ganar esa haya de la izquierda; en términos de guerra se llama esto atrincherarse, sí, atrincherémonos, señor vizconde.

—Si es un convoy, será escoltado por los soldados del rey, Pompeyo; y los soldados del rey no hacen daño a los caminantes.

—Desengañaos —señor vizconde, desengañaos—, no se oye hablar, por el contrario, más que de bandidos que se encubren bajo el uniforme de Su Majestad para mil roperías, unas peores que otras, y no hace mucho que enrodaron en Burdeos a dos ligeros de a caballo que…

—Yo creo que reconozco el uniforme de los ligeros, señor vizconde.

—El uniforme de los ligeros es azul, y el que vemos es blanco.

—Sí; pero se suelen poner una blusa sobre el uniforme, y eso es lo que

habían hecho los miserables que enrodaron en Burdeos. Mirad, me parece que gesticulan fuerte, y amenazan; ésa es su táctica, ¿veis?, señor vizconde, ellos se ocultan de ese modo en el camino, y con la carabina a la cara obligan al viajero desde lejos a soltar la bolsa.

—Pero, mi buen Pompeyo —dijo el vizconde—, que aunque muy aterrado por su parte conserva su presencia de ánimo, si nos llegan a amenazar desde lejos con su carabina, haced lo mismo con la vuestra.

—Sí, pero como no vean —dijo Pompeyo—, mi demostración sería inútil.

—Si no os ven, no pueden tampoco amenazaros, me parece.

—Vos no entendéis de guerra —replicó el escudero de mal humor—. Aquí me va a pasar lo mismo que en Corbía.

—No debemos esperar tal cosa, Pompeyo; porque si mal no recuerdo, fue en Corbía donde salisteis herido.

—Sí, y una herida terrible. Estaba al servicio del señor de Cambes, que no dejaba de ser un temerario. Íbamos una noche patrullando para reconocer el lugar en que había de darse la batalla, cuando vemos un convoy. Le aconsejé que no la echase de valiente; pero se obstina y parte derecho hacia el convoy. Vuelvo la espalda despechado, y en este momento una maldita bala… Vizconde, seamos prudentes.

—Seamos prudentes, Pompeyo, no deseo otra cosa.

—Pero me parece que no se mueven.

—Habrán olfateado su presa. Escuchemos.

Felizmente para ellos, los dos viajeros no tuvieron que escuchar largo rato. Pasado un instante, la luna salió de entre una nube negra, cuyos bordes plateaba, e iluminó con su esplendor el espacio, haciéndoles ver a unos cincuenta pasos de los viajeros, dos o tres camisas que estaban con las mangas extendidas y puestas a secar detrás de una haya.

Éste era el convoy que había recordado a Pompeyo su fatal patrulla de Corbía.

El vizconde soltó una carcajada y metió espuelas a su caballo, mientras que Pompeyo le seguía exclamando:

—¡Qué felicidad que no haya yo seguido mi primera inspiración! Ya iba a enviar una bala en esa dirección, y hubiera sido una quijotada. ¡Ved ahí, vizconde, para lo que sirven la prudencia y la experiencia de la guerra!

Siempre después de las grandes emociones hay un intervalo de reposo; y pasado el susto de las camisas los viajeros caminaron dos leguas con bastante

tranquilidad. El tiempo era magnífico, la sombra descendía extensa y negra como el ébano de la cumbre de un bosque, y cubría uno de los lados del camino.

—No me gusta del todo la claridad de la luna —dijo Pompeyo—. Cuando a uno se le ve de lejos, se expone a ser cogido desprevenido. Y siempre he oído decir a la gente de guerra, que dos hombres que se buscan, no favorece la luna jamás sino a uno sólo. Nosotros vamos recibiendo la luz de lleno, y esto una imprudencia, señor vizconde.

—Pues bien, pasemos a la sombra, Pompeyo.

—Sí; pero si hubiese hombres emboscados en la ladera de este bosque, iríamos sencillamente a meternos en la jaula… En campaña nunca debe uno acercarse a un bosque sin haberle antes reconocido.

—Por desgracia —repuso el vizconde— no tenemos batidores. ¿No es así como se les denomina a los que reconocen los bosques mi valiente Pompeyo?

—Es cierto —murmuró el escudero—. Diablo de Richón; ¿por qué no habrá venido? Le hubiéramos enviado a la vanguardia, mientras que nosotros formábamos el cuerpo del ejército.

—Y bien, Pompeyo, ¿qué decidimos? ¿Nos estamos a la luz de la luna, o pasamos a la sombra?

—Pasemos a la sombra, señor vizconde, esto es lo más prudente, según creo.

—Pasemos a la sombra.

—Tenéis miedo, ¿no es así, señor vizconde?

—No, os lo juro, querido Pompeyo.

—Haríais muy mal en temerle, estando yo aquí para lo que ocurra. Si yo estuviera solo, entendéis, me importarían poco los acontecimientos, porque ya se sabe que un veterano no teme a Dios ni al diablo; pero vos sois un compañero tan difícil de guardar como el tesoro que traigo a la grupa; y la verdad, me asusta esta doble responsabilidad. ¡Ah! ¿Qué sombra negra es aquella que se ve allá abajo? Esta vez se mueve.

—No hay duda —dijo el vizconde.

—Ved lo que es estar en la obscuridad, nosotros vemos al enemigo, y él no nos ve a nosotros. ¿No os parece que ése malaventurado trae un mosquete?

—Sí; pero un hombre solo, Pompeyo, y nosotros somos dos.

—Señor vizconde, a los que caminan solos son a los que hay que temer, porque la soledad indica los caracteres resueltos. El famoso barón de Andrets,

caminaba siempre solo. ¡Ay! Me parece que nos mira, va tirar; bajaos.

—Pompeyo, si no hace más que cambiar de hombro su mosquete.

—No importa, bajémonos de cualquier modo, ésa es la costumbre; y resistamos el fuego cubiertos con el arzón.

—Pero, Pompeyo, ¿no veis que él no tira?

—No tira —dijo el escudero enderezándose—; ¡bueno! Tendrá miedo, y nuestros resueltos ademanes le habrán intimidado. ¡Ah! Tiene miedo; entonces dejadme hablarle, y habladle vos después de mí ahuecando la voz.

La sombra continuaba aproximándose.

—¡Hola!, amigo, ¿quién sois? —gritó Pompeyo.

La sombra se detuvo con movimiento de terror demasiado visible.

—Gritadle ahora —dijo Pompeyo.

—Es inútil —contestó el vizconde—; el pobre diablo tiene demasiado miedo.

—¡Ah! Tiene miedo —dijo Pompeyo apuntándole con el mosquete.

—¡Piedad, señor! —dijo el hombre cayendo de rodillas—, ¡piedad! Soy un pobre revendedor, que hace ocho días no he vendido ni un pañuelo de bolsillo, y no llevo un cuarto.

Lo que Pompeyo había creído que era mosquete, era tan sólo la vara con que el pobre diablo media sus géneros.

—Sabed, buen amigo —dijo con arrogancia Pompeyo—, que no somos ladrones, sino gente de guerra, que viajamos de noche porque no tenemos miedo a nadie; seguid, pues, tranquilamente vuestro camino, que estáis en libertad.

—Tomad, amigo, este medio doblón —añadió con voz dulce el vizconde— en pago del miedo que os hemos causado, y Dios os acompañe.

El vizconde dio con su manecita blanca medio doblón al pobre diablo, que se alejó dando gradas al cielo por el feliz encuentro que había tenido.

—Habéis obrado mal, señor vizconde, muy mal —dijo Pompeyo cuando hubieron andado unos veinte pasos.

—¡Mal! ¿En qué?

—En dar medio doblón a ese hombre. De noche no conviene manifestar jamás que se tiene dinero; ¿no habéis observado que la primera exclamación de ese canalla fue decir que no llevaba un cuarto consigo?

—Es verdad —dijo el vizconde sonriendo—; pero ése es un canalla, como decís, al paso, que nosotros somos gente de guerra que nada tememos.

—Entre temer y desconfiar, señor vizconde, hay tanta distancia como entre el miedo y la prudencia. Y no es prudente, lo repito, hacer ver que se tiene dinero, a un desconocido que se encuentra en una carretera.

—¿Pero cuando el desconocido va solo y sin armas?

—Puede pertenecer a una cuadrilla armada, y ser sólo espía enviado delante para reconocer el terreno; puede volver con masas de gente, ¿y qué queréis que dos hombres hagan, por valientes que sean, contra las masas?

Esta vez reconoció el vizconde la verdad de la reconvención que le hacía Pompeyo; o acaso por abreviar el discurso pareció darse por vencido, a tiempo que llegaron a la orilla del riachuelo de Saya, cerca de San Ginés.

No habiendo puente, era preciso pasarle a vado.

Entonces Pompeyo explicó al vizconde una sabia teoría sobre el paso de los ríos; pero como una teoría no es un puente, fue necesario, a pesar de la larga explicación, pasarlo a vado.

Afortunadamente no era el río muy hondo, pero este incidente fue una nueva prueba para el vizconde; pues vistas las cosas de noche y de lejos, son más formidables que vistas de cerca.

El vizconde empezaba a tranquilizarse realmente, cooperando a este fin lo adelantado de la noche, pues sólo faltaba una hora para que asomase el día; pero encontrarse en medio del bosque que rodea a Marsas, los dos viajeros se detuvieron súbitamente, porque en efecto, acababan de oír a lo lejos detrás de ellos, el galope de muchos caballos.

Al mismo tiempo los suyos levantaron la cabeza, y el uno de ellos relincho.

—Esta vez —dijo Pompeyo con voz ahogada, asiendo la brida del caballo de su amo—; esta vez, señor vizconde, espero que os portéis con un poco de docilidad, y abandonéis el resultado a la experiencia de un antiguo soldado. Siento una tropa de gente a caballo que nos persigue. ¡Veis! Ésa es la partida del falso mercader; bien os lo había dicho, ¡imprudente! Vamos, aquí de nada serviría un aparente valor, salvemos nuestras vidas y nuestro dinero también; como un medio de vencer, Horacio trató de huir…

—Pues bien, huyamos, Pompeyo —dijo el vizconde temblando. Pompeyo picó a los dos caballos, el suyo, excelente bicho rodado, arrancó bajo el influjo del acicate, con un celo que inflamó el ardor del caballo árabe del vizconde, y ambos a porfía se lanzaron como un rayo sobre el arrecife, del que salían vivas centellas al choque de sus herraduras.

Esta carrera duró poco más de media hora; pero lejos de ganar terreno, pareció a los dos fugitivos que sus enemigos se les acercaban.

De pronto salió una voz del seno de las tinieblas, voz, que mezclada al silbido producido por el viento que los dos caballeros hendían, asemejaba a una lúgubre amenazada de los espíritus de la noche.

Esta voz hizo erizar sobre su cabeza los cabellos grises de Pompeyo.

—¡Gritan, deteneos! —murmuró—, ¡gritan, deteneos!

—Y bien, ¿paramos? —preguntó el vizconde.

—¡Todo lo contrario! —exclamó Pompeyo—; redoblemos la marcha, si es posible. ¡Adelante!, ¡adelante!

—Sí, sí, ¡adelante! ¡Adelante! —contestó el vizconde, tan espantado esta vez como su defensor.

—¡Mucho avanzan! —decía Pompeyo—, ¿los oís?

—¡Ay!, sí.

—Son más de treinta, atended, nos llaman aún.

—¡Somos perdidos!

—Reventemos los caballos, si es preciso —dijo el vizconde más muerto que vivo.

—¡Vizconde, vizconde! —gritaba la voz—, ¡parad, parad! ¡Parad, viejo villano!

—Ése es alguno que nos conoce, alguno que sabe que llevamos dinero a la princesa, y está enterado de que conspiramos, ¡ay! Vamos a ser descuartizados vivos.

—¡Deteneos, deteneos! —continuaba la voz.

—Gritan que se nos detenga —dijo Pompeyo—, tienen gente avanzada, ¡estamos cercados!

—¿No pudiéramos dar de lado, por el campo, y dejar pasar a los que nos persiguen?

—No es mala idea —dijo Pompeyo—. Vamos.

Los dos caballeros hicieron sentir a la vez la brida y la rodilla a sus monturas, que giraron a la izquierda, el caballo del vizconde, hábilmente educado, saltó el foso; pero el de Pompeyo, más pesado, tomó poco trecho, la tierra se desmoronó bajo el peso del cuarto trasero, y cayó arrastrando al jinete en su caída. El pobre escudero lanzó un grito de profunda desesperación.

El vizconde, que se había ya internado cincuenta pasos en el campo, oyó aquel grito de agonía, y aunque muy asustado, volvió grupa, y vino adonde estaba su compañero.

—¡Favor! —gritaba Pompeyo—. ¡Capitulemos!, yo me rindo; pertenezco a la casa de Cambes.

Una gran carcajada contestó sólo a esta lamentable apelación; y llegando el vizconde en este momento, vio a Pompeyo abrazado al estribo del vencedor, que con voz entrecortada por la risa, trataba de tranquilizarle.

—¡El señor barón de Canolles! —exclamó el vizconde.

—¡El mismo, voto a Judas! Vaya, vizconde, no está en el orden hacer así a quién viene a buscaros.

—¡El señor barón de Canolles! —repuso Pompeyo, dudando aún de su fortuna—. ¡El señor barón de Canolles y Castorín!

—¡Sí!, señor Pompeyo —dijo Castorín, empinándose sobre sus estribos para mirar por encima de la espalda de su amo, que riendo se había echado de pecho sobre el arzón de su silla—. ¿Qué hacéis, pues, en ese hoyo?

—¡Ya lo veis! —dijo Pompeyo—. ¡Mi caballo se ha rendido en el momento en que teniéndoos por enemigos trataba de atrincherarme, a fin de oponer una fuerte defensa!

—Señor vizconde —continuó Pompeyo levantándose y sacudiéndose—, es el señor de Canolles.

—¿Cómo, caballero, vos aquí? —murmuró el vizconde, dejando entrever contra su voluntad una especie de alegría en su entonación.

—Sí, a fe mía —respondió Canolles, mirando al vizconde con una tenacidad que se explica por el hallazgo del guante—. Iba a morirme de fastidio en aquella posada; Richón acababa de abandonarme después de haberme ganado mi dinero, supe que habíais partido por el camino de París; afortunadamente yo tenía que hacer esta misma dirección, y me puse inmediatamente en camino para reunirme con vos, aunque no dudaba que para alcanzaros me era necesario desempedrar el arrecife.

—¡Cáspita! ¡Mi buen hidalgo, sois un caballero como hay pocos!

El vizconde sonrió balbuceando algunas palabras.

—Castorín —continuó Canolles—, ayudad al señor Pompeyo a que se coloque en la silla. Ya veis que a pesar de su habilidad le cuesta trabajo volver a montar.

Castorín se bajó, y ayudó a Pompeyo, que con su auxilio consiguió

recobrar su antiguo asiento.

—Y ahora —dijo el vizconde—, continuemos la marcha, si os place.

—Esperad, un momento —dijo Pompeyo lleno de embarazo—, un momento, señor vizconde; parece que me falta alguna cosa.

—Ya lo creo —dijo el vizconde—, os falta la maleta.

—¡Ay, Dios mío! —dijo Pompeyo fingiendo una grande admiración.

—¡Miserable! —exclamó el vizconde—, habréis perdido…

—No puede estar lejos, señor —respondió Pompeyo.

—¿No es ésta? —preguntó Castorín, recogiendo el objeto nombrado, y levantándole con trabajo.

—Justamente —dijo el vizconde.

—Justamente —exclamó Pompeyo.

—No es culpa suya —dijo Canolles, queriendo conquistarse la amistad del viejo escudero; en su caída, se habrán roto las correas y se habrá desatado la maleta.

—Las correas no están rotas sino cortadas, señor —dijo Castorín—. ¡Mirad!

—¡Oh! ¡Oh!, señor Pompeyo —dijo Canolles—, ¿qué quiere decir esto?

—Esto quiere decir —repuso severamente el vizconde—, que en su temor de ser perseguido por los ladrones, el señor Pompeyo habrá cortado diestramente la maleta, para sustraerse a la responsabilidad de tesorero. ¿Cómo se llama este ardid en términos militares, señor Pompeyo?

Pompeyo trató de excusarse, diciendo que había sacado imprudentemente su cuchillo de monte; pero como no pudo dar una explicación suficiente, hubo de quedar a los ojos del vizconde con la tacha de haber querido sacrificar la maleta a su seguridad personal.

Canolles fue mejor componedor.

—Bueno, bueno —dijo—, ya está visto; pero volad a atar la maleta.

—Castorín, ayudad al señor Pompeyo; teníais razón; Maese Pompeyo, en temer a los ladrones, pues la mochila parece bastante pesada, y sería de buena presa.

—No os chancéeis, señor —dijo Pompeyo estremeciéndose—, toda burla nocturna es equívoca.

—Tenéis razón, Pompeyo, mucha razón —continuó Canolles—, por eso

quiero serviros de escolta a vos y al vizconde, un refuerzo de dos hombres no creo que deje de seros útil.

—No por cierto —exclamó Pompeyo—, en el número estriba la seguridad.

—Y vos, vizconde, ¿qué pensáis de mi ofrecimiento? —dijo Canolles al ver que el vizconde no acogía su oferta voluntaria con tanto entusiasmo como su escudero.

—Yo, caballero —dijo el vizconde— reconozco en esto vuestra generosidad habitual, y os lo agradezco sinceramente; pero no seguimos ambos el mismo camino, y temería haceros mala obra.

—¡Cómo! —dijo Canolles desconcertado, al ver que iba a reproducirse en la carretera la lucha de la posada—, ¿cómo es eso que no seguimos el mismo camino? ¿No vais a?…

—A Chantilly —se apresuró Pompeyo a decir—, temblando ya a la idea de continuar su viaje sin más compañía que el vizconde. Éste hizo un gesto de impaciencia marcadísimo; y si hubiera sido de día, se habría visto subir a sus mejillas el color encendido de la cólera.

—¡Bah! —exclamó Canolles, sin parecer apercibirse de la furibunda mirada que el vizconde fulminaba al pobre Pompeyo—. En ese caso justamente Chantilly es mi camino. Yo voy a París; o más bien —repuso vivamente riendo—, si he de decir la verdad, no tengo que hacer e ignoro a dónde voy; de modo que si vais a París, a París voy; si vais a Lyon, yo también; si a Marsella, hace ya bastante tiempo que tengo vivos deseos de ver la Provenza, e iré a Marsella. Y últimamente, si queréis ir a Stenay, donde está el ejército de Su Majestad, vamos a Stenay. Aunque nacido en el Mediodía, siempre ha tenido una especie de predilección por el Norte.

—Caballero —repuso el vizconde con cierta firmeza, debida sin duda a la irritación que le había causado Pompeyo—; es necesario deciros que viajo sin acompañamiento, por asuntos personales de la más alta importancia, por motivos del todo serios, y dispensadme si os digo que si insistís, me veré precisado contra mi voluntad, a confesaros que me estorbáis el paso.

A no ser por el recuerdo del pequeño guante que Canolles tenía oculto sobre su pecho entre el justillo y la camisa, habría estallado la cólera del barón, vivo e impetuoso como un Gascón; sin embargo se contuvo, y contestó más seriamente:

—Caballero, jamás he oído decir que la carretera pertenezca más particularmente a una persona que a otra.

—Justamente se le nombra, si no me equivoco, camino real, en prueba de que todos los súbditos de Su Majestad tienen un derecho igual a servirse de él.

Voy, pues, por el camino real sin intención alguna de estorbaros, y antes bien, mi intento ha sido el de prestaros apoyo, porque sois joven débil y carecéis de defensa. No creía tener la cara de salteador, pero una vez que os declaráis de esta suerte, sufriré la pena de pasar por malcriado. Perdonad, pues, mi importunidad, caballero, estoy a vuestras órdenes.

—Buen viaje.

Y haciendo dar una ligera vuelta a su caballo, después de haber saludado al vizconde, pasó al otro lado del camino, a donde le siguió Castorín, de hecho, y Pompeyo, de intención.

Manejó Canolles esta escena con tan graciosa política, con una acción tan seductora, y descubriendo bajo su sombrero una frente tan pura, sombreada por cabellos tan sedosos y negros, que el vizconde se sintió menos interesado de su proceder que de su noble fisonomía. Como hemos dicho y firme sobre sus estribos; Castorín le seguía derecho y firme sobre sus estribos. Pompeyo, que había quedado en el otro lado del camino, lanzaba unos suspiros capaces de partir las piedras; cuando el vizconde, que había hecho numerosas reflexiones, aligeró por su parte el paso de su caballo, y reuniéndose a Canolles, que fingió no ver ni oír, con voz casi ininteligible le dijo estas dos palabras:

—¡Señor de Canolles!

Canolles se volvió estremecido, una fiebre de placer corrió por todas sus venas, pareciéndole que todos los músicos del cielo se reunían para darle un concierto divino.

—¡Vizconde! —dijo él a su vez.

—¡Escuchad, caballero! —respondió éste con voz dulce y suave—; temo en verdad ser descortés con un hidalgo de vuestro mérito, perdonadme mi timidez. Mis padres me han educado con mis temores, nacidos de su cariño hacia mí. Perdonadme, os lo repito, no ha sido mi intención la de ofenderos; y en prueba de nuestra sincera reconciliación, permitidme caminar a vuestro lado.

—¿Cómo así? —exclamó Canolles—; ¿queréis que os diga cien veces, mil, que no os conservo rencor alguno?

—Y en prueba de ello…

Diciendo esto, le tendió la mano, en la cual se posó, o mejor dicho, se deslizó una mano fina, ligera y fugitiva como la espalda de un canario.

El resto de la noche se pasó en locas habladurías de parte del barón. El vizconde le escuchaba sin perder palabra, y algunas veces riendo.

Detrás venían los dos criados, Pompeyo le explicaba a Castorín cómo había perdido la batalla de Corbía, cuando pudiera haberse ganado, si no se hubiese omitido el llamarle al consejo que se celebrara aquella mañana.

—¿Y cómo habéis concluido vuestro, asunto con el duque de Epernón? —dijo el vizconde a Canolles cuando asomaron los primeros albores del día.

—No ha sido la cosa difícil —respondió Canolles—. Después de vuestro aviso, vizconde, él era quien tenía que vérselas conmigo, no yo con él, o se habrá cansado de esperarme y habrá tomado las de villadiego, o tal vez se habrá mantenido terco y estará esperándome todavía.

—¡Pero y la señorita de Lartigues! —añadió el vizconde con una ligera duda…

—La señorita de Lartigues, vizconde, no puede a la vez encontrarse en su casa con el señor de Epernón y en el «Becerro de Oro» conmigo. Es menester no exigir imposible de las mujeres.

—Eso es responder, barón; y os pregunto cómo es que estando tan enamorado de la señorita de Lartigues, os habéis decidido a separaros de ella.

Canolles miró al vizconde con ojos ya demasiado perspicaces, porque era de día, y no ocultaba el semblante del joven más sombra que la de su sombrero.

Sintióse entonces con vivísimos deseos de contestar como pensaba; pero Pompeyo, Castorín, y el aire grave del vizconde, le detuvieron, y además de esto se le presentaba una duda.

—Si me engañase, si a pesar de este pequeño guante y de esa mano chiquita fuese un hombre, ¿es verdad, decía, que habría para morir de vergüenza por mi equivocación?

Mordióse los labios, respondiendo a la pregunta del vizconde por una de esas sonrisas que lo dicen todo.

Detuviéronse en Barbezieux para desayunarse y dar algún descanso a los caballos. Canolles esta vez almorzó con el vizconde, y durante el desayuno tuvo tiempo de admirar aquella mano cuyo guante perfumado le había causado una emoción tan viva. Además, le fue preciso al vizconde quitarse su sombrero al tiempo de ponerse a la mesa, y descubrir unos cabellos lisos tan hermosos y tan graciosamente distribuidos sobre una piel fina, que cualquiera otro que un hombre enamorado, y por consiguiente ya ciego, hubiera salido de su incertidumbre; pero Canolles temía mucho no prolongar, despertando, la duración de su hermoso sueño. Encontraba un no sé qué de delicioso en el incógnito del vizconde, que le permitía una porción de pequeñas familiaridades, que el completo reconocimiento o el rendimiento más decidido

le hubieran sin duda negado. Así, pues, no dijo una sola palabra que pudiese hacer sospechar al vizconde que su incógnito estaba descubierto.

Después del desayuno pusiéronse de nuevo en camino hasta la hora de comer. De tiempo en tiempo se extendía sobre el semblante del vizconde un tinte nacarado, producido por una fatiga que empezaba ya a no poder disimular, y se estremecía con ligeros escalofríos, cuya causa le preguntaba Canolles amistosamente. Entonces el señor de Cambes se sonreía, y disimulaba su padecimiento proponiendo redoblar el paso, lo que rehusaba Canolles diciéndole que era muy larga la caminata que tenían que hacer, y por consiguiente era preciso cuidar los caballos.

Después de comer sintió el vizconde alguna dificultad para levantarse. Canolles acudió precipitadamente a ayudarle.

—Tenéis mucha necesidad de reposo, mi joven amigo —dijo éste—; una caminata seguida de este modo os mataría a la tercera jornada. Esta noche no caminaremos, sino por el contrario, dormiremos; yo deseo que descanséis bien, y para ello os cederé la mejor sala de la posada, aunque yo lo pase mal.

El vizconde miró a Pompeyo con un aire tan acosado, que Canolles no pudo reprimir sus deseos de reír.

—Cuando se emprende, como nosotros ahora, un largo viaje —dijo Pompeyo—, debería cada cual llevar su tienda.

—¡Oh! Una tienda para cada dos —dijo Canolles con la mayor naturalidad —; con eso bastaría.

El vizconde se estremeció desde los pies a la cabeza.

El tiro era acertado, y Canolles no pudo menos de observarlo. Con el rabo del ojo vio que el vizconde hacía señas a Pompeyo, éste se acercó a su amo, que le dirigió algunas palabras en voz baja, y bien pronto Pompeyo, bajo cualquier pretexto, les cogió la delantera y desapareció.

Hora y media después, al entrar en una población grande, vieron los viajeros a Pompeyo en el umbral de una posada de buena apariencia.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo Canolles—, ¿queréis que pasemos aquí la noche, señor vizconde?

—Bueno, sí; si os parece bien, barón.

—¡Perfectamente! Yo quiero todo lo que vos queráis.

—Os he dicho que viajo sólo por gusto, cuando vos me habéis dicho que viajáis con motivo de vuestros asuntos.

—Sólo temo que no lo paséis muy bien en este pueblo miserable.

—¡Oh! —dijo el vizconde—, una noche pronto se pasa.

Pararon, y Pompeyo, más pronto que Canolles, tuvo el estribo de su amo; además que Canolles reflexionó que semejante atención sería ridícula de un hombre para otro hombre.

—Pronto, mi habitación —dijo el vizconde—. En verdad que teníais razón, señor de Canolles —continuó dirigiéndose a su compañero—; me siento verdaderamente muy fatigado.

—Vedla aquí, caballero —dijo la huésped enseñándole una sala baja bastante grande que caía sobre el patio, pero cuyas ventanas estaban enrejadas, y encima de la cual había los graneros de la casa.

—¿Y dónde está la mía? —dijo Canolles.

Al mismo tiempo sus ojos miraban con avidez una puerta contigua a la del vizconde, cuyo delgado tabique era un obstáculo muy débil contra una curiosidad tan excitada como la suya.

—¿La vuestra? —dijo la posadera—; venid por aquí, caballero, y os conduciré a ella.

Y sin parecer observar la emoción de Canolles, le llevó a la extremidad de un corredor exterior todo lleno de puertas, y separado de la sala del vizconde por un gran patio.

El vizconde había seguido con la vista la maniobra desde el umbral de su habitación.

—Ahora —dijo Canolles para sí—, ya estoy seguro de mi empresa; pero me he portado como un necio. Vamos, vamos, si pongo mala cara me pierdo sin remedio; afectemos, pues, el aire más gracioso.

Y acercándose a la especie de balcón que formaba el corredor exterior, dijo:

—Buenas noches, querido vizconde, dormid bien, que bastante lo necesitáis. ¿Queréis que os despierte yo mañana? Pero no; mejor será que me despertéis cuando os parezca. ¡Ea, buenas noches!

—Buenas noches, barón —dijo el vizconde.

—A propósito —continuó Canolles—, ¿no necesitáis nada? ¿Queréis que os envíe a Castorín para ayudaros a desnudar?

—Gracias. Tengo a Pompeyo, que duerme en la sala inmediata.

—Buena precaución; lo mismo voy yo a hacer con Castorín. Medida de prudencia, ¿no es así, Pompeyo?

—Toda precaución es poca en una posada… Buenas noches, vizconde.

El vizconde contestó con un saludo semejante, y cerró la puerta.

—Bueno, bueno, vizconde —murmuró Canolles—; mañana me tocará a mí preparar los alojamientos, y tomaré mi revancha.

—Bien —continuó—, corre hasta las cortinas; extiende un paño delante para interceptar hasta su sombra. ¡Cuerno! Qué mocito más pudoroso es este diablo de hidalguito; pero me es igual… Ea, hasta mañana.

Y diciendo esto y gruñendo entre dientes, entró en su cuarto, se desnudó, se acostó de muy mala gana, y soñó que. Nanón había encontrado en su bolsillo el guantecito gris-perla del vizconde.

VIII

El cuarto con dos camas

El día siguiente estuvo Canolles de mejor humor aún que la víspera, el vizconde por su parte se entregaba también a una alegría más franca; y hasta el adusto Pompeyo se solazaba contando sus campañas a Castorín.

Toda la mañana se pasó en chanzonetas de una y otra parte. Mientras el desayuno, Canolles se excusó con el vizconde por tener que dejarle, según decía, para escribir una larga carta a uno de sus amigos que vivía allí cerca, y dijo además que tendría que hacer una visita a otro de sus amigos, cuya casa debía estar situada a tres o cuatro leguas de Poitiers, casi a orillas del camino. Canolles se informó del paradero de este amigo, cuyo nombre dijo al posadero, y el cual le contestó, que poco más allá de la aldea de Jaulnay encontraría la casa de aquel amigo, y la reconocería por dos torrecillas. Entonces, como Castorín tenía que adelantarse a la pequeña caravana para llevar la carta, y como el mismo Canolles debía por su parte adelantarse también, suplicó al vizconde que designase con anticipación el punto adonde irían a dormir. El vizconde tendió la vista sobre un pequeño mapa que Pompeyo llevaba en su estuche, y propuso la aldea de Jaulnay. Canolles no hizo ninguna objeción, y llevó su perfidia hasta el punto de decir en alta voz:

—Pompeyo, si se os envía, como ayer, en calidad de aposentador, guardadme, si es posible, un cuarto junto al de vuestro amo, a fin de que podamos fácilmente hablar un poco.

El socarrón escudero trocó una mirada con el vizconde y se sonrió, determinado a no hacer nada de cuanto decía Canolles.

Castorín, que había recibido sus instrucciones anticipadamente, vino a tomar la carta, y recibió orden de incorporarse en Jaulnay. No fue necesario designar posada, pues no había peligro de equivocarse, no teniendo Jaulnay otra que la del «Gran Carlos Martell».

Pusiéronse en camino, y a unos quinientos pasos de Poitiers, en cuyo pueblo habían comido, Castorín tomó un camino de travesía a la derecha. Caminaron aun poco más de dos horas, cuando Canolles reconociendo a su vez la casa de su amigo por las indicaciones tomadas, la mostró al vizconde, obtuvo su permiso, renovó a Pompeyo la recomendación de encargarse de su habitación, y tomó un camino de travesía a la izquierda.

El vizconde estaba ya completamente tranquilo, la escena de la víspera había pasado desapercibida, y había visto transcurrir el día sin la más ligera alusión; y por consiguiente no temiendo ya parte de Canolles el menor obstáculo a su voluntad, desde el momento en que el barón vino a ser para él un simple compañero de viaje, bueno, alegre y espiritual, no deseaba otra cosa que terminar el viaje en su compañía. Así, pues, ya sea que el vizconde juzgase inútil la precaución, ora que no quisiese separarse de su escudero y quedar solo en el camino, es lo cierto que Pompeyo no se adelantó como la tarde anterior.

Llegaron de noche a la aldea, en ocasión en que la lluvia caía a torrentes. Por fortuna encontraron una habitación bien caldeada. El vizconde, con el afán de mudarse de ropa, la tomó para sí, y encargó a Pompeyo que se ocupase de disponer el cuarto de Canolles.

—Ya está eso hecho —dijo el egoísta Pompeyo, ansioso de irse a acostar —, la huésped ha prometido ocuparse de ello.

—Está bien. ¿Mi neceser?

—Ahí está.

—¿Mis perfumes?

—Ahí están también.

—Gracias. ¿En dónde dormís vos, Pompeyo?

—Al extremo del corredor.

—¿Y si necesito llamar?

—Aquí tenéis una campanilla, la huésped vendrá.

—Basta.

—Cierra bien esta puerta, ¿eh?

—Su merced puede verlo.

—¡No tiene cerrojos!

—No, pero tiene una buena cerradura.

—Bueno. Me encerraré bien.

—¿No hay otra entrada?

—No, que yo sepa —y tomando Pompeyo una bujía dio vuelta a la sala.

—Mirad si son firmes las ventanas.

—Tienen echadas las aldabas.

—Bien. Adiós, Pompeyo.

Pompeyo salió y el vizconde dio vuelta a la llave.

Una hora después, Castorín, que había llegado a la posada el primero, y ocupaba el cuarto inmediato al de Pompeyo sin que éste lo supiese, salió de él de puntillas y fue a abrir a la puerta a Canolles.

Éste, con el corazón palpitando, se entró silenciosamente en la posada, dejando a cargo de Castorín el cuidado de cerrar la puerta, hizo que le mostrasen la habitación del vizconde, y subió.

El vizconde iba a meterse en la cama, cuando sintió pasos en el corredor.

Como ha podido observarse ya, el vizconde era bastante miedoso; así, pues, estos pasos le hicieron estremecer y se puso a escuchar con atención.

Los pasos se detuvieron delante de su puerta.

Pasado un segundo sintió llamar.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz tan aterrada, que no hubiera Canolles reconocido su acento, a no haber tenido ya muchas veces ocasión de estudiar las variaciones de aquella voz.

—¡Yo! —dijo Canolles.

—¿Cómo vos? —repuso la voz pasando del miedo al espanto.

—Sí. Figuraos, mi amigo, que no hay donde quedarse, no se encuentra un sólo cuarto desocupado en toda la posada. Vuestro imbécil de Pompeyo no se ha acordado de mí. No hay en toda la aldea más posada que ésta; y como vuestro cuarto tiene dos camas…

El vizconde tendió con terror la vista sobre los dos lechos gemelos colocados uno enfrente de otro en su alcoba, y separados por una tabla solamente.

—¡Pues bien! Ya comprendéis —continuó Canolles—, que vengo a reclamar una. Abridme pronto, por piedad, que me muero de frío.

Oyóse entonces dentro de la sala mucho ruido como de quitar muebles de en medio, el roce de vestidos y pasos precipitados.

—Sí, sí, barón —dijo la voz cada vez más azorada del vizconde—; sí, ya voy; voy corriendo.

—Estoy esperando; pero por favor, querido amigo, daos prisa, si no queréis encontrarme helado.

—Disimulad; pero estaba ya durmiendo, y por eso…

—¿Sí? Pues me parecía que teníais luz.

—No, os habéis equivocado.

Acto continuo se apagó la luz, Canolles no volvía a suplicar.

—Ya voy… No encuentro la puerta —dijo el vizconde.

—Lo creo —contestó Canolles—. Vuestra voz suena en el otro extremo de la sala… Por aquí…

—¡Ah! Es que ando buscando la campanilla para llamar a Pompeyo.

—Pompeyo está al otro extremo del corredor, y no os puede oír. Yo he procurado despertarle para advertirle de su descuido; pero, ¡quia! Imposible. Está dormido como un lirón.

—Entonces llamaré a la huésped.

—¡Bah! La huésped ha cedido su cama a un viajero, y se ha ido a acostar al granero. No puede venir nadie, querido. Además, ¿para qué es llamar gente? Yo no necesito a nadie.

—Pero, ¿y yo?

—Vos me abrís la puerta, que os lo agradeceré mucho, busco a tientas mi cama, me acuesto, y negocio concluido. Abridme, por Dios.

—Pero, en fin —dijo desesperado el vizconde—, debe haber algunas habitaciones, aunque sea sin camas. Es imposible que no haya otro cuarto desocupado, llamemos y se verá allí…

—Pero, querido vizconde, si han dado ya las diez y media. Vais a alborotar toda la posada; se creerá que se ha pegado fuego a la casa, y este suceso va a hacer que nadie pueda dormir en toda la noche, lo que sería una triste gracia, porque yo me muero de sueño.

Estas últimas palabras parecieron tranquilizar un poco al vizconde. No tardaron en sentirse unos pasitos leves cerca de la puerta, que se abrió enseguida.

Canolles entró y cerró tras de sí la puerta. El vizconde, después de abrir, se había alejado precipitadamente.

Entonces el barón se encontró en una habitación casi a oscuras, porque los últimos tizones del hogar, próximos a extinguirse, despedían una luz muy escasa. La atmósfera era tibia y perfumada por todos esos olores que anunciaban la más exquisita y esmerada atención de tocador.

—¡Ah! ¡Gradas, vizconde! —dijo Canolles—, porque es lo cierto que se está mejor aquí y no en el corredor.

—¿Deseáis dormir, barón? —dijo el vizconde.

—¡Sí, ciertamente! Decidme dónde está mi cama, vos que conocéis mejor que yo el aposento, o dejadme encender la bujía.

—¡No, no, es inútil! —dijo el vizconde con viveza.

—Vuestra cama está aquí, a la izquierda.

Como la izquierda del vizconde era la derecha del barón, éste se dirigió a la derecha, y encontró una ventana, junto a esta ventana una mesita, y sobre ella la campanilla que con tanto afán había buscado el vizconde.

Se metió la campanilla en el bolsillo, por lo que pudiera ocurrir.

—¿Pero que hacéis? —exclamó—. Vamos, vizconde, estamos jugando a la gallina ciega, y a lo menos deberíais gritarme cú-cú. ¿Pero qué diablos rebuscáis así a oscuras?

—Busco la campanilla para llamar a Pompeyo.

—¿Para qué diablos queréis a Pompeyo?

—Quiero… quiero que haga una cama junto a la mía.

—¿Para quién?

—Para él.

—¡Para él!… ¿Qué estáis ahí diciendo, vizconde?

—¡Lacayos en vuestra habitación! ¡Vamos! Estoy conociendo que tenéis costumbres de una niña tímida.

—¡Quita… quita!… Somos ya bastante crecidos para defenderos nosotros mismos. No, dadme solamente la mano y guiadme hacia mi cama, que no acierto a encontrar por más que hago… o si no… encenderemos la bujía.

—¡No, no, no! —gritó el vizconde.

—Pues ya que no queréis darme la mano, deberíais a lo menos echarme la punta de un hilo, porque estoy en un verdadero laberinto.

Adelantóse con los brazos abiertos hacia el lado en que había sentido la voz; pero vio deslizarse junto a él como una sombra, y sintió pasar una cosa parecida a un perfume. Entonces cerró los brazos; pero semejante al Orfeo de Virgilio, no abrazó más que al aire.

—Ahí, ahí —dijo el vizconde desde el otro extremo de la habitación—; estáis tocando casi a vuestra cama.

—¿Cuál de las dos es la mía?

—¡Cualquiera! Yo no me acostaré ya.

—¡Cómo! ¿No os acostáis ya? —dijo Canolles, volviéndose al escuchar esta palabra imprudente—. ¿Y qué vais a hacer?

—Pasaré la noche en una silla.

—Vamos —dijo Canolles—, era necesario que yo quisiera sufrir semejante niñería. ¡Venid, vizconde, venid!

Y Canolles, guiado por un último destello de luz que se desprendió del fogón, extinguiéndose enseguida, percibió al vizconde envuelto en su capa, y acurrucado en un ángulo entre la ventana y la cómoda.

Este destello no fue más que un relámpago, pero bastó para guiar al barón y hacer comprender al vizconde que estaba perdido. Canolles se dirigió derecho hacia él con los brazos extendidos; y aunque el cuarto había vuelto a quedar en la más profunda oscuridad, el pobre vizconde comprendió que esta vez no escaparía de las manos de su perseguidor.

—¡Barón, barón! —balbuceó el joven—, os suplico que no deis un paso más. No os mováis de ahí, barón; si sois noble, no avancéis más.

Canolles se detuvo tan cerca del vizconde, que oía latir su corazón, y sentía el templado vapor de su aliento agitado. Al mismo tiempo pareció envolverle un perfume delicioso, embriagador, compuesto de todas las emanaciones que exhalan la juventud y la belleza, perfume mil veces más delicado que el de las flores, robándole toda posibilidad de obedecer al vizconde, aunque lo hubiera deseado hacer.

Sin embargo, permaneció un momento en su puesto con las manos extendidas hacia aquellas manos que le rechazaban adelantándose también, y conociendo que sólo faltaba hacer un pequeño movimiento para tocar aquel cuerpo delicioso, cuya esbelta flexibilidad había tenido ocasión de observar tantas veces durante dos días.

—¡Favor, favor! —murmuró el vizconde con una voz en que se empezaba a sentir mezclado al terror, cierto viso voluptuoso—. ¡Piedad!, y la voz expiró en sus labios.

Canolles sintió aquel cuerpo delicado deslizarse sobre el enlosado y caer de rodillas.

Su pecho se dilató, en la voz que suplicaba había un acento que le hizo comprender que estaba ya su adversario medio rendido.

Dio, pues, un paso más, extendió las manos, y tocó, juntas en ademán de súplica, las del joven, que no teniendo ya ni aun fuerza para lanzar un grito, dejó sentir un suspiro casi doloroso.

De pronto se oyó bajo la ventana el galope de un caballo, y no tardaron en oírse golpes precipitados a la puerta de la posada. Estos golpes fueron seguidos de gritos y rumores, repitiéndose alternativamente las voces y los golpes.

—¿El señor barón de Canolles? —gritaba la voz.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mío!, me he salvado —murmuró el joven.

—¡Mal tabardillo contra ese animal! —dijo Canolles.

—¿No podía venir mañana por la mañana?

—¡El señor barón de Canolles! —gritaba la voz—, ¡el señor barón de Canolles!, es necesario que le hable ahora mismo.

—Veamos, ¿qué hay? —preguntó el barón, dando un paso atrás.

—Señor, señor —dijo Castorín a la puerta—, preguntan por vos… se os busca.

—¿Pero quién? ¡Canalla!

—Un correo.

—¿De parte de quién?

—De parte del señor duque de Epernón. —¿Y qué me quiere?

—Asunto del real servicio.

A esta palabra mágica, que era preciso obedecer, abrió Canolles la puerta renegando, y bajó la escalera.

En este momento se oía roncar a Pompeyo.

El correo había ya entrado, y esperaba en una sala baja, Canolles fue a buscarle, y leyó palideciendo la carta de Nanón; este correo había partido cerca de diez horas después de Canolles, y no había podido darle alcance, a pesar de toda su diligencia, hasta la segunda parada.

Algunas preguntas satisfechas por el mensajero no le dejaron duda a Canolles de la necesidad de hacer con prontitud el encargo que se le cometía.

Leyó por segunda vez la carta, y la fórmula de vuestra buena hermana Nanón, le hizo comprender lo que había pasado, es decir, que la señora de Lartigues se había sincerado haciéndole pasar por su hermano.

Canolles le había oído hablar a Nanón muchas veces en términos poco satisfactorios de aquel hermano, cuyo puesto había él tomado; lo que no contribuyó poco al disgusto con que se prestaba a obedecer el mandato del duque.

—Está bien —dijo al mensajero, sin dar su crédito por él en la posada, ni ponerle su bolsa en las manos, cosa que no habría dejado de hacer en cualquiera otra ocasión—. Está bien; decid a vuestro amo que me habéis alcanzado, y que he obedecido en el mismo instante.

—Y a la señorita de Lartigues, ¿no le digo nada?

—Sí, decidle que su hermano aprecia el sentimiento que la ha impulsado a obrar, y que le estoy agradecido.

—Castorín, ensillad los caballos.

Y sin decir nada más al mensajero, que quedó absorto con tan áspero recibimiento, Canolles subió de nuevo a la habitación del vizconde, y le encontró pálido, temblando y vestido ya. Dos bujías ardían sobre la chimenea.

Canolles dirigió la vista con muestras de profundo pesar sobre aquella alcoba, y especialmente sobre las dos camas iguales, una de las cuales mostraba los indicios de una presión corta y ligera. El vizconde siguió aquella mirada con un sentimiento de pudor, que le hizo salir los colores a sus mejillas.

—Congratulaos, vizconde —dijo Canolles—; ya estáis desembarazado de mí por todo el resto del viaje, pues parto en posta por el servicio del rey.

—¿Y cuándo? —preguntó el joven con voz aun poco tranquila.

—Ahora mismo. Voy a Mantes, donde, según parece, está la corte.

—¡Id con Dios! —Pudo apenas responder el vizconde, dejándose caer sobre una silla sin atreverse a alzar los ojos hacia su compañero.

Canolles dio un paso hacia él.

—Es probable que no os vuelva a ver más —dijo éste con voz llena de emoción.

—¿Quién sabe? —dijo el vizconde probando a sonreír.

—Prometed sólo una cosa a un hombre que guardará eternamente vuestro recuerdo —dijo Canolles llevando la mano sobre su corazón—, con una armonía de voz y acción que no dejaba dudar de su sinceridad.

—¿Cuál?

—Que pensaréis alguna vez en él.

—Os lo prometo.

—Pero… sin ira…

—Sí…

—Una prueba que corrobore esta promesa —dijo Canolles. El vizconde le tendió la mano.

Canolles tomó aquella mano trémula, sin otra intención que de estrecharla entre las suyas; mas por un movimiento más poderoso que su voluntad, la oprimió ardientemente con sus labios, y salió precipitadamente de la habitación murmurando:

—¡Ah! ¡Nanón! ¡Nanón! ¡Nunca podrás indemnizarme de lo que me haces perder!

IX

Las dos princesas

Acompañemos ahora a las princesas de la casa de Condé en el desierto de Chantilly, que Richón pintó al vizconde con tan pavorosos colores.

Bajo de hermosas calles de castaños salpicados de una nevada de flores sobre alfombras de blando césped que se extiende hasta unos azulados estanques, se agita sin cesar una turba de paseantes, que ríen, platican y cantan.

De trecho en trecho en medio de los arbustos se ven perdidas entre olas de verdor algunas personas leyendo, de quienes no se ve distintamente más que la página blanca que devoran, y que regularmente pertenece bien a la Cleopatra del señor la Calprenede, bien a la Astrea del señor D’Urfé, o bien al Gran Ciro de la señorita de Scudery, en el fondo de las bóvedas de madreselva y clemátida, se oyen los sonidos acordes de los laúdes y el canto de voces invisibles. Ultimamente, por la gran calle que conduce al castillo, se ve pasar de tiempo con la rapidez del relámpago, un caballero que conduce una orden con urgencia.

Entretanto tres mujeres vestidas de raso, seguidas a cierta distancia por escuderos mudos y respetuosos, se pasean por el terraplén con gravedad y ademanes llenos de ceremonia y majestad, la de en medio es una señora de

noble talante, a pesar de sus cincuenta y siete años, y diserta magistralmente sobre asuntos de Estado; a su izquierda, en fin, otra vieja, la más erguida y compasada de las tres, porque es de menos ilustre calidad, habla, escucha y media todo a un tiempo.

La del centro es la princesa viuda, madre del vencedor de Rocroy, Nordlingen y Lens, que desde que se le persigue, y desde que esta persecución le ha conducido a Vincennes, empieza a llamársele el gran Condé, nombre que se conservará en la posterioridad. Esta señora, en cuyas facciones pueden conocerse aun los restos de aquella belleza que inflamó los últimos y acaso los más locos amores de Enrique acaba de ser ultrajada a la vez en su amor de madre y en su orgullo de princesa, por un fachino italiano, a quien se llamaba Mazarino cuando era criado del cardenal Bentivoglio, y a quien ahora se nombra el eminentísimo señor cardenal Mazarino desde que es el amante de la reina Ana de Austria y primer ministro del reino de Francia.

Éste es el que ha osado, aprisionar a Condé y desterrar a Chantilly a la madre y a la esposa del prisionero.

La señora de la derecha es Clara Clemencia de Maillé, princesa de Condé, a quien por una costumbre aristocrática de la época se llama la princesa rotundamente, para dar a entender que la esposa del jefe de la familia de Condé es la primera princesa de sangre, la princesa por excelencia, ésta ha sido siempre vanidosa; pero desde que se la persigue su vanidad ha crecido con la persecución, y ha llegado a hacerse orgullosa. En efecto, condenada mientras que su esposo era libre, a ejecutar un papel secundario, la prisión de aquél la ha elevado a la altura de heroína; se le compadece más que a una viuda, y su hijo el duque de Enghien, que va a cumplir siete años, es más interesante que un huérfano. Todas las miradas se fijan sobre ella, y a no ser por el temor de caer en ridículo, se vestiría de luto. Después del destierro impuesto por Ana de Austria a estas dos inconsolables señoras, sus gritos penetrantes se han trocado en sordas amenazas y su opresión actual debe convertirse en rebelión. La princesa, Temístocles con faldas, tiene por enemigo a Milciades hembra, y los laureles de la señorita de Longueville, reina un instante de París, le roban el sueño.

La dama de la izquierda es la marquesa de Tourville, que no atreviéndose a componer novelas, escribe política, ésta no había hecho la guerra en persona como el bravo Pompeyo, ni había recibido, como él, un balazo en la batalla de Corbía; pero su marido que era un capitán de grande estima, fue herido en la Rochela y muerto en Friburgo; resulta de esto que siendo ella heredera de su genio militar. Desde que se ha reunido en Chantilly con las princesas, ha trazado ya tres planes de campaña, que han llamado sucesivamente la admiración de todas las mujeres de la comitiva, y que han sido, no abandonados, pero sí aplazados para el momento en que se arroje el guante y

se saque la espada. A pesar de sus buenos deseos, no se atreve a vestir el uniforme de su marido; pero conserva su espada, que tiene colgada en su cámara, sobre la cabecera de su cama, y de vez en cuando al encontrarse sola suele desnudarla con marcial continente.

Chantilly, a pesar de su aspecto festivo, podría no obstante considerársele como un vasto cuartel, y bien examinado se encontraría fácilmente pólvora en las bóvedas y bayonetas entre la hojarasca de los jardines.

Las tres señoras, a cada vuelta de su lúgubre paseo, se dirigen hacia la puerta principal del castillo, pareciendo que esperaban la llegada de algún mensajero de importancia. Ya varias veces había dicho la princesa viuda, moviendo la cabeza y suspirando:

—Nuestros planes van a salir fallidos, hija mía. Vamos a vernos humilladas.

—Es preciso hacer alguna cosa para alcanzar mucha gloria —dijo la señora de Tourville, sin perder nada de su gravedad—, pues no hay gloria sin combate.

—Si nuestros planes fracasan, si somos vencidas —dijo la joven princesa —, nos vengaremos.

—Señora —dijo la princesa viuda—, si damos al traste con todo, Dios tan sólo será el que habrá vencido al príncipe. ¿Queréis vengaros de Dios?

La joven princesa se inclinó ante la soberbia humildad de su madre política.

—Todo nos falta a la vez —dijo la viuda—; ni nos asiste al señor de Turena, ni el señor de Larochefoucault, ni el señor de Bouillón…

—¡Ni tenemos dinero! —respondió la de Tourville.

—¿Y con qué contaremos si nos olvida Clara? —repuso la princesa—. ¿Quién os ha dicho, hija mía, que la señora de Cambes nos olvida? —¡Como no viene!

—Tal vez encuentra obstáculos; ya sabes que los caminos están custodiados por las tropas del señor de Saint-Aignán.

—A lo menos debiera escribir.

—¡Y cómo quieres que confíe al papel una noticia tan interesante, la adhesión de toda una ciudad como Burdeos al partido de los príncipes!… No, no es esto lo que más me inquieta.

—Por otra parte —dijo la de Tourville—, uno de los tres planes que he tenido el honor de someter a la aprobación de Vuestra Alteza, tenía por objeto

infalible una sublevación en la Guiena.

—Sí, sí, y ya haremos uso de él, si es necesario —respondió la princesa—; pero soy de la opinión de mi señora madre, y empiezo a creer que Clara ha de haber sufrido alguna desgracia, de lo contrario, estaría ya aquí. Tal vez sus arrendatarios no le habrán cumplido la palabra, pues esos miserables aprovechan siempre que pueden la ocasión para no pagar.

—¿Y quién sabe lo que las gentes de la Guiena habrán hecho o dejado de hacer, a pesar de sus promesas? ¡Ya!… a propósito son para ello los gascones…

—¡Fanfarrones! —dijo la Tourville—; valientes individualmente, sí, es cierto, pero malos soldados en filas; no saben más que gritar: «¡Viva el príncipe!» cuando tienen miedo a los españoles; y nada más.

—Y sin embargo —dijo la princesa madre—, aborrecen mucho al señor de Epernón, puesto que le han colgado en estatua en Agén, y han prometido colgarle en persona en Burdeos, si alguna vez vuelve allá.

—No sólo volverá, sino que les hará colgar a ellos —dijo con despecho la princesa.

—De todo esto —repuso la de Tourville—, tiene la culpa Lenet, sí, el señor Pedro Lenet —repitió con afectación—, ese tenaz consejero que os obstináis en conservar, y que sólo sirve para oponerse a todos nuestros proyectos. Si no hubiera rechazado mi segundo plan, que recordaréis tenía por objeto asaltar por sorpresa el castillo de Vayres la isla de San Jorge y el fuerte de Blaye, ahora tendríamos sitiado a Burdeos, y no tendría más remedio que capitular.

—Yo, salvo el parecer de Sus Altezas, quisiera mejor que se nos entregase de buen grado —dijo detrás de la señora de Tourville una voz, cuyo acento respetuoso no estaba exento de un viso de ironía—. La ciudad que capitula, cede a la fuerza y a nada se compromete; la ciudad que se ofrece, se compromete, y está obligada a seguir hasta el fin la fortuna de aquellos a quienes se ha entregado.

Volviéronse las tres señoras y vieron a Pedro Lenet, que mientras ellas hacían una de sus idas la puerta principal del castillo, a las que constantemente se dirigían sus miradas, había salido por una puertecita que estaba al piso del terraplén, y se había acercado por la espalda.

Lo que la de Tourville había dicho era en cierto modo verdad. Pedro Lenet, consejero del príncipe, hombre frío, sabio y grave, tenía orden del prisionero de vigilar a sus amigos y enemigos; y preciso es decirlo, mucho más trabajo le costaba impedir que los amigos del príncipe comprometiesen su causa, que

combatir las infames intenciones de sus enemigos. Pero hábil y solapado como un curial, y acostumbrado a las sutilezas y astucias palaciegas, ordinariamente triunfaba, ya por medio de alguna feliz contramina, ya con una inalterable inercia; y en último caso, no era en Chantilly donde menos tenía que hacer uso de sus más sabios medios de combate. El amor propio de la señora de Tourville, la impaciencia de la princesa, y la inflexibilidad aristocrática de la viuda, podían muy bien valer tanto como la astucia de Mazarino, el orgullo de Ana de Austria y las indecisiones del parlamento.

Encargado Lenet de la correspondencia por los príncipes, se había impuesto la orden de no dar a las princesas noticia alguna sino en tiempo oportuno, y sólo él juzgaba de esta oportunidad; porque no procediendo siempre la diplomacia femenina por las vías del misterio, primer principio de la diplomacia masculina, muchos de los planes de Lenet habían sido confiados a sus enemigos por sus propios amigos.

Las dos princesas, que no obstante la oposición que encontraban en él, no por esto reconocían menos la decisión y sobre todo la utilidad de Pedro Lenet, y por esta razón recibieron al consejero con un gesto amistoso, y aun se dibujó sobre los labios de la viuda una ligera sonrisa.

—Y bien, mi querido Lenet, nos estabais escuchando —dijo ésta—, la señora de Tourville se quejaba, o mejor dicho, se nos quejaba; todo va de mal en peor. ¡Ah! ¡Nuestros negocios, mi querido Lenet, nuestros negocios!

—Señora —dijo Lenet—, yo estoy muy lejos de ver las cosas sobre un fondo tan oscuro como Vuestra Alteza las ve. Yo espero mucho del tiempo y de las revueltas de la fortuna.

—Bien sabéis el adagio que dice: «Con el tiempo y la esperanza todo se alcanza».

—¡El tiempo, las revueltas de la fortuna, son cosas que sientan muy bien en filosofía, señor Lenet, pero no en política! —exclamó la princesa.

Lenet se sonrió.

—La filosofía es muy útil para todo, y más que nada para la política. Ella nos enseña a no envanecerse en la prosperidad, ni desesperar en la adversidad.

—No le hace —dijo la de Tourville—; yo preferiría un buen correo a todas vuestras máximas. ¿No es verdad, señora princesa?

—Sí, lo confieso —contestó la de Condé.

—Vuestra Alteza quedará satisfecha, pues hoy mismo recibirá tres —replicó Lenet con la misma sangre fría.

—¡Cómo! ¡Tres!

—Sí, señora. El primero se ha visto en el camino de Burdeos, el segundo viene de Stenoy, y el tercero de parte de Larochefoucault.

Las dos princesas lanzaron una exclamación de alegre sorpresa. La de Tourville se mordió los labios.

—Me parece, mi querido señor Lenet —dijo esta ridícula afectación para disimular su despecho y envolver con un baño dorado la amargura de la frase que iba a pronunciar—; me parece que un hábil nigromántico como vos, no debería pararse en tan hermosa carrera, y que después de haber anunciado los correos, debería decirnos el contenido de los pliegos que conducen.

—Mi ciencia, señora, no alcanza tan allá como os figuráis —dijo él modestamente—, mi ciencia se limita a ser una fiel servidora. Yo anuncio, pero no adivino.

En aquel mismo instante, y cual si en efecto Lenet hubiera sido servido por un demonio familiar, se vieron aparecer dos hombres a caballo, que franqueaban el rastrillo de la fortaleza, los que avanzaban a galope tendido.

Acto continuo, una multitud de curiosos, abandonando las distracciones y las praderas, se agolparon cerca de las rampas para participar de las noticias.

Echaron pie a tierra los dos caballeros, y el uno de ellos, abandonando al otro, que parecía ser lacayo suyo, la brida de su caballo empapando en sudor, corrió, más que anduvo, hacia las princesas, que le salieron al encuentro, y a quiénes vio aquél en un extremo de la galería a tiempo que él entraba por el otro.

—¡Clara! —exclamó la princesa.

—Sí, señora, Vuestra Alteza se dignará aceptar mis más humildes respetos.

Y poniendo una rodilla en tierra, trató el joven de tomar la mano de la princesa para besarla respetuosamente.

—¡En mis brazos! Querida vizcondesa, ¡en mis brazos! —exclamó la de Condé levantándola.

Y después de haberse dejado abrazar por la princesa con todas las muestras posibles de respeto, el caballero se volvió hacia la princesa madre, y la saludó profundamente.

—¡Habla, pronto, querida Clara! —dijo la última.

—Sí, habla —repitió la de Condé—. ¿Has visto a Richón?

—Sí, señora, y me ha encargado una misión para Vuestra Alteza.

—¿Buena o mala?

—Lo ignoro. Se compone de dos palabras solamente.

—¿Cuáles? Di pronto, porque me muero de impaciencia.

—Al mismo tiempo se dibujaba en el semblante de las dos princesas la más viva ansiedad.

—Burdeos, sí —dijo Clara, también inquieta por su parte del efecto que estas dos palabras deberían producir.

No tardó mucho en tranquilizarse, al ver que las princesas contestaban a estas dos palabras por medio de un grito de triunfo, que atrajo a Lenet desde el extremo de la galería.

—¡Lenet! ¡Lenet!, ¡venid! —decía la princesa—, ¿no sabéis qué noticia nos trae esta buena Clara?

—Sí tal, señora —dijo Lenet sonriendo—, ya la sé; y ved ahí por lo que no me daba mucha prisa.

—¡Cómo! ¿La sabéis?

—¡Burdeos, sí! ¿No es ésta? —dijo Lenet.

—¡Me vais haciendo creer, mi querido Pedro, que sois hechicero! —dijo la princesa viuda.

—Pero si acaso lo sabíais, Lenet —dijo con tono de reconvención la princesa—, ¿cómo es que al ver nuestra inquietud no nos habéis sacado de ella con esas dos palabras?

—Porque debía dejar a la señora vizcondesa de Cambes la recompensa de sus fatigas —respondió Lenet inclinándose ante Clara, que estaba en extremo conmovida, y además de esto, porque temía a la explosión de júbilo de Vuestras Altezas en la Terraza y a vista de todo el mundo.

—¡Tenéis razón, sí, mucha razón! ¡Pedro, mi buen Pedro! —dijo la princesa—, ¡callemos!

—¿Y a quién le debemos esto sino a ese bravo Richón? —dijo la princesa viuda—. ¿No es cierto que estáis satisfecho de él, y que ha maniobrado hábilmente? Decid, compadre Lenet.

Compadre era la palabra más afectuosa de la princesa viuda, la cual había aprendido del rey Enrique IV, que la empleaba con frecuencia.

—Richón es un hombre de cabeza y ejecución, señora —dijo Lenet—; y crea Vuestra Alteza que si no hubiese estado muy seguro de él, como de mí, no le hubiera recomendado.

—Es preciso hacer algo por él —dijo la princesa.

—Convendrá darle algún puesto importante —dijo la viuda.

—Algún puesto importante, no piense tal Vuestra Alteza —dijo con sequedad la de Tourville—; ¿olvidáis que Richón no es noble?

—Ni yo tampoco, señora, yo tampoco lo soy; pero esto no ha impedido que Su Alteza el príncipe tenga en mí, digo, así me parece, alguna confianza. Ciertamente, yo admiro y respeto la nobleza de Francia; pero hay circunstancias en que me atrevería a decir que una gran cabeza vale más que un antiguo blasón.

—¿Y cómo es que no ha venido ese bueno de Richón a participarnos él mismo esta noticia? —dijo la princesa.

—Se ha quedado en Guiena para reunir cierto número de hombres. Me ha dicho que ya podía contar con unos trescientos soldados; sólo que por lo corto del tiempo, según dice, no podrán estar adiestrados para entrar en campaña, y querría mejor que se obtuviese para él, el mando de una plaza como Vayres o la isla de San Jorge.

En un puesto así, dice que estaría seguro de poder ser muy útil a Sus Altezas.

—¿Pero cómo se consigue eso? —preguntó la princesa.

Estamos muy mal a estas horas con la corte para recomendar a nadie, y al que nosotros llegásemos a recomendar se le tendría por sospechoso desde luego.

—Tal vez, señora —dijo la vizcondesa—, habría un medio, que el mismo Richón me ha sugerido.

—¿Y cuál?

—El señor de Epernón, a lo que parece —continuó ruborizándose la vizcondesa—, está loco de amor por cierta señorita.

—¡Ah!, ¡sí! La bella Nanón —dijo con desdén la princesa—. Lo sabemos.

—Pues bien, parece que el duque de Epernón nada le niega a esta mujer, y que ella concede todos los destinos que se le paguen. ¿No se podría comprar un despacho para Richón?

—Sería un dinero bien empleado —dijo Lenet.

—Sí, pero la caja está exhausta, señor consejero, como sabéis —dijo la señora de Tourville.

Lenet se volvió a la vizcondesa de Cambes, y le dijo sonriendo:

—Ved aquí el momento, señora, de probarles a Sus Altezas que habéis

pensado en todo.

—¿Qué queréis decir, Lenet?

—Quiere decir, señora, que yo tengo a mucha dicha poderos ofrecer una pequeña suma, que he podido recoger de mis arrendatarios con mucho trabajo, la ofrenda es muy modesta, pero no puedo más. ¡Veinte mil libras! —continuó la vizcondesa—, bajando los ojos y dudando entre la vergüenza que le causaba ofrecer una suma tan mezquina a las dos primeras señoras de la Francia después de la reina.

—¡Veinte mil libras! —dijeron las dos princesas a la vez.

—Eso es un capital en los tiempos que alcanzamos —continuó la viuda.

—¡Pobre Clara! —exclamó la princesa—, ¿cómo podemos nunca pagarle?

—Más tarde pensará Vuestra Alteza en eso.

—¿Y dónde se encuentra esa suma? —preguntó la de Tourville.

—En la habitación de Su Alteza, adonde ha recibido orden de llevarla mi escudero Pompeyo.

—Lenet —dijo la princesa—, acordaos que debemos esa suma a la vizcondesa de Cambes.

—Ya está anotada en nuestro cargo —contestó Lenet sacando su libro de memorias, mostrando en él con aquella fecha las 20,000 libras de la vizcondesa, agregadas a una columna, cuyo total habría asustado un poco a las princesas si se hubiesen tomado el trabajo de sumarla.

—¿Pero cómo os habéis compuesto para llegar hasta aquí querida? —dijo la princesa—, porque nos han dicho que el señor de Saint-Aignán defiende el camino y examina los hombres y las cosas, ni más ni menos que como un empleado de puertas.

—Gracias a la sagacidad de Pompeyo, señora —dijo la vizcondesa—, hemos podido evitar ese peligro, haciendo un largo rodeo, que nos ha retardado día y medio; pero con él hemos podido asegurar nuestro viaje. A no ser por este incidente, me hubiera hallado al lado de vuestra Alteza hace dos días.

—Tranquilizaos, señora —dijo Lenet—, aun no se ha perdido el tiempo, ahora sólo se trata de emplear bien el día de hoy y el mañana. Hoy esperábamos, como se acordarán Vuestras Altezas, tres correos; el uno ha llegado ya, faltan los otros dos.

—¿Y puede saberse el nombre de esos otros dos? —preguntó la de Tourville, deseando siempre hallar en descubierto al consejero, a quien hacía

una guerra que no era menos real porque no fuese declarada.

—El primero, si mi previsión no me engaña —respondió Lenet—, será Gourville, el cual viene de parte del duque de Larochefoucault.

—De parte del príncipe de Marsillac, queréis decir —repuso la de Tourville.

—El príncipe de Marsillac es ahora duque de Larochefoucault, señora.

—¿Ha muerto su padre?

—Hace ocho días.

—¿Dónde?

—En Verteuil.

—¿Y el segundo? —preguntó la princesa.

—El segundo es Blanchefort, capitán de guardias de Su Alteza el príncipe, que viene de Stenay de parte del señor de Turena.

—En ese caso, yo creo —dijo la de Tourville— que para no perder tiempo, podría recurrirse al primer plan que tengo hecho, para el caso probable de la adhesión de Burdeos, y de la alianza de los señores de Turena y de Marsillac.

Lenet se sonrió como acostumbraba.

—Perdonadme, señora —le dijo con el tono más político del mundo—; pero los planes decretados por el príncipe mismo, están a estas horas en vía de ejecución, y prometen un éxito brillante.

—Los planes decretados por el príncipe —dijo agriamente la de Tourville —, por el príncipe que se encuentra en la torre de Vincennes y que no se comunica con nadie…

—Ved aquí las órdenes de Su Alteza escritas de su mano y fechadas ayer —dijo Lenet sacando de su bolsillo una carta del príncipe de Condé—; esta misma mañana la he recibido. Estamos en correspondencia.

Casi fue arrancado de las manos del consejero el papel por las dos princesas, las cuales devoran con lágrimas de gozo todo cuanto contenía.

—¡Válgame Dios! —dijo la princesa viuda riendo—; ¿los bolsillos de Lenet contienen todo el reino de Francia?

—Todavía no, todavía no, señora —respondió el consejero—, pero, Dios mediante, haré lo posible por agrandarlos para que así sea. Ahora —continuó señalando con intención a la vizcondesa—, ahora me parece que esta señora debe tener necesidad de algún descanso; porque un viaje tan largo…

La vizcondesa conoció los deseos que tenía Lenet de quedarse a solas con las dos princesas, y en vista de una sonrisa de la viuda que vino a confirmarla en esta idea, hizo un respetuoso saludo y se alejó.

La señora de Tourville no se movía, prometiéndose una larga cosecha de misteriosos detalles; pero a una seña casi imperceptible de la princesa viuda a su nuera, las dos princesas anunciaron a la de Tourville por medio de una augusta reverencia, hecha con todas las reglas de la etiqueta, que había llegado el término de la sesión política a que se le había llamado a tomar parte. La señora de las teorías comprendió perfectamente la invitación, devolvió a las dos princesas una reverencia más grave y aun más ceremoniosa que la de éstas, y se retiró poniendo a Dios por testigo de la ingratitud de los príncipes.

Las dos princesas pasaron a su gabinete, adonde las siguió Pedro Lenet.

—Ahora —dijo éste después de asegurarse que la puerta estaba bien cerrada—, si Vuestras Altezas quieren recibir a Gourville, ha llegado ya y cambiado de traje, no atreviéndose a presentar con el que traía de camino.

—¿Y qué noticias trae?

—Que el señor de Larochefoucault estará aquí de esta noche a mañana con quinientos nobles.

—¡Quinientos nobles! —dijo la princesa—; ¿eso es un verdadero ejército?

—Que hará más difícil nuestra fuga. Yo hubiera querido mejor cinco o seis servidores fieles que no todo ese tren; con más facilidad hubiéramos entonces burlado al señor de Saint-Aignán. Ahora será casi imposible llegar al Mediodía sin que nos inquiete.

—Tanto mejor, si se nos inquieta —dijo la princesa—; porque teniendo oposición combatiremos, y seremos vencedores, sí, el valor del señor de Condé marchará con nosotras.

Lenet miró a la princesa viuda como para saber así mismo su parecer; pero Carlota de Montmorency, criada entre las guerras del reinado de Luis XIII, que había visto inclinarse tantas cabezas elevadas para entrar en una prisión o rodar sobre un patíbulo, por haber querido permanecer erguidas, se pasó tristemente la mano por la frente agobiada por crueles recuerdos.

—Sí —dijo al fin—, estamos reducidas a este extremo.

—Escondernos, o combatir, ¡cosa horrible! Nosotras vivíamos tranquilas con la pequeña gloria que Dios se había dignado conceder a nuestra casa, no ambicionábamos al menos, y creo que ninguna de nosotras tenía otra intención, no ambicionábamos más que sostenernos en el rango en que habíamos nacido; henos aquí que los azares de la suerte nos obligan a combatir contra nuestro señor…

—¡Señora! —dijo con ímpetu la joven princesa—, yo veo con menos tristeza que Vuestras Altezas la necesidad a que estamos reducidos. Mi esposo y mi hermano sufren una indigna cautividad; este esposo y este hermano son hijos vuestros; y vuestra hija además está proscrita. Esto excusa ciertamente todos los atentados que pudiésemos emprender.

—Sí —dijo la viuda con una tristeza llena de resignación—, sí, yo sufro eso con más paciencia que vos, señora; pero es porque también parece que nuestro destino nos llama a ser proscritos o prisioneros. No bien fui la esposa del padre de vuestro marido, tuve que abandonar la Francia, perseguida por el amor del rey Enrique. Apenas volvimos a nuestra patria, cuando nos fue forzoso entrar en Vincennes, perseguidos por el odio del Cardenal de Richelieu. Mi hijo, que hoy está preso, vino al mundo en una prisión, y después de treinta y dos años ha podido volver a ver el aposento en que nació.

—Vuestro padre político tenía mucha razón en sus lúgubres profecías, cuando se le anunció el triunfo de la batalla de Rocroy, cuando se le llevó a la sala tapizada con banderas cogidas a los españoles dijo volviéndose hacía mí:

«Sabe Dios, la alegría que recibo con esta acción de nuestro hijo; pero creed, señora, que cuanta más gloria adquiera nuestra casa, tantas mayores desgracias le sobrevendrán. Si mis armas no fuesen de la casa de Francia, blasón, que es demasiado bello para abandonarlo, quisiera tener en mi escudo un balcón, a quien sus cascabeles denunciasen y ayudase, a ser cogido, con este mote: ¡Fama nocet!».

—Nosotros hemos hecho mucho ruido en el mundo, hija mía, y he aquí lo que nos hace mal. ¿No sois de mi parecer, Lenet?

—Señora —dijo Lenet, afligido por los recuerdos que acababa de evocar la princesa—, Vuestra Alteza tiene razón; pero hemos avanzado mucho para retroceder, es preciso, en circunstancias como en las que nos encontramos, tomar una resolución pronta; no conviene hacernos ilusiones sobre nuestra situación. Nuestra libertad es aparente, la reina tiene sus ojos fijos sobre nosotros, y el señor de Saint-Aignán nos bloquea. Pues bien, se trata sólo de salir de Chantilly, a pesar de la vigilancia de la reina y el bloqueo de Saint-Aignán.

—Salgamos de Chantilly —exclamó la princesa—, ¡pero salgamos con la cabeza erguida!

—Soy de ese mismo parecer —dijo la princesa viuda.

—Los Condé no son astutos ni traidores; lo que hacen, lo hacen en medio del día, y con la frente descubierta.

—Señora —dijo Lenet con el acento de la convicción, Dios me es testigo

de que seré el primero que cumpliré las órdenes de Vuestra Alteza, cualesquiera que sean; pero para salir de Chantilly como queréis, es necesario dar una batalla. Sin duda no tendréis intención de ser mujeres el día del combate, después de haber sido hombres en el consejo; marcharéis al frente de vuestros partidarios y lanzaréis a vuestros soldados el grito de guerra, pero olvidáis sin duda que el lado de vuestras preciosas existencias comienza a descollar una existencia no menos preciosa, la del señor duque de Enghien, vuestro hijo y nieto.

—¿Os expondréis a sepultar en una misma tumba el porvenir de vuestra casa? ¿Creéis que el padre no servirá de rehenes a Mazarino, después de las temerarias empresas que se ejecutarán a nombre del hijo? ¿No conocéis bien los secretos de la torre de Vincennes, tan melancólicamente examinados por el gran prior de Vendome, por el mariscal D’Ornawo y por Puy-Laurent? ¿Os habéis olvidado de aquella sala fatal, que, según el dicho de la señora de Rambouillet, gravita como el arsénico sobre los que le ocupan? No, princesas mías —continuó Lenet juntando las manos—, no, Vuestras Altezas escucharán el consejo de vuestro fiel servidor, saldréis de Chantilly como les conviene a las mujeres perseguidas, recordad que vuestra arma más segura es débil; un niño a quien se le priva de su padre, una mujer a quien le salvan como pueden del lazo que los oprime. Para obrar y hablar con altivez, aguardad el momento en que no podáis servir de garantía al más fuerte, cautivas, enmudecerán vuestros partidarios; libres, se declararán abiertamente, no teniendo ya que temer se les dicten las condiciones de vuestro rescate.

—Nuestro plan está concertado con Gourville, tenemos la seguridad de una buena escolta, con la que evitaremos los percances del camino; porque en el día son dueños de la campaña veinte partidos diferentes, que viven indistintamente con los despojos del amigo. Si consentís, todo está dispuesto.

—¿Partir a escondidas, partir como unos malhechores? —exclamó la joven princesa—. ¡Oh! ¿Qué dirá el príncipe cuando sepa que su madre, su mujer y su hijo se han sometido a un oprobio semejante?

—No sé lo que podrá decir; pero si obtenéis un buen éxito, os deberá la libertad; si perdéis, no comprometéis al menos vuestros recursos, y sobre todo vuestra reputación, como lo haríais por medio de una batalla.

La viuda reflexionó un momento; y con un aspecto lleno de afectuosa melancolía, dijo:

—Querido Lenet, persuadid a mi hija, porque yo tendré precisión de quedarme aquí. He resistido hasta ahora, pero al fin sucumbo; la enfermedad que me consume, y que en vano trato de ocultar por no desanimar a los que me rodean, va a postrarme en mi lecho de muerte; pero ya lo habéis dicho, es necesario, ante todo, salvar la fortuna de los Condé. Mi hija y mi nieto saldrán

de Chantilly y espero que serán bastante prudentes para conformarse con vuestros consejos, digo más con vuestras órdenes. Mandad, Lenet, y no dudéis que seréis obedecido.

—Pero, señora, ¡vos palidecéis! —dijo Lenet sosteniendo a la viuda, a quien ya la princesa, alarmada por aquella palidez, había cogido en sus brazos.

—Sí —dijo la viuda, cada vez más debilitada—, sí, las satisfactorias noticias de hoy me han hecho mucho más daño que las ansiedades de los últimos días; siento que me devora la fiebre, pero que nadie lo sepa; esta noticia en tales circunstancias podría sernos muy perjudicial.

—Señora —dijo Lenet en voz baja—, si vuestra persona no padeciera, sería la indisposición de Vuestra Alteza un don del cielo. Guardad cama, y haced que circule la noticia de vuestra enfermedad. Vos, señora —continuó dirigiéndose a la joven princesa—, haced llamar a vuestro médico Bourdelot, y como tendremos que arreglar las acémilas y equipajes, anunciad por todas partes que queréis correr un gamo en el parque. De este modo a nadie le chocará el ver hombres armados y caballos en actividad.

—Hacedlo vos mismo, Lenet. Pero decidme antes, ¿cómo es que un hombre tan previsor como vos no conoce que esta extraña partida de caza en el mismo momento de caer mi señora madre enferma, no podrá causar admiración?

—Todo está previsto, señora. ¿No es pasado mañana cuando el señor duque de Enghien cumple siete años, y debe salir de manos de las mujeres?

—Sí.

—Pues bien; diremos que se da esta partida de caza en celebridad de la primera declaración de mayoría del joven príncipe, y que de tal manera ha insistido Su Alteza para que su enfermedad no fuese causa para retrasar esta solemnidad, que habéis tenido que ceder a sus instancias.

—¡Excelente idea! —exclamó la viuda con sonrisa de gozo, envanecida con esta primera proclamación de la mayoría de su nieto.

—Sí, el pretexto es excelente; y en verdad que sois un digno consejero, Lenet.

—¡Pero el señor duque de Enghien —preguntó la princesa—, irá en carruaje para seguir la caza!

—No señora, a caballo. ¡Oh! ¡No se amedre vuestro corazón maternal! Yo he pensado que Vialas, su escudero, ponga una silla chiquita delante del arzón de la suya; de esta manera, monseñor el duque de Enghien no se perderá de vista y a la noche podremos partir con toda seguridad, porque suponed que sea necesario escapar; a caballo el señor duque de Enghien arrostrará por todo, lo

que en carroza sería detenido al primer obstáculo.

—En fin, ¿vuestra opinión es que partamos?

—Pasado mañana a la noche, señora, si Vuestra Alteza no tiene algún motivo que lo retrase.

—¡Oh! No, todo lo contrario; huyamos de esta prisión lo más antes posible, Lenet.

—Y una vez fuera de Chantilly, ¿qué pensáis hacer? —preguntó la viuda.

—Atravesaremos por entre las fuerzas del señor de Saint-Aignán, a quien con facilidad podremos ponerle una venda en los ojos. Nos reuniremos con el señor de Larochefoucault y su escolta, y desde allí marcharemos a Burdeos, donde se nos está esperando.

Puestos en la segunda ciudad del reino, en la capital del Mediodía, podremos negociar o guerrear, según más convenga a Vuestras Altezas, y en todo caso, señora, tendré el honor de recordaros, que aunque dueños de Burdeos, no tendremos asegurado largo tiempo su posesión, si a nuestros alrededores no tenemos algunas plazas que obliguen a distraer a las tropas reales. Dos de estas plazas son de mucha importancia, Vayres, que domina el Dordoña y protege o impide la entrada de víveres a la ciudad, y la isla de San Jorge, considerada por los mismos burdeleses como la llave de su población.

—Pero ya tendremos tiempo de pensar en esto; ahora tratemos sólo de salir de aquí.

—Nada será más fácil —dijo la princesa—. A pesar de cuanto queráis decir, Lenet, somos aquí los dueños exclusivos.

—No contéis con nada, señora, hasta que estemos en Burdeos; no hay cosa fácil con el espíritu diabólico del señor de Mazarino, no sabe las noticias, las adivina.

—¡Oh! Yo le desafío a descubrir ésta —dijo la princesa—; pero ayudemos a mi madre a pasar a su aposento y desde hoy se propagará el rumor de nuestra partida de caza dispuesta para pasado mañana. Vos cuidaréis de las invitaciones, Lenet.

—Descansad en mí, señora.

La viuda pasó a su habitación, y se metió en la cama.

Llamó a Bourdelot, médico de la casa de Condé y preceptor del señor duque de Enghien, se extendió enseguida la noticia de Chantilly de esta inesperada indisposición, y media hora después quedaban desiertos los bosquecillos, galerías y terraplenes, agolpándose los huéspedes de las dos princesas a la antesala de la señora viuda.

Lenet pasó todo el día escribiendo, y a la noche quedaron repartidas en todas direcciones por la numerosa servidumbre de aquella casa real, más de cincuenta invitaciones.

X

Los aprestos de caza

El día designado para la realización de los graves proyectos de Pedro Lenet, era uno de los más lóbregos de la primavera, de esa estación llamada la más bella del año, y que casi siempre es, particularmente en Francia, la más desagradable. Una lluvia menuda y espesa caía sobre las terrazas de Chantilly, formando una bruma gris, que oscurecía los sotillos del jardín y los arbolados del parque.

En los anchurosos patios esperaban ensillados y atados a los postes, cincuenta caballos, con las orejas gachas, la mirada triste, y escarbando impacientemente la tierra de vez en cuando con sus pies, también esperaban apareados y reunidos en grupos, varias trabillas de perros, que despedían un aliento vaporoso mezclado de largos aullidos, y aunque con un esfuerzo común trataban de arrastrar al criado que los contenía y enjuagaba al mismo tiempo las orejas, empapadas con la lluvia.

Los picadores, con uniforme, vagaban de acá para allá con las manos a la espalda y la trompa terciada. Varios oficiales endurecidos por la intemperie en los campamentos de Rocroy o de Lens, mitigaban el fastidio de la espera, conversando en grupos sobre las terrazas o en las escaleras exteriores.

A todos se les había prevenido que era día de ceremonia, y cada cual adoptaba el aire más solemne para ver al señor duque de Enghien vestido con sus primeros calzones, correr un gamo. Los oficiales al servicio del príncipe, los clientes de aquella ilustre casa habían cumplido religiosamente con su deber acudiendo a Chantilly. Las inquietudes que desde luego produjo la enfermedad de la señora princesa viuda, habían sido disipadas por un boletín favorable de Bourdelot, la princesa después de sangrada, había tomado aquella misma mañana el emético, remedio universal en aquella época.

A las diez habían llegado ya todos los convidados por billete personal de la señora de Condé, cada uno había sido introducido después de haber presentado su respectivo billete, y a los que le hubieran olvidado por acaso, después de reconocidos por Lenet, se le permitió la entrada en virtud de una seña que está dirigida al portero.

Estos convidados, en unión con la servidumbre de la casa, podían

componer una reunión de ochenta o noventa personas, cuyo mayor número se hallaba alrededor de un magnífico caballo blanco, que con cierta especie de orgullo sostenía delante una gran silla a la francesa, un sillín de terciopelo, con dosel destinado al señor duque de Enghien, y cuyo puesto debía ocupar después que Vialas, su escudero, hubiese ocupado la silla principal.

Sin embargo, aun no se decía nada de emprender la caza, y parecía que se esperaba a otros convidados. A eso de las diez y media entraron en el castillo tres nobles, seguidos de seis criados, armados todos hasta los ojos, los cuales traían unas maletas tan henchidas, que habría podido decirse que iban a dar la vuelta a toda Europa; y observando en el patio los postes y estacas que parecían estar allí destinados al efecto, quisieron atar en ellos sus caballos.

En aquel momento, un hombre vestido de azul, con un talabarte de plata y una alabarda en la mano, se acercó a los recién venidos, los que se conocía eran viajeros llegados de lejos, por su equipaje mojado completamente por la lluvia y sus botas sucias de barro.

—¿De dónde venís, señores? —dijo esta especie de portero cruzando su alabarda.

—Del norte —respondió uno de los caballeros.

—¿Y a dónde vais?

—Al entierro.

—¿La prueba?

—Ved nuestra gasa.

En efecto, cada uno de los tres caballeros llevaba una gasa en su espada.

—Disimulad, señores —dijo entonces el portero—; el castillo está a vuestra disposición. Una mesa hay preparada, un aposento templado, y lacayos que sólo esperan vuestras órdenes. En cuanto a vuestras gentes, serán tratadas según costumbre.

Los tres nobles, francos hidalgos de lugar, hambrientos y curiosos, saludaron, echaron pie a tierra, dejaron la brida en manos de sus lacayos, haciéndose mostrar el camino del comedor, se dirigieron a él. Un camarero que les esperaba a la puerta, les sirvió de guía.

Entretanto los criados de la casa habían tomado de manos de los extraños lacayos los caballos, que condujeron a las caballerizas después de estrillados, acepillados y enjutos con paja, colocándoles entre una gamella provista de avena y un armero abandonado guarnecido de haces de paja.

Apenas los tres hidalgos se habían sentado a la mesa, cuando otros seis caballeros, seguidos de seis lacayos, armados y equipados de la misma manera

que los anteriores, entraron como ellos, y del mismo modo al ver los postes quisieron atar en ellos sus caballos. Pero el hombre de la alabarda, que había recibido una rígida consigna, se aproximó a ellos y renovando sus preguntas, dijo:

—¿De dónde venís?

—De Picardía. Somos oficiales de Turena.

—¿A dónde vais?

—Al entierro.

—¿La prueba?

—Ved nuestra gasa.

Y lo mismo que los primeros, enseñaron la gasa que pendía de la empuñadura de sus espadones.

Hicieron las mismas invitaciones a estos últimos que a los primeros, y fueron a tomar asiento a la mesa. Iguales cuidados se tuvieron con sus caballos, que fueron conducidos a ocupar su puesto en la caballeriza.

Detrás de éstos llegaron otros cuatro, renovándose con ellos la misma escena.

Desde las diez a las once, ya de dos en dos, de cuatro en cuatro, de cinco en cinco, solos o acompañados, suntuosos o mezquinos, pero todos bien montados, armados y equipados, llegaron hasta cien caballeros, a quienes el alabardero diciéndole de dónde venían, y añadiendo que iban al entierro, en prueba de lo cual mostraban su gasa.

Cuando todos hubieron comido y trabado relaciones mientras que sus gentes refrescaban y tomaban reposo sus caballos, entró Lenet en la sala donde todos estaban reunidos, y les dijo:

—Caballeros, la señora princesa me ha encargado que os dé las gracias por el honor que de parar en su casa le habéis hecho, al ir a reunimos al señor duque de Larochefoucault, que os aguarda para celebrar las exequias de su señor padre. Tened por vuestra esta casa, y no dudo que gustaréis de tomar parte en la diversión de la caza, dispuesta para después de comer, por el señor duque de Enghien, que toma posesión de sus primeros calzones. Un murmullo de aprobación y de gracias lisonjeras acogió esta primera parte del discurso de Lenet, que como hábil orador, había interrumpido su arenga, estando seguro del efecto que debía producir.

—Terminada la caza —continuó—, se os servirá la cena en la mesa de la princesa, que desea daros por sí misma las gracias; y enseguida seréis completamente dueños de continuar vuestro camino. Algunos de los hidalgos

presentaron una particular atención a la exposición de este programa, que parecía atentar algo a su libre albedrío; pero prevenidos sin duda por el duque de Larochefoucault, esperaban una cosa parecida, pues ninguno contestó. Unos se fueron a visitar sus caballos, otros recurrieron a sus maletas para ponerse en estado de aparecer dignamente ante las princesas, y otros en fin, continuaron de sobremesa hablando del tiempo, que parecía tener alguna analogía con los sucesos del día.

Muchos se paseaban debajo del gran balcón sobre el cual, terminado su tocado, debía aparecer el señor duque de Enghien, confiado por última vez al cuidado de las mujeres. Entretanto el joven príncipe, en el fondo de su aposento con sus nodrizas y niñeras, ignoraba su importancia. Pero lleno ya de aristocrático orgullo, contemplaba con impaciencia el rico y a la vez severo traje con que por primera vez iba a ser vestido, se componía este traje de terciopelo negro bordado de plata mate, que daba a su apariencia el aspecto sombrío de luto; queriendo su madre pasar por viuda a toda costa, había meditado insertar en cierta arenga estas palabras, pobre huerfanito.

Pero no era el príncipe quien con más codicia miraba aquel espléndido ropaje, insignia de su tan esperada virilidad; a dos pasos de él, otro niño de algunos meses más de edad, rubio, colorado y lleno de salud, fuerza y petulancia, devoraba con la vista el lujo de que su feliz compañero estaba rodeado. Ya muchas veces no pudiendo resistir a su curiosidad, se había atrevido a llegar hasta la silla en que estaban colocados los hermosos vestidos y había con recelo tentado la tela y acariciado los bordados mientras que el pequeño príncipe miraba a otro lado; pero aconteció que una vez el duquecito de Enghien volvió a tiempo la vista, y Perico retiró la mano demasiado tarde.

—¡Cuidado! —gritó el principito con aspereza—, ¡cuidado, Perico, no vayas a estropear mis calzones! Son de terciopelo, ¿lo sabes?, y eso se echa a perder manoseándolo, ¿estás? Te prohíbo que toques a mis calzones.

Perico ocultó la culpable mano detrás de la espalda, moviendo alternativamente sus hombros, con esa acción de mal humor tan familiar entre los niños de todas clases y condiciones.

—No te incomodes, Luis —dijo la princesa a su hijo—, que se desfiguraba con un gesto muy feo. Si Perico vuelve a tocar tus calzones, le haremos azotar.

Perico cambió su mueca embotijada por otra amenazadora y dijo:

—Si monseñor es príncipe, yo soy jardinero; y si monseñor quiere impedirme que toque su ropa, yo le impediré jugar con mis gallinas. ¡Oh! ¡Bien sabe ya monseñor que yo soy más fuerte que él; bien lo sabe!

Apenas había dicho imprudentes palabras, cuando la nodriza del príncipe, madre de Perico, asió al independiente nene por la muñeca, y le dijo:

—Perico, ¿has olvidado que monseñor es tu amo, el amo de todo lo que hay en el castillo y sus alrededores, y que por consiguiente, son suyas tus gallinas?

—¡Toma! —dijo Perico—. Yo creía que era mi hermano…

—Tu hermano de leche, sí.

—Entonces, si somos hermanos, debemos partir las cosas como hermanos; y si mis gallinas deben ser para él, sus vestidos también deben ser para mí.

Iba la nodriza a explicarle a su hijo la diferencia, que hay entre un hermano uterino y uno de leche; pero el joven príncipe, que quería que Perico presenciase su triunfo completo, porque Perico sobre todo deseaba excitar la admiración y la envidia, no la dejó contestar.

—No tengas cuidado, Perico —dijo él—, no estoy incomodado contigo; pronto me vas a ver sobre mi gran caballo blanco y sobre mi hermoso sillón. Voy a correr la caza, y yo soy quien va a matar el gamo.

—¡Ah, sí! —respondió el irreverente Perico—, con las muestras más impertinentes de ironía; y estaréis mucho tiempo a caballo.

El otro día quisisteis montar mi pollino, y os echó enseguida al suelo.

—Sí. Pero hoy —repuso el joven príncipe con toda la majestad que pudo evocar en su ayuda y encontrar en su memoria—, sí, pero represento a mi papá, y no caeré.

—Además, que como Vialas me tendrá del brazo…

—Vamos, vamos —dijo la princesa por cortar la discusión de Perico y del duque de Enghien—, ¡vamos, vestid al príncipe! Ya es la una, y todos los nobles esperan con impaciencia. Lenet, mandad que toquen a partida.

En el mismo instante se oyó en el patio el sonido del cuerno, que penetró hasta el fondo de las habitaciones.

Entonces cada cual corrió en busca de su caballo, fresco ya y reposado, merced a los cuidados que se habían tenido con ellos, y ocupó la silla, el montero con sus sabuesos y los picadores con sus trahíllas de perros, partieron los primeros. Dividiéronse los caballeros en dos alas; y el duque de Enghien, sostenido por Vialas, no tardó en aparecer montado sobre su caballo blanco, rodeado de damas de honor, escuderos y gentiles hombres, y seguido de su madre, cuyo aparato deslumbraba, montada sobre un caballo negro como el azabache. Iba a su lado manejando con la hechicera gracia su caballo, la vizcondesa de Cambes, que estaba adorable con su traje de mujer, que había recobrado con mucho gusto.

En cuanto a la de Tourville, en vano se le buscaba pues había desaparecido

desde la antevíspera; como otro Aquiles, se había ocultado en su tienda.

Esta brillante cabalgata fue acogida con unánimes aclamaciones. Empinándose sobre los estribos, mostraban unos a la princesa y al duque de Enghien a otros de los nobles, que no habiendo estado jamás en la corte, desconocían todas estas pompas reales. El niño saludaba con deliciosa sonrisa, la princesa con una dulce majestad, eran la esposa y el hijo del que sus mismos enemigos apellidaban el primer capitán de Europa. Pero este primer capitán de Europa era perseguido y aprisionado por los mismos que había él salvado del enemigo de Lens, y defendido contra los rebeldes en San Germán. Estos hechos excedían a los que él necesitaba para el entusiasmo, y así fue que el regocijo llegó a su colmo.

La princesa saboreó con exceso todas estas demostraciones de su popularidad; y a consecuencia de algunas palabras que Lenet le dijo al oído, dio la señal de partir, y bien pronto atravesó la comitiva desde los terraplenes al parque, cuyas puertas estaban guardadas por soldados del regimiento de Condé.

Cerrándose los rastrillos detrás de los cazadores; y como si esta precaución no fuese bastante para evitar que algún falso cofrade se mezclase en la fiesta quedaron centinelas de los rastrillos, y al lado de cada uno un portero vestido como el del patio, con su alabarda como aquél, y con orden de no abrir más que a los que respondiesen a las tres preguntas que componían la consigna.

Un instante después de cerrarse los rastrillos, el sonido del cuerno y los ladridos de los perros, anunciaron que había salido el gamo.

Entretanto fuera del parque, al frente del muro de su recinto construido por el condestable Montmorency, y en la vuelta del camino, seis caballeros atentos al sonido de las trompetas y a los ladridos de los perros, se habían detenido y parecían tener consejo en tanto que acariciaban las crines de sus caballos, que estaban descansando.

Al ver sus trajes enteramente nuevos, los arneses brillantes de sus monturas, el lustre de sus capas galanamente caídas de sus hombros sobre las grupas de sus caballos, el lujo de sus armas, que se dejaban ver por las cuchilladas, artísticamente abiertas en el traje, no podía menos de causar admiración el aislamiento de estos hidalgos tan bellos y rozagantes, en ocasión en que toda la nobleza de las cercanías estaba reunida en el castillo de Chantilly. La brillantez de estos caballeros quedaba sin embargo eclipsada ante el lujo de su jefe, o del que parecía serlo, plumas en el sombrero, tahalí dorado, botas finas con acicates de oro, larga espada con empuñadura cincelada en figura de sol, tal era, con el aumento de una espléndida capa azul de cielo a la española, el equipo de este caballero.

—¡Pardiez! —dijo éste—, después de un rato de profundas reflexiones, durante cuyo intervalo los seis caballeros se miraban entre sí con aspecto embarazoso, ¿por dónde se entra a este parque, por la puerta o por el rastrillo?

—Presentémonos a la primera puerta o al primer rastrillo que encontremos a mano, y entraremos. Me parece que no se deja en la calle a caballeros de nuestro porte, cuando se han de presentar entre hombres vestidos como los que hemos encontrado esta mañana.

—Os repito, Cauviñac —dijo uno de los cinco caballeros a quienes se dirigía el discurso de su jefe—, que esas gentes mal vestidas, y que no obstante su traje y su porte de mendigos se encuentran ahora en el parque, nos llevan una gran ventaja; la de poseer la consigna. Nosotros no la tenemos y por lo mismo no entraremos.

—¿Lo creéis así, Ferguzón? —dijo con cierta deferencia hacia la oposición de su lugarteniente, y a quien nuestros lectores reconocerán por el aventurero que encontraron en las primeras páginas de esta historia.

—¡Que si creo! Estoy cierto de ello. ¿Pensáis acaso que esas gentes se reúnen para cazar? ¡Tarara! Esos conspiran, de positivo.

—Ferguzón tiene razón —dijo un tercero—; esas gentes conspiran, y nosotros no entraremos.

—La caza del gamo es buena cuando se la encuentra en el camino.

—Mayormente cuando se está cansado de cazar hombres, ¿no es verdad, Barrabás? —repuso Cauviñac—. ¡Pues bien! No se dirá que ésta nos ha dado en las narices.

—Nosotros tenemos todo lo necesario para figurar dignamente en esa fiesta; estamos brillantes como un escudo nuevo; si el señor duque de Enghien necesita soldados, ¿a dónde irá a buscarlos mejores? Si necesita conspiradores, ¿dónde los habrá más elegantes? El menos suntuoso de nosotros tiene trazas de capitán.

—Y vos, Cauviñac —repuso Barrabás—, perecéis a propósito para pasar por duque o par.

Ferguzón no decía nada y parecía reflexionar.

—Por desgracia —continuó Cauviñac riendo—, Ferguzón no está de parecer que cacemos hoy.

—¡Bah! —dijo Ferguzón—, no estoy tan falto de gusto.

—La caza es un placer noble que me agrada bajo todas formas; así, pues, por mi parte no hay que detenerse cuando hay oposición en los demás. Yo digo solamente que nos está impedida la entrada en este parque por puertas y

rastrillos.

—¡Esperad! —exclamó Cauviñac—; ya tocan a vista las trompas.

—Pero —continuó Ferguzón—, eso no quiere decir que no cazaremos nosotros.

—¿Y cómo quieres que cacemos, cabeza de chorlito, si no podemos entrar?

—No digo que no podamos entrar —repuso Ferguzón.

—¿Y cómo quieres que entremos, cuando las puertas y los rastrillos abiertos para los otros, como has dicho, están cerrados para nosotros?

—¿Y por qué no hemos de hacer en este endeble muro, y sólo para nosotros, una brecha por donde poder pasar con nuestros caballos, cuando detrás de él no encontraremos a nadie que nos exija la reparación?

—¡Hurra! —exclamó Cauviñac requiriendo su sombrero con alegría—. Reparación completa, Ferguzón; ¡tú eres entre nosotros el hombre de recurso! Y cuando yo destrone al rey de Francia, para colocar en él al príncipe, he de pedir para ti la plaza del señor Mazarino. ¡A la obra, compañeros, a la obra!

A estas palabras, Cauviñac saltó de su caballo, y ayudado por sus compañeros, cuyos caballos bastó a tener uno sólo, se puso a demoler las piedras ya quebrantadas de la cerca.

En un abrir y cerrar de ojos habían ya hecho los cinco caballeros una brecha de tres o cuatro pies de ancho.

Entonces volvieron a montar en sus caballos y se lanzaron en el parque guiados por Cauviñac.

—Ahora —les dijo éste dirigiéndose hacia donde sonaban las trompas—, portaos con atención y delicadeza, y os convido a cenar esta noche con el señor duque de Enghien.

XI

La caza

Ya hemos dicho que los seis caballeros de nuevo cuño iban bien equipados; sus caballos tenían además, sobre los de los caballeros que habían llegado por la mañana, la ventaja de estar frescos. Bien pronto se reunieron con el cuerpo de la caza, y se confundieron entre los cazadores sin contestación alguna. La mayor parte de los convidados habían venido de diferentes provincias y no se

conocían unos a otros; y así es que una vez en el parque los intrusos, podían pasar muy bien por convidados.

Todo hubiera salido a las mil maravillas si se hubiesen mantenido en su cuerda, contentándose con seguir la marcha de los demás, y mezclándose con los picadores y oficiales de montería. Pero no fue así, Cauviñac se figuró que la caza se daba para obsequiarle, arrebató de manos de un criado un cuerno, que no se atrevió aquél a rehusarle, se puso a la cabeza de los cazadores, cruzó en todas direcciones por ante el capitán de cazas, cortó a través de los bosques y sotillos tocando desesperadamente la trompa, confundiendo el alcance con la acometida, el desembosque con el embosque, atropellando perros, asustando criados, saludando con coquetería a las señoras cuando pasaban por delante de ellas, jurando, gritando y animándose él mismo cuando ya los había perdido a todos de vista, hasta que llegó junto al gamo en el momento que el animal, después de haber atravesado el gran estanque, se encontraba reducido al último extremo.

—¡Halali! ¡Halali! —gritaba Cauviñac—; nuestro es el gamo. ¡Voto a diez! Ya es nuestro.

—Cauviñac —decía Ferguzón, que le seguía a corta distancia—, Cauviñac, vais a hacer de modo que nos pongan en la calle. Por Dios, moderaos.

Pero Cauviñac nada oía; y viendo que el animal hacía frente a los perros, echó pie a tierra, y sacó su espada gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Halali! ¡Halali!

Sus compañeros, menos el prudente Ferguzón, siguiendo su ejemplo, se preparaban a lanzarse sobre su presa, cuando el capitán de cazas separando suavemente a Cauviñac con su cuchillo, le dijo:

—Caballero, la señora princesa es quien dirige la caza; y a ella le toca degollar el gamo, o conceder este honor a quien le parezca.

Cauviñac volvió en sí al escuchar esta cruda amonestación; y como retrocediera de mal humor, se vio rodeado repentinamente por la multitud de cazadores, a quienes les había bastado para reunírseles los cinco minutos de parada que hizo Cauviñac, y todos formaban un gran círculo alrededor del animal arrinconado contra el pie de encima y cercado de todos los perros reunidos y encarnizados contra él.

En aquel instante se vio aparecer por una larga avenida a la princesa, precediendo al duque de Enghien, y a los caballeros y damas que habían tenido el honor de no apartarse de ella. Venía en extremo animada, y se comprendía que preludiaba por medio de este simulacro de guerra, una guerra

verdadera.

Al llegar en medio del círculo se detuvo, tendió a su alrededor una ojeada de príncipe, y observó a Cauviñac y sus compañeros, que estaban flechados por las miradas inquietas y recelosas de los picadores y de los monteros.

El capitán se acercó a la princesa con su cuchillo en la mano, era éste un cuchillo que ordinariamente usaba el príncipe, su hoja era del acero más fino y su empuñadura roja.

—¿Conoce Vuestra Alteza a ese caballero? —le dijo en voz baja indicándole a Cauviñac con el rabo del ojo.

—No —le contestó—, pero habiendo entrado es indudable que habrá sido por conocimiento de alguno.

—No le conoce nadie, señora; y todos esos a quienes he preguntado, lo ven por primera vez.

—¿Pero cómo ha de haber pasado por los rastrillos sin tener la consigna?

—Es verdad —repuso el capitán—, sin embargo me atrevería a aconsejar a Vuestra Alteza que desconfiase de él.

—Es menester saber al momento quién es —dijo la princesa.

—Pronto se sabrá, señora —dijo con su habitual sonrisa Lenet, que acompañaba a la princesa—. Ya he despachado contra él un Normando, un Picardo y un Bretón, y va a ser examinado de alma; pero por de pronto no fije Vuestra Alteza en él la atención, pues se nos escaparía.

—Tenéis razón, Lenet; volvamos a nuestra caza.

—Cauviñac —le dijo Ferguzón—, me parece que se trata de nosotros entre altos personajes. No haríamos mal en escabullimos.

—¿Lo crees así? —dijo Cauviñac—. ¡Bah! Tanto mejor.

—Yo quiero ver la conclusión de la caza, y suceda lo que sea.

—Éste es un hermoso espectáculo, bien lo sé —dijo Ferguzón—, pero tal vez podemos pagar más caros nuestros bancos que en la posada de Borgoña.

—Señora —dijo el capitán de cazas presentando el cuchillo a la princesa —; ¿a quién quiere Vuestra Alteza dispensar el honor de matar el animal?

—Lo reservo para mí, caballero —dijo la princesa—, una mujer de mi rango debe habituarse a tocar el hierro y a ver correr la sangre.

—Namur —dijo el capitán de cazas al arabucero—, preparaos. El arabucero, saliendo de entre las filas, fue a colocarse el arcabuz a la cara a veinte pasos del animal.

Esta maniobra tenía por objeto matar el gamo de un balazo, si como algunas veces acontece, impulsado por la desesperación, en vez de esperar tranquilo tratase de acometer.

La princesa bajó de su caballo, tomó el cuchillo, y con mirada fija, las mejillas inflamadas y los labios entreabiertos, avanzó hacia la bestia, que casi enterrada bajo los perros, parecía cubierta de un tapiz de mil embrollados colores. Sin duda el animal no creyó que la muerte venía envuelta bajo las facciones de aquella hermosa princesa, en cuya mano había ido a comer varias veces; así, pues, conforme estaba arrodillado, trató de hacer un movimiento acompañado de esa gruesa lágrima que anuncia la agonía del ciervo, el gamo y el corzo. Pero no le dio tiempo, la hoja del cuchillo, sobre la que se reflejaba un rayo de sol, desapareció entera en su garganta, saltando la sangre hasta el semblante de la princesa, el gamo levantó la cabeza, baló dolorosamente, y proyectando una última mirada de reconvención sobre su hermosa señora, cayó muerto.

En el mismo instante todas las trompas anunciaron su muerte, y resonaron mil gritos de ¡Viva la princesa!, mientras que el joven príncipe se agitaba en su silla batiendo las palmas alegremente.

La princesa retiró el cuchillo del cuello del animal, tendió a su alrededor una mirada de amazona, devolvió el arma ensangrentada al capitán de cazas, y montó otra vez a caballo.

Entonces Lenet se le acercó.

—¿Quiere la señora princesa —dijo éste con su habitual sonrisa—, que le diga en quien pensaba al cortar la garganta del pobre animal?

—Sí, Lenet; me daréis mucho gusto en decirlo.

—Vuestra Alteza pensaba en Mazarino, y hubiera querido que se hallase en el puesto del gamo.

—Sí —exclamó la princesa—, es mucha verdad, y os juro que le hubiera degollado sin piedad; pero, Lenet, me haréis creer que sois hechicero.

Después, volviéndose hacia los demás del acompañamiento, dijo:

—Ya que está terminada la caza, señores, yo espero que me seguiréis… es demasiado tarde para atacar a otro gamo, y además nos espera la cena.

Cauviñac contestó a esta invitación por medio de un gesto de lo más gracioso.

—¿Qué hacéis, capitán? —dijo Ferguzón.

—Aceptar, ¡pardiez! ¿No ves que la princesa acaba de convidarnos a cenar, como lo había yo prometido?

—Cauviñac, creedme si queréis —replicó el lugarteniente—; pero yo en vuestro lugar aprovecharía de nuevo la brecha.

—Amigo Ferguzón, vuestra perspicacia natural os hace traición. ¿No habéis reparado en las órdenes que ha dado el señor vestido de negro, que tiene en su cara cuando se ríe toda la falsedad del zorro, y la sutileza del tejo cuando no ríe? Ferguzón, la brecha tiene ya guardias, y querer irnos hacia la brecha es decir que queremos salir por donde hemos entrado.

—Pero entonces, ¿qué va a ser de nosotros?

—Tranquilizaos; yo respondo de todo.

Y descansando en esta confianza, los seis aventureros se mezclaron con los demás caballeros y se encaminaron con ellos al castillo. Cauviñac no se había equivocado; no se les perdía vista. Lenet marchaba sobre el flanco, con el capitán de cazas a la derecha, y a la izquierda el administrador de la casa de Condé.

—¿Estáis seguro —decía Lenet—, de que nadie conoce a esos caballeros?

—Nadie. Ahí tenéis a más de cincuenta, a quienes hemos preguntado, y todos nos dicen lo mismo, son extraños a todos. El Normando, el Picardo y el Bretón volvieron a reunirse a Lenet, sin poder decir más que los otros; sólo el Normando había visto una brecha en el parque, y como hombre inteligente, había hecho poner guardias en ella.

—Entonces, dijo Lenet, vamos a recurrir al medio más eficaz, no está en el orden que un puñado de espías nos obligue a dar pasaporte con gran daño nuestro a cien valientes hidalgos. Cuidad vos, señor administrador, de que nadie salga del patio ni de la galería en que va a entrar la cabalgata; vos, señor capitán, cuando la puerta de la galería esté cerrada, disponed, que se halle pronto un piquete de doce hombres con las armas cargadas, por lo que pueda acontecer. Ahora seguid, que yo no los pierdo de vista.

Lenet no tuvo que trabajar mucho para llenar el cometido que se había impuesto a sí mismo; pues ni Cauviñac ni sus compañeros manifestaban el menor deseo de huir.

Cauviñac marchaba en primera línea, retorciendo galanamente su bigote, porque conocía demasiado a su jefe y estaba seguro de que no iría a encerrarse en una gazapera, si la gazapera no tuviese otra segunda salida, en cuanto a Barrabás y sus otros tres compañeros, seguían al capitán y a su teniente, sin pensar más que en la excelente cena que les aguardaba, éstos eran, en suma, unos hombres muy materiales, que abandonaban con todo el descuido la parte intelectual de las relaciones sociales a sus dos jefes en quienes tenían entera confianza.

Todo se hizo según la previsión del consejero, y se ejecutó con arreglo a sus órdenes. La princesa tomó asiento bajo un dosel que le servía de trono, teniendo a su lado a su hijo, vestido de la manera que ya hemos referido.

Todos se miraban unos a otros, al ver que probablemente iban a escuchar un discurso, cuando se les había prometido una cena. Con efecto, la princesa se levantó y tomó la palabra.

La arenga fue alarmante. Clemencia de Mallé Brezé no guardó esta vez consideración alguna, demostrando todo el encono que tenía a Mazarino, los oyentes, por su parte electrizados con el recuerdo de la afrenta causada a toda la nobleza de Francia en la persona de los príncipes, y tal vez más aun, por la esperanza de dictar buenas condiciones en la corte en caso de un buen suceso, interrumpieron dos o tres veces el discurso de la princesa, jurando a voces servir fielmente la causa de la ilustre casa de Condé, y ayudarle a salir del abatimiento a que Mazarino trataba de reducirla.

—Así, pues, señores —añadió la princesa al terminar su arenga—, éste es el concurso de vuestra bravura, el ofrecimiento de vuestra lealtad, que a vuestros corazones generosos demanda este huérfano que aquí veis. Si sois nuestros amigos, y como tales os habéis presentado aquí, al menos, ¿qué podéis hacer por nosotros?

Entonces, después de un momento de silencio lleno de solemnidad, dio principio la escena, a la vez más grande y más interesante que pudiera verse.

Uno de los nobles se inició saludando respetuosamente a la princesa, y le dijo:

—Yo me llamo Gerardo de Montalent, y traigo conmigo cuatro caballeros amigos míos. Tenemos entre todos cinco buenas espadas y dos mil doblones, que presentamos al servicio de Su Alteza el príncipe. Aquí tenéis nuestra credencial firmada por el señor duque de Larochefoucault.

La princesa devolvió el saludo a su vez, tomó la credencial de manos del caballero, la entregó a Lenet, e hizo seña a los nobles de pasar a la derecha.

Apenas hubieron estos ocupado el puesto indicado, se acercó otro caballero, y dijo:

—Yo me llamo Claudio Raoul de Lessac, conde de Clermont; me acompañan seis nobles amigos míos. Cada uno traemos mil pistolas, que deseamos se nos permita depositar en el tesoro de Vuestra Alteza, venimos armados y equipados, y un simple sueldo diario nos bastará. Aquí está nuestra credencial firmada por el señor duque de Bouillón.

—Pasad a mi derecha, señores, y no dudéis de mi gratitud —dijo la princesa tomando la carta de Bouillón, que examinó como la primera, y que

como aquélla pasó después a manos de Lenet. Los caballeros obedecieron.

—Yo me llamo Luis Fernando de Lorges, conde de Duras —dijo entonces un tercer caballero—. No traigo amigos ni dinero; mi fuerza y mi riqueza consisten sólo en mi espada, con la que me he abierto paso a través del enemigo, porque me hallaba sitiado en Bellegarde. Tomad mi credencial del señor vizconde de Turrena.

—Venid, venid, caballero —dijo la princesa tomando con una mano la credencial, y dándole a besar la otra.

—Venid, y permaneced a mi lado, os hago uno de mis oficiales. Los demás nobles fueron imitando el ejemplo de los anteriores, cada cual traía su credencial, ya del señor de Larochefoucault, del señor Bouillón o del señor de Turrena, cada cual entregaba su credencial y pasaba después a la derecha de la princesa. Cuando el lado derecho estuvo lleno, la princesa mandó pasar a la izquierda los restantes.

De este modo se fue desocupando la sala poco a poco; y no tardó mucho en quedarse solo Cauviñac con sus esbirros, formando un grupo solitario, contra el cual murmuraban los otros con desconfianza lanzándole miradas coléricas y amenazadoras.

Lenet dirigió hacia la puerta una ojeada. La puerta estaba bien cerrada, y él sabía que detrás de ella estaba el capitán con una docena de hombres bien armados.

Entonces, dirigiéndose a los desconocidos, les dijo:

—Vosotros, señores, ¿quiénes sois? ¿Nos haréis el honor de nombraros y de mostrarnos vuestras credenciales?

Desde el principio de esta escena, cuyo desenlace inquietaban en extremo la inteligencia conocida de Ferguzón, se había difundido sobre su semblante una sombría inquietud, y esta inquietud se había comunicado poco a poco a sus compañeros que, como Lenet, miraban hacia la puerta; pero su jefe, majestuosamente arrebozado en su capa, había permanecido tranquilo, y a la invitación de Lenet, dando dos pasos adelante y saludando a la princesa, dijo:

—Señora, yo me llamo Rolando de Cauviñac, y traigo al servicio de Vuestra Alteza esos cinco hidalgos, que pertenecen a las primeras familias de Guiena, pero que desean conservar el incógnito.

—Pero sin duda no habréis venido a Chantilly sin haber sido recomendados por alguien, señores —dijo la princesa sobresaltada con la idea del alboroto que iba a resultar de la prisión de aquellos seis hombres sospechosos—. ¿Dónde están vuestras credenciales?

Cauviñac se inclinó reconociendo la justicia de esta demanda, metió la

mano en el bolsillo y sacó de él un papel hecho cuatro dobleces, que entregó a Lenet con el más profundo saludo.

Lenet le abrió, leyó, y con la más festiva expresión vino a calmar sus facciones contraídas por una aprensión muy natural. Mientras que leía Lenet, Cauviñac recorría con mirada de triunfo los grupos de los asistentes.

—Señora —dijo Lenet en voz baja inclinándose al oído de la princesa—; ved qué fortuna, ¡una firma en blanco del duque de Epernón!

—Caballero —dijo la princesa con la sonrisa más placentera—, ¡gracias! ¡Tres veces gracias, por mi esposo, por mí y por mi hijo!

La sorpresa había enmudecido a todos los espectadores.

—Caballero —dijo Lenet—, este pliego es demasiado interesante para que intentéis cedérnosle sin condición. Esta noche, después de la cena, si os parece bien, hablaremos, y me diréis en qué podemos seros útiles.

Y Lenet guardó en su faltriquera la firma que Cauviñac tuvo la delicadeza de no reclamarle.

—Y bien —dijo Cauviñac a sus compañeros—, ¿no os había dicho que os convidaba a cenar con el señor duque de Enghien?

—A la mesa, señores —dijo la princesa.

A estas palabras se abrieron las dos hojas de la puerta lateral, que daban a la gran galería del castillo, y se vio una magnífica cena.

Ésta fue animadísima, la salud del príncipe fue tomada por tema más de diez veces en los brindis, y acogía su aclamación casi de rodillas por los convidados, con espada en mano e imprecaciones contra Mazarino, capaces de hundir los muros.

Todos hicieron el honor a la excelente mesa de Chantilly; hasta Ferguzón, el prudente Ferguzón, se dejó llevar del atractivo de los vinos de Borgoña, con los que por primera vez trababa conocimiento. Ferguzón era de la Gascuña, y no se había hallado hasta entonces en el caso de apreciar otros vinos que los de su país, que consideraba excelentes, pero que, si hemos de dar crédito al duque de San Simón, no gozaban aún en aquella época de un gran renombre.

No sucedía esto a Cauviñac, justo apreciador del valor de los frutos de Moulin-á-Vent, Nutis y Chambertín, no hacía de ellos más que un consumo razonable. No olvidando la soplada sonrisa de Lenet, conocía que le era necesaria toda su razón para hacer con el astuto consejero un trato del que no tuviese que arrepentirse; esta conducta llamó la admiración de Ferguzón, Barrabás y sus tres compañeros, que ignorando la causa de su templanza, llevaron su simpleza hasta el extremo de pensar que su jefe sufría los efectos

de un íntimo arrepentimiento.

Al terminarse la cena, como empezasen a ser más frecuentes las libaciones, desapareció la princesa, llevándose consigo al duque de Enghien, y dejando a sus convidados en libertad de prolongar su festín hasta cuando mejor les pareciese. Al fin, todo se había llevado a cabo según sus deseos; y de ello hizo a la viuda una reseña circunstanciada, refiriéndole la escena del salón y la cena de la galería, omitiendo solamente las palabras que Lenet le había dicho al oído en el momento de levantarse de la mesa.

—No olvide Vuestra Alteza que debemos partir a las diez.

Ya eran cerca de las nueve, y la princesa empezó sus preparativos. Durante este tiempo, Lenet y Cauviñac cambiaron una mirada. Lenet se levantó, y Cauviñac hizo otro tanto, Lenet salió por una puertecita situada en un ángulo de la galería, Cauviñac comprendió la maniobra, y le siguió.

Lenet condujo a Cauviñac a su gabinete, el aventurero iba detrás de él con aire indiferente y confiado; pero no obstante, según andaba, su mano acariciaba al descuido la empuñadura de un largo puñal, prendido a su cintura, y su rápida y ardiente mirada penetraba con atención pasajera las puertas entreabiertas y las tapicerías flotantes.

Aunque no temía precisamente que se le vendiese, tenía no obstante la costumbre de estar siempre prevenido contra la traición.

Así que llegaron al gabinete, que estaba medio iluminado por una lámpara, pero de cuya soledad era fácil asegurarse a un sólo golpe de vista, indicó Lenet con la mano una silla a Cauviñac. Éste se sentó a un lado de la mesa, próximo a la lámpara que ardía sobre ella, y Lenet al opuesto.

—Caballero —dijo Lenet— por captarse desde luego la confianza del hidalgo, ante todas las cosas, ahí tenéis vuestra firma en blanco. Os pertenece, como vuestra, ¿no es cierto?

—Caballero —contestó Cauviñac—, es una cosa que pertenece al primero que la ocupe, pues que, como podéis ver, debajo del nombre del señor de Epernón no hay ningún otro.

—Al preguntaros si os pertenece, quiero decir, si la poseéis con consentimiento del duque de Epernón.

—La he recibido de su propia mano, caballero.

—Según eso, no es ni sustraída ni arrebatada con violencia, no digo por vos, sino por cualquier otro de quien la hubiese recibido. ¿No podéis, tal vez, haberla adquirido por segunda mano?

—Os digo que me ha sido dada por el duque, de buen grado, y a título de

cambio contra un papel que yo le he entregado.

—¿Y habéis contraído con el duque de Epernón la obligación de emplear este documento en cosa determinada?

—No me he comprometido a nada con el duque de Epernón.

—¿Y el que la posea puede usar de ella con toda seguridad?

—Sí, puede.

—Entonces, ¿por qué no usáis vos mismo de ella?

—Porque conservando yo esa firma en blanco, no puedo obtener más que una cosa, mientras que cediéndoosla puedo conseguir dos.

—¿Y cuáles son esas dos cosas?

—En primer lugar, dinero.

—No le tenemos.

—Seré razonable.

—¿Y la segunda?

—Un empleo en el ejército de los príncipes.

—Los señores príncipes no tienen ejército.

—Le tendrán.

—¿No os convendría mejor un despacho para aliar una compañía?

—Justamente os lo iba a proponer.

—¿No falta más que el dinero?

—Sí el dinero falta.

—¿Qué cantidad deseáis?

—Diez mil libras, ya os he dicho que sería razonable.

—¡Diez mil libras!

—Sí; necesito precisamente hacer algunos adelantos para armar y equipar a mi gente.

—En efecto, no es demasiado.

—¿Consentís?

—Es negocio concluido.

Lenet sacó un despacho firmado, le llenó con los nombres que le dijo Cauviñac, estampó en él el sello de la princesa, y se lo entregó, después,

abriendo una especie de caja de resorte, en la que estaba encerrado el tesoro del ejército rebelde, sacó de ella diez mil libras en oro, que alineó en pilas de veinte luises cada una.

Cauviñac las contó escrupulosamente, unas después de otras, y al llegar a la última hizo seña con la cabeza a Lenet, indicándole que la firma en blanco quedaba en su poder.

Lenet la tomó y la puso en la caja de resorte, creyendo sin duda que un papel tan precioso no podía guardarse mejor.

En el momento de guardar Lenet en su bolsillo la llave de la caja, entró con precipitación un criado a decirle que se le llamaba para un negocio de importancia.

Enseguida Lenet y Cauviñac salieron del gabinete; Lenet para seguir al criado, y Cauviñac para volver a la sala del festín. Durante este tiempo, la princesa hacía sus preparativos de marcha, que consistían en cambiar su traje de corte con otro de amazona, cómodo a la vez para carruaje y caballo, en entresacar sus papeles, a fin de quemar los inútiles y llevarse los que interesaban, y en reunir por último, sus diamantes, que había hecho desmontar, con el objeto de que ocupasen menos hueco, y el poder en una ocasión apremiante sacar partido de ellos con más facilidad.

El duque de Enghien tenía que llevar el traje que se había puesto para la corrida de caza, en atención a que no había tiempo más que para hacerle aquél. Su escudero Vialas debía caminar constantemente a la portezuela del coche, montado en su caballo blanco, a fin de acomodarle en el sillín y salir con él escape si fuese necesario. Temiendo que se durmiese, se le había hecho a Perico que viniera a jugar con él; pero era inútil esta precaución, el orgullo de verse vestido de hombre le mantenía despierto.

Puestos los tiros ocultamente a los carruajes como para conducir a París a la señora vizcondesa de Cambes, habían sido llevados aquéllos a una calle sombría de castaños de Indias, en donde era imposible descubrirlos, con las portezuelas abiertas y los cocheros en los pescantes, esperaban a unos veinte pasos del rastrillo principal.

Sólo se aguardaba la señal, que debían ser una tocata de cuernos. La princesa, teniendo fijos los ojos en el reloj de pared, que marcaba las diez menos cinco minutos, se levantó por último, y se dirigió al duque de Enghien para tomarle de la mano, cuando de pronto se abrió precipitadamente la puerta, y Lenet entró, o mejor dicho, se arrojó en la sala.

Al ver su rostro pálido y la turbación de su mirada, la princesa palideció y se turbó a su vez.

—¡Oh, Dios mío! —le dijo ésta dirigiéndose hacia él—, ¿qué tenéis, qué hay?

—Hay —le contestó Lenet con voz entrecortada por la emoción—, que acaba de llegar un caballero, que solicita hablaros en nombre del rey.

—¡Gran Dios! —exclamó la princesa—, ¡estamos perdidos!

—¿Y qué haremos, mi querido Lenet?

—Sólo una cosa.

—¿Cuál?

—Desnudar en el momento al señor duque de Enghien, y poner a Perico sus vestidos.

—Yo no quiero que se me quite mi ropa para dársela a Perico, —exclamó el joven príncipe, próximo a deshacerse en lágrimas a esta sola idea; mientras que Perico, en el colmo de su alegría, creía haber oído mal.

—Es preciso, monseñor —dijo Lenet con ese acento poderoso que ocurre en las ocasiones graves, y que es capaz de impresionar hasta a un chiquillo—; si no consentís —continuó el consejero—, vais a ser conducido ahora mismo con vuestra mamá a la prisión del señor príncipe vuestro padre.

El duque de Enghien guardó silencio; mas Perico, por el contrario, incapaz de dominar sus sentimientos, se dejaba llevar de una indecible explosión de júbilo y de orgullo, se llevaron a los dos a una sala baja inmediata a la capilla, donde debía ejecutarse la metamorfosis.

—Por fortuna —dijo Lenet—, la señora viuda está aquí que a no ser por esto, quizá nos hubiera fastidiado el tal Mazarino.

—¿Por qué?

—Porque el mensajero ha debido empezar por visitar a la señora viuda, y en este momento se encuentra en su antesala.

—Pero ese mensajero del rey no es otra cosa que un vigilante, sin duda, un espía que nos manda la corte.

—Vuestra Alteza lo ha dicho.

—Su consigna debe ser de no perdernos de vista.

—Sí, pero, ¿qué le hace, si no es a vos a quién verá?

Lenet se sonrió.

—Yo me entiendo, señora, y respondo de todo. Haced que Perico se vista de Príncipe, y que el príncipe se vista de jardinero; yo me encargo de enseñar a

Perico su lección.

—¡Oh, Dios mío! Dejar partir a mi hijo solo.

—Vuestro hijo, señora, partirá con su madre.

—Es imposible.

—¿Por qué? Del mismo modo que se ha encontrado un falso duque de Enghien, se encontrará también fácilmente una falsa princesa de Condé.

—¡Oh! Ahora ya lo comprendo, mi buen Lenet, mi querido Lenet; pero, ¿quién me representará? —añadió la princesa con cierta inquietud.

—Tranquilizaos, señora —respondió el imperturbable consejero—; la princesa de Condé de que quiero valerme y a quien destino a la observación del espía de Mazarino, acaba de desnudarse apresuradamente, y en este momento se está metiendo en vuestra cama.

Expliquemos cómo había pasado la escena de que Lenet acababa de dar cuenta a la princesa.

Mientras que los caballeros continuaban en la sala del convite y brindando a la salud de dos príncipes y maldiciendo a Mazarino; mientras que Lenet trataba en su gabinete con Cauviñac, sobre el cambio de la firma en blanco; y mientras hacía la princesa sus últimos preparativos de viaje, se había presentado un caballero en el rastrillo principal del castillo, seguido de su lacayo.

El conserje le había abierto, pero del conserje había encontrado el recién venido al alabardero que ya conocemos.

—¿De dónde venís? —le preguntó éste.

—De Mantes —respondió el caballero.

Hasta aquí todo iba bien.

—¿Adónde vais? —continuó el alabardero.

—A hablar con la señora princesa viuda de Conde en primer lugar; a ver después a la señora princesa, y últimamente a su hijo el señor duque de Enghien.

—¡No se puede entrar! —dijo el alabardero asestando su alabarda.

—¡Por orden del rey! —contestó el caballero sacando un papel de su bolsillo.

A estas formidables palabras se inclinó la alabarda, el centinela llamó, a su voz un oficial de la casa, y habiendo entregado su credencial el mensajero de Su Majestad, fue introducido inmediatamente en las habitaciones.

Por fortuna Chantilly era grande, y los aposentos de la señora duquesa viuda estaban bastante distantes de la galería en que tenían lugar las últimas escenas del estrepitoso festín, cuya primera parte hemos delineado.

Si el mensajero hubiera solicitado en primer lugar ver a la princesa y a su hijo; pero la etiqueta exigía que ante todo saludase a la princesa madre. El primer camarero le hizo entrar en un extenso gabinete contiguo al dormitorio de Su Alteza.

—Disimulad, caballero —le dijo aquél—, Su Alteza se sintió indispuesta súbitamente antes de ayer, y acaban de sangrarla por tercera vez no hace dos horas. Voy a anunciarle vuestra, llegada, y dentro de un momento tendré el honor de introduciros.

El caballero hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y quedó solo sin apercibir que le espiaban por el hueco de las cerraduras, tratando de reconocerle.

En primer lugar Lenet; después Vialas, el escudero del príncipe, y últimamente La Roussiére, el capitán de cazas.

Dado caso que alguno de los tres le hubiese reconocido, hubiera entrado, y so pretexto de acompañarle, se había hecho cargo de distraerle a fin de ganar tiempo.

Pero ninguno de ellos pudo conocer al que tanto interés se tenía en ganar. Era éste un bello joven vestido con uniforme de infantería, y que al parecer estaba como disgustado, pudiendo traducirse que este disgusto sería ocasionado tal vez por la misión de que estaba encargado.

Se puso a mirar los retratos de familia y el mueblaje del gabinete, deteniéndose particularmente ante el retrato de la princesa viuda, ante quien iba a ser introducido, el cual había sido hecho en los más bellos tiempos de su juventud y de su hermosura.

Fiel a su promesa, el camarero volvió al cabo de algunos minutos en busca del caballero para conducirle ante la princesa madre. Carlota de Montmorency se había incorporado en el lecho; su médico Bourdelot acababa de separarse de su cabecera; y encontrando en el umbral de la puerta al oficial, le hizo un saludo muy ceremonioso, que le devolvió aquél en la misma forma.

Cuando la princesa sintió los pasos del enviado y oyó palabras que cambiaba con el médico, hizo una seña rápida en dirección al espacio que mediaba entre la cama y la pared, y entonces se movió casi imperceptiblemente durante dos o tres segundos la colgadura de pesados flecos que rodean el lecho, a excepción del costado que la viuda había abierto para recibir la visita.

Hallábase en efecto entre la colgadura y la pared la joven princesa de Condé y Lenet, que habían entrado por una puerta secreta practicada en la ensambladura, y estaban impacientes por saber desde el principio de la conversación, lo que podía venir a hacer a Chantilly cerca de las princesas el mensajero del rey.

El oficial dio tres pasos en la sala, y saludó con un respeto que no procedía sólo de las reglas de etiqueta.

La señora viuda había dilatado sus grandes ojos negros con el aire imponente de una reina próxima a encolerizarse; su silencio se parecía al que precede a la tempestad. Su mano, de una blancura mate, emblanquecida aun más por las tres sangrías que había sufrido, hizo seña al mensajero para que le entregara el despacho de que era portador.

El capitán extendió su mano hacia la de la princesa, y la entregó respetuosamente el pliego de Ana de Austria; después de lo cual esperó que la princesa hubiese leído las cuatro líneas que contenía.

—¡Muy bien! —dijo la viuda doblando el papel con mucha sangre fría para que no fuese afectada—. Comprendo la intención de la reina, por muy envuelta que venga entre palabras atentas, soy vuestra prisionera.

—¡Señora! —profirió el oficial con embarazo.

—Prisionera fácil de guardar, caballero —añadió la señora de Condé—, pues no me hallo en estado de ir muy lejos; y además tengo un centinela muy severo, como habréis podido ver al entrar aquí, en mi médico Bourdelot.

Diciendo estas palabras, fijó la viuda sus ojos en el mensajero, cuya fisonomía le pareció bastante agradable para disminuir en algún tanto la amarga acogida debida al portador de semejante orden.

—Ya sabía yo que el señor de Mazarino era capaz de violencias muy indignas; pero jamás le creí tan miedoso, que temiese a una pobre anciana enferma, a una viuda infeliz y a un niño. Porque yo creo que la orden de que sois portador concierne también a mi hija la princesa y al duque mi nieto.

—Señora —dijo el joven—, sentiría infinito que Vuestra Alteza se resienta contra mí, por haber tenido la desgracia de cumplir forzosamente esta misión. Yo he llegado a Mantes conduciendo un mensaje para la reina, en la postdata del mensaje se recomendaba el mensajero a Su Majestad, la reina entonces tuvo la bondad de decirme que me quedase a su lado, añadiendo que probablemente tendría necesidad de mis servicios. A los dos días la reina me manda venir aquí; pero al aceptar, como era mi deber, la misión cualquiera que fuese, que Su Majestad se dignase confiarme, me atreveré a decir que ni la he solicitado, ni había dejado de rehusarla, si los reyes fuesen personas a quienes

se les pudiese rehusar ninguna cosa.

Y diciendo estas palabras, el oficial se inclinó por segunda vez, tan respetuosamente como lo había hecho la primera.

—Auguro bien de vuestra explicación; y después de haberos escuchado hablar en esos términos, espero poder soportar tranquilamente mi enfermedad. Sin embargo, caballero, no tengáis ningún reparo en decirme con franqueza la verdad. ¿Se me vigilará hasta en mi aposento, como se hace con mi pobre hijo en Vincennes? Si se permite escribir, ¿mis cartas serán o no revisadas? Si, contra toda apariencia, esta enfermedad me permite levantarme acaso, ¿se limitarán mis paseos?

—Señora —respondió el oficial—, escuchad la consigna que la reina misma me ha dispensado el honor de darme:

«Id, me ha dicho Su Majestad, y afirmad a mi prima de Condé que haré por los príncipes todo cuanto permita la seguridad del Estado. Por medio de esta carta le ruego reciba a uno de mis oficiales, el cual puede servir de medianero entre ella y yo, para los mensajes que me quiera dirigir. Este oficial —dijo la reina— seréis vos».

—Éstas —continuó el joven con las mismas demostraciones respetuosas—, son, señora, las propias palabras de Su Majestad. La princesa había escuchado este relato con la misma atención que se pone para sorprender en una nota diplomática el sentido que resulta frecuentemente de una palabra colocada con tal o cual condición, o de un acento puesto en tal o cual lugar.

Después de un instante de reflexión, viendo la princesa sin duda en este mensaje todo cuando había temido encontrar en él desde luego, es decir, un espionaje íntimo, se mordió los labios, y dijo:

—Habitaréis en Chantilly, caballero, conformándome con los deseos de la reina; además, diréis qué aposento os será más agradable y cómodo, y le tendréis.

—Señora —respondió el caballero frunciendo ligeramente el entrecejo—; ya he tenido el honor de explicar a Vuestra Alteza mucho más de lo que me permiten mis instrucciones. Yo, pobre oficial, y sobre todo mal cortesano, me hallo peligrosamente colocado enfrente de la cólera de Vuestra Alteza y la orden de la reina, y en este caso me parece que Vuestra Alteza pudiera demostrar su generosidad absteniéndose de mortificar a un hombre, que solamente es un instrumento pasivo. Muy sensible me es, señora, tener que hacer lo que la reina manda. Mi deber, es obedecer religiosamente las órdenes de la reina. Lo he dicho, y lo repito; jamás habría solicitado esta comisión, y me alegraría de que se le hubiese ordenado a otro, me parece que esto es decir bastante…

Y el oficial levantó la cabeza con un rubor que hizo ruborizar por el mismo estilo la frente altanera de la princesa.

—Caballero —replicó ésta—, sea cualquiera el rango de la sociedad en que nos hallemos colocados, como habéis dicho muy bien, debemos obedecer a Su Majestad. Yo seguiré el ejemplo que me dais, y obedeceré como vos; pero de cualquier modo debéis conocer que es muy duro no poder recibir uno en su casa a un digno hidalgo como vos, con la libertad de hacerle los honores que corresponden.

Desde este instante sois aquí el dueño, y podéis mandar. El oficial saludó profundamente a la princesa, y replicó:

—Señora, Dios quiera que yo no olvide la distancia que me separa de Vuestra Alteza y el respeto que debo a su casa.

—Vuestra Alteza continuará mandando aquí, y yo seré el primero de vuestros servidores.

A estas palabras el joven se retiró sin encogimiento, sin servilismo ni altanería, dejando a la viuda agitada por una ira, más intensa, cuanto que no podía hacer presa de ella a un mensajero tan discreto y respetuoso.

Al mismo tiempo la conversación rápida que se suscitó en el hueco que mediaba entre el testero y la cama, tocante a Mazarino, habría podido aniquilar al ministro, si las maldiciones tuviesen el poder de matar como los proyectiles.

El caballero encontró en la antesala al lacayo que le introdujo.

—Señor —dijo éste acercándose al mensajero—, la señora princesa de Condé, de quien habéis solicitado audiencia de parte de la reina, consiente en recibiros. Si tenéis a bien seguirme… El oficial comprendió este giro, dirigido sólo a salvar el orgullo de las princesas, y se mostró tan reconocido al favor que se le dispensaba, como si este favor no fuese impuesto por una orden superior. Atravesó varios aposentos precedido por el camarero, llegando por último a la puerta del dormitorio de la princesa. En este momento el camarero se volvió y dijo:

—La señora princesa, por estar fatigada de la caza, se ha metido en cama y os recibirá acostada. ¿A quién debo anunciar?

—Al barón de Canolles, de parte de Su Majestad la reina regente —respondió el caballero.

A este nombre, que la pretendida princesa oyó desde su lecho, hizo un movimiento de sorpresa tal, que a ser visto, habría comprometido sin duda su identidad. Bajó precipitadamente con la mano derecha hasta los ojos su cofia, mientras que con la izquierda corría hasta su barba la rica cortina de la cama.

—Que entre —dijo con voz alterada.

El oficial entró.

XII

La fingida princesa

Canolles fue introducido en una magnífica sala cubierta de una tapicería oscura, y alumbrada tan sólo por una lámpara de mariposa colocada sobre una repisa entre dos ventanas, a la escasa luz que daba, podía con todo distinguirse encima de la lámpara un cuadro grande, que representaba a una mujer en pie con un niño de la mano.

En todas las cornisas de los cuatro ángulos, brillaban tres lises de oro, que sólo se diferenciaban de las flores de lis de Francia, en una banda colocada en el centro. Por último, en el fondo de una extensa alcoba, donde apenas penetraba la trémula y débil luz, se distinguía detrás de las pesadas cortinas de una cama, la mujer en quien el nombre del barón de Canolles había producido un efecto tan singular.

El caballero ejecutó la fórmula de estilo, es decir, dio los tres pasos de rigor, saludó, y avanzó otros tres pasos más. Entonces dos camareras, que sin duda habían ayudado a desnudar a la señora de Condé, se retiraron, el ayuda de cámara cerró la puerta, y Canolles se encontró solo con la princesa.

No correspondía a Canolles entablar la conversación, y por lo mismo esperó que se le dirigiese la palabra; pero como la princesa por su parte parecía obstinarse en guardar silencio, juzgó el joven oficial que valía más atropellar las reglas de etiqueta, que continuar más tiempo en una posición tan embarazosa. Sin embargo, él no dudaba que la tempestad contenida en aquel silencio desdeñoso, tenía que estallar seguramente a las primeras palabras que le interrumpiesen, y que iba a tener que sufrir las iras de una princesa, más formidable aún que la primera, cuanto que era más joven y más interesante la persona de que procediera. El exceso mismo de la afrenta que se le hacía, enardeció al joven hidalgo; e inclinándose por tercera vez, según la circunstancia lo exigía, es decir, con un saludo firme y compasado, presagio del mal humor que hervía en su cerebro de Gascón, dijo:

—Señora, he tenido el honor de solicitar de parte de Su Majestad la reina regente, una audiencia de Vuestra Alteza, y Vuestra Alteza se ha dignado concedérmela. ¿Queréis ahora poner colmo a vuestras bondades, dándome a entender por medio de una palabra, o de un signo, que habéis tenido a bien apercibiros de mi presencia, y que estáis pronta a escucharme?

Canolles conoció que se le iba a contestar, al advertir un ligero movimiento en las cortinas y en la cubierta de la cama; y en efecto, dejóse oír una voz casi ahogada por una excesiva emoción.

—Hablad, caballero —dijo la voz—, ya os escucho.

Canolles tomó un tono oratorio, y empezó así:

—Su majestad la reina me envía cerca de vos, señora, para asegurar a Vuestra Alteza el deseo que tiene de continuar en sus buenas relaciones de amistad…

Hízose un movimiento imperceptible entre la cama y la pared; y la princesa, interrumpiendo al orador, dijo con voz entrecortada:

—Caballero, no habléis más de la amistad que hay entre Su majestad y la casa de Condé, las pruebas de lo contrario se encuentran en los calabozos de la torre de Vincennes.

—Sin duda —dijo para sí Canolles— parece que se han dado la mano para repetirme lo mismo.

Durante este tiempo se operó al otro lado de la cama un nuevo movimiento, que no percibió el mensajero, gracias a lo embarazoso de su posición. La princesa continuó:

—Y por último, caballero, ¿qué queréis?

—Yo nada quiero, señora —dijo Canolles irguiendo su frente—, Su Majestad la reina es quien ha querido que yo penetre en este castillo, que a pesar de lo indigno que soy de este honor, haga compañía a Vuestra Alteza y que contribuya en cuanto me sea dable a restablecer la buena armonía entre los príncipes de sangre real, desunidos sin motivo en tiempos tan dolorosos.

—¡Sin motivo! —exclamó la princesa—. ¡Habéis dicho que nuestro rompimiento carece de motivo!

—Perdonad, señora —repuso Canolles—. Yo no soy juez, sino simple intérprete.

—Y con la idea de restablecer esta buena armonía, la reina me ha de espiar, bajo pretexto…

—Luego —dijo Canolles exasperado—, ¡yo soy un espía! ¡Se escapó esa palabra! Y doy gracias a Vuestra Alteza por su ingenuidad.

Y en la desesperación que empezaba a apoderarse de Canolles, hizo uno de esos airosos movimientos que buscan con tanta avidez los pintores para sus cuadros inanimados; y los actores para sus cuadros vivos.

—Está dicho, convenimos en que soy un espía —continuó Canolles—.

¡Pues bien, señora! Tratadme como se trata a tales miserables; olvidad que soy el enviado de una reina; que esta reina responde de todos mis actos, y que no soy más que un átomo que se mueve al impulso de su soplo. Haced que vuestros lacayos me echen a la calle; disponed que vuestros caballeros me maten, oponed a mi frente personas a quienes pueda responder con el palo o con la espada; pero tened la bondad de no insultar con tanta crueldad a un oficial que a la vez llena su deber de soldado y súbdito, vos, señora, que os halláis colocada en tan elevado puesto por el nacimiento, el mérito y la desgracia.

Estas palabras, salidas del corazón, dolorosas como un gemido, punzantes como una queja, debían producir y produjeron su efecto. Al oírlas, la princesa se incorporó apoyándose en el codo, y con ojos brillantes, la mano trémula y dirigiendo un gesto lleno de angustia al mensajero, le dijo:

—No quiera Dios que sea mi intención insultar a un caballero tan bravo como vos. No, señor de Canolles, no, yo no dudo de vuestra lealtad. Corregid mis palabras; convengo en que son ofensivas, y yo no he querido ofenderos. No, no, vos sois un noble caballero, señor barón, os hago plena y completa justicia.

Y como para decir estas palabras la princesa, arrastrada sin duda por el movimiento generoso que se las arrancaba del corazón, había avanzado, a su pesar, fuera de la sombra del dosel formado por las cortinas del lecho; como pudo verse su frente blanca debajo de su cofia, sus rubios cabellos divididos en trenzas, sus labios de un encendido carmín, sus ojos húmedos y apacibles, Canolles se estremeció a su vista, porque acababa de representársele como una visión; porque creyó respirar de nuevo un perfume cuyo recuerdo solo le embriagaba. Se le figuró que se abría ante sus ojos una de esas puertas de oro por donde aparecen los hermosos sueños, para mostrarle en pos un enjambre bullicioso de risueños pensamientos y de goces de amor. Su mirada se fijó más firme y penetrante en la cama de la princesa; y en el corto espacio de un segundo, durante la rápida luz de un relámpago que iluminaba todo lo pasado, reconoció en la princesa acostada delante de él al vizconde de Cambes.

Desde algunos instantes era tal su agitación, que la fingida princesa pudo achacarla al desagradable reproche que le había hecho sufrir tanto; y como además el movimiento que había hecho no duró, como hemos dicho, más que un instante, habiendo tenido cuidado de ocultarse casi en el acto bajo la sombra, encubrir de nuevo sus ojos, y esconder en el mismo instante su blanca y delicada mano, que podía descubrir su incógnito, probó no sin emoción, pero al menos sin inquietud, a seguir la conversación en el punto en que había sido interrumpida.

—¿Decíais, caballero?… —dijo la joven.

Pero Canolles estaba deslumbrado, fascinado, las visiones pasaban y cruzaban por delante de sus ojos, sus ideas se embrollaban, perdía la memoria y el sentido, y ya iba a faltar al respeto preguntando. Un sólo instinto, que acaso pone Dios en el corazón de los que aman, y que las mujeres llaman timidez, aunque sólo es avaricia, aconsejó a Canolles disimular aún, esperar y no perder su sueño, ni comprometer con una palabra imprudente y prematura la felicidad de toda su vida.

No añadió ni un gesto, ni una sola palabra a lo que estrictamente quería hacer y decir. ¿Qué sería de él, si aquella gran princesa venía desde luego en conocimiento de su observación; si le tomaba entre ojos en su castillo de Chantilly como ya había desconfiado de él en el parador del «Becerro de Oro»; si volvía a pensar en una ofensa ya olvidada, y si creía que aprovechándose de un título oficial, de un título real, quería él continuar sus persecuciones, perdonables para con el vizconde o la vizcondesa de Cambes, pero insolentes y casi criminales tratándose de una princesa de sangre?

—¿Pero cómo es posible —dijo para sí— que una princesa de este nombre y de este rango haya viajado sola con un escudero no más?

Y como siempre acontece en tales ocasiones, que al vacilar y trastornarse el espíritu busca alguna cosa en que apoyarse, Canolles desvanecido miró a su alrededor, y sus ojos se detuvieron en el retrato de la mujer que llevaba de la mano a su hijo.

A su vista una luz repentina pasó por su alma, y a su pesar dio un paso para aproximarse al cuadro.

Por otro lado la supuesta princesa no pudo reprimir un grito ligero; y cuando a este grito se volvió Canolles, vio que su rostro, ya medio cubierto, se había ocultado del todo.

—¡Oh! —dijo para sí Canolles—; ¿qué significa esto? O es la princesa la que yo he encontrado en el camino de Burdeos, o se me burla con astucia, y no es ella la que está en esta cama. En todo caso ya veremos.

—Señora —dijo de pronto—, ahora ya sé lo que debo inferir de vuestro silencio, y he conocido…

—¿Qué habéis conocido? —exclamó vivamente la señora que estaba en la cama.

—He conocido —respondió Canolles—, que he tenido la desgracia de inspiraros la misma opinión que a la señora princesa viuda.

—¡Ah! —prorrumpió la voz—, no pudiendo contener un suspiro de consuelo.

La frase de Canolles no era muy lógica tal vez, y se separaba en algún

tanto de la conversación; pero el golpe era acertado. Canolles había observado el movimiento de agonía que le había interrumpido, y el gozo con que fueron acogidas sus últimas palabras.

—Mas no por esto —continuó el oficial—, puedo dejar de decir a Vuestra Alteza por mucho que le desagrade, que debo quedarme en el castillo y acompañar a Vuestra Alteza donde quiera que le acomode ir.

—Según eso —exclamó la princesa—, ¿no podré yo estar sola ni aun en mi cámara? ¡Oh, caballero! ¡Eso es más que indigno!

—Ya he dicho a Vuestra Alteza que éstas son mis instrucciones, pero tranquilícese Vuestra Alteza —añadió Canolles fijando una penetrante mirada en la dama del lecho, y marcando cada una de sus palabras—, mejor que nadie conocéis que sé yo obedecer a los ruegos de una señora.

—¡Yo! —exclamó la princesa con un acento en que había más de embarazo que de admiración— en verdad, caballero, que no comprendo lo que queréis decir e ignoro absolutamente a qué circunstancias aludís.

—Señora —dijo el oficial inclinándose—, yo creía que el camarero que me ha introducido había dicho mi nombre a Vuestra Alteza. Soy el barón de Canolles.

—¡Y bien! —dijo la princesa con voz bastante firme—, ¡qué me importa eso, caballero!

—Me pareció que habiendo ya tenido el honor de servir a Vuestra Alteza…

—A mí, ¿de qué manera?, decid —repuso la voz con una alteración que recordaba a Canolles cierta entonación irritadísima y muy tímida a la vez, que había quedado grabada en su memoria.

Canolles creyó haber avanzado demasiado, aunque estuviese casi fija la tendencia de sus sospechas, y contestó con el acento de veneración más profundo:

—No cumpliendo a la letra mis instrucciones.

La princesa pareció tranquilizarse.

—Caballero —dijo—, no quiero que por mi causa caigáis en falta, llevad a cabo vuestras instrucciones, cualesquiera que sean.

—Señora —repuso Canolles—, afortunadamente ignoro todavía cómo se persigue a una señora; y de ningún modo estoy en el caso de ofender a una princesa. Tengo, por consiguiente, el honor de repetir a Vuestra Alteza lo que ya he dicho a la señora princesa viuda, es decir, que soy su más humilde servidor… Dadme vuestra palabra de no salir sin mi compañía del castillo, y

os desembarazaré de mi presencia, que comprendo perfectamente debe ser muy odiosa a Vuestra Alteza.

—En ese caso, caballero —dijo con viveza la princesa—, no ejecutaréis vuestras órdenes.

—Haré lo que me dicte mi conciencia que debo hacer.

—Señor de Canolles —dijo la voz—, os juro que no saldré de Chantilly sin daros aviso.

—En ese caso, señora —dijo Canolles inclinándose hasta el suelo—, perdonadme el haber sido la causa involuntaria de vuestra momentánea cólera. Vuestra Alteza no volverá a verme hasta que tenga a bien mandarme llamar.

—Os doy las gracias, barón —dijo la voz con una expresión de alegría, que parecía tener su eco en el hueco de la cama y la pared—. Id con Dios; os doy mil gracias, mañana tendré el gusto de volveros a ver.

Esta vez reconoció el barón, a no dudar, la voz, los ojos y la sonrisa indeciblemente voluptuosos del ser encantador que, por decirlo así, se le había escapado de entre las manos la noche que el caballero desconocido llegó a traerle la orden del duque de Epernón. Percibía las impalpables emanaciones que perfuman al aire que respira la mujer amada; el templado vapor que forma un cuerpo cuyos contornos cree abrazar el alma en su estático arrobamiento; y esa caprichosa hada, que por un esfuerzo supremo de la imaginación se nutre con la idealidad, como la materia con lo positivo.

Una última ojeada que dirigió hacia el retrato, aunque mal iluminado, demostró al barón, cuyos ojos además empezaban a habituarse a esta media oscuridad, la nariz aguileña de los Maillé, los cabellos y ojos hundidos de la princesa, mientras que la mujer que acababa de ejecutar el primer acto del difícil papel que había tomado a su cargo, tenía los ojos salientes, la nariz recta y dilatada en su extremo inferior, la boca replegada a los extremos por el hábito de sonreír, y las mejillas redondas, signo que aleja toda idea de profundas meditaciones.

Canolles sabía todo cuanto deseaba saber, saludó pues, con el mismo respeto que si hubiera creído dirigirse aún a la princesa, y se fue a su habitación.

XIII

El espía enamorado

Canolles no sabía aún qué determinar; así pues, al entrar en su aposento se puso a pasear a lo largo y a lo ancho, como suele hacerlo quien está indeciso, sin ver que Castorín, que esperaba su regreso, se había levantado al verle entrar, y le seguía con una bata extendida en las manos, detrás de la que se ocultaba.

Castorín tropezó con un mueble, y Canolles se volvió hacia él.

—¿Qué haces ahí con esa bata?

—Espero que os desnudéis.

—No sé cuándo lo haré. Pon esa bata sobre un sillón, y espera.

—¡Cómo, señor! ¿No os desnudáis? —preguntó Castorín, criado naturalmente terco, que esta noche parecía más indigesto que de costumbre—. Pues qué, señor, ¿no tratáis de acostaros enseguida?

—No.

—¿Pues cuándo piensa el señor acostarse?

—¡Qué te importa!

—Me importa demasiado, como que estoy muy cansado.

—¡Ah! ¡De veras! —dijo Canolles parándose y mirando a la cara a Castorín—, ¿estás muy cansado?

Y el caballero leyó visiblemente en el semblante de su lacayo esa impertinente expresión de los criados que desean se les despida.

—¡Muy cansado! —dijo Castorín.

Canolles se encogió de hombros.

—Sal —le dijo—, y espera en la antesala; cuando te necesite, llamaré.

—Os advierto —señor—; que si tardáis mucho, no me encontraréis en la antesala.

—¿Y tendrá el señor Castorín la bondad de decirme a dónde irá?

—A mi cama. Me parece que cuando se han caminado doscientas leguas, es ya hora de acostarse.

—Señor Castorín, me parece que sois un bergante.

—Si cree el señor que un bergante no es digno de ser su lacayo, no tiene más que decir una palabra, y le desembarazaré de mi servicio —respondió Castorín adoptando el aire más majestuoso.

En aquel momento no era la paciencia la virtud que más dominaba a Canolles; y si Castorín hubiera tenido la facultad de entrever solamente alguna

pequeña parte de la tempestad que se condensaba en el alma de su amo, es evidente que por mucho que le apremiase el deseo de verse libre, habría esperado otra ocasión para hacerle la proposición que acababa de aventurar. El caballero se dirigió directamente hacia él, y cogiendo uno de los botones de su justillo entre el pulgar y el índice, movimiento que llegó más tarde a hacerse muy familiar en un hombre más grande que lo fuera jamás el pobre Canolles, dijo:

—Repítelo.

—Repito —contestó Castorín con la misma osadía—, que si no está el señor contento de mí, le evitaré el disgusto de mis servicios.

Canolles soltó a Castorín y se dirigió con gravedad a tomar su bastón. Castorín comprendió de lo que se trataba, y exclamó:

—¡Señor, tened cuidado con lo que vais a hacer! Yo no soy un simple lacayo, estoy al servicio de la señora princesa.

—¡Ah! ¡Ah! —pronunció Canolles bajando el bastón ya levantado—. ¡Ah!, ¿estás al servicio de la señora princesa?

—Sí, señor; hace un cuarto de hora —dijo Castorín enderezándose.

—¿Quién os ha contratado a su servido?

—El señor Pompeyo, su mayordomo.

—¡El señor Pompeyo!

—Sí.

—¡Bah! ¿Y por qué no me has dicho eso enseguida? —exclamó Canolles. —Sí, sí; tienes razón en dejarme, querido Castorín, toma dos doblones de indemnización de los palos que he estado a punto de darte.

—¡Oh! —prorrumpió Castorín, no atreviéndose a tomar el dinero—, ¿qué significa eso? ¿Os burláis de mí, señor?

—No, todo lo contrario. Sé en buen hora lacayo de la princesa. Pero dime, ¿cuándo debe empezar tu servicio?

—Desde el instante en que el señor me deje en libertad.

—Pues bien, yo te dejaré en libertad mañana, eres todavía mi lacayo y estás obligado a obedecerme.

—¡Con mucho gusto! ¿Qué tiene vos que mandarme, señor? —dijo Castorín decidido a tomar los dos doblones.

—Te mando, ya que tantas ganas tienes de acostarte, que te desnudes y te metas en mi cama.

—¡Cómo, señor!, ¿qué queréis decir? No entiendo…

—No es necesario entender, sino obedecer; ¿estamos? Desnúdate, voy a ayudarte.

—¡Cómo! ¿Vos ayudarme?

—Sin duda. Puesto que tú vas a ejecutar el papel del señor de Canolles, justo es que yo ejecute el de Castorín.

Y sin aguardar el permiso de su criado, le quitó el barón el justillo, con el que se vistió, el sombrero, que colocó sobre su cabeza, y dándole dos vueltas a la llave, lo dejó encerrado antes que pudiese volver de su sorpresa, bajando enseguida rápidamente la escalera.

Canolles empezaba a penetrar por último en todo aquel misterio, aunque una parte de los hechos estuviese aún envuelta para él en una oscura nube. En el término de dos horas le había parecido no ser del todo natural cuanto había visto y oído. La actitud de los habitantes de Chantilly era estudiada, toda persona que encontraba le parecía que desempeñaba un papel, y entretanto los pormenores que presenciaba se refundían en una armonía general que indicaba al observador enviado por la reina la necesidad de redoblar su vigilancia, si no quería ser el juguete de alguna gran intriga.

El ser Pompeyo lacayo del vizconde de Cambes, aclaraba muchas dudas, y las que aún le quedaban se disiparon bien pronto, cuando al bajar al patio vio, no obstante la profunda oscuridad de la noche, avanzar cuatro hombres, disponiéndose a entrar por la misma puerta que él acababa de abrir, estos cuatro hombres eran conducidos por el mismo ayuda de cámara que le sirvió de introductor en las habitaciones de las princesas. Detrás de ellos seguía otro hombre embozado en una capa.

Esta gente se detuvo en el umbral de la puerta, esperando las órdenes del hombre de la capa.

—Y sabéis su habitación —dijo éste con voz imperiosa dirigiéndose al ayuda de cámara—, y le conocéis, puesto que le habéis conducido. Tened mucho cuidado, y sobre todo que no pueda salir, colocad la gente en lo alto de la escalera, en el corredor, donde queráis; eso importa poco con tal que sin sospechar nada sea él guardado, en lugar de ser él quien guarde a Sus Altezas.

Canolles se replegó y se hizo más impalpable que una sombra en el ángulo en que la noche proyectaba su más densa oscuridad; desde allí sin ser visto vio desaparecer bajo la bóveda los cinco vigilantes que se le ponían, mientras que el hombre de la capa, después de haberse asegurado de la ejecución de sus órdenes, se marchaba por el mismo camino que había venido.

—Esto no indica aún nada terminante —dijo para sí Canolles siguiéndole

con la vista—, porque el despecho no puede obligarles a darme la revancha; ¡por fin, con tal que ese diablo de Castorín no vaya a gritar, llamar o hacer alguna locura!… Conozco que he hecho mal en no taparle la boca; pero desgraciadamente ya es demasiado tarde. Vamos a empezar la ronda.

Acto continuo, Canolles, después de haber dirigido a su alrededor una mirada inquisitorial, atravesó el patio y se dirigió al ala del edificio detrás de la que estaban situadas las caballerizas.

Toda la animación del castillo parecía haberse refugiado a esta parte de la casa. Oíase el manoteo de los caballos y las carreras de la gente apresurada. La sillería resonaba con el continuo choque de los bocados y arneses. Sentíanse rodar los carruajes fuera de las cocheras, y llamarse y responderse con voces medio apagadas por el temor, pero que podían entenderse muy bien aplicando atentamente el oído.

Canolles permaneció un instante escuchando, y conoció, a no dudar, que se aprestaba todo lo necesario para una marcha.

Atravesó todo el espacio comprendido entre una y otra ala, pasó por debajo de una bóveda y llegó hasta la fachada del castillo.

Allí se detuvo. En efecto, las ventanas del piso bajo brillaban con una luz demasiado viva, para no traslucir que había encendidas en el interior una considerable cantidad de bujías; y como estas luces iban y venían trazando una grande sombra y extensas líneas luminosas sobre el césped del jardín, Canolles conoció que estando allí el centro de la actividad, allí debía estar también el foco de la empresa.

Canolles dudó un momento si debería o no sorprender el secreto que se le trataba de ocultar; pero bien pronto conoció que su título de enviado de la reina, y la responsabilidad que esta misión le imponía, disculpaban muchas cosas, aun en las conciencias más escrupulosas.

Acercóse con precaución andando a lo largo de la muralla, cuya base estaba tanto más oscura, cuanto mayor era el resplandor de las ventanas, situadas a seis o siete pies del suelo; subió sobre un recantón, del recantón pasó a una saliente de la muralla, con una mano se sostuvo de una anilla, con la otra del borde de la ventana, y por un ángulo del cristal asestó la mirada más penetrante y observadora que se ha introducido jamás en el santuario de una conspiración.

Junto a una mujer en pie, y que clavaba el último alfiler destinado a fijar sobre su cabeza su sombrero de viaje, vio algunas doncellas que acababan de vestir a un niño en traje de caza. El niño tenía la espalda vuelta a Canolles, de modo que sólo podía distinguir su cabellera rubia.

Pero la señora, alumbrada de lleno por dos candelabros de seis brazos que a cada lado del tocador sostenían dos criados de pie, semejantes a dos cariátides, presentó a Canolles el exacto original del retrato que poco antes había visto en la semioscura habitación de la princesa.

Allí estaba el rostro oval, la boca severa, la nariz de imperiosa curva de la mujer cuya viva imagen reconocía entonces Canolles; todo daba a demostrar en ella la dominación, su gesto resuelto, su mirada centelleante, sus bruscos movimientos de cabeza. Todo denotaba obediencia en los que la asistían, sus saludos, su precipitación en traer el objeto pedido, su prontitud en responder a la voz de su soberana, o en interrogar su mirada.

Muchos oficiales de la casa, entre los que Canolles reconoció al ayuda de cámara, acomodaban en maletas, cofres y sacos de noche, unos joyas, los otros dinero, y además el arsenal de las señoras, que comúnmente se llama tocador. El joven príncipe, durante este tiempo, jugaba y corría entre los activos sirvientes; pero por una singular fatalidad, Canolles no pudo verle el rostro.

—Ya lo sospechaba —murmuró—, se me quiere burlar, pues estas gentes lo están preparando y disponiendo para un viaje. Sí, pero no saben que yo puedo con un gesto cambiar esta escena de actividad en otra de duelo. No tengo más que acudir al terraplén, silbar tres veces con este silbato de plata, y en cinco minutos, atraídos por su acre sonido, habrán penetrado doscientos hombres en este castillo, arrestado a las princesas y maniatado a todos esos oficiales que ahora ríen con tanto soma. Sí —continuó Canolles, sólo que esta vez hablaba de corazón y no con los labios—; sí, ¡pero y ella, que duerme o finge dormir allá abajo!… la perderé para siempre; me aborrecerá, y esta vez habré merecido su odio. Es más, me despreciará diciendo que he ejecutado hasta el fin de mi oficio de espía; y a pesar de esto, una vez que ella obedece a la princesa, ¿por qué no he de obedecer yo a la reina?

En este momento, como si el acaso hubiese querido combatir aquel cambio de resolución, se abrió una puerta del aposento en que se efectuaba el tocado de la princesa, y entraron por ella dos personas muy alegres y apresuradas, un hombre de cincuenta años y una mujer de veinte.

A su vista el corazón de Canolles se depositó todo en sus ojos. Acababa de reconocer los hermosos cabellos, los frescos labios, la mirada inteligente del vizconde de Cambes, que sonriendo aún, vino a besar respetuosamente la mano de Clemencia de Maillé, princesa de Condé; pero esta vez traía los vestidos propios de su verdadero sexo, y representaba la vizcondesa más deliciosa del mundo.

Habría dado Canolles en aquel momento diez años de vida por oír su conversación; pero en vano aplicaba su cabeza a los vidrios, sólo un rumor ininteligible llegaba hasta su oído. Vio a la princesa hacer un gesto de

despedida a la joven, y besarle la frente, recomendándole al mismo tiempo una cosa que hizo reír a todos los circunstantes; además vio a esta última dirigirse a las habitaciones de ceremonia, acompañada de algunos oficiales ínfimos, disfrazados con uniformes de oficiales superiores; también vio al digno Pompeyo inflado de orgullo, con un vestido de color de naranja recamando de plata, que doblándose con nobleza y apoyándose, como Jafet de Armenia, en la empuñadura de un enorme espadón, acompañaba a su señora, mientras ésta alzaba graciosamente su largo vestido de raso; después empezó a desfilar sin ruido por una puerta de la izquierda la comitiva de la princesa, ésta marchaba en primer término, no con el paso de una fugitiva, sino con el de una reina; detrás iba el escudero Vialas, que llevaba en sus brazos al duquecito de Enghien cubierto con una capa; luego Lenet con un cofre cincelado y legajos de papeles, y últimamente el capitán del castillo cerraba la marcha, que precedían dos oficiales con espada en mano.

Toda esta gente salió por un pasadizo secreto; Canolles saltó enseguida desde su observatorio al suelo, y se dirigió a la bóveda, en que hacía tiempo habían sido apagadas las luces. Entonces vio pasar todo el cortejo, que se encaminó a las caballerizas; ya no quedaba duda de que iban a partir.

En este momento se presentó a la imaginación de Canolles la idea de los deberes que le estaban impuestos por la misión que le había confiado la reina. La mujer que iba a salir de Chantilly, y a quien él dejaba escapar, era la Guerra Civil, ya armada, que de nuevo iba a devorar las entrañas de la Francia. Sin duda le era bochornoso, como hombre, constituirse en espía y guardia de una mujer; era otra señora de Longueville, que había prendido fuego a los cuatro ángulos de París.

Canolles acudió al terraplén que dominaba al parque, y aplicó a sus labios el silbato de plata.

Un soplo habría bastado para descubrir todos aquellos preparativos. La señora de Condé no habría salido de Chantilly, o si hubiera salido, no anduviera cien pasos sin ser envuelta con su escolta por fuerza triple. De este modo Canolles cumplía con su misión sin correr el menor peligro; de un sólo golpe destruía la fortuna y el porvenir de la casa de Condé, y con el mismo golpe establecía sobre las ruinas de ella su fortuna, fundando su porvenir, como en otro tiempo lo habían hecho los Vitry y los Luynes, y recientemente los Guitaut y los Miossens, en circunstancias tal vez menos importantes aún para la salud del trono.

Pero Canolles alzó la vista hacia el aposento en que tras las cortinas de terciopelo encarnado brillaba dulce y melancólica la luz de la lámpara con que la falsa princesa se alumbraba, y creyó que se dibujaba su sombra querida sobre las grandes cortinas blancas.

Entonces, todas las resoluciones del raciocinio y los cálculos del egoísmo, desaparecieron ante este rayo de escasa luz, como ante los primeros albores del día se desvanecen todos los sueños y fantasmas de la noche.

—El señor de Mazarino —dijo Canolles para sí con fervor apasionado—, es bastante rico para perder todos estos príncipes y princesas que se le escapan; pero yo no soy tan rico para perder el tesoro que desde este momento me pertenece, y que guardaré celoso como un dragón.

Ahora queda sola, en mi poder, depende de mí; a cualquier hora del día y de la noche puedo entrar en su habitación, y no huirá sin decírmelo, porque he recibido su palabra sagrada. ¡Qué importa que sea engañada la reina! Ordenó que viniese y que guarde a la princesa de Condé, y lo hago; pudieran haberme dado sus señas, o haber enviado cerca de ella un espía más hábil que yo.

Y Canolles volvió a meter el silbato en su bolsillo, escuchó el rechinar de los cerrojos, el ruido que se asemejaba a un trueno lejano de los carruajes sobre el puente del parque, y perderse el murmullo decreciente de una cabalgata a lo lejos. Entonces, cuando objetos y rumores hubieron desaparecido, sin pensar en que acababa de jugar su vida contra el amor de una mujer, o mejor dicho, contra una sombra de felicidad, pasó al segundo patio, que estaba desierto, y subió con precaución su escalera, sumergida como la bóveda en la más profunda oscuridad.

Por mucha que fuese la precaución de Canolles, no pudo impedir al llegar al corredor el tropezar contra una persona que parecía escuchar a su puerta, y que lanzó un grito sordo de terror.

—¿Quién sois? ¿Quién sois? —preguntó el personaje con voz de espanto.

—¡Eh! ¡Pardiez! —dijo Canolles—. ¿Quién sois vos, que os introducís como espía en esta escalera?

—¡Soy Pompeyo!

—¡El mayordomo de la señora princesa!

—Sí, sí, el mayordomo de la señora princesa.

—¡Ah! Entonces ya es diferente —dijo el caballero—. Yo soy Castorín.

—¡Castorín! ¿El criado del señor barón de Canolles?

—El mismo.

—¡Ah, mi querido Castorín! —dijo Pompeyo—. Siento haberos asustado.

—¿A mí?

—¡Sí, por cierto! ¡Ya se ve, el que no ha sido soldado!… ¡Bah!… ¿Y puedo seros útil en algo, mi amigo? —continuó Pompeyo con cierta

importancia.

—Sí.

—Decid, pues.

—Podéis anunciar ahora mismo a la señora princesa, que mi amo desea hablarle.

—¿A esta hora?

—Precisamente.

—¡Imposible!

—¿Cómo tal?

—No lo dudéis.

—¿Conque es decir que no recibirá entonces a mi amo?

—¡No!

—De real orden, señor Pompeyo. Id a decírselo así.

—¡De real orden!… —exclamó Pompeyo—. ¡Voy, voy!

Y Pompeyo bajó impetuosamente la escalera, impelido a la vez por el respeto y miedo, que son dos lebreles capaces de hacer correr a una tortuga.

Canolles continuó su camino, entró en su aposento, donde encontró a Castorín roncando magistralmente arrellanado en su gran sillón, tomó sus vestidos de oficial, y esperó el suceso que acababa de disponer.

—A fe mía —dijo entre sí—, podré no desempeñar bien los negocios del señor de Mazarino; pero me parece que los míos no van del todo mal.

Esperó Canolles inútilmente la vuelta de Pompeyo; y viendo al cabo de diez minutos que no venía ni otro en su lugar, resolvió presentarse solo.

En aquel momento despertó a Castorín, a quien una hora de sueño había calmado la bilis, le ordenó con un tono que no admitía réplica que estuviese dispuesto para cuanto pudiera ocurrir, y se dirigió a la habitación de la princesa.

Encontró el barón a la puerta un criado de pie y muy mal humorado, porque acababa de llamarle la campanilla en el momento en que, terminados sus quehaceres, creía por último, como Maese Castorín, entregarse a un sueño reparador después de un día de tanta fatiga.

—¿Qué queréis, caballero? —dijo el criado al ver a Canolles.

—Deseo presentarme a la señora princesa de Condé.

—¿A esta hora, señor?

—¡Cómo, a esta hora!

—Sí; me parece bastante tarde.

—¡Qué estáis diciendo, bribón!

—No obstante, caballero… —balbuceó el lacayo.

—No solicito, quiero —dijo Canolles con un tono de extremada altanería.

—Queréis… Aquí no manda nadie más que la señora princesa.

—El rey manda en todas partes… ¡De orden del rey!

El lacayo se estremeció y bajó la cabeza.

—¡Perdonad, caballero! —repuso temblando—; yo no soy más que un pobre criado, y no puedo por mí mismo adelantarme a abriros la puerta de la señora princesa. Permitidme que vaya a llamar un camarero.

—¿Acostumbran los camareros a acostarse en Chantilly a las once?

—Se ha estado de caza todo el día —repuso el lacayo.

—¡Es injusto!… —murmuró Canolles— necesitan tiempo para vestir de camarero a cualquiera.

Luego añadió alto:

—Está bien, id, esperaré.

El lacayo se fue corriendo a alarmar el castillo, en el que ya Pompeyo, espantado por su mal encuentro, había difundido un indecible pavor.

Cuando Canolles quedó solo prestó una gran atención, y oyó entonces carreras en los salones y corredores inmediatos; vio a la escasa luz de algunas antorchas medio apagadas colocarse en los ángulos de la escalera hombres armados con mosquetes, y en todas direcciones sintió por último reemplazar un murmullo amenazador al silencio de estupor que un instante antes reinaba en todo el castillo.

Canolles llevó la mano a su silbato y se aproximó a una ventana, y a través de los vidrios percibía destacarse, como una masa nebulosa, la cima de los corpulentos árboles, a cuyas plantas había hecho emboscar los doscientos hombres que trajo consigo.

—No conviene —dijo reflexionando—, esto nos conduciría a un combate que no me tendría cuenta. Más vale esperar; lo peor que me puede suceder esperando, es el que me asesinen, al paso que llevándome de ligero puedo perderla…

Apenas acababa Canolles de hacer esta reflexión, cuando vio abrirse una puerta y aparecer un nuevo personaje en ella.

—La señora princesa no está visible —dijo el recién venido con una precipitación—, que no le permitió saludar al caballero. Está acostada, y ha prohibido que penetre hasta ella ninguna persona, sea quien quiera.

—¿Quién sois vos? —dijo Canolles mirando de alto a bajo al extraño personaje—, ¿quién os ha permitido la insolencia de hablar a un caballero con el sombrero puesto?

Y con la punta del bastón hizo Canolles saltar el sombrero de la cabeza de su interlocutor.

—¡Caballero! —exclamó éste dando con energía un paso atrás.

—Os he preguntado quién sois —dijo Canolles.

—Yo soy —respondió aquél—, soy, como podéis ver por mi uniforme, el capitán de guardias de Su Alteza.

Canolles se sonrió.

En efecto, había tenido tiempo para apreciar por su aspecto al que le hablaba, y había conocido que se las había con un despensero de ancho vientre, campanudo como sus botellas, un vantel lozano, aprisionado en un justillo de oficial, que por falta de tiempo o sobra de abdomen, no había podido acabarse de abrochar.

—Está muy bien, señor capitán de guardias —dijo Canolles—. Recoged vuestro sombrero y contestad.

El capitán ejecutó la primera parte del precepto de Canolles, como hombre que conocía aquella linda máxima de la disciplina militar, para saber mandar es menester saber obedecer.

—Capitán de guardias —repuso Canolles—. ¡Canario!, ése es un magnífico empleo.

—Sí, señor, magnífico; ¿y en fin? —pronunció el individuo alzándose.

—No os estiréis tanto, señor capitán —dijo Canolles—, que vais a romperos hasta la última agujeta, y se pueden caer los calzones hasta las rodillas, que sería una desgracia.

—En fin, caballero, ¿vos, quién sois? —dijo a su vez el supuesto capitán.

—Caballero, yo, imitando el ejemplo de urbanidad que me habéis dado, voy a responder a vuestra pregunta como habéis respondido a la mía. Soy capitán del regimiento de Navalles, y vengo en nombre del rey como embajador, revestido de un carácter pacífico o violento; advirtiéndoos que

usaré de uno o de otro, según que se obedezcan o no las órdenes de Su Majestad.

—¿Violento, caballero? —exclamó el fingido capitán—, ¿un carácter violento?…

—¡Muy violento, sí! Os lo advierto.

—¿Y contra Su Alteza?

—¿Por qué no? Su Alteza no es más que la primera súbdita de Su Majestad.

—No os aventuréis a usar de la fuerza; pues tengo cincuenta hombres de armas dispuestos a vengar el honor de Su Majestad.

Canolles no quiso decirle que sus cincuenta hombres de armas eran otros tantos lacayos y marmitones, dignos de servir bajo las órdenes de tal jefe; y que en cuanto al honor de Su Alteza, no había allí que temer, pues a aquella hora corría ya por el camino de Burdeos. Sólo le respondió con esa sangre fría más aterradora que una amenaza, tan habitual a los valientes acostumbrados al peligro:

—Si tenéis cincuenta hombres armados, señor capitán, yo tengo doscientos soldados que componen la vanguardia de un ejército real. ¿Queréis declararos en rebelión contra Su Majestad?

—No, señor, no —respondió vivamente el hombre gordo en extremo humillado—. Líbreme Dios; solamente os suplico deis testimonio de que no cedo sino a la fuerza.

—Está bien; eso es lo más que debo hacer por vos en calidad de un compañero.

—En ese caso os conduciré ante la señora princesa madre, que aún no está dormida.

Canolles no necesitó reflexionar para apreciar el peligro que le ofrecía esta asechanza; pero se libró de ella fácilmente con la ayuda de su omnipotencia.

—No tengo orden de ver a la princesa madre, sino a Su Alteza la princesa joven.

El capitán de guardias bajó de nuevo la cabeza, les hizo hacer un movimiento retrógrado a sus gruesas piernas, arrastró su larga espada por el pavimento, volviendo a salir por la misma puerta por entre dos centinelas, que temblaban durante esta escena, y que al anuncio de la llegada de doscientos hombres habían estado próximos a abandonar el puesto, pues tenían pocos ánimos de ser mártires de fidelidad en el castillo de Chantilly.

Diez minutos después volvió con innumerables ceremonias el capitán, acompañado de dos guardias para conducir a Canolles ante la princesa, en cuya cámara fue introducido sin tener que sufrir nuevas detenciones.

Canolles reconoció el aposento, los muebles, la cama y hasta el perfume que despertaba su memoria; pero en vano buscó dos cosas, el retrato de la verdadera princesa que había visto en su primera visita, y que había iluminado su entendimiento mostrándole los indicios de la burla que trataban de jugarle, y el semblante de la falsa princesa por quien acababa de hacer tan grande sacrificio. El retrato había desaparecido por una precaución algo tardía, y sin duda, en consecuencia de esta misma precaución, el rostro de la persona acostada estaba vuelto hacia la pared con una impertinencia propia de un príncipe.

Cerca de ella y entre la pared y el lecho había dos mujeres en pie.

El caballero habría disimulado sin esfuerzo esta falta de atención; pero como temía que una nueva sustitución no hubiese permitido huir a la señora de Cambes, como había huido la princesa, sus cabellos se erizaron de terror sobre su cabeza, y quiso desde luego convencerse de la identidad del personaje que ocupaba el lecho, llamando en su ayuda el poder supremo que su misión le revestía.

—Señora —dijo inclinándose profundamente—, Vuestra Alteza me dispensará si me presento así ante ella después de haberle dado mi palabra de esperar sus órdenes; pero acabo de sentir gran ruido en el castillo, y…

La persona acostada se estremeció, pero no contestó una palabra. Canolles trató de indagar si algún indicio le hacía conocer si era aquélla la persona que buscaba; pero en medio de los ondulantes flecos, y entre la blanda espesura de plumazones y cortinas, le fue imposible distinguir otra cosa que la forma de una persona acostada…

Canolles continuó:

—Y mi obligación me impone el deber de cerciorarme de que este lecho contiene aún la misma persona con quien he tenido el honor de hablar hace media hora.

Esta vez no fue un simple estremecimiento, sino un verdadero movimiento de terror. Este movimiento no se escapó a la observación de Canolles, que se sintió aterrado.

—Si me ha engañado —dijo para sí—; si a pesar de la palabra que solemnemente me ha dado, ha huido, salgo al momento del castillo, monto a caballo, me pongo a la cabeza de mis doscientos hombres, y agarro a los fugitivos, aunque tenga que incendiar treinta pueblos para alumbrar mi

camino.

Canolles esperó un instante; mas la persona acostada no respondió ni se volvió. No quedaba la menor duda de que se deseaba ganar tiempo.

—Señora —dijo por último el caballero con una impaciencia que no trataba de disimular—; suplico a Vuestra Alteza recuerde que soy el enviado del rey, y que en nombre del rey reclamo el honor de ver vuestro semblante.

—¡Oh, esto es una inquisición insoportable! —dijo entonces una voz trémula, que hizo estremecer de gozo al joven oficial, porque acababa de escuchar una voz que no podía imitar otra ninguna—. Si como decís, caballero, es el rey quien os obliga a conduciros así, es porque el rey, como niño, aún no conoce los deberes de un caballero, obligar a una mujer a mostrar su semblante, es hacerle el mismo insulto que si se le arrancase la máscara.

—Señora, hay una palabra ante la cual se humillan los hombres cuando procede de los reyes, y que los reyes acatan cuando emana del destino; es indispensable.

—Pues bien —dijo la joven—, ya que estoy sola y sin defensa contra la orden del rey y las exigencias de su mensajero, obedezco ya que es indispensable. Caballero, miradme.

Entonces un brusco movimiento dividió el antemural de almohadas, cubiertas y randas que defendía a la bella sitiada, y a través de esta brecha improvisada apareció, encendida de pudor más que de indignación, la rubia cabeza y delicioso rostro que la voz había denunciado anteriormente. Con la rapidez del hombre habituado a darse cuenta de situaciones, si no iguales, parecidas al menos, se aseguró Canolles de que no era la cólera quien había hecho bajar aquellos ojos circundados de sedosas pestañas, ni quien hacía temblar aquella blanca mano que sujetaba sobre un cuello de nácar los rizos de una cabellera fugitiva y la batista de unos lienzos perfumados.

La fingida princesa permaneció un instante en esta posición, que habría querido hacer amenazadora, y que sólo era irritada; mientras que Canolles la miraba respirando deliciosamente y comprimiendo con ambas manos los latidos de su corazón, que saltaba de gozo.

—¡Y bien, caballero! —dijo al cabo de algunos segundos la bella perseguida—; ¿es bastante la humillación? ¿Me habéis examinado ya a vuestro gusto? Sí, ¿no es cierto? ¡Vuestro triunfo es completo!

Pues bien, sed al menos vencedor generoso. Retiraos.

—Quisiera obedeceros, señora, pero debo llenar mis instrucciones hasta el fin. Hasta ahora no se ha llenado más que la parte de mi misión que a Vuestra Alteza concierne; pero no es suficiente haberos visto, es menester que vea yo

ahora al señor duque de Enghien.

A estas palabras, pronunciadas con el tono propio de un hombre que sabe tiene el derecho de mandar y que quiere ser obedecido, sucedió un silencio profundo. La supuesta princesa se incorporó, apoyándose en la mano, y fijó en Canolles una de esas miradas extrañas que parecía no pertenecer más que a ella. ¡Contenía tantas cosas distintas a la vez! Esta mirada quería decir, ¿me habéis conocido, sabéis quién soy realmente? Si lo sabéis, dejadme, perdonadme; vos que sois el más fuerte, ¡tened piedad de mí!

Canolles comprendió todo cuanto esta mirada contenía; pero resistiendo a su elocuencia seductora, respondió a la mirada con la voz:

—Me es imposible, señora. La orden es terminante.

—Hágase todo cuanto queráis, caballero, una vez que no tenéis condescendencia alguna con el rango ni con la posición. Seguid a estas damas, que os conducirán cerca del príncipe mi hijo.

—¿No podrían estas damas —dijo Canolles—, traer vuestro hijo aquí, en lugar de conducirme cerca de él, señora? Me parece que esto sería mucho mejor.

—¿Y por qué, caballero? —preguntó la fingida princesa, mucho′ más inquieta de esta nueva demanda de lo que lo había estado de ninguna de las otras.

—Porque durante este tiempo haría partícipe a Vuestra Alteza de un extremo de mi misión, que no puede comunicarse sino a vos sola.

—¿A mí sola?

—A vos sola —respondió Canolles con una cortesía más profunda que ninguna de cuantas hasta entonces había hecho.

Esta vez, la mirada de la princesa, que sucesivamente había pasado de la dignidad a la súplica, y de la súplica a la inquietud, se fijó en Canolles con la firmeza del terror.

—¿Qué hay en esta entrevista que pueda asustaros, señora? —dijo Canolles—. ¿No sois vos una princesa y yo un caballero?

—Sí, tenéis razón, y yo mal en temer; sí, aunque tengo el gusto de veros por primera vez, la fama de vuestra delicadeza y lealtad ha llegado hasta mí. Id a traer el señor duque de Enghien, señoras, y volved con él.

Las dos mujeres se retiraron del lecho dirigiéndose a la puerta; pero volviéndose una para asegurarse de la certeza de esta orden, a una señal que confirmaba las palabras de su señora o de la que ocupaba su puesto, salieron de la habitación.

Canolles las siguió con la vista, hasta que cerraron la puerta. Entonces volvió sus ojos centelleantes de júbilo hacia la fingida princesa.

—Veamos —dijo ésta incorporándose y cruzando las manos—; veamos, señor de Canolles, ¿por qué me perseguís así?

Y esto diciendo, miraba al joven oficial, no con la mirada altiva de princesa que había ensayado sin éxito, sino por el contrario, con una expresión tan interesante y expresiva, que todos los pormenores hechiceros de su primera entrevista, todos los episodios trastornadores del viaje, todos los recuerdos de aquel amor naciente, en fin, brotaron en tropel, envolviendo como embalsamados vapores el corazón de Canolles.

—Señora —dijo éste dando un paso hacia la cama—, yo persigo en nombre del rey a la señora princesa de Condé y no a vos, que no sois la princesa.

La persona a quien estas palabras se dirigían dio un pequeño grito, palideció, y apoyó una de sus manos sobre su corazón.

—¿Qué queréis decir, caballero? ¿Quién os figuráis que soy? —exclamó.

—¡Oh! En cuanto a esto no me sería muy fácil explicarlo; pero casi me atrevería a jurar que sois el más precioso vizconde, si no fuerais la más adorable vizcondesa.

—¡Caballero! —dijo la fingida princesa, esperando imponer a Canolles recordándole su dignidad—, ¡caballero, de todo cuanto me decís sólo comprendo una cosa, y ésta es que me faltáis al respeto, que me insultáis!

—Señora —dijo el barón—, no se falta al respeto a Dios adorándole, ni se insulta a los ángeles arrodillándose ante ellos.

Y a estas palabras, Canolles se inclinó como para arrodillarse.

—Caballero —dijo vivamente la vizcondesa deteniendo a Canolles—; caballero, la princesa de Condé no puede sufrir…

—La princesa de Condé, señora —respondió él—, va a estas horas sobre su buen caballo en compañía de Vialas su escudero, el señor de Lenet su consejero, sus caballeros, sus capitanes y todos de su casa, en fin, por el camino de Burdeos, y no tiene nada que ver con lo que pasa ahora entre al barón de Canolles y el vizconde o la vizcondesa de Cambes.

—¿Qué estáis ahí diciendo, caballero? ¿Estáis loco?

—No, señora. Yo no digo más que lo que he visto, ni refiero más de lo que he oído.

—Entonces, si habéis visto y oído lo que decís, debe estar terminada

vuestra misión.

—¿Lo creéis así, señora? Ya no tengo más que hacer que volverme a París y confesar a la reina que, por no desagradar a una mujer que amo (no arméis así de cólera vuestros ojos), que por no desagradar a una mujer que amo he violado sus órdenes, he consentido la fuga de su enemiga, cerrando los ojos a cuanto veía, y en fin, que he vendido, sí, la causa de mi rey…

La vizcondesa pareció conmovida, y miró a Canolles con una compasión casi tierna.

—¿No tenéis la mejor de todas las disculpas, la imposibilidad? ¿Podíais solo detener la imponente escolta de la princesa? ¿Os habían ordenado combatir solo contra cincuenta caballeros?

—No estaba solo, señora —dijo el barón moviendo la cabeza—. Yo tenía, y tengo aún ahí, en el bosque, a quinientos pasos de nosotros, doscientos soldados, que puedo reunir y llamar a mi lado con solo un silbido; por consiguiente, me era muy fácil detener a la princesa, que por su parte no podría resistir. Y en fin, suponiendo que mi escolta fuese más débil que la suya, en vez de ser cuatro veces más fuerte, en todo caso podía combatir, y podía hacerme matar combatiendo; esto me sería tan fácil —continuó el joven inclinándose más y más—, como grato me sería tocar esa mano, si me atreviese a hacerlo.

En efecto, aquella mano en que el barón fijaba sus ardientes ojos, aquella mano fina, torneada y blanca, aquella mano insinuante había caído fuera de la cama, y palpitaba a cada palabra del joven. La vizcondesa, ciega también por esa electricidad del amor, cuyos efectos había ya experimentado en la pequeña posada de Jaulnay, no pudo pensar que debía retirar aquella mano que inspirara al barón un feliz punto de comparación. Ella se olvidó de esto, y el joven oficial, dejándose caer de rodillas, aplicó su boca sobre la mano con una timidez voluptuosa, que al contacto de sus labios se retiró como si la hubiese quemado un hierro ardiendo.

—¡Gracias, señor de Canolles! —dijo la joven—, os agradezco en el fondo de mi corazón lo que habéis hecho por mí, y creed que no lo olvidaré nunca. Pero duplicad el precio del servicio que me hacéis, apreciando mi posición y retirándoos. ¿No es necesario que nos separemos, puesto que está terminado vuestro encargo?

Éste nos, pronunciado con una entonación tan dulce, que pareció contener un viso de pesar, hizo vibrar con dolor hasta las fibras más secretas del corazón de Canolles.

En efecto, el sentimiento del dolor casi siempre existe en el fondo de las alegrías extremadas.

—Obedeceré, señora —dijo—. Sólo os haré observar, no por eludir mi obediencia, sino por evitaros tal vez un remordimiento, que si os obedezco estoy perdido. En el instante en que confiese mi falta, y en que no aparezca como el juguete de vuestra astucia, seré víctima de mi complacencia… Se me declarará traidor; seré encarcelado… pasado por las armas quizás; y esto es muy sencillo, porque he cometido una traición.

Clara dio un grito y cogió involuntariamente la mano del barón, que soltó enseguida, dejándola caer con una confusión deliciosa.

—Entonces, ¿qué haremos? —dijo ella.

El corazón del joven se dilató, esta dichosa fórmula de comunión iba haciéndose favorita en la señora de Cambes.

—¡Perderos a vos, tan generoso! —continuó la joven—. ¡Perderos yo! ¡Oh!, jamás. ¿A qué precio puedo salvaros? ¡Hablad, hablad!

—Sería necesario que me permitieseis, señora, continuar mi papel hasta el fin. Sería necesario, como he dicho, que yo apareciese engañado, y que diese cuenta al señor de Mazarino de lo que veo y no de lo que sé.

—Sí; pero si se supiese que todo esto lo hacéis por mí, si se trasluciese que nos hemos encontrado antes, que ya me habéis visto, pensad que entonces yo seré perdida a mi vez.

—Señora —dijo Canolles con profunda melancolía—, la frialdad que manifestáis, el aire de dignidad que tan poco os cuesta conservar en mi presencia, me dan a conocer que no dejaréis escapar un secreto, que desde luego no existe en vuestro corazón.

Clara guardó silencio, pero una mirada fugitiva y una imperceptible sonrisa que asomó a su pesar a los labios de la bella prisionera, contestaron al barón de un modo capaz de hacerle el más afortunado de todos los hombres.

—¿Me quedaré? —dijo con una inexplicable sonrisa.

—¡Ya que es preciso!… —contestó la vizcondesa.

—En ese caso voy a escribir al señor de Mazarino.

—Sí, idos.

—¿Cómo?

—Digo que vayáis a escribirle.

—No, es menester que yo le escriba desde aquí, desde vuestra cámara; es menester que feche mi carta desde el pie de vuestra cama.

—Pero eso no está en la orden.

—Ved mis instrucciones, señora; leedlas vos misma… Y Canolles dio un papel a la vizcondesa, que leyó:

«El barón de Canolles guardará de vista a la señora princesa y al duque de Enghien su hijo».

—De vista —dijo Canolles.

—De vista, sí; eso dice.

Clara conoció entonces todo el partido que un hombre enamorado, como lo estaba el barón, podía sacar de aquellas instrucciones; pero también conoció el servicio que prestaba a la princesa prolongando respecto a ella el error de la corte.

—Escribid, pues —dijo como mujer resignada.

Canolles la interrogó con la mirada, y del mismo modo le mostró ella un neceser, que contenía todo lo necesario para escribir.

Canolles abrió aquel mueble, del que sacó papel, tintero y pluma, colocándolos sobre una mesa, que acercó todo lo posible a la cama. Pidió, como si Clara fuese aun la princesa, el permiso para sentarse, que le fue concedido, y escribió al señor de Mazarino el oficio siguiente:

«Monseñor:

He llegado al castillo de Chantilly a las nueve de la noche. Vuestra Eminencia puede conocer que no he omitido en nada la diligencia, puesto que a las seis y media tuve el honor de recibir su permiso.

He hallado a las dos princesas en cama; la señora viuda gravísimamente enferma, y la princesa fatigada de una grande caza que ha hecho durante el día.

Según las instrucciones de Vuestra Eminencia, me he presentado ante Sus Altezas, que en el mismo instante han despedido a todos sus convidados, y en este momento tengo a mi vista a la señora princesa y su hijo».

—Y su hijo —repitió el joven volviéndose a la vizcondesa—. ¡Diablos! Me parece que miento, y la verdad no quisiera mentir.

—Tranquilizaos —replicó Clara riendo—, si no habéis visto aún a mi hijo, vais a verle.

—Y su hijo —dijo Canolles riendo, y continuando su carta donde había quedado.

«Desde la misma cámara de la princesa y sentado a la cabecera de su cama, tengo el honor de dirigir estas líneas a Vuestra Excelencia».

Firmó, y después de pedir respetuosamente su permiso a Clara, tiró de un llamador. Poco después entró un ayuda de cámara.

—Llamad a mi lacayo —dijo Canolles—, y avisadme cuando esté en la antesala.

Cinco minutos después avisaron al barón que Castorín estaba en su puesto.

—Toma —le dijo Canolles—; lleva este billete al oficial que manda mis doscientos hombres, y dile que lo mande a París por expreso.

—Pero, señor barón —respondió Castorín, a quien semejante comisión en medio de la noche parecía que no le agradaba—, creía haberos dicho que el señor Pompeyo me había contratado al servicio de la señora princesa.

—Y en nombre de la señora princesa te trasmito esa orden; Vuestra Alteza —dijo Canolles volviéndose hacia la cama—, tendrá la bondad de confirmar mis palabras. Ya sabéis de cuánta importancia es que esta carta sea remitida en el instante.

—Id —dijo la fingida princesa con una entonación y un gesto llenos de majestad.

Castorín se inclinó hasta el suelo, y salió.

—¿Ahora —dijo Clara dirigiendo hacia Canolles sus manecitas juntas y suplicantes—, os vais a retirar, sí?

—¡Perdonad, señora!… —respondió Canolles—. ¿Y vuestro hijo?

—Es justo —contestó Clara sonriendo—. Vais a verle.

En efecto, apenas hubo acabado la señora de Cambes de decir estas palabras, arañaron a la puerta, según costumbre de entonces. Parece que el cardenal de Richelieu, en su afición por los gatos, había puesto a la moda esta manera de llamar. Durante el tiempo de su larga privanza, habían arañado a la puerta del señor de Richelieu; después, a la del señor de Chaviny, que tenía justo derecho a esta sucesión, aunque no fuese más que a título de heredero natural; y últimamente a la del señor de Mazarino. Así, pues, no había dificultad en arañar también a la puerta de la princesa.

—Ya vienen —dijo la señora de Cambes.

—Bueno. Entonces vuelvo a recobrar mi carácter oficial.

Y el barón separó la mesa, quitó de en medio la silla, tomó su sombrero, y se colocó respetuosamente de pie a cuatro pasos de la cama de la princesa.

—Adentro —dijo la vizcondesa.

Enseguida entró en la sala el cortejo más ceremonioso que pudiera verse.

Componíase de damas, oficiales, camareros, todo el servicio ordinario de la princesa.

—Señora —dijo el primer camarero—, se ha despertado a monseñor el duque de Enghien, y puede aun recibir ahora al mensajero de Su Majestad.

Una mirada que dirigió el barón a la señora de Cambes, le dijo tan claramente como habría podido hacerlo la voz:

—¿Era esto en lo que habíamos quedado?

Esta mirada, que contenía todas las súplicas de un corazón afligido, fue comprendida maravillosamente, y sin duda por reconocimiento a todo cuanto Canolles había hecho, y tal vez por ejercer algún tanto esa malicia oculta eternamente en lo más profundo de los mejores corazones femeniles.

—Traed aquí —dijo—, al señor duque de Enghien. Este caballero verá a mi hijo en mi presencia.

Apresurándose a obedecer; y pasado un instante penetró en la estancia el joven príncipe.

Hemos dicho que siguiendo Canolles hasta en sus más pequeños pormenores los últimos preparativos de marcha de la princesa, había visto al joven príncipe jugar y correr, pero sin percibir su semblante. Sólo había observado que su traje era un sencillo vestido de caza, y creyó que no por atención a él se le había revestido con el espléndido traje que a su vista se presentaba. La idea que ya tenía de que el príncipe había marchado con su madre, llegó a convertirse en realidad, durante algún tiempo contempló en silencio al heredero del ilustre príncipe de Condé, y sin disminuir en nada el respeto que debía demostrar, se dibujó ligeramente en sus labios una imperceptible sonrisa de ironía.

—Tengo a mucha felicidad —dijo inclinándose—, ser admitido a gozar el honor de presentar mis homenajes a monseñor el duque de Enghien.

La señora vizcondesa, en quien el niño tenía fijos sus grandes ojos, le hizo seña de saludar con la cabeza, pareciéndole que el barón seguía todos los accidentes de esta escena con aire socarrón.

—Hijo mío —dijo con un cálculo de malignidad que hizo estremecer a Canolles, que adivinaba ya por el movimiento de los labios de la señora de Cambes que iba a ser víctima de alguna traición femenina—; hijo mío, el oficial que tenéis delante es el señor barón de Canolles, enviado por Su Majestad; dad vuestra mano a besar al señor barón de Canolles.

A esta orden, Perico, que estaba instruido perfectamente por Lenet, que como había prometido a la princesa se había encargado de su educación, alargó una mano que no había tenido tiempo ni medio de convertir en mano de

noble, y fue preciso que Canolles estampase en ella un beso, entre las risas ahogadas de los circunstantes. Un hombre menos experto que el barón en la materia, habría fácilmente reconocido la burla que se le jugaba.

—¡Ah, señora de Cambes! —murmuró Canolles—; ¡ya me pagaréis este beso!

Y al mismo tiempo se inclinó respetuosamente ante Perico, en acción de gracias por el honor que le acababa de dispensar. Después, conocido que en pos de esta prueba, la última del programa, le era imposible permanecer por más tiempo en la habitación de una mujer, dijo volviéndose hacia el lecho:

—Señora, mi misión de esta noche ha terminado; sólo espero vuestro permiso para retirarme.

—Retiraos, caballero —dijo Clara—. Ya veis que estamos aquí muy tranquilos; podéis dormir tranquilo también.

—Sólo me resta suplicaros me dispenséis un eminente favor, señora.

—¿Cuál? —preguntó la señora de Cambes, inquieta, porque había comprendido por la entonación de la voz del barón, que se disponía a tomar el despique.

—La de acordarme la gracia que acabo de recibir de vuestro hijo.

Esta vez estaba presa la vizcondesa; no había medio de rehusar a un oficial del rey el favor ceremonioso que reclamaba así en presencia de todos. La señora de Cambes alargó al barón su mano temblando.

Él se adelantó hacia el lecho, como lo habría hecho hacia el trono de una reina, asió por la punta de los dedos la mano que se le presentaba, puso una rodilla en tierra, y estampó sobre aquella piel fina y blanca un prolongado beso, que todos atribuyeron a respeto, y que sólo para la vizcondesa fue una ardiente presión de amor.

—También me habéis prometido y aún jurado —dijo a media voz Canolles levantándose— no salir del castillo sin darme aviso. Cuento con la promesa y con el juramento.

—Contad con ellos, caballero —contestó la señora de Cambes—, cayendo sobre su almohada casi desvanecida.

El barón, a quien había hecho estremecer la expresión de la voz, trató de leer en los ojos de la bella prisionera la confirmación de la esperanza que le había dado su acento; pero los hermosos ojos de la vizcondesa estaban herméticamente cerrados.

Canolles reflexionó que los cofres cerrados son los que contienen los más preciosos tesoros, y se retiró con el paraíso en el alma.

Decir cómo nuestro hidalgo pasó aquella noche, como velando o durmiendo no tuvo más que un ensueño delicioso, durante el cual pasaron por su imaginación todos los pormenores de la quimérica aventura que ponía en sus manos el más precioso tesoro que haya podido abrigar jamás un avaro bajo las alas de su corazón; referir los proyectos que hizo para someter el porvenir a los cálculos de su amor y a los caprichos de su fantasía; enumerar las razones que se dio a sí mismo para convencerse de que obraba bien, sería cosa imposible, mayormente siendo la locura una fatiga irresistible, para todo otro espíritu que el del loco.

Canolles se durmió tarde, dado caso que pueda llamarse sueño al delirio febril que sucedió a su velada; y no obstante, apenas alumbraba el día la cima de los álamos, aun no había descendido hasta la superficie de las claras aguas en que duermen las ninfas de largas hojas, cuyas flores sólo se abren al sol, cuando ya Canolles abandonara el lecho, y vistiéndose deprisa había bajado al jardín. Su primera visita fue hacia el ala que habitaba la princesa, su primera mirada a la ventana de su habitación, ya sea que la prisionera aun no se hubiese dormido, o que se hubiese despertado ya, una luz demasiado fuerte para ser la de una lámpara de noche, enrojecía las cortinas de damasco, herméticamente corridas. Canolles se detuvo a su vista, que sin duda hizo entrar en aquel momento en su corazón gran número de insensatas conjeturas; y sin llevar más adelante su paseo, aprovechándose del zócalo de una estatua, que le ocultaba convenientemente, entabló a solas con su quimera ese diálogo eterno de los pechos enamorados, que encuentran el objeto amado en todas las poéticas emanaciones de la naturaleza.

Hacía cosa de media hora en que el barón se hallaba todavía en su observatorio, mirando con indecible dicha aquellas cortinas ante las cuales cualquiera otro habría pasado con indiferencia, cuando vio abrir una ventana de la galería, apareciendo en su fondo casi entera la honesta figura de Maese Pompeyo. Todo cuanto tenía relación con la señora de Cambes, inspiraba al barón un poderoso interés; así es que retirando la vista de las magnéticas cortinas, creyó observar que Pompeyo trataba de establecer con él una correspondencia por señas. Al principio dudó Canolles que estas señas le fuesen dirigidas, y miró a su alrededor; pero Pompeyo, que notó la duda en que se encontraba el barón, acompañó a sus señas un siseo apelativo, que habría parecido muy poco en el orden de parte de un escudero al embajador de Su Majestad el rey de Francia, si este siseo no hubiese tenido por excusa una especie de punto blanco casi imperceptible a otros ojos que los de un enamorado, que inmediatamente reconoció en este punto blanco un papel doblado.

—¡Un billete! —dijo para sí Canolles—. Me escribe, ¿qué significa esto?

Y se acercó casi temblando, aunque su primer movimiento fue una

extremada alegría; pero hay siempre en las grandes alegrías de los enamorados cierta parte de aprensión, en que tal vez consiste su mayor encanto; tener la convicción de la felicidad, no ser ya feliz.

A medida que el barón se aproximaba, Pompeyo se aventuraba más a mostrar el papel; por último, Pompeyo extendió el brazo, y Canolles tendió su sombrero. Estos dos hombres se habían comprendido prodigiosamente, como se ve; el primero dejó caer el billete, y el segundo le recibió con destreza, y enseguida se internó en un sotillo para leerle; libremente; mientras que Pompeyo, sin duda por temor al reuma, cerró en el momento la ventana.

Pero no se lee así el primer billete de la mujer que se ama, sobre todo cuando el billete inesperado no presenta más motivo de turbación que el de temer que atente a nuestra felicidad. En efecto, ¿qué tenía que decirle la señora de Cambes, cuando en nada se había alterado en la especie de programa concertado la víspera entre ambos? ¿No podía contener este billete alguna fatal noticia?

Canolles estaba tan convencido de esto, que en lugar de aplicar el papel a sus labios, como lo acostumbra a hacer un amante en tales casos, le volvió y le revolvió por todos los lados mirándole con un terror progresivo.

Sin embargo, como al fin era preciso abrirle, sea en un momento, sea en otro, llamó en su ayuda todo su valor, rompió el sello, y leyó:

«Caballero, continuar por más tiempo en la situación que estamos, es cosa absolutamente imposible. Yo espero que seréis del mismo modo de pensar; vos debéis padecer, siendo considerado por todos los habitantes de casa como un vigilante desagradable; y por otra parte, debo temer, si os recibo con más agrado que en mi lugar lo haría la princesa, que llegue a traslucirse que ejecutamos una doble comedia, cuyo desenlace sería indudablemente la pérdida de mi reputación».

El barón se enjugó la frente, sus presentimientos no le habían engañado. El día, ese gran disipador de fantasmas, había venido a desvanecer todos sus sueños dorados.

Movió lentamente la cabeza, dio un suspiro, y continuó:

«Fingid que descubrís la intriga de que hemos usado, para llegar a conseguir este descubrimiento, hay un medio muy sencillo, que yo misma os suministraré, si me prometéis acceder a mi ruego. Ya veis como no trato de disimular absolutamente cuánto dependo de vos. Si accedéis a mi súplica, os haré entregar un retrato mío, que lleva mi nombre y mis armas al pie. Diréis que os habéis encontrado este retrato en una de vuestras rondas nocturnas, y que por él habéis conocido que no soy yo la princesa.

Necesito deciros que, como un recuerdo de mi gratitud, que conservaré en el fondo de mi corazón, si partís esta mañana misma, os autorizo (suponiendo, no obstante, que le tengáis por de algún valor), os autorizo para que guardéis esta miniatura.

Dejadnos sin volverme a ver, si es posible, y llevaréis consigo toda mi gratitud, mientras que por mi parte conservaré vuestro recuerdo como el de uno de los caballeros más nobles y leales que he conocido en mi vida».

El barón volvió a leer el billete, y quedó petrificado.

Por grande que sea el favor que se dispense en una carta de despedida, por mucha que sea la dulzura con que se encubra una repulsa, o un adiós, no por esto dejan de ser el adiós, la repulsa y la despedida, una cruel decepción para el alma. Sin duda era una cosa muy grata aquel retrato, pero la causa que motivaba su ofrecimiento disminuía gran parte de su valor. Además, ¿de qué servía el retrato teniendo allí el original bajo su mano, y pudiendo no dejarle escapar? Sí; pero Canolles, que no había dado un paso atrás ante la cólera de la reina y de Mazarino, temblaba ante un gesto de disgusto de la señora de Cambes.

Sin embargo, ¡cómo le había engañado esta mujer, primero en el camino, después en Chantilly tomando el puesto de la princesa, y últimamente dándole la víspera una esperanza, que le robaba al otro día! Pero todas estas decepciones, ninguna le era tan cruel como esta última. En el camino, ella no le conocía, y se libraba de un compañero molesto, y nada más; tomando el puesto de la señora de Condé, obedecía a una orden impuesta, desempeñaba un papel designado por su soberana, y no le era posible obrar de otro modo; pero esta vez que ya le conocía, después de haber parecido apreciar su desprendimiento, después de haber pronunciado dos veces aquel nos, que había vibrado hasta en el fondo del corazón del joven, volverse atrás, deshacerse de su bondad, renegar de su reconocimiento, escribir, por último, una carta semejante, esto era a los ojos del barón, más que crueldad, casi un desprecio.

De este modo se despechaba, se dejaba llevar por una dolorosa cólera, sin advertir que detrás de aquellas cortinas, tras las cuales había desaparecido la luz como si el día hubiese absorbido, una espectadora bien cubierta por el damasco y por los tableros de la ventana, miraba la pantomima de su desesperación saboreándola tal vez.

—Sí, sí —decía el joven acompañando sus pensamientos con gestos análogos al sentimiento que le preocupaba—, sí, ésta es una despedida en regla, un gran acontecimiento coronado por un desenlace vulgar, una esperanza poética trocada en una decepción brutal; pero no aceptaré así el ridículo que se me prepara. Más apreciaría su odio que no esta pretendida

gratitud que me promete. ¡Ah, sí!, ¡fiarme ahora en su promesa!… Esto sería como confiarse en la constancia del viento y en la calma del mar.

¡Ah, señora, señora! —continuó el barón dirigiéndose hacia la ventana—; ésta es la segunda vez que os escapáis; pero os juro, que si encuentro una ocasión semejante, no os escaparéis a la tercera.

Y Canolles subió a su aposento con intención de vestirse y entrar, fuese de grado o por fuerza, en la habitación de la señora de Cambes. Pero al entrar en la suya y fijar la vista en el reloj, observó que apenas eran las siete.

Aún no había nadie levantado en el castillo. Canolles se echó sobre un sitial y cerró los ojos para refrescar sus ideas y arrojar, si era posible, los fantasmas que danzaban a su alrededor, no abriéndolos más que para consultar su reloj de cinco minutos.

Dieron las ocho, y el castillo empezó a animarse, llenándose poco a poco de ruido y movimiento. Esperó Canolles aun media hora con extremada inquietud. Por último, no pudiendo contenerse más, bajó; y atrapando a Pompeyo, que tomaba con orgullo el aire en el gran patio, rodeado de lacayos, a quienes refería sus campañas en Picardía con el difunto rey, le dijo como si lo viese al pobre por primera vez:

—¿Sois vos el mayordomo de Su Alteza?…

—Sí, señor —replicó Pompeyo admirado.

—Tened la bondad de avisar a Su Alteza, que deseo se me dispense el honor de ofrecerle mis respetos.

—Señor… pero Su Alteza…

—Su Alteza está levantada.

—Sin embargo…

—Id.

—Yo creía que vuestra partida…

—Mi partida dependerá de la entrevista que voy a tener con Su Alteza.

—Y digo esto, porque tengo una orden del rey.

A estas palabras, Canolles golpeó majestuosamente sobre el bolsillo de su casaca; punto que adoptó como el más satisfactorio de cuantos había podido emplear desde la víspera.

Pero al dar este golpe de Estado, nuestro negociador conocía que todo su valor le abandonaba. En efecto, desde la víspera había disminuido en gran parte su importancia; la princesa había partido cerca de las doce; sin duda

habría caminado toda la noche, y por consiguiente debía hallarse a veinte o veinticinco leguas de Chantilly. Aunque el barón tratase de emplear cualquiera diligencia acompañado de su gente, no había ya medio de alcanzarla; y dado caso de que la alcanzase, habiendo partido con un centenar de caballeros, ¿quién le aseguraba que la escolta de la fugitiva no ascendiese ya a aquella hora a tres a cuatrocientos partidarios? Siempre le quedaba, como había dicho la noche anterior, el recurso de hacerse matar; ¿pero tenía derecho de sacrificar consigo a los hombres que le acompañaban, terminando así con una escena sangrienta sus caprichos amorosos? La vizcondesa, si él se había equivocado la víspera acerca de los sentimientos que la animaban hacia él; si su turbación no había sido más que una farsa, podía burlarse abiertamente de él, y tenía entonces que sufrir la silba de los lacayos y de los soldados ocultos en el bosque, la desgracia de Mazarino, la cólera de la reina, y sobre todo la ruina de un naciente amor; porque jamás una mujer ha amado al que un sólo instante ha intentado poner en ridículo.

Mientras les daba vuelta a todos estos pensamientos en su imaginación, llegó Pompeyo con las orejas a decirle que la señora princesa le esperaba.

Esta vez se suprimió todo ceremonial. La señora de Cambes le esperaba vestida de pie en un pequeño salón contiguo a la cámara. Estaban impresas sobre su semblante las señales del insomnio, que en vano había tratado de desvanecer, sobre todo, un ligero tinte aplomado que cubría la órbita de sus ojos, indicaba que éstos no se habían cerrado, o se habían cerrado apenas.

—Ya veis, caballero —dijo la vizcondesa sin dejarle tiempo, de hablar—, que accedo a vuestros deseos, pero con la esperanza, lo confieso, de que esta entrevista será la última, y que a vuestro turno accederéis a los míos.

—Perdonad, señora —dijo el barón—; pero después de vuestra conversación de anoche, había esperado menos rigor en vuestras exigencias, y contaba que en cambio de cuanto he hecho por vos, por vos sola, pues no conozco a la señora de Condé, ¿entendéis? Había esperado que os dignaríais soportar por más tiempo mi permanencia en Chantilly.

—Sí, señor, lo confieso —contestó la señora de Cambes—; en el primer momento… la turbación inherente a la posición en que me encontraba… la magnitud del sacrificio que hacíais por mí… el interés de la princesa que exigía ganase tiempo, pudieron arrancar de mi boca palabras poco acordes con mi pensamiento; pero durante esta larga noche reflexionando, y vuestra permanencia o la mía en este castillo por más tiempo son una cosa imposible.

—¡Imposible, señora! —dijo Canolles—. ¿Olvidáis que todo le es posible a quien habla en nombre del rey?

—Señor de Canolles, yo espero que ante todas las cosas seréis caballero, y

no trataréis de abusar de la posición en que me ha colocado mi lealtad a la princesa.

—Señora —contestó el barón—, ante todas las cosas, es preciso convenir en que soy un loco. Bien lo debéis haber conocido; pues sólo un loco habría podido hacer lo que yo he hecho. ¿No os apiadaréis de mi locura, señora?

—¡No me obliguéis a partir, os suplico!

—En ese caso seré yo quien os ceda el puesto, caballero. Yo seré quien, a vuestro pesar, os llamaré a vuestros deberes. Veremos si me detenéis a la fuerza, si nos expondréis a entrambos al estadillo de un escándalo.

—¡No, no, caballero! —continuó la señora de Cambes con un acento, que Canolles sentía vibrar por primera vez—, no, ya reflexionaréis que no puede ser eterna vuestra permanencia en Chantilly; ya os acordaréis de que os esperan en otra parte.

Esta palabra, que brilló como un relámpago a los ojos de Canolles, le recordó la escena de la posada de Biscarrós, el descubrimiento que la vizcondesa había hecho de las relaciones del joven con Nanón, y entonces lo comprendió todo.

Aquel insomnio no era producido por las ansiedades del presente, sino por los recuerdos del pasado. La resolución de la mañana, que propendía a evitar la presencia del barón, no era el resultado de la reflexión, sino la impresión de los celos.

Medió entonces entre estas dos personas, de pie una delante de la otra, un instante de silencio; pero durante este silencio, cada cual escuchaba la voz de su propio pensamiento, que hablaba dentro de su pecho por medio de los latidos de su corazón.

—¡Celosa! —decía Canolles—, ¡celosa! ¡Oh! Todo lo comprendo desde este momento. ¡Sí, sí! ¡Quiere convencerse de que la amo bastante para sacrificar cualquier otro amor! ¡Esto es una prueba!

Por su parte, la señora de Cambes se decía:

—Yo soy para el barón una distracción de ánimo; me he encontrado en su camino en el momento, sin duda, en que veía obligado a abandonar la Guiena, y me ha seguido como sigue el viajero a un fuego fatuo; pero su corazón se ha quedado en la casita rodeada de árboles adonde iba la tarde que le encontré. Es enteramente imposible que yo conserve cerca de mí a un hombre que ama a otra, y a quien tendría la debilidad de amar tal vez si le viese por más tiempo. ¡Oh! ¡Sería, no sólo vender mi honor, sino también los intereses de la princesa, si fuese débil hasta el punto de amar al agente de sus perseguidores!

Así es, que exclamó súbitamente, contestando a su propio pensamiento.

—¡Oh! No, no, es menester que partáis, caballero.

—Partid, o parto yo.

—¿Olvidáis, señora —dijo Canolles—, que me habéis dado la palabra de no partir, sin advertírmelo antes?

—Pues bien, caballero; os advierto que salgo de Chantilly en este mismo instante. —¿Y creéis que lo permitiré?— dijo Canolles.

—¡Cómo! —exclamó la vizcondesa—, ¿me sujetaríais por fuerza?

—Señora, yo no sé lo que haré. Lo que sí sé es que me es imposible dejaros.

—¿Entonces soy vuestra prisionera?

—Sois una mujer a quien he perdido ya dos veces, y a quien no quiero perder la tercera.

—¡Eso es una violencia!

—Sí, señora, violencia —contestó el barón—, si éste es el único medio de conservaros.

—¡Oh! —exclamó la señora de Cambes—; en efecto, ¡es una felicidad conservar a una mujer que gime, que reclama su libertad, que no os ama, que os detesta!

Canolles se estremeció y trató de desenvolver rápidamente todo cuanto se agolpaba a sus labios y a su pensamiento. Comprendió que era llegado el momento de jugar el todo por el todo.

—Señora —dijo el barón—, las palabras que acabáis de pronunciar con un acento tan veraz, que no dan cabida a meditar su significado, han resuelto todas mis incertidumbres. ¡Vos gemir, vos ser esclava! ¡Yo retener a una mujer que no me ama, que me detesta! No, señora, no, tranquilizaos, no será así. Yo había creído que la felicidad que siento al veros, os haría soportable mi presencia; había esperado, después de haber perdido mi consideración, el reposo de mi conciencia, mi porvenir, mi honor, tal vez, que me indemnizaríais este sacrificio, concediéndome algunas horas, que sin duda no volveré a encontrar jamás. Todo esto era posible si me hubieseis amado… si os hubiera sido indiferente al menos; porque sois buena, y habríais hecho por piedad lo que otra hiciera por amor. Pero no tengo que luchar con la indiferencia, sino con el odio; y desde luego es muy distinto, tenéis razón. Solamente me perdonaréis, señora, el no haber comprendido que podía obtenerse en cambio de un amor desenfrenado. A vos toca permanecer reina y señora libre en este castillo, como fuera de él, y a mí retirarme, como lo hago. Dentro de diez minutos habréis reconquistado vuestra libertad. ¡Adiós, señora,

adiós para siempre!

Y el barón, con un desorden que siendo fingido al principio, se había trocado en real y doloroso al fin de su período a la vizcondesa, se volvió buscando la puerta, que no encontraba, y repitiendo la palabra, ¡adiós!, ¡adiós! Con un acento tan profundamente sentido, que partiendo del corazón, tocaba al corazón. Las verdaderas aflicciones tienen su eco propio, como las tempestades.

La señora de Cambes no esperaba esta obediencia de Canolles; había reunido sus fuerzas para una lucha, mas no para una victoria, y a su vez se sintió dominada por tanta resignación unida a tanto amor. Y como el joven hubiese ya dado dos pasos hacia la puerta, extendiendo los brazos con una especie de sollozo, sintió de pronto una mano que se apoyaba sobre su hombro con la presión más significativa; no era sólo tocarle, era detenerle.

Canolles se volvió.

La señora de Cambes estaba en pie delante de él. Su brazo, graciosamente extendido, aun tocaba su hombro, y la expresión de dignidad que se notaba poco antes en su semblante, se había convertido en una deliciosa sonrisa.

—¡Muy bien caballero! —le dijo—, ¡así es como obedecéis a la reina! Vais a partir teniendo orden de permanecer aquí. ¡Sois un traidor!

Canolles dio un grito, cayó de rodillas, y apoyó su frente ardorosa en las dos manos que ella le tendía.

—¡Oh, esto es para morir de gozo! —exclamó.

—¡Ay!, no os regocijéis aún —dijo la señora de Cambes—; pues si os detengo, no es por otra cosa sino porque nos separemos así; es porque no llevéis la idea de que soy una ingrata; es porque me deis con gusto la palabra que os he dado yo, y veáis en mí a lo menos una amiga, ya que los partidos opuestos que seguimos me impiden ser para con vos otra cosa jamás.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Canolles—, me había engañado aún otra vez. ¡Vos no me amáis!

—No hablemos ahora de nuestros sentimientos, barón, sino del peligro que ambos corremos en permanecer aquí.

—Vamos, partid, o dejadme partir; es preciso.

—¡Qué decís, señora!

—La verdad. Dejadme aquí; volved a París; decid a Mazarino y a la reina lo que os ha sucedido. Yo os ayudaré en cuanto esté de mi parte; ¡pero partid, partid!

—¿Cuántas veces habré de repetíroslo? —exclamó el barón—, ¡dejaros es morir!

—No, no, vos no moriréis, porque conservaréis la esperanza de que nos volveremos a encontrar en tiempos más felices.

—La casualidad me ha interpuesto en vuestro camino, señora, o mejor dicho, os ha colocado en el mío dos veces ya. La casualidad se puede cansar, y si os pierdo no os encontraré más.

—¡Pues bien! En ese caso yo os buscaré.

—¡Oh, señora! Mandadme morir por vos, la muerte es un instante de dolor, y nada más; pero no me pidáis que os deje aún, esta idea despedaza mi corazón.

Pensadlo bien; si apenas os he visto, apenas os he hablado.

—Pues bien; si os prometo permanecer aquí todo el día; si todo el día podéis verme y hablarme. ¿Estaréis contento? Decid.

—Yo nada prometo.

—Entonces yo tampoco. Un sólo compromiso había contraído con vos; ya lo sabéis, el de avisaros el momento en que partiría. Pues bien, dentro de una hora parto.

—¿Conque es necesario hacer todo cuanto queréis?

—¿Es preciso obedeceros a todo trance? ¿Hacer abnegación de mí mismo, por seguir ciegamente vuestra voluntad? Pues bien, si todo es indispensable, seréis complacida; no tenéis delante más que a un pobre esclavo, dispuesto a obedeceros. Mandad, señora, mandad.

Clara tendió la mano al barón, y con la voz más dulce y halagüeña, le dijo:

—Un nuevo tratado en cambio de mi palabra, si no me separo de vos desde este momento hasta las nueve de la noche, ¿partiréis a las nueve?

—Os lo juro.

—Venid, pues. El cielo está sereno, y nos promete un delicioso día; hay rocío en las praderas, perfumes en el aire y bálsamo en las florestas. ¡Pompeyo!

El digno mayordomo, que sin duda había recibido orden de permanecer en la puerta, entró enseguida…

—Mis caballos de paseo —dijo la señora de Cambes con aire de princesa —; esta mañana voy a los estanques, y pasaré por la quinta, donde pienso desayunarme. Vos me acompañaréis, señor barón —continuó—, está en las

atribuciones de vuestro cargo, una vez que habréis recibido de Su Majestad la reina la orden de no perderme de vista.

Una nube de sofocante alegría cegaba al barón y le envolvía con esos vapores que en otros tiempos transportaba al cielo a los antiguos dioses. Dejóse conducir sin oposición y sin voluntad casi; pues estaba trastornado, ebrio, loco. Bien pronto en medio de un delicioso bosque, y por entre calles misteriosas, cuyos pimpollos caían flotantes sobre su frente desnuda, abrió los ojos a la realidad, estaba de pie, mudo, con el corazón comprimido por un goce casi tan punzante como el dolor, caminando con su mano enlazada a la de la vizcondesa, que iba tan pálida, tan muda, y seguramente tan dichosa como él.

Pompeyo les seguía a una respetuosa distancia, bastante cerca para verlo todo, bastante lejos para no oír nada.

XIV

La despedida

Llegó el término de este día de hechizos, como sucede siempre al fin de un sueño, las horas habían pasado como segundos para el dichoso caballero, y no obstante, le parecía reunir en éste sólo día suficientes recuerdos, para tres existencias ordinarias. Cada una de las calles del parque había sido enriquecida por una palabra, por un recuerdo de la señora de Cambes; una mirada, un gesto, un dedo colocado sobre los labios, todo tenía un significado… Al entrar en la barca le había apretado la mano; al subir por la ribera, se había apoyado en su brazo; al bordear el muro del parque, se había sentado por sentirse fatigada; y en cada una de estas ilusiones, que como relámpagos habían pasado ante los ojos del barón, había quedado presente en su memoria el paisaje iluminado por un resplandor fantástico, no sólo en todo su conjunto, sino hasta en sus más pequeños pormenores.

Canolles no debía separarse de la señora de Cambes durante el día; mientras el desayuno le convidó a comer, y durante la comida a cenar.

En medio de todo el boato que la fingida princesa debió emplear para recibir al enviado del rey, distinguió el barón las dulces atenciones de la mujer apasionada, y olvidó los criados, la etiqueta, el mundo; olvidó hasta la promesa que de retirarse había dado, y se creyó establecido por una eternidad venturosa en aquel paraíso terrenal, donde él sería Adán, y Eva la señora de Cambes.

Pero cuando llegó la noche, y a su vez se terminó la cena, como habían

transcurrido todos los demás actos de aquel día, es decir, en medio de un gozo inefable, cuando una dama de honor condujo a la mesa a Perico disfrazado aún en duque de Enghien, que aprovechó esta circunstancia para comer, cual habrían podido hacerlo cuatro príncipes de sangre juntos; cuando la campana del reloj empezó a resonar, y alzando la vista la vizcondesa se persuadió de que iba a dar diez golpes:

—Es llegada la hora —dijo con un suspiro.

—¿Qué hora? —preguntó el barón haciendo por sonreír, y tratando de eludir con una chanza un grande infortunio.

—La hora de cumplir la palabra que me habéis dado.

—¡Válgame Dios, señora! —dijo Canolles con tristeza—. ¡No os olvidáis de nada!…

—Acaso lo habría olvidado como vos —replicó la señora de Cambes—, pero aquí lo que me renueva la memoria.

Y sacó de su bolsillo una carta, que había recibido en el momento de ponerse a la mesa.

—¿De quién es esa carta? —preguntó el barón.

—De la princesa, que me llama a su lado.

—¡Al menos, es un pretexto! Os doy gracias por haber tenido esa consideración hacia mí.

—No os hagáis ilusiones, señor de Canolles —dijo la vizcondesa con una tristeza que no trataba de disimular.

Aunque no hubiera recibido esta carta, al llegar la hora prefijada os habría recordado, como acabo de hacerlo, vuestra partida. ¿Creéis que entre las personas que nos rodean puede por más tiempo pasar desapercibida nuestra mutua inteligencia? Convenid en que vuestras relaciones no son las de una princesa perseguida con su perseguidor. Pero si aún esta separación no es tan cruel como pretendéis, permitidme que os diga, señor barón, que sólo de vos depende el que no nos separemos.

—¡Hablad, hablad! —exclamó Canolles.

—¿No adivináis?

—¡Oh, si tal, señora! ¡Lo adivino perfectamente! ¿Queréis hablarme de seguir con vos a la señora princesa?…

—Ella misma me lo dice en esta carta —dijo con viveza la señora de Cambes.

—Gracias, porque no proviene de vos esa idea. Gracias también por el recelo con que habéis hecho la proposición. No es decir que mi conciencia se altere a la idea de servir en este o aquel partido; no carezco de convicción.

¿Y quién la tiene en esta guerra, si se excluyen los intereses personales? Cuando la espada salga de su vaina, ¿qué me importa que venga el golpe de éste o del otro? No conozco la corte ni a los príncipes. No tengo ambición independiente por mi fortuna. Nada espero de los unos ni de los otros. Soy oficial, y nada más.

—Entonces, ¿consentiréis en seguirme?

—No.

—Pero ¿por qué no, siendo las cosas como decís?

—Porque me estimaréis menos.

—¿No os detiene otro obstáculo?

—Os lo juro.

—¡Oh! En ese caso, nada temáis. Vos misma no creéis lo que acabáis de decir en este momento —contestó Canolles alzando el dedo y sonriendo—. Un tránsfuga es siempre un traidor; y aunque la primera palabra es más decorosa, no difieren en significado.

—Pues bien, tenéis razón —repuso la señora de Cambes—, no insistiré más. Si os encontraseis en una situación ordinaria, emplearía todos los medios posibles para ganaros al partido de los príncipes; pero como enviado del rey, encargado de una misión de confianza por Su Majestad la reina regente y por el primer ministro, honrado con la benevolencia del señor duque de Epernón, que no obstante las sospechas que concebí desde luego, se me ha afirmado que os protege de una manera particular…

Canolles se cubrió de rubor.

—Estoy en el caso de usar de la mayor discreción.

—Pero escuchadme, señor de Canolles, nuestra separación no es perpetua, vivid seguro que nos volveremos a ver, mis presentimientos me lo dicen.

—¿Dónde? —preguntó Canolles.

—No lo sé; pero ciertamente nos volveremos a ver.

El barón meneó tristemente la cabeza.

—No lo espero, señora —le dijo—; media entre nosotros la guerra, y éste es un gran obstáculo cuando al mismo tiempo no hay amor.

—¿Y el día de hoy —dijo con hechicera entonación la señora de Cambes

—, no le tenéis en nada?

—Es el único en que estoy seguro de haber vivido, desde que vine al mundo.

—Entonces, confesad que sois ingrato.

—Concededme otro día igual a éste.

—No puedo. Tengo que partir precisamente esta noche.

—No le solicito para mañana ni pasado; solamente deseo un día cualquiera en adelante. Tomad el tiempo que queráis elegid el lugar que os agrade; pero que viva yo con una certidumbre; sin una esperanza al menos, sufriría demasiado.

—¿Adónde vais al separaros de mí?

—A París, a dar cuenta de mi cometido.

—¿Y después?

—A la Bastilla, tal vez.

—Pero suponiendo que no vayáis allí…

—Me vuelvo a Liburnio, donde debe estar mi regimiento.

—Y yo a Burdeos, donde estará la princesa. ¿Conocéis alguna aldea bastante aislada que esté en el camino de Burdeos y el de Liburnio?

—Una conozco, cuyo recuerdo me es casi tan grato como el de Chantilly.

—Jaulnay —dijo la señora de Cambes sonriendo.

—Jaulnay —repitió Canolles.

—Pues bien, se necesitan cuatro días para llegar a Jaulnay. Hoy es martes, el domingo me detendré allí todo el día.

—¡Oh, gracias, gracias! —exclamó el barón, oprimiendo con sus labios una mano, que la de Cambes no tuvo valor para retirar. Pasado un instante, dijo Clara:

—Ahora, no nos queda más que terminar el desenlace de nuestra comedia.

—¡Ah, sí!, es verdad, señora; la comedia, que debe cubrirme de ridiculez a los ojos de la Francia entera.

—Pero no tengo nada que decir, yo lo he querido así, y soy, no quien ha elegido el papel que represento, pero sí quien ha preparado el desenlace que le da fin.

La señora de Cambes bajó los ojos.

—Ahora, instruidme lo que debo hacer —dijo el barón—, sólo espero vuestras órdenes, y estoy dispuesto a todo.

Era tal la conmoción de Clara, que Canolles podía ver el movimiento del terciopelo de su vestido sobre los latidos desiguales y precipitados de su seno.

—Grande es el sacrificio que por mí habéis hecho, lo sé; ¡pero creedme en nombre del cielo! También en cambio es eterno mi reconocimiento. ¡Sí, por mí vais a arrostrar el desagrado de la corte! Vais a ser juzgado severamente. ¡Oh, caballero! Os suplico que despreciéis todo eso, si tenéis algún placer en haberme hecho feliz.

—Trataré de ello, señora.

—Creedme, barón —continuó la vizcondesa—; ese frío dolor de que os veo acometido, es un terrible remordimiento para mí. Otras os recompensarían, quizá, más cumplidamente que yo, caballero; mas una recompensa acordada con tanta facilidad, no pagaría tan dignamente vuestro sacrificio.

Y esto diciendo, Clara bajó los ojos, dando un suspiro de sufrimiento pudoroso.

—¿Es eso todo cuanto me tenéis que decir? —preguntó el barón.

—Tomad —dijo la vizcondesa sacando de su bolsillo un retrato, que entregó a Canolles—; tomad este retrato, y a cada disgusto que os origine este desgraciado suceso, miradle, y decid que sufrís por la persona cuya imagen representa, y que pagará cada uno de vuestros sufrimientos con un pesar.

—¿Y nada más?

—Con la estimación.

—¿Y nada más?

—Con la simpatía.

—¡Ah, señora!, una palabra más —exclamó el barón—, ¿qué os cuesta hacerme completamente feliz?

Clara hizo hacia Canolles un movimiento rápido, le tendió la mano, y abrió la boca para añadir: —Con amor.

Pero al mismo tiempo que sus labios, se abrieron las puertas, y apareció el fingido capitán de guardias acompañado de Pompeyo.

—En Jaulnay concluiré —dijo la vizcondesa.

—¿Vuestra frase o vuestro pensamiento?

—Una y otro. La primera exprime siempre el segundo.

—Señora —dijo el capitán de guardias—, los caballos de Vuestra Alteza están enganchados.

—Fingid admiración —dijo la vizcondesa muy quedo al joven. Canolles mostró una sonrisa de compasión, dirigida a sí mismo.

—¿Adónde va Vuestra Alteza? —preguntó.

—Parto.

—¿Pero acaso ha olvidado Vuestra Alteza que tengo orden de Su Majestad de no abandonaros un instante?

—Caballero, vuestra misión ha terminado.

—¿Qué queréis decir?

—Que yo no soy Su Alteza la señora de Condé, sino la vizcondesa de Cambes, su primera dama de honor. La señora princesa partió ayer noche, y yo voy a reunirme con Su Alteza.

El barón quedó inmóvil, le repugnaba visiblemente continuar en la ejecución de semejante farsa ante un público de lacayos. La señora de Cambes, para animar a Canolles, le cobijó con su dulce mirada. Esta mirada le dio algún valor.

—Luego se ha engañado el rey —dijo él—. ¿Y el señor duque de Enghien, dónde está?

—He ordenado a Perico volver a sus acirates y a sus flores —dijo una voz grave a la entrada del aposento.

Esta voz era la de la princesa viuda, que estaba en pie en la puerta, sostenida por dos damas de confianza.

—Volved a París, a Nantes, a San Germán; volved a la corte, en fin; vuestra misión aquí ha terminado. Decid al rey que las personas a quien se persigue, han recurrido a la astucia, cosa que anula su empleo de la fuerza.

—Sois, sin embargo, muy dueño de permanecer en Chantilly para velar sobre mi designio. Conque, señor barón, Dios os guarde. Canolles, abochornado, apenas se sintió con fuerza para inclinarse, mirando a la señora de Cambes y murmurando en tono de reproche:

—¡Señora, señora!

La vizcondesa comprendió aquella mirada, y entendió estas palabras; y dirigiéndose a la viuda, dijo: —Permítame Vuestra Alteza ejecutar aun por un momento el papel de princesa. Quiero dar las gracias al señor barón de Canolles, en nombre de los ilustres señores que han abandonado este castillo, por el respeto que ha mostrado y la delicadeza de que ha hecho uso en el

cumplimiento de una misión tan difícil. Me atrevo a pensar, señora, que Vuestra Alteza es de este parecer, y a esperar en consecuencia que unirá sus acciones de gracias a las mías.

La viuda, movida por estas palabras tan firmes, entreviendo tal vez en ellas con su profunda sagacidad una de las caras de aquel nuevo secreto ingerido en el primero, pronunció entonces con voz no exenta de cierta emoción, las siguientes palabras:

—Caballero, para todo cuanto habéis hecho contra nosotros, olvido, para cuanto habéis hecho en favor de nuestra casa, gratitud.

Canolles puso una rodilla en tierra ante la princesa, que le dio a besar la misma mano que tantas veces había besado Enrique IV.

Éste era el complemento de la escena, la irremisible despedida, y ya no le quedaba al barón más recurso que partir, como iba a hacerlo la señora de Cambes.

Retiróse, pues, a su habitación, y apresuróse a escribir a Mazarino el pliego más desesperado que pudo concebir, este pliego debía sustraerle a las primeras impresiones del momento de sorpresa. Atravesó después las filas de los sirvientes del castillo, no sin temor de recibir sus insultos, y bajó hasta el patio, en que se le tenía dispuesto su caballo.

En el momento de poner el pie en el estribo, una voz imperiosa pronunció estas palabras:

«Honor al enviado de Su Majestad el rey nuestro señor».

Estas palabras hicieron humillar todas las frentes ante el barón, que después de haberse inclinado ante la ventana en que se hallaba la princesa, metió espuelas al caballo y desapareció con la cabeza erguida.

Castorín, desencantado del hermoso sueño que Pompeyo en su precaria calidad de mayordomo le había inspirado, siguió a su amo cabizbajo.

XV

Los enganchadores

Tiempo es ya de volver la vista a uno de los personajes más importantes de esta historia, que montado en un hermoso caballo, sigue la ruta de París a Burdeos, rodeado de cinco compañeros, cuyos ojos chispeaban al menor choque de saco lleno de escudos de oro que el teniente Ferguzón lleva pendiente del arzón de su silla. Esta armonía regocijaba y recreaba a la

cuadrilla, como el sonido del parche y de los instrumentos reanima a los soldados en las marchas.

—No importa, no —decía uno de los seis hombres—, diez mil libras es un hermoso dinero.

—Es decir —contestó Ferguzón—, que éste sería un dinero muy bueno si no debiera nada a nadie; pero este dinero debe una compañía a la señora princesa, nimium satis est, como dice la antigüedad, lo que puede traducirse con estas palabras: lo demasiado sólo puede ser bastante.

—Pero, querido Barrabás, nosotros no tenemos el famoso bastante que corresponde al demasiado.

—Que no nos vaya a salir caro el bien parecer —dijo Cauviñac—, todo el dinero del colector real se ha convertido en arneses, justillos y brocados. Estamos flamantes como unos señores, y llevamos nuestro lujo hasta el extremo de tener bolsas; verdad es que nada tienen dentro. ¡Oh, apariencia!

—Hablad por nosotros, capitán, y no por vos —repuso Barrabás—. Vos tenéis una bolsa con diez mil libras.

—Amigo —dijo Cauviñac—, tú no has entendido, o has comprendido mal lo que Ferguzón acaba de decir respecto a nuestras obligaciones hacia la princesa.

—Yo no soy de esos que se comprometen a una cosa y hacen otra. El señor Lenet me ha entregado diez mil libras para alzar una compañía y la alzaré aunque el demonio me lleve.

—Ahora me resta otras cuarenta mil el día en que esté formada; y si entonces no paga esas cuarenta mil libras, nos veremos…

—¡Con diez mil libras! —exclamaron en coro cuatro voces irónicas, porque sólo Ferguzón, plenamente confiado en los recursos de su jefe, parecía estar convencido de que Cauviñac llevaría a cabo lo que había prometido.

—¡Con diez mil libras alzaréis una compañía!

—Sí —dijo Cauviñac—; aunque se deba añadir algo más.

—¿Y quién ha de añadir ese algo más? —preguntó una voz.

—No seré yo —dijo Ferguzón.

—Entonces, ¿quién? —preguntó Barrabás.

—¡Pardiez! El primero que caiga. Esperad; justamente veo un hombre allá abajo, en el camino. Vais a ver…

—Ya comprendo —dijo Ferguzón.

—¿Y nada más?

—Admiro.

—Sí —dijo uno de los caballeros aproximándose a Cauviñac—, comprendo perfectamente que tratáis de cumplir vuestra promesa, capitán; sin embargo, pudiéramos perder mucho por el bien parecer. Hoy somos necesarios; pero si mañana se alza la compañía, se pondrán en ella oficiales de confianza, y se nos despedirá a nosotros, después de haber tenido el trabajo de formarla.

—Sois un necio, en cinco letras, amigo Carrotel; y no es ésta la primera vez que os lo digo —repuso Cauviñac—. El miserable razonamiento que acabáis de hacer os priva del grado que os destinaba en la compañía; porque es evidente que nosotros seremos los seis oficiales de este pequeño ejército. Tenía intenciones de nombraros subteniente de un tirón, Carrotel; pero no seréis más que sargento. Barrabás, vos que nada habéis dicho, y merced a la mezquindad que acabáis de oír, ocuparéis ese puesto hasta tanto que ahorquen a Ferguzón; en cuyo caso ascenderéis a teniente por derecho de antigüedad.

—Pero no perdamos de vista a mi soldado, que percibo allá abajo.

—¿Pero tenéis alguna idea de quién es ese hombre, capitán? —dijo Ferguzón.

—Ninguna.

—Debe ser paisano. Trae una capa negra.

—¿Estás seguro?

—Mirad cómo la levanta el viento. ¿Lo veis?

—Si trae capa negra debe ser hacendado; entonces tanto mejor. La compañía que vamos a reclutar es para el servicio de los príncipes, y es necesario que se componga de buena gente. Si fuera para ese modrego de Mazarino, cualquier cosa era buena; pero para los príncipes, ¡ah, Ferguzón! Tengo la idea de que mi compañía me ha de honrar, como dice Falstaff.

Toda la cuadrilla metió espuelas para atrapar al paisano, que iba tranquilamente por en medio del arrecife.

Cuando el digno hombre, que iba montado en una buena mula, vio a los brillantes caballeros que venían a galope, se apartó respetuosamente a un lado del camino, y saludó a Cauviñac.

—Es atento —dijo éste—, buen principio; pero no sabe el saludo militar, y será necesario enseñárselo.

Cauviñac le devolvió el saludo; y colocándose después a su lado, le dijo:

—Caballero, ¿queréis decirme si amáis al rey?

—¡Pardiez! —respondió el paisano.

—¡Admirable! —dijo Cauviñac moviendo los ojos con alegría.

—¿Y a la reina?

—Indudablemente.

—¡Excelente! ¿Y al señor de Mazarino?

—¡El señor de Mazarino es un gran hombre, caballero, y le admiro!

—Perfectamente. En ese caso —continuó Cauviñac—, tenemos el gusto de encontrar un buen servidor de Su Majestad.

—Caballero, me glorío de ello.

—¿Y estáis dispuesto a darle pruebas de vuestro celo?

—En todas ocasiones.

—¡Esto es magnífico! No hay como las carreteras para proporcionar semejantes encuentros.

—¿Qué queréis decir? —dijo el paisano, empezando a mirar a Cauviñac con cierta inquietud.

—Quiero decir, caballero, que es necesario que nos sigáis.

El paisano dio sobre la silla un salto de sorpresa y terror.

—¡Seguiros! ¿Y a dónde, caballero?

—No sé a punto fijo a donde vamos.

—Caballero, yo no viajo sino en compañía de las personas que conozco.

—Eso es muy justo, y al mismo tiempo propio de un hombre prudente. Voy, pues, a deciros quiénes somos.

El paisano hizo un movimiento como para indicar que ya creía haberlo adivinado. Cauviñac continuó, sin darse por entendido de este movimiento.

—Yo soy Rolando de Cauviñac, capitán de una compañía que está ausente, es verdad, pero dignamente representada por Luis Gabriel Ferguzón, mi teniente; por Jorge Guillermo Barrabás, mi subteniente; por Ceferino Carrotel, mi sargento, y por esos otros señores, que uno es mi furriel y el otro mi aposentador. Ya nos conocéis, caballero —añadió Cauviñac con la más franca sonrisa—, y así me atrevo a esperar que ya no nos tendréis antipatía.

—Pero, señor —respondió el paisano—, yo he servido ya a Su Majestad en la milicia urbana, y pago tal cual mis impuestos, cuotas, cargos, etcétera.

—Ya, concedo, caballero —continuó Cauviñac—; pero no os engancho para servir a Su Majestad, sino a los señores príncipes, cuyo indigno representante veis en mí.

—¡Al servicio de los príncipes, que son enemigos del rey! —exclamó el paisano cada vez más admirado—. Entonces, ¿por qué me preguntabais si amaba a Su Majestad?

—Porque, mi amigo, si no hubieseis amado al rey, si hubieseis acusado a la reina y blasfemado del señor de Mazarino, me hubiera guardado muy bien de molestaros separándoos de vuestras ocupaciones; pues en tal caso me hubierais sido sagrado como un hermano.

—Pero, en fin, caballero yo no soy ningún esclavo.

—Yo no soy un siervo.

—No, señor; sois soldado, es decir, perfectamente libre de aspirar a ser capitán, como yo, o mariscal de Francia, como el señor de Turena.

—Caballero, yo he pleiteado mucho en mi vida.

—¡Ah! Tanto peor, tanto peor; es una costumbre pícara la de los pleitos. Yo jamás he tenido pleitos, lo que tal vez sea por haber estudiado para abogado.

—Pero pleiteando he aprendido las leyes del reino.

—Eso es muy largo de contar. Sabéis, caballero, que desde las Pandectas de Justiniano hasta el acuerdo del parlamento rebatido a la muerte del mariscal de Ancre, en que se decide que jamás un extranjero podrá ser ministro de Francia, hay diez y ocho mil setecientas setenta y dos leyes, sin contar las reales órdenes, decretos y edictos gubernativos; pero, en fin, hay organizaciones privilegiadas dotadas de una memoria maravillosa; Pic de la Mirandola hablaba doce lenguas a los diez y ocho años. ¿Y qué fruto habéis sacado del conocimiento de esas lenguas? —dijo Cauviñac.

—El fruto… el fruto de saber que sin autorización no se puede detener a nadie en medio de un camino real.

—La tengo, amigo. Vedla aquí.

—¿De la señora princesa?

—De Su Alteza, misma Y Cauviñac se alzó ligeramente el sombrero.

—Pero qué, ¿hay dos reyes en Francia? —exclamó el paisano.

—Sí, señor, y ved ahí por lo que tengo el honor de reclamar vuestra asistencia, y por lo que miro como un deber alistaros a su servicio.

—Apelaré al parlamento, caballero.

—Ése es un tercer rey, efectivamente, a quien también tendréis probablemente ocasión de servir. Nuestra política no tiene límites. Conque, andando, mi amigo.

—Eso es imposible, señor; se me espera para cierto asunto.

—¿Dónde?

—En Orléans.

—¿Quién?

—Mi procurador.

—¿Para qué?

—Para un asunto de dinero.

—¡El primer asunto es el servicio del Estado, caballero! —¿No puede el Estado pasar absolutamente sin mí?

—¡Contamos con vos! Y en verdad que nos haréis falta; sin embargo, si, como decís, vais a Orléans por un asunto de dinero…

—Sí, señor; por un asunto de dinero.

—¿De cuánto?

—De cuatro mil libras.

—¿Que vais a recibir?

—No; que voy a dar.

—¿A vuestro procurador?

—Justamente, caballero.

—¿Por un pleito ganado?

—No; perdido.

—En efecto, eso merece consideración… ¡Cuatro mil libras!

—Cuatro mil libras.

—Ésa es justamente la cantidad que desembolsaréis, dado caso que Sus Altezas los príncipes consientan en admitir un sustituto mercenario en reemplazo de vuestros servicios.

—Con cien escudos pago un sustituto, yo.

—¡Un sustituto de vuestra clase; un sustituto que monte en mula los pies hacia afuera, como vos; un sustituto que sepa diez y ocho mil setecientas

setenta y dos leyes! Vamos caballero, para un hombre ordinario, concedo, serían suficientes cien escudos; pero si nos contentamos con hombres ordinarios, no podremos hacer frente al rey. Nada, nada, necesitamos hombres de vuestro mérito, de vuestro rango y talle. ¡Qué diablos!, no rebajéis vuestro mérito. ¡Me parece que bien valéis cuatro mil libras!

—Ya veo adonde se quiere venir a parar —exclamó el paisano—; esto es un robo a mano armada.

—Caballero, nos insultáis —dijo Cauviñac—, y os desollaríamos vivo para reparar ese insulto, si no tuviésemos que mantener una buena reputación en los ejércitos de los príncipes; no, no se dirá tal de nosotros. Dadme vuestras cuatro mil libras, pero no vayáis a creer que sea esto una exacción; al menos es menester que lo creáis así.

—¿Y quién le pagará entonces a mi procurador?

—Nosotros.

—¿Vosotros? ¿Pero me daréis un recibo?

—En regla.

—¿Firmado por él?

—Firmado por él.

—En ese caso, ya es otra cosa.

—Ya veis.

—¿Conque aceptáis?

—Preciso será, puesto que no puedo hacer otra cosa.

—Ahora, dadnos las señas de la habitación del procurador, y algunas nociones indispensables.

—Ya os he dicho que era una condena, resultado de un pleito perdido.

—¿Contra quién?

—Contra un tal Biscarrós, demandante como heredero de su mujer, que era natural de Orléans. —¡Atención!— dijo Ferguzón.

Cauviñac hizo con el rabo del ojo una seña, que quería decir:

—Nada temas; estoy a la mira.

—Biscarrós —dijo Cauviñac—, ¿no es un posadero de las cercanías de Liburnio?

—Justamente. Que habita entre esa ciudad y San Martín de Cubzac.

—En la posada del «Becerro de Oro».

—El mismo.

—¿Le conocéis?

—Un poco.

—¡El miserable! Hacerme condenar al pago de una cantidad…

—¿Que no le debíais?

—Sí tal… pero que no esperaba pagarle.

—Comprendo; es cosa dura.

—Por lo tanto, os juro que estimaría más ver ese dinero en vuestras manos que no en las suyas.

—En ese caso, creo que quedaréis contento.

—Pero, ¿y mi recibo?

—Venid con nosotros y le obtendréis en debida forma.

—¿Cómo lo conseguiréis?

—Eso me toca a mí.

Siguieron caminando hacia Orléans, adonde llegaron cerca de las dos. El paisano condujo a los enganchadores a la posada más próxima a su procurador. Era esta posada un horrible degolladero, con la enseña de la «Paloma del Diluvio».

—¿Cómo se va a componer esto? —dijo entonces el paisano—. Yo bien quisiera no deshacerme de mis cuatro mil libras sino en cambio de mi recibo.

—Eso es lo de menos. ¿Conocéis la letra de vuestro procurador?

—Perfectamente.

—¿Y dándoos su recibo, no tendréis ninguna dificultad en entregarnos vuestro dinero?

—Ninguna. Pero sin el dinero no dará recibo mi procurador.

—¡Oh! Le conozco muy bien.

—Yo anticipo la suma —dijo Cauviñac.

Y sacando al mismo tiempo de su bolsa cuatro mil libras, dos mil de ellas en luises y el resto en medias pistolas, alineó las pilas ante los ojos admirados del paisano.

—Se necesita saber cómo se llama vuestro procurador.

—Maese Robodín.

—Pues bien; tomad una pluma y escribid.

El paisano obedeció.

«Maese Robodín, os remito las cuatro mil libras de costas e intereses en que he sido condenado contra Maese Biscarrós, que sospecho hará de ellas un uso culpable.

Tened la bondad de entregar al portador vuestro recibo en forma».

—¿Y qué más? —preguntó el paisano.

—La fecha y la firma.

El paisano puso la fecha y la firma.

—Toma esta carta y este dinero —dijo Cauviñac a Ferguzón—; disfrázate de molinero, y ve a casa del procurador.

—¿Y qué es lo que voy a hacer con el procurador?

—Darle ese dinero, y traerte su recibo.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—No comprendo.

—Ni os hace falta; así saldrá mejor la comisión.

Ferguzón tenía gran confianza en su capitán, y sin replicar, se encaminó a la puerta.

—Decid que nos suban vino del mejor —dijo Cauviñac—; debe estar alterado el señor.

Ferguzón saludó en señal de obediencia y salió. Media hora después volvió y encontró a Cauviñac sentado a la mesa con el paisano; ambos estaban haciendo los honores a ese famoso vinillo de Orléans, que tanto alegraba el palacio gascón de Enrique IV.

—¿Y bien? —preguntó Cauviñac.

—Y bien, aquí está el recibo.

—¿Es éste? —dijo Cauviñac, pasando el pedazo de papel timbrado al paisano.

—El mismo.

—¿Está en regla?

—Perfectamente.

—¿No tendréis ya ninguna dificultad en entregarme contra este recibo vuestro dinero?

—Ninguna.

—Dádmelo, pues.

El paisano contó las cuatro mil libras; Cauviñac las metió en su bolsón, donde reemplazaron a las ausentes.

—¿Y esto mediante soy ya libre? —dijo el paisano.

—¡Oh, sí! A menos que no tengáis empeño en servir.

—No personalmente; pero…

—¿Qué?… Veamos —dijo Cauviñac—, tengo un presentimiento de que no nos hemos de separar sin hacer algún otro negocio.

—Puede ser —dijo el paisano completamente tranquilo por la posesión de su recibo—; pues habéis de saber que tengo un sobrino.

—¡Ah, ya!

—Mozo terco y camorrista.

—Del cual desearíais veros libre.

—No precisamente; pero me parece que sería un buen soldado.

—Enviádmele, que yo me encargo de hacerle un héroe.

—¿Conque le alistaréis?

—Con mucho gusto.

—También tengo un ahijado, mozo de mérito, que piensa recibir las órdenes, y por el cual estoy obligado a pagar una gruesa pensión.

—De suerte que preferiríais tomase el mosquete, ¿no es así? Enviadme el ahijado con el sobrino, y os costará quinientas libras por entrambos, nada más.

—¿Quinientas libras? No comprendo.

—Sin duda, al entrar se paga.

—Entonces, ¿por qué me queríais pagar por no entrar?

—Ésas son razones particulares. Vuestro sobrino y vuestro ahijado deben pagar doscientas cincuenta libras cada uno, y no volveréis a saber más de ellos.

—¡Cáspita! Muy seductor es eso que me decís. ¿Y estarán bien?

—Es decir, que una vez que le hayan tomado el gusto al servicio bajo mis órdenes, no querrán trocar su posición por la del emperador de la China. Preguntad a esos señores cómo los trato.

—¡Responded, Barrabás, Carrotel!

—Es cierto —dijo Barrabás que vivimos como unos señores.

—¿Y cómo están vestidos? Mirad.

Carrotel hizo una pirueta girando sobre un pie, a fin de mostrar a todas luces su magnífico traje.

—El hecho es que no hay nada que decir con respecto al porte.

—Nada. ¿Y qué, me enviaréis a vuestros dos jóvenes?

—Eso quisiera. ¿Os detendréis aquí mucho tiempo?

—No, mañana temprano partimos; pero a fin de esperarles iremos al paso. Dadnos las quinientas libras, y es negocio concluido.

—No tengo más que doscientas cincuenta.

—Bien, ellos pueden traer las otras doscientas cincuenta, lo cual os servirá de pretexto para enviármelos; porque sin un pretexto, sospecharían algo.

—Pero es muy fácil —dijo al paisano—, que me contesten que uno sólo basta para la comisión.

—Decidles que los caminos no están seguros, y le dais a cada uno ciento veinte y cinco libras; éste será un adelanto hecho sobre su sueldo.

—El paisano abrió los ojos admirado.

—En verdad —dijo—, no hay como los militares para salir de cualquier atolladero.

Y después de haber contado las doscientas cincuenta libras, que entregó a Cauviñac, se marchó pasmado de haber encontrado ocasión de colocar por quinientas libras a un sobrino y un ahijado, que le costaban al año más de cien pistolas.

XVI

El falso exento y el fingido colector

—Ahora, señor Barrabás —dijo Cauviñac—, ¿lleváis en vuestra maleta algún vestido un poco menos lujoso que el puesto, y que os dé el aire de

empleado de impuestos y resguardos?

—Tengo el del colector, que sabéis tenemos…

—¡Bien, muy bien! ¿Y tenéis su nombramiento?

—El teniente Ferguzón me había dicho que no se extraviase, y lo he guardado con mucho cuidado.

—El teniente Ferguzón es el hombre más previsor que conozco. ¡Ea! Vestíos de colector y tomad ese nombramiento.

Barrabás salió, y al cabo de diez minutos volvió completamente transformado. Encontró a Cauviñac vestido de negro, que se parecía, a no dudarlo, a un empleado de justicia.

Ambos se encaminaron a casa del procurador. Maese Rabodín habitaba en un tercer piso en el fondo de un departamento, que se componía de una antesala, un despacho y un gabinete, sin duda habría otras piezas; pero como éstas no se abrían a los clientes, no hablaremos de ellas.

Cauviñac atravesó la antesala, dejó a Barrabás en el despacho, echó al pasar una mirada apreciadora sobre los dos escribientes, que estaban al parecer ocupados en garrapatear, y pasó a su sancta sanctorum.

Maese Rabodín estaba sentado ante un bufete tan lleno de legajos, que el digno procurador parecía que estaba encerrado bajo las sumarias, expedientes y autos.

Era éste un hombre alto, seco y amarillo; llevaba un vestido negro pegado a sus enjutos miembros, como la piel de la anguila va unida a su cuerpo. Al sentir el ruido de los pasos de Cauviñac, enderezó su largo tronco encorvado, levantando la cabeza que entonces sobrepujó al baluarte de papeles que le rodeaba. Brillaban tanto los ojillos del procurador con un reflejo sombrío de avaricia y codicia, que Cauviñac creyó por un instante haber encontrado al basilisco animal que los sabios modernos miran como fabuloso.

—Caballero —dijo Cauviñac—, dispensad si me presento así en vuestro aposento sin anunciarme —pero añadió sonriendo del modo más atractivo—; éste es un privilegio de mi cargo.

—Un privilegio de vuestro cargo —dijo Maese Rabodín.

—¿Y tendréis la bondad de decirme cuál es vuestro cargo?

—Soy exento de Su Majestad.

—¿Exento de Su Majestad?

—Tengo ese honor.

—Caballero, no os comprendo.

—Vais a comprenderme. ¿Conocéis a Maese Biscarrós, no es cierto?

—Es verdad que lo conozco; es mi cliente.

—¿Qué pensáis de él? Si no lo tenéis a mal.

—¿Qué pienso?

—Sí.

—¡Pienso… pienso… psí! Que es un hombre muy guapo.

—Pues bien, caballero, estáis equivocado.

—¿Conque estoy equivocado?

—Vuestro hombre guapo es un rebelde.

—¡Cómo, un rebelde!

—Sí, señor; un rebelde que se estaba aprovechando de la posición aislada de su posada para constituirla en foco de conspiración.

—¡De veras!

—Que se había comprometido a envenenar al rey, a la reina y al señor de Mazarino, si por acaso parasen en su posada.

—¡De veras!

—Y a quien acabo de prender y conducir a las cárceles de Liburnio, por la prevención de un crimen de esa majestad.

—Caballero, me sofocáis —dijo Maese Rabodín apoyándose de espadas en un sillón.

—Hay más, caballero —continuó el supuesto exento—, y es que os halláis comprometido en este negocio.

—¿Yo, señor? —exclamó el procurador pasando de amarillo-limón a verde-manzana—; ¡yo comprometido! ¿Y cómo es eso?

—Vos tenéis una suma, que el infame Biscarrós destinaba al pago de una armada rebelde.

—Es cierto, caballero, que he recibido por él…

—Una suma de cuatro mil libras; se le ha dado la tortura de los borceguíes, y a la octava punta ha confesado el miserable que esa suma debía hallarse en vuestro poder.

—Lo está efectivamente, pero no hace más que un momento que la tengo.

—¡Tanto peor, caballero, tanto peor!

—¿Por qué es peor?

—Porque voy a verme en la precisión de asegurar vuestra persona.

—¿Mi persona?

—Sin duda. El auto de acusación os designa como cómplice.

El procurador pasó de verde-manzana a verde-botella.

—¡Ah! Si no hubieseis recibido esa suma —continuó Cauviñac—, sería otra cosa; pero vos confesáis que la habéis recibido, y ya conocéis que esto es un instrumento de convicción.

—Caballero, y si estoy pronto a entregarla, si os la doy ahora mismo, si declaro que no tengo ninguna relación con el miserable Biscarrós, si le desmiento…

—No por eso dejarán de pesar sobre vos graves sospechas. Sin embargo, debo deciros que la inmediata devolución del dinero…

—Sí, señor, ahora mismo —exclamó Maese Rabodín.

—Todavía está el dinero, ahí en el talego en que se me ha mandado; no he hecho más que examinar la suma, nada más.

—¿Y es exacta?

—Contadla vos mismo, señor; contadla vos mismo.

—No, de ningún modo; yo no tengo facultad para tocar al dinero de Su Majestad. Pero viene conmigo el recaudador de Liburnio, que se le ha ordenado me acompañe para entenderse de las diferentes sumas que el infame Biscarrós diseminaba de este modo para reunirlas en caso necesario.

—En efecto, me había encargado, que así que recibiese esas cuatro mil libras, se las hiciese remitir sin dilatación.

—Lo veis, sin duda sabe ya que la princesa se ha fugado de Chantilly con dirección a Burdeos, y el miserable reunía todos esos recursos para hacerse jefe de partido.

—¿Y vos no sospechabais nada?

—Nada, señor; nada.

—¿Nadie os había avisado?

—Nadie.

—¿Cómo tenéis atrevimiento de decir eso? —exclamó Cauviñac extendiendo el dedo hacia la carta del paisano, que había quedado abierta entre

otros varios papeles sobre el bufete de Maese Rabodín—. ¿Cómo decís eso, cuando vos mismo me suministráis la prueba en contrario?

—¿Cómo la prueba?

—¡Válgame Dios! Leed.

Rabodín leyó con voz trémula:

«Maese Rabodín, os remito las cuatro mil libras de costas e intereses en que he sido condenado contra Maese Biscarrós, que sospecho hará de ellas un uso culpable».

—¡Un uso culpable! —repitió Cauviñac—, ya veis que la horrible conducta de vuestro cliente se ha extendido hasta aquí.

—¡Caballero, estoy aterrado! —dijo el procurador.

—No debo ocultaros, caballero —dijo Cauviñac—, que mis órdenes son severas.

—Os juro que soy inocente.

—¡Pardiez! Lo mismo decía Biscarrós antes de aplicarle la tortura; pero al quinto clavo cambió de lenguaje.

—Os digo, caballero, que estoy dispuesto a entregaros el dinero. Vedle ahí, tomadle, pues ya me pincha.

—Hagamos las cosas en regla —dijo Cauviñac—. Ya os he dicho que no tengo facultad para tocar el dinero del rey.

Y dirigiéndose entonces hacia la puerta, dijo:

—Venid, señor recaudador; cada cual a su oficio.

Barrabás entró.

—El señor lo confiesa todo —continuó Cauviñac.

—¡Cómo que lo confieso todo! —exclamó el procurador.

—Sí; vos habéis confesado que estabais en correspondencia con Biscarrós.

—Señor, yo no he recibido nunca más que dos cartas suyas, y no le he escrito más que una.

—El señor confiesa que tiene fondos pertenecientes al acusado.

—Ahí están, señor. Jamás he recibido por cuenta suya más que esas cuatro mil libras, que estoy pronto a entregaros.

—Señor colector —dijo Cauviñac—, justificad vuestra identidad por medio de vuestro despacho; contad ese dinero, y dad un recibo de él en

nombre de Su Majestad.

Barrabás tendió su nombramiento al procurador, que le rechazó con la mano, temiendo hacerle una injuria leyéndolo.

—Ahora —dijo Cauviñac—, mientras que Barrabás, temeroso de equivocarse, contaba el dinero; ahora es menester seguirme.

—¿Seguiros?

—Sin duda. ¿No os he dicho que sois sospechoso?

—¡Pero, señor! Os juro no tiene Su Majestad un servidor más leal que yo.

—Nada hay más fácil que afirmar, vos mejor que nadie lo sabéis, señor procurador; y en justicia no basta con la afirmación del presunto reo, se necesitan pruebas.

—Pruebas, las daré.

—¿Cuáles?

—Toda mi vida pasada.

—Eso no es bastante; es menester una garantía para lo futuro.

—Indicadme lo que sea preciso, y lo haré.

—Hay un excelente medio de probar de manera incontestable vuestra lealtad al rey.

—¿Cuál?

—En este momento se encuentra en Orléans un capitán amigo mío, que forma una compañía para el rey.

—¿Y bien?

—Deberíais alistaros es esa compañía.

—¿Yo, caballero? ¡Un procurador!…

—El rey tiene mucha necesidad de procuradores, caballero, porque sus negocios andan muy embrollados.

—Lo haría con mucho gusto, señor; pero ¿y mi despacho?

—Vuestros oficiales le desempeñarán.

—¡Es imposible! ¿Y las firmas?

—Disimulad, señor, si me mezclo en la conversación —dijo Barrabás.

—¿Cómo? —dijo el procurador—, hablad, caballero, hablad.

—Me parece que si en su lugar el señor, que haría un triste soldado…

—Sí señor, muy triste, tenéis razón —contestó el procurador.

—Si este caballero ofreciese a vuestro amigo, o mejor dicho al rey…

—¿Qué?, caballero; ¿qué puedo ofrecer al rey?

—Sus dos escribientes.

—Sin duda alguna —exclamó el procurador—; seguramente, y con mucho gusto. Que tome vuestro amigo los dos, se los doy; y que son dos mocitos dos claveles.

—El uno de ellos me parece un niño.

—¡Quince años, señor, quince años! Y una fiera prodigiosa para tirar de un tambor. Venid acá, Fricotín.

Cauviñac hizo una seña con la mano, para indicar que deseaba se dejase a Fricotín donde estaba.

—¡El otro! —continuó.

—Tiene diez y ocho años, cinco pies y seis pulgadas; es aspirante de portero en San Salvador, y por consiguiente, ya conoce el manejo de la alabarda. Venid acá, Chalumeau.

—Pero es horriblemente vizco, según me ha parecido —dijo Cauviñac haciendo una segunda seña igual a la primera.

—Tanto mejor, caballero, tanto mejor; así le pondréis centinela, y como estará al raso, verá a un mismo tiempo a derecha e izquierda, mientras que los demás no ven sino lo que tienen delante.

—Sí, es una ventaja, ya lo sé; pero bien comprendéis que el rey tiene mucho en qué pensar. Para pleitear a cañonazos hay más que hacer que para pleitear de palabras; el rey no puede encargarse del equipo de esos dos mocitos; hará bastante si cuida de su instrucción y de su sueldo.

—Caballero —dijo Maese Rabodín—, si no es necesario más que eso para probar mi fidelidad al rey… ¡vamos, haré un sacrificio!

Cauviñac y Barrabás cambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Qué opináis, señor colector? —dijo Cauviñac.

—Pienso que el señor parece hombre de bien —repuso Barrabás.

—Y que por consiguiente es necesario tener con él alguna consideración. Dad al señor un recibo de quinientas libras.

—¡Quinientas libras!

—Un recibo, expresando ser dicha cantidad para el equipo de dos reclutas,

que el celo de Maese Rabodín ofrece a los ejércitos de Su Majestad.

—Pero al menos, mediante este sacrificio, caballero, ¿podré quedar tranquilo?

—Sin duda.

—¿No se me inquietará?

—Así lo espero.

—¿Y si contra toda justicia se me persiguiese?

—Apelad a mi testimonio.

—¿Pero consentirán vuestros dos escribientes?

—Con mil amores.

—¿Estáis seguro?

—Sí, señor. Sin embargo, convendría no decirles…

—El honor que les espera, ¿no es eso?

—Sería lo más prudente.

—¿Y cómo haremos eso?

—Muy sencillamente; se los mando a vuestro amigo.

—¿Cómo se llama?

—El capitán Cauviñac.

—Se los mando a vuestro amigo el capitán Cauviñac con cualquier pretexto; aunque valdría más que fuese fuera de Orléans para evitar un escándalo.

—Sí, y para que no les dé el deseo a los orleaneses de azotaros con varas, como comandó hacer Camilo con aquel maestro de escuela de la antigüedad…

—Sí, los enviaré fuera de la ciudad.

—A la carretera de Orléans a Tours, por ejemplo.

—A la primera posada.

—Y allí se encontrarán con el capitán Cauviñac a la mesa, que les ofrecerá un vaso de vino proponiéndoles que brinden a la salud del rey; beban con entusiasmo, y catarlos ya hechos soldados.

—Perfectamente; ahora podéis llamarlos.

El procurador llamó a los dos jóvenes. Fricotín era un truhanzuelo de cuatro pies no cabales, vivo, despierto y fornido; Chalumeau era un simplón

de cinco pies y seis pulgadas delgado como un hisopo y colorado como un rábano.

—Señores —dijo Cauviñac—, Maese Rabodín, vuestro procurador, os quiere encargar de una misión de confianza; quiere que mañana por la mañana vayáis a la primera venta que se encuentra en el camino de Orléans a Blois, a recoger un legajo de piezas relativas a un proceso formado por el capitán Cauviñac contra el señor de Larochefoucault; por este paseo os regalará Maese Rabodín veinte y cinco libras a cada uno.

Fricotín, mozo naturalmente crédulo, dio un salto de tres pies.

Chalumeau, cuyo carácter era desconfiado, miró a la vez a Cauviñac y al procurador con una expresión de duda, que le hacía tres veces más vizco de lo que era.

—Pero —dijo Maese Rabodín con viveza—, esperad un momento; yo no me he obligado a dar esas cincuenta libras.

—Maese Rabodín —continuó el falso exento—, se reintegrará de esa suma, con los honorarios del proceso entre el capitán Cauviñac y el duque de Larochefoucault.

Maese Rabodín bajó la cabeza, lo habían pillado en el garlito, y no había más recurso que pasar por ello o ir a la cárcel.

—Vamos —dijo el colector—; mirad cómo había previsto vuestros deseos.

Y le entregó un papel, en que había escrito estas líneas:

«He recibido de Maese Rabodín, fidelísimo súbdito de Su Majestad, a título de ofrenda voluntaria, la cantidad de quinientas libras para ayudarle en la guerra contra los príncipes».

—Si os parece —dijo Barrabás—, añadiré los dos escribientes en el recibo.

—No, no —dijo con viveza el procurador—. Está perfectamente así.

—A propósito —dijo Cauviñac a Maese Rabodín—, decid a Fricotín que lleve su tambor, y Chalumeau que se arme con su alabarda; esto menos habrá que comprar.

—¿Pero, bajo qué pretexto queréis que les haga este encargo?

—¡Pardiez! Bajo pretexto de distraerse por el camino.

Después de esto, el falso exento y el fingido colector se retiraron, dejando a Maese Rabodín completamente aturdido por el peligro que habría corrido, y muy contento de haberse salvado a tan poca costa.

XVII

Las dos rivales

A la mañana siguiente sucedió cuanto había previsto Cauviñac, el sobrino y el ahijado llegaron los primeros, ambos montados sobre sus caballos; más tarde Fricotín y Chalumeau, el uno con su tambor y el otro con su alabarda. Mucho fue necesario vencer por una y otra parte, cuando se les explicó que estaban alistados al servicio de los príncipes; pero todas las dificultades se allanaron ante las amenazas de Cauviñac, las promesas de Ferguzón y la lógica de Barrabás.

Los caballos del sobrino y el ahijado se destinaron a conducir los equipajes; y como era una compañía de infantería la que tenía encargo de formar Cauviñac, los dos nuevos reclutas nada tuvieron que decir.

Pusiéronse en camino. La marcha de Cauviñac se asemejaba a un verdadero triunfo. El ingenioso partidario había encontrado el medio de atraer a la guerra los más tenaces partidarios de la paz. A unos hacía abrazar la causa del rey, y a otros la de los príncipes. Quienes creían servir al parlamento, quienes al rey de Inglaterra, y hubo quien propusiese una excursión a la Escocia para reconquistar sus Estados. Ya desde luego había mediado alguna diferencia en los colores, alguna discordancia en las reclamaciones, que el teniente Ferguzón, a pesar de su persuasión, había tenido que someter por fuerza a la regla de la obediencia pasiva. Sin embargo, con la ayuda de un misterio continuo y necesario, respecto al éxito de la opinión, soldados y oficiales se dejaban conducir, sin saber lo que iba a ser de ellos. A los cuatro días de haber salido Cauviñac de Chantilly, había reunido veinticinco hombres. Muchos ríos formidables al desembocar en el mar, tienen un origen menos imponente.

Cauviñac buscaba un centro, llegó a una pequeña aldea que estaba situada entre Chatellerault y Poitiers, y creyó haber encontrado allí lo que buscaba. Era ésta la aldea de Jaulnay; Cauviñac la reconoció por haber estado en ella una noche a traer una orden a Canolles, y estableció su cuartel general en la posada, donde recordaba haber cenado bastante bien aquella noche. Por otra parte, no había tampoco donde escoger; pues ya hemos dicho que aquella posada era sola.

Apostado así sobre el camino principal de París a Burdeos, Cauviñac tenía a sus espaldas las tropas del señor de Larochefoucault, que sitiaban a Saumur, y a su vanguardia las del rey, que se concentraban en la Guiena.

Tendiendo así la mano a unos y otros, se guardaba muy bien de enarbolar un color determinado antes de tiempo, y trataba solamente de componer un

núcleo de unos cien hombres de quienes poder sacar gran partido. El engañamiento marchaba bien, y Cauviñac tenía ya concluida casi la mitad de su tarea.

Un día que Cauviñac, después de haber pasado toda la mañana en caza de hombres, estaba por costumbre en acecho a la puerta de la posada conversando con su teniente, vio asomar por el extremo del camino a una señora joven, que iba a caballo seguida de un escudero, montado como ella, y dos machos cargados de equipajes.

La soltura y gallardía con que la bella amazona manejaba su caballo, el talante rígido y fiero del escudero que la acompañaba, despertaron un recuerdo en la cabeza de Cauviñac. Puso su mano sobre el brazo de Ferguzón, que malhumorado aquel día, estaba triste y pensativo, y le dijo señalándole a la viajera:

—¡Ve allí el soldador número 50 del regimiento de Cauviñac, o que la muerte me lleve!

—¿Quién, aquella señora?

—Justamente.

—¡Vaya, pues! Ya tenemos un sobrino que debía ser abogado, un ahijado que debía ser clérigo, dos escribientes de procurador, dos droguistas, un médico, dos panaderos y dos paveros; malos soldados todos, me parece, si no se les agrega una mujer, porque un día u otro será necesario batirse.

—Sí, pero nuestro tesoro no asciende aún más que a veinticinco mil libras (se ve que tanto la tropa como el dinero, habían sido la bola de nieve); y si pudiéramos llegar a redondear esa suma, por ejemplo, a treinta mil libras, me parece que no sería mala partida.

—¡Ah! Si ves la cosa bajo ese aspecto, es muy diferente; nada tengo que decir, y apruebo tu pensamiento.

—¡Silencio! Vas a ver.

Cauviñac se acercó a la joven señora, que estaba parada delante de una de las ventanas de la posada, interrogando a la huésped, que le respondía desde adentro del aposento.

—A vuestras órdenes, caballero —dijo Cauviñac con finura, llevándose caballerosamente la mano a su sombrero.

—¡Caballero, a mí! —dijo la dama sonriendo.

—A vos, sí, lindo vizconde.

La señora se ruborizó.

—No sé qué es lo que queréis decir, caballero —respondió.

—¡Oh, sí! Y la prueba es que tenéis ya medio palmo de colorete en las mejillas.

—Seguramente os equivocáis, caballero.

—¡No tal, no! Por el contrario, sé perfectamente lo que me digo.

—Vamos, caballero, basta de bromas.

—Ea, señor, no hablo de broma; y si queréis la prueba os la voy a dar. Yo he tenido el honor de encontraros, hará unas tres semanas, en el traje propio de vuestro sexo, una tarde a orillas del Dordoña, seguido de vuestro fiel escudero el señor Pompeyo. ¿Está con vos aún el señor Pompeyo? ¡Calle, sí, justamente, hele ahí, el buen Pompeyo! ¿Decid también que no le conozco?

El escudero y la joven se miraron estupefactos.

—Sí, sí —continuó Cauviñac—, eso os admira, mi lindo vizconde; pero no os atreveréis a decir que no sois el mismo que encontré allí, bien sabéis, en el camino de San Martín de Cubzac, a un cuarto de legua de la posada de Maese Biscarrós.

—No niego ese encuentro, caballero.

—¡Ah! ¿Lo veis?

—Solo sé que ese día iba disfrazada.

—No, no, hoy es cuando lo estáis; eso nada tiene de particular. En toda la Guiena están dadas las señas del vizconde de Cambes, y juzgáis prudente, para alejar toda sospecha, adoptar momentáneamente ese traje, que por otra parte, debo haceros justicia, os sienta perfectamente.

—Caballero —dijo la vizcondesa con una turbación que en vano quería disimular—; si no entremezcláis en vuestra conversación algunas palabras sensatas, de veras os creeré loco.

—No os haré por cierto ese mismo cumplido; pues creo muy razonable disfrazarse cuando se conspira.

La joven, cada vez más inquieta, fijó en Cauviñac una mirada.

—En efecto, caballero —dijo ella—, me parece que os he visto en alguna parte; pero no recuerdo dónde.

—La primera vez, ya os he dicho que fue a orillas de Dordoña.

—¿Y la segunda?

—La segunda en Chantilly.

—¿El día de la caza?

—Justamente.

—Entonces, caballero, nada tengo que temer; sois de los nuestros.

—¿Por qué?

—Porque estabais en casa de la princesa.

—Permitidme que os diga que ésa no es una razón.

—Sin embargo, me parece…

—Allí había mucha gente, para tener la certeza de que todos los que allí se encontraban eran amigos.

—Cuidado con ello, caballero; haríais que concibiese una idea singular de vos.

—¡Eh! Pensad de mí lo que os agrade; no soy muy sensible.

—Pero, en fin, ¿qué deseáis?

—Haceros, si lo tenéis a bien, los honores de esta posada.

—Gracias, caballero, no los necesito; y espero a otro sujeto.

—Está muy bien; desmontad, y mientras llega ese sujeto hablaremos un rato.

—¿Qué hay que hacer, señora? —preguntó Pompeyo.

—Desmontar, pedir una habitación y disponer la cena —dijo Cauviñac.

—Caballero —dijo la vizcondesa—, me parece que aquí es a mí a quien toca dar órdenes.

—Eso es según y conforme, vizconde, si se atiende a que yo mando en Jaulnay, y a que tengo cincuenta hombres a mi disposición. Pompeyo, haced lo que he dicho.

Pompeyo bajó la cabeza y entró en la posada.

—¿Pero qué es esto, caballero, me arrestáis? —preguntó la joven.

—Tal vez.

—¿Cómo?, tal vez.

—Sí, eso dependerá de la conversación que vamos a tener juntos. Pero tomaos la molestia de bajar, vizconde; así, bien, ahora aceptad mi brazo; los mozos de la posada cuidarán de llevar vuestro caballo a la cuadra.

—Obedezco, caballero, porque ya lo habéis dicho, sois aquí el más fuerte,

no tengo ningún medio de resistencia; pero sólo os advierto una cosa, y es que la persona que espero, y que va a venir, es un oficial del rey.

—Y bien, vizconde, me haréis el honor de presentarme a él, y tendré sumo gusto en conocerle.

La vizcondesa comprendió que no podría oponer resistencia, y echó a andar delante, haciendo seña a su extraño interlocutor de que podía seguirla.

Cauviñac la acompañó hasta la puerta de la habitación que le había preparado Pompeyo; y ya iba a atravesar el umbral detrás de ella, cuando subiendo rápidamente la escalera Ferguzón, se acercó a su oído y le dijo:

—¡Capitán, un carruaje con tres caballos, un joven enmascarado dentro, dos lacayos en las portezuelas!

—¡Bueno! —repuso Cauviñac—. Ése es probablemente el caballero que se espera.

—¡Ah! ¿Se espera un caballero?

—Sí; y ya le salgo al encuentro. Quédate en este corredor y no pierdas de vista la puerta, deja entrar a todo el mundo, pero que nadie salga.

—Basta, capitán.

Una silla de posta acababa en efecto de parar a la puerta de la posada, escoltada por cuatro hombres de la compañía de Cauviñac, que le habían encontrado a cuatro leguas de la villa, y desde aquel momento la habían acompañado. En el fondo de la silla estaba, más tendido que sentado, un caballero vestido de terciopelo azul, embozado en una ancha capa forrada. Desde el momento en que los cuatro hombres rodearon el carruaje, el caballero les había dirigido varias preguntas; pero viendo que a pesar de su exigencia, aquellas preguntas habían quedado sin respuesta, parecía que se había resignado a esperar, y sólo de tiempo en tiempo alzaba la cabeza para ver si se acercaba algún jefe a quien poder pedir la explicación de la conducta singular que su gente había tenido con él.

Por lo demás, era imposible apreciar en su justo valor la impresión que produjo en el joven viajero este suceso, en atención a que le cubría la mitad del rostro una de esas caretas de raso negro, llamados lobos, y que en aquella época estaban muy a la moda. Fuera de esto, lo que la máscara dejaba ver, es decir, lo alto de la frente y lo inferior de la cara, denotaba juventud, belleza y valor; los dientes eran pequeños y blancos, y a través de la careta centelleaban sus ojos.

Había a cada lado del carruaje un lacayo; ambos estaban pálidos y temblorosos, a pesar del mosquetón que traían apoyado en el muslo, y eran tan altos, que parecían montados en sus caballos, por estar elevados sobre las

portezuelas del coche. Este cuadro hubiera podido pasar por una escena de salteadores deteniendo a unos viajeros, a no ser por la luz del medio día, la posada, la figura risueña de Cauviñac y el aplomo de los pretendidos ladrones.

A la vista de Cauviñac, que avisado por Ferguzón, aparecía a la puerta, el joven detenido lanzó un pequeño grito de sorpresa, y se llevó vivamente la mano a la cara, como para asegurarse de que aún llevaba su máscara.

Esta convicción pareció tranquilizarle algún tanto.

Por muy rápido que fuese este movimiento, no se escapó a la penetración de Cauviñac. Miró al viajero, como hombre acostumbrado a descubrir los rasgos aun en las fisonomías más disfrazadas, después de lo cual se estremeció a su pesar con una sorpresa casi igual a la que había manifestado el caballero vestido de terciopelo azul; sin embargo, se repuso, y quitándose el sombrero con una gracia particular, dijo:

—Bella señora, seáis bien venida.

Los ojos del viajero brillaron con asombro a través de las aberturas de su careta.

—¿Adónde vais de ese modo? —continuó Cauviñac.

—¿Adónde voy? —repuso el viajero desentendiéndose del saludo—, ¡adónde voy! Mejor que yo debéis saberlo vos, puesto que no soy libre de continuar mi viaje. Voy adonde me queráis llevar.

—Permitidme que os advierta —continuó Cauviñac con una delicadeza progresiva—, que eso no es responder, bella señora. Vuestra detención es momentánea. Después que hayamos hablado un momento de nuestros asuntos, sin disfraz en el corazón ni en el rostro, continuaréis vuestro camino sin impedimento alguno.

—Perdonad —dijo el joven viajero—, antes de ir más lejos es preciso deshacer un error. Según dais a entender, me tenéis por mujer, cuando por el contrario, estáis viendo por mis vestidos que soy hombre.

—Vos no ignoráis el proverbio latino: En nimium crede colori. El sabio no juzga por apariencias. Y como yo tengo pretensiones de sabio, resulta que bajo ese traje mentiroso, he reconocido…

—¿Qué? —preguntó el viajero con impaciencia.

—¡Psi! Ya os lo he dicho, ¡una mujer!

—Pero si soy una mujer, ¿por qué me detenéis?

—¡Toma! Porque en los tiempos en que vivimos son las mujeres más perjudiciales que los hombres; así es, que a nuestra guerra pudiera llamársele

con propiedad. La reina y la señora de Condé son las dos potencias beligerantes. Éstas tienen por tenientes generales a la señorita de Chevreuse, la señora de Montbazón, la de Longueville… y vos. La señorita de Chevreuse es el general del señor coadjutor; la señora de Montbazón lo es del señor de Beaufort; la señorita de Longueville es el general de Larochefoucault, y vos… vos, que me parece que tenéis trazas de ser el general del duque de Epernón.

—Vamos, está visto, caballero, que sois loco —dijo el joven viajero encogiéndose de hombros.

—No os daré más crédito, hermosa señora, que el que hace un momento daba un joven que me hacía el mismo cumplido.

—¡El vizconde de Cambes! —exclamó el joven viajero.

—¿Le sosteníais, quizás, que ella era un hombre?

—Justamente. Yo, que conocí enseguida a mi caballerito, por haberlo visto una tarde a principios del mes de mayo, rondar a la posada del «Becerro de Oro», no me he dejado engañar por sus sayas, sus cofias y su vocecita de tiple; como tampoco me dejo engañar de vuestra armilla azul, de vuestro sombrero gris y vuestras botas; y le he dicho: amigo mío, adoptad el nombre, traje y voz que os dé la gana, no por eso dejaréis de ser el vizconde de Cambes.

—¡Ah! Os choca el nombre, a lo que parece. ¿Le conocéis también por casualidad?

—¿Un caballerito muy joven, casi un niño?

—Tendrá diez y siete o diez y ocho años lo más.

—¿Muy rubio?

—Muy rubio.

—¿Grandes ojos azules?

—Muy grandes y muy azules.

—¿Está aquí?

—Aquí está.

—¿Y decís que va?…

—Disfrazado de mujer el bribón, como vos vais disfrazada de hombre, bribona.

—¿Y a qué viene aquí? —dijo el joven con una vehemencia y una turbación, que se hacían cada vez más visibles, al paso que Cauviñac se mostraba más sobrio de gestos y más avaro de palabras.

—¿Qué sé yo? —repuso Cauviñac recalando cada una de sus palabras—, pero parece que tiene una cita con uno de sus amigos.

—¿Uno de sus amigos?

—Probablemente.

—¿Barón?

—Tal vez.

—¿Y se llama?…

La frente de Cauviñac se plegó bajo un pensamiento difícil, que por primera vez se presentaba a su imaginación, y que al entrar en ella hacía visiblemente una revolución en su cerebro.

—¡Oh, oh! —murmuró—. Éste sería un buen bocado.

—Y se llama… —repitió el joven viajero.

—Esperad —dijo Cauviñac—, esperad… su nombre acaba en «olles».

—¡El señor de Canolles! —exclamó el viajero, cuyos labios se cubrieron de una palidez mortal, lo que hacía resaltar de una manera siniestra lo negro de su máscara sobre la blancura de su piel.

—Ese mismo, el señor de Canolles —respondió Cauviñac siguiendo con los ojos sobre la parte visible del rostro y sobre el cuerpo del joven la revolución que en él se efectuaba—. El señor de Canolles, habéis dicho bien.

—¿Conocéis vos también al señor de Canolles?

—¡Caramba! ¿Vos conocéis a todo el mundo?

—Basta de bromas —dijo el joven, cuyos miembros trémulos mostraban que estaba próximo a desmayarse.

—¿Dónde está esa señora?

—En aquel cuarto. Mirad, la tercera ventana contando desde esa que tiene las cortinas amarillas.

—Quiero verla —exclamó el viajero.

—¡Ay, ay! ¿Me habré yo equivocado y seréis vos ese señor de Canolles a quien espera? O más bien, ¿no será el señor de Canolles aquel lindo caballerito que viene allí, seguido de un lacayo, que me parece un señor fatuo?

El joven viajero se arrojó hacia el cristal delantero del carruaje con tanta precipitación, que le rompió con la frente.

—¡Él es! —exclamó, sin advertir siquiera que salían algunas gotas de sangre de una herida leve—. ¡Oh, desgraciada! ¡Él viene! ¡Va a encontrarla!

Estoy perdida.

—¡Ah! Bien veis que sois una mujer.

—Se habían citado —continuó el joven viajero torciéndose los brazos—. ¡Oh!, me vengaré.

Cauviñac quería soltar una nueva broma, pero el joven le hizo una seña imperiosa con la mano, mientras que con la otra arrancaba su careta; y entonces se vio aparecer el pálido semblante de Nanón fulminando amenazas a los ojos tranquilos de Cauviñac.

XVIII

Amor y celos

—Buenos días, hermanita —dijo Cauviñac a Nanón—, tendiéndole la mano con la más imperturbable flema.

—Buenos días. Según eso, me habías conocido, ¿no es cierto?

—Desde el mismo instante en que te vi. No bastaba con haber ocultado tu rostro, era necesario cubrir también ese lindo lunar y esos dientecitos de perlas; a lo menos, cuando quieras disfrazarte, coqueta, ponte una máscara entera; pero sin duda no tienes presente el… et fugit ad salices…

—Basta —dijo imperiosamente Nanón—, hablemos con formalidad.

—Justamente no deseo otra cosa; tan sólo hablando con formalidad es como se hacen los buenos negocios.

—¿Dices que está aquí la vizcondesa?

—En persona.

—¿Y que el señor de Canolles entra en la posada en este momento?

—Aún no, acaba de echar pie a tierra, y pone la brida en manos de su lacayo. ¡Ah! También le han visto de la otra parte. Mira cómo abren la ventana, y cómo asoma la cabeza de la vizcondesa. ¡Oh! Ha dado un grito de alegría. El señor de Canolles entra precipitadamente en la posada. ¡Escóndete, hermanita, o lo perdemos todo!

Nanón se retiró hacia atrás, apretando convulsivamente la mano de Cauviñac, que la miraba con ojos de compasión paternal.

—¡Y yo que iba a reunirme con él en París! —exclamó Nanón—. ¡Yo que todo lo aventuraba por volverle a ver!

—¡Ah! ¡Todavía tantos sacrificios por un ingrato, hermanita! En verdad que pudieras emplear algo mejor tus beneficios.

—¿Qué irán a decirse ahora que ya están reunidos? ¿Qué irán a hacer?

—A la verdad, querida Nanón, que me pones en gran apuro al hacerme esas preguntas —repuso Cauviñac—. Van… ¡pardiez!… van a amarse mucho, supongo.

—¡Oh! No será —exclamó Nanón mordiéndose con rabia las uñas, tersas como el marfil.

—Yo creo, por el contrario, que sí será —dijo Cauviñac—. Ferguzón, que tiene orden de no dejar salir a nadie, no ha recibido la de impedir la entrada. En este momento, según toda probabilidad, la vizcondesa y Canolles se hacen mutuamente los más deliciosos mimos. ¡Voto al diablo! Mi querida Nanón, has acordado muy tarde.

—¡Lo crees así! —repuso la joven con una indefinible expresión de profunda ironía y refinado rencor—. ¡Lo crees así! Bien, bien; sube aquí conmigo. ¡Pobre diplomático!

Cauviñac obedeció.

—Acá, Beltrán —continuó Nanón dirigiéndose a uno de los mosqueteros —; decid al cochero que vuelva sin afectación, y que vaya a internarse en aquel sotillo que hemos dejado a la derecha al entrar en la aldea.

Después, volviéndose a Cauviñac, le dijo:

—¿No estaremos bien allí para hablar?

—Perfectamente. Mas permíteme a mi vez que tome mis precauciones.

—Toma las que quieras.

Cauviñac indicó que le siguiesen a cuatro de sus hombres que paseaban alrededor de la posada, esponjándose como avisperones al sol.

—Haces muy bien en traer esos hombres —dijo Nanón.

Y si me quieres creer, trae mejor seis que no cuatro; tal vez tendremos tarea que cortarles.

—Bueno —dijo Cauviñac—, tarea, eso es lo que me hace falta.

—Entonces, quedarás satisfecho —repuso la joven.

La silla giró, conduciendo a Nanón, sonrojada, por el fuego de su pensamiento, y a Cauviñac, tranquilo y frío en apariencia pero no menos dispuesto a prestar una profunda atención a las proposiciones que le hiciese su hermana.

Durante este tiempo, Canolles, atraído por el grito de gozo que hacía al verle la vizcondesa, se había lanzado en la posada y había entrado en el aposento de la señora de Cambes, sin fijar su atención en Ferguzón, a quien viera de pie en el corredor; pero no habiendo recibido ninguna consigna relativa al barón, no se había opuesto a su entrada.

—Palabras son ésas que me harían el hombre más feliz del mundo, señora, si vuestra palidez y vuestra turbación no me dijesen claramente que no esperáis sólo por mí.

—Sí, tenéis razón —repuso Clara con una hechicera sonrisa—, quiero deberos una obligación más.

—¿Cuál?

—La de librarme de no sé que peligro que me amenaza.

—¿Un peligro?

—Sí. Escuchad.

Clara se fue a la puerta y corrió el cerrojo.

—Me han conocido —dijo volviendo.

—¿Quién?

—Un hombre, cuyo nombre ignoro, pero cuya fisonomía y voz no me son del todo desconocidas. Me parece que oí su voz la noche que en esta misma sala recibisteis la orden de partir enseguida para Mantes, y pienso que le he visto en la caza de Chantilly el día que ocupé el puesto de la señora de Condé.

—¿Y quién creéis que puede ser ese hombre?

—Creo que ha de ser agente del duque de Epernón, y por consiguiente un enemigo.

—¡Diablos! —prorrumpió Canolles—. ¿Y decís que os ha conocido?…

—No me queda la menor duda; me ha llamado por mi nombre, sosteniendo solamente que yo era hombre. Todas estas cercanías están llenas de oficiales del partido real, se sabe que soy del de los príncipes, y tal vez se trata de inquietarme; pero ya estáis aquí y a nadie temo. Vos sois oficial también, y del mismo partido que ellos, y así me serviréis de salvaguardia.

—¡Ay! —dijo el barón—, mucho siento no poderos ofrecer otra defensa y no otra protección que la de mi espada.

—¿Cómo?

—Desde este momento, señora, no estoy al servicio del rey.

—¿De veras? —exclamó Clara en el colmo de su alegría.

—Me había propuesto enviar mi dimisión, fechada en el lugar que os encontrase. Os he encontrado, señora, y mi dimisión se fechará en Jaulnay.

—¡Oh, libre, libre! ¡Sois libre! Podéis abrazar el partido de la lealtad y de la justicia, podéis adheriros a la causa de los príncipes, es decir, a la de toda la nobleza.

—¡Oh! ¡Bien sabía yo que erais muy digno caballero para no comportaros así!

Y Clara tendió a Canolles una mano, que él besó con arrobamiento.

—¿Y cómo ha sido eso, cómo ha pasado? Referidme vuestro suceso con todos sus detalles.

—¡Oh! No seré muy extenso. Anticipadamente escribí al señor de Mazarino, avisándole lo que había ocurrido; al llegar a Mantes recibí una orden de presentarme a él, me llamó cabecilla infeliz, y yo le llamé poco seso; se echó a reír, me enfadé, alzó la voz, le envié a pasear, y me volví a mi casa. Esperé que tuviese a bien hacerme llevar a la Bastilla, y esperó que una buena reflexión me hiciese salir de Mantes. A las veinte y cuatro horas tuve ese buen pensamiento, debido a vos; porque recordé lo que me habíais ofrecido, y juzgué que podríais esperarme, aunque no fuese más de un segundo. Entonces, respirando el aire libre, descargado de toda responsabilidad, de todo deber me acordé de una cosa, y era que os amaba, señora, y que podía ya decíroslo en alta voz y con toda osadía.

—¡Es decir que habéis perdido por mi vuestro empleo, que por mí habéis caído en desgracia, y que por mí estáis arruinado! ¡Querido Canolles! ¿Cómo os podré pagar jamás tantas obligaciones, cómo os probaré mi gratitud?

Y con una sonrisa y una lágrima, que le devolvía cien veces más de lo que había perdido, la señora de Cambes hizo caer a sus pies a Canolles.

—¡Ah, señora! —le dijo—. Desde este momento, por el contrario, soy rico y feliz; porque voy a seguiros, porque jamás me separaré de vos; porque mi dicha está en vuestros ojos y en vuestro amor mi riqueza.

—¿Nada os detiene ya?

—·Nada.

—Me pertenecéis todo entero. Y quedándome con vuestro corazón, ¿puedo ofrecer a la princesa vuestro brazo?

—Sí.

—¿Habéis enviado ya vuestra dimisión?

—Todavía no. Quería primero volveros a ver, pero como os he dicho, ahora que os veo, voy a escribirla aquí en este mismo instante.

—¡Escribid, pues; escribid antes de nada! Si no lo hacéis, seréis considerado como un tránsfuga; también es preciso que esperéis, antes de dar ningún paso decisivo, a que sea aceptada esa dimisión.

—No temáis nada, queridita diplomática, me la concederán de buena voluntad; mi torpeza de Chantilly no les deja ningún sentimiento. ¿No me han dicho —añadió Canolles riendo—, que soy una cabecilla infeliz?

—Sí; pero nosotros reformaremos esa opinión, perded cuidado. Vuestro asunto de Chantilly tendrá mejor éxito en Burdeos de lo que lo ha tenido en París, creedme. Pero escribid, Canolles, escribid pronto, a fin de que partamos; porque os lo confieso, barón, mi estancia en esta posada no me tranquiliza.

—¿Habláis de lo pasado? ¿Son recuerdos los que os espantan? —dijo Canolles tendiendo dulcemente la vista a su alrededor, y fijándola en la alcoba de dos camas, que ya más de una vez había atraído sus miradas.

—No; hablo del presente. Mis temores nada tienen de común con vos. Hoy no es a vos a quien temo.

—¿Pues a quién teméis? ¿Qué tenéis que temer?

—¡Eh! ¡Dios mío, quién sabe!

En este momento, como para justificar los temores de Clara, resonaron a la puerta tres golpes, dados con una solemne gravedad.

El barón y la vizcondesa quedaron en silencio, mirándose con inquietud y queriéndose interrogar el uno al otro.

—¡En nombre del rey —dijo una voz—, abrid!

Y súbitamente la frágil puerta se hizo astillas. Canolles quiso acudir a su espada, pero ya un hombre se había interpuesto entre su espada y él.

—¿Qué quiere decir esto?… —dijo el barón.

—Vos sois el señor de Canolles, ¿no es cierto?

—El mismo.

—¿Capitán del regimiento de Navalles?

—Sí.

—¿Enviado con una misión del señor duque de Epernón?

Canolles hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Entonces, en nombre del rey de Su Majestad la reina regente, yo os

arresto.

—¿Vuestra orden?

—Vedla aquí.

—Pero, señor —dijo el barón devolviendo el papel, después de haber tendido sobre él una rápida ojeada—; me parece que os conozco.

—¡Pardiez, vaya si me conocéis! ¿No es esta misma aldea en que ahora os arresto, donde os traje de parte del señor duque de Epernón la comisión de partir para la corte? Vuestra fortuna dependía de aquella comisión, caballero mío; errado el golpe, tanto peor para vos.

Clara había reconocido al indiscreto preguntón.

—Mazarino se venga —murmuró Canolles.

—Vamos, caballero, partamos —dijo Cauviñac.

Clara permanecía inmóvil. Canolles, indeciso, parecía próximo a volverse loco. Su desgracia era tan grande, tan grave, tan inesperada, que se sentía abrumado con su peso; con todo, inclinó la cabeza y se resignó.

Por otra parte, en aquella época las palabras «en nombre del rey», conservaban aún toda su magia, y nadie probaba a resistirse a ellas.

—¿A dónde me lleváis? —dijo—, ¿o se os ha prohibido hasta darme el consuelo de saber a dónde voy?

—No, señor, y voy a decíroslo, os llevamos a la fortaleza de la isla de San Jorge.

—¡Adiós, señora! —dijo Canolles inclinándose respetuosamente ante la vizcondesa de Cambes—. ¡Adiós!

—Vamos, vamos —dijo para sí Cauviñac—, no están las cosas tan adelantadas como yo creía. Se lo diré a Nanón, y eso la tranquilizará.

Después, dirigiéndose al umbral de la puerta, gritó:

—Cuatro hombres para escoltar al capitán, y otros cuatro de avanzada.

—Y yo —exclamó la señora de Cambes extendiendo los brazos hacia el prisionero—. A mí, ¿adónde se me lleva? Porque si el barón es culpable, ¡oh! Yo soy mucho más que él.

—Vos, señora —respondió Cauviñac—, podéis retiraros; sois libre.

Y salió conduciendo al barón.

La vizcondesa se levantó reanimada por un rayo de esperanza, y preparó todo lo necesario para su partida, a fin de que no hubiese ocasión de sustituir

estas buenas disposiciones por otras órdenes contrarias.

—Libre —dijo—, podré velar por él. Partamos.

Y abalanzándose a la ventana, vio partir la cabalgata que conducía al barón; cambió con él un último adiós, y llamando a Pompeyo, que con la esperanza de una parada de dos o tres días, se había ya aposentado en la mejor habitación que pudo encontrar, le dio orden de disponerlo todo para la marcha.

XIX

El prisionero

Fue el camino para Canolles más triste aun de lo que esperaba. En efecto, al caballo que concede al preso mejor guardado una falsa apariencia de libertad, le había reemplazado el coche, diabólica falúa de acero, cuya forma se ha conservado en Turena; además de esto el barón llevaba las piernas atadas a las de un hombre de nariz aguileña, cuya mano se apoyaba con cierta especie de amor propio en la culata de una pistola de hierro.

Algunas veces durante la noche, porque dormía de día, esperaba sorprender la vigilancia del nuevo Argos; pero a los lados de la nariz de águila brillaban dos grandes ojos de búho, redondos, relumbrantes y del todo a propósito para las observaciones nocturnas; de modo que adondequiera que dirigía la vista el barón, veía siempre aquellos dos ojos redondos lucir en la dirección de su mirada.

Mientras que él dormía, lo hacía también uno de aquellos ojos; siendo una facultad que la naturaleza había concedido a aquel hombre, la de dormir con un sólo ojo.

Dos días y dos noches pasó Canolles en tristes reflexiones; porque la fortaleza de la isla de San Jorge, poco dañina por otra parte, adquiría a los ojos del prisionero proporciones espantosas, a medida que el temor y los remordimientos invadían más profundamente su corazón.

Conocía que su encargo, relativo a la princesa, era una misión de confianza que él había sacrificado a sus amores, y que el resultado de la falta cometida por él en esta ocasión era terrible. La señora de Condé, en Chantilly, no era más que una mujer fugitiva; en Burdeos era una princesa rebelde.

Temía, porque sabía por tradición las sombrías venganzas de una Ana de Austria colérica.

Otro remordimiento más lento, pero tal vez más punzante que el primero,

le acosaba. Había en el mundo una mujer joven, hermosa, espiritual; una mujer que se había valido de su influencia para elevarle, que no se había servido de su crédito más que para protegerle; una mujer que por él había aventurado veinte veces su posición, su porvenir, su fortuna; y esta mujer, no sólo la más hechicera de las queridas, sino también la más decidida amiga, había sido abandonada sin motivo por él, en el momento en que ella pensaba en él, y que en vez de venganza le había dispensado nuevos favores. Así es que su nombre, en lugar de presentarse a su imaginación con el acento de la reconvención, había resonado en su oído con la halagüeña dulzura de un favor casi real. Es cierto que este favor había llegado en mala ocasión, en una ocasión en que, de seguro, habría preferido una desgracia; pero, ¿ésta era falta de Nanón? Nanón no había visto en este cometido cerca de Su Majestad otra cosa que un engrandecimiento de fortuna y consideración para el hombre en quien incesantemente pensaba.

Canolles entraba en sí mismo con ingenuidad, y no con la mala fe de los acusados, a quienes se obliga hacer una confesión general. ¿Qué le había hecho Nanón para que él la abandonase? ¿Qué había en la señora de Cambes para que la siguiese? ¿Qué tenía, pues, de magnífico y deseable el caballerito de la posada del «Becerro de Oro»? ¿La señora de Cambes llevaba alguna ventaja que la hiciese triunfar de Nanón? ¿Tanto aventajan unos cabellos rubios a unos negros, que obliguen a ser perjuro e ingrato a un hombre, y a más hacerle traidor y desleal a su rey, sólo con el fin de cambiar aquellas trenzas negras por otras rubias? Y no obstante, ¡oh miseria de la organización humana! El barón hacía todas estas reflexiones llenas de sentido, como se ve, pero no se persuadía.

El corazón encierra multitud de misterios, parecidos a éstos que constituyen la felicidad de los amantes y la desesperación de los filósofos.

Esto no impedía al barón reconvenirse a sí mismo y acusarse en alto grado.

—Voy a ser castigado, decía para sí, pensando que el castigo destruye la falta; voy a ser castigado, ¡tanto mejor! ¡Allá abajo habrá algún buen capitán áspero, insolente, brutal, que me leerá, con la importancia de carcelero jefe, una orden de Mazarino; me indicará con el dedo el fondo de un subterráneo, y me mandará a que me pudra a quince pies debajo de la tierra, en compañía de las ratas y los sapos, cuando habría podido vivir al aire libre, florecer al sol en los brazos de una mujer que me amaba, y a quien he amado y a quien tal vez amo aún!

¡Maldito vizconde, bah! ¿Por qué encubrías a una vizcondesa tan linda? ¡Sí, muy linda! ¿Pero hay en el mundo una vizcondesa que valga lo que ésa me va a costar?

Porque no estriba todo en el gobernador, y el calabozo a quince pies debajo

de la tierra. Si se me cree traidor, no dejarán las cosas a medio aclarar; se me averiguará la vida sobre mi estancia en Chantilly, que a la verdad, no pagaría lo suficiente si hubiese sacado más partido; pero que sólo me ha producido tres besos en la mano, ni más ni menos. ¡Bruto de mí, que teniendo la fuerza en mi mano y pudiendo abusar no he usado de ella! ¿Cabecilla infeliz, como dice Mazarino, que siendo traidor no me hago pagar mi traición? ¿Y quién me la pagará ahora?

Y Canolles se encogió de hombros, respondiendo con desprecio a su propio pensamiento.

El hombre de los ojos redondos, que por mucho que viese no podía comprender nada de aquella pantomima, le miraba asombrado.

Si se me pregunta —continuó el barón—, no responderé a la verdad, ¿qué voy a responder? ¿Que no quería al señor de Mazarino? Entonces no debía haberle servido. ¿Qué amaba a la señora de Cambes? ¡Ésta no es una razón para una reina y un primer ministro! No responderé nada. Pero los jueces son personas muy susceptibles, y cuando preguntan quieren que se les conteste, y además hay tormentos brutales en las cárceles de provincia; me romperán estas piernecitas que tanto me envanecían, y se me enviará de nuevo dislocado a hacer compañía a mis ratas y mis sapos. Quedaré zambo para toda mi vida, como el príncipe de Conti… tan feo… y esto suponiendo que me cubra con sus alas la clemencia de Su Majestad, lo que no hará.

Además del gobernador, las ratas, los sapos y los tormentos, había también patíbulos en que se decapitaba a los rebeldes, vigas donde se colgaban a los traidores, y ciertas plazas de armas para fusilar a los desertores. Pero todo esto no era nada para un buen mozo como Canolles, en comparación a llevar las piernas zambas.

Resolvióse, pues, a hacer de tripas corazón y a preguntar a su compañero de viaje acerca de esto.

Los ojos redondos, la nariz de águila y el gesto encapotado de aquel personaje, no animaban mucho al prisionero para entablar un diálogo. Sin embargo, como por antipática que sea su fisonomía, es imposible que deje de haber algún momento en que no se desvanezca algún tanto su ceño, Canolles aprovechó un segundo en que un mohín parecido a una sonrisa, apareció en el semblante del oficial subalterno que le hacía la guardia de un modo tan exacto, y le dijo:

—¿Caballero?

—Caballero… —repuso el subalterno—. Dispensad si interrumpo vuestras reflexiones.

—No hay de qué, caballero; yo no reflexiono nunca.

—¡Ah, diablos, pues estáis dotado de una feliz organización!

—Sí; no tengo de qué quejarme.

—No me pasa eso a mí; pues tengo mucho en qué pensar.

—¿Por qué, caballero?

—Porque se me arrebata así, en el momento en que menos lo pensaba, para conducirme no sé dónde.

—Sí, lo sabéis, caballero, porque se os ha dicho.

—Es verdad. Vamos a San Jorge, ¿no es así?

—Ciertamente.

—¿Creéis que estaré allí mucho tiempo?

—No sé, caballero; mas según me habéis sido recomendado, creo que sí.

—¡Ah! ¿Y es muy fea la isla de San Jorge?

—¿No conocéis la fortaleza?

—Por dentro, no; jamás he penetrado en ella.

—Pues no es muy hermosa, no, fuera de las habitaciones del gobernador, que acaban de reedificar, y que son muy alegres, a lo que parece, lo demás del edificio es una estancia bastante triste.

—Bien.

—¿Y pensáis que se me interrogue?

—Ésa es la costumbre.

—¿Y si no respondo?

—¿Si no respondéis?

—Sí.

—¡Diablos! En ese caso, ya sabéis que hay el tormento.

—¿El ordinario?

—Ordinario o extraordinario; eso es según la acusación… ¿De qué se os acusa, caballero?

—Recelo —dijo el barón—, que de crimen de Estado.

—¡Ah! En ese caso gozaréis del tormento extraordinario… Diez pucheros…

—¿Cómo diez pucheros?

—Sí.

—¿Qué queréis decir?

—Digo que os darán diez azumbres de agua caliente.

—¿Está el agua vigente en la isla de San Jorge?

—¡Oh, yo lo creo! Sobre el Garona, ya veis.

—Tenéis razón; como está a la mano… ¿Y cuántos cántaros hacen diez azumbres?

—Tres cántaros, o tres y medio.

—Me hincharé.

—Un poco. Pero si tenéis la precaución de aveniros con el carcelero…

—¿Y bien?

—Todo podréis componerlo.

—¿Y en qué consiste, si queréis decírmelo, el servicio que puede prestarme el carcelero?

—Puede haceros beber aceite.

—¿Y el aceite es un específico?

—¡Soberbio! Caballero.

—¿Lo creéis así?

—Hablo por experiencia.

—¡Cómo! ¿Vos habéis bebido?

—No. Quiero decir que he visto beberlo; que viene a ser lo mismo, con corta diferencia.

—Tenéis razón —dijo el barón, no pudiendo menos de sonreír a pesar de lo grave de la conversación—. Conque decía que habéis visto…

—Sí, señor, he visto a un hombre beberse las diez azumbres con una gran facilidad, merced al aceite, que había preparado convenientemente las vías. Es verdad que se hinchó, como es costumbre; pero con un buen fuego, se le hizo deshinchar sin graves averías. Esto es lo esencial de la segunda parte de la operación. Retened bien estas dos palabras, calentar, sin quemar.

—Comprendo —dijo el barón—. ¿Habéis sido tal vez ejecutor de altas obras?

—¡No, señor! —replicó su interlocutor con una modestia llena de urbanidad.

—¿Ayudante, quizás?

—No, señor; aficionado, nada más.

—¡Ah, ya! Y el señor aficionado se llama…

—Barrabás.

—Hermoso nombre, nombre antiguo, ventajosamente conocido en las Escrituras.

—En la Pasión, caballero.

—Eso es lo que quise decir; pero he usado por costumbre de otra locución.

—¡Hola! Preferís las Escrituras; ¿según eso sois hugonote?

—Sí; aunque hugonote, demasiado ignorante… ¿Creeréis que apenas sé tres mil versículos de los salmos?

—En efecto, es bien poco.

—La música se me pegaba más… Muchos de mi familia han sido ahorcados y quemados.

—Yo espero que tal suerte no estará reservada para vos.

—No sé, porque hoy se tolera mucho más. A todo tirar, me sumergirán en el río.

Barrabás soltó a reír.

El corazón del barón se estremeció de alegría, pues había conquistado a su guarda.

En efecto, si su carcelero interino llegaba a serlo permanente, tenía ya todas las probabilidades de obtener el aceite; así, pues, resolvió seguir la conversación desde el punto en que había quedado.

—Señor Barrabás —dijo—, ¿y estamos destinados a separarnos pronto, o tendré el honor de continuar gozando vuestra compañía?

—No, señor. Llegando a la isla de San Jorge tendré el gran pesar de dejaros, pues tengo precisión de volver a mi compañía.

—¡Hola, bien! ¡Pertenecéis a una compañía de arqueros!

—No, señor; a una compañía de soldados.

—¿Alzada por el ministro?

—No, señor; por el capitán Cauviñac, aquel mismo que tuvo el honor de

arrestaros.

—¿Y servís al rey?

—Me parece que sí.

—¿Qué diablos decís? ¿Pues qué no estáis seguro?

—¿Quién tiene seguridad de nada en este mundo?

—Entonces, si dudáis, deberíais para fijar vuestra suerte hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Dejarme marchar.

—No puede ser.

—Os advierto que pagaré cumplidamente vuestra competencia.

—¿Con qué?

—¡Con dinero, pardiez!

—No lo tenéis.

—¿Cómo que no lo tengo?

—Sacadlo a ver.

Canolles registró vivamente sus bolsillos.

—En efecto —dijo— ha desaparecido mi bolsa. ¿Quién me la ha cogido?

—Yo, señor —respondió Barrabás saludándole respetuosamente…

—¿Y con qué objeto?

—Con el de que no pudieseis corromperme.

Canolles, estupefacto, miró al digno ministro con admiración, y habiéndole parecido incontestable el argumento, no replicó ni una palabra.

De aquí resultó que habiendo recaído los viajeros en su primitivo silencio, siguió la marcha hacia su fin, con el mismo aspecto triste que había empezado.

XX

La isla de San Jorge

Ya empezaba a rayar el alba cuando el carromato llegó a la aldea más próxima a la isla a la que se dirigían. Al sentir Canolles detenerse el carruaje,

asomó su cabeza por la pequeña tronera, portillo destinado a abastecer de aire a las personas libres, y enteramente cómodo para interceptarlo a los presos.

Una linda aldea, compuesta de un centenar de casas agrupadas alrededor de una iglesia en la pendiente de una colina y dominada por un castillo, se dibujaba envuelta en el ambiente de la mañana, y dorada por los rayos del sol naciente, que hacían dispersarse los copos de vapor parecidos a flotantes gasas.

En este momento el carricoche subía una cuesta; y el cochero, habiendo bajado del pescante, caminaba delante de él.

—Buen amigo —dijo Canolles—, ¿sois de este país?

—Sí, señor; soy de Liburnio.

—Siendo así, deberéis conocer esta aldea. ¿Qué casa es aquella blanca? ¿Qué cabañas son aquéllas tan bonitas?

—Caballero —respondió el cochero—, ese castillo es del señorío de Cambes, y la aldea forma una de sus dependencias.

El barón se estremeció, y pasó en un instante del rojo más subido a una palidez casi mortal.

—¿Qué os ha pasado, caballero? —dijo Barrabás—, cuyos redondos ojos todo lo percibían; ¿os habéis herido por casualidad con el postigo?

—No… gracias.

Después, interrogando al paisano, dijo:

—¿A quién pertenece esa posesión?

—A la vizcondesa de Cambes.

—¿Una joven viuda?

—Muy bella y muy rica.

—Y por consiguiente muy solicitada.

—Sin duda. A una mujer hermosa y con una buena dote, nunca le faltan pretendientes.

—¿Buena reputación?

—Sí; pero rabiosamente decidida por los príncipes.

—En efecto, me parece haberle oído decir.

—Un diablo, caballero, un verdadero diablo.

—¡Un ángel! —murmuró Canolles—, que no podía acordarse de Clara sin

que a su memoria acompañasen transportes de admiración, ¡un ángel!

Enseguida volvió a preguntar.

—¿Y habita aquí algunas veces?

—Muy pocas; pero ha vivido aquí mucho tiempo. Su marido la dejó ahí, y todo el tiempo que permaneció fue la bendición de estos contornos. Ahora, según dicen, parece que está con los príncipes.

Después de haber subido el carruaje, estaba ya próximo a bajar, y el conductor hizo una seña con la mano, como solicitando el permiso para recobrar su asiento. El barón, que temía dar qué sospechar si continuaba su interrogatorio, ocultó su cabeza en el carretón, y el pesado carruaje marchó al mediano trote, que era su paso más precipitado.

Al cabo de un cuarto de hora, durante el cual había permanecido Canolles sumergido en las reflexiones más sombrías, el carretón hizo alto.

—¿Nos detenemos aquí a almorzar? —preguntó Canolles.

—No, señor, que paramos del todo, porque ya hemos llegado. Ved ahí la isla de San Jorge; sólo nos falta atravesar el río.

—Es verdad —murmuró Canolles—. ¡Tan cerca y tan lejos!

—Caballero, nos salen al encuentro —dijo Barrabás—. Tened la bondad de bajar pronto.

El segundo guardia de Canolles, que iba en el pescante al lado del cochero, echó pie a tierra y abrió la portezuela, que estaba asegurada con cerradura, y cuya llave tenía él.

Canolles apartó los ojos del castillejo blanco, que no había perdido de vista, y los fijó en la fortaleza que debía ser su morada. Lo primero que vio fue a la parte opuesta de un brazo de río bastante rápido, una barca, y junto a ella una guardia de ocho hombres y un sargento.

Más allá de esta guardia empezaban las obras de la ciudadela.

—Bueno —dijo el barón—; se esperaba, y se han tomado precauciones… ¿Son esos mis nuevos guardias? —preguntó en voz alta a Barrabás.

—Quisiera poder responderos con exactitud, caballero —dijo Barrabás—, pero en verdad, no lo sé.

En aquel momento, después de haber dado una señal, que fue repetida por el centinela apostado en la puerta del fuerte, los ocho soldados y el sargento entraron en la barca, cruzaron el Garona y echaron pie a tierra en el momento mismo de saltar Canolles del estribo.

Enseguida el sargento, al ver a un oficial, se acercó y le saludó militarmente.

—¿Tengo el honor de hablar al señor barón de Canolles, capitán de regimiento de Navalles? —dijo el sargento.

—Al mismo —contestó el barón—, admirado de la finura de aquel hombre.

El sargento se volvió enseguida hacia su tropa, mandó echar armas al hombro, y mostró al barón la barca con la punta de su pica. Canolles se colocó allí entre sus dos guardias; los ocho soldados y el sargento entraron detrás de él, y la barca se alejó de la ribera, mientras que el barón dirigía su última mirada hacia Cambes, que iba a desaparecer detrás de una prominencia del terreno.

Casi toda la isla estaba cubierta de escarpas, contraescarpas y baluartes, y un fuertecito en bastante buen estado dominaba el conjunto de todas estas obras. Penetraban en él por una puerta arqueada, ante la cual se paseaba el centinela a lo ancho.

—¿Quién vive? —gritó éste.

La tropa hizo alto, el sargento se destacó, de ella, avanzó hacia el centinela, y le dijo algunas palabras.

—¡A las armas! —gritó el centinela.

Al punto unos veinte hombres de que se componía el puesto salieron del cuerpo de guardia, y acudiendo apresuradamente se alinearon delante de la puerta.

—Venid, señor —dijo el sargento a Canolles.

El tambor batió marcha.

—¿Qué significa esto? —dijo el barón para sí.

Y avanzó hacia el fuerte, sin comprender absolutamente nada de cuanto pasaba; porque todos aquellos preparativos más parecían honores militares rendidos a un superior, y no tomaban precauciones contra un prisionero.

No era esto todo. Canolles no se había apercibido de que en el momento de bajar del carruaje se había abierto una de las ventanas de las habitaciones del gobernador, y que un oficial había observado atentamente desde allí los movimientos del batel y el recibimiento que se hiciera al prisionero y a sus dos esbirros.

Luego que este oficial vio que Canolles había puesto el pie en la isla, bajó rápidamente y salió al encuentro.

—¡Ah! —dijo Canolles al verle—; ya tenemos aquí al comandante de la plaza, que viene a reconocerme.

—En efecto, caballero —dijo Barrabás—; me parece que no se os quiere dejar que os fastidiéis como a otras personas, que se les hace esperar ocho días enteros en un vestíbulo, y que os tomará asiento desde luego.

—Tanto mejor —dijo el barón.

Durante este tiempo llegó el oficial. Canolles tomó la actitud altiva y digna de un hombre perseguido.

A pocos pasos del barón, el oficial se descubrió.

—¿Es el señor barón de Canolles a quien tengo la honra de hablar? —preguntó.

—Caballero —respondió el preso—, vuestras atenciones me confunden, os ruego, con la cortesía de un oficial hacia otro oficial, alojadme lo menos mal posible.

—Señor —repuso el oficial—, la habitación que se os destina es enteramente especial; pero, previendo vuestros deseos, se han hecho las mejoras posibles…

—¿Y a quién debo agradecer esas atenciones? —dijo Canolles sonriendo.

—Al rey, caballero, que hace bien todo cuanto hace.

—Sin duda, caballero, sin duda. Guárdeme Dios de calumniar al rey, especialmente en esta ocasión; pero no obstante, me agradaría obtener ciertos pormenores.

—Si lo ordenáis, señor, estoy a vuestra disposición; pero me tomaré la libertad de haceros observar que la guarnición espera para reconoceros.

—¡Llévete al diablo!, murmuró Canolles; —una guarnición entera para reconocer un preso que se encierra; muchas atenciones son éstas, me parece— después dijo: —Yo soy quien está a vuestras órdenes, caballero, y dispuesto a seguiros a donde tengáis a bien conducirme.

—Permitidme, pues —dijo el oficial—, que os preceda para haceros los honores.

El barón le siguió, felicitándose a solas por haber caído en manos de un hombre tan cortés.

Barrabás se acercó a él y le dijo al oído:

—Me parece que os salvaréis con la cuestión ordinaria; cuatro azumbres y nada más.

—Tanto mejor —repuso Canolles—; así me hincharé la mitad menos.

Al llegar a la plaza de la ciudadela encontró al barón una parte de la guarnición sobre las armas. Entonces el oficial que le conducía sacó la espada y se inclinó ante él.

—¡Cuántos cumplidos, Dios mío! —murmuró Canolles.

En el mismo instante redobló un tambor bajo la bóveda inmediata. Canolles se volvió, y vio que salía de dicha bóveda una segunda fila de soldados y que se colocaba detrás de la primera.

En este momento, el oficial presentó dos llaves a Canolles.

—¿Qué es esto? —preguntó el barón—. ¿Qué hacéis?

—Cumplimos con el ceremonial de costumbre, según las rigurosas leyes de la etiqueta.

—¿Pero quién creéis que soy? —preguntó el barón en el colmo de su admiración.

—Me parece que sois el señor barón de Canolles.

—¿Qué más?

—Gobernador de la isla de San Jorge.

Faltó poco para que Canolles pasmado diese con su cuerpo en tierra.

—Dentro de un instante —continuó el oficial—, tendré el honor de entregar al señor gobernador las instrucciones que he recibido esta mañana, junto con una carta que me anunciaba vuestra llegada.

Canolles miró a Barrabás, cuyos redondos ojos estaban fijos en él con una expresión de espanto, imposible de traducir.

—¿Conque —balbuceó Canolles—, soy gobernador de la isla de San Jorge?

—Así es —respondió el oficial—, y Su Majestad nos hace muy dichosos con tal elección.

—¿Estáis seguro de que no hay error? —preguntó el barón.

—Caballero, tened la bondad de seguirme a vuestros aposentos, y allí encontraréis vuestros títulos.

Canolles, absorto con tal acontecimiento, que distaba tanto de parecerse al que esperaba, echó a andar sin decir una sola palabra, siguiendo al oficial que le mostraba el camino, entre los tambores que empezaban las armas y todos los habitantes de la fortaleza que hacían resonar el aire con las aclamaciones.

El barón, pálido y palpitante, saludaba a derecha e izquierda, sin poder darse cuenta de lo que pasaba.

Llegó, en fin, a un salón bastante elegante, y observó desde luego que por sus ventanas podía ver el castillo de Cambes; leyó sus instrucciones, escritas en buena forma, firmadas por la reina y refrendadas por el duque de Epernón.

A la vista de esto, debilitáronse enteramente las piernas de Canolles, y cayó estupefacto en su sillón.

Sin embargo, después de todos los redobles, mosquetazos, ruidosas demostraciones de homenajes militares, y sobre todo, pasada la primera sorpresa que estas demostraciones habían producido en el barón, deseó saber a qué atenerse en el puesto que la reina le había confiado, y alzó los ojos, que durante algún tiempo había tenido fijos en el pavimento.

Entonces vio delante de sí, no menos estupefacto que él, a su ex carcelero, convertido en su más humilde servidor.

—¡Ah, vos aquí, Maese Barrabás! —le dijo.

—Yo mismo, señor gobernador.

—¿Me explicaréis lo que acaba de pasar, y que a duras penas puedo persuadirme de que esto no es un sueño?

—No puedo deciros más, señor, que cuando os hablaba de la tortura extraordinaria, es decir, de las ocho azumbres, creía, a fe de Barrabás, doraros la píldora.

—¿Estabais convencido, según eso?…

—Que os conducía aquí para ser enrodado, señor.

—Gracias —dijo el barón, estremeciéndose a su pesar. ¡Y ahora, tenéis formada alguna opinión sobre lo que me sucede!

—Sí, señor.

—Hacedme entonces el favor de explicármelo.

—Señor, voy a decíroslo. La reina habrá comprendido lo difícil de la misión que os había encargado. Pasado el primer momento de cólera, se habrá arrepentido, y como bien mirando no sois hombre odioso, Su Majestad os habrá recompensado por haberos castigado tanto.

—Eso es inadmisible —dijo Canolles.

—¿Lo creéis inadmisible?

—Inverosímil a lo menos.

—En ese caso, señor gobernador, no me resta más que ofreceros mi más humilde parabién; pues vais a ser tan dichoso como un rey en la isla de San Jorge. Excelente vino, caza con que le abastece la llanura, y pesca que a cada marea traen las barcas de Burdeos. ¡Bah, señor, esto es encantador!

—Muy bien, trataré de seguir vuestros consejos.

Tomad este bono firmado por mí, y presentaos al pagador, que os entregará diez pistolas. De buen grado os las daría yo mismo; pero ya que por prudencia me habéis cogido mi dinero…

—Hice bien, señor —exclamó Barrabás—, hice muy bien; porque al cabo, si me hubiera dejado sobornar, habríais huido; habiendo huido, naturalmente debíais contar por perdida la elevada posición a que habéis venido a parar, cosa de que jamás me hubiese podido consolar.

—Muy bien raciocinado —señor Barrabás—. Ya había conocido que vuestra fuerza lógica era de primer orden; en su consecuencia, tomad este papel como un testimonio de vuestra elocuencia. Los antiguos, como sabéis, representaban a la elocuencia con cadenas de oro que salían de sus labios.

—Señor —dijo Barrabás—, si me atreviera, os haría observar que creo inútil, pasar a ver al pagador…

—¡Cómo! ¿Rehusáis? —exclamó admirado el barón.

—No, señor, ¡Dios me libre! Gracias al cielo, no tengo ese falso pundonor; pero veo salir de un cofre que hay sobre vuestra chimenea, ciertos cordones, que se parecen mucho a los cordones de la bolsa.

—¡Sois perito en cordones, señor Barrabás! —dijo Canolles enteramente sorprendido; porque efectivamente había sobre la chimenea un cofre de antigua porcelana incrustado de plata, con los esmaltes del mismo metal.

—Veamos si es cierta vuestra previsión.

Canolles alzó la tapa del cofre, y encontró efectivamente una bolsa que contenía mil pistolas con este billetito:

«Para la caja particular del señor gobernador de la isla de San Jorge».

—¡Pardiez —dijo el barón ruborizándose—, qué bien hace las cosas la reina!

Y a su pesar acudieron a su imaginación los recuerdos de Buckingham. Acaso la reina había visto desde detrás de algún tapiz la victoriosa figura del capitán; quizás le protegía con el más tierno interés; tal vez… no se olvide que Canolles era Gascón.

Por desgracia, tenía la reina en aquella ocasión veinte años más que en

tiempo de Buckingham.

Como quiera que fuese, y sea dondequiera que viniese, el barón sacó de la bolsa diez pistolas, que entregó a Barrabás; éste salió haciendo las más reiteradas y respetuosas cortesías.

XXI

La sorpresa

Después de haberse marchado Barrabás, llamó Canolles al oficial, y le rogó le guiase en la revista que quería pasar a sus nuevos estados.

El oficial se puso en el momento a sus órdenes.

Encontró a la puerta una especie de Estado Mayor, compuesto de los demás personajes principales de la ciudadela; conducido por ellos, y pidiendo explicación de todos los recursos de la localidad, vio los baluartes, medias lunas, casamatas, bodegas y graneros. Por último, a las once de la mañana volvió a su habitación, después de haberlo visitado todo. Marchóse entonces su escolta, y quedó solo con el primer oficial que encontró a su llegada.

—Ahora —dijo éste acercándosele misteriosamente—, no le queda más que ver al señor gobernador un sólo aposento y una sola persona.

—¡Oh! —murmuró Canolles.

—El aposento de esa persona es aquél —dijo el oficial extendiendo el dedo hacia una puerta, que en efecto aún no había abierto el barón.

—¡Ah! ¿Es aquél? —dijo Canolles.

—Sí.

—¿Y allí está la persona?

—Sí.

—Bien, bien; pero dispensad, me siento muy fatigado de haber caminado noche y día, y no tengo esta mañana la cabeza muy buena. Explicaos con alguna más claridad, si lo tenéis a bien.

—Bueno, señor gobernador —continuó el oficial con la más fina sonrisa —. El aposento…

—De la persona… —repuso Canolles.

—Que os espera… es aquél. Comprendéis ahora, ¿no es así?

Canolles hizo un movimiento, cual si viniese del país de las abstracciones.

—Sí, sí, perfectamente —dijo—. ¿Y puedo entrar?

—Sin duda, pues que os espera.

—¡Vamos, pues! —dijo Canolles.

Y latiendo violentamente su corazón, sin ver a dónde iba, sintiendo confundirse sus temores y sus deseos, a punto de creerse próximo a enloquecer, empujó el barón una segunda puerta, y percibió detrás de una tapicería a la alegre, a la bulliciosa Nanón, que dando un grito como para asustarle, vino a echar sus brazos al cuello del caballero.

El barón quedó inmóvil, con los brazos caídos y la mirada atónita.

—¡Vos! —dijo balbuceando.

—¡Yo! —contestó ella multiplicando sus risas y sus besos.

La memoria de sus agravios cruzó por la imaginación del barón, que conociendo en el acto el nuevo beneficio de aquella fiel amiga, quedó agobiado bajo el peso de los remordimientos y la gratitud.

—¡Ah! —dijo por último—, vos me habéis salvado, cuando me perdía como un insensato: vos velabais sobre mí; sois mi ángel tutelar.

—No me llaméis vuestro ángel, porque soy un diablo —repuso Nanón—; sólo que no aparezco sino en los buenos momentos, confesadlo.

—Tenéis razón, querida amiga; porque a la verdad, creo que me salváis del patíbulo.

—También lo creo. Vaya, barón, ¿cómo estabais, siendo tan perspicaz, tan fino, para dejaros llevar por esas princesas remilgadas? El barón se abochornó en extremo; pero Nanón se había propuesto no echar de ver nada de su turbación.

—No lo sé —dijo él—. A la verdad, yo mismo no lo comprendo.

—¡Oh, son muy astutas! ¡Señores, señores, queréis hacer la guerra a las mujeres! ¿Qué es lo que me han contado? Os han mostrado en vez de la joven princesa una doncella de honor, una camarera, un muñeco… ¿qué sé yo?

El barón sentía tocar la fiebre con sus trémulos dedos y su cerebro trastornado.

—He creído ver a la princesa —contestó—, yo no la conocía.

—¿Y quién era?

—Una dama de honor, según creo.

—¡Ah!, pobre chico. La culpa tiene el traidor de Mazarino. ¡Qué diablos! Cuando se encarga a cualquiera persona una misión tan importante y difícil como ésa, se le da un retrato. Si hubierais tenido o visto al menos un retrato de la princesa, ciertamente la hubierais conocido.

—Pero no hablemos de eso. ¿Sabéis que ese pícaro de Mazarino quería echaros a los sapos, so pretexto de que habíais sido traidor al rey?

—Ya lo creí así.

—Pero yo he dicho: Hagámosle echar a las Nanones.

—¿He obrado bien? Decid.

Por muy preocupado que el barón estuviese con la idea de la señora de Cambes, aunque llevase su retrato sobre el corazón, no pudo resistir a esta exquisita bondad, a aquella alma que centellaba en los más lindos ojos del mundo. Bajó, pues, la cabeza, y apoyó sus labios en la mano delicada que se le tendía.

—¿Y habéis venido aquí a esperarme?

—Yo iba a encontraros en París para traeros aquí. Os llevaba vuestro despacho, porque esta ausencia se me hacía demasiado larga, y a solas con el señor de Epernón, me aburría, porque el peso de sus negocios gravitaba todo entero sobre mi vida monótona. Supe vuestro percance. A propósito, me olvidaba deciros, que sois mi hermano, ¿lo sabéis?

—Creí adivinarlo al leer vuestra carta.

—Sin duda nos habían vendido. La carta que os había escrito cayó en malas manos. El duque llegó furioso; yo le dije que erais mi hermano, pobre Canolles; de suerte que ahora estamos protegidos por la unión más legítima.

—¡Ea!, ya estáis poco menos que casado, mi pobre amigo.

Canolles se dejó arrastrar por el indecible atractivo de aquella mujer. Después de haber besado sus blancas manos, besó sus negros ojos… la sombra de la vizcondesa debió escaparse cubriéndole lúgubremente la cabeza.

—Desde entonces —continuó Nanón—, todo le he previsto, todo le he evitado; he hecho del señor de Epernón vuestro protector, o mejor dicho, vuestro amigo, y he aplacado la cólera de Mazarino. Por último, he escogido por retiro a San Jorge; porque bien lo sabéis, caro amigo, que todavía quieren apedrearme. No queda en el mundo nadie que me ame un poquito más que vos, mi querido Canolles. Vaya, decidme que me amáis.

Y la seductora sirena, echando ambos brazos al cuello de Canolles, fijó su ardiente mirada en los ojos del joven, como para buscar su pensamiento en lo más profundo de su corazón.

El barón sintió en aquel corazón que trataba de leer Nanón, que no podía continuar insensible a tantos sacrificios. Un presentimiento oculto le decía que había en Nanón algo más que amor, la generosidad; y que no sólo le amaba, sino que le perdonaba también.

El barón hizo un movimiento de cabeza, que respondía a la demanda de Nanón, porque no se había atrevido a decirle de palabra que la amaba, aunque todos sus recuerdos concurriesen en su favor en el fondo de su pecho.

—He elegido la isla de San Jorge —continuó ella—, para poner a salvo mi dinero, mis pedrerías y mi persona. ¿Qué otro hombre que el que me ama, me ha dicho, que puede salvar mi vida? ¿Quién sino mi dueño puede conservar mis tesoros? Sí, querido amigo, todo está en vuestras manos, mi existencia, mis riquezas; velaréis cuidadosamente por todo. ¿Seréis buen amigo y guardia fiel?

En este momento resonó una trompeta en la plaza de armas, y vino a vibrar en el corazón de Canolles. Tenía delante de sí el amor más elocuente que jamás ha existido, y a cien pasos de allí la guerra amenazadora, la guerra que inflama y embriaga.

—¡Oh, sí, Nanón! —exclamó—. Vuestra persona y vuestros bienes están seguros a mi lado; y os juro que moriré por salvaros del menor peligro.

—¡Gracias, mi noble caballero! Estoy bien convencida de vuestro valor y de vuestra generosidad. ¡Ay de mí! —añadió sonriendo. ¡Quisiera estar tan segura de vuestro amor!

—¡Oh! —murmuró el barón—, vivid segura…

—Bien, bien —dijo Nanón—, obras son amores. El amor no se prueba con juramentos; y por lo que hagáis, caballero, juzgaré de vuestro amor.

Y pasando alrededor del cuello de Canolles los brazos más lindos del mundo, inclinó su cabeza sobre el pecho palpitante del joven.

—Ahora —dijo ella para sí—, es menester que olvide, y olvidará.

XXII

El encuentro

El mismo día que el barón había sido arrestado en Jaulnay delante de la vizcondesa, partió ésta con Pompeyo para reunirse con la señora princesa, que se hallaba a la vista de Coutras.

El primer cuidado del digno escudero, fue tratar de probar a su señora que si el bando de Cauviñac no había exigido ningún rescate, ni cometido violencia alguna con la hermosa viajera, debía atribuirse esta felicidad a su aspecto imponente y a su experiencia de la guerra. Verdad es que la vizcondesa, menos fácil de persuadir de lo que creyera Pompeyo, le hizo observar que había desaparecido y no se le había vuelto a ver hasta después de una hora lo menos; pero Pompeyo le dijo que durante aquella hora había estado oculto en un corredor, en el cual, con la ayuda de una escala, había preparado a la vizcondesa una fuga segura; sólo que había sido necesario hacer frente a dos soldados desenfrenados que le disputaban la posesión de aquella escala, de la que se había hecho él con el indómito valor que tenía acreditado.

Esta conversación llevó naturalmente a Pompeyo a hacer el elogio de los soldados de su tiempo, fieros contra el enemigo, como lo habían probado en el sitio de Montalbán y en la batalla de Corbía, pero políticos y afables para con sus compatriotas, cualidades, que preciso era confesarlo, afectaban poco a los soldados contemporáneos.

El hecho es que sin sospecharlo, Pompeyo acababa de escapar de un inmenso peligro, el de ser reclutado.

Como tenía por costumbre marchar con la vista al frente, el pecho descubierto militarmente y con una presencia de Nembrod, desde el primer momento había llamado la atención de Cauviñac; pero merced a los sucesos subsiguientes que habían cambiado el curso de las ideas del capitán; merced a doscientas pistolas que le había dado Nanón por no ocuparse de nadie más que de Canolles; merced a esa reflexión filosófica, de que la pasión de los celos es la más espléndida de todas, y que es menester explotar los celos cuando nos salen al encuentro, el querido hermano había despreciado a Pompeyo y dejado a la vizcondesa continuar su camino para Burdeos; porque en efecto, a los ojos de su hermana Nanón, Burdeos estaba aun muy cerca de Cambes en el Perú, en las Indias o en Groenlandia.

Por otra parte, cuando Nanón reflexionaba que de allí en adelante iba a poseer sola y a tener entre muy buenos muros a su querido Canolles, y que excelentes fortificaciones poco accesibles a los soldados del rey guardarían también a la señora de Cambes prisionera en su rebelión, sentíase dilatar por esos infinitos goces que sólo conocen sobre la tierra los niños y los amantes.

Ya hemos visto cómo este sueño se había realizado y cómo Canolles y Nanón se encontraron en la isla de San Jorge.

Al mismo tiempo la vizcondesa caminaba triste y atemorizada. Pompeyo, a pesar de todas sus jactancias, estaba muy distante de poderla tranquilizar; y no sin recibir gran sobresalto, vio a la caída de la tarde del día que saliera de Jaulnay, una considerable turba de caballeros, que venían siguiendo un camino

transversal.

Eran estos caballeros los mismos que volvían del famoso entierro del duque de Larochefoucault, entierro, que bajo pretexto de rendir todos los honores oportunos a su padre, había servido al señor príncipe de Marsillac para sacar de Francia y de Picardía toda la nobleza que más detestaba aun a Mazarino y que no era afecta a la familia de Condé. Pero una cosa chocó singularmente a la vizcondesa, y sobre todo a Pompeyo, de aquellos caballeros, unos traían el brazo en cabestrillo, otros sostenían en el estribo una pierna cubierta de vendajes, y muchos de ellos tenían vendas ensangrentadas en la frente. Era menester verles de muy cerca para reconocer en aquellos caballeros tan mal parados, a los activos y rozagantes cazadores que corrieran el gamo en el parque de Chantilly.

Pero el miedo tiene ojos de lince. Pompeyo y la señora de Cambes reconocieron bajo aquellas ensangrentadas vendas, algunos semblantes.

—¡Cáspita! —dijo Pompeyo—. Ved ahí, señora, un entierro que se ha efectuado por malos caminos. Es preciso que la mayor parte de esos caballeros se hayan caído de sus caballos, para venir tan arañados.

—Eso estoy observando —dijo la vizcondesa.

—Esto me recuerda la retirada de Corbía —dijo Pompeyo con orgullo—; sólo que aquella vez no estaba yo en el número de los bravos que viene, sino en el de los que son traídos.

La señora de Cambes dijo con cierta inquietud a la vista de una expedición que se presentaba bajo tan tristes auspicios:

—¿Pero no manda nadie a estos caballeros? ¿No tienen jefe? ¿Ha sido muerto este jefe, que no se le ve? Mirad.

—Señora —repuso Pompeyo acomodándose erguidamente en la silla—, nada más fácil que conocer a un jefe entre la gente que comanda. Comúnmente, en un escuadrón, el oficial marcha en el centro con sus subalternos; en la acción marchaba detrás, o sobre el flanco de la tropa. Tened la vista hacia los diferentes puntos que os designo, y juzgaréis por vos misma.

—No veo nada, Pompeyo; pero se me figura que se nos sigue. Mirad hacia atrás…

—¡Hum, hum! No, señora —repuso Pompeyo tosiendo, pero sin volver la cabeza, por temor de ver efectivamente a alguno—. No viene nadie; pero mirad al jefe. ¿No podría ser aquel de la pluma roja?… No… ¿El de la espada dorada?… No… ¿Aquél del caballo pío, semejante al del señor de Turena?… No… Esto sí que es efectivamente raro; sin embargo, ahora no hay peligro, y el jefe pudiera dejarse ver, que no es aquí lo mismo que en Corbía.

—Os engañáis, Maese Pompeyo —dijo detrás del pobre escudero, poniéndole a punto de caer trastornado, una voz aguda y sarcástica—; os engañáis; esto es mucho peor que lo de Corbía.

Volvió la señora de Cambes vivamente la cabeza, y vio a dos pasos de ella a un caballero de mediana talla y de una presencia sencillamente afectada, que la miraba con unos ojillos brillantes y profundos, como los del zorro.

Con sus espesos cabellos negros, sus labios delgados y volubles, su palidez biliosa y su frente sombría, inspiraba este caballero tristeza en medio del día, y de noche tal vez terror.

—¡El señor príncipe de Marsillac! —exclamó la señora de Cambes conmovida—. ¡Ah! Seáis bienvenido, caballero.

—Decid el duque de Larochefoucault, señora, porque ya que ha muerto mi padre, soy heredero de este nombre, bajo el cual, buenas o malas, van a inscribirse las acciones de mi vida.

—Venís… —dijo la vizcondesa con indecisión.

—Venimos batidos, señora.

—¡Batidos, justo cielo, vos!

—Sí. Digo que venimos batidos, señora, porque soy naturalmente poco fanfarrón, y me digo a mí mismo la verdad, como se lo digo a los demás. A no ser así, pudiera pretender que volvemos vencedores; pero en realidad, somos batidos, puesto que ha fracasado nuestro intento sobre Samur. He llegado muy tarde, y hemos perdido la plaza importante que Jarzé acababa de rendir. De aquí en adelante, suponiendo que la señora princesa se apodere de Burdeos, como se le había prometido, toda la guerra se concentrará en la Guiena.

—Pero, si como he creído entender —preguntó la vizcondesa—, se ha efectuado la capitulación de Samur sin combate, ¿cómo es que todos esos caballeros vienen heridos de ese modo?

—Porque —dijo Larochefoucault con una especie de orgullo que no le fue posible disimular, a pesar de su dominio sobre sí mismo—, porque hemos encontrado ciertas tropas reales.

—¿Y se las ha batido? —dijo con viveza la señora de Cambes.

—¡Oh, Dios mío, señora!

—¿Conque ya ha sido derramada por franceses la primera sangre francesa, y vos, señor duque, habéis dado el ejemplo?

—¡Yo, señora!

—¡Vos, tan mirado, tan frío, tan sabio!

—Algunas veces, cuando se defiende contra mí un partido injusto, a fuerza de apasionarme por la razón, llego a hacerme poco razonable.

—¿A lo menos, no estáis herido?

—No. Esta vez he sido más afortunado que en las Limas y en París. Entonces creía haber ganado ya bastante en la Guerra Civil, para no volver a entrar en cuentas con ella; pero me engañaba. ¿Qué queréis? El hombre suele alzar proyectos siempre sin consultar a la pasión, el único y verdadero arquitecto de su vida, que constantemente reforma su edificio, cuando no le destruye de un golpe.

La vizcondesa se sonrió. Acordóse que Larochefoucault había dicho que por los bellos ojos de la señorita de Longueville, había hecho la guerra a los reyes, y la haría a los dioses.

No se escapó al duque esta sonrisa; sin dejar a la señora de Cambes tiempo para hacer seguir a la sonrisa el pensamiento que la hiciera nacer, continuó:

—Pero, señora, permitidme que os felicite, porque a la verdad, sois un modelo de bravura.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? ¡Viajar así sola, sin más que un escudero, como una Clorinda o una Bradamante!

¡Oh! A propósito, he sabido vuestra admirable conducta en Chantilly. Me han asegurado que habéis burlado admirablemente a un pobre diablo de oficial real…

—Victoria fácil, ¿no es cierto? —añadió el duque con aquella sonrisa y aquella mirada que tanto significaban en él.

—¿Cómo? —preguntó la vizcondesa conmovida.

—Digo fácil —continuó el duque—, porque no combatía contra vos con armas iguales. Con todo, me ha chocado una cosa en la relación que me han hecho de esa aventura…

Y el duque fijó sus ojillos en la señora de Cambes con más encarnizamiento que nunca.

No había medio de que la vizcondesa se batiese en retirada honrosa. En consecuencia, se preparó una defensa, que resolvió hacer lo más vigorosa posible.

—Hablad, señor duque —dijo—: ¿qué cosa es esa que os han colocado?

—Vuestra gran habilidad, señora, al ejecutar ese papelito cómico. Porque en efecto, si he de creerlo que se me ha dicho, el oficial había visto ya a

vuestro escudero, y a vos misma, según creo.

Estas últimas palabras, aunque proferidas con toda la habilidad y reserva de un hombre de tacto, no dejaron de producir una profunda impresión en la vizcondesa.

—¿Que me había visto, decís?

—Poco a poco, señora, entendámonos; no soy yo quien lo dice, sigue hablando aun ese personaje indefinido a quien llaman «Se», y a cuyo poder están sometidos lo mismo los reyes que el último de sus vasallos.

—¿Y dónde me había visto?

—Se dice que el camino de Liburnio a Chantilly, en una aldea llamada Jaulnay, sólo que la entrevista no fue muy larga, con el motivo de haber recibido el caballero orden del señor duque de Epernón de partir en el mismo instante para Mantes.

—Pero si ese caballero me había ya visto, señor duque, ¿cómo era posible que no me conociese?

El famoso «Se», de que hace un momento os hablaba, y que a todo responde, decía que la cosa era posible, en atención a que la entrevista tuvo lugar a oscuras.

—Esta vez, señor duque —repuso la señora de Cambes palpitante—, no sé en verdad lo que queréis decir.

—Entonces —contestó el duque con una ingenuidad fingida—, quiere decir que se me habrá informado mal; y luego, por más que se diga, ¿qué es el encuentro de un instante? Verdad es, señora —añadió con galantería el duque —, verdad es que vuestro talento y vuestro rostro son capaces de dejar una impresión profunda, aunque la entrevista hubiese durado tan sólo un instante.

—Pero eso no era posible —contestó la señora de Cambes—, puesto que vos mismo habéis dicho que la entrevista se efectuó a oscuras…

—Es cierto, habláis perfectamente, señora; y confieso que soy el engañado, a no ser que antes de la entrevista os hubiese ya visto ese joven, en cuyo caso la aventura de Jaulnay no sería como se ha dicho un encuentro…

—¿Qué podía ser entonces? —repuso la señora de Cambes—. Cuidado con vuestras palabras, señor duque.

—Ya veis, me encuentro cortado; nuestra querida lengua francesa es tan pobre, que en vano busco una palabra que transmita mi pensamiento. Sería… un appuntamento, como dicen los italianos, una assignation, como dicen los ingleses.

—Pero, si no me engaño, señor duque —dijo la vizcondesa, esas dos palabras traducidas al francés significan «cita».

—Vamos —contestó el duque—, he dicho una necedad en dos lenguas, y precisamente hablando con una persona que las entiende ambas. Perdonadme, señora, parece que el italiano y el inglés son tan pobres como el francés.

La señora de Cambes se contrajo el corazón con la mano izquierda para respirar más libremente, pues se sentía sofocada. Se le ocurrió una cosa que siempre había sospechado, y es que por ella el señor de Larochefoucault había sido infiel a la de Longueville, de pensamiento o de deseo al menos; y que al hablar así, le impelía a hacerlo un sentimiento de celos. En efecto, dos años antes, el príncipe de Marsillac le había hecho la corte con la asiduidad que permitían aquel carácter reservado, sus perpetuas incertidumbres y aquellos eternos recelos que le constituían en el más rencoroso enemigo cuando dejaba de ser el amigo más complaciente.

Por esto la señora de Cambes no quiso romper con un hombre que llevaba tan de frente los negocios públicos y los más familiares intereses.

—¿Sabéis, señor duque —dijo—, que sois un hombre muy apreciado en las circunstancias en que nos encontramos, sobre todo, y Mazarino, aunque se pique, no tiene una policía tan bien montada como la vuestra?…

—Si no supiese nada, señora —repuso el duque de Larochefoucault—, me parecería mucho a ese buen ministro, y no tendría en tal caso ningún motivo de hacerle la guerra. Pero yo trato, poco más o menos, de estar al corriente de todo.

—¿Hasta de los secretos de vuestras aliadas, dado caso que los tuviesen?

—Acabáis de pronunciar una palabra que se interpretaría muy mal si se supiese: un secreto de mujer. ¿Luego ese viaje y ese encuentro son un secreto?

—Entendamos, señor duque, porque no tenéis razón más que a medias. El encuentro fue una casualidad. El viaje era un secreto, y un secreto de mujeres; pues en efecto, nadie tenía noticia de él más que la señora princesa y yo.

El duque se sonrió. Esta excelente defensa aguzaba su perspicacia.

—Y Lenet —dijo el duque—, y Richón, y la señora de Tourville, y hasta un cierto vizcondecito de Cambes, que no conozco, y de quien he oído hablar por primera vez en esta ocasión… Es cierto, que siendo este último hermano vuestro, me podréis decir que no salía el secreto de la familia.

La señora de Cambes se echó a reír por no irritar al duque, cuyo entrecejo veía ya ondular.

—¿Sabéis una cosa, duque?

—No; pero decídmela, y si es un secreto, señora, os prometo ser tan discreto como vos, y no decirlo más que a mi estado mayor.

—Está bien, podéis hacerlo; no deseo otra cosa, aunque por ello me haga enemiga de una gran princesa, cuyo odio no es muy conveniente arrostrar.

La frente del duque se coloró imperceptiblemente.

—Y bien, ¿ese secreto? —dijo.

—¿No sabéis qué compañero me destinaba la princesa en el viaje que me hiciera emprender? —¡No!

—¿Erais vos?

—En efecto, recuerdo que la señora princesa me envió a decir si podría servir de escolta a una persona que viajaba de Liburnio a París.

—¿Y vos rehusasteis?

—Me detenían negocios indispensables en Poitou.

—Sí, teníais que recibir los correos de la señora de Longueville.

Larochefoucault miró vivamente a la señora de Cambes, como para sondear el fondo de su corazón antes que la huella de estas palabras hubiese desaparecido; y acercóse a ella, le dijo:

—¿Me reconvenís?

—No tal. Vuestro corazón está también puesto en ese lugar, señor duque, que tenéis derecho a esperar parabienes en vez de reconvenciones.

—¡Ah! —repuso el duque suspirando a su pesar—. ¡Pluguiera al cielo que hubiese hecho con vos ese viaje!

—¿Por qué?

—Porque entonces no habría ido a Saumur —respondió el duque con un tono, que significaba tenía dispuesta otra contestación, pero que no se atrevía o no quería darla.

—Richón se lo habrá dicho todo —pensó la vizcondesa.

—Pero al cabo —continuó el duque—, no me quejo de mi desgracia privada, puesto que resulta de ella un bien público.

—¿Qué queréis decir, señor duque? No os comprendo.

—Quiero decir, que si hubiese ido con vos, no os habríais encontrado con un oficial, que así el cielo proteja nuestra causa, como es el mismo que Mazarino envió a Chantilly.

—¡Ah, señor duque! —dijo Clara con una voz oprimida por un doloroso y

reciente recuerdo—. ¡No os chanceéis acerca de ese desgraciado oficial!

—¿Por qué? ¿Es persona sagrada?

—Sí, por ahora; porque los grandes infortunios tienen para las almas nobles su sagrado lugar, como las fortunas más elevadas. Tal vez a estas horas ese oficial habrá muerto, caballero, pagando su error o su sacrificio con la vida.

—¿Muerto de amor? —preguntó el duque.

—Hablemos formalmente, caballero. Bien sabéis que si yo entregase mi corazón a alguno, no sería a quien encontrase en medio de un camino. Os digo que ese infeliz ha sido arrestado hoy mismo por orden de Mazarino.

—¡Arrestado! —dijo el duque—. ¿Y cómo sabéis eso? ¿Por un encuentro también?

—¡Oh, Dios mío, sí! Yo pasaba por Jaulnay…

—¿Conocéis Jaulnay?

—Perfectamente; allí fue donde recibí una cuchillada en el hombro. Pasabais por Jaulnay: ¿no es en esa misma aldea donde afirma la relación?

—Dejemos la relación —repuso ruborizándose la vizcondesa—. Pasaba por Jaulnay, como os digo, cuando vi que una tropa de gente armada arrestaba y traía a un hombre: aquel hombre era él.

—¿Él, decís? ¡Ah! ¡Cuidado con eso, señora! ¡Habéis dicho él!

—Él, sí; el oficial. ¡Por Dios, señor duque, sois muy profundo! Dejaos de sutilezas; y si tenéis piedad de ese desgraciado…

—¡Piedad, yo! —exclamó el duque—. ¡Bah, señora! ¿Acaso tengo tiempo de apiadarme, sobre todo de gentes que no conozco?…

La señora de Cambes miró a hurtadillas el rostro pálido de Larochefoucault y aquellos delgados labios crispados por una sonrisa apagada, y se estremeció a su pesar.

—Señora —dijo el duque—, quisiera tener el honor de acompañaros por más tiempo, pero debo poner una guarnición en Montroud; disimulad si os dejo. Veinte caballeros más felices que yo, os servirán de escolta hasta tanto que os hayáis reunido a la princesa, a quien os suplico tengáis la bondad de hacer presentes mis respetos.

—¿No venís a Burdeos? —preguntó la vizcondesa.

—Por ahora no, voy a Turena a encontrarme con el señor de Bouillón. Debatimos políticamente sobre quién ha de dejar de ser general en esta guerra,

mis negocios van viento en popa; así es, que creo vencerle y quedarme de lugarteniente.

A estas palabras, el duque saludó ceremoniosamente a la señora de Cambes, y recobró a pasos lentos el camino que seguía su tropa de caballeros.

La señora de Cambes le siguió con la vista, murmurando:

—¡Su piedad! ¡Yo invocaba su piedad! Bien ha dicho: no tiene tiempo de apiadarse.

Entonces vio destacarse hacía ella un grupo de caballeros y perderse el resto de la tropa en el bosque inmediato.

Detrás del escuadrón iba pensativo e inclinando hacia el cuello de un caballo, aquel hombre de falsa mirada y blancas manos, que más tarde escribía a la cabeza de sus Memorias esta frase, bastante extraña para un filósofo moralista:

«Creo que es necesario demostrar compasión, pero guardarse de tenerla. Ésta es una pasión que para nada sirve en un alma bien formada, que sólo conduce a debilitar el corazón, y debe dejarse al pueblo, que no teniendo jamás razón de sus hechos, necesita una pasión para obrar».

Dos días después, la vizcondesa se había reunido con la princesa.

XXIII

Los proyectos

Varias veces se había puesto a reflexionar la señora de Cambes hasta qué punto podía un odio como el de Larochefoucault; pero encontrándose joven, hermosa, rica y protegida, no comprendía que este odio, dado caso que existiese, pudiera nunca tener una funesta influencia sobre su vida.

Sin embargo, cuando la vizcondesa supo, a no dudarlo, que se había inquietado por ella hasta el punto de haber adquirido las noticias que sabía, se adelantó a asegurar su posición cerca de la princesa.

—Señora —le dijo al contestar a los cumplidos que aquélla le hacía—, no me felicitéis tanto por la pretendida destreza que en esta ocasión he desplegado, porque hay quien asegura que el oficial burlado sabía a qué atenerse sobre la verdadera y la falsa princesa de Condé.

Pero como esta suposición privaba a la princesa de la parte del mérito que ella pretendía haber desplegado en la ejecución de aquel ardid, naturalmente

no quiso darle ningún crédito.

—Sí, sí, mi querida Clara —le dijo—, sí, comprendo.

Hoy que nuestro caballero se ve engañado por nosotras, querrá darse la importancia de haberos favorecido; graciosamente ha acordado tarde, esperando a caer en desagrado por este motivo. Pero, a propósito, ¿me habéis dicho haber encontrado en el camino al señor de Larochefoucault?

—Sí, señora.

—¿Qué os ha dicho de nuevo?

—Que iba a Turena con el fin de encontrarse con el de Bouillón.

—Sí, hay certamen entre ellos, ya lo sé; los dos aparentan rehusar este honor, y ambos quieren ser generalísimos de nuestros ejércitos. En efecto, cuando demos la paz, el rebelde más temible tendrá más derecho a hacerse pagar caras sus demasías. Pero, a fin de ponerles de acuerdo, tengo un plan de la señora de Tourville.

—¡Oh! —exclamó Clara sonriendo al oír este nombre. ¿Vuestra Alteza se ha reconciliado ya con su consejera ordinaria?

—Preciso, se nos reunió en Monte-redondo, trayendo un rollo de papel, con una gravedad que nos hizo morir de risa a Lenet y a mí.

«Aunque Vuestra Alteza —me dijo—, no haga ningún caso de estas reflexiones, fruto de laboriosas tareas, yo rindo un tributo a la asociación generosa…».

—¡Calle! Pues es un verdadero discurso.

—En tres puntos.

—¿Al que Vuestra Alteza respondió?…

—No, cedí la palabra a Lenet.

«Señora, —dijo él— jamás hemos pensado poner en duda vuestro celo, ni mucho menos vuestras luces, ellas tienen para nosotros tanto valor, que cada día las recordábamos con tristeza la señora princesa y yo…».

—En una palabra, le dijo además tan lindas cosas, que la sedujo hasta el punto de entregarle ella misma su plan.

—¿Y es?…

—De no nombrar generalísimo ni al de Bouillón, ni al de Larochefoucault, sino a Turena.

—Y bien —dijo la señora de Cambes—, pues me parece que la consejera

hablaba perfectamente esta vez.

—¿Qué dice a eso, señor Lenet?

—Digo que la señora vizcondesa tiene razón, y que añade un buen voto a nuestras deliberaciones —respondió Lenet—, justamente entraba en aquel momento con un rollo de papel, con la misma gravedad que habría podido hacerlo de Tourville. Por desgracia —continuó—, el señor de Turena no puede dejar el ejército del Norte, y nuestro plan exige que marche sobre París al mismo tiempo que Mazarino y la reina marchen sobre Burdeos.

—Siempre habréis observado, mi querida amiga, que Lenet es el hombre de las imposibilidades. Así, pues, ni el de Bouillón, ni el de Larochefoucault, ni Turena, son nuestros generalísimos, ¡sino Lenet!

—¿Qué espera Vuestra Excelencia? ¡Es una proclamación!

—Sí señora.

—¡La de la señora de Tourville! Se entiende.

—¡Justamente, señora! Salvo algunas enmiendas de redacción. Ya sabéis: ¡el estilo de la Cancelería!…

—¡Bueno, bueno! —dijo riendo la princesa—. No tenemos necesidad de ceñirnos a la letra; que haya el sentido, y basta.

—Ése le hay, señora.

—¿Y dónde debe firmar el señor de Bouillón?

—En la misma línea que el señor de Larochefoucault.

—Eso no es decirme dónde firmará Larochefoucault.

—El señor Larochefoucault firmará debajo del señor de Enghien.

—¡El señor duque de Enghien no debe firmar tal acta! ¡Un niño! ¿Lo habéis reflexionado bien, Lenet?

—¡Lo he reflexionado, señora! Cuando muere el rey, el Delfín le sucede, aunque no tenga más que un día… ¿Por qué no habrá de ser el Delfín de la casa de Condé como el de la casa de Francia?

—Pero, ¿qué dirá de Larochefoucault? ¿Qué dirá de Bouillón?

—El primero ha dicho, señora, y se ha marchado después de decir: el segundo lo sabrá cuando ya esté hecho, y por consiguiente, diga lo que le parezca o lo que quiera, poco nos importa.

—Ved ahí la causa de esa frialdad que os ha demostrado el duque, Clara.

—Dejadle que se enfríe, señora; ya se calentará a los primeros cañonazos

que nos dispare el mariscal de La Meilleraye. Esos señores quieren hacer la guerra; pues bien, ¡que la hagan!

—Cuidado con descontentarlos mucho, Lenet —dijo la princesa—. No tenemos más que a ellos…

—Y ellos no tienen más que vuestro nombre; que prueben a batirse por su cuenta, y verán cuánto tiempo se sostienen.

Hacía ya algunos segundos que la señora de Tourville había llegado, y al aire radioso y satisfecho de su semblante, había sucedido una sombra de inquietud, que se aumentó con las últimas palabras de su rival consejero.

Entonces se adelantó con viveza y dijo:

—¿Tendría la desgracia el plan que he propuesto a Vuestra Alteza de no obtener la aprobación del señor Lenet?

—Al contrario, señora —dijo Lenet inclinándose—, he conservado cuidadosamente la mayor parte de vuestra redacción, sólo que en vez de ser firmada la proclamación por el duque de Bouillón o el de Larochefoucault, la firmará monseñor el duque de Enghien, el nombre de esos señores irá después de la firma del príncipe.

—¡Comprometéis al joven príncipe, caballero!

—Es muy justo que sea comprometido, señora, pues que por él se pelea.

—Pero los Burdeleses aman al señor duque de Bouillón, adoran al señor de Larochefoucault, y ni aun conocen al duque de Enghien.

—Os equivocáis —respondió Lenet sacando—, según su costumbre, un papel de aquel bolsillo prodigioso que tenía admirado a la señora princesa por su contenido; porque ved aquí una carta del señor presidente de Burdeos, en que me ruega haga firmar las proclamaciones por el joven duque.

—¡Eh! Reíros de los parlamentos, Lenet —exclamó la princesa—, poco hemos adelantado con escapar del poder de la reina y de Mazarino, si venimos a caer en el del parlamento.

—¿Vuestra Alteza quiere entrar en Burdeos? —dijo Lenet.

—Sin duda.

—Pues bien, para entrar, ésa es la condición: sine qua non. Los Burdeleses no quemarán un cartucho por otro que por el señor duque de Enghien.

La señora de Tourville se mordió los labios.

—Según eso —repuso la princesa—, ¿nos habéis hecho huir de Chantilly y andar cincuenta leguas para haceros recibir una afrenta de los Burdeleses?

—Lo que tomáis por afrenta, señora, no es más que un honor. ¿Qué cosa más lisonjera, en efecto, para la señora princesa de Condé, que al verle se la recibe, y no a los demás?…

—¿En ese caso los Burdeleses no recibirán ni aun a los duques?

—No recibirán más que a Vuestra Alteza.

—¿Y qué puedo hacer yo sola?

—¡Ah! ¡Dios mío!

—Entrad, y cuando estéis dentro, dejad las puertas abiertas, y los demás entrarán después de vos.

—No podemos pasar sin ellos.

—Ésa es mi opinión, y dentro de quince días lo será también del parlamento. Burdeos no quiere a vuestro ejército porque le teme, y dentro de quince días le llamará para defenderse. Entonces tendréis un doble mérito, por haber hecho dos veces lo que han pedido los Burdeleses, y después, vivid tranquila, que ellos se dejarán matar por vos desde el primero hasta el último.

—¿Está, pues, Burdeos amenazado? —preguntó la de Tourville.

—Gravemente —respondió Lenet—, ved ahí por lo que es necesario tomar posición. Mientras no estemos dentro, puede Burdeos, sin comprometer su honor, rehusar abrirnos; pero una vez allí, Burdeos no puede sin deshonrarse echarnos fuera de sus muros.

—¿Tendréis la bondad de decirnos quién amenaza a Burdeos?

—El rey, la reina y Mazarino. Están reuniendo las fuerzas reales; nuestros enemigos toman posición; la isla de San Jorge, que dista sólo tres leguas de la ciudad, acaba de recibir un refuerzo, provisión de municiones y un nuevo gobernador. Los Burdeleses quieren tomar la isla, y naturalmente tendrán que batirse, pues, tienen que habérselas con las mejores tropas del rey. Bien y debidamente asendereados como conviene a los paisanos que quieren parodiar a los soldados, llamarán a voces a los duques de Bouillón y de Larochefoucault. Entonces, vos, señora, que tenéis a esos dos duques en entrambas manos, daréis condiciones a los parlamentos.

—¿Y no sería mejor que probásemos a ganar a su nuevo gobernador antes que los Burdeleses sufran una derrota que tal vez les desanime?

—Si estáis en Burdeos cuando ocurra esa derrota, nada podréis temer; en cuanto a ese gobernador, es cosa imposible.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Porque ese gobernador es un enemigo personal de Vuestra Alteza.

—¿Un enemigo personal mío?

—Sí.

—¿Y de qué procede su enemistad?

—De que nunca perdonará a Vuestra Alteza el enredo de que ha sido víctima en Chantilly. ¡Oh! Mazarino no es un zote como le creéis, señoras, aunque me empeño en repetiros incesantemente lo contrario. La prueba es, que ha puesto en la isla de San Jorge, es decir, en la mejor posición del país, ¿adivináis a quién?

—Os repito que ignoro completamente quién pueda ser.

—Pues bien, es el oficial de quien os habéis reído tanto, y que por una torpeza inconcebible, dejó a Vuestra Alteza huir de Chantilly.

—¡El señor de Canolles! —dijo Clara.

—Sí.

—¡El señor de Canolles gobernador de la isla de San Jorge!

—En persona.

—¡Es imposible! Yo le he visto prender, delante de mí, a mi vista.

—Es verdad. Pero sin duda goza de una poderosa protección, y su desgracia se ha convertido en favor.

—¡Y vos lo creíais ya muerto, mi pobre Clara! —dijo riendo la princesa.

—¿Pero estáis bien seguro? —preguntó la vizcondesa estupefacta.

Lenet, según su costumbre, llevó la mano al famoso bolsillo y sacó un papel.

—Ved aquí una carta de Richón —dijo—, que me da todos los detalles de la instalación del nuevo gobernador, y que se muestra muy pesaroso de que Vuestra Alteza no le haya colocado a él en San Jorge.

—¡La señora princesa colocar a Richón en la isla de San Jorge! —dijo la de Tourville con risa de triunfo.

—¿Acaso disponemos nosotros de los nombramientos de gobernador para las plazas de Su Majestad?

—Disponíamos de uno, señora —contestó Lenet—, y esto bastaba.

—¿Y de cuál?

La señora de Tourville se estremeció al ver a Lenet acercar la mano al bolsillo.

—¡La firma en blanco del duque de Epernón! —exclamó la princesa—. Es cierto, lo había olvidado.

—¡Bah! ¿Y qué es eso? —dijo con desdén la de Tourville; un tirajo de papel, y nada más.

—Ese tirajo de papel, señora —dijo Lenet—, es el nombramiento, que necesitamos para contrarrestar el que ha sido hecho; es el contrapeso de la isla de San Jorge; es nuestra salvación; en fin, es cualquiera otra plaza sobre el Dordoña, como la isla de San Jorge está sobre el Garona.

—¿Y estáis seguro —dijo la señora de Cambes, que habiéndose quedado pensativa con la noticia anunciada por Lenet y confirmada por Richón, nada había escuchado de cuanto se decía hacía cinco minutos—; y estáis seguro, señor Lenet, de que es el mismo Canolles que ha sido preso en Jaulnay, el que ahora es gobernador de San Jorge?

—Segurísimo, señora.

—Pues tiene el de Mazarino una manera particular de conducir sus gobernadores a sus gobiernos.

—Sí —dijo la princesa—, y seguramente ahí hay gato encerrado.

—Sin duda —respondió Lenet—. Ahí está de por medio la señorita Nanón de Lartigues.

—¡Nanón de Lartigues! —exclamó Clara—, a quien un horroroso recuerdo acababa de punzar en el corazón.

—¡Esa chiquilla! —dijo la princesa con desprecio.

—Sí, señora —dijo Lenet—. Esa chiquilla que Vuestra Alteza no quiso ver cuando solicitó el honor de seros presentada, y a quien la reina, menos severa que vos en leyes de etiqueta, había recibido; por lo que contestó a vuestro camarero, que era posible que la señora princesa de Condé fuese más gran señora que Ana de Austria, pero que seguramente Ana de Austria tenía más prudencia que la princesa de Condé.

—¿Os falta la memoria, Lenet, o teméis acaso ofenderme? —exclamó la princesa—. La insolente no se contentó con decir más prudencia, que también dijo más talento.

—¡Es posible! —dijo Lenet sonriendo—. Yo pasaba por la antesala en aquel momento, y no entendí el fin de la frase.

—Sí; pero yo que escuchaba a la puerta —dijo la princesa—, la comprendí toda entera.

—Y bien, señora —repuso Lenet—, ya conocéis que esa mujer os hará la

más cruda guerra. La reina os hubiera enviado soldados que combatir; Nanón os mandará enemigos que será preciso derrocar.

—¿Acaso en el puesto de Su Alteza —dijo agriamente la de Tourville—, la habríais recibido con sumisión?

—No, señora —respondió Lenet—; yo la hubiera recibido riendo, y la habría comprado.

—Pues bien; si sólo se trata de comprarla, todavía es tiempo.

—Sin duda, todavía es tiempo; sólo que a estas horas sería demasiado cara para nuestro bolsillo.

—¿Cuánto vale? —preguntó la princesa.

—Cinco mil libras antes de la guerra.

—¿Y hoy?

—Un millón.

—Por ese precio compraría a Mazarino.

—Tal vez —contestó Lenet—; cuando las cosas han sido ya vendidas y revendidas, bajan de precio.

Pero la de Tourville, que estaba siempre por los medios violentos, dijo:

—¡Lo que no puede comprarse, se toma!

—Prestaríais, señora, un señalado servicio a Su Alteza llegando a ese fin; pero será difícil conseguirlo, atendido que se ignora absolutamente su paradero. —Pero no pensemos en eso; entremos antes en Burdeos, y después ya entraremos en San Jorge.

—No, no —exclamó la vizcondesa—; no, entremos antes en la isla de San Jorge.

Esta exclamación, nacida del fondo del corazón de Clara, hizo que las otras dos señoras se volviesen hacia ella, mientras que Lenet la miraba con tanta atención, como habría podido hacerlo el duque de Larochefoucault, aunque con más benevolencia.

—¿Estás loca? —dijo la princesa—. ¿No has oído a Lenet decir que esta plaza no se puede tomar?

—Puede ser —repuso la vizcondesa—; pero yo creo que la tomaremos.

—¿Tenéis algún plan? —dijo la de Tourville con el acento de una mujer que teme ver alzarse altar contra altar.

—Tal vez —contestó Clara.

—Pero —dijo riendo la princesa—, si la isla de San Jorge es tan cara de comprar como dice Lenet, acaso no somos bastante ricos para ella.

—No se le comprará —repuso Clara—, y sin embargo, la tendremos de hecho.

—Entonces la tomaremos por la fuerza —dijo la señora de Tourville—. Querida amiga, entráis en mi plan.

—Eso es —dijo la princesa—. Mandaremos a Richón a que sitie a San Jorge; él es del país, conoce perfectamente el terreno; y si algún hombre puede apoderarse de esa fortaleza, que según decís es de tanta importancia, no es otro que él.

—Antes de emplear ese medio —contestó la vizcondesa—, dejadme tentar la aventura, señora. Y si fracasa mi plan, entonces haced lo que queráis.

—¡Cómo —dijo la princesa admirada—, irás tú a la isla de San Jorge!

—Iré.

—¿Sola?

—Con Pompeyo.

—¿Y no temes nada?

—Iré como parlamentaria, si Vuestra Alteza tiene la bondad de darme sus instrucciones.

—¡Ah! —exclamó la de Tourville—. Esto sí que es nuevo; creo que no se improvisan así los diplomáticos, y que es menester hacer un largo estudio de esa ciencia, que el señor de Tourville, uno de los mejores diplomáticos de su tiempo, como también uno de sus más grandes guerreros, sostenía que era la más difícil de todas.

—Por grande que sea mi incapacidad, señora —contestó Clara—, haré una prueba, sin embargo, si la señora princesa tiene a bien permitírmelo.

—Es seguro que la señora princesa os lo permitirá —dijo Lenet mirando con intención a la señora de Condé—, y estoy seguro de que si alguna persona puede obtener buen éxito en esta negociación, esa persona sois vos…

—¿Y qué hará la señora que no pudiese hacer cualquiera otra?

—Negociar con el señor de Canolles muy sensiblemente, lo que un hombre no podía hacer sin que le arrojasen por un balcón.

—Un hombre, pasa —contestó la de Tourville—; pero una mujer…

—Si es una mujer la que va a la isla de San Jorge, tanto vale; y aun vale más que sea la señora de Cambes y no otra, puesto que es la primera que ha

tenido esa idea.

En este momento llegó un mensajero, que era portador de un pliego del parlamento de Burdeos.

—¡Ah! —exclamó la princesa—; la respuesta a mi demanda, sin duda.

Las mujeres se aproximaron, impelidas por un sentimiento de curiosidad, de interés. En cuanto a Lenet, permaneció en su puesto con su flema ordinaria, sabiendo sin duda de antemano el contenido de aquel escrito.

La princesa leyó con avidez.

—¡Me reclaman, me esperan! —exclamó.

—¡Ah! —prorrumpió la señora de Tourville con un acento de triunfo.

—¿Pero y los duques, señora —dijo Lenet—, y el ejército?

—No me hablan de ellos.

—Entonces estamos cortadas —dijo la de Tourville.

—No —contestó la princesa—; porque merced a la firma en blanco del duque de Epernón, tendré a Vayres, que domina el Dordoña.

—Y yo —dijo Clara—, tendré a San Jorge, que es la llave del Garona.

—Y yo —dijo Lenet—, tendré a los duques y al ejército, dado caso que me concedéis algún tiempo.

XXIV

La entrada en Burdeos

Al segundo día llegaron a la vista de Burdeos, y se trataba por último de decidir cómo se efectuaría la entrada en la ciudad. Los duques estaban con su ejército a distancia de diez leguas, poco más o menos, y por consiguiente podía probarse a entrar, lo mismo pacíficamente que a la fuerza. Lo que importaba era saber qué convendría mejor, si mandar a Burdeos u obedecer al parlamento. La princesa congregó su consejo, que se componía de la señora de Tourville, Clara, sus damas de honor y Lenet. La de Tourville, que conocía bien a su antagonista, había insistido mucho en que no asistiese al consejo, en atención a que la guerra era guerra de mujeres, y por consiguiente debía echarse mano solamente de los hombres para combatir. Pero la princesa declaró que habiéndole sido impuesto Lenet por su marido, no podía excluirle de la cámara de las deliberaciones, en la que por otra parte sería de ninguna

importancia su presencia, en razón a que se había convenido de que pudiese hablar cuanto quisiese, pero que no se le escucharía.

La precaución de la señora de Tourville no era inútil, porque ella había empleado los dos días de camino que acababan de transcurrir en trastornar la cabeza de la princesa, inclinándola a adoptar ideas belicosas, a que por otra parte se hallaba ésta bastante inclinada, y temía no viniese Lenet a destruir aun todo el caramillo de su trabajo, tan laboriosamente levantado.

En efecto, reunido el consejo, la señora de Tourville expuso su plan. Era éste de hacer venir secretamente a los duques y a su ejército; procurarse, bien por fuerza o por grado, cierto número de bateles y entrar en Burdeos, saltando en tierra a los gritos de ¡A nosotros, Burdeleses! ¡Condé! ¡Caiga Mazarino!

De esta manera, la entrada de la princesa era una verdadera entrada triunfal; y la señora de Tourville, por un inesperado camino, llevaba así a cabo su famoso proyecto de apoderarse por fuerza de Burdeos y de atemorizar a la reina con un ejército, cuya primera tentativa sería un golpe de mano tan brillante.

Lenet aprobó todo con la cabeza, interrumpiendo a la de Tourville por medio de exclamaciones de admiración; y cuando hubo terminado de exponer su plan, le dijo:

—¡Eso es magnífico, señora! Tendréis la bondad ahora de resumir.

—Cosa muy sencilla, y que estará hecha en dos palabras —dijo la buena señora, triunfante y animándose ella misma a concluir su narración—. Entre una granizada de balas, al son de las campanas, al compás de los gritos de furor o cariño del pueblo, se verán a unas débiles mujeres llevar a cabo con intrepidez su generosa misión, se verá un niño en los brazos de su madre suplicar al parlamento que le dispense su protección. Este espectáculo tierno y sensible no dejará de ablandar las almas más empedernidas. De este modo venceremos, parte por la fuerza, parte por la justicia de nuestra causa, lo que creo es el fin que propone Su Alteza la princesa…

El resumen produjo más efecto aún que el discurso. La princesa aplaudió; la señora de Cambes, a quien el deseo de ser nombrada parlamentaria para la isla de San Jorge la incitaba cada vez más, aplaudió; también lo hizo el capitán de guardia, cuyo anhelo era el de dar soberbias cuchilladas; y por último, Lenet, además de aplaudir, fue a tomar la mano de la señora de Tourville, y estrechándola con tanto respeto como sensibilidad, exclamó:

—Señora, aunque no supiese ya cuán grande es vuestro talento, cuán a fondo conocéis, sea por instinto o por estudio, lo que ignoro y me importa poco, la gran cuestión civil y militar que nos ocupa, seguramente me habría convencido desde ahora de ello, y me prosternaría ante la consejera más útil

que Su Alteza pudiese encontrar jamás…

—¿Es verdad, Lenet —dijo la princesa—, que es una excelente idea? Eso mismo opinaba yo. ¡Pronto, vamos!

—Vedle, que se ciña al señor duque de Enghien la espadita que le he mandado hacer, como también su casco y su armadura.

—Sí, hacedlo. Pero una sola palabra antes, si tenéis a bien —dijo Lenet; mientras que la de Tourville, que al principio se había hinchado de orgullo, empezaba a recelar en virtud del perfecto conocimiento que tenía de las sutilezas de Lenet para con ella.

—Y bien —dijo la princesa—. Veamos, ¿qué más hay?

—Nada, señora, absolutamente nada; porque jamás pudo darse cosa que estuviese más en armonía con el carácter de una princesa augusta como vos, y semejante parecer no podía provenir sino de vuestra casa.

Estas palabras produjeron una nueva expansión en la de Tourville, e hicieron asomar de nuevo la sonrisa en los labios de la princesa, que había empezado a arrugar la frente.

—Pero, señora —continuó Lenet, cuya mirada seguía el efecto terrible sobre el semblante de su enemiga declarada—, al adoptar, no diré sin repugnancia, sino aun con entusiasmo, ese plan, el único que conviene, me atrevería a proponer una leve modificación.

La señora de Tourville dio media vuelta, inflexible, austera y dispuesta a la defensa. El entrecejo de la princesa se volvió a fruncir.

Lenet se inclinó, y con su mano indicó que pedía el permiso de continuar.

—El sonido de las campanas —dijo—, los gritos de amor de los pueblos, me llenan con anticipación de un entusiasmo que no puedo expresar; pero no me tranquiliza como quiera la granizada de balas de que ha hecho mención la señora.

La de Tourville se enderezó, tomando cierto aire marcial. Lenet se inclinó más aún, y continuó bajando la voz medio tono:

—Seguramente sería muy grande ver a una mujer y a su hijo tranquilos en medio de esta tempestad, que con frecuencia aterra a los mismos hombres. Pero temería de esas balas, que hiriendo ciegamente, como suelen hacerlo las cosas brutales y privadas de inteligencia, no diesen la razón a Mazarino contra nosotros y destruyese nuestro magnífico plan. Yo soy de parecer, como con tanta elocuencia lo ha dicho la señora de Tourville, de que se vea a la joven princesa y a su augusta madre abrirse paso hasta el parlamento, más por medios suaves y no por el de las armas. Pienso, en fin, que será más hermoso

enternecer así las almas más empedernidas, que no vencer de otro modo los más fuertes corazones. Pienso, por último, que uno de estos dos medios ofrecerá muchas más ventajas que el otro, y que el fin de la señora princesa es, ante todo, entrar en Burdeos. Ahora bien, lo he dicho y lo repito: nada hay menos seguro que esta entrada si la aventuramos a la decisión de una batalla…

—Veréis —dijo con acritud la señora de Tourville—, cómo el señor, según su costumbre, demuele piedra por piedra el edificio que yo había levantado, es decir, mi plan, y propone con buenos modos otro a su manera en lugar del mío.

—¡Yo! —exclamó Lenet, mientras que la princesa tranquilizaba a la de Tourville con una sonrisa y una mirada—; yo, el más celoso de vuestros admiradores, ¡no, mil veces no! Pero yo sé, que viniendo de Blayes, ha entrado en la ciudad un oficial de Su Majestad, llamado Dalvimar, el cual trae la misión de sublevar los Jurados y el pueblo contra Su Alteza; y sé, que si el señor de Mazarino puede terminar la guerra de un sólo golpe, lo hará. He aquí por qué temo esa granizada de balas de que hace un momento hablaba la señora de Tourville, y temo también entre ellas, acaso más balas inteligentes que brutales y faltas de razón.

Esta última alocución de Lenet pareció hacer reflexionar a la princesa.

—Siempre lo sabéis todo vos, señor Lenet —repuso con una voz trémula de cólera la señora de Tourville.

El capitán de guardias, antiguo militar confiado en las ideas de fuerza, y que seguramente habría ascendido en caso de acción, dijo irguiéndose y golpeando con el pie, como habría podido hacerlo en una sala de armas:

—Una buena acción bien dirigida no hubiera dado mal resultado.

—Lenet le pisó el pie; y mirándole fijamente con la más amable sonrisa, le dijo:

—Sí, capitán, pero también opinaréis que la salud del señor duque de Enghien es necesaria a nuestra causa; y que muerto o prisionero, no es otro que el verdadero generalísimo del ejército de Sus Altezas, ¿no es cierto?

El capitán de guardias, que sabía que este pomposo título de generalísimo, dado en apariencia a un príncipe de siete años, le elevaba a él a la altura de primer oficial del ejército, conoció que había cometido una torpeza, y renunciando a su proposición, apoyó acaloradamente el parecer de Lenet.

Durante este tiempo, la señora de Tourville se había acercado a la princesa y le hablaba bajo. Lenet se dio cuenta que iba a tener que sostener una nueva lucha. En efecto, volvióse hacía él Su Alteza, y le dijo con calma.

—No deja de ser extraño que con tanto empeño se deshaga lo que estaba

tan bien hecho.

—Vuestra Alteza está en un error —repuso Lenet—. Jamás he formado un fuerte empeño en los consejos que he tenido el honor de daros; y si alguna vez destruyo, es para reedificar. Si a pesar de las razones que he tenido el honor de exponer a Vuestra Alteza, quiere aun hacerse matar con su señor hijo, es muy dueña de hacerlo, y nosotros nos dejaremos sacrificar a su lado, esto no es más que un hecho fácil de realizar, y el primer criado de vuestro séquito, o el último mendigo de la ciudad, pueden hacer otro tanto. Pero si queremos llevar a cabo nuestro intento, a pesar de Mazarino, de la reina, de los parlamentos, de Nanón de Lartigues, y por último, a pesar de todas las eventualidades inseparables de la debilidad a que nos hallamos reducidos, ved aquí lo que creo nos resta por hacer…

—Caballero —exclamó impetuosamente la señora de Tourville cogiendo al vuelo la última frase de Lenet—, caballero, no hay debilidad ninguna donde por un lado se encuentra el nombre de Condé, y por otro dos mil soldados de Rocroy, Nordlingen y Lens; mas si a pesar de esto existe esa debilidad, de todos modos estamos perdidos, y no nos podrá salvar vuestro plan por magnífico que sea.

—Yo he leído, señora —repuso con calma Lenet—, saboreando anticipadamente el efecto que iba a producir en la princesa; yo he leído, que la viuda de uno de los Romanos más ilustres, bajo la dominación de Tiberio, la generosa Agripina, a quien las persecuciones acababan de arrancar a Germánico, su esposo, princesa que podía sublevar a su gusto un ejército entero tan sólo al recuerdo del general muerto, quiso mejor entrar en Brindis sola, atravesar la Pulla y la Campaña, vestida de luto, con un niño de cada mano, y caminar así, pálida, con los ojos encendidos por el llanto y la cabeza inclinada; mientras que sus hijos sollozando conseguían sólo con sus miradas… que todos los espectadores de aquella escena (y había más de dos millones desde Brindis a Roma) se deshiciesen en llanto, aclamaran con imprecaciones y estallasen en amenazas, y que la causa de esta princesa se ganase, no sólo ante Roma, sino ante toda Italia; no sólo a la vista de los contemporáneos, sino a la posterioridad, porque no encontró ninguna resistencia a sus lágrimas y a sus gemidos, mientras que a las lanzas habría visto oponer las picas y las espadas a las espadas. Me parece que hay grande semejanza entre Su Alteza y Agripina, entre el señor príncipe y Germánico, y por último, entre Pisón, ministro perseguidor y envenenador, y el señor de Mazarino. Ahora bien, siendo idéntica la semejanza, siendo la situación igual, reclamo que la conducta sea la misma, porque es mi sentir que lo que dio tan feliz resultado en una época deje de tenerlo igual en otras…

Una sonrisa de aprobación dilató las facciones de la princesa y aseguró a Lenet el triunfo de su arenga. La señora de Tourville fue a apoyarse en un

ángulo de la sala encubriéndose como una estatua antigua. Clara, que había encontrado en Lenet un amigo, le devolvió el apoyo que había prestado aquél, aprobando con la cabeza; el capitán lloraba como un tribuno militar, y el duquecito de Enghien exclamó:

—¡Mamá! ¿Me llevaréis de la mano vestido de luto?

—Sí, hijo mío —respondió la princesa—. Lenet, vos sabéis que siempre he tenido intención de presentarme en Burdeos vestida de negro.

—Y tanto más —dijo muy bajito Clara—, cuanto que lo negro sienta perfectamente a Vuestra Alteza.

—¡Chit! Queridita —repuso la princesa—, ya lo dirá en alta voz la señora de Tourville, sin que necesitéis decirlo vos al oído.

El programa de la entrada en Burdeos quedó fijado así sobre la proposición de Lenet. Las damas del séquito recibieron orden de prepararse. El joven príncipe fue vestido con una ropa de tabí blanco, recamada de pasamanos negros y de plata, y un sombrero con plumas blancas y negras. En cuanto a la princesa, apretando la mayor sencillez a fin de parecerse a Agripina, a quien había resuelto tomar por modelo en todos conceptos, se vistió de negro sin ninguna pedrería.

Lenet, que era el encargado de dirigir la fiesta, se multiplicaba para que fuese espléndida. La casa que habitaba en una pequeña villa situada a dos leguas de Burdeos, no se desocupaba de partidarios de la princesa, que antes de hacerla entrar en la ciudad, querían saber qué género de entrada le agradaría más. Lenet, como un director de teatros modernos, les aconsejó las flores, las aclamaciones y las campanas; y queriendo condescender en alguna parte con la belicosa señora de Tourville, propuso algunos saludos de cañón.

La mañana siguiente, en virtud de invitación del parlamento, se puso en marcha la princesa. Un cierto Lavie, asesor general del parlamento y acérrimo partidario del señor de Mazarino, había hecho cerrar las puertas, usando de la mayor vigilancia para impedir que la princesa, en caso de presentarse, fuese recibida; pero por otro lado los partidarios de los Condé habían trabajado y el pueblo excitado por ellos se había reunido aquella mañana a los gritos de ¡Viva la princesa! ¡Viva el señor duque de Enghien!, y habían roto las puertas a fuerza de hachazos; de modo que nada se oponía ya a aquella famosa entrada, que se revestía de todos los caracteres de un triunfo. Los observadores podían, no obstante, ver en estos acontecimientos la inspiración de jefes de los dos partidos que dividían la ciudad, porque Lavie recibía directamente las instrucciones del duque de Epernón, y el pueblo tenía sus motores aconsejados por Lenet.

Apenas había pasado la princesa la puerta de la ciudad, cuando tuvo lugar

la escena preparada hacía tiempo, con gigantescas proporciones. Los buques del puerto hicieron el saludo militar, y los cañones de la ciudad contestaron. Caían flores de las ventanas, o cruzaban las calles suspendidas en guirnaldas, de tal modo, que el suelo estaba cubierto de ellas y el aire embalsamado. Resonaban las aclamaciones de treinta mil apasionados de todos sexos y edades, que sentían crecer su entusiasmo con el interés que inspiraban la princesa y su hijo, en proporción que se aumentaba el odio a Mazarino.

Por lo demás, el duque de Enghien fue el más hábil actor de toda esta escena. La princesa había renunciado a llevarle de la mano por temor de fatigarle, o de que no quedase sepultado entre las flores; era, pues, conducido por su gentilhombre, de suerte, que teniendo las manos libres, enviaba besos a derecha e izquierda y se quitaba graciosamente su sombrero de plumas. El pueblo Burdelés se embriagó completamente, las mujeres adoraban frenéticamente a aquel hermoso niño que con tanta gracia lloraba, y los ancianos magistrados se conmovieron a las palabras del pequeñito orador, que decía:

«Señores, servidme de padre, ya que el señor cardenal me ha privado del mío».

En vano los partidarios del ministro quisieron poner alguna oposición. Los puños, las piedras y aun las alabardas les aconsejaron prudencia, y fue necesario resignarse a dejar libre el campo a los triunfadores.

Entretanto la vizcondesa, marchando pálida y grave detrás de la princesa, atraía parte de las miradas. La idea de tanta gloria no acudía a su imaginación sin afligirla interiormente, pensando que el suceso de aquel día haría tal vez olvidar la resolución de la víspera. Encontrábase en aquel camino circundada de adoradores, ofuscada por el pueblo, inundada de flores y caricias respetuosas, temiendo a cada instante ser llevada en triunfo, como algunos gritos empezaban a amenazar a la princesa, al duque de Enghien y a su comitiva; cuando se acercó Lenet, que viendo su turbación, le tendió la mano para ayudarle a subir a una carroza. Clara le dio las gracias y le dijo respondiendo a su propio pensamiento:

—¡Ah, qué feliz sois, señor Lenet! En todo hacéis prevalecer vuestra opinión, y siempre se siguen vuestros consejos. Verdad es que son buenos, y que se encuentran pocas…

—Me parece, señora —respondió Lenet—, que no tenéis de qué quejaros, y que el único que habéis propuesto ha sido adoptado.

—¿Cómo?

—¿No hemos convenido en que haréis una tentativa para ganar la isla de San Jorge?

—Sí. ¿Pero cuándo se me permitirá ponerme en campaña?

—Desde mañana, si me prometéis mal éxito.

—En cuanto a eso, descuidad; mucho temo satisfacer vuestras intenciones.

—Tanto mejor.

—No os comprendo.

—Necesitamos la resistencia de la isla de San Jorge para obtener de los Burdeleses nuestros dos duques y su ejército, que, debo decirlo, aunque mi opinión en este punto se acerque a la de la señora de Tourville, me parecen sumamente necesarios en las circunstancias en que nos encontramos.

—Sin duda —contestó la señora de Cambes—; pero aunque mis conocimientos militares en nada alcancen a los de la señora de Tourville, me parece que no se ataca a una plaza sin que antes se le intime la rendición.

—Tenéis mucha razón en lo que decís.

—¿Se enviará, pues, un parlamentario a la isla de San Jorge?

—Sin duda.

—Pues bien, yo demando ser ese parlamentario.

Los ojos de Lenet se dilataron de sorpresa.

—¡Vos! —dijo él—, ¡vos! Vamos, está visto que todas nuestras damas se han convertido en amazonas.

—Consentidme este capricho, amigo Lenet.

—Está muy bien. Pero lo peor que pudiera sucedemos sería el que tomaseis a San Jorge.

—¿Está dicho?

—Sí.

—Pero prometedme una cosa.

—¿Cuál?

—Que nadie sepa el nombre y calidad del parlamentario que vais a enviar, sino en el caso de que el parlamentario triunfe.

—Convenido —repuso Lenet tendiendo la mano a la vizcondesa.

—¿Y cuándo partiré?

—Cuando queráis.

—Mañana.

—Bien, mañana.

—Corriente. Ahora, ved que la princesa va a subir con su hijo a la terraza del señor presidente de Lalasne.

—Yo le cedo de buena voluntad mi parte de triunfo a la señora de Tourville. Tened la bondad de disculparme con Su Alteza, so pretexto de indisposición, y haced que se me conduzca al alojamiento que se me ha preparado. Voy a hacer mis preparativos y a reflexionar acerca de mi cometido, que no deja de inquietarme por ser el primero de esta dase que desempeño, y depender todo en este mundo, como dicen, del principio.

—¡Bah! —dijo Lenet—. Ya no me admira que el señor de Larochefoucault haya estado a punto de cometer por vos una infidelidad a la de Longueville, pues valéis en ciertas cosas tanto como ella, y mucho más en otras.

—Tal vez —dijo la señora de Cambes—. No creáis que rechazo del todo esa galantería; pero si tenéis algún influjo sobre Larochefoucault, mi amigo Lenet, afirmadle en su primer amor, porque el segundo me causa miedo.

—Bien, trataremos de ello —dijo Lenet sonriéndose—. Esta noche os daré vuestras instrucciones.

—¿Consentís en que gane a San Jorge?

—Forzoso será, puesto que lo queréis.

—¿Y los dos duques y el ejército?

—Tengo en mi bolsillo otro medio de hacerlos venir.

Y Lenet, después de haber dado las señas del alojamiento de la vizcondesa al cochero, se despidió de ella sonriendo, y fue a reunirse a la princesa.

XXV

El convite

El día siguiente de haber entrado en Burdeos la señora princesa, había gran convite en la isla de San Jorge.

Canolles había invitado a su mesa a los principales de la guarnición y a los demás gobernadores de plaza de la provincia.

A las dos de la tarde, hora prefijada para que empezase la comida, se hallaba Canolles rodeado de una docena de caballeros, que a la mayor parte de ellos veía por primera vez, y los cuales refiriendo el gran acontecimiento del

día anterior, se divertían a costa de las damas que acompañaban a la princesa, pareciéndose poco a gentes próximas a entrar en campaña, y a quienes están confiados los intereses más serios del reino.

Canolles, radiante y majestuoso bajo su traje dorado, animaba aun este regocijo con un ejemplo. Iba a servirse la comida.

—Señores —dijo el barón—, disimulad, pero nos falta un convidado.

—¿Quién? —preguntaron los jóvenes mirándose entre sí.

—¡El gobernador de Vayres! A quien he escrito, aunque no conozco, y que precisamente por esto tiene derecho a cierta consideración. Espero por consiguiente que tengáis la bondad de acordarme una prórroga de media hora.

—¡El gobernador de Vayres! —dijo un oficial antiguo, habituado sin duda a la exactitud militar—, y a quien esta tardanza le hizo arrancar un suspiro, ¡el gobernador de Vayres! Mas esperad; si no me equivoco, es el marqués de Bernay; pero no administra, tiene un lugarteniente.

—Entonces —dijo Canolles—, no vendrá, y en tal caso mandará a su lugarteniente. En cuanto a él, sin duda está en la corte, centro del favor.

—Pero, barón —dijo uno de los circunstantes—, me parece que no hace falta estar en la corte para entender.

—Yo conozco a un comandante que no tiene por qué quejarse. ¡Cáspita! ¡En tres meses capitán, teniente coronel y gobernador de la isla de San Jorge! Ésta es una bonita carrera, no lo negaréis.

—Lo confieso —repuso Canolles abochornado—. Y como ignoro a qué atribuir semejantes favores, preciso me es creer, en verdad, que hay en mi casa algún genio benéfico para hacerla prosperar de este modo.

—Conocemos el genio bienhechor del señor gobernador —dijo inclinándose el teniente que introdujo al barón en la fortaleza, y no es otro que su mérito.

—No niego el mérito, al contrario —respondió otro oficial—, soy el primero en reconocerlo. Pero a ese mérito debe añadirse la recomendación de cierta señora, la más espiritual, la más bienhechora y amable de Francia, se entiende, después de la reina.

—Fuera equívocos, conde —repuso Canolles sonriendo al nuevo interlocutor—. Si tenéis secretos vuestros, guardadlos para vos; si los tenéis de vuestros amigos, guardadlos para ellos.

—Confieso —contestó el oficial—, que al oír hablar de tardanza, creí se nos iba a demandar perdón en obsequio a algún esplendente tocado. Ahora veo que me engañé.

—¿Y comeremos sin señoras? —preguntó otro.

—¡Oh! A no ser que convide a la princesa y su séquito —dijo el barón—, no veo que podamos reunir a otras. Pero no olvidemos, señores, que nuestra comida es una comida seria; y si nos place hablar de negocios, no importunaremos más que a nosotros mismos.

—Bien dicho, comandante; aunque en verdad, si fijamos la atención, las mujeres levantan en este momento una verdadera cruzada contra vuestra autoridad: si no téngase presente lo que decía delante de mí el señor cardenal a don Luis de Haro.

—¿Qué decía? —preguntó el barón.

—¡Vosotros sois felices! En España las mujeres no se ocupan más que de dinero, coquetería y galanes, al paso que las de Francia no admiten ahora un amante sin haberle examinado antes sobre cuestión política; de tal modo —añadió con acento desesperado—, que las citas amorosas se pasan hoy tratando seriamente de asuntos del gobierno.

—Por eso —dijo el barón—, la guerra que hoy hacemos se llama la guerra de las mujeres; lo que no deja de ser para nosotros lisonjero.

En este momento, habiendo transcurrido la media hora de prórroga solicitada por Canolles, se abrió la puerta, y apareciendo en ella un criado, anunció que el señor gobernador estaba servido.

El barón invitó a los convidados para que le siguiesen; pero al echar a andar, resonó en la sala otro anuncio.

—¡El señor gobernador de Vayres!

—¡Ah! —dijo Canolles—, ese tratamiento le adula.

Y dio un paso para salir al encuentro del colega que le era desconocido; pero de pronto retrocedió sorprendido y exclamando:

—¡Richón…! ¡Richón, gobernador de Vayres!

—El mismo, querido barón —contestó Richón conservando, a pesar de su afabilidad, al aspecto grave que le era habitual.

—¡Ah, tanto mejor, mil veces mejor! —dijo el barón apretándole cordialmente la mano—. Caballeros —añadió—, vosotros no conocéis al señor, pero yo le conozco, y digo sin embozo que no era posible confiarse un empleo de importancia a un hombre más honrado.

Richón tendió a su alrededor una mirada altiva, como la del águila que escucha; y no viendo en todos los semblantes más que una ligera sorpresa, modulada por mucha parte de benevolencia, dijo:

—Mi querido barón, ya que habéis respondido de mí tan satisfactoriamente, hacedme el gusto de presentarme a estos señores a los que aún no tengo el honor de conocer.

Y al mismo tiempo indicó con la vista a tres o cuatro caballeros, para quienes en efecto era enteramente desconocido.

Entonces se efectuó ese cambio recíproco de elevadas cortesías, que daban un carácter tan noble y amistoso a la vez a todas las relaciones de aquella época. Al cabo de un cuarto de hora, ya era Richón amigo de todos aquellos jóvenes oficiales y podía exigir de cada uno de ellos la espada y la bolsa. Su garantía era su bien conocido valor, su reputación sin tacha y su nobleza escrita en sus ojos.

—¡Pardiez, señores! —dijo el comandante de Braunes—, preciso es confesar que aunque hombre de iglesia, el señor de Mazarino es perito en hombres de guerra, y de algún tiempo a esta parte está haciendo las cosas con acierto. Él ha previsto la guerra y escoge sus gobernadores: Canolles aquí, Richón en Vayres.

—¿Llegará el caso de batirse? —preguntó Richón con indiferencia.

—¡Que si llegará el caso de batirse! —contestó un joven que acababa de llegar directamente de la corte.

—¿Vos preguntáis eso, señor Richón?

—Sí.

—Y yo os preguntaría: ¿en qué estado se encuentran vuestros baluartes?

—Casi nuevos, caballeros; porque en tres días que estoy en la plaza, he hecho practicar más reparos de los que se habían hecho en tres años.

—Pues bien, no tardarán mucho en estrenarse —repuso el joven.

—Tanto mejor —dijo Richón—. ¿Qué pueden desear los militares sino la guerra?

—Bueno —dijo el barón—. El rey puede dormir a pierna suelta, pues tiene enfrenados a los Burdeleses con sus dos ríos.

—El hecho es —contestó Richón—, que quien me ha puesto allí puede contar conmigo.

—¿Y desde cuándo decís que estáis en Vayres?

—Desde hace tres días. Y vos, barón, ¿cuánto tiempo hace que estáis en San Jorge?

—Ocho. ¿Se os ha recibido como a mí, Richón?

—Mi entrada ha sido magnífica; y en verdad que no he dado suficientemente las gracias a estos señores. He tenido campanas, tambores, vivas; no han faltado más que salvas, pero me las prometen dentro de pocos días, y esto me consuela.

—Muy bien. Pero ved ahí la diferencia que ha habido entre nosotros dos; mi entrada ha sido tan modesta, como la vuestra suntuosa. Yo tenía orden de introducir en la plaza cien hombres del regimiento de Turena, y no sabía cómo hacerlo, cuando me llegó mi despacho a San Pedro, en donde me hallaba, firmado por el señor de Epernón.

Enseguida me puse en marcha, entregué mi pliego al teniente-gobernador, y tomé posesión de mi destino sin ruido, y allí estoy. El barón, que al principio reía, sintió al acento con que estas últimas palabras fueron pronunciadas, oprimírsele el corazón bajo el peso de un presentimiento siniestro.

—¿Y ocupáis ya vuestra casa? —preguntó a Richón.

—Trato de arreglarla antes —repuso éste tranquilamente.

—¿Y cuánta gente tenéis?

—En primer lugar, los cien hombres del regimiento de Turena, veteranos de Rocroy, con que puede contarse; además, una compañía que estoy organizando en la ciudad, y que instruyo a medida que los alistados me buscan. Son labradores, jóvenes, obreros, y entre todos componen unos doscientos hombres; y por último, espero un refuerzo de cincuenta hombres, levantados por un capitán del país.

—¿El capitán Ramblay? —preguntó uno de los convidados.

—No, el capitán Cauviñac.

—No conozco a ese capitán —dijeron varias voces.

—Yo le conozco —dijo el barón.

—Eso prueba de que es realista.

—No diré yo otro tanto. Sin embargo, tengo motivos para creer que el capitán Cauviñac es hechura del señor de Epernón, y que es fiel partidario del duque.

—En tal caso, eso corrobora lo que he dicho. El que es fiel al duque, lo es a Su Majestad.

—Eso es cierto, batidor de la vanguardia real —dijo el antiguo oficial, que recobraba en la mesa el tiempo perdido en esperar—. En ese sentido he oído hablar de él.

—¿Está en marcha acaso Su Majestad? —preguntó Richón con su

ordinaria calma.

—A estas horas —contestó el joven que había venido de la corte— debe hallarse el rey en Blois por lo menos.

—¿Estáis seguro?…

—Segurísimo. El ejército será mandado por el mariscal de La Meilleraye, que debe reunirse por estas cercanías con el duque de Epernón.

—¿En San Jorge tal vez? —dijo el barón.

—O acaso en Vayres —dijo Richón—. El señor de La Meilleraye viene de Bretaña, y Vayres está sobre su camino.

—El que resista el choque de los dos ejércitos, no debe sacar muy bien libradas sus fortificaciones —dijo el gobernador de Braunes—. El señor de La Meilleraye trae treinta piezas de artillería, y el señor de Epernón veinte y cinco.

—Será un fuego digno de ver —dijo el barón—. Por desgracia, no le veremos nosotros.

—¡Ah! —dijo Richón—, a no ser que alguno de nosotros se declare por los príncipes.

—Sí; pero el barón está siempre seguro de ver un fuego cualquiera. Si se declara por los príncipes, verá el de los señores de La Meilleraye y de Epernón, si permanece fiel a Su Majestad, verá el de los Burdeleses.

—¡Oh! En cuanto a esos últimos —contestó el barón—, los creo poco temibles, y confieso que me avergüenza un poco no tener que habérmelas más que con ellos. Por desgracia, yo soy de Su Majestad en cuerpo y alma, y fuerza me será contentarme con una guerra de ciudadanos.

—Guerra que os harán; vivid tranquilo —dijo Richón.

—¿Tenéis algunas probabilidades de eso? —preguntó el barón.

—Tengo más que probabilidades, convicciones. El consejo de los ciudadanos ha resuelto tomar ante todo la isla de San Jorge.

—Bien, que vengan, los espero.

Aquí llegaba la conversación, y acababan de traer los postres, cuando de pronto se oyeron redobles de caja en las puertas de la fortaleza.

—¿Qué significa eso? —preguntó Canolles.

—¡Ah, pardiez! —exclamó el joven oficial que había dado noticias de la corte—; sería gracioso que se os atacase en este momento, querido Canolles. ¡Magnífica sobremesa, un asalto y una escalada!

—Lléveme el diablo si no tiene todas las apariencias de eso —dijo el antiguo oficial—; esos miserables paisanos no tienen más placer que incomodar a la hora de comer.

—Cuando yo estaba en las avanzadas de Charentón, en tiempo de la guerra de París, jamás podíamos desayunarnos ni comer tranquilos.

El barón llamó, y entró el soldado de plantón que había en la antesala.

—¿Qué sucede? —preguntó el barón.

—Nada se sabe aún, señor gobernador. Debe ser sin duda algún mensajero del rey o de la ciudad.

—Informaos y venid a darme aviso.

El soldado salió corriendo.

—A la mesa, señores —dijo Canolles a sus convidados—, la mayor parte de los cuales se habían levantado, tiempo habrá de dejarla cuando nos llame el cañón.

Todos los convidados volvieron a sentarse riendo. Tan sólo Richón, por cuyo semblante había pasado un viso de inquietud, permaneció agitado con los ojos fijos en la puerta, esperando la vuelta del soldado. Pero en vez de éste se presentó un oficial con la espada desnuda, diciendo:

—Señor gobernador, un parlamentario.

—¡Un parlamentario! ¿De parte de quién?

—De parte de los príncipes.

—¿De dónde viene?

—De Burdeos.

—¡De Burdeos! —repitieron todos los convidados, excepto Richón.

—¡Cómo! —dijo el viejo oficial—, ¿está acaso declarada seriamente la guerra para que envíen parlamentarios?

Canolles reflexionó un momento, durante el cual su semblante, risueño diez minutos antes, tomó toda la gravedad que exigían las circunstancias.

—Señores —dijo—, lo primero de todo es el deber. Probablemente me espera una cuestión difícil de resolver con el enviado de los señores Burdeleses. Ignoro cuánto tardaré en volver a vuestro lado…

—¡No, no! —dijeron los convidados en coro—. Por el contrario, es necesario despedimos, comandante; lo que os sucede, es para nosotros un aviso al mismo tiempo para volver a nuestros puestos respectivos… Por

consiguiente, importa que nos separemos en este mismo instante.

—Señores, no me tocaba a mi haceros esa proposición; pero ya que me la hacéis, preciso me es confesar que es lo más prudente, y acepto… Los caballos y equipajes de estos señores —dijo Canolles.

Casi en el mismo instante, rápidos en sus movimientos cual si ya se encontrasen en el campo de batalla, los convidados montaron sus caballos o subieron a sus carruajes y seguidos de su escolta se alejaban en la dirección de sus residencias respectivas. Richón quedó el último.

—Barón —dijo a Canolles cuando estuvieron solos—, no he querido dejaros en el acto como los demás, porque nuestro conocimiento data de más tiempo que el de ellos. —Adiós, pues; dadme ahora vuestra mano, y buena suerte.

El barón dio su mano a Richón, mirándole fijamente y diciendo:

—Richón, yo os conozco, alguna cosa os pasa, que no queréis decir, porque acaso no es secreto vuestro. Sin embargo, estáis conmovido, y cuando un hombre de vuestro temple se conmueve, no es por poco.

—¿No vamos a separarnos? —dijo Richón.

—También íbamos a separarnos cuando nos despedimos uno de otro en la posada del «Becerro de Oro», y no obstante estabais tranquilo.

Richón se sonrió tristemente.

—Barón, tengo un presentimiento de que no nos volveremos a ver más.

Canolles se estremeció; tal era la profunda melancolía que exprimía la voz, ordinariamente firme, del partidario aventurero.

—Y bien —repuso aquél—, si no volvemos a vernos, Richón, será que habrá muerto uno de los dos… muerto como valiente; y en tal caso, el que sucumba, al menos estará seguro al morir de sobrevivir en el corazón de un amigo. ¡Abracémonos, Richón! Vos me habéis dicho: buena suerte; yo os diré: ¡Valor!

Los dos jóvenes se abrazaron y sus nobles corazones permanecieron apoyados por algún tiempo el uno sobre el otro.

Al separarse, Richón enjugó una lágrima, la única quizás que hasta entonces habría oscurecido su atrevida mirada; y cual si temiese que el barón viese aquella lágrima, se precipitó fuera de la estancia, avergonzado sin duda de haber dado a un hombre, cuyo valor conocía, semejante muestra de debilidad.

XXVI

El parlamentario

El comedor había quedado desierto, a excepción de Canolles y del oficial que anunció al parlamentario, el cual estaba en pie en un ángulo de la puerta.

—¿Qué ordena el señor gobernador? —dijo después de un instante de silencio.

El barón, que al principio había quedado absorto en sus reflexiones, se estremeció al oír esta voz, alzó la cabeza, y saliendo de su meditación preguntó:

—¿Dónde está el parlamentario?

—En la sala de armas.

—¿Quién le acompaña?

—Dos guardas de la milicia urbana de Burdeos.

—¿Qué tal es?

—Un joven, a lo que puede juzgarse, porque trae un ancho sombrero, y viene embozado en una capa larga.

—¿Cómo se ha anunciado?

—Como portador de cartas de la señora princesa y del parlamento de Burdeos.

—Rogadle que espere un momento; enseguida voy con él.

Salió el oficial para cumplir lo que le había ordenado, y el barón se disponía a seguirle, cuando se abrió una puerta y apareció Nanón pálida y temblando; pero con su sonrisa afectuosa, y cogiendo la mano del joven, le dijo:

—Un parlamentario, amigo mío; ¿qué significa eso?

—Eso significa, querida Nanón, que los señores Burdeleses quieren arredrarme o seducirme.

—¿Y qué habéis decidido?

—Recibirle.

—¿No podéis evitarlo?

—Imposible. Hay ciertos usos a que no podemos sustraernos.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué tenéis, Nanón?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—¿No acabáis de decirme que ese parlamentario viene para arredraros o seduciros?

—Sin duda. Un parlamentario no sirve más que para uno de esos dos usos. ¿Teméis que me arredre? —¡Oh! No; pero tal vez que os seduzca.

—Me ofendéis, Nanón.

—¡Ay, amigo mío! Yo digo lo que temo.

—¡Vos dudáis de mí hasta ese extremo! ¿No me conocéis?

—Sé que sois Canolles, es decir, un corazón generoso, pero tierno.

—¡Bah! ¡Bah! —dijo Canolles riendo—. ¿Pero qué parlamentario me envían? ¿Será Cupido en persona?

—Tal vez.

—¿Le habéis visto?

—No le he visto, pero he oído su voz, y es demasiado dulce para ser voz de parlamentario.

—Nanón, no seáis loca, y dejadme cumplir con mi obligación. Vos me habéis hecho gobernador…

—¡Para que me defendáis, amigo!

—¿Me creéis capaz de venderos? A la verdad, Nanón, que esas palabras me ofenden.

—¿Estáis, pues, decidido a ver a ese joven?

—Debo hacerlo. Y sentiría infinito que os opusieseis más al cumplimiento de este deber por mi parte.

—Sois libre, amigo…— repuso tristemente Nanón. —Sólo una palabra más.

—Decid.

—¿Dónde le recibiréis?

—En mi gabinete.

—Canolles, un favor.

—¿Cuál?

—En vez de recibirle en vuestro gabinete, hacedlo en vuestro dormitorio.

—¿Cuál es vuestra idea?

—¿No me comprendéis?

—No.

—Mi habitación cae a vuestra alcoba.

—¿Y tratáis de escuchar?…

—Detrás de las cortinas, si me lo permitís.

—¡Nanón!

—Dejadme estar cerca de vos, amigo mío; tengo fe en mi estrella, y os aseguraré la dicha.

—Sin embargo, Nanón. Y si ese parlamentario…

—¿Qué?

—¿Viniese para confiarme algún secreto de Estado?

—¿Y no podéis confiar un secreto de Estado a la que os confía su vida y su fortuna?…

—¡Pues bien, Nanón! Escuchadnos, puesto que absolutamente lo queréis; pero no le hagamos esperar más tiempo.

—Id, Canolles, id; pero antes, bendito seáis por el bien que me hacéis.

Y la joven quiso besar la mano de su amante.

—¡Loca! —dijo el barón atrayéndola sobre su pecho y besándola en la frente—. ¿Conque estaréis?…

—Detrás de las cortinas de vuestra cama. Desde allí podré ver y oír.

—No os vayáis a reír a lo menos, Nanón, porque son cosas muy serias.

—Descuidad —repuso la joven—, no me reiré.

El barón mandó introducir al mensajero, y pasó a su cámara, vasta sala amueblada en el tiempo de Carlos IX y de un aspecto severo. Dos candelabros ardían sobre la chimenea, pero su luz se debilitaba en la inmensidad del aposento; de suerte que la alcoba, situada en lo más retirado de la sala, se hallaba enteramente en la sombra.

—¿Estáis ahí, Nanón? —preguntó el barón.

Un sí ahogado, trémulo, llegó hasta él.

En este momento se oyeron pasos, y el centinela presentó las armas. Entró el mensajero, y siguió con la vista al que había introducido hasta tanto que estuvo, o creyó estar, solo con el barón; entonces se alzó el sombrero y echó la capa a la espalda. En aquel momento se desplegaron unos cabellos rubios sobre hechiceros hombros; el talle fino flexible de una mujer apareció bajo el talabarte dorado, y Canolles reconoció en su triste y voluntuosa mirada a la vizcondesa de Cambes.

—Os ofrecí que volvería a encontraros, y cumplo mi palabra —dijo ella—. Ya me tenéis aquí.

El barón, con un movimiento de estupor y angustia, golpeó una mano contra la otra y se dejó caer sobre un sitial.

—¡Vos!… ¡vos! —murmuró el joven—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué queréis hacer, qué es lo que venís a demandarme aquí?

—Vengo a preguntaros, caballero, si os acordáis aún de mí.

Canolles dio un profundo suspiro, y cubrió sus ojos con ambas manos, para conjurar a aquella aparición fantástica y fatal a la vez.

Entonces lo comprendió todo, el temor, la palidez, el temblor de Nanón, y sobre todo su deseo de presenciar la entrevista. Nanón con ojos de celos había reconocido en el parlamentario a una mujer.

—Vengo a demandaros —continuó la señora de Cambes—, si estáis pronto a cumplir la obligación que en aquella salita de Jaulnay contrajisteis conmigo, de presentar vuestra dimisión a la reina y entrar al servicio de los príncipes.

—¡Oh! ¡Silencio, silencio, señora! —exclamó el barón.

Clara se estremeció al escuchar aquel acento trémulo de terror en la voz del joven; y mirando con inquietud a su alrededor, preguntó:

—¿No estamos aquí solos?

—Si tal, señora: pero ¿no puede oírnos alguien a través de los muros?

—Yo creí que los muros de San Jorge eran más sólidos que todo eso —dijo la vizcondesa sonriendo.

El barón no le contestó.

—Vengo, pues, a demandaros —continuó la vizcondesa—, cómo es que en ocho o diez días que hace estáis aquí no he oído hablar de vos; de suerte que aún ignoraría quién manda en la isla de San Jorge, si la casualidad, o mejor dicho, los rumores populares, no me hubiesen dado a entender que es el hombre que hace apenas doce días me decía que su desgracia era una felicidad, puesto que le permitía consagrar su brazo, su valor y su vida al

partido que yo sigo…

Nanón no pudo contener un movimiento, que hizo estremecer a Canolles y volverse a la vizcondesa diciendo:

—¿Qué es eso?

—Nada —contestó el barón—; uno de los ruidos habituales de esta antigua sala, que con frecuencia cruje de un modo lúgubre.

—Si es otra cosa —dijo la señora de Cambes poniendo la mano sobre el brazo de Canolles—, no me lo ocultéis, barón, porque ya comprenderéis, por el hecho de haberme decidido a venir yo misma a buscaros, cuál debe ser la importancia de la conferencia que vamos a tener.

El barón enjugó el sudor que corría por su frente; y tratando de sonreír:

—Hablad —dijo.

—Vengo a recordaros esta promesa, y a preguntaros si estáis pronto a cumplirla.

—¡Ay, señora! —respondió Canolles—, ya es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque de entonces acá han ocurrido muchos acontecimientos inesperados, muchos lazos que creía rotos se han renovado, al castigo que yo creía merecer ha sustituido la reina una recompensa de que era indigno; hoy estoy ligado al partido de Su Majestad por… la gratitud.

Un suspiro cruzó el espacio. La pobre Nanón esperaba sin duda otra palabra que la que se acababa de pronunciar.

—Decid más bien por la ambición, señor de Canolles, y lo comprenderé. Vos sois noble y de elevada cuna; a los veinte y ocho años os hacen teniente coronel, gobernador de una plaza fuerte, esto es hermoso, bien lo sé, pero sólo es la recompensa natural de vuestro mérito, y ese mérito no es sólo el señor de Mazarino quien le sabe apreciar…

—¡Señora, os ruego no digáis una palabra más!

—Perdonad, caballero, esta vez no es Clara quien os habla, sino el enviado de la princesa, que encargado de una misión acerca de vos, precisamente ha de cumplirla.

—Hablad, señora —repuso Canolles, dando un suspiro semejante a un gemido.

—Enterada la señora princesa de los sentimientos que me manifestarais, primero en Chantilly y después en Jaulnay, y deseosa de saber a qué partido

pertenecéis definitivamente, resolvió enviaros un parlamentario para hacer una tentativa, teniendo en consideración que como confidente de vuestros secretos pensamientos en este punto, podría cumplir este encargo mejor que nadie.

—Gracias, señora —el barón desgarrándose el pecho con la mano; porque en los cortos intervalos del diálogo sentía la respiración agitada de Nanón.

—Oíd lo que os propongo, caballero… en nombre de la princesa, se entiende; porque si fuese en el mío —continuó la señora de Cambes con su hechicera sonrisa—, habría invertido el orden de las proposiciones.

—Ya os escucho —dijo el barón con voz apagada.

—Entregaréis la isla de San Jorge bajo una de las tres condiciones que os voy a proponer. La primera es ésta, no olvidéis que yo no hablo: una cantidad de cien mil libras…

—¡Oh, señora, no paséis adelante! —dijo Canolles tratando de cortar la conversación—. La reina me ha encargado el mando de la isla de San Jorge, y la defenderé hasta la muerte.

—Recordad lo pasado —exclamó la vizcondesa con tristeza—. No es eso lo que me decíais en nuestra última entrevista, cuando me proponíais abandonarlo todo por seguirme, cuando teníais ya la pluma en la mano para hacer vuestra dimisión a esos por quienes hoy queréis sacrificar vuestra vida.

—Pude ofreceros eso, señora, cuando era libre para seguir uno u otro camino, hoy no lo soy…

—¡No sois libre! —exclamó Clara—. ¡Cómo lo entendéis! ¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que estoy ligado por el honor.

—Pues bien; oíd mi segunda proposición entonces.

—¿Para qué? —dijo Canolles—. ¿No os he dicho lo bastante, que soy inflexible en mi resolución? No me tentéis, será en balde.

—Perdonad, caballero —contestó Clara a su vez—; pero yo también vengo encargada de una misión, y tengo que cumplimentarla hasta el fin.

—Hacedlo —dijo Canolles—; pero en verdad que sois muy cruel.

—Presentad vuestra dimisión, y entonces operaremos sobre vuestro sucesor con más eficacia que sobre vos; y dentro de un año o dos volveréis a entrar al servicio con el empleo de brigadier en el ejército de Su Alteza.

El barón movió tristemente la cabeza.

—¡Válgame Dios, señora! ¿Tan sólo os habéis propuesto venir a pedirme

cosas imposibles?

—¿Y a mí me contestáis eso? —dijo Clara—; a la verdad que no os entiendo. ¿No habéis estado ya para firmar esa dimisión? ¿No decíais a la que entonces estaba junto a vos, y que os escuchaba con tanto gusto, que la prestabais libremente y en el fondo de vuestro corazón? ¿Por qué no hacéis aquí, cuando yo os lo pido, cuando os lo ruego, lo que vos mismo proponíais hacer en Jaulnay?… —todas estas palabras eran otras tantas puñaladas que entraban en el corazón de la pobre Nanón, y que Canolles sentía entrar.

—¡Lo que en aquella época era un acto sin importancia, sería hoy una traición infame! —dijo Canolles con una voz apagada—. ¡Nunca entregaré la isla de San Jorge! ¡Jamás daré mi dimisión!

—Esperad, esperad —dijo la vizcondesa con voz dulcísima, aunque mirando con inquietud a su alrededor; porque la resistencia del barón, y sobre todo la contracción que parecía sufrir el que hacía esa resistencia, le parecieron singulares—. Escuchad ahora la última proposición, por la cual quería empezar, porque estaba segura que rehusaríais las dos primeras. Las ventajas materiales, y me alegro infinito no haberme equivocado, no son cosas que dobleguen un corazón como el vuestro; necesitáis otras esperanzas más que las de la ambición y la fortuna; los nobles instintos necesitan recompensas. Escuchad, pues…

—¡Señora, en nombre del cielo, compadeceos de mí!

Y al decir esto, hizo un movimiento para retirarse.

Clara creyó que estaba conmovido; y convencida de que lo que iba a decir debía coronar su victoria, se contuvo y continuó:

—Si en vez de un vil interés, se os ofreciese un interés más honroso; si se pagase vuestra dimisión, esa dimisión que podéis hacer sin infamia, porque no habiéndose principiado las hostilidades, no es ese acto una defección ni una perfidia, sino una pura y simple elección; si se pagase esa dimisión, repito, con una alianza; si una mujer, a quien habéis dicho que amáis, que la amaréis siempre, y que a pesar de estos juramentos no ha contestado abiertamente a vuestra pasión; si esta mujer viniese a deciros:

—Señor de Canolles, yo soy noble, soy rica, os amo, sed mi esposo, partamos juntos… vamos adonde queráis, lejos de todas las disensiones civiles, fuera de Francia… decid, caballero, ¿en tal caso rehusaríais?

El barón, a pesar del rubor y de la encantadora perplejidad de Clara; no obstante el recuerdo del lindo castillejo de Cambes, que habría podido ver desde su ventana, si durante la escena que acabamos de referir no hubiese descendido del cielo la noche, permaneció inmóvil y firme en su resolución,

porque veía a lo lejos en la sombra salir de entre las góticas cortinas la cabeza desordenada de Nanón temblando de agonía.

—¡Contestadme, en nombre del cielo! —continuó la señora de Cambes—, porque no comprendo absolutamente vuestro silencio. ¿Me habré equivocado tal vez? ¿No sois vos el señor barón de Canolles?

¿No sois el mismo hombre que en Chantilly me dijo que me amaba, que me lo repitió en Jaulnay; el que juró que a nadie amaba en el mundo más que a mí, y que estaba pronto a sacrificarme por cualquier otro amor? ¡Decid, decid! ¡En nombre del cielo, responded! ¡Responded, pues!

Un gemido se dejó oír esta vez, tan inteligible, tan distinto que la vizcondesa no pudo ya dudar que asistía a la conferencia una tercera persona. Sus ojos azorados siguieron la dirección de los de Canolles, y éste no pudo apartar su mirada con bastante rapidez para evitar que la señora de Cambes viese aquella cabeza pálida e inmóvil, aquella forma parecida a un fantasma, que seguía palpitante hasta los más insignificantes pormenores de la conversación.

Las dos mujeres trocaron una mirada de fuego a través de la oscuridad, y ambas lanzaron un grito.

Nanón desapareció.

En cuanto a la vizcondesa, cogió vivamente su sombrero y su capa, y volviéndose hacia Canolles, le dijo:

—Caballero, ahora comprendo lo que vos llamáis el deber y la gratitud; conozco cuál es el deber que rehusáis abandonar o vender, comprendo, en fin, que hay afecciones inaccesibles a toda seducción, y os dejo todo gratitud. ¡Quedad con Dios, caballero, quedad con Dios!

Entonces hizo un movimiento para retirarse, sin que el barón tratase de detenerla; pero la contuvo un doloroso recuerdo.

—Todavía una palabra, caballero —dijo Clara—. En nombre de la amistad que os debo por el servicio que habéis tenido a bien prestarme; en nombre de la amistad que me debéis por el servicio que también yo os he prestado; en nombre de todos los que os aman y a quienes amáis, sin excepción de persona, no provoquéis la lucha.

Mañana, pasado mañana tal vez, se os atacará en la isla de San Jorge, no me causéis el dolor de saber que sois vencido o muerto. A estas palabras se estremeció el barón y se levantó.

—Señora —dijo—, os doy gracias de rodillas por la seguridad que acabáis de darme de esa amistad, para mí más preciosa que cuanto pudiera decir ¡Oh! ¡Qué vengan a atacarme! ¡Qué vengan, gran Dios! Yo llamo al enemigo con

más afán con más ardor del que jamás puede él tener en buscarme. Tengo necesidad de combatir; me hace falta la lucha para ocultarme a mis propios ojos. Que venga el combate, el peligro, la muerte misma; la muerte será la bienvenida, pues sé que moriré rico de vuestra amistad, fuerte con vuestra compasión y honrado con vuestra estimación.

—Caballero… ¡Adiós! —dijo la vizcondesa dirigiéndose hacia la puerta.

El barón la siguió; y al llegar en medio de un corredor oscuro, le cogió la mano, y con voz tan baja que apenas podía él mismo oír las palabras que pronunciaba, le dijo:

—Clara, os amo más que nunca; pero la desgracia quiere que yo no pueda probaros este amor sino muriendo lejos de vos. Una risita irónica fue por de pronto la única respuesta de la vizcondesa; mas apenas estuvo fuera del castillo, un doloroso sollozo le oprimió la garganta, y se torció los brazos exclamando:

—¡Ah, Dios mío! ¡No me ama, no me ama! ¡Y yo, desgraciada de mí, que le amo!

XXVII

La ronda nocturna

Después de haberse marchado la vizcondesa de Cambes, volvió a entrar el barón en su sala. Nanón estaba en pie, pálida e inmóvil, en medio del aposento, Canolles se dirigió hacia ella con una sonrisa triste: a proporción que avanzaba, Nanón doblaba la rodilla: tendióle él la mano y ella cayó a sus pies.

—¡Perdonadme —dijo—, perdonadme, Canolles! Yo soy quien os ha traído aquí; yo quien ha hecho que se os entregue este puesto grave y peligroso; si sois muerto, yo seré la causa de vuestra muerte. Soy una egoísta, que sólo he pensado en mi felicidad. ¡Abandonadme; partid!

El barón la levantó con dulzura.

—¡Abandonaros yo! —contestó él—, jamás, Nanón, jamás. Vos sois sagrada para mí, he jurado protegeros, defenderos y salvaros, y os salvaré aunque supusiera morir.

—¿Dices eso de todo corazón, Canolles, sin vacilar, sin sentir?

—Sí —dijo el barón sonriendo.

—Gracias, mi digno y noble amigo, gracias. ¿Ves? Esta vida que tanto me interesaba, hoy te la sacrificaría sin una queja, porque sólo desde hoy sé cuánto has hecho por mí. Te ofrecían dinero, ¿no son tuyos mis tesoros? Te ofrecían amor, ¿habrá jamás en el mundo una mujer que te ame como yo? ¡Te ofrecían ascenso!

—Escucha, van a atacar el fuerte; pues bien, compremos soldados, reunamos municiones y armas, doblemos nuestras fuerzas, defendámonos. Yo combatiré por mi amor, tú por tu honor. Tú, mi bravo Canolles, los batirás; haré decir a la reina que no tiene un capitán más valiente que tú; y después, yo me encargaré de tu ascenso, sí. Y cuando seas rico, cuando te veas circundado de gloria y honores, entonces me abandonarás si quieres, y entonces quedarán para consolarme mis recuerdos.

Y diciendo esto Nanón, miraba al barón y esperaba la respuesta que siempre demandan las mujeres a sus palabras exageradas, es decir, locas y exaltadas como aquéllas. Pero el barón bajó tristemente la cabeza, y dijo:

—Nanón, mientras yo exista en la isla de San Jorge, jamás se os hará daño ni tendréis que arrostrar una afrenta. Tranquilizaos, pues, porque no tenéis nada que temer.

—Gracias, aunque no sea eso todo lo que yo demando —dijo en voz alta; y luego para sí—: ¡Ay de mí!, estoy perdida; no me ama ya.

Canolles sorprendió esa mirada de fuego que brilla como el rayo, esa horrible palidez de un segundo, que revela tanto dolor.

—¡Seré generoso hasta el fin —dijo él para sí—, si no quiero ser infame! … Ven, Nanón —contestó—, ven amiga mía, prende tu capa sobre tus hombros, toma tu sombrero de hombre, el aire de la noche te hará provecho. Debo ser atacado de un momento a otro, y voy a hacer mi ronda nocturna.

Nanón, palpitante de gozo, se vistió como su amante le decía, y le siguió.

Canolles era un verdadero jefe. Habiendo entrado casi niño en el servicio, había hecho un estudio profundo de su áspero ejercicio. Así, pues, visitó la plaza, no sólo como comandante, sino como ingeniero. Los oficiales que le habían visto llegar como favorito, y que creían tener que habérselas con un gobernador de parada, fueron interrogados unos después de otros por su jefe acerca de todos los medios de ataque y defensa. Preciso les fue reconocer entonces en el frívolo y el bisoño joven a un capitán experimentado, y los más ancianos le hablaron desde luego con respeto. En cuanto a Canolles, la única cosa que podían reprocharle era la dulzura de su voz al dar órdenes y su extremada atención para preguntar. Temían que esta cortesía no fuese la máscara de la debilidad. Sin embargo, como cada cual sentía el peligro inmediato, las órdenes del gobernador fueron ejecutadas con una puntual

celeridad, que dio al jefe la misma idea de sus soldados que éstos habían formado de él. Durante el día había llegado una compañía de obreros. Canolles dispuso varios trabajos que fueron comenzados desde luego. En vano quiso Nanón volverle al fuerte para apartarle de la fatiga de una noche pasada de aquel modo; el barón continuó su ronda, y él fue quien despidió afablemente a Nanón, exigiéndole que volviese a su habitación. Después, habiendo expedido tres o cuatro batidores del campo que el teniente-gobernador le había recomendado como los más inteligentes de cuantos se hallaban a su servicio, fue a recostarse sobre un sillar de mármol, desde donde seguía inspeccionando los trabajos.

Pero mientras sus ojos seguían maquinalmente el movimiento de los picos y azadas, su imaginación, apartada de las cosas materiales, se fijaba toda entera, no sólo en los acontecimientos del día, sino también en todas las extrañas aventuras de que había sido héroe desde el día en que vio a la vizcondesa de Cambes. Pero cosa extraña, su mente no pasaba más allá de aquel punto; parecíale que sólo desde aquella hora había empezado a vivir, que hasta entonces había estado en otro mundo de instintos, de sensaciones incompletas.

Partiendo desde aquel momento, había en su vida una antorcha que daba a todas las cosas un aspecto diferente; y desde este nuevo día, Nanón, la pobre Nanón quedaba sacrificada desairadamente a otro amor, violento desde su nacimiento, como lo son esos amores que se apoderan de toda la vida en que llegan a entrar.

Así, pues, al cabo de dolorosas meditaciones, mezcladas de celestiales ensueños, a la idea de ser amado por la vizcondesa de Cambes, el barón se confesó que sólo este deber le prescribía ser hombre de honor, y que la amistad de Nanón ninguna parte tenía en su determinación.

¡Pobre Nanón! Canolles calificaba de amistad el sentimiento que hacia ella experimentaba. Mas, ¡ah! El amor, trocado en amistad, fácilmente degenera en indiferencia.

Nanón velaba también, porque no había podido resolverse a entrar en la cama. De pie junto a una ventana, envuelta en un manto negro para no ser vista, seguía, no la luna triste y velada deslizándose a través de las nubes, no los altos álamos que se balanceaban graciosamente por el viento de la noche, no el curso majestuoso del Carona, semejante a un vasallo rebelde que se alza contra su señor, o mejor un esclavo fiel que lleva su tributo al Océano, sino el lento y penoso trabajo que se fabricaba contra ella en la imaginación de su amante, veía en aquella forma oscura que se destacaba sobre la piedra, en aquella sombra inmóvil acurrucada a una luminaria, el fantasma viviente de su pasada felicidad. Ella tan enérgica, tan altiva, tan sagaz otras veces, había

perdido toda su destreza, su altivez y su energía; se hubiera dicho que exaltados sus sentidos por la acción de su desgracia, aumentaban en inteligencia y sutileza, ella sentía germinar el amor en el fondo del corazón de su amante, como Dios, reclinándose sobre la inmensa cúpula del cielo, siente germinar el tierno tallo de una planta en las entrañas de la tierra.

Sólo cuando fue de día volvió el barón a entrar en su aposento. Nanón se había retirado al suyo, y él ignoró que había velado toda la noche. Entonces se vistió con esmero, reunió de nuevo la guarnición, visitó de día todas las baterías, y en especial las que daban a la ribera izquierda del Carona, hizo cerrar el puertecito con cadenas, estableció una especie de chalupas cargadas de falcones y espingardas, pasó revista a su gente, la animó aun por medio de sus palabras atentas y generosas, y se retiró a su casa a eso de las diez.

Nanón le aguardaba con la sonrisa en los labios, no era aquella altiva e imperiosa Nanón, cuyos caprichos hacían temblar al mismo duque de Epernón; era una manceba tímida, una esclava cobarde, que no exigía ya que se le amase, sino que demandaba se le permitiese tan sólo amar.

El día transcurrió sin otro acontecimiento que las diferentes peripecias de aquel drama interior que se ejecutaba en el alma de cada uno de los jóvenes. Los corredores expedidos por el barón volvieron unos después de otros, sin que ninguno de ellos trajese una noticia cierta, sólo se supo que había gran agitación en Burdeos, y era evidente que se estaba preparando allí alguna cosa.

En efecto, la vizcondesa de Cambes, a su vuelta a la ciudad, ocultando por otra parte todos los detalles de su entrevista en los más secretos dobleces de su corazón, había trasmitido a Lenet el resultado. Los Burdeleses pedían a voces que se asaltara la isla de San Jorge. El pueblo se ofrecía en masa para formar parte de la expedición. Los jefes no le contenían sino protestando la ausencia de un hombre de guerra que pudiese conducir la expedición, y de soldados regulares que pudiesen sostenerla. Lenet aprovechó esta coyuntura para introducir el nombre de los dos duques y ofrecer su ejército, la oferta fue recibida con entusiasmo, y los mismos que habían votado la víspera porque se les cerrasen las puertas los llamaron a voces.

Lenet llevó esta buena noticia a la princesa, que reunió enseguida su consejo.

Clara pretextó el cansancio para no tomar parte en ninguna decisión contra el barón, y se retiró a su aposento a dar libre curso a sus lágrimas.

Desde aquella habitación oía los gritos y las amenazas del pueblo. Todos aquellos gritos, todas aquellas amenazas se dirigían contra Canolles.

No tardó mucho en resonar el tambor. Las compañías se reunieron, los jurados hicieron armar al pueblo, que pedía picas y arcabuces; se sacaron los

cañones del arsenal, se distribuyó pólvora, y doscientos botes se dispusieron prontos a subir el Garona, ayudados por la marea de la noche, mientras que tres mil hombres encaminándose por la ribera izquierda atacarían por tierra.

El ejército de mar debía ser mandado por Españet, consejero del parlamento, hombre valiente y de sano consejo, y el de tierra por el señor de Larochefoucault, que acababa de entrar a su vez en la ciudad con dos mil caballeros aproximadamente. El señor duque de Bouillón no debía llegar hasta dos días después con otros mil. Con este motivo el duque de Larochefoucault apresuró el ataque cuanto pudo, a fin de que su colega no se encontrase con él.

XXVIII

El asalto

Dos días después de haberse presentado la vizcondesa de Cambes en traje de parlamentario en la isla de San Jorge, a cosa de las dos de la tarde haciendo Canolles su ronda sobre la muralla, se le anunció que un mensajero encargado de una carta para él pedía hablarle.

Enseguida fue introducido el mensajero y entregó su pliego al barón.

Este pliego no tenía nada de oficial; era una cartilla más larga que ancha, cuyo sobre venía de una letra débil y ligeramente trémula, sobre un papel de color azulado, terso y perfumado. Canolles sintió latir su corazón a la vista de aquel papel.

—¿Quién te ha dado esta carta? —preguntó.

—Un hombre de cincuenta a sesenta años.

—¿Bigote y pera grises?

—Sí.

—¿Algo encorvado?

—Sí.

—¿Porte militar?

—El mismo.

El barón dio un luis al hombre, y le hizo seña de que se retirara. Después se fue al ángulo de un baluarte, y se ocultó con el corazón palpitante para leer libremente la carta que acababa de recibir, y que sólo contenía estas palabras:

«Vais a ser atacado. Si no sois ya digno de mí, mostrad que sois digno de

vos al menos».

Esta carta no traía firma, pero el barón reconoció a la vizcondesa de Cambes como había reconocido a Pompeyo.

Miró si alguien podía verle, y llenándose de rubor como un niño en su primer amor, llevó el papel a sus labios, le besó con entusiasmo y le puso sobre su corazón.

Después subió a la coronación del baluarte, desde donde podía distinguir el curso del Garona por espacio de casi una legua y la llanura que le circunda en toda su extensión.

Nada se percibía, ni sobre el río ni en la campiña.

—Así se pasará toda la mañana —murmuró—, porque no vendrán en medio del día; habrán tomado descanso, y a la noche comenzarán el ataque.

Canolles sintió un rumor ligero detrás de sí y se volvió; era su lugarteniente.

—Y bien, señor de Vibrac —dijo el barón—, ¿qué se dice?

—Se dice, mi comandante, que el estandarte de los príncipes flotará mañana sobre la isla de San Jorge.

—¿Y quién dice eso?

—Dos de nuestros corredores, que acaban de llegar y han sido vistos los preparativos que están haciendo contra nosotros los habitantes de la ciudad.

—¿Y qué habéis contestado a los que os han dicho que el estandarte de los príncipes flotará mañana sobre la isla de San Jorge?

—Les he dicho, mi comandante, que me importaba poco, en razón a que yo no lo vería.

—En ese caso me habéis robado mi respuesta, caballero —dijo el barón.

—¡Bravo! Comandante, no deseamos otra cosa, y los soldados se van a batir como leones cuando sepan vuestra respuesta.

—Que se batan como hombres, es todo cuanto les pido… ¿Y qué se dice del género de ataque?

—Se prepara una sorpresa —dijo Vibrac riendo.

—¡Diablos! Vaya una sorpresa, éste es el segundo aviso que recibo… ¿Y quién conduce el asalto?

—El señor de Larochefoucault las tropas de tierra, y de Españet, el consejero del parlamento, las de mar.

—Bien, bien —dijo el barón—; yo le daría un consejo.

—¿A quién?

—Al señor consejero del parlamento.

—¿Y cuál?

—El de reforzar las milicias urbanas con algún buen regimiento bien disciplinado, que enseñe a los paisanos el modo de recibir un fuego bastante nutrido.

—No ha esperado vuestro consejo, comandante; pues antes de ser hombre de justicia parece que ha sido de armas, y se ha asociado para esta expedición el regimiento de Navalles.

—¡Cómo! ¿El regimiento de Navalles?

—Sí.

—¿Mi antiguo regimiento?

—El mismo. Se ha pasado, según parece, con armas y equipo a los señores príncipes. —¿Y quién le manda?

—El barón de Ravailly.

—¡Es verdad!

—¿Le conocéis?

—Sí; un excelente chico, valiente como su espada. En ese caso será esto algo más templado de lo que yo creía, y vamos a tener diversión.

—¿Qué mandáis, comandante?

—Que se doblen las guardias esta noche; que los soldados se acuesten vestidos con las armas al lado. La mitad velarán mientras que los otros duermen. A los que les toque de vigilantes se mantendrán ocultos detrás de las escarpas. Esperad aún.

—Espero.

—¿Habéis participado a alguien la noticia del mensajero?

—A nadie absolutamente.¯

—Está bien. Dejad la cosa en secreto por ahora. Escoged una docena de vuestros peores soldados; ¿deberéis tener cazadores y pescadores?

—De más los tenemos, comandante.

—Pues bien. Elegid diez, como os he dicho, les dais permiso hasta mañana para echar sus lances al fondo del Garona y tender sus redes en la llanura. Esta

noche Españet y el señor de Larochefoucault los cogerán y les interrogarán.

—No comprendo.

—¿No comprendéis que es necesario que los sitiadores nos crean enteramente desprevenidos? Pues bien; esos hombres, no sabiendo absolutamente nada, se lo dirán y se lo jurarán con tanta sinceridad, que no podrán menos de creerlo, y por lo tanto pensarán que dormimos a pierna suelta.

—¡Ah! Muy bien.

—Dejad que se acerque el enemigo; dejadle desembarcar, plantar sus escalas.

—Entonces, ¿cuándo se les habrá de hacer fuego?

—Cuando yo lo mande. Si sale un solo tiro de nuestras baterías antes de mi orden, ¡a fe de gobernador, que haré fusilar al que lo dispare!

—¡Ah! ¡Diablos!

—La Guerra Civil es guerra dos veces, e importa mucho que la guerra no se haga como una partida de caza. Dejad reír a los señores Burdeleses, reíd vos mismo, si os divierte, pero que no sea hasta que yo diga que se ría.

El teniente partió y fue a transmitir las órdenes de Canolles a los demás oficiales, que se miraron asombrados entre sí. Había dos hombres en el gobernador, el caballero cortés y el comandante implacable.

Canolles fue a cenar con Nanón, sólo que la cena se había anticipado dos horas, por haber decidido el barón no abandonar los muros desde el crepúsculo hasta el alba. Encontró a Nanón hojeando una voluminosa correspondencia.

—Podéis defenderos con firmeza, querido Canolles —le dijo ella—, porque no tardaréis mucho en ser socorrido. El rey viene, el señor de La Meilleraye trae un ejército, y el señor duque de Epernón llega con quince mil hombres.

—Pero si tardan ocho o diez días, como puede ser, Nanón —añadió el barón sonriendo—, ¿quién asegura que la isla de San Jorge no sucumba?

—¡Oh! Mientras mandéis vos en ella, yo respondo de todo.

—Sí; pero justamente, mandando yo aquí, puedo ser muerto. Nanón… ¿y qué haréis en este caso? ¿Lo habéis previsto a lo menos?

—Sí —respondió Nanón sonriendo a su vez.

—Pues bien, tened preparados vuestros cofres. En un puesto designado habrá un batelero; si es menester saltar al agua, llevaréis cuatro de mis

subordinados, que son buenos nadadores, y tienen orden de no abandonaros y de transportaros a la ribera opuesta.

—Todas esas precauciones son en balde, Canolles. Si sois muerto, ya no necesito nada.

Anunciaron que estaba servida la cena. Durante ésta, el barón se levantó diez veces y fue a la ventana que daba sobre el río. Antes de acabar de cenar, Canolles se levantó de la mesa… Empezaba a anochecer… Nanón quiso seguirle.

—Nanón —dijo el barón—, entrad en vuestro aposento y juradme no salir de él. Si supiese que estabais fuera, expuesta a correr cualquier peligro, no respondería de mí. Nanón, va en ello mi honor, no juguéis con mi honor.

Nanón presentó al barón sus labios de carmín, más rojos aun con la palidez de sus mejillas, y se retiró a su aposento diciendo:

—Os obedezco, Canolles; quiero que amigos y enemigos conozcan al hombre que amo. ¡Partid!

El barón se alejó, sin poder menos de admirar aquella naturaleza doblegada a todos sus deseos y obediente a su voluntad. Apenas se hallaba en su puesto, cuando vino la noche, terrible, amenazadora, como aparece siempre que oculta entre sus negros dobleces un sanguinario secreto.

Canolles se había apostado en el extremo de la explanada, desde donde dominaba el curso del río y sus dos riberas. No hacía luna, un velo de sombrías y espesas nubes cubrían el cielo, siendo imposible ser visto, pero también casi imposible ver.

Sin embargo, a eso de la media noche le pareció distinguir oscuras masas que se movían sobre la ribera izquierda, y deslizarse por el río gigantescas formas. Por lo demás, sólo se oía el ruido del viento de la noche, que se lamentaba entre las hojas de los árboles.

Aquellas masas se detuvieron; las formas se fijaron a cierta distancia. El barón creyó haberse equivocado; sin embargo, redobló su vigilancia; sus ojos ardientes penetraban las tinieblas, su oído incesantemente atento percibía el más leve ruido.

Dieron las tres en el reloj de la fortaleza, y su sonido prolongado se perdió lento y lúgubre en la inmensidad de la noche. El barón empezó a creer que había recibido un falso aviso, y ya iba a retirarse, cuando el teniente Vibrac, que estaba junto a él, le puso súbitamente una mano sobre el hombro, extendiendo la otra hacía el río.

—¡Sí, sí! —dijo Canolles—, ellos son. Vamos, nada se ha perdido con esperar. Despertad la gente que duerme, y que venga a ocupar su puesto detrás

de la muralla. ¿Les habéis dicho que yo haría fusilar al primero que haga fuego, eh?

—Sí.

—Pues bien, repetídselo por segunda vez.

En efecto, a los primeros albores del día se distinguieron acercarse largas barcas cargadas de hombres, que reían y conversaban en voz baja, al mismo tiempo que sobre la llanura podía verse una especie de elevación que no existía la víspera. Ésta era una batería de seis piezas de cañón que el señor de Larochefoucault acababa de establecer durante la noche; los de las barcas habían tardado tanto, porque hasta entonces no había estado la batería en disposición de maniobrar.

Canolles preguntó si estaban cargadas las armas y habiéndole contestado afirmativamente, hizo seña de esperar.

Las barcas se iban aproximando, y a la primera claridad del día distinguió bien pronto el barón los colectos de ante y los sombreros peculiares de la compañía de Navalles, que como se ha dicho, era la suya. A la proa de una de las barcas venía el barón de Ravailly, que le había reemplazado en el mando de la compañía, y a la popa el teniente, que era su hermano de leche, muy querido entre sus camaradas por su buen humor y sus inagotables bromas.

—Veréis cómo no dicen esta boca es mía, y será menester que el señor de Larochefoucault los despierte a cañonazos. ¡Cáspita, y qué bien se duerme en la isla de San Jorge! Cuando me encuentre malo pienso venirme aquí.

—El buen Canolles —repuso Ravailly—, ejecuta su papel de gobernador, como padre de mi familia; teme no les dé reuma a sus soldados si montan las guardias de noche.

—En efecto —añadió otro—, no se ve un centinela siquiera.

—¡Eh! —gritó el teniente tomando tierra—. Despertad, los de arriba, y dadnos la mano para subir.

A esta última broma se extendieron las risotadas por toda la línea de los sitiadores; y mientras tres o cuatro barcas avanzaban hacia el puerto, desembarcaba el resto del ejército de tierra.

—Vamos, vamos —dijo Ravailly—, ya comprendo. Canolles quiere fingir que se le sorprende para no embrollarse con la corte. Bueno, señores, seamos atentos como él, y no matemos a nadie. Una vez en la plaza, piedad para todos, excepto para las mujeres, que tal vez no la pidan tampoco. ¡Voto a bríos! Hijos míos, no olvidemos que ésta es una guerra de amigos; por consiguiente, al primero que desenvaine, lo paso por las armas.

A esta recomendación, hecha con una jovialidad propiamente francesa, empezaron de nuevo las risas, y los soldados participaron de la hilaridad de los oficiales.

—¡Hola, amigos! —dijo el teniente—, parece que se ríe, pero es necesario que esto no estorbe para hacer la tarea. A las escalas y a trepar.

Los soldados sacaron entonces largas escalas de las barcas y se encaminaron a la muralla.

Entonces se levantó Canolles, y con el bastón en la mano y el sombrero puesto como un hombre que toma por su gusto el fresco de la mañana, se acercó al parapeto, del cual sobresalía desde la cintura. Estaba ya bastante claro para que no se le conociese.

—Buenos días, Navalles —dijo a todo el regimiento.

—Buenos días, Ravailly. Buenos días, Remoneng.

—¡Calle! Ése es Canolles —exclamaron los jóvenes.

—¿Te has despertado ya, barón?

—Sí. ¿Qué queréis? Aquí se lleva una vida de rey; nos acostamos temprano y nos levantamos tarde. Pero vosotros, ¿qué diablos venís a hacer aquí tan temprano?

—¡Pardiez! —dijo Ravailly—. Me parece que lo debes ver bien. Venimos a sitiarte, nada más.

—¿Y por qué venís a sitiarme?

—Por tomar tu fuerte.

El barón se echó a reír.

—Vamos —dijo Ravailly—, ¿capitulas, eh?

—Antes es preciso saber a quién me rindo. ¿Cómo es que Navalles sirve contra el rey?

—Claro está, querido, porque nos hemos rebelado. Pensando en eso, hemos llegado a persuadirnos de que Mazarino es decididamente un mondejo, indigno de que le sirvan caballeros valientes, y por eso nos hemos pasado a los príncipes. ¿Y tú?

—Yo, querido, soy epernonista acérrimo.

—¡Bah! Deja ahí a tu gente y vente con nosotros.

—No puede ser. ¡Hola! Di a los de allá abajo que dejen quietas las cadenas del puerto; vosotros sabéis que esas cosas se ven bien de lejos, y que cuando

se las toca suelen hacer daño. Ravailly, diles que no toquen las cadenas —continuó el barón arrugando las cejas—, o mando hacer fuego. Y te advierto, Ravailly, que tengo excelentes tiradores.

—¡Bah! Tú te burlas —respondió el oficial, déjalos que te cojan—; no tienes fuerzas.

—Yo no me burlo. ¡Abajo las escalas! Ravailly, cuidado que sitias la casa del rey, te lo advierto.

—¡San Jorge! ¿Casa del rey?

—¡Pardiez! Mira bien, y verás el estandarte en el ángulo del baluarte. Vaya, haz que te boten tus barcas al agua, y vuelve a colocar tus escalas en ellas, o te tiro. Si deseas conversación, ven solo o con Remoneng, y entonces hablaremos almorzando, tengo un excelente cocinero en la isla de San Jorge.

Ravailly se echó a reír y animó a su gente con la mirada. Durante este tiempo, otra compañía se preparaba a desembarcar. Canolles conoció entonces que era llegado el momento decisivo; y tomando la actitud firme y el aire grave que convenían a un hombre sobre quien pesaba una responsabilidad tan grande como la suya, dijo:

—Alto ahí, Ravailly; basta de bromas, Remoneng —gritó—, ni una palabra, ni un paso, ni un gesto más, o mando hacer fuego, tan cierto como es la bandera real aquella que está allí, y como vosotros os encamináis contra los Luises de Francia.

Y siguiendo la acción a la amenaza, volcó con brazo vigoroso la primera escala que asomó por encima de la fortificación. Cinco o seis hombres más atrevidos que los otros habían empezado a subir, y el empuje les echó a rodar, promoviendo su caída una inmensa carcajada entre sitiadores y sitiados, hubiérase dicho que eran juegos de colegiales.

En este momento, indicó una señal que los sitiadores habían franqueado las cadenas que cerraban el puerto.

Acto continuo, Ravailly y Remoneng cogieron una escala y se dispusieron para bajar al foso a su vez, gritando:

—¡A nosotros, Navalles! ¡A la escala! ¡Arriba!

—¡Querido Ravailly —gritó Canolles—, por favor, detente!

Pero en aquel mismo instante la batería de tierra, que hasta entonces había permanecido en silencio, estalló en luz y ruido, y una bala vino a envolver en tierra al barón.

—A ver —dijo Canolles extendiendo su bastón—, puesto que absolutamente lo quieren: ¡Fuego, amigos míos, sobre toda la línea! ¡Fuego!

Entonces, sin que se percibiese un sólo hombre, se vio inclinarse sobre el parapeto una hilera de mosquetes, y un cinturón de fuego envolver la coronación de la muralla, mientras que contestaba la detonación de dos enormes piezas de artillería a la batería del duque de Larochefoucault.

Cayó una docena de hombres; pero su caída, lejos de desanimar a sus compañeros, les dio nuevo ardor. Por su parte la batería de tierra respondió a la del fuerte, una bala abatió al pabellón real, otra segunda bala destrozó a un teniente del barón, llamado Elboin.

Canolles echó una nueva ojeada a su alrededor, y vio que su gente había ya cargado las armas.

—¡Fuego general! —dijo.

Esta orden fue ejecutada con la misma puntualidad que la primera vez.

Diez minutos después, no quedaba ni un sólo vidrio en la isla de San Jorge, las piedras temblaban y volaban hechas astillas, el cañón minaba los muros, las balas se aplastaban contra los anchos sillares, y una espesa humareda oscurecía el aire todo henchido de gritos, de amenazas y de gemidos.

Conociendo el barón que lo que más daño hacía a su fuerte era la batería de Larochefoucault, dijo:

—Vibrac, encargaos de Ravailly, que no gane ni una pulgada de terreno en mi ausencia. Yo voy a nuestras baterías.

En efecto, Canolles fue corriendo a las dos piezas que respondían al fuego del señor de Larochefoucault, dirigió él mismo el servicio, se puso a cargar y apuntar, en un momento desmontó tres de las seis piezas y tendió en el llano a más de cincuenta hombres. Los demás, que no esperaban tan fuerte resistencia, empezaron a desbandarse, y huir. Larochefoucault, tratando de rehacerlos, recibió un casco de guijarro, que le hizo saltar la espada de las manos.

Viendo este resultado, dejó Canolles al jefe de la batería el resto de la tarea, y acudió al asalto en que seguía empeñada la compañía de Navalles, secundada por los hombres de Españet.

Vibrac se contenía bien, pero acababa de recibir un balazo en el hombro.

—Perdona, Ravailly —gritó el barón—, si me he visto obligado a abandonarte un momento, querido amigo, para desmontar, como puedes ver, las piezas del señor duque de Larochefoucault; pero tranquilízate, ya me tienes aquí.

Y como en este momento el capitán de Navalles, muy animado para responder a la chanza, que tal vez no oyó en medio del espantoso estruendo de la artillería y mosquetería, condujese por tercera vez su gente al asalto, el

barón tomó una pistola de su cinto, y extendiendo la mano hacia su antiguo camarada convertido en su enemigo, disparó.

La bala, dirigida por una mano firme y por un ojo certero, fue a romper el brazo de Ravailly.

—Gracias, Canolles —gritó éste—, que había visto de dónde saliera el golpe; gracias. Ya tomaré la revancha.

Pero a pesar de su energía, el joven capitán se vio precisado a detenerse, y la espada se le cayó de la mano Remoneng acudió y le sostuvo en sus brazos.

—¿Quieres venir a curarte en mi casa… Ravailly? —gritó Canolles—, tengo un cirujano que en nada cede a mi cocinero.

—No, me vuelvo a Burdeos; pero aguárdame de un momento a otro, porque volveré, te lo prometo. Sólo que esta vez escogeré mi hora.

—En retirada, en retirada —dijo Remoneng—, allá abajo se salvan. Hasta más ver, Canolles; habéis ganado la primera partida. Remoneng decía verdad. La artillería había hecho terribles destrozos en el ejército de tierra, que había perdido un centenar de hombres lo menos. En cuanto a la armada de mar, casi le habría sucedido otro tanto. Sin embargo, la pérdida mayor había sido sufrida por la compañía de Navalles, que por sostener el honor del uniforme, había querido marchar siempre a la cabeza de los paisanos de Españet.

Canolles alzó su pistola descargada, y dijo:

—Que cese el fuego. Dejémosles batir tranquilamente en retirada, no conviene perder municiones.

En efecto, los tiros disparados habrían sido casi inútiles. Los sitiadores se retiraban apresuradamente, dejando los muertos y llevándose los heridos. Canolles contó los suyos, y encontró diez y seis heridos y cuatro muertos.

En cuanto a él, no había recibido ni un arañazo.

—¡Voto al Diablo! —dijo diez minutos después al recibir las alegres caricias de Nanón—, no han tardado mucho, querida amiga, en hacerme ganar el despacho de gobernador.

—¡Qué mortandad más tonta! Les han muerto ciento cincuenta hombres lo menos, y yo he roto un brazo a uno de mis mejores amigos por impedirle que se hiciese matar.

—Sí —dijo Nanón—; ¿pero vos estáis sano y salvo?

—A Dios gracias, y sin duda vos me habéis protegido, Nanón; ¡pero guarda con la segunda partida! Los Burdeleses son testarudos, y además Ravailly y Remoneng me han prometido volver.

—Y bien —repuso Nanón—, el mismo jefe manda en San Jorge y los mismos soldados le defienden, que vengan, y se les recibirá mejor la segunda vez que la primera; porque de aquí allá ¿no es así? Tenéis tiempo de aumentar vuestros medios de defensa.

—Querida —dijo confidencialmente Canolles—, una plaza no se conoce bien con la práctica, la mía no es inexpugnable, lo acabo de conocer; y si yo me llamase duque de Larochefoucault, entraría en la isla de San Jorge mañana por la mañana. A propósito, de Elboin no almorzará con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque le ha partido una bala de cañón.

XXIX

Los vencidos

La entrada de los sitiadores en Burdeos presentaba un espectáculo triste. Los paisanos habían marchado contentos, contando con el número y con la destreza de sus generales, y completamente tranquilos acerca del éxito de la expedición, merced a la costumbre, esa segunda fe del hombre en peligro.

En efecto, ¿quién de los sitiadores no había recorrido en su juventud los bosques y praderas de la isla de San Jorge, solo o con dulce compañía? ¿Qué Burdelés no había manejado un palo de virar, el mosquete de caza o las hincas de pescador, en aquel cantón que iba a visitar como soldado?

Así, pues, para los paisanos era dos veces pesada la equivocación, las localidades les avergonzaban tanto como el enemigo. Se les vio volver con la cabeza baja y oír con resignación los lamentos de las mujeres que, contando los guerreros ausentes a la manera de los salvajes de América se apercibían de las pérdidas sufridas por los vecinos.

Entonces un murmullo general llenó la ciudad de duelo y confusión. Los soldados entraron en sus alojamientos, y contaban el desastre cada cual a su modo. Los jefes se dirigieron a ver a la princesa, que como hemos dicho, habitaba en casa del presidente.

La señora de Condé esperaba en su ventana la vuelta de la expedición. Nacida de una familia de guerreros, mujer de uno de los mayores vencedores del mundo, educada en el desprecio de las mohosas armaduras y ridículos plumeros de los paisanos, no podía sustraerse a una vaga inquietud, al pensar que los paisanos, sus partidarios, iban a combatir a un ejército de verdaderos soldados. Pero tres cosas la tranquilizaban sin embargo; la primera, que el

duque de Larochefoucault mandaba la expedición; la segunda, que marchaba a la cabeza del regimiento de Navalles; y la tercera, el ir inscrito en las banderas el nombre de Condé.

Pero por un contraste fácil de comprender, todo cuanto inspiraba esperanza a la princesa era para la vizcondesa de Cambes un motivo de dolor; como también todo lo que iba a ser dolor para la ilustre señora, debía convertirse en triunfo para la vizcondesa.

El duque de Larochefoucault se presentó ensangrentado y lleno de polvo, con la manga de su coleto abierta y la camisa manchada de sangre.

—¿Es verdad lo que me han dicho? —exclamó la princesa saliendo al encuentro del duque.

—¿Y qué han dicho? —preguntó el duque con frialdad.

—Dicen que habéis sido rechazado.

—No dicen lo bastante, señora, en verdad, hemos sido derrotados.

—¡Derrotados! —dijo la princesa palideciendo—; eso no es posible.

—¡Derrotados, —murmuró la señora de Cambes—, derrotados por Canolles!…

—¿Y cómo ha sido eso? —preguntó la señora de Condé con un tono altivo, que dejaba ver su indignación.

—Señora, como son todas las trabacuentas en el juego, en el amor y en la guerra. Nosotros hemos atacado, y nos han rechazado con más o menos vigor.

—¿Pero es valiente ese Canolles? —preguntó la princesa. El corazón de la vizcondesa de Cambes palpitaba de gozo.

—¡Psi! —respondió Larochefoucault encogiéndose de hombros—, valiente como cualquiera… Sólo que como tenía soldados de refresco, buenas murallas y estaba alerta, habiendo sido avisado tal vez, ha dado buena cuenta de nuestros Burdeleses. ¡Ah, señora! Entre paréntesis, los tristes soldados han huido a la segunda descarga.

—¿Y Navalles? —exclamó la vizcondesa sin apercibirse de la imprudencia de esta exclamación.

—Señora —dijo Larochefoucault—, no ha habido más diferencia entre Navalles y los paisanos, sino que estos han huido y Navalles se ha replegado.

—¡No nos falta ahora más que perder a Vayres!

—No diré que no suceda —contestó fríamente Larochefoucault.

—¡Derrotados! —repitió la princesa dando con el pie en el suelo—;

¡derrotados por un puñado de hombres mandados por Canolles! Hasta el nombre es ridículo.

La señora de Cambes se puso encendida.

—Vos creéis ridículo ese nombre, señora —replicó el duque— pero el señor de Mazarino le cree sublime. Y me atrevería a decir —añadió echando una rápida y penetrante ojeada a la señora de Cambes—, que no sólo él opina de ese modo. Los nombres son como los colores, señora —continuó sonriendo con su sonrisa biliosa—, y sobre ellos no hay disputa.

—¿Crees que Richón sea hombre capaz de dejarse vencer?

—¿Por qué no? ¡Me he dejado yo vencer! Es necesario que aguardemos a agotar la mala vena; la guerra es un juego en que un día u otro tomaremos la revancha.

—No hubiera llegado ese caso —dijo la señora de Tourville—, si se hubiese adoptado mi plan.

—Es verdad —repuso la princesa—; jamás quiere hacerse lo que nosotras proponemos, bajo pretexto de que somos mujeres y de que no entendemos nada y se hacen derrotar.

—¡Eh, válgame Dios! Sí, señora; pero eso le sucede a los mejores generales. Publio Emilio fue derrotado en Canas, Pompeyo en Farsalia y Atila en Chalons. Sólo Alejandro y vos, señora de Tourville, no habéis sido vencidos nunca. Veamos vuestro plan.

—Mi plan, señor duque —dijo la de Tourville con un tono más seco—, era que se pusiese un sitio en regla. No se me ha querido escuchar y se ha preferido un golpe de mano. Ahí tenéis el resultado.

—Contestad por mí, señor Lenet —dijo el duque—; pues yo no me siento bastante fuerte en estrategia para la lucha.

—Señora —dijo Lenet, cuyos labios aún no se habían abierto más que para sonreír—, había contra el sitio que vos proponíais, que los Burdeleses no son soldados, sino paisanos, acostumbrados a cenar en su casa y dormir con sus mujeres. Ahora bien, un sitio en regla priva de una porción de comodidades a que están habituados nuestros ciudadanos. Ellos han ido a asaltar la isla de San Jorge como aficionados, no los insultéis porque hoy han escapado mal, pues volverán a hacer sus cuatro leguas y emprenderán de nuevo la misma guerra tantas veces como sea necesario.

—¿Creéis que volverán? —repuso la princesa.

—¡Oh! En cuanto a eso, señora —dijo Lenet—, estoy seguro, aprecian mucho la isla para que se la dejen al rey.

—¿Y la tomarán?

—Sin duda, uno que otro día…

—Pues bien, el día que la tomen —exclamó la princesa—, quiero que se fusile a ese insolente de Canolles, si no se rinde bajo condición.

La vizcondesa sintió un frío mortal correr por sus venas.

—¡Fusilarle! —dijo el duque de Larochefoucault—. ¡Cáspita! Si es así como Vuestra Alteza entiende la guerra, me felicito sinceramente el estar en el número de sus amigos.

—Entonces, que se rinda.

—Yo quisiera saber lo que diría Vuestra Alteza si Richón se rindiera.

—Richón no está en juego señor duque; no se trata ahora de Richón. ¡A ver! Que entre un paisano, un jurado, un consejero, cualquier cosa, en fin, a quien yo le pueda hablar, y que me asegure que este oprobio no quedará impune para los que me lo han hecho sufrir.

—No puede ser más a tiempo —dijo Lenet—; ahí tenéis al señor de Espańet, que solicita el honor de ser introducido ante Vuestra Alteza.

—Que entre —dijo la princesa.

Durante esta conversación, el corazón de la señora de Cambes, tan pronto había latido con violencia, como se había oprimido, cual si le sujetase una mordaza. En efecto, presentía que los burdeleses querrían hacerle pagar muy caro a Canolles su primer triunfo; pero esto fue mucho peor cuando Espańet vino con sus protestas a encarecer aun las aserciones de Lenet.

—Señora —dijo a la princesa—, tranquilícese Vuestra Alteza; en vez de cuatro mil hombres enviaremos ocho mil, en lugar de seis piezas de cañón, irán doce, perderemos doscientos hombres en lugar de ciento, perderemos trescientos, cuatrocientos, si es necesario, pero tomaremos a San Jorge.

—¡Bravo, caballero! —exclamó el duque—, eso está muy bien dicho. Vos sabéis que soy vuestro, ya como jefe, ya como voluntario, cuantas veces tentéis esta empresa. Sólo os haré observar, que a quinientos hombres por vez, suponiendo cuatro expediciones como ésta, quedará nuestro ejército muy reducido para la quinta.

—Señor duque —contestó Espańet—, nosotros somos en Burdeos treinta mil hombres en estado de llevar las armas. Sacaremos si es preciso todos los cañones del arsenal para presentarlos delante de la fortaleza, haremos un fuego capaz de reducir a polvo una montaña de granito, yo mismo pasaré el río a la cabeza de los zapadores y tomaremos la isla, hace apenas un momento que nos hemos juramentado solemnemente.

—Dudo que toméis a San Jorge mientras viva Canolles —dijo la vizcondesa de Cambes con voz casi inteligible.

—Bien —contestó Españet—, le mataremos, o le haremos matar, y tomaremos a San Jorge después.

Clara ahogó un grito de espanto, próximo a exhalarse de su pecho.

—¿Se quiere tomar a San Jorge?

—¡Cómo si se quiere! —dijo la princesa—. Ya lo creo, no se desea otra cosa.

—Pues bien. Entonces —repuso Clara—, que se me deje hacer, y entregaré la plaza.

—¡Bah! —respondió la princesa—. Tú me habías prometido eso mismo, y no se ha conseguido.

—Yo había prometido a Vuestra Alteza hacer una tentativa acerca del señor barón de Canolles, esta tentativa salió fallida, porque encontré al señor de Canolles inflexible.

—¿Y crees encontrarle más flexible después de su triunfo?

—No. Pero esta vez no he dicho que entregaré al gobernador, digo que os entregaré la plaza.

—¿De qué modo?

—Introduciendo vuestros soldados hasta la plaza de la fortaleza.

—¿Sois hada, señora, para encargaros de tal negocio? —preguntó Larochefoucault.

—No, señor, soy propietaria.

—La señora se chancea —dijo el duque.

—No, no —repuso Lenet—; yo entreveo muchas cosas en las dos palabras que acaba de pronunciar la vizcondesa de Cambes.

—Entonces eso me basta —dijo Clara—, la aprobación del señor Lenet es todo para mí. Repito, pues, que San Jorge será tomado, si se me quiere permitir decir cuatro palabras en particular al señor Lenet.

—Señora —interrumpió la de Tourville—, yo también tomo a San Jorge si se me permite obrar.

—Dejad primero que la señora de Tourville exponga en alta voz su plan —dijo Lenet deteniendo a la vizcondesa, que quería llevarle a un rincón apartado—; después me diréis vos el nuestro en secreto.

—Hablad, señora —dijo la princesa.

—Yo parto de noche con veinte barcas conduciendo doscientos mosqueteros; otra fuerza igual se desliza a lo largo de la ribera derecha; otros cuatrocientos o quinientos suben por la ribera izquierda; durante este tiempo mil o mil doscientos Burdeleses…

—Tened presente, señora —dijo Larochefoucault—, que ya tenéis empeñados mil o mil doscientos hombres.

—Yo —dijo la de Cambes—, tomo a San Jorge con sólo una compañía. Que me den a Navalles, y respondo de todo.

—Esto merece considerarse —dijo la princesa—; mientras que Larochefoucault sonreía con muestras del mayor desprecio, mirando compasivamente a todas aquellas mujeres, que disputaban sobre cosas de guerra que embarazarían a los hombres más audaces y emprendedores.

—Os escucho —dijo Lenet—, venid, señora.

Y al mismo tiempo condujo a la de Cambes al hueco de una ventana.

Clara le dijo su secreto al oído, y Lenet dejó escapar un grito de alegría.

—En efecto —prorrumpió volviéndose hacia la princesa—; esta vez, si queréis dar carta blanca a la vizcondesa de Cambes, San Jorge es vuestro.

—¿Y cuándo? —preguntó la princesa.

—Cuando se quiera.

—La señora es un gran capitán —dijo Larochefoucault con ironía.

—Así lo creeréis, señor duque —contestó Lenet—, cuando hayáis entrado triunfante en San Jorge sin haber disparado un tiro.

—Entonces aprobaré.

—Pues bien —dijo la princesa—. Si eso es tan seguro como decís, que esté todo dispuesto para mañana.

—Sea el día y hora que plazca a Vuestra Alteza —contestó la vizcondesa de Cambes—, espero vuestras órdenes en mi habitación.

Y diciendo estas palabras, saludó y se retiró a su casa. La princesa, que en un instante acababa de pasar de la cólera a la esperanza, hizo otro tanto. La de Tourville le siguió. Españet, después de haber repetido sus protestas se marchó, y el duque dijo:

—Ya que las mujeres se han apoderado de la guerra, me parece que será permitido a los hombres intrigar un poco. He oído hablar de un tal Cauviñac, encargado por vos de reclutar una compañía, a quien me han pintado como un

hábil sujeto.

—Yo he preguntado por él; ¿habría medio de verle?

—Casualmente está esperando —dijo Lenet.

—Que venga.

Lenet tiró del cordón de una campanilla, y entró un criado.

—Que entre el capitán Cauviñac.

Un instante después, nuestro antiguo conocido apareció en el umbral de la puerta; pero, prudente siempre, se detuvo allí.

—Acercaos, capitán —dijo el duque—. Yo soy el duque de Larochefoucault.

—Monseñor —contestó Cauviñac—, os conozco perfectamente.

—¡Ah! Tanto mejor entonces. ¿Vos habéis recibido el encargo de levantar una compañía?

—Está levantada.

—¿Cuántos hombres tenéis a vuestra disposición?

—Ciento cincuenta.

—¿Bien equipados, bien armados?

—Bien armados, mal equipados. Antes de todo, me he ocupado de las armas, como de lo más preciso. En cuanto al equipo, como soy un mozo bastante desinteresado, y teniendo por móvil sobre todo mi afecto hacia los señores príncipes, no habiendo recibido del señor Lenet más que diez mil libras, me ha faltado dinero.

—¿Y con diez mil libras habéis alistado ciento cincuenta soldados?

—Sí, monseñor.

—Eso es maravilloso.

—Monseñor, yo tengo medios, de mí sólo conocidos, con cuya ayuda procedo.

—¿Y dónde están esos hombres?

—Allí están. Vais a ver una hermosa compañía, monseñor, en el sentido moral, sobre todo, toda gente de condición; ni un sólo miserable, es decir, la raza miserable.

El duque de Larochefoucault se acercó a la ventana, y vio efectivamente en la calle ciento cincuenta hombres de todas edades, estaturas y estados,

mantenidos en dos filas por Ferguzón, Barrabás, Carrotel y sus otros dos compañeros, vestidos con sus mejores trajes. Estos individuos tenían más bien todas las trazas de una gavilla de bandidos, que no de una compañía de soldados.

Como Cauviñac había dicho, venían en extremo desaliñados, pero perfectamente armados.

—¿Habéis recibido alguna orden relativa a vuestra gente? —preguntó el duque.

—He recibido orden de llevarlos a Vayres, y sólo espero la confirmación de esa orden por el señor duque para dejar toda mi compañía en manos del señor Richón, que la espera.

—¿Pero vos no os quedaréis en Vayres con ellos?

—Yo, monseñor, sigo en mi idea de no encerrarme jamás entre cuatro murallas, cuando puedo correr la campiña. Yo nací para llevar la vida de los patriarcas.

—Bien; quedaos donde os acomode, pero enviad vuestra gente a Vayres.

—¿Luego decididamente van a formar parte de la guarnición de aquella plaza?

—Sí.

—¿Bajo las órdenes del señor Richón?

—Sí.

—Pero, monseñor, ¿qué va a hacer allí mi gente, habiendo ya cerca de trescientos hombres en la plaza?

—Curioso sois.

—¡Oh! No es por curiosidad, monseñor, sino por temor.

—¿Y qué teméis?

—¡Temo no se les condene a la inacción!, lo que sería una cosa muy triste. ¡Es tan fácil dejar enmohecer las buenas armas!

—Tranquilizaos, capitán, no se enmohecerán. Dentro de ocho días tendrán que batirse.

—Pero entonces me los matarán.

—Es probable; a no ser que tengáis el secreto de hacerlos invulnerables, como poseéis el medio de reclutarlos.

—¡Oh! No es eso, es que quisiera antes de que me los maten que se les

pagase.

—¿No me habéis dicho que habíais recibido diez mil libras?

—Sí, a cuenta. Preguntad al señor Lenet, que es un hombre arreglado, y estoy seguro se acordará de nuestro trato. El duque se volvió hacia Lenet.

—Es cierto, señor duque —dijo el irreprochable consejero—, le hemos dado al señor Cauviñac diez mil libras al contado para los primeros gastos; pero se le han prometido cien escudos por plaza después de la aplicación de las diez mil libras.

—¿Entonces —dijo el duque—, se le deben al capitán treinta y cinco mil libras?

—Justas, monseñor.

—Se os darán.

—¿No se pudiera hablar en presente, señor duque?

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque vos sois de nuestros amigos, y es menester cumplir antes con los extraños. Ya sabéis que sólo a quien se teme hay precisión de acariciar.

—Excelente máxima —repuso Cauviñac—. Sin embargo, en todos los contratos se acostumbra fijar un plazo.

—Bien; pongámosle de ocho días —dijo el duque.

—Corriente; ocho días.

—¿Y si dentro de ocho días no pagamos? —dijo Lenet.

—Entonces —contestó Cauviñac—, me hago dueño de mi compañía.

—Es muy justo —repuso el duque.

—Y hago de ella lo que quiera.

—Como de cosa vuestra.

—Sin embargo… —pronunció Lenet.

—¡Bah! —dijo el duque—. Luego que la tengamos encerrada en Vayres…

—No me gusta esta clase de tratos —contestó Lenet moviendo la cabeza.

—Sin embargo, están muy en uso, en la práctica de Normandía —dijo Cauviñac—. Eso se llama contrato de retroventa.

—¿Quedamos convenidos? —preguntó el duque.

—Perfectamente —contestó Cauviñac.

—¿Y cuándo partirá vuestra gente?

—Enseguida, si lo mandáis.

—Pues bien, lo mando.

—En ese caso, ya están andando, monseñor.

El capitán bajó, dijo dos palabras al oído a Ferguzón, y la compañía de Cauviñac, acompañada de todos los curiosos que su extraño aspecto había reunido, se puso en marcha para dirigirse al puerto en que la esperaban los tres buques en que debían subir el Dordoña hasta Vayres; mientras que su jefe, fiel a los principios de libertad emitidos un momento antes en presencia del duque de Larochefoucault, la miraba alejarse con amor.

Entretanto, la señora de Cambes, retirada en su casa, sollozaba y oraba.

—¡Ay! —decía—, no me ha sido posible salvar su honor todo entero, mas al menos salvaré las apariencias. Es menester que no sea vencido por la fuerza, porque le conozco bien; vencido por fuerza, moriría defendiéndose, es preciso que aparezca vencido por traición. Entonces, cuando sepa lo que he hecho por él y con qué fin lo hago, vencido como esté, no podrá menos de bendecirme.

Y tranquilizada por esta esperanza se levantó, escribió algunas líneas, que ocultó en su seno, y pasó a la casa de la princesa, que acababa de mandarla llamar para llevar con ella socorros a los heridos y consuelo y dinero a las viudas y huérfanos.

La princesa reunió a todos los que habían tomado parte en la expedición, elogió en su nombre y en el del señor duque de Enghien los hechos y acciones de los que se habían distinguido, conversó largo rato con Ravailly, que con el brazo en cabestrillo, le juró que estaba pronto a empezar al día siguiente, puso la mano sobre el hombro a Españet, diciéndole que le consideraba a él y a sus valientes Burdeleses como los sostenes más firmes de su partido; en fin, enardeció de tal modo las imaginaciones de todos, que los más desanimados juraron tomar su desquite, queriendo volver en el mismo instante a la isla de San Jorge.

—No conviene en este mismo instante —dijo la duquesa—. Tomad descanso hoy y esta noche, y pasando mañana quedaréis instalados en la isla para siempre.

Esta aserción, hecha con voz firme, fue acogida con vociferaciones de ardor guerrero. Cada uno de aquellos gritos penetraba profundamente en el corazón de la señora de Cambes, porque eran como otros tantos puñales que amenazaban a la vida de su amante.

—Ve a lo que me he comprometido, Clara —dijo la princesa—. A ti te toca cumplir mi promesa a esa buena gente.

—Descuidad señora, —contestó la de Cambes—. Cumpliré lo que he ofrecido.

Aquella misma noche partió un mensajero a toda prisa para la isla de San Jorge.

XXX

La traición

Un día por la mañana mientras Canolles hacía su ronda, se acercó a él Vibrac y le dio un billete y una llave que un hombre desconocido había traído durante la noche, y que se lo había dejado al teniente de guardia diciéndole que no tenía respuesta.

Canolles se estremeció al reconocer la letra de la vizcondesa de Cambes, y abrió el billete temblando. He aquí lo que contenía:

«En mi última carta, os prevenía que durante la noche sería atacado el fuerte de San Jorge; y en ésta os prevengo que el fuerte de San Jorge será tomado mañana.

Como hombre, como soldado del rey, no corréis otro riesgo que el de ser prisionero; pero la señorita de Lartigues se encuentra en diferente caso, y el odio que se le tiene es tan grande, que no es fácil responder de su vida si llega a caer en manos de los Burdeleses. Determinándole, pues, a huir, para lo cual voy a daros los medios.

A la cabecera de vuestra cama, detrás de una tapicería que lleva las armas de los señores de Cambes, a quienes en otro tiempo pertenecía la isla de San Jorge, que formaba parte de sus dominios, y que el loco del vizconde de Cambes, mi marido, hizo donación al rey, encontraréis una puerta, cuya llave os envío. Ésta es una de las aberturas de un gran pasaje subterráneo que pasa por debajo del río y termina en el castillo de Cambes. Haced escapar por el pasaje a la señorita Nanón de Lartigues… y si la amáis… huid con ella. Yo respondo de su vida sobre mi honor. Adiós. Estamos en paz.

VIZCONDESA DE CAMBES».

El barón leyó y releyó la carta helándose de terror a cada línea, palideciendo a cada vez que la leía, sentía que un poder extraño le envolvía y disponía de él, y no acertaba a profundizar este misterio. Aquel subterráneo

que correspondía de la cabecera de su cama al castillo de Cambes, y que debía servirle para salvar a Nanón, ¿no habría podido servir también si hubiese sido conocido este secreto, para entregar la isla al enemigo?

Vibrac seguía sobre el semblante del gobernador las, últimas emociones que se reflejaban en él.

—¿Malas noticias, comandante? —preguntó.

—Sí, parece que seremos atacados otra vez esta noche.

—¡Los testarudos! —dijo Vibrac—, yo creí que se darían por bien azotados y que no volveríamos a oír hablar más de ellos, lo menos en ocho días.

—No necesito recomendaros la mayor vigilancia.

—Descuidad, comandante. ¿Sin duda tratarán de sorprendemos como la última vez?

—No sé; pero estemos dispuestos a todo, y tomemos las mismas precauciones que tomamos entonces. Concluid la ronda en mi lugar, pues me retiro a casa para expedir ciertas órdenes.

Vibrac hizo una demostración de adhesión, y se alejó con esa indiferencia militar con que miran el peligro los hombres a encontrarlo a cada paso, Canolles se retiró a su casa tomando todas las precauciones posibles para no ser visto de Nanón; y después de estar convencido de que se hallaba solo en su cámara, se encerró con llave.

A la cabecera de su cama estaban las armas de los señores de Cambes sobre una pieza de tapicería rodeada de una especie de cinta de oro.

Levantó la cinta, que separándose de la tapicería, dejó ver la juntura de una puerta.

Esta puerta se abrió con ayuda de la llave que la señora de Cambes había hecho que le entregaran al mismo tiempo que su carta, y la abertura de un subterráneo se presentó profunda a los ojos del barón, prolongándose visiblemente en la dirección del castillo de Cambes.

Canolles quedó un momento mudo con la frente cubierta de sudor. Este misterioso pasaje, que podía no estar solo, le llenaba de espanto a su pesar.

Encendió una bujía y se dispuso a visitarlo.

Descendió primero veinte gradas pendientes, y continuó penetrando por un declive más suave en las profundidades de la tierra.

No tardó en oír un ruido sordo que le aterró al principio, porque ignoraba su causa; pero avanzando más, reconoció sobre su cabeza el inmenso

murmullo del río, cuyas aguas rodaban hacia el mar.

Muchas quebraduras se habían hecho en la bóveda, por las que en diferentes épocas habían debido filtrar las aguas, pero que vistas a tiempo, sin duda habían sido tapadas con una especie de argamasa, que había llegado a hacerse más dura que la piedra.

Sintió el barón rodar sobre su cabeza las aguas del río por espacio de unos diez minutos, después de los cuales el ruido fue disminuyendo poco a poco, y no tardó mucho en ser un simple murmullo, que por último se extinguió a su vez, reemplazándole el silencio; y después de haber andado cincuenta pasos en medio de aquel silencio, llegó a una escalera igual a la que había bajado, que terminaba en una puerta maciza que diez hombres reunidos no habrían podido mover, y puesta a prueba de fuego por medio de una gruesa plancha de hierro.

—Ahora comprendo —dijo Canolles—; se esperará a Nanón en esta puerta y se la salvará.

Entonces se volvió, pasó otra vez por debajo del río, encontró de nuevo la escalera, entró en su aposento, clavó la cinta, y se dirigió en extremo pensativo a la habitación de Nanón.

Nanón estaba, como siempre, cercada de cartas, papeles y libros. La pobre señora hacía la Guerra Civil por el rey a su manera. Al ver al barón le tendió la mano con alborozo.

—Viene el rey —dijo—, y dentro de ocho días estaremos fuera de peligro.

—Todos los días viene —contestó el barón sonriendo con tristeza—; mas por desgracia, no llega nunca.

—¡Oh! Esta vez estoy informada —querido Canolles—, antes de ocho días estará aquí.

—Por mucha prisa que se dé, Nanón, llegará para nosotros demasiado tarde.

—¿Qué decís?

—Digo que en lugar de quemaros la sangre sobre esas cartas y esos papeles, haríais mejor en pensar en los medios de huir.

—¡Huir! ¿Y por qué?

—Porque tengo malas noticias, Nanón. Se prepara una nueva expedición, y esta vez puedo sucumbir.

—Y bien amigo, ¿no hemos convenido en correr la misma suerte, y en que vuestra fortuna o vuestra desgracia sea la mía?

—No, eso no puede ser así. Teniendo que temer por vos, seré muy débil.

¿No han querido haceros perecer a fuego en Aygén? ¿No han querido arrojaros al río? Escuchad, Nanón. Por piedad hacia mí, no os obstinéis en quedaros; vuestra presencia me haría cometer cualquier bajeza.

—¡Dios mío! Canolles, me asustáis.

—Nanón, os lo suplico. Juradme hacer, si soy atacado, lo que yo mande.

—¡Oh, Dios mío! ¿Para qué sirve ese juramento?

—Para darme fuerzas para vivir. Nanón, si no me prometéis obedecerme ciegamente, os juro que me dejo matar en la primera ocasión.

—¡Oh! Todo lo que queráis, Canolles, todo; lo juro por nuestro amor.

—¡Gracias a Dios! Querida Nanón, ya estoy más tranquilo. Reunid vuestras más preciosas alhajas. ¿Dónde tenéis vuestro oro?

—En un barril reforzado de hierro.

—Preparadlo todo, de modo que podáis llevarlo consigo.

—¡Oh! Bien sabéis que el verdadero tesoro de mi corazón no es ni mi oro ni mis joyas. Canolles, ¿hacéis esto por alejarme de vos?

—Nanón, me creéis hombre de honor, ¿es verdad? Pues bien, sobre mi honor os juro que cuanto hago me lo inspira sólo el temor del peligro que corréis.

—¿Y creéis formalmente en ese peligro?

—Creo que mañana será tomada la isla de San Jorge.

—¿Pero cómo?

—No lo sé, pero lo creo así.

—¿Y si consiento en huir?

—Haré todo lo posible por vivir, Nanón; os lo juro.

—Mandad, amigo, que yo obedeceré —dijo Nanón tendiendo la mano al barón, y olvidando, en su ardor por mirarle, las dos gruesas lágrimas que corrían a lo largo de sus mejillas.

Canolles estrechó la mano de Nanón, y salió. Si hubiera permanecido un instante más a su lado, habría cogido aquellas dos perlas con sus labios; pero puso las manos sobre la carta de Clara, y esta carta, cual un talismán, le dio fuerza para alejarse.

El día cruel. Aquella amenaza tan positiva «mañana será tomada la isla de San Jorge», resonaba incesantemente en los oídos del barón. ¿Cómo, por qué medios, con qué certeza le hablaba así la señora de Cambes? ¿Sería atacado

por agua? ¿Lo sería por tierra? ¿De qué punto desconocido vendría esta desgracia, tan invisible como cierta? Esto era para volverse loco.

Durante el día, el barón se desojó buscando en todas direcciones los enemigos. Al anochecer su vista sondeaba las profundidades del bosque, los horizontes de la llanura, las sinuosidades del río; pero todo fue en vano, no vio nada.

Cuando fue completamente de noche, se iluminó un ala del castillo de Cambes; siendo la vez primera que el barón vio luz allí desde que estaba en la isla de San Jorge.

—¡Ah! —dijo—, los salvadores de Nanón están ya en su puesto. Y suspiró profundamente.

¡Qué extraño y misterioso enigma encierra el corazón humano! Canolles no amaba ya a Nanón, adoraba a la vizcondesa de Cambes; y no obstante, en el momento de separarse de la que no amaba, sentía despedazársele el alma. Sólo cuando estaba lejos, o cuando iba a separarse de ella, experimentaba la verdadera fuerza del sentimiento singular que le unía a aquella hechicera criatura.

Toda la guarnición estaba en pie y vigilante sobre la muralla. El barón, habiendo cesado de mirar, interrogaba al silencio de la noche. Nunca había sido la oscuridad más muda, ni había aparecido más solitaria. Ningún ruido turbaba aquella calma, semejante a la del desierto.

De pronto le ocurrió a Canolles, que tal vez iría a penetrar el enemigo en el fuerte por el subterráneo que él había visitado. Esto no podía ser probable, porque en ese caso no se le habría prevenido; pero no por esto dejó de resolverse a guardar aquel pasaje. Hizo preparar un barril de pólvora con una mecha, eligió el más valiente de los sargentos, colocó el barril en la última grada de la escalera del subterráneo, encendió una antorcha, y la puso en manos del sargento. Junto a él había otros dos hombres.

—Si se presentan más de seis hombres por este subterráneo —dijo al sargento—, intímales primero que se retiren; y si se resisten, prende fuego a la mecha y haz rodar el barril. Como el pasaje está pendiente, irá a estallar en medio de ellos.

El sargento tomó la antorcha, los dos soldados quedaron de pie e inmóviles detrás de él, alumbrados por su luz rojiza, mientras que a sus pies se veía el barril lleno de pólvora.

Canolles volvió a subir tranquilo a lo menos por este lado; pero al entrar en su sala encontró a Nanón, que habiéndole visto bajar de la fortificación y entrar en su casa, le había seguido para tener alguna noticia. En aquel

momento miraba espantada aquella abertura profunda, que no conocía.

—¡Oh, Dios mío! —preguntó—: ¿Qué puerta es ésa?

—La del pasaje por donde vas a huir, querida Nanón.

—Me has prometido que no exigirás de mí que te abandonase, sino en caso de ataque.

—Y te lo prometo otra vez.

—Parece que todo está tranquilo alrededor de la isla, amigo mío.

—Todo parece tranquilo por debajo también, ¿no es así? Y sin embargo, a veinte pasos de nosotros hay un barril de pólvora, un hombre y una antorcha. Si el hombre acercase la antorcha al barril de pólvora, en menos de un segundo no quedaría piedra sobre piedra en el castillo. ¡Ya ves, Nanón, que todo está en calma! La joven palideció.

—¡Oh! Me hacéis temblar —exclamó.

—Nanón —dijo el barón—, llamad a vuestras mujeres, que vengan aquí con vuestros joyeles y al camarero con vuestro oro. Acaso me habré engañado, tal vez no pase nada esta noche; pero no importa, es preciso que estemos prevenidos.

—¡Quién vive! —gritó la voz del sargento en el subterráneo. Otra voz respondió, pero sin acento hostil.

—¡Calle! —dijo el barón—; ya os vienen a buscar.

—Todavía no atacan, amigo mío; todo está en calma. Dejadme cerca de vos; no vendrán.

Al acabar Nanón de proferir estas palabras, el grito de ¡Quién vive!, resonó tres veces en el patio interior, y la tercera vez fue seguido de la detonación de un mosquete.

Canolles se precipitó hacia la ventana y la abrió.

—¡A las armas —gritó el centinela—, a las armas!

El barón vio en un ángulo moverse una masa negra, esta masa era el enemigo, que salía a borbotones de una puerta baja y arqueada, abierta en una bóveda que servía de leñera. Sin duda en aquella bóveda, como en el dormitorio del barón, había alguna salida ignorada.

—¡Ahí están! —gritó Canolles—. ¡Daos prisa, vedlos ahí!

En aquel momento contestó una veintena de mosquetes al tiro del centinela. Dos o tres balas vinieron a romper los hierros de la ventana en que estaba el barón. Entonces se volvió; Nanón estaba de rodillas.

Por la puerta interior acudían sus mujeres y su lacayo.

—¡No hay un instante que perder, Nanón! —dijo Canolles—. ¡Venid! ¡Venid!

Y arrebató a la joven en sus brazos, como habría podido hacerlo con una pluma, y entró en el subterráneo llamando a la gente de Nanón que le siguiesen.

El sargento estaba en su puesto con la antorcha en la mano, los dos soldados con la mecha encendida estaban dispuestos a hacer fuego sobre un grupo, en medio del cual aparecía pálido y protestando la más íntima amistad, nuestro antiguo conocido Maese Pompeyo.

—¡Ah, señor de Canolles! —exclamó—. Decidles que somos nosotros la gente que esperabas; que diablos, estas chanzas no se tienen con los amigos.

—Pompeyo —dijo el barón—, os recomiendo a la señora; alguien a quien conocéis me ha respondido de ella por su honor, vos me respondéis con vuestra cabeza.

—Sí, sí, yo respondo de todo —repuso Pompeyo.

—Canolles, Canolles, yo no me aparto de vos —exclamó Nanón abrazándose al cuello del joven—. Canolles, vos habéis prometido seguirme.

—Yo he prometido defender el fuerte de San Jorge mientras quede una piedra en pie, voy a cumplir mi promesa.

Y a pesar de los gritos, los lloros, las súplicas de Nanón, el barón la entregó en manos de Pompeyo, que secundado por dos o tres lacayos de la vizcondesa de Cambes y el propio séquito de la fugitiva, la arrastró a lo profundo del subterráneo.

El barón siguió un instante con la vista aquel blanco y dulce fantasma que se alejaba tendiéndole los brazos.

Pero súbitamente se acordó que se le esperaba en otra parte, y se lanzó a la escalera diciéndole al sargento y los soldados que le siguiesen.

De Vibrac estaba en la sala sin sombrero, pálido y con la espada en la mano.

—Comandante —exclamó al ver al barón—, el enemigo… el enemigo…

—·Lo sé…

—¿Qué hacemos?

—¡Pardiez! Linda pregunta, hacernos matar.

Canolles se precipitó hacia el patio. En el camino halló un hacha de

minadores y se apoderó de ella.

El patio estaba cuajado de enemigos, sesenta soldados de la guarnición, reunidos en grupo, se esforzaban en defender la puerta de la habitación de Canolles. Por la parte de las murallas se oían gritos y tiros, que anunciaban que no había nadie ocioso.

—¡El comandante, el comandante! —gritaron los soldados al ver al barón.

—¡Sí, sí! —contestó éste—. El comandante, que viene a morir con vosotros. ¡Valor, hijos, valor! No pudiéndoos vencer, os han cogido a traición.

—En guerra todo vale —dijo la voz burlona de Ravailly—, que con el brazo en cabestrillo, animaba a su gente para que se apoderase de Canolles. Ríndete, y se te hará buen partido.

—¡Ah! ¿Eres tú, Ravailly? —dijo Canolles—. Creía, sin embargo, haberte pagado mi deuda de amistad. No estás contento, espera…

Y Canolles, dando un salto de cinco o seis pasos al frente, arrojó a Ravailly el hacha que tenía en la mano con tanta fuerza que fue a hendir, junto al capitán de Navalles, el casco y alzacuello de un oficial de los paisanos, que cayó muerto.

—¡Canario! —dijo Ravailly—. ¿Contestas así a los cumplidos que se te hacen? Verdad es que yo debería estar habituado a tus maneras. Amigos, está rabioso. ¡Fuego sobre él, fuego!

A esta orden, una gran descarga partió de las filas enemigas, y cayeron cinco o seis hombres a los lados de Canolles.

—¡Fuego! —gritó éste a su vez—; ¡fuego!

Pero apenas contestaron tres o cuatro mosquetazos.

Sorprendidos donde menos lo esperaban, turbados por la noche, los soldados del barón habían desfallecido.

Canolles vio que no podía hacer nada.

—Entrad —dijo a Vibrac—, entrad, y haced entrar la gente. Nos haremos fuertes, y no nos rendiremos sino cuando nos tomen por asalto.

—¡Fuego! —dijeron otras dos voces, que eran las de Españet y Larochefoucault—. Acordados de vuestros compañeros muertos que piden venganza. ¡Fuego!

Y un huracán de plomo silbó de nuevo alrededor del barón, sin tocarle, aunque diezmó por segunda vez su escasa tropa.

—¡En retirada! —dijo Vibrac—, ¡en retirada!

—¡Sus! ¡Sus! —gritó Ravailly—. ¡Avanzad, amigos, avanzad!

Los enemigos se arrojaron sobre Canolles, que con una decena de hombres lo más, sostuvo el choque, había recogido el fusil de un soldado muerto y se servía de él como una clava.

Sus compañeros entraron, y él detrás de ellos con Vibrac. Entonces, los dos empujaron la puerta, que a pesar de los esfuerzos de los sitiadores, lograron cerrarla y atrancarla con una barra de hierro.

Las ventanas eran enrejadas.

—Hachas, palancas, cañones, si es menester —gritó el duque de Larochefoucault—, es preciso que los cojamos a todos vivos o muertos.

Un fuego horroroso siguió a estas palabras. Dos o tres balas atravesaron la puerta; una de ellas pasó el muslo a Vibrac.

—Ya estoy despachado, mi comandante —dijo aquél—. Ved ahora el modo de arreglaros, que este asunto ya no me pertenece.

Y se retiró recostándose en la pared, no pudiéndose tener en pie.

Canolles miró a su alrededor, y encontró una docena de hombres en estado de defensa aún. Estaba entre ellos el sargento que había puesto de plantón en el subterráneo.

—La antorcha —le dijo—, ¿qué has hecho de ella?

—A fe mía, comandante, la arrojé junto al barril.

—¿Arde aún?

—Es probable.

—Bien. Dispón que salgan todos esos hombres por las puertas y ventanas de la espalda. Componte tú y ellos del mejor modo que puedas; lo demás me toca a mí.

—Pero, comandante…

—Obedece.

El sargento inclinó la cabeza e indicó a sus soldados que le siguiesen. Enseguida desaparecieron todos en los aposentos interiores, habían comprendido la intención del barón y no se cuidaban de saltar con él.

Canolles prestó atención un momento. La puerta se hundía a fuerza de hachazos, lo que no impedía que continuasen las descargas: disparaban al azar y hacia las ventanas creyendo que detrás de ellas estaban los sitiados.

De pronto un gran alboroto anunció que la puerta había cedido, y Canolles

sintió la multitud que se agolpaba al castillo con gritos de alegría.

—Bien, bien —murmuró—. Dentro de cinco minutos, esos gritos de gozo se trocarán en alaridos de desesperación.

Y se lanzó a la galería subterránea.

Pero sobre el barril había un joven sentado, con la antorcha a sus pies y la cabeza apoyada en ambas manos.

Al ruido levantó al joven la cabeza, y Canolles conoció a la vizcondesa de Cambes.

—¡Ah! —exclamó levantándose—. ¡Por fin estáis aquí!

—Clara —murmuró el barón—, ¿a qué habéis venido?

—A morir con vos, si queréis morir.

—Yo estoy perdido, deshonrado, y es preciso que muera.

—¡Os habéis salvado por mí!

—¡Perdido por vos! ¿Lo oís? ¡Ya vienen, vedlos! Huid, Clara, huid por este subterráneo; tenéis cinco minutos, es más de lo que necesitáis.

—Yo no huyo, me quedo.

—¿Pero sabéis para qué he bajado aquí? ¿Sabéis lo que voy a hacer?

La vizcondesa de Cambes recogió la antorcha, y acercándola al barril de pólvora, dijo:

—Lo sospecho.

—¡Clara! —exclamó Canolles aterrado—, ¡Clara!

—Repetid aún que queréis morir, y morimos juntos…

El pálido semblante de la señora de Cambes demostraba tanta resolución, que Canolles comprendió que era capaz de lo que decía; y deteniéndose, dijo:

—Pero, en fin, ¿qué queréis?

—Que os rindáis.

—¡Jamás!

—El tiempo es preciso —continuó Clara—; rendíos. Os ofrezco la vida, os ofrezco el honor, puesto que os doy la excusa de la traición.

—Dejadme huir entonces, para que pueda poner a los pies del rey mi espada y demandarle ocasión de tomar la revancha.

—No huiréis.

—¿Por qué no?

—Por que no puedo vivir así; porque no puedo vivir separada de vos; ¡porque os amo!

—Me rindo, me rindo —exclamó el barón postrándose delante de la vizcondesa de Cambes, y arrojando lejos de ella la antorcha que tenía en la mano.

—¡Oh! —murmuró la señora de Cambes—; esta vez le tengo y no me le quitarán.

Había aquí una cosa extraña, que sin embargo, puede explicarse; esta cosa era que el amor obrase de una manera tan opuesta en aquellas dos mujeres.

La vizcondesa de Cambes, recatada, apacible, tímida, se había convertido en decidida, osada y fuerte.

Nanón, caprichosa, voluntariosa, ardiente, se había trocado en tímida, apacible y recatada.

Esto procedía de que la vizcondesa de Cambes se sentía cada vez más querida de Canolles, y de que Nanón observaba disminuirse día por día su amor.

XXXI

Los vencedores

Cuando el ejército de los príncipes hizo su segunda entrada en Burdeos, fue muy distinta de la primera. Esta vez había laureles para todos, hasta para los vencidos.

La delicadeza de la vizcondesa de Cambes había reservado una buena parte de ellos para Canolles, que tan luego como hubo franqueado la barrera al lado de su amigo Ravailly a quien dos veces había estado próximo a matar, fue cercado como un gran capitán y felicitado como un valiente soldado.

Los vecinos de la antevíspera, y especialmente los que habían recibido algún golpe en el combate, le guardaban cierto rencor. Pero Canolles era tan bueno, tan afable, tan sencillo; soportaba con tanta alegría y dignidad a la vez su nueva posición, que se le veía cercado de una porción de amigos; hacían de él tantos elogios los oficiales y soldados del regimiento de Navalles, como su capitán y como gobernador de San Jorge, que los Burdeleses no tardaron en olvidarlo todo. Había además otra cosa en qué pensar. El señor de Bouillón llegaba dentro de uno o dos días, y las noticias más recientes anunciaban que

dentro de ocho, lo más tarde, estaría el rey en Liburnio.

La señora de Condé, que estaba oculta detrás de las cortinas de su ventana, tenía un vehemente deseo de ver a Canolles, y al verle, le pareció de muy gallarda apostura y digno de los elogios que amigos y enemigos hacían de él. La señora de Tourville, que era de distinta opinión que la princesa, dijo que carecía de distinción.

Lenet afirmó que le tenía por un galán bizarro; y el señor de Larochefoucault se contentó con decir:

—«¡Ah, ah! ¡Ved ahí al héroe!».

Designósele a Canolles su alojamiento en la gran fortaleza de la ciudad, en el castillo Trompeta. Durante el día era completamente libre para pasearse por la ciudad, bien ocupándose en sus quehaceres o en mera distracción. A la hora de retreta volvía a su destino, siempre bajo palabra de honor de no tratar de escaparse ni tener correspondencia con los de afuera.

Antes de hacer este último juramento, había Canolles pedido permiso para escribir cuatro líneas; este permiso le había sido acordado, y con él había hecho llegar a manos de Nanón la siguiente carta:

«Prisionero, aunque libre, en Burdeos, bajo mi palabra de no tener correspondencia exterior, os escribo estas cuatro palabras, querida Nanón, para aseguraros mi amistad de que podría haceros dudar mi silencio. Me remito a vos para que defendáis mi honor cerca del rey y la reina.

BARÓN DE CANOLLES».

En éstas tan suaves condiciones, como se ve, podía reconocerse la influencia de la vizcondesa de Cambes.

Por espacio de cinco o seis días, no hizo el barón otra cosa que asistir a los convites y fiestas que le daban sus amigos; constantemente se le encontraba con Ravailly, que se paseaba con él, y que llevaba enlazado el brazo izquierdo con el de Canolles, porque el derecho lo llevaba en cabestrillo; cuando batía el tambor y los Burdeleses partían para alguna expedición o algún motín, se estaba seguro de ver sobre la marcha a Canolles con Ravailly del brazo, o solo con las manos a la espalda, curioso, riente e inofensivo.

Por lo demás, después de su llegada, no había visto sino rara vez a la vizcondesa de Cambes, y apenas le había hablado. Le parecía suficiente a la señora de Cambes con que Canolles no estuviese ya cerca de Nanón, y se daba por satisfecha con tenerle, como había dicho, a su lado. Canolles le había escrito quejándose dulcemente, y ella entonces le había hecho recibir en una o dos casas de la ciudad, con esa protección invisible a los ojos, pero palpable, al corazón, por decirlo así, propia de la mujer que ama sin querer ser adivina.

Había más aún. Canolles por la mediación de Lenet había conseguido el permiso de hacer su corte a la señora de Condé, y el prisionero se presentaba allí algunas veces, rodando y coqueteando alrededor de las damas de la princesa.

Fuera de esto, no había hombre que pareciese más desinteresado en negocios políticos que Canolles. Ver a la vizcondesa de Cambes, trocar algunas palabras con ella, si no podía hablarle, acoger una afectuosa mirada, estrecharle la mano cuando subía al coche, ofrecerle agua bendita en la iglesia, a pesar de ser hugonote, eran las grandes ocupaciones diarias del prisionero.

De noche pensaba en lo que tenía que hacer al día siguiente.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo al prisionero ya no le bastaban distracciones. Mas como conocía la exquisita delicadeza de la vizcondesa de Cambes, que aun temía más por el honor de Canolles que por el suyo, trató de aumentar el círculo de sus distracciones. En primer lugar se batió con un oficial de la guarnición y con dos paisanos, lo que le hizo entretenerse por algunas horas.

Pero como quiera que desarmó a uno de sus adversarios e hirió a los otros dos, no tardó en faltarle esta distracción, por no encontrar gentes dispuestas a distraerle.

Después tuvo una o dos buenas conquistas; esto no es extraño, fuera de que Canolles, como hemos dicho, era un buen mozo, desde que estaba prisionero, se había llegado a hacer interesante hasta más no poder. Durante tres días enteros y toda la mañana del cuarto no se habló de otra cosa que de su cautividad; esto era casi tanto como hablar de la del príncipe.

Un día que Canolles esperaba ver a la vizcondesa de Cambes en la iglesia, que ella tal vez por temor de encontrarle no fue allí, Canolles fiel en su puesto, junto a una columna, ofreció agua bendita a una hermosa señora, sin haberla visto aún, esto no era falta de Canolles, sino de la vizcondesa de Cambes; si la vizcondesa hubiera ido, no habría él pensado más que en ella, no habría visto a otra ni ofrecido agua bendita sino a ella.

El mismo día, mientras que el barón reflexionaba sobre quién podría ser aquella linda morena, recibió una carta de invitación para pasar la velada en casa del asesor general Lavia, el mismo que había querido oponerse a la entrada de la princesa en Burdeos, y que en su calidad de sostén de la autoridad real, era detestado casi en los mismos términos que el señor de Epernón. El barón, que sentía aumentarse por grados la necesidad de distraerse, acogió con reconocimiento la invitación, y se dirigió a las seis de la tarde a casa del asesor general.

La hora podrá parecer extraña a nuestros elegantes modernos, pero había

dos razones para que Canolles acudiese tan temprano a la invitación del señor asesor general; la primera, que como en aquella época se comía al medio día, las reuniones empezaban mucho más temprano, y la segunda, que debiendo estar el barón por lo regular en el castillo Trompeta a las nueve y media lo más tarde, si quería hacer más que una simple aparición, necesitaba llegar de los primeros.

Al entrar en el salón, Canolles dio un grito de alegría.

La señora de Lavia no era otra que la linda morena a quien tan galantemente había ofrecido agua bendita aquella misma mañana. El barón fue acogido en los salones del asesor general como realista acreditado. Apenas se le presentó, cuando se vio circundado de homenajes capaces de aturdir a uno de los siete sabios de Grecia. Se comparó su defensa en el primer ataque a la de Horacio Cocles, y su derrota a la ruina de Troya, tomada por los artificios de Ulises.

—Mi querido señor de Canolles —le dijo el asesor general—, sé de buena tinta que se ha hablado mucho de vos en la corte, y que vuestra hermosa defensa os ha cubierto de gloria; así que la reina ha ofrecido canjearos tan luego como pueda, y que el día que volváis a su servicio será con el empleo de mariscal de campo o brigadier. ¿Me parece que tendréis deseos de ser canjeado?

—Os juro por mi fe, caballero —contestó Canolles lanzando una mirada mortífera a la señora de Lavia—, que mi mayor deseo es que la reina no se dé prisa; tendría que canjearme por medio de dinero o en cambio de un buen militar. Yo no valgo ese gasto, ni merezco ese honor. Así, pues, esperaría a que Su Majestad tomase a Burdeos, donde me encuentro perfectamente; y entonces me tendría de balde.

La señora de Lavia se sonrió graciosamente.

—¡Qué diablos! —repuso su marido—, habláis fríamente de vuestra libertad, barón.

—¿Por qué me he de acalorar? —dijo Canolles—. ¿Creéis que me sea grato volver al servicio activo, para encontrarme expuesto a matar diariamente algunos de mis amigos?

—¿Pero qué vida lleváis aquí? —dijo el asesor general—, una vida indigna de un hombre de vuestra calidad, extraño a todo consejo; a toda empresa; obligado a ver a los demás servir a la causa a que pertenecen, mientras vos estáis con los brazos cruzados. No sois más que un hombre inútil y ocioso, esa situación debe seros fastidiosa. El barón miró a la señora de Lavia, que por su parte le miraba también, y dijo:

—Caballero, no tal, os engañáis; yo no me fastidio nunca. Vosotros os ocupáis de política, cosa que es muy cansada; yo hago el amor, lo que es más divertido. Vosotros sois, los unos servidores de la reina, los otros de la princesa.

—Yo no me someto exclusivamente a una soberana; soy esclavo de todas las señoras.

Esta contestación fue aprobada, y la señora de la casa demostró su opinión con una sonrisa.

No tardaron en organizarse las partidas. El barón se puso a jugar. La señora de Lavia entró a medias con él contra su marido, que perdió quinientas pistolas.

Al día siguiente el pueblo, no sé con qué motivo, determinó hacer una asonada. Un partidario de los príncipes, más fanático que los demás, propuso ir a romper a pedradas los cristales del señor Lavia. Cuando esto se hubo ejecutado, propuso otro prender fuego a la casa. Ya acudían a las mechas, cuando llegó Canolles con un destacamento del regimiento de Navalles, puso en seguridad a la señora de Lavia, y salvó a su marido de manos de una docena de furiosos, que no pudiendo quemarle, querían colgarle al menos.

—Y bien, señor hombre de acción —dijo el barón al asesor general, que estaba descolorido de terror—, ¿qué decís ahora de mi ociosidad? ¿No hago bien en estarme quieto?

Después de esto se retiró al castillo Trompeta, en atención a que tocaban ya la retreta. Al entrar en su aposento encontró sobre su velador una carta, cuya forma hizo latir su corazón, y cuya letra le hizo estremecer.

La letra era de la vizcondesa de Cambes. Canolles abrió al momento la carta, y leyó:

«Id mañana solo a la iglesia del Carmen, a cosa de las seis de la tarde, y entrad en el primer confesionario que hay a la izquierda según se entra. Encontraréis abierta la puerta».

—¡Calle! —dijo el barón para sí—. He aquí una idea original. Después había una post-data, que decía:

«No os jactéis de ir adonde fuisteis ayer y hoy, y no olvidéis que Burdeos no es una ciudad realista. Reflexionad en la suerte que a no ser por vos iba a sufrir el asesor general».

—Bueno —dijo Canolles—, está celosa. Por más que ella diga, he tenido razón en ir ayer y hoy a casa del señor Lavia.

XXXII

Las protestas de amor

Es necesario decir, que desde su llegada a Burdeos, había pasado Canolles por todos los tormentos del amor desgraciado. Había visto a la señora de Cambes rodeada de atenciones, adulada, sin haberse podido mostrar adicto a ella, y había tenido que contentarse con alcanzar de paso alguna mirada, sustraída por Clara a la observación de los murmuradores. Después de la escena del subterráneo, después de las palabras ardientes trocadas entre la de Cambes y él en aquel momento supremo, este estado de cosas le parecía, no sólo tibieza, sino frialdad.

Sin embargo, como en el fondo de esta frialdad conocía Canolles que era real y profundamente amado, había tomado partido de ser el más infortunado de los amantes dichosos. Pero fuera de todo esto, el asunto era sencillo. Merced a la palabra que se le había exigido, de no mantener correspondencia con lo exterior, había relegado a Nanón a ese pequeño hueco de la conciencia, destinado para los remordimientos amorosos; mas como no tenía alguna noticia de la joven, y por consiguiente se desvanecía el disgusto que siempre causa una carta, es decir, el recuerdo palpable de la mujer a quien se falta, sus remordimientos no le eran del todo insoportables.

Sin embargo, a veces, en el momento en que la más alegre sonrisa dilataba el semblante del barón, en el momento en que su voz articulaba palabras de amor, una sombra pasaba rápidamente por su frente, y un suspiro se escapaba, si no de su corazón, al menos de sus labios.

Este suspiro era por Nanón; esta sombra era el recuerdo de tiempos pasados, que proyectaba su vago tinte en el presente.

La vizcondesa de Cambes había observado estos instantes de tristeza. Sus ojos habían sondeado todas las profundidades del corazón del barón, y reflexionó que no podía dejar a Canolles abandonado a sí mismo. Entre un antiguo amor no extinguido enteramente y una nueva pasión que podía nacer del resto de aquel germen ardiente, consumido otras veces por las ocupaciones militares y por la representación de un puesto elevado, podía redundar en el elemento contrario al amor tan puro que ella trataba de inspirarle. Por otra parte no quería más que ganar tiempo, a fin de que el recuerdo de tantas aventuras romancescas se desvaneciese en algún tanto, después de haber tenido despertada la curiosidad de todos los cortesanos de la princesa. Acaso la vizcondesa de Cambes se engañaba; tal vez confesando abiertamente su amor, habría conseguido que se ocupase enteramente de él, o al menos que pensase por menos tiempo en lo pasado.

Pero de todos, quien seguía con más atención los progresos de aquella pasión misteriosa, era Lenet. Durante algún tiempo su ojo observador había penetrado la existencia del amor, ignoraba si era solo o correspondido. También le había parecido que la vizcondesa de Cambes, unas veces trémula e indecisa, otras fuerte y determinada, casi siempre indiferente a los placeres que en torno suyo se disfrutaban, estaba verdaderamente herida en el corazón, aquel ardor que le había animado hacia la guerra, se había extinguido súbitamente; ella estaba pensativa, sonreía sin motivo, lloraba sin causa, cual si sus labios y sus ojos respondiesen a las variaciones de su pensamiento.

Este cambio se había verificado hacía seis o siete días; y este tiempo hacía justamente que el barón se hallaba prisionero. A no dudar, Canolles era el objeto de este amor.

Lenet, por otra parte, estaba dispuesto a favorecer un amor que podía dar un día tan bravo defensor a la señora princesa.

El señor de Larochefoucault estaba quizás más adelantado en la exploración del corazón de la vizcondesa de Cambes. Pero sus gestos, sus ojos, su boca, decían con tanta precisión lo que sólo les permitía él decir, que nadie habría podido afirmar si profesaba amor u odio a la vizcondesa. No hablaba tampoco de Canolles, ni le miraba, no hacía más caso de él que si no existiese; guerreando por otra parte nunca, dándose la importancia de un héroe, pretensión en que era secundado por un valor a toda prueba y una verdadera habilidad militar, daba cada día más realce a su posición de teniente del generalísimo. El señor de Bouillón, por el contrario, frío, misterioso, calculador, admirablemente escudado en su política por accesos de gota, que a veces ocurrían tan a punto que había quien dudase de su realidad, se encubría siempre todo lo posible para sus negocios; no pudiendo habituarse a medir el abismo que separaba a Mazarino de Richelieu, y temiendo siempre por su cabeza, que estuvo a pique de perder sobre el mismo cadalso de Cinq-Mars, y que compró dando en cambio a Sedán, pueblo suyo, y renunciando, si no de derecho, de hecho al menos, a su calidad de príncipe soberano.

En cuanto a la ciudad, se veía arrastrada por el torrente de las costumbres cortesanas, que por todas partes se desbordaba sobre ella. Colocados entre dos fuegos, entre dos muertes, entre dos ruinas, los Burdeleses estaban tan poco tranquilos del día de mañana, que bien necesitaban suavizar aquella existencia precaria, que podía no contar el porvenir sino por segundos.

Aún no se había disipado el recuerdo de La Rochela, devastada en otra ocasión por Luis XIII, ni la admiración profunda que mereciera Ana de Austria por aquel hecho de armas: ¿por qué no podría ofrecer Burdeos al oído, y a la ambición de esta princesa una segunda edición de La Rochela?

Se olvidaba siempre que había muerto el que colocaba su nivel sobre las

cabezas y murallas más elevadas, y que el cardenal de Mazarino era apenas la sombra del cardenal de Richelieu.

Este vértigo se apoderaba de todos, incluso Canolles, verdad es que éste a veces dudaba de todo, y en estos accesos de escepticismo dudaba del amor de la vizcondesa de Cambes como de las demás cosas del mundo. En estos momentos, Nanón se engrandecía en su corazón, más tierna y decidida en su ausencia. Si en aquellos momentos hubiera aparecido ante su vista, a pesar de su espíritu inconstante, habría caído a sus pies.

En medio de todas estas incoherencias de pensamientos, que sólo pueden comprender los corazones que se han hallado entre dos amores, se hallaba Canolles cuando recibió la carta de la vizcondesa. No hay para qué decir que en aquel mismo instante desapareció toda otra idea.

Después de haberla leído, no comprendía que hubiese podido amar jamás a otra mujer que a la vizcondesa de Cambes; después de haberla vuelto a leer creyó no haber amado nunca a otra.

El barón pasó una de esas noches de fiebre que abrasan y tranquilizan a la vez, por servir la felicidad de contrapeso al insomnio. A pesar de no haber pegado los ojos en toda la noche, se había levantado al amanecer.

Sabido es cómo pasan los enamorados las horas que preceden a una cita; mirando su reloj, yendo de aquí para allí, tropezando con sus mejores amigos, a quienes no conocen; el barón hizo todas las locuras que su estado exigía.

A la hora precisa (por supuesto era la vigésima vez que entraba en la iglesia) fue al confesionario, que estaba abierto. Los rayos del sol poniente filtraban a través de los vidrios sombríos; todo el interior del monumento religioso estaba iluminado por esa luz tan dulce para los que oran y para los que aman. Canolles habría dado un año de su vida por no perder en tal momento una esperanza.

Miró alrededor de sí, para asegurarse bien de que la iglesia estaba desierta, escudriñó con la vista capilla por capilla, y cuando estuvo seguro de que nadie podía verle entró en el confesionario, que cerró tras de sí. Un instante después, Clara, envuelta en un tupido manto, apareció a la puerta, en cuya parte exterior dejó a Pompeyo de centinela; y después de haberse asegurado a su vez de que no podía correr peligro de ser vista, fue a arrodillarse en uno de los reclinatorios del confesionario.

—¡Por fin —dijo Canolles—, sois vos, señora! ¡Por último, os habéis compadecido de mí!

—Bien era menester hacerlo, al ver que os encaminabais a vuestra perdición —contestó Clara, turbada de decir en el tribunal de la verdad una

mentira bastante inocente, pero que no dejaba de ser una mentira.

—¡Según eso, señora —repuso el barón—, debo el beneficio de vuestra presencia a un simple sentimiento de conmiseración! ¡Oh! No me negaréis que tengo derecho a esperar de vos algo más que eso.

—Hablemos formalmente, y cual conviene en un lugar santo —dijo Clara, tratando en vano de serenar su voz conmovida—. Repito que os perdíais yendo a casa del señor Lavia, el enemigo jurado de la princesa. Ayer lo supo la señora de Condé, de boca del señor de Larochefoucault, que todo lo sabe, y dijo estas palabras, que me han llenado de pavor:

—«Si tenemos que temer también los complots de nuestros prisioneros, será preciso hacer uso de la severidad, en cambio de la indulgencia que hemos dispensado, en las situaciones precarias son necesarias decisiones vigorosas, y no sólo estamos dispuestos a adoptarlas, sino también a ejecutarlas».

La señora de Cambes pronunció estas palabras con voz más firme pareciéndole que en favor del pretexto excusaría Dios la acción. Ésta era una especie de sordina que ella colocaba en su conciencia.

—Yo no soy caballero de Su Alteza, señora —contestó Canolles—; lo soy vuestro y nada más. A vos me he rendido, sí, a vos sola; y vos sabéis en qué circunstancia y con qué condición.

—No creía —repuso Clara—, que hubiese habido ningunas condiciones.

—Es cierto que no las pronunciaron los labios, pero las acordaba quizás el corazón. ¡Ah! ¡Señora, después de lo que me dijisteis, después de la dicha que me dejasteis entrever, después de las esperanzas que me hicisteis concebir!… ¡Ah! Convenid, señora, en que habéis sido muy cruel.

—Amigo —contestó Clara—, ¿merezco que me reconvengáis por haber pensado en vuestra felicidad a la vez que en la mía? Necesario es que confiese que no me comprendéis, porque si así fuera, lo adivinaríais. ¿No conocéis que he sufrido tanto como vos, más que vos, porque no he tenido fuerzas para soportar este padecimiento?

—Oídme, y que mis palabras, nacidas de lo más profundo de mi corazón, entren en lo más profundo del vuestro.

—Amigo, os lo he dicho, he sufrido más que vos, porque me asediaban un temor, temor que vos no podíais tener, sabiendo muy bien que no amo a ningún otro. ¿Permaneciendo aquí tenéis algún pesar por la que no lo está, y en los sueños de vuestro porvenir tenéis alguna esperanza que no se refiera a mí?

—Señora, reclamáis mi franqueza, y voy a hablaros francamente; si cuando me abandonáis a mis dolorosas reflexiones; cuando me dejáis solo en

presencia de lo pasado; cuando por vuestra ausencia me condenáis a vivir errante entre garitos con esos necios empenachados que cortejan a sus paisanas; cuando vuestra mirada evita encontrarse con la mía, o me vendéis tan cara una palabra o una leve insinuación, de que acaso soy indigno, si me pesa no haber sido muerto combatiendo, me echo en cara el haberme rendido, tengo pesares y remordimientos.

—¿Remordimientos?

—Sí, señora, remordimientos. Porque tan cierto como Dios está en ese santo altar el cual os digo que os amo, hay en este momento una mujer que llora, que gime, que daría por mí su vida; y sin embargo, dice en su interior que soy un cobarde o un traidor.

—¡Oh, caballero!

—Sin duda, señora. ¿No le debo todo lo que soy? ¿No le había jurado de salvarla?

—¿Y qué, no la habéis salvado?

—Sí, de los enemigos que habrían podido atormentar su vida, pero no de la desesperación que estará destrozando su pecho, si sabe que me he rendido a vos.

La vizcondesa bajó la cabeza y suspiró.

—¡Ah! ¡No me amáis! —dijo.

El barón suspiró a su vez.

—No quiero obligaros, caballero —continuó Clara—; no quiero haceros perder una amiga. Pero ya lo sabéis, también os amo yo, y vengo a demandaros vuestro amor espontáneo y exclusivo; vengo a deciros que soy libre y os entrego mi mano. Os la ofrezco porque no encuentro persona que os iguale, porque no conozco a nadie que os aventaje.

—¡Ah! Señora, me transportáis, me hacéis el más feliz de los hombres.

—¡Oh! —dijo ella—. Vos, caballero, no me amáis.

—Yo os amo, os adoro; pero no me es posible explicar cuánto he sufrido por vuestro silencio y vuestra reserva.

—¡Dios mío! ¿Vosotros los hombres no adivináis nada? —contestó Clara alzando al cielo los ojos—. ¿No habéis conocido que no quería que se pudiese creer que la rendición de la isla de San Jorge se debía a un arreglo habido entre nosotros? No, yo quería que, canjeado por la reina o recobrado por mí, me pertenecieseis sin reserva.

—¡Ay! Vos no habéis querido esperar.

—¡Oh! Señora, esperaré. Concededme una hora como ésta, una promesa de vuestra dulce voz me diga que me amáis, y esperaré horas, días, años…

—¿Amáis aún a la señorita de Lartigues? —dijo la vizcondesa de Cambes moviendo la cabeza.

—Señora —contestó Canolles—, si os dijese que no le profeso un reconocimiento de amistad, mentiría, creedme, y aceptadme con ese sentimiento. Os doy todo cuanto puedo daros de amor, y este amor es mucho.

—¡Ay! No sé si de hecho aceptar, porque demostráis tener un corazón muy generoso, pero también muy amante.

—Escuchad —dijo el barón—. Yo moriría por evitaros una lágrima, y hago llorar sin convencerme a la que decís. ¡Pobre mujer! Ella tiene enemigos, y los que no la conocen la maldicen. Vos no tenéis más que amigos; os aman los que os conocen, y os respetan hasta los que no os han visto jamás. Juzgad, pues, acerca de la diferencia de estos dos sentimientos, ordenando el uno por mi conciencia y el otro por mi corazón.

—Gracias, amigo mío. ¿Pero cedéis tal vez a un movimiento de ternura producido por mi presencia, del cual podríais arrepentiros? Meditad mis palabras, os doy de término hasta mañana para responder. Si queréis decir algo a la señorita de Lartigues, si deseáis reuniros con ella, sois libre, Canolles; yo os tomaré de la mano y os conduciré yo misma fuera de las puertas de Burdeos.

—Señora —contestó Canolles—, es inútil esperar a mañana. Os lo digo con un corazón ardiente, sí, pero con la cabeza fría, os amo, no amo a otra, ni amaré jamás a ninguna sino a vos.

—¡Ah! Gracias, gracias, amigo —exclamó Clara, haciendo correr la rejilla y pasando su mano por la abertura—. Vuestra es mi mano, vuestro es mi corazón.

El barón cogió aquella mano y la cubrió de besos.

—Pompeyo me hace señas de que es tiempo de salir —dijo Clara—; sin duda van a cerrar la iglesia. Adiós, amigo mío, hasta más ver. Mañana seréis feliz, porque yo seré dichosa.

Y no pudiendo dominar el sentimiento que hacia el barón la arrastraba, atrajo a su vez su mano hacia ella, besó la extremidad de sus dedos y se alejó rápidamente, dejando a Canolles contento como los ángeles, cuyos celestiales conciertos parecían tener un eco en su corazón.

XXXIII

La fortaleza de Vayres

Entretanto, como había dicho Nanón, el rey, la reina, Mazarino y el señor de La Meilleraye se habían puesto en camino para castigar a la ciudad rebelde que se había atrevido a tomar abiertamente el partido de los príncipes; y aunque caminaban muy despacio, sin embargo se iban ya aproximando.

Al llegar a Liburnio, recibió el rey una diputación de los Burdeleses, encargada de asegurarle su respeto y su lealtad. En el estado en que se hallaban las cosas, esta aserción era extraña.

Así, pues, la reina recibió a los embajadores con toda su altivez austríaca.

—Señores —les dijo—, vamos a seguir nuestro camino para Vayres, y pronto podremos juzgar por nosotros mismos si vuestra lealtad y respeto son tan sinceros como decís.

Al decir Vayres, los diputados, impuestos sin duda en alguna circunstancia ignorada de la reina, se miraron unos a otros con cierta inquietud. Ana de Austria, a quien nada se ocultaba, no dejó de observar aquella mirada.

—¡Vamos a Vayres sobre la marcha! —dijo—. Aquella plaza es buena, según nos ha informado el duque de Epernón, y allí alojaremos al rey.

—¿Quién manda en Vayres? —preguntó.

—Dicen, señora —contestó Guitaut—, que es un gobernador nuevo.

—Hombre seguro, ¿no es cierto? —dijo la reina arrugando el entrecejo.

—Hombre del señor duque de Epernón.

La frente de la reina se despejó.

—Siendo así, marchemos pronto —dijo ella.

—Señora —dijo el duque de La Meilleraye—, Vuestra Alteza hará lo que guste, pero creo que no convendría caminar más deprisa que el ejército. Una entrada marcial en la ciudadela de Vayres sería muy oportuna, pues es bueno que los súbditos del rey conozcan las fuerzas de Su Majestad, esto anima a los leales y desespera a los pérfidos.

—Me parece que el señor de La Meilleraye tiene razón —dijo el cardenal de Mazarino.

—Y yo digo que piensa mal —contestó la reina—. Hasta Burdeos nada tenemos que temer, el rey es fuerte por sí mismo y no por sus tropas.

El señor de La Meilleraye inclinó la cabeza en señal de obediencia.

—Ordene Vuestra Alteza como reina —dijo.

La reina llamó a Guitaut y le mandó reunir a los guardias, los mosqueteros y los caballeros. El rey montó a caballo y se puso a su cabeza. La sobrina de Mazarino y las damas de honor subieron a una carroza.

Acto continuo, se pusieron en marcha para Vayres.

Detrás iba el ejército; y sólo había que hacer diez leguas, debía llegar tres o cuatro horas después que el rey, y acampar sobre la ribera izquierda del Dordoña.

El rey tenía apenas doce años, y sin embargo era ya un lindo caballero; manejaba con gracia su montura, y demostraba en toda su persona el orgullo de nacimiento, que más adelante le hizo el más exigente rey de Europa en materia de etiqueta. Educado bajo la inspección de la reina, pero perseguido por las eternas tacañerías del cardenal, que le privaba de las cosas más necesarias, esperaba con suma impaciencia la hora de su mayoría, que debía realizarse el cinco de septiembre del siguiente año; y por vía de adelanto, a veces en medio de sus caprichos de niño, dejaba escapar arranques reales, que indicaban lo que sería algún día. Esta campaña se le había presentado con aspecto por demás risueño, pues era una especie de emancipación, un aprendizaje, un ensayo de reinado.

Marchaba, pues, con orgullo, ya a la portezuela de la carroza, saludando a la reina y haciendo arrumacos a la señora de Frontenal, de quien se le suponía enamorado, ya a la cabeza de su casa, conversando con el señor de La Meilleraye y con el viejo Guitaut de las campañas del rey Luis XIII y de las proezas del señor cardenal.

Andando y platicando de este modo se adelantaba camino, y ya empezaban a distinguirse las torres y las galerías del fuerte de Vayres. Hacía un tiempo magnífico, el paisaje estaba pintoresco, el sol lanzaba sus rayos oblicuos sobre el río; y era tanta la alegría y el buen humor que manifestaba la reina, que se habría creído que iban de paseo. El rey caminaba entre el señor de La Meilleraye y Guitaut mirando la plaza, en la cual no se percibía el menor movimiento, aunque era más que probable que los centinelas que se descubrían hubiesen por su parte observado y advertido la aproximación de la brillante vanguardia del rey.

La carroza de la reina redobló el paso y vino a ponerse en primera línea.

—Una cosa me admira —dijo Mazarino— señor mariscal.

—¿Cuál?, monseñor.

—Me parece que con anticipación saben los buenos gobernadores lo que pasa en las inmediaciones de sus fortalezas; y que cuando un rey se toma la

pena de marchar hacia dichas fortalezas, le deben sus gobernadores una diputación a lo menos.

—¡Oh! ¡Bah! —dijo la reina soltando una carcajada ruidosa y forzada—, ¡ceremonias! Adelante, a mí me gusta más la fidelidad. El señor de La Meilleraye se cubrió el semblante con su pañuelo para ocultar, si no un viaje, a lo menos el deseo que de hacerle tenía.

—Estoy observando que nadie se mueve —dijo el joven rey bastante disgustado de semejante olvido de las reglas de etiqueta, en que más adelante debía fundar las bases de su grandeza.

—Señor —contestó Ana de Austria—, los señores de La Meilleraye y Guitaut os dirán que el primer deber de un gobernador, sobre todo en país enemigo, es, para evitar una sorpresa, permanecer quieto y a cubierto detrás de sus murallas. Ved cómo flota sobre la ciudadela vuestro estandarte, el estandarte de Enrique IV y de Francisco I.

Y mostraba con orgullo aquel emblema significativo, que probaba cuánta razón tenía en su esperanza.

La comitiva siguió la marcha; y habiéndose aproximado más, descubrió una obra avanzada, que parecía levantada pocos días antes.

—¡Ah, ah! —dijo el mariscal—, parece que el gobernador es efectivamente hombre que lo entiende. Este puesto avanzado está muy bien elegido, y esa trinchera muy bien trazada.

La reina sacó la cabeza por la portezuela, y el rey se alzó sobre los estribos.

Tan sólo un centinela se paseaba sobre la media luna; pero por lo demás la trinchera parecía estar tan desierta como la ciudadela.

—No importa —dijo Mazarino—; aunque no soy soldado y aunque no conozca los deberes militares de un gobernador, encuentro extraño este modo de obrar con respecto a un rey.

—Avancemos más —dijo el mariscal—; ya veremos.

Cuando la escasa tropa estuvo sólo a unos cinco pasos de la trinchera, el centinela, que hasta entonces había paseado a lo largo, se detuvo; y después de un momento de examen, gritó:

—¿Quién vive?

—¡El rey! —respondió el señor de La Meilleraye.

A esta sola palabra esperaba Ana de Austria ver correr los soldados, apresurarse los oficiales, bajarse los puentes, abrirse las puertas y centellar en alto las espadas. Pero nada de esto sucedió.

El centinela llevó la pierna derecha a la inmediación del talón de la izquierda, apuntó el mosquete hacia los que llegaban, y se contentó con decir con voz alta y serena:

—¡Alto ahí!

El rey palideció de cólera; Ana de Austria se mordió los labios hasta brotar sangre; Mazarino murmuró un juramento italiano, que estaba poco admitido en Francia, pero que nunca había podido olvidar; el señor mariscal de La Meilleraye no hizo más que mirar a Sus Majestades, pero de un modo elocuente.

—Me gustan las medidas preventivas en mi servicio —dijo la reina, tratando de engañarse a sí misma—, porque no obstante la aparente serenidad de su semblante, comenzaba a inquietarse en el fondo de su corazón.

—A mí me agrada el respeto a mi persona —murmuró el joven rey fijando su mirada grave sobre el impasible centinela. Entretanto, el grito de: «¡El rey, el rey!». Pronunciado por el centinela, más como aviso que como demostración de respeto, fue reproducido por dos o tres voces, y llegó hasta el cuerpo de la plaza. Entonces apareció un hombre sobre la coronación de los fuertes, y se desplegó en derredor suyo la guarnición.

Este hombre levantó en alto su bastón de mando; enseguida los tambores batieron marcha, los soldados de la fortaleza presentaron las armas, y un cañonazo retumbó grave y solemne.

—¿Veis? —dijo la reina—, ya entran en su deber; más vale tarde que nunca. Pasemos.

—Perdonad, señora —dijo el mariscal de La Meilleraye—, pero no veo absolutamente que nos abran las puertas, y sin este requisito no creo que será fácil poder entrar.

—Lo habrán olvidado en medio de la admiración y entusiasmo que les causa esta augusta visita que no esperaban recibir —se apresuró a decir un cortesano.

—Esas cosas no se olvidan, caballero —contestó el mariscal. Después, volviéndose al rey y a la reina, añadió:

—¿Me permitirán Vuestras Majestades que les dé un consejo?

—Hablad, mariscal.

—Vuestras Majestades deberían retirarse a quinientos pasos de aquí con Guitaut y sus guardias, mientras que con los mosqueteros y ligeros reconozco la plaza.

La reina no respondió más que esto:

—¡Adelante! Veremos si se nos impide el paso.

El joven rey, lleno de entusiasmo, picó su caballo, y se encontró a veinte pasos del fuerte.

El mariscal y Guitaut fueron a reunirse a escape.

—¡No se pasa!… —dijo el centinela—, que no había abandonado su posición hostil.

—¡Es el rey! —dijeron los pajes.

—¡Atrás!… —repuso el centinela con un gesto amenazador.

Al mismo tiempo se vieron asomar detrás del parapeto los sombreros y mosquetes de los soldados que guardaban la primera trinchera.

Un largo murmullo sucedió a estas palabras; y a tal aparición, el señor de La Meilleraye afianzó el bocado del caballo del rey y le hizo volver la brida, mandando alejarse al mismo tiempo al cochero de la reina. Las dos majestades insultadas se retiraron a mil pasos poco más o menos de las primeras fortificaciones, mientras que su séquito se dispersaba como una banda de pájaros al tiro de un cazador.

Entonces el mariscal de La Meilleraye, dueño de la posición, mandó unos cincuenta hombres para escoltar al rey y a la reina, y reuniendo el resto de su tropa, volvió con ella hacia las trincheras.

Cuando estuvo a cien pasos de los fosos, el centinela, que había emprendido nuevamente su paseo tranquilo y mesurado, se volvió a parar.

—Tomad una trompeta, poned vuestro pañuelo en la punta de la espada, Guitaut —dijo el mariscal—, e id a intimar la rendición a ese gobernador impertinente.

Guitaut obedeció. Enarboló la enseña de paz que en todos países del mundo protege a los heraldos, y avanzó hacia la trinchera.

—¿Quién vive? —dijo el centinela.

—Parlamentario —contestó Guitaut agitando su espada y el lienzo que la decoraba.

—Dejadle venir —dijo el mismo hombre que ya se había visto aparecer sobre la muralla de la plaza, y que sin duda se había dirigido a aquel puesto avanzado por un camino cubierto.

Abrióse la puerta y se bajó un puente.

—¿Qué queréis? —preguntó un oficial que le esperaba en la puerta.

—Hablar al gobernador —contestó Guitaut.

—Yo soy —repuso el hombre que había aparecido ya dos veces, una sobre la muralla de la plaza y otra sobre el parapeto de las trincheras.

Guitaut observó que este hombre estaba muy pálido, tranquilo y atento.

—¿Sois el gobernador de Vayres? —dijo Guitaut.

—Sí, señor.

—¿Y rehusáis abrir la puerta de vuestra fortaleza a Su Majestad el rey y a la reina regente?

—Mucho lo siento.

—¿Y qué pretendéis?

—Libertad de los señores príncipes, cuyo cautiverio arruina y desola al reino.

—Su Majestad no parlamenta con sus súbditos.

—¡Ay! Lo sabemos, caballero; por eso estamos dispuestos a morir, porque sabemos que moriremos por el servicio de Su Majestad, aunque en apariencia demos muestra de hacerle la guerra.

—Está bien —contestó Guitaut—; no queremos saber más.

Y después de haber saludado al gobernador, que le contestó muy cortésmente, se retiró.

Ningún movimiento se notó sobre el baluarte.

Guitaut fue a reunirse con el mariscal, a quien dio cuenta de su misión.

—Que partan a galope —dijo el mariscal extendiendo la mano hacia la aldea de Ison—, cincuenta hombres, y que traigan al momento todas las escalas que puedan encontrar.

Cincuenta hombres salieron a escape; y como el pueblecillo no estaba muy distante, llegaron al instante a él.

—Ahora, señores —dijo el mariscal—, echad pie a tierra; la mitad armada de mosquetes protegerá el asalto, y los restantes escalarán la fortaleza.

Aquella orden fue acogida con gritos de alegría. Los guardias, los mosqueteros y los ligeros desmontaron al momento y cargaron las armas.

Durante este tiempo, los cincuenta forrajeros volvieron con unas veinte escalas.

Todo aparecía tranquilo en los baluartes. El centinela se paseaba a lo largo, y seguían viéndose por encima de la galería asomar los mosquetes y las alas de los sombreros.

La tropa real se puso en marcha, mandada por el mariscal en persona. Componíase de cuatrocientos hombres todo lo más, de los cuales la mitad, según había dispuesto el mariscal, se preparaba a subir al asalto, y la otra mitad a sostener la escalada.

El rey, la reina y su corte seguían desde lejos con ansiedad los movimientos de la pequeña tropa. La reina misma parecía haber perdido toda su firmeza; y para ver mejor, había hecho volver su carruaje, presentando uno de sus costados a la fortificación.

Apenas habrían andado veinte pasos los sitiadores, cuando el centinela, acercándose al borde del reducto, gritó con voz estentórea.

—¡Quién vive!

—¡Quién vive! —gritó por segunda vez el centinela preparando su arma.

—¡Quién vive! —repitió por tercera vez apuntando.

—Fuego sobre ese infame —dijo el señor de La Meilleraye.

En el mismo instante una descarga salió de las filas realistas, el centinela herido vaciló, dejó escapar su mosquete, que bajó rodando al foso, y cayó gritando:

—¡A las armas!

Tan sólo un cañonazo contestó al rompimiento de las hostilidades; la bala pasó silbando por encima de la primera fila, penetró en la segunda y tercera, derribó a cuatro soldados y fue botando a destripar un caballo del carruaje de la reina.

Un prolongado grito de terror partió del grupo que guardaba a Sus Majestades, y el rey retrocedió a su pesar. Ana de Austria estuvo próxima a desvanecerse de rabia y Mazarino de miedo. Se cortaron los tiros del caballo muerto y los de los vivos, que encabritándose de terror, estaban próximos a hacer pedazos el carruaje. Ocho o diez guardias se ataron en su lugar y sacaron a la reina fuera del alcance de las balas.

Durante este tiempo, el gobernador había descubierto una batería de seis piezas.

Cuando La Meilleraye vio esta batería, que en pocos momentos hubiera dado al traste con sus tres compañías, conoció que sería inútil llevar más adelante el ataque, y ordenó la retirada.

En el momento en que la tropa dio su primer paso atrás, desaparecieron todas las disposiciones hostiles de la fortaleza. El mariscal fue a reunirse con la reina, y le aconsejó que eligiera un punto cualquiera en las cercanías para establecer su cuartel general. La reina vio a la otra parte del Dordoña una

casita aislada perdida entre los árboles, semejante a un castillejo.

—Mirad —dijo a Guitaut—, aquella casa, ved a quién pertenece y pedid hospitalidad para mí.

Guitaut partió al mismo instante, atravesó el río en la barca del batelero de Ison, y volvió diciendo que la casa estaba inhabitada, a excepción de una especie de mayordomo, el que había contestado que la casa pertenecía al duque de Epernón y estaba a las órdenes de Su Majestad.

—Pues bien, partamos —dijo la reina—; ¿pero dónde está el rey?

Llamaron al joven Luis XIV, que se había separado un poco; se volvió, y aunque hizo lo posible para ocultar sus lágrimas, se vio que había llorado.

—¿Qué tenéis, señor? —preguntó la reina.

—¡Oh! Nada, señora —contestó el niño—, algún día espero que seré rey, y entonces… ¡desgraciados de los que me hayan ofendido!

—¿Cómo se llama el gobernador? —preguntó la reina.

Ninguno le pudo contestar, porque lo ignoraban.

Pero habiéndole preguntado el barquero, dijo que se llamaba Richón.

—Está bien —repuso la reina—; me acordaré de ese nombre.

—Y yo también —dijo el joven rey.

XXXIV

Ataque y defensa

Unos cien hombres de la casa real pasaron el Dordoña con Sus Majestades, y los restantes quedaron con el señor de La Meilleraye, que habiendo determinado poner sitio a Vayres, esperaba al ejército.

Apenas se hubo instalado la reina en la casita, que, merced al fausto de Nanón, encontró mucho más habitable de lo que esperaba, se presentó en su habitación Guitaut, y le dijo que un capitán que pretendía tener que tratar de un negocio importante, le demandaba el honor de una audiencia.

—¿Y qué capitán es ése? —preguntó la reina.

—El capitán Cauviñac, señora.

—¿Es de mi ejército?

—Me parece que no.

—Informaos; y si no es de mi ejército, decidle que no puedo recibirle.

—Vuestra Majestad me perdonará si no soy de la misma opinión en este punto —dijo Mazarino—; pero me parece que si no fuese de nuestro ejército, es cuando precisamente deberíais recibirle.

—¿Y por qué?

—Siendo del ejército de Vuestra Majestad y pidiendo una audiencia a la reina, no puede ser sino un súbdito fiel; cuando, por el contrario, si pertenece al ejército rebelde, puede ser un traidor. Ahora bien, en este momento, señora, los traidores no son despreciables, si se atiende a que pueden ser muy útiles.

—Que entre —dijo la reina—, pues que tal es la opinión del señor cardenal.

Enseguida fue introducido el capitán, que se presentó con una confianza y facilidad, que admiraron a la reina, pues estaba habituada a producir en los que le rodeaban una impresión opuesta.

—¿Quién sois? —dijo la reina.

—El capitán Cauviñac —contestó el recién llegado.

—¿Al servicio de quién estáis?

—Al servicio de Vuestra Majestad, si lo tiene a bien.

—¿Si lo tengo a bien? Sin duda. ¿Además, hay otro servicio en el reino? ¿Somos dos las reinas de Francia?.

—Es verdad que no hay en Francia más que una reina, y ésta es la que tiene la bondad de permitir deponga a sus pies en este instante los sentimientos de mi más humilde respeto; pero hay dos opiniones, a lo menos, según me ha parecido hace un momento.

—¿Qué queréis decir? —dijo arrugando el entrecejo.

—Quiero decir, señora, que estándome paseando por estas cercanías, me hallaba justamente sobre un cerrillo que domina todo el país, contemplando el paisaje, que como Vuestra Majestad habrá podido notar, es delicioso, cuando he creído ver que el señor Richón no la recibía con todo el respeto que le es debido. Esto me ha hecho conocer que es cierto lo que ya sospechaba, y es que había en Francia dos opiniones; la opinión realista y otra, y que el señor Richón pertenece a esta otra opinión.

El semblante de Ana de Austria se oscureció cada vez más.

—¡Ah! ¿Habéis creído ver eso? —dijo.

—Sí, señora —contestó Cauviñac aparentando la mayor candidez. —También he creído ver que un cañonazo con bala disparado por la plaza, había ofendido a la carroza de Vuestra Majestad.

—Basta… ¿No me habéis pedido audiencia más que para participarme vuestras necias observaciones?

—¡Ah! Eres impolítica —dijo para sí Cauviñac—. En ese caso pagarás más caro el negocio.

—No, señora. Os he pedido audiencia para deciros que sois una gran reina y que mi admiración hacia Vuestra Majestad no tiene igual.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo la reina con tono áspero.

—Y en consecuencia de esa grandeza y de esta admiración, he resuelto consagrarme enteramente al servicio de Vuestra Majestad.

—¡Gracias! —dijo la reina con ironía.

Después, volviéndose a su capitán de guardias, añadió:

—¡Hola! Guitaut, que se eche fuera a ese charlatán.

—Perdonad, señora —repuso Cauviñac—. Yo me iré sin necesidad de que se me eche; pero si me voy no tendréis a Vayres.

Y Cauviñac, después de saludar a la reina con una gracia encantadora, hizo una pirueta girando sobre sus talones.

—Señora —dijo Mazarino muy quedo—, me parece que hacéis mal en despedir a ese hombre.

—Venid acá —dijo la reina—, y hablad. Al cabo sois guapo y me parecéis divertido.

—Vuestra Majestad es muy buena —contestó inclinándose Cauviñac.

—¿Qué decíais de entrar en Vayres?

—Decía, señora, que si Vuestra Majestad quiere entrar en Vayres, como he creído ver que deseaba esta mañana, yo me impondré el deber de introducirla.

—¿Y cómo?

—En Vayres tengo ciento cincuenta hombres, que son míos.

—¿Vuestros?

—Sí, míos.

—¿Y bien?

—Yo cedo estos ciento cincuenta hombres a Vuestra Majestad.

—¿Y qué más?

—Me parece que a no intervenir el diablo, bien puede Vuestra Majestad hacerse abrir una puerta con ciento cincuenta porteros. La reina se sonrió.

—El tuno tiene genio —dijo ella para sí.

Cauviñac adivinó sin duda el cumplido, porque se inclinó por segunda vez.

—¿Cuánto hace falta? —dijo la reina.

—¡Oh, Dios mío! Señora, quinientas libras por cada portero; es el salario que yo doy a los míos.

—Las tendréis.

—¿Y para mí?

—¡Ah! ¿Pedís también para vos alguna cosa?

—Me envanecería mucho un empleíto de la magnanimidad de Vuestra Majestad.

—¿Y qué empleo queréis?

—Quisiera ser gobernador de Branne. Siempre he deseado ser gobernador.

—Concedido.

—En ese caso, salvo una pequeña formalidad, está concluido el negocio.

—¿Y qué formalidad es ésa?

—Que tenga Vuestra Majestad la bondad de firmar este papelito, que había preparado anticipadamente, con la esperanza de que mis servicios serían aceptados por mi magnánima soberana.

—¿Y qué papel es ése?

—Leed, señora.

Y arqueando graciosamente el brazo y doblando la rodilla con el aire más respetuoso, Cauviñac presentó un papel a la reina. Ésta leyó:

«El día que entre sin descargar un tiro en Vayres, pagaré al señor capitán Cauviñac la cantidad de setenta y cinco mil libras y le haré gobernador de Branne».

—¿Según esto —dijo la reina conteniendo mal su cólera—, el capitán de Cauviñac no tiene suficiente confianza en nuestra palabra real, y quiere un escrito?

—Un escrito me parece lo mejor que hay, señora, en los negocios de importancia —contestó Cauviñac inclinándose—. Verva volani, dice un antiguo proverbio; las palabras vuelan, y perdóneme Vuestra Majestad, acabo de ser robado.

—¡Insolente! —dijo la reina—. ¡Salid!…

—Saldré —repuso Cauviñac—, pero no tendrá Vuestra Majestad a Vayres.

Y reproduciendo la misma maniobra que ya le había salido bien, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Pero más imitada esta vez que la primera, Ana de Austria no le llamó.

Cauviñac salió.

—Que se asegure a ese hombre —dijo la reina.

Guitaut hizo un movimiento para obedecer.

—Perdonad, señora —dijo Mazarino—, pero creo que Vuestra Majestad haría mal en dejarse llevar de un primer movimiento de cólera.

—¿Y por qué? —preguntó la reina.

—Porque temo que necesitéis a ese hombre más tarde; y si Vuestra Majestad le molesta de cualquier modo, puede entonces pagarlo doble.

—Está bien —repuso la reina—, se le pagará lo que sea necesario; pues hasta entonces que no se le pierda de vista.

—¡Ah! Siendo así ya es otra cosa, y yo soy el primero en aplaudir esa precaución.

—Guitaut, ved lo que es de él —dijo la reina.

Guitaut salió y volvió a entrar al cabo de media hora.

—Y bien —preguntó Ana de Austria—, ¿qué ha sido de él?

—¡Oh! Puede estar Vuestra Majestad completamente tranquila —contestó Guitaut—; nuestro hombre no piensa en escaparse. Me he informado, y tiene su domicilio a trescientos pasos de aquí en casa de un posadero llamado Biscarrós.

—¿Y se ha retirado allí?

—No señora, está en una altura y observa desde allí los preparativos que hace el señor de La Meilleraye para forzar los reductos. Este espectáculo parece interesarle mucho.

—¿Y el resto del ejército?

—Va llegando, señora, y entrando en acción a medida que llega.

—¿Según eso, el mariscal atacará enseguida?

—Yo creo, señora, que valdría más, antes de aventurar un ataque, dar una noche de descanso a la tropa.

—¡Una noche de descanso! —dijo Ana de Austria. —¡Tendrá que detenerse el ejército real un día y una noche delante de tal bicoca! Imposible,

Guitaut, id a decir al mariscal que ataque ahora mismo. El rey quiere dormir en Vayres esta noche.

—Pero, señora —murmuró Mazarino—, me parece que la precaución del mariscal…

—A mí me parece —repuso Ana de Austria—, que cuando ha sido ultrajada la autoridad real, por pronto que se vengue será tarde. Id, Guitaut, y decid al señor de La Meilleraye que la reina le ve.

Y despidiendo a Guitaut con un gesto majestuoso, tomó por la mano a su hijo y salió de la estancia, sin inquietarse por si era o no seguida, y subió la escalera que conducía a la azotea, la cual dominaba todos los alrededores.

La reina tendió una rápida ojeada sobre todo el paisaje.

A doscientos pasos detrás de ella pasaba el camino de Liburnio, sobre el que blanqueaba la casa de nuestro amigo Biscarrós. A sus pies corría el Gironda transparente, rápido y majestuoso; a su derecha se elevaba el fuerte de Vayres, silencioso como una ruina; alrededor del fuerte se extendían los parapetos nuevamente construidos. Algunos centinelas se pasaban sobre la galería; cinco piezas de cañón asomaban por las troneras sus cuellos de bronce y sus bocas profundas; a su izquierda el mariscal tomaba disposiciones para acampar a la tropa. Todo el ejército, como Guitaut dijo a la reina, había llegado y se apiñaba alrededor de él.

Sobre un altillo estaba un hombre, que seguía con la vista todos los movimientos de los sitiadores y sitiados.

Este hombre era Cauviñac.

Guitaut atravesaba el río en el barco del pescador de Ison.

La reina estaba inmóvil en la azotea, con el ceño arrugado, y teniendo de la mano al pequeño Luis XIV, que miraba aquel espectáculo con cierta curiosidad, y que de tiempo en tiempo decía a su madre:

—Señora, permitidme que monte en mi hermoso caballo de combate, y dejadme ir con Meilleraye a castigar a esos rebeldes.

Junto a la reina se encontraba Mazarino, cuyo semblante fino y burlón había adoptado en aquel momento un carácter de gravedad que usaba tan sólo en las ocasiones arduas; y detrás de la reina y el ministro estaban las damas de honor, que imitando el silencio de Ana de Austria, apenas se atrevían a trocar entre sí algunas palabras en voz baja.

Todo aparecía a primera vista que estaba tranquilo; pero se conocía que ésta era la tranquilidad de la mina que está preparada, que una chispa va a trocar en tempestad y destrucción.

Todas las miradas se fijaban especialmente en Guitaut, porque de él iba a emanar la explosión que con tan diversos motivos se aguardaba.

Era tan grande la inquietud de parte del ejército, que apenas hubo trocado el mensajero la ribera izquierda del Dordoña y se le hubo reconocido, cuando las miradas de todos de fijaron en él. El señor de La Meilleraye al verle se separó el grupo de oficiales en cuyo centro se hallaba, y le salió al encuentro.

Guitaut y el mariscal hablaron entre sí algunos instantes. Aunque era grande la distancia que separaba el grupo real de los dos oficiales, por ser el río bastante ancho por aquel punto, no era sin embargo suficiente para impedir que se notase la admiración en el semblante del mariscal. Era evidente que la orden que recibía le parecía intempestiva; así es que dirigió una mirada de duda hacia el grupo en medio del cual estaba la reina.

Pero Ana de Austria, que comprendió el pensamiento del mariscal, hizo a la vez con la cabeza y la mano un movimiento tan imperioso, que el mariscal, que de mucho tiempo conocía a su exigente soberana, bajó la cabeza en muestra, si no de asentimiento, de obediencia al menos.

En aquel momento, a consecuencia de una orden del mariscal, tres o cuatro capitanes que hacían a su lado el servicio que hoy desempeñan los ayudantes de campo, montaron a caballo y partieron a galope en tres o cuatro direcciones diferentes.

Por dondequiera que pasaban, los trabajos del campamento que se acababan de empezar, eran interrumpidos en el mismo instante; y al redoble de los tambores y de las trompetas se veía a los soldados dejar caer, unos la pala, otros el martillo con que clavaban las estacas de las tiendas, y correr a tomar las armas que estaban colocadas en pabellones, los granaderos afianzaban sus fusiles, los simples soldados sus picas y los artilleros sus instrumentos. Se practicó un movimiento extraordinario y confuso, causado por todos aquellos hombres que se cruzaban y corrían en diferentes direcciones; después todas las casillas de aquel inmenso tablero se desocuparon poco a poco, al tumulto sucedió el orden, cada cual se alineó bajo su bandera; los granaderos en el centro, los de la casa real a la derecha y la artillería a la izquierda. Las trompetas y tambores callaron.

Un sólo tambor resonó a la otra parte de las trincheras, que a su vez calló también, y un sepulcral silencio se extendió por la llanura.

En aquel momento se oyó una voz de mando, clara, precisa y firme. La reina no podía entender las palabras desde la distancia a que se encontraba, pero se vio en el mismo instante formarse las tropas en columna. Entonces sacó su pañuelo y le agitó en el aire, mientras que el joven rey gritaba con voz calenturienta y golpeando con el pie:

—¡Adelante, adelante!

El ejército contestó a la vez:

—¡Viva el rey!

Después de lo cual partió a galope la artillería y fue a colocarse sobre una altura; y al sonido de las cajas, que tocaban a la carga, se pusieron en movimiento las columnas.

Éste no era un sitio en regla, sino una simple escalada. Las trincheras, alzadas de pronto por Richón, eran parapetos de tierra, y así no había brecha que abrir, sino dar el asalto. Sin embargo, el hábil comandante de Vayres tenía tomadas todas sus precauciones, pues se veía que había aprovechado con una habilidad poco común todos los recursos del terreno.

Sin duda Richón se habría impuesto la ley de no tirar el primero, pues esta vez aun aguardó la provocación de las tropas reales. Solamente se vio, como en el primer ataque, bajarse aquella terrible fila de mosquetes, cuyo fuego había causado tanto daño en las tropas del rey.

Al mismo tiempo tronaron las seis piezas de la batería, y se vio saltar la tierra de los parapetos y empalizadas en que estaban montadas.

No se hizo esperar la respuesta. La artillería de las trincheras tronó a su vez, abriendo profundos huecos en el ejército real; pero a la voz de los jefes desaparecieron aquellos surcos sangrientos, los labios de la herida abierta un instante se cerraron, y la columna principal conmovida un momento continuó la marcha.

Entonces resonaron las descargas de mosquetes mientras que se cargaban los cañones de nuevo.

Cinco minutos después las dos andanadas opuestas hacían fuego a la vez, semejantes a dos borrascas que luchan juntas, o cual dos truenos que a un mismo tiempo retumban.

Como el tiempo estaba en calma y no se movía un soplo de viento, la humareda se condensaba sobre el campo de batalla, y pronto sitiadores y sitiados desaparecieron bajo una nube que por intervalos desgarraba con una llama rápida el rayo de la artillería.

De tiempo en tiempo se veían salir de entre esta nube, y a la espalda del ejército real, hombres que arrastrándose con trabajo, iban a caer a diferentes distancias, dejando detrás de sí un rastro de sangre.

No tardó en aumentarse el número de los heridos, el estampido del cañón y de las descargas cerradas de la mosquetería continuaban. Sin embargo, la artillería real no tiraba sino al azar y con recelo; porque en medio de aquella

densa humareda no podía distinguir los amigos de los enemigos.

La artillería de la plaza, como no tenía al frente más que enemigos, sus tiros resonaban más terribles y precipitados que nunca.

Por último, la artillería real cesó completamente de hacer fuego, no quedaba duda que se subía al asalto y que se combatía cuerpo a cuerpo.

Hubo de parte de los espectadores un momento de angustia, durante el cual, habiendo cesado el fuego de los cañones y de la mosquetería de alimentar el humo, fue desapareciendo poco a poco. Entonces se vio al ejército real rechazado en desorden, dejando el pie de las murallas lleno de cadáveres. Se había practicado una especie de brecha; algunas empalizadas arrancadas dejaban ver la abertura, pero esta abertura estaba cuajada de hombres, cubiertos de sangre, y sin embargo tranquilo y frío como si asistiese en clase de espectador a la tragedia en que acababa de ejecutar un tan terrible papel, se distinguía Richón, con una hacha en la mano, embotada por los golpes que había descargado.

Parecía que un encanto protegía a aquel hombre continuamente en medio del fuego, siempre en primera línea, de pie y descubierto; ninguna bala le había alcanzado, ninguna pica le había tocado. Era sin duda invulnerable como era impasible.

Tres veces llevó el mariscal de La Meilleraye en persona las tropas al asalto, y tres veces fueron rechazadas a la vista del rey y la reina.

Las lágrimas corrían silenciosas por las pálidas mejillas del joven rey. Ana de Austria se torcía las manos murmurando:

—¡Oh! ¡Ese hombre, ese hombre! Si alguna vez llega a caer en mis manos, he de hacer con él un ejemplar terrible.

Felizmente, la noche fue bajando rápida y sombría, extendiendo una especie de velo sobre la vergüenza real.

El mariscal de La Meilleraye mandó tocar a retirada.

Cauviñac abandonó su puesto, bajó del cerrillo en que estaba subido, y con las manos en los bolsillos de sus calzones se encaminó a través de la pradera hacia la casa de Maese Biscarrós.

—Señora —dijo Mazarino señalando con el dedo a Cauviñac—, ahí tenéis un hombre que por un poco de oro os habría rescatado toda la sangre que acabamos de verter.

—¡Bah! —dijo la reina—. Señor cardenal, ¿es ese un consejo propio de un hombre económico como vos?

—Señora —contestó Mazarino—, es cierto, conozco el precio del oro, pero

también sé lo que vale la sangre; y en este momento es más preciosa la sangre para nosotros que no el oro.

—Tranquilizaos —dijo la reina—, la sangre vertida será vengada. Oíd, Cominges —añadió dirigiéndose al teniente de sus guardias—. Id en busca del señor de La Meilleraye y traédmele.

—Y vos, Bernardino —dijo el cardenal mostrando a su ayuda de cámara a Cauviñac, que se encontraba a pocos pasos de la posada del «Becerro de Oro»—, ¿veis bien aquel hombre?

—Sí, monseñor.

—Pues bien. Id a buscarle de parte mía, e introducidle esta noche secretamente en mi habitación.

XXXV

La audiencia particular

Al día siguiente de la entrevista con su amante en la iglesia del Carmen, la vizcondesa de Cambes se presentó a la princesa con intención de cumplir la promesa que había hecho a Canolles.

Toda la ciudad estaba conmovida, acababan de anunciar la llegada del rey delante de Vayres, y al mismo tiempo que su llegada la heroica defensa de Richón, que con quinientos hombres había rechazado por dos veces al ejército real, compuesto de doce mil. La princesa había salido exclamando y batiendo las palmas:

—¡Oh! ¡Qué no tenga yo cien capitanes como el valiente Richón!

La vizcondesa de Cambes tomó parte en la admiración general, doblemente contenta por poder aplaudir abiertamente la conducta de un hombre que estimaba, y por encontrar de este modo la ocasión oportuna de hacer su demanda, cuyo éxito habría sido dudoso por una noticia desagradable. Mientras que por el contrario, con el buen resultado estaba casi segura de una victoria.

Pero en medio de su contento, la princesa tenía sin embargo muchas y grandes ocupaciones para que la señora de Cambes se atreviese a aventurar su demanda.

Se trataba de mandar a Richón un socorro de hombres, pues se conocía fácilmente que deberían hacerle falta, en vista de la próxima reunión del ejército del señor de Epernón al ejército real. El consejo se ocupaba de

organizar el socorro. Viendo Clara que los negocios políticos se sobreponían en aquellos momentos a los negocios del corazón, tomó el puesto de consejera de Estado, y este día no se trató de Canolles.

Una frase muy concisa, pero muy tierna, advirtió al querido prisionero de este retraso. Esta nueva prórroga le fue menos sensible de lo que pudiera creerse, hay en la espera de un feliz acaecimiento casi tan gratas sensaciones como en el acaecimiento mismo. Eran muchas las delicadezas amorosas del corazón de Canolles, para que él no se complaciese en lo que llamaba la antesala de la dicha. La señora de Cambes le suplicó esperarse con paciencia, y él esperó casi con júbilo.

Al otro día estaba ya organizado el socorro. A las once de la mañana se embarcaba; pero como el viento y la corriente eran contrarios, se calculó que por mucha diligencia que se hiciese, como quiera que no avanzaba sino a fuerza de remos, no podría arribar la expedición tan pronto como se deseaba, pues llevaba además orden de reconocer de paso la ciudadela de Branne, que estaba por la reina, y se sabía que su gobierno se hallaba vacante.

La princesa pasó la mañana en inspeccionar los preparativos y pormenores del embarque. La tarde debía consagrarse a un gran consejo, con el fin de oponerse, si era posible, a la reunión del duque de Epernón con el mariscal de La Meilleraye, o de retardar al menos esta reunión hasta tanto que el socorro enviado a Richón estuviese dentro de la ciudadela.

Le fue forzoso a la señora de Cambes esperar hasta el otro día; pero a cosa de las cuatro tuvo ocasión de hacer una seña a Canolles que pasaba por debajo de sus ventanas, y había tanto pesar y amor en aquella seña, que el barón casi se reputó feliz de haber tenido que esperar.

Sin embargo, a la noche, para estar segura de que el retraso no se prolongaría por más tiempo, y a fin de obligarse a sí misma hacer a la princesa una confidencia que no dejaba de causarle algún embarazo, pidió la señora de Cambes para la mañana siguiente una audiencia particular a la señora de Condé, audiencia que, como puede concebirse, le fue acordada sin réplica.

A la hora prefijada entró la vizcondesa en la habitación de la princesa, que la recibió con más lisonjera sonrisa, hallábase sola, como había solicitado.

—Y bien, chiquita —le dijo la princesa—, ¿qué hay de grave para que me pidas una audiencia particular y secreta, cuando sabes que a todas las horas del día estoy a la disposición de mis amigos?

—Señora —contestó Clara—, no hay más, sino que en medio de la felicidad debida a Vuestra Alteza, vengo a suplicaros pongáis especialmente los ojos en vuestra fiel servidora, que también necesita un poco de felicidad.

—Con mucho gusto, mi amable Clara; jamás igualará la felicidad que Dios te conceda a la que yo te deseo. Habla, ¿qué quieres? Y si la gracia a que aspiras está en mi poder, cuenta desde luego con ella.

—Estoy viuda y libre, pero esta libertad me es más molesta de lo que me sería la esclavitud, y quisiera cambiar mi aislamiento en una posición mejor.

—Eso es decir que quieres casarte, ¿no es así, chiquita? —preguntó riendo la princesa.

—Creo que sí, señora —contestó la señora de Cambes ruborizada.

—Bien sea; eso nos concierne.

Clara hizo un movimiento.

—Tranquilízate, tendremos en consideración tu orgullo; tú necesitas un duque y par, vizcondesa. Yo te lo escogeré entre mis leales.

—Vuestra Alteza se molesta demasiado —dijo la señora de Cambes—, y yo no pensé daros esa molestia.

—Sí, pero yo quiero tomármela, porque debo pagarte en felicidad lo que me has dado en lealtad; sin embargo, esperarás a la conclusión de esta guerra, ¿eh?

—Esperaré todo lo menos posible, señora —contestó Clara sonriendo.

—Me hablas como si ya estuviese hecha tu elección, como si tuvieses en la mano el marido que me pides.

—En efecto, señora, así es.

—¿De veras? ¿Y quién es ese dichoso mortal? Habla, nada temas.

—¡Oh, señora! —dijo la vizcondesa—. Disimulando, pero no sé por qué, estoy temblando.

La princesa se sonrió, tomó la mano de Clara y la atrajo hacia sí.

—¡Pobre niña! —le dijo.

Después, mirándola con una expresión que redobló el embarazo de la vizcondesa, añadió:

—¿Le conozco yo?

—Creo que Vuestra Alteza le ha visto varias veces.

—¿No hay para qué preguntar si es joven?

—Veintiocho años.

—¿Si es noble?

—Es un buen caballero.

—¿Si es valiente?

—Tiene sentada su reputación.

—¿Si es rico?

—Yo lo soy.

—Sí, chiquita, sí, no lo hemos olvidado.

—Eres de los señores más opulentos de nuestros dominios, y con placer recordamos, que en nuestra guerra más de una vez los luises de oro del señor de Cambes y los pesados escudos de tus aldeanos, nos han sacado de apuros.

—Vuestra Alteza me honra recordándome cuán fiel le soy.

—Bien. Le haremos coronel de nuestro ejército, si no es más que capitán, y mariscal de campo si es coronel, ¿porque presumo que será fiel?

—Fue de los Lens, señora —contestó la vizcondesa con toda habilidad que desde algún tiempo había adquirido en los estudios diplomáticos.

—¡Excelente! Ahora sólo queda que saber una cosa —añadió la princesa.

—¿Cuál, señora?

—El nombre del dichoso caballero que posee ya el corazón, y pronto poseerá la persona de la más bella guerrera de nuestro ejército.

La señora de Cambes, estrechada en sus últimas trincheras, reunía todo su valor para pronunciar el nombre del barón de Canolles, cuando de pronto resonó en el patio el galope de un caballo, seguido de los sordos rumores que acompañan a las grandes noticias. La princesa oyó este doble ruido, y acudió a la ventana. El mensajero cubierto de sudor y polvo, echaba pie a tierra; y cercado por cuatro o cinco personas, a quienes atrajo a su alrededor su entrada, parecía dar detalles, que a medida que salían de su boca, consternaban a los que le escuchaban. La princesa no pudo por más tiempo dominar su curiosidad, y abriendo la ventana gritó:

—¡Dejadle subir!

El mensajero alzó la cabeza, reconoció a la princesa y se lanzó a la escalera. Cinco minutos después entraba en su aposento, salpicado de barro, con los cabellos en desorden, y con voz ahogada dijo:

¡Vuestra Alteza me perdonará si me presento en su presencia en este estado! Pero soy portador de una de esas noticias que hacen saltar las puertas sólo con pronunciarlas. ¡Vayres ha capitulado!

La princesa dio un salto hacia atrás; la vizcondesa dejó caer los brazos

anonadada; Lenet, que había entrado detrás del mensajero, palideció.

Otras cinco o seis personas, que olvidando por un instante el respeto debido a la princesa habían invadido la sala, quedaron mudas de estupor.

—Señor de Ravailly —dijo Lenet—, porque el mensajero no era otro que nuestro capitán de Navalles, repetid lo que acabáis de decir, pues aún lo dudo.

—Repito, caballero, que Vayres ha capitulado.

—¡Capitulado! —repitió la princesa—. ¿Y el refuerzo que conducíais?

—¡Llegó tarde, señora! Richón se rendía en el mismo instante de nuestro arribo.

—¡Richón se rendía —exclamó la princesa— el cobarde!

Esta exclamación de la princesa hizo correr el hielo por las venas de todos los presentes. Sin embargo, todos quedaron mudos, menos Lenet.

—Señora —dijo severamente y sin ningún miramiento al orgullo de la princesa—, no olvidéis que el honor de los hombres está en las palabras de los príncipes, como su vida está en manos de Dios. No llaméis cobarde al más bravo de vuestros servidores, si no queréis que mañana los más fieles os abandonen al ver cómo tratáis a sus iguales, y quedaros sola, maldita y perdida.

—¡Caballero!… —dijo la princesa.

—Señora —contestó Lenet—, repito a Vuestra Alteza que Richón no es un cobarde, que respondo de él; y que si efectivamente ha capitulado, no podría hacer otra cosa.

La princesa, pálida de cólera, iba a contestar a Lenet con alguna de sus extravagancias con que creía dar un buen sentido al orgullo; pero en vista de todos aquellos semblantes que se apartaban de ella, de Lenet con la frente levantada, de Ravailly con la cabeza inclinada, conoció que en efecto sería una perdida si continuaba en este sistema fatal. Apeló enseguida a su habitual argumento.

—¡Qué princesa tan desgraciada soy! —dijo—. Todo me abandona, la fortuna y los hombres. ¡Ah, hijo mío, mi pobre hijo!, seréis perdido como vuestro padre.

Este grito de la debilidad de la mujer, el desahogo del dolor maternal, tiene siempre un eco en los corazones.

Esta comedia que ya tantas veces le había salido bien a la princesa, produjo el efecto que esperaba.

Durante este tiempo Lenet se enteraba por Ravailly de todo cuanto había

podido saber acerca de la capitulación de Vayres.

—Que Richón no es un cobarde, señora.

—¡Ah!, bien lo decía yo —exclamó después de un momento.

—¿Y qué decíais? —preguntó la princesa.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Porque se ha sostenido dos días con sus noches; y se habría sepultado bajo las ruinas de su fuerte acribillado de balas, si una compañía de reclutas no se hubiera sublevado, según parece, obligándole a capitular.

—Debía morir, caballero, antes que rendirse —repuso la princesa.

—¡Eh! Señora, ¿se muere siempre que se quiere morir? —dijo Lenet—. Pero al menos —añadió volviéndose hacia Ravailly—, ¿espero que será prisionero con garantía?

—Temo que sin ella —contestó Ravailly—. Se me ha dicho que quien había tratado era un teniente de la guarnición; de suerte que bien pudiera haber alguna traición encubierta, y que hubiese sido entregado Richón, en vez de haber puesto sus condiciones.

—Sí, sí —exclamó Lenet— vendido, entregado, eso es. Conozco bien a Richón, y sé que es incapaz, no diré de una bajeza, pero ni aun de una debilidad. ¡Oh, señora! —continuó Lenet dirigiéndose a la princesa—, vendido, entregado, ¿lo oís? Pronto, pronto, ocupémonos de él. ¿Un tratado hecho por un teniente, decís, Ravailly? Alguna grave desgracia amenaza a la cabeza del pobre Richón.

Escribid pronto, señora, escribid; os lo suplico.

—¡Yo! —dijo ásperamente la princesa—. ¡Yo! ¡Que escriba yo! ¿Para qué?

—Para salvarle, señora.

—¡Bah! —repuso la princesa—. Cuando una fortaleza se rinde, se toman precauciones.

—¿Pero no escucháis, señora, que no le ha rendido? ¿No oís que dice el capitán que ha sido entregado, vendido tal vez, que ha tratado un teniente y no él?

—¿Qué queréis que hagamos a vuestro Richón? —dijo la princesa.

—¿Qué se ha de hacer? ¡Olvidáis, señora, por qué medios se introdujo en Vayres! ¡Que hemos usado para con él de una carta blanca del duque de Epernón!

—¡Que se ha resistido a un ejército mandado por la reina y el rey en persona! ¡Que Richón es el primero que ha alzado el estandarte de la rebelión! ¡Que se va a hacer en él un ejemplar, en fin! ¡Ah, señora! En nombre del cielo, escribid al señor de La Meilleraye; enviad un mensajero, un parlamentario.

—¿Y qué misión daremos a ese mensajero, a ese parlamentario?

—La de impedir a toda costa la muerte de un bravo capitán; porque si no os apresuráis… ¡Oh! ¡Yo conozco a la reina, señora, y tal vez vuestro mensajero llegue demasiado tarde!

—¡Demasiado tarde! —repuso la princesa—. ¡Eh! ¿No tenemos desquites? ¿No tenemos en Chantilly, en Montrón, y aquí mismo, oficiales del rey prisioneros?

La señora de Cambes se levantó asustada.

—¡Ah, señora! —dijo éste—. Haced lo que os dice el señor Lenet; las represalias no darán la libertad a Richón.

—No se trata de la libertad, se trata de la vida —repuso Lenet con su perseverancia sombría.

—Y bien —dijo la princesa—, lo que hagan haremos, la prisión por la prisión, el cadalso, por el cadalso.

La vizcondesa lanzó un grito, y cayó de rodillas.

—¡Ah, señora! —exclamó—. Richón es uno de mis amigos. Yo venía a demandaros una gracia, y vos habíais prometido acordármela; pues bien, os suplico uséis de todo vuestro influjo para salvar a Richón.

Clara estaba de rodillas. La princesa aprovechó esta ocasión para conceder a los ruegos de Clara lo que había rehusado a los consejos algo rudos de Lenet. Se dirigió a una mesa, cogió una pluma y escribió al señor de La Meilleraye proponiéndole el canje de Richón por el oficial que escogiese la reina entre los que tenía prisioneros.

Escrita esta carta, buscó con la vista el mensajero que debía enviar. Entonces, a pesar de los padecimientos de su antigua herida y de su cansancio actual, Ravailly se ofreció con la sola condición de que le diesen un caballo fresco. La princesa le autorizó para tomar en sus caballerizas el que más le acomodase, y el capitán partió al momento, movido por los gritos de la multitud, las exhortaciones de Lenet y las súplicas de la vizcondesa.

Un instante después, se escucharon los rumores del pueblo reunido, a quien Ravailly acababa de explicar su encargo, y que en su alegría gritaba desaforadamente:

—¡La señora princesa! ¡El duque de Enghien!

Cansada la princesa de estas apariciones diarias, que más bien parecían órdenes que ovaciones, quiso en un instante probar a negarse a los deseos del populacho; pero como en tales circunstancias acaece, ella pateó, y pronto los gritos degeneraron en alaridos.

—¡Vamos —dijo la princesa tomando a su hijo de la mano—, vamos! Somos siervos; ¡obedezcamos!

Y aparentando una afable sonrisa, apareció en el balcón y saludó a aquel pueblo del que a la vez era esclava y reina.

XXXVI

El gobernador de Branne

En el momento de aparecer la princesa y su hijo en el balcón, entre las entusiastas aclamaciones de la multitud, se oyó resonar a lo lejos un ruido de pífanos y tambores acompañados de un alegre rumor.

En el mismo instante, la turba que sitiaba la casa del presidente Lalasne para ver a la princesa, volvió la cabeza hacia el lado del ruido que se empezaba a oír, y poco atenta de las leyes de la etiqueta, se fue deslizando en dirección al rumor, que se acercaba más y más. Esto era muy sencillo. Ellos habían ya visto diez veces, veinte, ciento tal vez, a la señora de Condé, mientras que aquel ruido les prometía algo de nuevo.

—A lo menos son francos —murmuró Lenet detrás de la princesa—. Pero, ¿qué significan esa música y esos gritos? Confieso a Vuestra Alteza que estoy casi tan ansioso de saberlo como lo han estado esos malos cortesanos.

—Bien —contestó la princesa—. Dejadme a vuestro turno, y corred por las calles como ellos.

—Desde luego lo haría, señora —repuso Lenet—, si estuviera seguro de traeros una buena noticia.

—¡Oh! —dijo la princesa dirigiendo una mirada irónica al cielo magnifico que resplandecía sobre su cabeza—. No espero ya buenas noticias. Se nos acabó la suerte.

Se fue acercando más el rumor, y apareció al cabo de la calle una multitud presurosa, con los brazos en alto agitando sus pañuelos, que convencieron a la princesa misma de que la noticia era buena. Aplicó el oído con una atención que le hizo olvidar momentáneamente la descripción de su corte, y oyó estas palabras:

—¡Ah, ah! —dijo Lenet—. ¿El gobernador de Branne prisionero? Del mal el menos. Así tendremos rehenes que nos respondan de Richón.

—¿No teníamos ya al gobernador de San Jorge? —dijo la princesa.

—Cuánto me alegro de que el plan que yo propuse para tomar a Branne haya salido tan bien —dijo la de Tourville.

—Señora —contestó Lenet—, no nos jactemos aún de una victoria tan completa, el azar se burla de los planes del hombre, y a veces de los de la mujer.

—Sin embargo, caballero —repuso la señora de Tourville irguiéndose con su acostumbrada acrimonia—, habiendo preso al gobernador, debe haber sido tomada la plaza.

—Lo que decís, señora, no es de una lógica absoluta; pero tranquilizaos, si os debemos ese doble servicio, yo seré, como siempre, el primero en felicitaros.

—Lo que me admira en todo esto —dijo la princesa buscando ya al feliz acaecimiento un lado ofensivo para aquel orgullo aristocrático que formaba el fondo de su carácter—, es que no haya sido avisada la princesa de lo que pasa. Es una falta imperdonable, y el señor duque de Larochefoucault jamás ha faltado a la atención debida.

—¡Eh! Señora —contestó Lenet—, nos faltan soldados para combatir, y no conviene separarles de sus puestos para ocuparles en mensajes. No exijamos demasiado; y cuando nos viene una buena noticia tomémosla tal como Dios nos la envía, sin preguntar cómo nos llega.

Entretanto la turba se iba engrosando, porque todos los grupos particulares iban a reunirse al grupo principal, como los arroyos van a mezclarse con un río. En medio de este grupo principal, que se componía de un millar de individuos, aparecía un pequeño cerco de soldados, unos treinta hombres próximamente, y entre estos treinta hombres un prisionero, a quien los soldados parecían defender contra el furor del pueblo.

—¡Muera, muera! —gritaba el populacho—. ¡Muera el gobernador de Branne!

—¡Ah! —dijo la princesa con una sonrisa de triunfo—. Decididamente parece que tenemos un prisionero; es el gobernador de Branne.

—Sí —contestó Lenet—. Pero ved señora, parece también que ese prisionero corre peligro de muerte. Oíd esas amenazas; ¡veis esos gestos furiosos! ¡Ay! Señora, van a forzar a los soldados a hacerle pedazos. ¡Oh! Los tigres husmean la carne y quieren beber sangre.

—¡Qué la beban! —contestó la princesa con esa ferocidad particular de las mujeres cuando se exaltan sus malas pasiones—. ¡Que la beban! Es la de un enemigo.

—Señora —repuso Lenet— ese enemigo está bajo la salvaguardia del honor de Condé, pensadlo bien; y además, ¿quién os dice que en este momento Richón, nuestro bravo Richón, no corre los mismos peligros que ese desgraciado? ¡Ah! Van a atropellar a los soldados; si le tocan está perdido. ¡A ver! Veinte hombres —gritó Lenet volviéndose—, veinte hombres para ayudar de buen grado a rechazar toda esa canalla. Me respondéis con vuestra cabeza si llegan a tocar un sólo cabello de ese prisionero. Id…

A estas palabras, veinte mosqueteros de la guardia urbana, pertenecientes a las mejores familias de la ciudad, se precipitaron como un torrente por la escalera. Penetraron entre la turba a fuertes culatazos, y fueron a engrosar la escolta, aun llegaron a tiempo, pero no pudieron impedir que algunas garras, más largas y aceradas que las demás, hubiesen arrancado girones de la tela del traje azul del prisionero.

—Gracias, señores —dijo el prisionero—, porque acabáis de impedir que sea devorado por estos caníbales; habéis hecho bien.

—¡Cáspita! Si así se comen los hombres, el día en que el ejército real dé el asalto a nuestra ciudad, le devorarán crudo.

Y se echó a reír encogiéndose de hombros.

—¡Ah! ¡Es un valiente! —gritó la multitud al ver la calma tal vez algo afectada del prisionero, y repitiendo esta broma que lisonjeaba su amor propio —, ¡es un verdadero valiente! No teme. ¡Viva el gobernador de Branne!

—Sí, pardiez —gritó el prisionero—, ¡viva el gobernador de Branne! Mucho me importa que viva.

El furor del pueblo se cambió desde aquel momento en admiración, y esta admiración se mostró enseguida en términos enérgicos. Una verdadera ovación sustituyó al inminente martirio del gobernador de Branne, es decir, de nuestro amigo Cauviñac.

Porque, como ya habrán conocido nuestros lectores, no era otro que Cauviñac el que con el pomposo nombre de gobernador de Branne hacía tan triste entrada en la capital de la Guiena.

Entretanto, protegido así por sus guardias y por su presencia de ánimo además, el prisionero fue introducido en la casa del presidente Lalasne; y mientras que la mitad de su escolta guardaba la entrada, la otra mitad le condujo a la presencia de la princesa.

Cauviñac entró orgulloso y tranquilo en el aposento de la princesa; pero es

necesario decir que, bajo aquella apariencia heroica, el corazón le latía por demás.

Al primer golpe de vista fue reconocido, a pesar del estado en que la agitación de la turba había puesto su lindo traje azul, sus galones de oro y la pluma de su fieltro.

—¡Señor Cauviñac! —dijo Lenet.

—El señor Cauviñac, gobernador de Branne —añadió la princesa—. ¡Ah! Caballero, esto explica la más brava traición.

—¿Qué dice Vuestra Alteza? —preguntó Cauviñac—, conociendo la extrema necesidad de apelar a su sangre fría, y sobre todo a su sagacidad. Creo haberos oído pronunciar la palabra traición.

—Sí, señor, traición. Y si no, ¿bajo qué título os presentáis delante de mí?

—Bajo el título de gobernador de Branne, señora.

—Traición, ya lo veis. ¿Por quién están firmados vuestros despachos?

—Por el señor de Mazarino.

—Traición, doble traición; yo bien decía. Vos sois gobernador de Branne, y vuestra compañía es la que ha vendido a Vayres, luego ese título es la recompensa de la acción.

A estas palabras, la más profunda admiración se notó en el semblante de Cauviñac. Miró a su alrededor como buscando la persona a quién se dirigían estas extrañas palabras, y convencido por la evidencia de que ningún otro sino él mismo era el objeto de esta acusación de la princesa, dejó caer los brazos a lo largo de sus caderas con una actitud llena de abatimiento, y dijo:

—¿Mi compañía ha entregado a Vayres, y Vuestra Alteza es quien me dirige semejante reconvención?

—Sí, señor, yo. Haceos el ignorante, fingid admiración, sí, sois buen cómico, a lo que parece; pero yo no pienso dejarme sorprender, ni por vuestros gestos, ni por vuestras palabras, por muy en armonía que estén las unas con las otras.

—Yo no finjo, señora —contestó Cauviñac—. ¿Cómo quiere Vuestra Alteza que sepa lo que ha pasado en Vayres, no habiendo estado allí jamás?

—Subterfugios, caballero, subterfugios.

—No tengo nada que responder a semejantes palabras, señora sino que Vuestra Alteza parece estar descontenta de mí… Perdone Vuestra Alteza a la franqueza de mi carácter la libertad de mi defensa. Yo, por el contrario, era quien pensaba tener que quejarme de vos.

—¡Quejaros de mí, vos, caballero! —exclamó la princesa admirada de tanta audacia.

—Sin duda, yo, señora —dijo Cauviñac sin desconcertarse.

Yo, bajo vuestra palabra y la del señor Lenet que está presente, he reclutado una compañía de valientes, he contraído con ellos obligaciones tanto más sagradas, cuanto que casi todas ellas estribaban sobre la palabra. Y he aquí que cuando vengo a pedir a Vuestra Alteza la suma prometida… una miseria… treinta o cuarenta mil libras, destinadas, no a mí, cuidado con ello, sino a los nuevos defensores que he creado a mis señores los príncipes, lo rehúsa Vuestra Alteza, ¡sí, lo rehúsa! Yo apelo al señor Lenet.

—Es verdad —contestó Lenet—. Cuando el señor se presentó no teníamos dinero.

—¿Y no podíais esperar algunos días? ¿Vuestra fidelidad y la de vuestra gente era tan perentoria?

—Esperé el tiempo que el señor de Larochefoucault mismo me demandó, señora, es decir, ocho días. Al cabo de estos ocho días me presento de nuevo, y esta vez se me rechazó formalmente. Yo apelo al señor Lenet.

La princesa se volvió hacia el consejero; sus labios estaban oprimidos, sus ojos lanzaban rayos bajo las contraídas pestañas.

—Por desgracia —dijo Lenet—, me veo en la precisión de confesar que lo que dice el señor es la exacta verdad.

Cauviñac se irguió triunfante.

—Y bien, señora —continuó éste—, en tal circunstancia, ¿qué hubiera hecho un intrigante? Un intrigante habría ido a venderse él y su gente a la reina. Yo, que detesto las intrigas, he licenciado mi compañía devolviéndole a cada hombre su palabra; y solo, aislado, en una absoluta neutralidad, he hecho lo que en casos de duda manda hacer el sabio; me he abstenido.

—Pero, ¡y vuestros soldados, caballero, y vuestros soldados! —exclamó furiosa la princesa.

—Señora —contestó Cauviñac—, como no soy ni rey, ni príncipe, sino sólo capitán; como no tengo ni súbditos ni vasallos, no llamo soldados míos más que a los que pago. Ahora bien, como los míos, cual os lo afirma el señor Lenet, no estaban de modo consiguiente, no es mía la responsabilidad si se han vuelto contra su nuevo jefe. ¿Qué les he de hacer? Yo confieso que no sé nada.

—Pero vos, caballero, vos que habéis adoptado el partido del rey, ¿qué tenéis que decir? ¿Qué os era molesta vuestra neutralidad?

—No, señora; pero mi neutralidad, por muy inocente que fuese, ha llegado

a hacerse sospechosa a los partidarios de Su Majestad. Una mañana temprano fui detenido en la posada del «Becerro de Oro», camino de Liburnio, y conducido a la presencia de la reina.

—Y allí, ¿habéis tratado con ella?

—Señora —contestó Cauviñac—, un hombre de corazón tiene mil puntos muy sensibles por donde la delicadeza de un soberano sabe atacarle. Yo tenía el alma ulcerada; se me había rechazado de un partido en el cual me lanzaba con ceguedad, con todo el fuego y la buena fe de la juventud. Yo comparecí ante la reina, entre dos soldados dispuestos a matarme a la menor indicación; sólo esperaba recriminaciones, ultrajes, muerte. Porque al cabo yo había servido, de intención a lo menos, a la causa de los príncipes; pero en vez de lo que esperaba, en lugar de castigarme privándome de la libertad, enviándome a una prisión, o haciéndome subir al cadalso, aquella gran princesa me dijo:

«Valiente caballero extraviado, yo puedo con una palabra hacer caer tu cabeza; pero ya lo ves, allá abajo has sido ingrato, y aquí espero que me serás reconocido.

En nombre de Santa Ana, mi patrona, de aquí adelante te contarás entre los míos. Señores —continuó dirigiéndose a mis guardias—, respetad a ese oficial, porque yo he apreciado ¯ sus méritos y le hago vuestro jefe. —Y volviéndose hacia mí, añadió—: Os hago gobernador de Branne; así es como se venga una reina de Francia».

—¿Qué podía yo contestar? —continuó Cauviñac recobrando su voz y su gesto natural, después de haber imitado de una manera medio cómica, medio sentimental, la voz y el gesto de Ana de Austria—. Nada. Yo estaba herido en mis más caras esperanzas, estaba resentido en la decisión enteramente gratuita que había puesto a los pies de Vuestra Alteza, a quien con júbilo, había tenido el honor de prestar en Chantilly un ligero servicio. He hecho lo mismo que Coriolano, he entrado bajo la tienda de los Volscos.

Este discurso, pronunciado con voz dramática y con una actitud majestuosa, produjo un grande efecto en los circunstantes. Cauviñac se apercibió de su triunfo al ver a la princesa palidecer de furor.

—Pero, en fin, caballero, ¿a quién sois fiel en ese caso? —preguntó la princesa.

—A los que aprecian la delicadeza de mi conducta —contestó Cauviñac.

—Está bien. Sois mi prisionero.

—Lo tengo a mucho honor, señora, y espero que me trataréis como caballero. Soy vuestro prisionero, es cierto, pero sin haber combatido contra Vuestra Alteza. Yo me dirigía a mi gobierno con mis bagajes, cuando caí en

manos de una partida de vuestros soldados, que me arrestó. Ni un sólo instante he vacilado en hacer presente mi rango y mi opinión. Lo repito, pido ser tratado, no sólo como caballero, sino también como oficial superior.

—Lo seréis —contestó la princesa—. Tendréis la ciudad por prisión; sólo que juraréis bajo palabra de honor no tratar de salir de ella.

—Juraré, señora, todo cuanto Vuestra Alteza me exija.

—Bien. Lenet, haced dar al señor la fórmula y vamos a recibir su juramento.

Lenet dictó los términos del juramento que debía prestar el prisionero. Cauviñac alzó la mano y juró solemnemente no salir de la ciudad, a menos que la princesa no le hubiese relevado de su juramento.

—Ahora retiraos —dijo la princesa—; descansamos en vuestra lealtad de caballero y en vuestro honor de soldado.

Cauviñac no esperó a que se lo repitieran, saludó y salió; pero al salir tuvo tiempo de acoger un gesto del consejero, que significaba:

—Señora, tiene razón, hemos hecho mal; esto es lo que tienen las mezquindades en política.

El hecho es que Lenet, apreciador de todos los méritos, había reconocido toda la firmeza del carácter de Cauviñac, no se había dejado engañar por las razones artificiosas que aquél diera, admiraba el modo con que el prisionero se había salvado de una de las más falsas posiciones en que un tránsfuga pudiera encontrarse.

En cuanto a Cauviñac, bajaba la escalera pensativo, con la barba en la mano y diciendo para sí:

—Veamos, ahora convendría tratar de revenderles por unos cien mil francos mis ciento cincuenta hombres, lo que es posible, puesto que el honrado e inteligente Ferguzón ha obtenido entera libertad para él y los suyos.

Ciertamente encontraré ocasión un día u otro. Vamos, vamos, decía, veo que no he hecho aun tan mal negocio como creí desde luego al dejarme coger.

XXXVII

La capitulación de Vayres

Retrocedamos un poco, y llevemos a nuestros lectores a que se enteren de los acontecimientos de Vayres, acontecimientos que no conocen aún sino de

un modo imperfecto.

Después de muchos asaltos, tanto más terribles cuanto que el general de las tropas reales sacrificaba mayor número de hombres a cambio de ganar tiempo, las trincheras habían sido tomadas; pero los bravos defensores de estas trincheras, después de haberse hecho disputar el terreno palmo a palmo, después de haber llenado el campo de cadáveres, se habían retirado a establecerse en Vayres por el camino cubierto. Mas el señor de La Meilleraye no desconocía que habiendo perdido quinientos o seiscientos por una empalizada, tendría que perder seis tantos más para tomar un fuerte rodeado de buenas murallas y defendido por un hombre, cuya ciencia estratégica y valor militar había tenido ocasión de apreciar a su costa.

Se había decidido a disponer una trinchera y establecer un sitio en regla, cuando se vio llegar al ejército del duque de Epernón, que venía a reunirse con el del señor de La Meilleraye, reunión que duplicaba las fuerzas reales. Esto cambiaba enteramente el aspecto de las cosas.

Con veinticuatro mil hombres se emprende lo que no se emprendería con doce mil. Quedó, pues, decidido el asalto para la mañana siguiente.

Por la interrupción de los trabajos del campamento, por las nuevas disposiciones que se tomaban, y sobre todo a vista del nuevo refuerzo, conoció Richón que el intento de los sitiadores era apremiable sin tardanza; y comprendiendo que el asalto se preparaba a la mañana siguiente, reunió sus tropas a fin de juzgar sus disposiciones, de que por otra parte ningún motivo de duda tenía, visto el modo con que le habían secundado en la defensa de los primeros reductos.

Así, pues, fue grande su admiración cuando vio la nueva actitud de la guarnición. Sus hombres tenían una mirada sombría e inquieta sobre el ejército real, y salían de las filas rumores sordos.

Richón no entendía de bromas sobre las armas, y especialmente bromas de este género.

—¡Hola!, ¿quién murmura? —dijo volviéndose hacia el lado en que el ruido de desaprobación había sido más distinto.

—¡Yo! —contestó un soldado—, más atrevido que los demás.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Entonces, ven acá y responde.

El soldado salió de las filas y se aproximó a su jefe.

—¿Qué te falta para que te quejes? —dijo Richón cruzándose de brazos y

mirando fijamente al revoltoso.

—¿Qué me falta?

—Sí, ¿qué te falta? ¿Tienes tu ración de pan?

—Sí, comandante.

—¿Tu ración de vianda?

—Sí, comandante.

—¿Tu ración de vino?

—Sí, comandante.

—¿Estás mal alojado?

—No.

—¿Se te debe algo atrasado?

—No.

—Entonces, habla, di lo que deseas, lo que quieres, lo que significan esos murmullos.

—Significan que nos batimos contra nuestro rey, y que esto es duro a un soldado francés.

—¿Según eso, te pesa no servir a Su Majestad?

—¡Oh! Sí.

—¿Y quieres reunirte con tu rey?

—Sí —contestó el soldado, que engañado por la calma de Richón, creía que la cosa terminaría por excluirle de las filas.

—Está bien —dijo Richón asiendo al hombre por su cintura—; pero como las puertas están cerradas, será preciso que tomes el único camino que te queda.

—¿Cuál? —preguntó el soldado aturdido.

—Éste —contestó Richón levantándole con su brazo de Hércules y lazándole por encima del parapeto.

El soldado dio un grito, y fue a caer al foso, que por su suerte estaba lleno de agua.

Un silencio imponente acogió esta acción de vigor.

Richón creyó haber apaciguado la sedición; y como el jugador que arriesga el todo, se volvió hacia sus tropas.

—Ahora —dijo—, si hay más partidarios del rey aquí, que hablen, y se les hará salir por el camino que ya saben.

Un centenar de hombres exclamaron:

—¡Sí, sí! ¡Nosotros somos partidarios del rey, y queremos salir!…

—¡Ah, ah! —dijo Richón, conociendo que no era una opinión parcial, sino una resolución general la que se efectuaba—. ¡Ah! Esto es otra cosa; yo creí no tener que habérmelas más que con un revoltoso, y veo que me rodean quinientos cobardes.

Richón hacía mal en acusar a la generalidad. Un centenar de hombres habían hablado solamente, los demás guardaban silencio; pero el resto, comprendido en la acusación de cobardía, murmuró a la vez.

—Veamos —dijo Richón—, no hablemos todos a la vez. Que un oficial, si hay alguno que consienta en faltar a su juramento, hable por todos, juro que el que sea, podrá hacerlo impunemente.

Ferguzón dio entonces un paso al frente de las filas, y saludando a su comandante con una política extremada, dijo:

—Comandante, habéis oído el voto de la guarnición. Vos combatís contra Su Majestad nuestro rey, ahora bien, la mayor parte de nosotros no habíamos sido prevenidos de que se nos alistaba para hacer la guerra a semejante enemigo. Uno de los bravos que están presentes, violentando de este modo en sus opiniones, hubiera podido en medio del asalto equivocar la dirección de su mosquete y depositaros una bala en la cabeza; pero somos verdaderos soldados, y no cobardes, como habéis tenido la franqueza de llamarnos. Ésta es la opinión de mis compañeros y la mía, que os exponemos respetuosamente. Entregadnos al rey, o nos pasaremos nosotros mismos.

Este discurso fue recibido con un hurra universal, que probaba que la opinión depuesta por el teniente era, si no la de toda la guarnición, al menos la de la mayoría.

Richón conoció que estaba perdido.

—Yo no puedo defenderme solo —dijo éste—, y no quiero entregarme. Ya que mis soldados me abandonan, que trate cualquiera por ellos, como pueda y como le escuchen; pero ese cualquiera no seré yo. Con tal que salven la vida los pocos bravos que me han permanecido fieles, si son algunos, estoy contento. Veamos, ¿quién será el negociador?

—Yo, mi comandante, dado caso que lo tengáis a bien y que mis compañeros me honren con su confianza.

—¡Sí, sí, el teniente Ferguzón, el teniente Ferguzón! —gritaron quinientas

voces, entre las cuales se distinguían las de Barrabás y Carrotel.

—Seréis vos, caballero —dijo Richón—. Sois libre para entrar y salir de Vayres como os agrade.

—¿Y no tenéis instrucciones particulares que darme, mi comandante? —dijo Ferguzón.

—La libertad para mi gente.

—¿Y para vos?

—Nada.

Semejante abnegación habría atraído a hombres extraviados; pero no sólo estaban extraviados, sino que estaban vestidos.

—¡Sí, sí, la libertad para nosotros! —gritaron.

—Tranquilizaos, comandante, no me olvidaré de vos en la capitulación.

Richón se sonrió tristemente; se encogió de hombros, entró en su habitación y cerró la puerta.

Ferguzón pasó enseguida al campo realista. Sin embargo, el mariscal no quiso hacer nada sin la autorización de la reina; pero ésta había dejado la casita de Nanón, por no presenciar, como ella misma había dicho, la deshonra del ejército, y se había retirado a la casa capitular de Liburnio.

Entregó a Ferguzón a la guardia de dos soldados, montó a caballo y fue a Liburnio. Encontró al señor de Mazarino, a quien creyó anunciar una gran noticia; pero a las primeras palabras del señor de La Meilleraye, el ministro le interrumpió con su habitual sonrisa.

—Sabemos todo eso, señor mariscal —le dijo—. Eso se arregló ayer noche. Tratad con el teniente Ferguzón, pero no os obliguéis sino sobre la palabra con respecto a Richón.

—¿Cómo sobre la palabra? —dijo el mariscal—. Pero una vez dada mi palabra, valdrá tanto como un escrito, me parece. Mazarino se sonrió, diciendo al señor de La Meilleraye que podía volverse al campo.

El mariscal volvió refunfuñando, dio a Ferguzón una salvaguardia escrita para él y su gente, y empeñó su palabra con respecto a Richón.

Ferguzón entró en el fuerte, que abandonó con sus compañeros una hora antes del día, después de haber participado a Richón la promesa verbal del mariscal. Dos horas después, al tiempo que Richón veía desde sus ventanas el refuerzo que le traía Ravailly, entraron en su habitación y le prendieron en nombre de la reina.

En el primer momento una viva satisfacción se dibujó en el rostro del bravo comandante. Estando libre, la princesa podía sospechar de su lealtad; pero siendo prisionero, su cautividad respondía por él.

Con esta esperanza, en vez de salir con los demás había preferido quedarse.

Sin embargo, no se contentaron con recogerle la espada, como desde luego esperaba, sino que apenas estuvo desarmado, cuatro hombres que le aguardaban a la puerta se arrojaron sobre él y le ataron las manos a la espalda.

Richón no opuso a este indigno tratamiento más que la calma y resignación de un mártir. Era aquella una de esas almas fuertemente templadas, abuelas de los héroes populares de los siglos XVIII y XIX.

XXXVIII

El consejo de guerra

Richón fue conducido a Liburnio y presentado ante la reina, que le miró de arriba a abajo con arrogancia, ante el rey, que le quiso anonadar con una mirada feroz, y ante el señor de Mazarino, que le dijo:

—Habéis hecho un lindo juego, señor Richón.

—Y he perdido, ¿no es así, monseñor? Ahora falta saber lo que jugamos.

—Me temo que no hayáis jugado vuestra cabeza —repuso Mazarino.

—Que se avise al señor de Epernón que el rey quiere verle —dijo Ana de Austria—. En cuanto a ese hombre, que espere aquí su juicio.

Y retirándose con un altivo desdén, salió de la sala, dando la mano al rey, seguida de Mazarino y sus cortesanos.

El duque de Epernón había llegado, en efecto, hacía una hora; pero como viejo enamorado, su primera visita había sido para Nanón. En el centro de la Guiena había sabido la heroica defensa que Canolles había hecho en la isla de San Jorge; y como hombre lleno de confianza en su señora, cumplimentaba a Nanón por la conducta de su querido hermano, cuya fisonomía no obstante, resaltaba sencillez, y no anunciaba tanta nobleza ni tanto valor.

Nanón tenía otra cosa que hacer en vez de reírse interiormente de la prolongación del quid pro quo. Tratábase en este momento, no sólo de su propia felicidad, sino también de la libertad de su amante. Nanón amaba tan apasionadamente a Canolles, que no quería creer en la idea de una perfidia de

parte suya, aunque esta idea se hubiese presentado con mucha frecuencia a su imaginación. En el interés que él había puesto para alejarla, no había visto ella más que una tierna solicitud, le creía prisionero por fuerza, le lloraba y aspiraba sólo al momento en que, merced al señor de Epernón, pudiese libertarle.

Así, por medio de diez cartas escritas al querido duque, había apresurado su vuelta con todo su poder.

Por fin había llegado, y Nanón le presentó su súplica con respecto a su pretendido hermano, que deseaba sacar lo más antes posible de manos de sus enemigos, o más bien de las de la vizcondesa de Cambes, porque ella creía que en realidad Canolles no corría otro peligro que el de enamorarse más y más de Clara.

Empero este peligro era para Nanón un peligro capital.

Así es que demandaba con las manos juntas al señor de Epernón la libertad de su hermano.

—Nunca más a tiempo —contestó el duque—. Ahora mismo acabo de saber que el gobernador de Vayres se ha dejado prender; por consiguiente se le canjeará por ese pobre Canolles.

—¡Oh! —exclamó Nanón—. Ved ahí una merced del cielo, querido duque.

—¿Queréis mucho a ese hermano, Nanón?

—¡Oh! Más que a mi vida.

—¡Qué cosa tan extraña! No haberme hablado jamás de él hasta aquel día famoso que tuve la imprudencia de…

—Conque, señor duque… —interrumpió Nanón.

—No hay más, envío el gobernador de Vayres a la princesa y ella nos remite a Canolles; cosa es que todos los días se hace en la guerra, es un canje puro y sencillo.

—Sí. ¿Pero la princesa no estimará en más al señor de Canolles que a un simple oficial?

—Y bien, en ese caso, en lugar de un oficial se le mandan dos o tres, ya se arreglará de modo que quedéis contenta. ¡Entendéis, hermosa mía! Y cuando vuestro bravo comandante de la isla de San Jorge entre en Liburnio, entonces le recibiremos en triunfo.

Nanón estaba muy distante de pensar en regocijos.

Entrar de nuevo en la posesión de Canolles, era el sueño ardiente de todas sus horas. En cuanto a lo que diría el duque de Epernón cuando viese lo que

Canolles era, le inquietaba poco. Una vez puesto en libertad el barón, le diría que era su amante, lo repetiría en alta voz y delante de todo el mundo.

A esta altura estaban las cosas, cuando entró el mensajero de la reina.

—¿Veis? —dijo el duque—. Esto viene muy a tiempo, querida Nanón; voy a casa de Su Majestad y llevaré el cartel de canje.

—¿De suerte que mi hermano estará aquí?

—Tal vez mañana —dijo el duque.

—Id, pues —dijo Nanón—, y no perdáis un instante. ¡Oh! Mañana, mañana —añadió levantando los brazos al cielo con una expresión admirable de súplica—. Mañana, ¡Dios lo quiera!

—¡Oh, qué corazón! —murmuró el duque de Epernón al salir. Cuando el señor de Epernón entró en la sala de la reina, Ana de Austria, inflamada de cólera, se mordía sus gruesos labios, que eran la admiración de la corte, justamente porque eran el punto defectuoso de su semblante.

Así, pues, el duque de Epernón, hombre galante y habituado a la sonrisa de los demás, fue recibido como Burdelés sublevado. El señor de Epernón miró a la reina con admiración, ella no había contestado a su saludo, y con las cejas fruncidas le miraba con toda la altivez de su majestad real.

—¡Ah, ah! ¿Sois vos, señor duque? —le dijo al cabo, después de un momento de silencio—. Venid acá, quiero cumplimentaros por la manera que tenéis de elegir los empleos de vuestro mando.

—¿Qué he hecho, pues, señora? —preguntó el duque sorprendido—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha ocurrido, que habéis nombrado gobernador de Vayres a un hombre que se ha atrevido a disparar el cañón contra el rey. Nada más.

—¡Yo señora! —dijo el duque—. Pero ciertamente, Vuestra Majestad se halla en algún error. Yo no he nombrado al gobernador de Vayres… a lo menos que yo sepa.

El duque se contenía, porque su conciencia le reprochaba de no expedir él solo los nombramientos.

—¡Ah! ¡Eso es nuevo! —contestó la reina—. ¿El señor Richón, no ha sido nombrado por vos, tal vez?

Y marcó estas últimas palabras con una profunda malicia.

El señor de Epernón, conociendo el talento de Nanón para distribuir empleos a los hombres, tardó poco en tranquilizarse.

—No recuerdo haber nombrado a Richón —dijo—; pero si yo le he nombrado, el señor Richón debe ser un buen servidor del rey.

—¡A ver! —dijo la reina—. El señor Richón, según vos, es un buen servidor del rey. ¡Fuego! ¡Qué servidor, que en menos de tres días nos han muerto quinientos hombres!

—Señora —repuso el duque con inquietud—, si es así, debo confesar que he hecho mal. Pero antes de condenarme, permitidme obtener la prueba de que soy yo quien le ha nombrado. Y esa prueba voy a buscarla.

La reina hizo un movimiento para contener al duque, pero se contuvo y le dijo:

—Id. Y cuando me hayáis traído vuestra prueba, os daré yo la mía.

El duque de Epernón salió corriendo y no se detuvo hasta llegar a casa de Nanón.

—Y bien —le dijo ella—, ¿me traéis el cartel de canje, mi querido duque?

—¡Ah! ¡Sí, de eso se trata! —contestó el duque—. La reina está furiosa.

—¿Y de qué procede el furor de Su Majestad?

—De que o vos o yo hemos nombrado a Richón gobernador de Vayres, y de que ese gobernador, que se ha defendido como un león, a lo que parece, acaba de matarnos quinientos hombres.

—¡Richón! —dijo Nanón—. Yo no conozco ese nombre.

—Ni yo tampoco, así me lleve el diablo.

—En ese caso, decid resueltamente a la reina que se equivoca.

—Mirad no seáis vos la equivocada.

—Esperad, no quiero tener qué echarme en cara; voy a decíroslo.

Y Nanón pasó a su despacho, consultó su registro de negocios en la letra R, que estaba virgen de todo nombramiento dado a Richón.

—Podéis volver —dijo saliendo—, y decir resueltamente a la reina que está en un error.

El duque de Epernón se puso en un salto desde la casa de Nanón a la casa capitular.

—Señora —dijo entrando erguido en la habitación de la reina—, soy inocente del crimen que se me imputa. El nombramiento de Richón procede de los ministros de Vuestra Majestad.

—¿Según eso, mis ministros se firman de Epernón? —repuso con actitud

la reina.

—¿Cómo es eso?

—Sin duda, puesto que ésta es la firma que hay al pie del nombramiento de Richón.

—Señora, es imposible —contestó el duque con el tono vacilante del hombre que empieza a dudar de sí mismo.

La reina se encogió de hombros.

—¡Imposible! —dijo—. Pues bien, leed.

Y le presentó un despacho que estaba en la mesa, y sobre el cual tenía puesta la mano.

El duque cogió el despacho, le recorrió con avidez, examinó cada pliegue del papel, cada palabra, cada letra, y quedó consternado. Un recuerdo terrible cruzó por su imaginación.

—¿Puedo ver a ese señor Richón? —preguntó.

—Nada hay más fácil —contestó la reina—. He hecho que esté en la sala inmediata para daros esta satisfacción.

Luego, volviéndose hacia los guardias que esperaban sus órdenes a la puerta, añadió:

—Que traigan a ese miserable.

Los guardias salieron, y un instante después fue conducido Richón con las manos atadas y la cabeza cubierta.

El señor de Epernón se encaminó hacia él, y fijó en el prisionero una mirada, que soportó éste con su dignidad habitual. Como tenía el sombrero puesto, uno de los guardias se lo tiró al suelo de un revés.

Este insulto no provocó el menor movimiento de parte de Richón.

—Ponedle una capa y una careta —dijo el duque—, y traedme una bujía encendida.

Obedecióse desde luego a los dos primeros preceptos.

La reina miraba con asombro estos preparativos singulares. El señor de Epernón daba vueltas en torno de Richón enmascarado, mirándole con la mayor atención y tratando de recorrer todos sus recuerdos con apariencias de duda.

—Traedme la bujía que he pedido —dijo—. Esta prueba fijará todas mis dudas.

Trajeron la bujía. El señor de Epernón acercó el despacho a la luz, y al calor de la llama apareció sobre el papel una cruz doble, trazada encima de la firma con una tinta simpática.

A su vista la frente del duque pareció despejarse, y exclamó:

—Señora, este despacho está firmado por mí, es cierto; pero no ha sido expedido ni para Richón ni para ningún otro. Me fue extraído por ese hombre casi con violencia; pero antes de librar esta carta blanca, había hecho en el papel una especie de contraseña, que Vuestra Majestad puede ver, y que sirve de prueba terminante contra el culpable. Mirad.

La reina cogió ávidamente el papel y miró la contraseña que el duque le indicaba con la punta del dedo.

—No comprendo una sola palabra de la acusación que acabáis de hacer contra mí —dijo sencillamente Richón.

—¡Cómo! —exclamó el duque—. ¿No erais vos el enmascarado a quien yo entregué este papel sobre el Dordoña?

—Jamás he hablado a vuestra señoría hasta hoy. Jamás he estado enmascarado sobre el Dordoña —contestó fríamente Richón.

—Si no sois vos, fue otro hombre enviado en vuestro lugar.

—De nada me serviría ocultar la verdad —repuso Richón, siempre con la misma calma—. Ese despacho, señor duque, lo he recibido por orden de la señora princesa de Condé, de las mismas manos del señor duque de Larochefoucault, le había llenado con mi nombre y apellido el señor Lenet, cuya letra tal vez conozcáis. De qué modo ese despacho cayó en manos de la princesa; cómo el señor de Larochefoucault era poseedor de él, en qué lugar mi nombre y apellido fueron escritos por el señor Lenet en ese papel, son cosas que ignoro absolutamente, cosas que poco importan, y que a mí no me conciernen.

—¡Ah! ¿Lo creéis así? —dijo el señor de Epernón con un tono burlón.

Y aproximándose a la reina, la refirió en voz baja una larga historia, que la reina escuchó con extremada atención. Ésta era la delación de Cauviñac y la aventura del Dordoña; pero como la reina era mujer, comprendió perfectamente el movimiento de celos del duque. Cuando hubo concluido éste, dijo ella:

—Eso es una infamia unida a una alta traición, y nada más. El que no ha vacilado en hacer fuego sobre su rey, bien podía vender el secreto de una mujer.

—¿Qué diablos están ahí diciendo? —murmuró Richón arrugando la

frente; porque sin oír lo bastante para comprender la conversación, oía lo suficiente para adivinar que su honor estaba comprometido. Además, los ojos chispeantes del señor de Epernón y de la reina no le prometían nada bueno; y por muy valiente que fuese el gobernador de Vayres, esta doble amenaza no dejaba de inquietarle, aunque fuese imposible adivinar sobre su semblante, armado de una calma despreciativa, lo que pasaba en su corazón.

—Es necesario que se le juzgue —dijo la reina—. Reunamos un consejo de guerra, vos le presidiréis, señor duque de Epernón. Elegid vuestros asesores y despachemos pronto.

—Señora —dijo Richón—, no hay consejo que reunir ni juicio que formar. Yo soy prisionero bajo la palabra del señor mariscal de La Meilleraye, soy prisionero voluntario, y la prueba es que he podido salir de Vayres con mis soldados; que podía haber huido antes o después de su salida, y no lo he hecho.

—No entiendo nada de negocios —contestó la reina levantándose para pasar a una sala inmediata—. Si tenéis buenas razones, las podéis hacer valer delante de vuestros jueces. ¿No estaréis bien aquí para presidir, señor duque?

—Sí, señora —contestó éste.

Y eligiendo al instante doce oficiales en la antesala, constituyó el tribunal.

Richón empezaba a comprender. Los jueces improvisados tomaron sus asientos; después de lo cual el relator le preguntó su nombre, apellido y calidad.

Richón contestó a estas tres preguntas.

—Se os acusa de alta traición por haber disparado contra las tropas del rey —dijo el relator—. ¿Confesáis haberos rendido culpable de este crimen?

—No debo negar lo que es cierto. Sí, señor, yo he disparado contra las tropas reales.

—¿En virtud de qué derecho?

—En virtud del derecho de la guerra, en virtud del mismo derecho que en igual circunstancia han invocado el señor de Conti, el señor de Beaufort, el señor de Elbeuf y otros muchos.

—Este derecho no existe, caballero, porque ese derecho no es otra cosa que la rebelión.

—Sin embargo, en virtud de ese derecho ha celebrado mi teniente una capitulación, capitulación que invoco.

—¡Capitulación! —exclamó el duque con ironía, porque sospechaba que la

reina estaba escuchando, y su sombra le dictaba como ultrajante esta palabra —. ¡Capitulación! ¡Vos tratar con un mariscal de Francia!

—¿Por qué no —contestó Richón—, puesto que ese mariscal de Francia trataba conmigo?

—Entonces manifestad esa capitulación, y juzgaremos de su valor.

—Es una convención verbal.

—Producid vuestros testigos.

—No tengo más que uno solo.

—¿Cuál?

—El mariscal mismo.

—Que se llame al mariscal —repuso el duque.

—Es inútil —dijo la reina abriendo la puerta, pues estaba escuchando por la cerradura—. Hace dos horas que el mariscal partió; marcha él sobre Burdeos con nuestra vanguardia.

Y volvió a cerrar la puerta.

Esta aparición heló los corazones de todos, porque imponía a los jueces la obligación de condenar a Richón.

El prisionero sonrió amargamente.

—¡Ah! —dijo—. Ése es el honor que el señor de La Meilleraye concede a su palabra. Teníais razón, señor —dijo volviéndose hacia el duque de Epernón —; he hecho muy mal en tratar con un mariscal de Francia.

Desde este momento Richón se encerró en el silencio y el desdén, y a cuantas preguntas hicieron cesó completamente de responder.

Esto simplificaba demasiado el procedimiento; así, pues, el resto de las formalidades duró apenas una hora.

Se escribió poco y se habló menos aún. El relator concluyó con la muerte; y a una seña del duque de Epernón los jueces votaron por unanimidad la muerte.

Richón escuchó esta sentencia como si hubiera sido un simple espectador; y siempre impasible y mudo, fue entregado por la cesión al preboste del ejército.

El señor de Epernón pasó a ver a la reina, a quien encontró de muy buen humor, y por lo tanto le convidó a comer. El duque, que se creía en desgracia, aceptó y pasó a casa de Nanón para participarle la felicidad de permanecer aun

en la buena gracia de su soberana.

La encontró sentada en un sillón, junto a una reja que daba sobre la plaza pública de Liburnio.

—Y bien —le dijo—, ¿habéis descubierto algo?

—Lo he descubierto todo —contestó el duque.

—¡Bah! —repuso Nanón con inquietud.

—¡Ah! ¡Dios mío, sí! ¿Recordáis aquella delación que tuve la necedad de creer, aquella delación sobre vuestros amores con vuestro hermano?

—¿Y bien?

—¿Os acordáis de la carta blanca que se me exigió?

—Sí. ¿Qué más?

—El delator está en nuestro poder, querida, cogido en las líneas de su firma en blanco como un zorro en un lazo.

—¡De veras! —dijo Nanón asustada, porque sabía que este delator era Cauviñac, y aunque no profese a su hermano una verdadera ternura, no habría querido que le ocurriese una desgracia. Además, este hermano podía, para salir de apuros, decir una multitud de cosas que Nanón quería que permaneciesen secretas.

—El mismo, querida —continuó de Epernón—. ¿Qué os parece la aventura? El tunante, por medio de esa carta blanca, se había nombrado, por su autoridad privada, gobernador de Vayres; pero Vayres ha sido tomado y el culpable está entre nuestras manos.

Todos estos pormenores cabrían de tal modo en las industriosas combinaciones de Cauviñac, que Nanón sintió redoblarse su pavor.

—Y ese hombre —dijo con voz turbada—, ese hombre, ¿qué habéis hecho de él?

—¡Ah! Por vida mía —repuso el duque—, vos misma vais a ver lo que hemos hecho, sí, por vida mía —añadió levantándose—, esto se presenta a las mil maravillas. Descorred la cortina, o mejor, abrid la ventana de par en par, ¡voto al Diablo! Es un enemigo del rey y puede vérsele ahorcar.

—¡Ahorcar! —exclamó Nanón—. ¿Qué decís, señor duque? ¡Colgar al hombre de la carta blanca!

—Sí, hermosa mía. ¿No veis allá abajo en el mercado, una cuerda que se balancea atada a aquella viga; no veis la muchedumbre que corre? Mirad, mirad; ¿percibís los fusileros que conducen al hombre allí, abajo, a la

izquierda? ¡Eh! Observad, el rey sale a la ventana.

El corazón de Nanón se dilataba en su pecho, y parecía subírsele hasta la garganta. Sin embargo, a una rápida ojeada había visto que el hombre que conducían no era Cauviñac.

—Vamos, vamos —dijo el duque—, el señor Richón va a ser colgado tan largo como es. Esto le enseñará a calumniar a las mujeres.

—¡Pero —exclamó Nanón agarrando la mano del duque y reuniendo todas sus fuerzas—; pero si no es culpable ese desgraciado, si tal vez valiente, si es un hombre honrado, vais a asesinar a un inocente!

—No, no, os equivocáis grandemente, querida; es falsario y calumniador. Además, aunque no fuese más que gobernador de Vayres, sería reo de alta traición; y me parece que con ser culpable de este crimen ya será bastante.

—¿Pero no tenía la palabra del señor de La Meilleraye?

—Así lo ha dicho, pero yo no lo creo.

—¿Cómo el mariscal no ha ilustrado al tribunal sobre un punto tan importante?

—Había partido hacía dos horas cuando compareció el reo ante sus jueces.

—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! Señor, alguna cosa me dice que ese hombre es inocente —dijo Nanón—, y que su muerte nos traerá desgracias a todos. ¡Ah! ¡Señor, en nombre del cielo, vos que sois poderoso, vos que decís que no sabéis rehusarme nada, concededme el perdón de ese hombre!

—¡Imposible, querida! La reina misma le ha condenado, y donde ella está no tengo yo ningún poder.

Nanón dio un suspiro, semejante a un gemido.

En este momento había llegado Richón bajo la galería del mercado, tranquilo y silencioso como siempre, hasta la viga de que pendía la escala y la cuerda, que se habían colocado de antemano. Richón subió con paso firme aquella escala, dominando su noble cabeza toda aquella multitud, sobre la que extendió su mirada armada de un frío desdén. Entonces el preboste le pasó el lazo por el cuello, y el pregonero dijo en alta voz que el rey hacía justicia en el señor Esteban Richón, falsario, traidor y villano.

—Hemos llegado a un tiempo —dijo Richón—, en que más vale ser villano que mariscal de Francia.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando el escalón faltó bajo sus pies y su cuerpo palpitante se balanceaba pendiente de la viga fatal.

Un movimiento universal de terror dispersó a la multitud sin que se dejase

oír un sólo grito de: «¡Viva el rey!», aunque todos pudieron ver a las dos majestades en su ventana. Nanón se cubrió el rostro con las manos y fue a refugiarse al ángulo más retirado de la sala.

—Y bien —dijo el duque—, penséis lo que queráis, querida Nanón, yo creo que esta ejecución será un buen ejemplo; y cuando sepan en Burdeos que a sus gobernadores se les cuelga, tengo curiosidad de saber lo que harán.

A la idea de lo que podían hacer, Nanón abrió la boca para hablar, pero no pudo más que lanzar un grito terrible, alzando al cielo las manos, como para suplicarle no permitiera que fuese vengada la muerte de Richón. Después, como si todos los resortes de su vida se hubieran roto en ella, cayó desplomada sobre el pavimento.

—¿Pero qué es eso, qué hay? —exclamó el señor de Epernón—. ¿Qué tenéis, Nanón, qué os pasa? ¿Es posible que os pongáis en ese estado por haber visto colgar a un villano? Vamos, querida Nanón, levantaos, volved en vos, Dios me perdone, está desmayada; y esos Ageneses que dicen que es insensible. ¡Hola! ¡Uno! ¡Vinagre! ¡Socorro! ¡Agua fría!

Y viendo el duque que ninguno acudía a sus gritos, salió corriendo para ir a buscar él mismo lo que inútilmente pedía a sus criados, los cuales no podían oírle sin duda, por hallarse aún ocupados en el espectáculo que acababa de regalarles gratis la generosidad real.

XXXIX

El arresto

Mientras se ejecutaba en Liburnio el terrible drama que acabamos de referir, la vizcondesa de Cambes, sentada junto a una mesa de roble de pies torcidos, teniendo delante de sí a Pompeyo, que hacía una especie de inventario de su fortuna, escribía al barón de Canolles la siguiente carta:

«Aún tenemos que esperar, amigo mío. En el momento de ir a pronunciar vuestro nombre a la princesa y a demandarle su complacencia en nuestra unión llegó la noticia de la toma de Vayres, que heló las palabras en mis labios; pero conozco lo que deberéis sufrir, y no tengo fuerzas para soportar a la vez vuestro dolor y el mío. Las prosperidades o los reveses de esta guerra fatal pueden llevarnos muy lejos, si no nos decidimos a sobre pujar las circunstancias… Mañana, amigo mío, mañana a las siete de la noche seré vuestra esposa.

He aquí el plan de conducta que os ruego adoptéis, siendo muy urgente que

os conforméis con él en todo y por todo.

Pasaréis la tarde en casa de la señora de Lalasne, que desde vuestra presentación a ella por mí, os tiene en grande aprecio, como también su hermana. Se jugará.

Jugad como los otros; sin embargo, no os comprometáis a ninguna partida para la hora de cenar. Haced más, llegada la noche, alejad a vuestros amigos, si os acompañan algunos. Entonces, cuando estéis aislado, veréis entrar cierto mensajero, aún no sé quién, el cual os llamará por vuestro nombre, como si se os necesitase para un negocio cualquiera. Sea el que sea, seguidle con toda confianza, porque irá de mi parte, y su misión será la de conduciros a la capilla, donde os esperaré.

Yo quisiera que fuese en la iglesia del Carmen, que tiene para mí tan dulces recuerdos; pero no me atrevo a esperarlo aún. Sin embargo, así será si se consiente en cerrar la iglesia por nosotros.

Mientras llega la hora, haced con mi carta lo que con mi mano hacéis cuando me olvido de retirárosla. Hoy os digo mañana; mañana os diré: ¡para siempre!».

El barón se encontraba en uno de esos ratos de misantropía cuando recibió esta carta. En toda la víspera y la mañana de aquel día no había visto a la vizcondesa de Cambes aunque en este espacio de veinticuatro horas hubiese pasado diez veces por delante de sus ventanas.

Entonces se operaba la reacción habitual en el alma del enamorado joven. Acusaba a la señora de Cambes de coquetería; dudaba de su amor, y a su pesar se entregaba de nuevo a los recuerdos de Nanón, tan buena, tan rendida, tan ardiente; casi se creaba una gloria en este amor, que la vizcondesa le parecía encontrar vergonzoso, y suspiraba su pobre corazón, preso entre un amor satisfecho que no podía extinguirse, y un amor deseoso que no podía satisfacerse. La epístola de la señora de Cambes vino a decirlo todo a su favor.

Canolles leyó y releyó la carta; como la vizcondesa había previsto, la besó veinte veces, cual lo hubiera hecho con su mano. Reflexionando en ello, no podía el barón desconocer que su amor hacia Clara era y había sido el negocio más serio de su vida. Con las demás mujeres, este sentimiento había tomado siempre un carácter distinto, y había tenido sobre todo muy diferente desenlace. Canolles había desempeñado su papel de hombre afortunado, se había conducido como vencedor, reservándose casi el derecho de ser inconstante. Con la vizcondesa de Cambes, por el contrario, él era quien se sentía sometido a un poder superior, contra el cual no trataba de retirarse, porque conocía que esta esclavitud presente le era más grata que su pasado poder. Y en aquellos momentos de desaliento en que concebía dudas sobre la

realidad del cariño de la vizcondesa, en esas horas en que el corazón dolorido se repliega en sí mismo y trueca sus dolores con el pensamiento, se confesaba, sin sonrojarse de esta debilidad, que un año antes habría considerado indigna de un alma grande; pero perder en la situación presente a la vizcondesa de Cambes, sería para él una insoportable calamidad.

Pero amarla, ser amado por ella, poseer su corazón, su alma, su persona, poseerla con toda la independencia de su porvenir, puesto que Clara no exigía de él ni aun el sacrificio de sus opiniones al partido de la princesa, y sólo pedía su amor; llegar a ser el oficial más rico y feliz del ejército real; porque al cabo, ¿por qué olvidar la riqueza? La riqueza nunca estorba. Permanecer al servicio de Su Majestad, si Su Majestad recompensaba dignamente su fidelidad; dejarle, si según la costumbre de los reyes, se le pagaba con ingratitud, ¿no era verdad una dicha mayor, más soberbia, si se puede decirse, que cuanto en sus más dorados sueños hubiese osado anhelar jamás?

Pero, ¿y Nanón?

¡Ah! ¡Nanón, Nanón! Éste era el remordimiento sordo y punzante que existe siempre en el fondo de las almas nobles. Tan sólo en los pechos vulgares no tienen eco los dolores que ellos causan. Nanón, ¡pobre Nanón! ¿Qué haría, qué diría, que iba a ser de ella cuando supiese la terrible noticia de que su amante era esposo de otra?…

¡Ay! Ella no se vengaría, aunque tuviese en su mano todos los medios de vengarse, y éste era el pensamiento que más atormentaba a Canolles. ¡Ah! Si a lo menos Nanón tratase de vengarse, si se vengara de un modo cualquiera, el infiel no vería en ella más que una enemiga y se vería desembarazado a lo menos de sus remordimientos.

Sin embargo, Nanón no le había contestado a la carta en que le decía no le escribiese más. ¿Cómo era que ella hubiese tan escrupulosamente seguido sus instrucciones?

Seguramente, si Nanón hubiese querido, habría encontrado medios de hacerle entregar diez cartas. No había, pues, Nanón tratado de contestarle. ¡Ah! ¡Si no le amara!

Y la frente del barón se oscureció bajo la idea de que era posible que Nanón no le amase ya. Cosa cruel es encontrar el egoísmo del orgullo hasta en el corazón más noble.

Felizmente, Canolles tenía un medio de olvidarlo todo, este medio consistía en leer y releer la carta de la vizcondesa de Cambes. Leyóla muchas veces, y el medio obró sus efectos. Nuestro enamorado consiguió desvanecer de este modo cuanto no era su propia felicidad; y por obedecer con anticipación a su señora de Lalasne, se hermoseó, cosa que no era difícil a su

juventud, a su gracia y a su gusto, y se encaminó a casa de la presidenta en el momento de sonar las dos.

El barón iba tan preocupado por su felicidad, que al pasar por la calle no vio a su amigo Ravailly, que desde un batel que avanzaba a fuerza de remos, le hacía miles de señas. Los enamorados, en sus momentos de felicidad, andan con paso tan ligero, que parecen no tocar la tierra.

Canolles estaba ya muy lejos cuando arribó Ravailly.

Apenas estuvo en tierra este último, dio con voz concisa algunas órdenes a los hombres de la barca, y se lanzó rápidamente hacia el alojamiento de la princesa.

Hallábase a la mesa la princesa cuando sintió cierto rumor en la antesala, preguntó la causa de aquel ruido, y se le contestó que era el barón de Ravailly que enviado cerca del señor de La Meilleraye, acababa de llegar en aquel instante.

—Señora —dijo Lenet—, me parece que convendría que Vuestra Alteza le recibiese sin tardanza. Traiga las noticias que quiera, no pueden menos de ser importantes.

La princesa hizo una seña y Ravailly entró; pero estaba tan pálido y desencajado su semblante, que sólo al verle conoció la señora de Condé que tenía delante de sí un mensajero que traía una mala noticia.

—¿Qué hay, capitán? —preguntó—. ¿Qué ha ocurrido de nuevo?

—Dispensad, señora, que me presente así ante Vuestra Alteza; pero la noticia que traigo me parece que no puede sufrir retraso.

—Hablad. ¿Habéis visto al mariscal?

—El mariscal se ha negado a recibirme, señora.

—¡El mariscal se ha negado a recibir a mi enviado! —exclamó la princesa.

—¡Oh! Señora, no es eso todo.

—¿Qué más hay? ¡Hablad, hablad! Os escucho.

—El pobre Richón…

—Y bien, ya lo sé, está prisionero… puesto que os envié para tratar de su rescate. —A pesar de mi diligencia, señora, he llegado demasiado tarde.

—¡Cómo, demasiado tarde! —dijo Lenet—. ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia? —¡Ha muerto!

—¡Muerto! —repitió la princesa.

—Se le ha formado su proceso como a un traidor, y ha sido condenado y ejecutado.

—¡Condenado, ejecutado! ¡Ah! ¿Lo oís, señora? —dijo Lenet consternado—. ¡Bien os lo decía! —¿Y quién le ha condenado, quién ha tenido esa audacia?

—Un tribunal presidido por el duque de Epernón, o mejor dicho, por la reina misma. Así, pues, no se han contentado con la muerte, se ha querido que su muerte fuese infamante.

—¡Cómo, Richón!

—¡Ahorcado, señora, ahorcado como un miserable, como un ladrón, como un asesino! Yo he visto su cuerpo en la galería del mercado de Liburnio.

La princesa se levantó de su asiento como si la hubiera movido un resorte invisible. Lenet dio un grito de dolor.

La vizcondesa de Cambes, que se había levantado, volvió a caer en su silla llevándose la mano al corazón, como se hace cuando se recibe una profunda herida. Estaba sin sentido.

—Llevaos a la vizcondesa de Cambes —dijo el duque de Larochefoucault—. En este momento no tenemos tiempo para cuidar de los paisanos de las damas.

Dos mujeres se llevaron a la vizcondesa.

—Esto es una violenta declaración de guerra —dijo el duque impasible.

—¡Eso es infame! —repuso la princesa.

—Es feroz —dijo Lenet.

—Es impolítico —profirió el duque.

—¡Oh! ¡Mas espero que nos vengaremos! —exclamó la princesa—. ¡Nos vengaremos cruelmente!

—Yo tengo mi plan —exclamó la señora de Tourville, que aún no había dicho nada—. ¡Represalias, señora, represalias!

—Un momento, señora —dijo Lenet—. ¡Que diablos! ¡A dónde vais a parar! La cosa es por demás grave para que merezca meditarse.

—No, señor, todo lo contrario, enseguida —contestó la de Tourville—. Cuanto más se ha apresurado el rey a herir, tanta mayor prontitud debemos tener nosotros en contestarle, descargando rápidamente el mismo golpe.

—¡Eh, señora! —exclamó Lenet—. Habláis de verter sangre, como si fueseis reina de Francia.

Para dar vuestro parecer, esperad al menos que Su Alteza os lo pida.

—La señora dice bien —dijo el capitán de guardias. Represalias, ésa es la ley de la guerra.

—¡A ver! —dijo el duque de Larochefoucault, siempre impasible y sereno —; no perdamos el tiempo de esta manera. La noticia va a extenderse por la ciudad, y dentro de una hora no seremos dueños, ni de los acontecimientos, ni de las pasiones, ni de los hombres. El primer cuidado de Vuestra Alteza debe ser el de adoptar una actitud bastante firme para que se le juzgue inexorable.

—Y bien —dijo la princesa—, yo os cedo ese cuidado, señor duque, y os remito el interés de vengar mi honor y vuestras afecciones; porque antes de entrar a mi servicio, Richón había estado al vuestro, y le recibí de vos, y me le entregasteis más bien como un amigo que como un criado vuestro.

—Vivid tranquila, señora —contestó el duque haciendo una cortesía—. No olvidaré lo que debo a vos, a mí y a esa pobre víctima.

Luego se acercó al capitán de guardias y le habló largo rato; mientras que la princesa salía acompañada de la de Tourville y seguida de Lenet, que se golpeaba el pecho con muestras de dolor. La señora de Cambes estaba en la puerta. Al recobrar sus sentidos, su primera idea había sido volver al lado de la princesa; encontróla al paso, pero con un semblante tan severo, que no se atrevió a interrogarla personalmente.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué van a hacer? —exclamó tímidamente la señora de Cambes juntando sus manos suplicantes.

—A vengarse —contestó majestuosamente la de Tourville.

—¡Vengarse! ¿Y cómo? —preguntó la vizcondesa.

La señora de Tourville pasó sin dignarse responder, meditaba ya su requisitoria.

—¡Vengarse! —repitió Clara—. ¡Oh! Señor Lenet, ¿qué quieren decir con eso?

—Señora —contestó Lenet—, si tenéis algún imperio sobre la princesa, haced uso de él, para que bajo el nombre de represalias no se cometa algún horrible asesinato.

Y pasó a su vez, dejando espantada a Clara.

En efecto, por una de esas intuiciones singulares que hacen creer en los presentimientos, el recuerdo del barón de Canolles se había presentado súbitamente de un modo doloroso a la imaginación de la joven. Oyendo en su corazón como una voz triste que le hablaba de este amigo ausente; y subiendo a su casa con una precipitación furiosa, empezó a vestirse para ir a la cita,

cuando echó de ver que la cita no debía verificarse hasta dentro de tres o cuatro horas.

Entretanto, el barón se había presentado en casa de la señora de Lalasne, como le había recomendado la señora de Cambes. Éste era el día del cumpleaños del presidente, y se daba una especie de fiesta. Como se estaba en uno de los más hermosos días del año, toda la sociedad se hallaba en el jardín, donde se había instalado un juego de sortija sobre una vasta pradera. Canolles, con su exquisita destreza y perfecta gracia, y merced a su habilidad, fijó constantemente a su lado la victoria.

Las señoras se reían de la poca destreza de los rivales del barón y admiraban la habilidad de éste. A cada nuevo lance que hacía, se reproducían prolongados bravos, los pañuelos flotaban al aire, y no era mucho si los ramilletes no se escapaban de las manos yendo a caer a sus pies.

Este triunfo no era bastante para apartar de su espíritu el gran pensamiento que le preocupaba, pero servía para darle paciencia. Por mucho que se debe llegar al término, se llevan con paciencia los retrasos de la marcha, cuando estos retrasos son otras tantas ovaciones.

Sin embargo, a proporción que se acercaba la hora deseada, los ojos del joven se volvían con más frecuencia hacia la puerta por donde entraban o salían los convidados, y por la que naturalmente debía aparecer el enviado prometido.

Súbitamente, y mientras el barón se felicitaba de no tener que esperar, según toda probabilidad, sino un corto espacio de tiempo, un rumor singular se esparció entre aquella alegre concurrencia. Canolles observó que se formaban grupos acá y allá, que hablaban bajo y le miraban con un extraño interés, que parecía tener algo de doloroso. Al principio atribuyó interés hacia su persona, a su destreza, y se felicitó de este sentimiento, cuya verdadera causa estaba muy distante de sospechar.

Sin embargo, como hemos dicho, empezó a observar que había algo doloroso en aquella atención de que era objeto. Acercóse sonriendo a uno de los grupos; las personas que le componían hicieron por sonreír, pero su continente estaba visiblemente embarazado. Los que no hablaban con el barón se alejaron.

Canolles se volvió, y vio cada cual iba desapareciendo poco a poco. Se habría dicho que una noticia fatal, que helara de terror a todo el mundo, se había difundido súbitamente en la asamblea. Por detrás de él pasaba y volvía a pasar el presidente Lalasne, que con una mano bajo la barba y la otra sobre el pecho, se paseaba con aire lúgubre. La presidenta, con su hermana del brazo, aprovechándose de un momento en que nadie podía verla, dio un paso hacia el

barón, y sin dirigir a nadie la palabra, dijo con un tono que llenó de turbación el alma del joven:

—Si yo tuviera la desgracia de ser prisionero de guerra, aunque fuese bajo palabra, por temor de que no se me cumpliese esta palabra, montaría en un buen caballo, ganaría el río, daría diez luises, veinte, ciento, si fuese necesario, a un batelero, y me escaparía…

Canolles miró a las dos mujeres con admiración, y las dos hicieron a la vez un signo de terror, que le fue posible comprender. Se levantó tratando de saber de las dos mujeres la explicación de las palabras que acababan de pronunciar; pero escaparon como fantasmas, la una poniendo el dedo en los labios para indicarle que callase, y la otra alzando el brazo para hacerle seña de huir.

En este momento, el nombre de Canolles resonó en la cancela. El joven se estremeció de pies a cabeza. Este nombre debía ser pronunciado por el mensajero de la vizcondesa de Cambes. El barón se precipitó hacia la puerta.

—¿Está aquí el señor barón de Canolles? —preguntó una voz fuerte.

—Sí —exclamó el barón, olvidándolo todo para no acordarse más que de la promesa de Clara—. Sí, yo soy.

—¿Sois vos seguramente el señor barón de Canolles? —dijo en aquel momento una especie de sargento pasando el umbral de la cancela, detrás de la cual había estado hasta entonces.

—Sí, señor.

—¿El gobernador de la isla de San Jorge?

—Sí.

—¿El ex capitán del regimiento de Navalles?

—Sí.

El sargento se volvió, hizo una seña, y cuatro soldados que estaban ocultos detrás de una carroza avanzaron enseguida. Aproximaron la carroza hasta el punto de tocar su estribo al umbral de la cancela. El sargento invitó a Canolles a subir. El joven miró a su alrededor, estaba enteramente solo; únicamente vio a lo lejos entre los árboles, semejantes a dos sombras, a la señora de Lalasne y su hermana, que apoyadas la una en la otra, parecían mirarle con compasión.

—¡Pardiez! —decía él para sí, no comprendiendo nada de cuanto pasaba—. La vizcondesa de Cambes ha ido a escoger una escolta singular. Pero —añadió sonriendo a su propio pensamiento—, no seamos delicados en la elección de los medios.

—Os esperamos, comandante —dijo el sargento.

—Perdonad, señores, estoy pronto.

Y subió a la carroza.

El sargento y dos soldados subieron con él, los otros dos se colocaron el uno delante y el otro detrás del coche, y la pesada máquina partió con la prontitud con que podían arrastrarla dos vigorosos caballos.

Todo esto era extraño y empezaba a dar en qué pensar al barón. Así es que volviéndose hacia el sargento, le dijo:

—Ya que estamos solos, ¿podréis decirme amigo a dónde me conducen?

—Por lo pronto, a la prisión, señor comandante —contestó aquél a quien había sido dirigida la pregunta.

—El barón miró a este hombre con estupor.

—¿Cómo, a la prisión? —dijo— ¿no venís de parte de una mujer?

—Sí tal.

—¿Y esta mujer, no es la señora vizcondesa de Cambes?

—No, señor. Esa mujer es la señora princesa de Condé.

—¡La señora princesa de Condé! —exclamó Canolles.

—¡Pobre joven! —murmuró una mujer que pasaba.

Al mismo tiempo hizo la señal de la cruz.

El barón sintió correr por sus venas un frío agudo.

Más allá, un hombre que corría con una pica en la mano, se detuvo al ver la carroza y los soldados. Canolles se inclinó hacia afuera, y sin duda el hombre le conoció, pues le enseñó el puño con un ademán amenazador.

—¡Qué es esto! ¿Se han vuelto locos en vuestra ciudad? —dijo el barón tratando de sonreír aún—. ¿Me he convertido desde hace una hora en un objeto de compasión u odio, para que unos me compadezcan y me amenacen otros?

—¡Eh, señor! —contestó el sargento—, los que os compadecen no hacen mal, y los que os amenazan pueden tener razón.

—En fin, si a lo menos comprendiese algo…— dijo el barón.

—Pronto comprenderéis, caballero —contestó el sargento. Llegaron a la puerta de la prisión, y se le hizo bajar al barón en medio de la turba que empezaba a reunirse.

Solamente que en vez de conducirle a su sala acostumbrada, se le hizo descender a un calabozo lleno de guardias.

—¡Veamos! Es necesario que sepa yo a que atenerme —dijo para sí el barón.

Y sacando de su bolsillo dos luises, se acercó a un soldado y se los puso en la mano.

El soldado vaciló en recibirlos.

—Toma, amigo mío —le dijo Canolles—. La pregunta que voy a hacerte no te compromete en nada.

—Entonces hablad, mi comandante —contestó el soldado metiéndose primeramente los dos luises en el bolsillo.

—Pues bien, quisiera saber la causa de mi repentino arresto.

—Parece —le respondió el soldado— que ignoráis la muerte de ese pobre Richón.

—¡Richón ha muerto! —exclamó Canolles con un grito de profundo dolor —. ¡Le habrán matado, Dios mío!

—No, mi comandante, ha sido ahorcado.

—¡Ahorcado! —repitió Canolles palideciendo y juntando las manos.

Después, viendo el siniestro apartado que le rodeaba y el gesto feroz de sus guardias, añadió:

—¡Pardiez, ahorcado! ¡Esto podrá retardar indefinidamente mi casamiento!

XL

El tribunal

La vizcondesa de Cambes había concluido su sencillo y hechicero tocado, echóse entonces una especie de capa sobre los hombros e indicó a Pompeyo que le precediese.

Era casi de noche; y considerando que sería menos observada a pie que en coche, había dado orden a su cochero de esperarla a la salida de la iglesia del Carmen, cerca de una capilla, en la que había obtenido un permiso para que se le casase. Pompeyo bajó la escalera y la vizcondesa le siguió. Estas funciones de batidor recordaban al veterano la famosa patrulla que hiciera la víspera de la batalla de Corbía.

En lo hondo de la escalera y al cruzar la señora de Cambes a lo largo del

salón, donde se sentía un gran tumulto, se encontró con la señora de Tourville, que iba discutiendo con el duque de Larochefoucault, y que le llevaba con precipitación hacia el gabinete de la princesa.

—¡Oh! ¡Por merced, señora, una palabra! —dijo—. ¿Qué se ha resuelto?

—Mi plan queda adoptado —exclamó triunfante la de Tourville.

—¿Y cuál es vuestro plan, señora? Yo le ignoro.

—Las represalias, querida, las represalias.

—Perdonad, señora, pero tengo la desgracia de no estar tan familiarizada como vos con los términos de guerra. ¿Qué entendéis por la palabra represalias?

—Nada más sencillo, niña mía.

—Pero, en fin, explicaos.

—Ellos han ahorcado un oficial del ejército de los príncipes. ¿No es eso?

—Sí. ¿Y bien?

—¡Y bien! Busquemos en Burdeos un oficial del ejército real y ahorquémosle.

—¡Gran Dios! —exclamó la vizcondesa asustada—. ¿Qué estáis ahí diciendo, señora?

—Señor duque —continuó la viuda, sin parecer notar el terror de la vizcondesa de Cambes—, ¿no han preso ya el gobernador que mandaba en San Jorge?

—Sí, señora —contestó el duque.

—¡El señor de Canolles está preso! —exclamó la vizcondesa.

—Sí, señora —dijo con frialdad el duque—. El señor de Canolles está o va a ser preso, delante de mí se ha dado la orden, y yo he visto partir a los hombres encargados de la ejecución.

—¿Pero se sabía dónde estaba? —preguntó la de Cambes con una última esperanza.

—Estaba en la casita de nuestro patrón el señor de Lalasne, donde según me han dicho, tenía gran suerte en el juego de la sortija.

Clara lanzó un grito, la señora de Tourville se volvió admirada, el duque miró a la joven con una imperceptible sonrisa.

—¡El señor de Canolles preso! —repuso la señora de Cambes—. Pero ¿qué ha hecho, Dios mío?, ¿qué hay de común entre él y el horrible

acontecimiento que nos desola?

—¿Qué hay de común? Todo, querida. ¿No es un gobernador como Richón?

La vizcondesa quiso hablar, pero su corazón se oprimió de tal modo, que la palabra quedó helada en sus labios.

Sin embargo, cogiendo el brazo del duque y mirándole con terror, llegó a murmurar estas palabras:

—¡Oh! Pero eso será una apariencia, ¿no es así, señor duque? Una manifestación, y nada más. Me parece que no puede hacerse nada a un prisionero bajo palabra.

—¡Richón también era prisionero bajo palabra, señora!…

—Señor duque, yo os suplico…

—Dejaos de súplicas, señora; son inútiles. Yo nada puedo hacer en este asunto, el consejo decidirá.

La vizcondesa de Cambes dejó el brazo del señor de Larochefoucault y se fue derecha al gabinete de la princesa. Lenet, pálido y agitado, se paseaba a largos pasos, la princesa platicaba con el duque de Bouillón.

La vizcondesa se deslizó hasta la princesa, ligera y pálida como una sombra.

—¡Oh, señora! —dijo ésta—. ¡En nombre del cielo, os suplico que me oigáis un momento!

—¡Ah, eres tú, chiquita! No tengo lugar en este instante —contestó la princesa—; pero después del consejo soy toda tuya.

—¡Señora, señora! Justamente necesito hablaros antes del consejo.

La princesa iba a ceder, cuando una puerta situada enfrente de ella, y por la que la señora de Cambes había entrado, se abrió, y apareció en ella el duque de Larochefoucault.

—Señora —dijo éste—, el consejo está reunido y espera con impaciencia a Vuestra Alteza.

—Ya ves, chiquita —dijo la princesa—, que me es imposible oírte en este momento; pero ven con nosotros al consejo, y cuando se termine saldremos juntas y hablaremos.

No había medio de insistir. Ofuscada, confundida por la espantosa rapidez con que los hechos se sucedían, la pobre Clara empezaba a sentir un vértigo. Ella interrogaba a todos los ojos, interpretaba todos los gestos, sin ver nada,

sin que su razón le hiciese comprender lo que se trataba, sin que su energía pudiese salvarla de aquel delirio espantoso.

La princesa se dirigió hacia el salón. La vizcondesa la siguió maquinalmente, sin notar que Lenet había cogido entre las suyas su mano helada, que ella le abandonaba como un cadáver.

Entraron en la sala del consejo, eran las ocho de la noche aproximadamente.

Era ésta una extensa habitación sombría por sí misma, y asombraba más aún por vastas tapicerías. Una especie de estrado había sido erigido entre las dos puertas que había enfrente de las dos ventanas, por donde penetraban casi oscurecidos los últimos rayos del día. Sobre este estrado había dispuestos dos sitiales, uno para la princesa, otro para el señor duque de Enghien. De cada lado de estos sitiales partía una línea de taburetes, destinados a las mujeres que formaban el consejo privado de Su Alteza.

Todos los demás jueces debían sentarse sobre bancos dispuestos al efecto. Apoyado al sitial de la princesa estaba el duque de Bouillón y al del pequeño príncipe el duque de Larochefoucault.

Lenet se había colocado enfrente del escribano; junto a él está la vizcondesa de pie, asombrada y temblando.

Se introdujeron seis oficiales del ejército, seis oficiales de la municipalidad y seis jurados de la ciudad.

Todos ocuparon sus puestos en los bancos.

Dos candelabros con tres bujías cada uno iluminaban solamente esta asamblea improvisada. Estos candelabros se hallaban colocados sobre una mesa situada delante de la princesa, bañando de luz el grupo principal, mientras que el resto de los asistentes iba confundiéndose sucesivamente en la sombra, a medida que se alejaba de aquel débil centro de luz.

Guardaban las puertas soldados del ejército de la princesa con alabarda en mano.

Se oía bullir por fuera a la turba. El escribano pasó lista, y cada uno se levantó a su turno y respondió.

Después, el relator expuso el negocio. Refirió la toma de Vayres, la palabra del mariscal de La Meilleraye violada y la muerte infamante de Richón.

En este momento, un oficial apostado de intento, y que de antemano había recibido su consigna, abrió una ventana y se sintió entrar como una bocanada de voces.

Estas voces gritaban: «¡Venganza para el bravo Richón! ¡Muerte a los

mazarinos!».

De este modo se designaban a los realistas.

—Ya oís lo que la gran voz del pueblo pide —dijo el duque de Larochefoucault—. Ahora bien, dentro de dos horas, o el pueblo habrá despreciado nuestro poder y se hará justicia a sí mismo, o las represalias dejarán de ser oportunas. Juguemos, pues, señores, sin más dilación.

La princesa se levantó.

—¿Y para qué juzgar? —dijo—. ¿De qué sirve ese juicio? Acabáis de oír la deliberación, y el pueblo de Burdeos la ha pronunciado.

—En efecto —dijo la señora de Tourville—, nada más sencillo que la situación. Ésta es la pena del talión y no otra. Estas cosas deberían hacerse por inspiración, por decirlo así, y sin más ni más que de preboste a preboste.

Lenet no pudo escuchar por más tiempo, y desde el puesto en que estaba se lanzó en medio del círculo.

—¡Oh, basta! Tened la bondad de no proferir una palabra más, señora —exclamó—, porque semejante dictamen sería muy fatal si prevaleciese. ¿Olvidáis que la misma autoridad real, castigando a su manera, es decir, de un modo infame, ha conservado a lo menos el respeto a las formas jurídicas, y que ha hecho confirmar el castigo, justo o injusto, por una decisión de los jueces? ¿Creéis tener el derecho de hacer lo que no ha osado hacer el rey?

—¡Oh! —dijo la de Tourville—. Basta que yo proponga mi parecer, para que el señor Lenet se oponga. Por desgracia, esta vez mi opinión está acorde con la de Su Alteza.

—Sí, por desgracia —repuso Lenet.

—¡Caballero!… —exclamó la princesa.

—¡Eh!, señora —dijo Lenet—, reservaos las apariencias al menos. ¿No seréis siempre libre para condenar?

—El señor Lenet tiene razón —dijo el duque de Larochefoucault arreglando su compostura—. La muerte de un hombre es cosa demasiado grave, mayormente en semejantes circunstancias, para que dejemos pesar la responsabilidad sobre una sola cabeza, aunque esta cabeza fuese la de un príncipe.

Luego, inclinándose al oído de la princesa, a fin de que sólo el grupo de los adictos pudiese oírle, dijo:

—Señora, oíd el parecer de todos, y no designéis para pronunciar el juicio más que aquellos de quienes estéis segura. De este modo no tendremos que

temer que se nos escape nuestra venganza.

—Un momento —interrumpió el señor de Bouillón—, apoyándose en su bastón y levantando la pierna gotosa.

Habéis hablado de alejar la responsabilidad de la cabeza de la princesa; yo no la recuso, pero quiero que los demás la dividan conmigo. Yo no quiero otra cosa que permanecer rebelde, pero en compañía, con la señora princesa de un lado y el pueblo de otro. ¡Diablos! No quiero que se me aísle. Yo he perdido mi señorío de Sedán por una broma de este género. Entonces tenía una ciudad y una cabeza. El cardenal de Richelieu me quitó la ciudad; en el día no tengo más que una cabeza, y no quiero que el cardenal Mazarino me la quite. Demando, pues, por asesores a los señores diputados de Burdeos.

—¡Tales firmas al lado de las nuestras! —murmuró la princesa—. ¡Vergüenza!

—La cuna sostiene al madero, señora —contestó el duque de Bouillón, a quien la conspiración del cinco de Marzo había hecho prudente para todo el resto de su vida.

—¿Sois de ese parecer, señores?

—Sí —dijo el duque de Larochefoucault.

—¿Y vos, Lenet?

—Señora —contestó Lenet—, afortunadamente no soy ni príncipe, ni duque, ni oficial, ni jurado. Tengo, pues el derecho de abstenerme, y me abstengo.

Entonces la princesa se levantó, invitando a la asamblea que había reunido a responder. Apenas había terminado su discurso, la ventana se abrió de nuevo y se oyeron por segunda vez penetrar en la sala del tribunal las mil voces del pueblo, que prorrumpía a un sólo grito:

—¡Viva la princesa! ¡Venganza a Richón! ¡Muerte a los epernonistas y a los mazarinos!

La vizcondesa de Cambes se asió al brazo de Lenet.

—La señora vizcondesa de Cambes —dijo éste—, pide a Vuestra Alteza el permiso de retirarse.

—No, no —dijo Clara—; yo quiero…

—Vuestro puesto no es éste, señora —le dijo Lenet—. Vos no podéis hacer nada por él; yo os instruiré de todo y veremos el medio de salvarle.

—La vizcondesa puede retirarse —dijo la princesa—. Las damas que no quieran asistir a esta sesión, quedan en libertad de seguirla. Aquí no queremos

más que hombres.

Ninguna de las señoras se movió. Uno de los anhelos constantes de la mitad del género humano destinada a seducir, es el de ambicionar el ejercicio de los derechos de la parte destinada a mandar. Estas damas, como la princesa había dicho, encontraban una ocasión de hacerse hombres por un momento, y era esta una circunstancia muy feliz para que no la aprovechasen.

La vizcondesa de Cambes salió sostenida por Lenet. En la escalera encontró a Pompeyo, a quien había enviado a informarse.

—¿Y bien? —le preguntó.

—¡Y bien! —contestó él—, está preso.

—Señor Lenet —dijo la vizcondesa—, ¡yo no tengo confianza más que en vos, ni esperanza más que en Dios!

Y entró enteramente trastornada en su cámara.

—¿Qué preguntas haré al que va a comparecer? —preguntaba la princesa en el momento en que Lenet recobraba su puesto cerca del escribano—. ¿Y sobre quién recaerá la suerte?

—Nada más sencillo, señora —contestó el duque—. Tenemos, tal vez, trescientos prisioneros, entre los cuales hay diez o doce oficiales; interroguémosles solamente acerca de sus nombres y sus empleos en el ejército real, el primero que sea reconocido por gobernador de plaza, como era el pobre Richón, ¡claro es! Éste será el designado por la suerte.

—Es inútil perder el tiempo en interrogar a diez o doce oficiales diferentes, señores —dijo la princesa—. Vos, señor escribano, tenéis el registro, buscad y nombrad a los prisioneros de una graduación igual a la que gozaba el señor Richón.

—No hay más que dos, señora —contestó el escribano.

El gobernador de la isla de San Jorge y el gobernador de Branne.

—Tenemos dos, es verdad —exclamó la princesa—, ya veis que la suerte nos protege. ¿Están presos, Labussiere?

—Ciertamente, señora —contestó el capitán de guardias—, los dos esperan en la fortaleza la orden de comparecer.

—Que comparezcan —dijo la princesa.

—¿Cuál se ha de traer? —preguntó Labussiere.

—Traed a los dos —dijo la princesa—, aunque empezaremos por el primero en fecha; por el señor gobernador de San Jorge.

XLI

La sentencia

Un silencio aterrador siguió a esta orden, que iba a lanzar a los príncipes en una vía más terrible y dañina que la que habían seguido hasta entonces, y que sólo fue turbado por el ruido de los pasos del capitán de guardias, que se alejaba, y por el murmullo que sin cesar reproducía la multitud. Esto era con un sólo acto, poner a la princesa y sus consejeros, el ejército y la ciudad, en cierto modo fuera de la ley, era hacer a toda una población responsable de los intereses, y aun más, de las pasiones de algunos pocos.

Nadie alentaba en la sala, todas las miradas estaban fijas en la puerta por donde debía entrar el prisionero.

La princesa, para hacer más a lo vivo su papel de presidente, hojeaba los registros, el señor de Larochefoucault había tomado una actitud pensativa, el de Bouillón hablaba con la de Tourville de su gota, que le hacía sufrir mucho.

Lenet se aproximó a la princesa para tentar un último esfuerzo, no porque esperase nada, sino porque era uno de esos hombres austeros que cumplen un deber, por ser para ellos una obligación el cumplirle.

—Pensadlo bien, señora —le dijo—. Exponéis a un tiro de dados el porvenir de vuestra casa.

—Eso carece de valor —contestó secamente la princesa—. Estoy segura de ganar.

—Señor duque —dijo Lenet volviéndose hacia Larochefoucault—, vos que sois tan superior a las inteligencias vulgares y a las pasiones humanas, aconsejaréis la tolerancia, ¿no es cierto?

—Caballero —contestó con hipocresía el duque—, en este momento discuto el asunto con mi razón.

—Discutidle con vuestra conciencia, señor duque —repuso Lenet—, y será mejor.

En este momento se dejó oír un ruido sordo. Era la cancela que se cerraba. Este ruido resonó en todos los corazones, porque anunciaba la llegada de uno de los prisioneros. No tardaron en oírse pasos en la escalera, las alabardas sonaron en las baldosas, la puerta se abrió de nuevo, y el barón de Canolles apareció.

Jamás había parecido tan elegante; jamás había estado tan hermoso. Su

semblante, lleno de serenidad, había conservado la flor encarnada de la alegría y de la ignorancia. Adelantóse con paso desembarazado y sin afectación, como lo hiciera en casa del asesor Lavia o en casa del presidente Lalasne, y saludó respetuosamente a la princesa y a los duques.

La princesa misma se admiró a vista de esta completa serenidad, y quedó contemplando un momento al joven.

Por último, interrumpiendo el silencio, dijo la princesa:

—Acercaos, caballero.

El barón obedeció y saludó por segunda vez.

—¿Quién sois?

—Soy el barón Luis de Canolles, señora.

—¿Qué graduación teníais en el ejército real?

—Era teniente coronel.

—¿No erais gobernador de la isla de San Jorge?

—Tenía ese honor.

—¿Habéis dicho la verdad?

—En todo, señora.

—¿Habéis escrito las preguntas y las respuestas, escribano?

El escribano hizo, inclinándose, una señal afirmativa.

—Entonces firmad, caballero —dijo la princesa.

El barón tomó la pluma, como el hombre que no comprende con qué fin se le dirige un mandato, pero que obedece por deferencia al rango de la persona que le manda, y firmó sonriendo.

—Está bien, caballero —dijo la princesa—. Ahora podéis retiraros.

El barón saludó de nuevo a sus nobles jueces, y se retiró con el mismo desembarazo y la misma gracia, sin manifestar ni curiosidad ni admiración.

Apenas había pasado de la puerta, y esta puerta se hubo cerrado tras él, se levantó la princesa.

—¿Y bien, señores? —dijo.

—¡Y bien, señora, votemos! —dijo el duque de Larochefoucault.

—¡Votemos! —repitió el duque de Bouillón.

Después, volviéndose hacia los jurados, añadió:

—Esos señores, ¿tendrán a bien emitir su parecer?

—Después de vos, monseñor —contestó uno de los ciudadanos.

—¡No, antes que vos! —exclamó una voz retumbante. Esta voz tenía tal acento de energía, que admiró a todo el concurso.

—¿Qué significa eso? —dijo la princesa, tratando de reconocer el rostro del que acababa de hablar.

— Esto quiere decir —exclamó un hombre levantándose, para que no se pudiese dudar acerca de quién había hablado—, que yo, Andrés Lavia, asesor del rey, consejero cerca del parlamento, reclamo en nombre del rey, sobre todo en nombre de la humanidad, privilegio y seguridad para los prisioneros retenidos en Burdeos bajo palabra. En consecuencia, protesto…

—¡Oh, oh, señor asesor! —contestó la princesa arrugando el ceño—. Nada de estilo de proceder delante de mí, os lo ruego, porque no lo comprendo. Éste que seguimos es un negocio de sentimientos, y no un proceso mezquino y caviloso. Yo creo que cada cual de los miembros que componen el tribunal conocerá la conveniencia de esto.

—¡Sí, sí! —repitieron en coro los jurados y los oficiales—. ¡Votemos, señores, votemos!

—Lo he dicho y lo repito —repuso Lavia sin desconcertarse por el apostrofe de la princesa—, pido privilegio y seguridad para los prisioneros retenidos bajo palabra.

—Éste no es estilo de proceder, es estilo del derecho de gentes.

—Y yo añado —dijo Lenet—, que antes de herir tan cruelmente a Richón, se le ha oído, y que es muy justo oigamos también nosotros a los acusados.

—Y yo —dijo Españet—, que era el jefe de los paisanos que habían atacado a la isla de San Jorge con Larochefoucault, yo declaro que si se usa la clemencia, se levantará la ciudad.

Un murmullo exterior pareció responder a esta aserción y confirmarla.

—Despachemos —dijo la princesa—. ¿A qué condenamos al acusado?

—A los acusados, señora, porque hay dos —dijeron algunas voces.

—¿No os basta uno? —dijo Lenet sonriendo con desprecio a este sangriento servilismo.

—¿Y cuál ha de ser? —preguntaron las mismas voces.

—¡El más gordo, lobos! —exclamó Lavia—. ¡Ah! ¡Os quejáis de una injusticia, gritáis sacrilegio, y queréis corresponder a un asesinato con dos

alevosías! Bella reunión de filósofos y de soldados, que se convierten en carniceros.

Los ojos centellantes de la mayoría de los jueces, parecían prontos a pulverizar al animoso asesor del rey. La princesa se había levantado, y apoyada sobre los dos puños, parecía interrogar con la vista a los asistentes para asegurarse de si habían sido efectivamente pronunciadas las palabras que acababa de oír, y de si existía en el mundo un hombre bastante audaz para decir semejantes cosas en su presencia.

Lavia, comprendiendo que su asistencia lo emponzoñaría todo, y que su manera de defender a los acusados, en vez de salvarles los perdería, determinó, pues, retirarse, pero retirarse como juez que protesta, y no como soldado que huye.

—En nombre de Dios —dijo—, protesto contra lo que queráis hacer; en nombre del rey, os lo prohíbo.

Y echando a rodar la silla con un gesto de cólera majestuosa, salió de la sala con la frente erguida y el paso firme, como un hombre fuerte en el cumplimiento de su deber y poco cuidadoso de las desgracias que podía acarrearle un deber satisfecho.

—¡Insolente! —dijo la princesa.

—¡Bueno, bueno, dejadle hacer! —dijeron algunas voces—. Ya le llegará su turno.

—¡Votemos! —contestó la casi totalidad de los jueces.

—Pero, ¿a qué votar sin haber oído a los dos acusados? —dijo Lenet—. Tal vez el uno os parecerá más culpable que el otro. Acaso resumáis sobre una sola cabeza la venganza que queréis hacer sobre los dos.

En este momento se oyó sonar por segunda vez la cancela.

—¡Y bien, sea! —contestó la princesa—. Votaremos a la vez sobre los dos.

El tribunal, que se había ya levantado tumultuosamente, volvió a sentarse. Oyóse de nuevo el ruido de los pasos, el resonar de las alabardas, y se abrió la puerta, apareciendo a su vez Cauviñac.

El recién llegado formaba un chocante contraste con Canolles. Sus vestidos, mal reparados aun de los ultrajes del populacho, habían conservado las huellas del desorden, a pesar del mucho cuidado que había puesto en borrarlas. Sus ojos se fijaron vivamente sobre los jurados, los oficiales, los duques y la princesa, abrazando todo el tribunal con una circular mirada. Luego, con el aire de un zorro astuto, se adelantó, estaba pálido y visiblemente alterado, pero con el oído atento y sondeando, por decirlo así, el terreno a cada

paso que daba.

—¿Vuestra Alteza me dispensa el honor de llamarme a su presencia? —dijo sin esperar a que se le preguntase.

—Sí, señor —contestó la princesa—. He querido que vos mismo fijaseis algunos puntos que os son relativos y que nos tienen en duda.

—En ese caso —dijo Cauviñac inclinándose—, aquí me tenéis, señora, dispuesto a responder al favor que Vuestra Alteza me hace.

Y se inclinó con el aire más gracioso que pudo adoptar, pero era visible que aquel aspecto carecía de confianza y naturalidad.

—No se os molestará mucho —dijo la princesa—, sobre todo si respondéis de una manera tan positiva como os haremos nuestras preguntas.

—Vuestra Alteza tendrá a bien observar —contestó Cauviñac—, que siendo la pregunta siempre preparada de antemano, y no siéndolo nunca la respuesta, es más difícil responder que preguntar.

—¡Oh! Nuestras preguntas serán tan claras y precisas —dijo la princesa—, que no necesitaréis reflexionar. ¿Vuestro nombre?

—Y bien, justamente, señora, ahí tenéis una pregunta embarazosa.

—¡Cómo!

—Sí, frecuentemente sucede tener dos nombres, el que se ha recibido de su familia y el que uno mismo se da. Por ejemplo, yo he creído tener alguna razón para abandonar mi primer nombre, para tomar otro menos conocido. ¿Cuál de estos dos nombres exigís que diga?

—El nombre bajo el cual os presentasteis en Chantilly y os obligasteis a levantar y con que habéis vendido al señor de Mazarino.

—Perdonad, señora —contestó Cauviñac—, pero me parece que ya he tenido el honor de contestar victoriosamente a todas estas preguntas durante la audiencia que Vuestra Alteza tuvo a bien acordarme esta mañana.

—Por eso ahora no os hago más que una —repuso la princesa, que empezaba a impacientarse—. Os pregunto vuestro nombre.

—¡Y bien! Ved ahí justamente lo que me embaraza.

—Escribid el barón de Cauviñac —dijo la princesa.

El acusado no hizo ninguna reclamación, y el escribano lo escribió.

—Ahora, ¿vuestra graduación? —dijo la princesa—. Espero que no encontréis ninguna dificultad en responder a esta pregunta.

—Al contrario, señora, esta pregunta es precisamente la que me parece más intrincada. Si me habláis de mi grado como hombre docto, soy bachiller en filosofía, licenciado en derecho, doctor en teología, y como ve Vuestra Alteza, respondo sin vacilar.

—No, señor; hablamos de vuestra graduación militar.

—¡Ah! Pues bien, sobre ese punto me es imposible contestar a Vuestra Alteza.

—¡Cómo tal!

—Porque jamás he sabido bien lo que yo mismo era.

—Tratad de fijaros sobre este punto, caballero, porque deseo saberlo.

—¡Pues bien! Yo, de mi autoridad privada, me hice primero teniente; pero como no tenía facultad para firmarme un despacho, y nunca tuve a mis órdenes, mientras llevé este título, arriba de seis hombres, creo seguramente que no tengo derecho de hacerle prevalecer.

—Sí, pero yo —repuso la princesa—, os he hecho capitán; así, pues, sois capitán.

—¡Ah! Ved ahí donde se aumenta mi embarazo y en lo que se alborota mi conciencia. Me he convencido después que todo grado militar debe emanar de la voluntad real para tener valor. Ahora bien, Vuestra Alteza es incontestable, que tenía deseos de hacerme capitán; pero creo que no tenía derecho para ello. En este caso, no habré sido más capitán que teniente.

—Está bien; pero supongamos que no hayáis sido teniente por vuestro mero hecho, que no hayáis sido tampoco capitán por el mío, atendido que ni vos ni yo teníamos poder para firmar un despacho; a lo menos sois gobernador de Branne. Y como esta vez es el rey quien ha firmado vuestras provisiones, no contestaréis el valor del acto.

—He ahí, señora, el que es más contestable de los tres.

—¿Cómo es eso? —dijo la princesa.

—He sido nombrado, es cierto, pero no he entrado en el goce de mis funciones. ¿Qué es lo que constituye el título? No es la posesión del mismo título, sino cumplimiento de las funciones que le conciernen. Pero yo no he llenado ninguna de las funciones del título a que había sido elevado; no he puesto el pie en un gobierno; no ha habido de mi parte ni aun el principio de ejecución. Por consiguiente, soy tan gobernador de Branne como era capitán antes de ser gobernador, y como era teniente antes de ser capitán.

—Sin embargo, caballero, se os ha encontrado en el camino de Branne.

—Es cierto; pero a cien pasos del punto en que fui preso parte el camino, uno de los brazos va a Branne y el otro a Ison. ¿Quién afirmará que no iba a Ison y sí a Branne?

—Está bien —contestó la princesa—, el tribunal apreciará vuestra defensa. Escribano, anotad gobernador de Branne.

—No puedo oponerme a que Vuestra Alteza mande escribir lo que convenga.

—Ya está, señora —dijo el escribano.

—Bien. Ahora, caballero —dijo la princesa a Cauviñac—, firmad vuestro interrogatorio.

—Con mucho gusto lo haría, señora —repuso Cauviñac—, y tendría el mayor placer en poder hacer algo que fuese del agrado de Vuestra Alteza; pero en la lucha que esta mañana he tenido que sostener contra el pueblo de Burdeos, lucha de que Vuestra Alteza me libró tan generosamente por la intervención de sus mosqueteros, he tenido la desgracia de sacar lastimada la muñeca derecha, y siempre me ha sido imposible firmar con la mano izquierda.

—Haced constar la negativa del acusado —dijo la princesa al escribano.

—La imposibilidad, caballero, escribid la imposibilidad —repuso Cauviñac—. Dios me libre de rehusar nada a una princesa tan grande como Vuestra Alteza, si dependiese de mí.

Y saludando con el más profundo respeto, salió Cauviñac acompañado de sus dos guardias.

—Me parece que teníais razón, señor Lenet —dijo el duque de Larochefoucault—, y que hicimos mal en no asegurar a ese hombre.

Lenet estaba demasiado ocupado para contestar. Esta vez su ordinaria perspicacia le había engañado, esperaba que Cauviñac atrajese sobre sí la cólera del tribunal; pero Cauviñac, con sus continuos subterfugios, había divertido más que irritado a sus jueces. Sólo su interrogatorio había destruido todo el efecto que produjera el del barón de Canolles, dado caso que hubiese producido alguna; y la nobleza, la lealtad, la franqueza del primer prisionero habían desaparecido, si puede decirse, bajo las astucias del segundo. Cauviñac había oscurecido a Canolles.

Así, cuando se llegó a votar, la unanimidad de los votos decidió la muerte.

La princesa mandó hacer el escrutinio, y levantándose después pronunció con solemnidad la sentencia que acababa de recaer. Cada cual a su vez firmó el registro de deliberaciones. El duque de Enghien primero; pobre niño, que

ignoraba lo que firmaba, y cuya primera firma iba a costar la vida de un hombre, enseguida la princesa, luego los duques, después las damas del consejo, los oficiales y los jurados, y de este modo eran cómplices en las represalias.

Nobleza y pueblo, ejército y parlamento, a todos era menester castigarlos; y nadie ignora que cuando hay que castigar a todo el mundo a nadie se castiga.

Después que hubieron firmado, la princesa, que tenía asegurada su venganza, y cuyo orgullo se veía satisfecho en esta venganza, fue a abrir ella misma la ventana que ya había sido abierta dos veces, y cediendo al anhelo del populacho que la devoraba, dijo en alta voz:

—Señores Burdeleses, Richón será vengado dignamente; descansad en nosotros.

Un hurra, semejante al estampido del trueno, acogió esta declaración, y el pueblo se extendió por las calles, gozando anticipadamente en el espectáculo que la palabra de la princesa le prometía.

Mas apenas hubo entrado en su cámara la princesa, con Lenet que la seguía tristemente, esperando aún hacerla cambiar de resolución, cuando se abrió la puerta, y la vizcondesa de Cambes, pálida y desolada, vino a echarse a sus pies.

—¡Oh, señora! —le dijo—. ¡En nombre del cielo, escuchadme! ¡Por Dios, no me rechacéis!

—¿Qué hay, hija mía? —dijo la princesa—. ¿Por qué lloras de ese modo?

—Lloro, señora, porque he sabido que han votado la muerte, y que vos habéis confirmado ese voto; y sin embargo, señora, vos no podéis hacer matar al señor de Canolles.

—¿Y por qué no, querida? ¿No han matado ellos a Richón?

—Sí, señora, pero Canolles salvó en Chantilly a Vuestra Alteza.

—¿Y debo agradecerle el haber sido juguete de nuestras astucias?

—Pues bien, señora, en eso está el error, el señor de Canolles no ha desconocido un sólo instante la sustitución. Al primer golpe de vista me conoció.

—¿A ti, Clara?

—Sí, señora. Nosotros habíamos hecho parte del camino juntos.

En fin, el señor de Canolles estaba enamorado de mí; y en esta circunstancia… ¡Y bien, señora!… tal vez hizo mal, pero no os toca a vos reprender su acción… En aquella circunstancia sacrificó su deber a su amor.

—¿Entonces es el que tú amas?

—Sí, interrumpió la señora de Cambes.

—¿El sujeto por quien viniste a pedirme el permiso para casarte?

—Sí.

—¿Era?…

—Era el señor de Canolles, sí —dijo la vizcondesa—. El señor de Canolles, que se rindió a mí en San Jorge, y que sin mí iba a volarse con vuestros soldados. El señor de Canolles, en fin, que podía fugarse, y que me rindió su espada por no separarse de mí. Bien conocéis, señora, que si él muere, también es necesario que yo muera, por que yo le habré quitado la vida.

—Hija mía —dijo la princesa con cierta emoción—, considera que me pides una cosa que me es imposible. Richón ha muerto, y es preciso que se le vengue. Hay una deliberación que se debe llevar a cabo; y si mi esposo mismo me pidiera lo que tú me pides, se lo negaría.

—¡Oh, desdichada! —exclamó la vizcondesa de Cambes haciéndose a la espalda y estallando en sollozos—. Yo he perdido a mi amante.

Entonces Lenet, que aún no había hablado, se acercó a la princesa y le dijo:

—Señora, ¿no tenéis bastante con una víctima, y necesitáis dos cabezas para vindicar la de Richón?

—¡Ah, ah! —dijo la princesa—, el hombre sereno. ¿Es decir que me pedís la vida del uno y la muerte del otro? ¿Es eso justo? Decid.

—Señora, cuando dos hombres deben morir, es justo, en primer lugar, que muera uno sólo, suponiendo aún que una boca tenga derecho a apagar la antorcha encendida por la mano de Dios. En segundo lugar, es justo, en el caso de elección, se prefiera al hombre de bien para que se salve, y no al intrigante. Es menester ser judíos para poner en libertad a Barrabás y condenar a Jesús…

—¡Oh! Señor Lenet —dijo la vizcondesa—, hablad por mí, os lo ruego, porque vos sois hombre y se os escuchará tal vez. Y vos, señora —continuó volviéndose hacia la princesa—, recordad solamente que he pasado mi vida al servicio de vuestra casa.

—Y yo también —dijo Lenet—; y no obstante, por treinta años de fidelidad nada he pedido a Vuestra Alteza; pero en esta ocasión, si Vuestra Alteza no se apiada, le pediré en cambio de estos treinta años de fidelidad un sólo favor.

—·¿Cuál?

—El de darme mi licencia, señora, a fin de que pueda ir a echarme a los pies del rey, a quien consagraré el resto de mi existencia, que había sacrificado al honor de vuestra casa.

—¡Bien! —exclamó la princesa, vencida por estas súplicas—. No amenacéis, mi antiguo amigo, no llores más, mi dulce Clara; tranquilizaos ambos, no morirá más que uno, pues lo queréis; pero que no se me venga a pedir la gracia del que sea destinado a morir.

La vizcondesa cogió la mano de la princesa y la devoró a besos.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, señora! —dijo—. Desde este momento mi vida y la suya son vuestras.

—Y obrando así, señora —dijo Lenet—, seréis a un tiempo justa y misericordiosa, lo que hasta ahora había sido privilegio de Dios solamente.

—¡Oh, señora! —exclamó la vizcondesa impaciente—, ahora, ¿puedo verle, puedo libertarle?

—Semejante demostración en este momento es imposible —dijo la princesa—; nos perdería. Dejemos a los prisioneros en su prisión, se les hará salir a un mismo tiempo, al uno para la libertad, al otro para la muerte.

—¿Pero no puedo verle, tranquilizarle, consolarle al menos? —dijo la señora de Cambes.

—No creo que tenéis derecho para ello —dijo la princesa—. Al tranquilizarle se sabría la determinación, se comentaría el favor; no, imposible, contentaos con saber que está salvado. Yo participaré a los dos duques mi decisión.

—Bueno, me resigno. ¡Gracias, gracias, señora! —exclamó Clara.

Y se retiró para llorar en libertad y para dar gracias a Dios de lo más profundo de su corazón, que se desbordaba de alegría y de reconocimiento.

XLII

El pase

Los dos prisioneros de guerra ocupaban dos salas en la misma fortaleza. Estas dos salas estaban contiguas la una a la otra y situadas al piso de la calle; pero los bajos de las prisiones pueden pasar por terceros pisos. Las prisiones no empiezan, como las casas, a flor de tierra; por lo común tienen dos cuerpos subterráneos.

Cada puerta de la prisión estaba custodiada por un piquete de hombres escogidos entre los guardias de la princesa; pero la muchedumbre, habiendo visto estos preparativos que satisfacían sus deseos de venganza, había ido abandonado poco a poco las avenidas de la prisión, en donde se había apiñado al saber que Canolles y Cauviñac acababan de ser conducidos. Entonces, los piquetes que estaban colocados en el corredor interior, más bien por guardar a los prisioneros del furor popular que por temor de que se escapasen, se retiraron, contentándose con dejar un refuerzo de centinelas.

No teniendo el pueblo más que ver en donde estaba, se había dirigido hacia el lugar en que se ejecutaban las justicias, es decir, hacia la Explanada. Las palabras lanzadas desde lo alto de la sala del consejo a la multitud, se habían extendido en el que habría algún espectáculo terrible aquella misma noche, o por la mañana del día siguiente a más tardar. Para el populacho era un placer más el no saber a punto fijo qué pensar de este espectáculo, porque le quedaba el atractivo del misterio.

Artesanos, hacendados, mujeres y niños corrían hacia las murallas; pero como la noche estaba oscura y la luna no debía salir hasta cerca de media noche, muchos de ellos iban con una antorcha en la mano. Por otro lado, casi todas las ventanas estaban abiertas, y en muchas de ellas habían puesto sobre el balustre hachones o candilejas, como se acostumbra en los días de festejos. Sin embargo, por el murmullo de la multitud, por las patrullas que sucesivamente cruzaban a pie y a caballo, se comprendía que no era una fiesta ordinaria la que se anunciaba con tan lúgubres preparativos.

De tiempo en tiempo partían gritos furiosos de los grupos, que se formaban y se disipaban con una rapidez, que sólo pertenece a la influencia de ciertos acontecimientos. Estos gritos eran siempre los mismos que en dos o tres intervalos diferentes habían penetrado en el interior del tribunal:

«¡Mueran los prisioneros! ¡Venganza a Richón!».

Estos gritos, estas luces, este ruido de caballos habían sacado a la vizcondesa de Cambes, de su sentida oración.

Se puso a la ventana, y contemplaba con estremecimiento a aquellos hombres y aquellas mujeres, que con sus ojos alterados y sus salvajes gritos, parecían bestias feroces soltadas en un circo, reclamando con sus rugidos las víctimas humanas que desean devorar. Preguntábase a sí misma, cómo era posible que tantos seres, a quienes los dos prisioneros jamás habían hecho daño alguno, pudieran pedir con tanto encarnizamiento la muerte de dos de sus semejantes, y no sabía qué respuesta darse aquella pobre mujer, que las pasiones humanas no conocían sino las que sirven para endulzar el corazón.

Desde la ventana en que estaba, veía la vizcondesa de Cambes aparecer por

encima de las casas y jardines la extremidad de las altas y sombrías torres de la fortaleza.

Allí estaba Canolles, y allí se fijaban con especialidad sus miradas.

Pero no obstante, no podía evitar que de tiempo en tiempo recayesen sobre la calle, y entonces veía aquellos semblantes amenazadores, oía aquellos gritos de venganza, y un hielo mortal corría por sus venas.

—¡Oh —decía—, tienen gusto en prohibirme que le vea, y es preciso que yo penetre hasta él! ¡Estos gritos pueden llegar a sus oídos; puede creer que le olvido; puede acusarme, maldecirme! ¡Oh! Cada momento que pasa sin que yo busque un medio de tranquilizarle, me parece una traición hacia él; me es imposible permanecer en esta inacción, cuando acaso me llama en su socorro. ¡Oh! Es necesario que yo le vea… sí; pero, ¿cómo verle, Dios mío? ¿Quién me conducirá a prisión? ¿Qué poder me abrirá sus puertas? La princesa ha rehusado darme un pase; pero acababa de concederme tanto, que bien tenía derecho de negarme esto. Hay guardias, hay enemigos alrededor de esa fortaleza, una población entera que ruge, que olfatea la sangre y no quiere que se le arrebate su presa; se creerá que yo quiero sacarle, salvarle; ¡oh, sí! Yo le salvaría si no estuviese ya en seguridad bajo la salvaguardia de la palabra de Su Alteza. Si les digo que quiero verle solamente, no me creerán y me rechazarán, luego al probar semejante tentativa contra la voluntad de la princesa, ¿no es arriesgar y comprometer el favor adquirido? ¿No es exponerme a que retire la palabra dada?

Y no obstante, dejarle pasar así en la angustia y el tormento las largas horas de la noche, ¡es imposible! Supliquemos a Dios, y tal vez Dios me inspirará.

Y por segunda vez fue la vizcondesa de Cambes a arrodillarse delante de su crucifijo, empezando a orar con un fervor, que hubiera conmovido a la princesa misma, si la princesa hubiera podido oírla.

—¡Oh, no iré, no iré! —decía—, porque comprendo que me es imposible ir. Toda la noche me acusará quizás… pero mañana, mañana, sí, Dios mío, mañana me absolverá, ¿es verdad? Entretanto, el ruido que crecía, la exaltación de la muchedumbre, que se aumentaba por grados, los reflejos de luz siniestra que como relámpagos penetraban hasta ella e iluminaban por instantes su habitación, que permanecía a oscuras, le causaban tal terror, que se cubrió sus oídos con las manos y se apoyó con sus ojos cerrados en el cojín de su reclinatorio.

Entonces se abrió la puerta, y sin sentirlo entró un hombre, que se detuvo en el umbral, fijando en ella una mirada de afectuosa compasión, y que viendo moverse los hombros de la joven, tan dolorosamente agitados por los sollozos, se acercó dando un suspiro, y le puso la mano sobre el brazo.

La señora de Cambes se alzó asustada.

—¡Señor Lenet… —dijo—; señor Lenet! ¡Ah! ¡No me habéis abandonado!

—No —respondió Lenet—. Creí que no estaríais suficientemente tranquila todavía, y me he atrevido a venir, para saber si puedo seros útil en algo.

—¡Oh, querido señor Lenet! —dijo la vizcondesa—. ¡Qué bueno sois, y cuánto os tengo que agradecer!

—Parece que no me había engañado —dijo Lenet—. ¡Raras veces nos equivocamos, Dios mío, al pensar que tus criaturas padecen! —añadió con una melancólica sonrisa.

—¡Oh! ¡Sí, señor, le contestó Clara, sí tenéis razón, padezco!

—¿No habéis obtenido todo cuanto deseabais señora? Y más de lo que yo mismo esperaba, os lo confieso.

—Sí, no hay duda; pero…

—Pero… comprendo. ¿Os aterráis al ver la alegría de ese populacho sediento de sangre, y os apiadáis de la suerte de ese otro desgraciado que va a morir en lugar de vuestro amante?

La señora de Cambes se puso en pie, y permaneció inmóvil un instante, pálida y con los ojos fijos en Lenet.

Luego llevó su mano helada a su frente cubierta de sudor, y dijo:

—¡Ah! ¡Perdonadme, o más bien maldecidme! Porque en mi egoísmo, ni aun había pensado en él. No, Lenet, no, os lo confieso con toda la humildad de mi corazón; mis temores, mis lágrimas, mis ruegos, son por que había olvidado al que tiene que morir.

Lenet se sonrió tristemente.

—Sí —dijo—, así debe ser, porque está en la naturaleza humana que así sea. Acaso el egoísmo de los individuos produce la salud de las masas. Cada cual hace en torno de sí y de los suyos su círculo con una espada. Vamos, vamos, señora, proseguid vuestra confesión hasta el fin. Confesad con franqueza que os pesa la tardanza con que el infeliz sufre su destino; porque el infeliz asegura con su suerte la vida de vuestro prometido.

—¡Oh! Aún no había pensado en eso, Lenet, os lo juro. Pero no obliguéis a mi espíritu a detenerse en nada, porque le amo tanto, que no sé lo que sería capaz de desear en el desvarío de mi amor.

—¡Pobre niña! —dijo Lenet con un tono de profunda compasión—. ¿Por qué no dijisteis todo eso más antes?

—¡Oh, Dios mío! Me asustáis. ¿Es demasiado tarde? ¿No se le ha salvado del todo?

—Sí, está salvado —dijo Lenet—, puesto que la princesa ha empeñado su palabra; pero…

—¿Pero qué?

—Pero… ¿no hay nada seguro en este mundo? Y vos que como yo le creéis salvado, ¿no lloráis en vez de regocijaros?

—Yo lloro porque no puedo verle, amigo mío —contestó Clara—. Meditad que debe oír esos espantosos gritos y creer su peligro cercano; considerad que puede acusarme de tibieza, de olvido, de traición. ¡Oh! Lenet, Lenet, ¡qué suplicio! En verdad, si la princesa supiese lo que yo sufro, tendría compasión de mí.

—¡Y bien, señora! —dijo Lenet—, es necesario verle.

—¡Verle, imposible! Sabéis que he pedido el permiso a Su Alteza y que Su Alteza me lo ha rehusado.

—Lo sé, lo apruebo en el fondo de mi corazón; y no obstante…

—¡Y no obstante me exhortáis a la desobediencia! —exclamó la vizcondesa sorprendida, mirando fijamente a Lenet, que embarazado por esta mirada bajó los ojos.

—Yo soy anciano, querida vizcondesa —dijo él—, y por lo mismo soy desconfiado; no en esta ocasión, porque la palabra de la princesa es sagrada. No morirá más que uno de los prisioneros; pero habituado durante el curso de mi vida a ver todos los lances de la suerte volverse contra el que se cree más favorecido, tengo por principio que debe siempre aprovecharse la ocasión que se presenta. Ved a vuestro prometido, señora; vedle, creedme.

—¡Oh! —exclamó la señora de Cambes—. Os juro que espantan vuestras palabras, Lenet.

—No es esa mi intención. Por otra parte, ¿os agradaría que os aconseje no verle? No, seguramente. Y sin duda me rechazaríais con más fuerza, si hubiese venido a deciros lo contrario de lo que os digo.

—¡Oh sí lo confieso! Pero me habláis de verle, éste era sólo mi único deseo, ésta era la súplica que dirigía a Dios cuando llegasteis. Pero, ¿no es imposible?

—¿Hay algo imposible para la mujer que tomó a San Jorge? —dijo Lenet sonriendo.

—Hace dos horas —dijo la vizcondesa—, que medito un medio de

penetrar en la fortaleza, y aún no le hallo.

—Y si yo os presentase ese medio —dijo Lenet—, ¿qué me daríais?

—Os daría… ¡Oh! Mirad, os daría la mano el día que me encaminase al altar con él…

—Gracias, hija mía —dijo Lenet—, tenéis razón. En efecto, yo os amo como un padre. Gracias.

—¡El medio, el medio! —dijo la señora de Cambes.

—Vedle aquí. Yo había pedido a la princesa un pase para conversar con los prisioneros; porque si hubiese habido un medio de salvar al capitán Cauviñac habría querido atraerle a nuestro partido. Mas ahora este pase es inútil, puesto que acabáis de condenarle a muerte con vuestras súplicas por el señor de Canolles.

La vizcondesa se estremeció a su pesar.

—Tomad, pues, este papel —continuó Lenet—; como veis, no tiene ningún nombre.

Clara le tomó y leyó:

«El conserje de la fortaleza dejará comunicar al portador de este pase con el prisionero de guerra que le agrade hablar, por espacio de media hora.

CLARA CLEMENCIA DE CONDÉ».

—Tenéis un traje de hombre —dijo Lenet—, ponéoslo. Tenéis un pase, haced uso de él.

—¡Pobre oficial! —murmuró la vizcondesa—, no pudiendo desechar del pensamiento la idea de Cauviñac, ejecutado en lugar de Canolles.

—Sufre la ley común —contestó Lenet—. El débil es devorado por el fuerte, falto de apoyo, paga por el protegido. Mucho lo sentiré; es un mozo de mérito.

Entretanto, la señora de Cambes volvía y revolvía el papel entre sus manos.

—¿Sabéis —dijo ésta—, que me tentáis cruelmente con este pase? ¿Sabéis que una vez que yo tenga entre mis brazos a mi pobre amigo, soy capaz de llevármelo al cabo del mundo?

—Y os lo aconsejaría si fuera posible; pero ese pase no es una carta blanca, y no le podéis dar otro destino que el que tiene.

—Es cierto —dijo Clara volviéndolo a leer—. Sin embargo, se me ha concedido al señor de Canolles; ¡es mío, y no pueden quitármele ya!

—Nadie piensa en eso. Vamos, vamos, vizcondesa, no perdáis tiempo; poneos vuestro vestido de hombre y partid. Ese pase os concede media hora; yo sé que media hora es poca cosa, pero después de esa media hora vendrá toda la vida. Vos sois joven, la vida será larga. ¡Dios la haga feliz!

La señora de Cambes cogió a Lenet de la mano, le atrajo hacia sí, y le besó en la frente, como lo habría hecho con el más tierno padre.

—Id, id —dijo Lenet rechazándola dulcemente—, no perdáis tiempo. El que ama verdaderamente, carece, de resignación. Luego, viéndola pasar a otra sala en que Pompeyo, llamado por ella, la esperaba para ayudarla a cambiar de traje, murmuró:

—¡Ay! ¿Quién sabe?

XLIII

Los prisioneros de guerra

Efectivamente, Canolles no había podido dejar de notar los gritos, los alaridos, las amenazas y agitación de las turbas. A través de los hierros de su ventana había a su vez observado el cuadro moviente y animado que se desarrollaba ante su vista, y que era el mismo de un extremo a otro de la ciudad conmovida.

—¡Pardiez —decía—, vaya un contratiempo desagradable! Esa muerte de Richón… ¡Pobre Richón; era un valiente! Su muerte va a redoblar mi cautiverio, y ya no se me permitirá recorrer la ciudad como antes. Ya se acabaron las citas, y hasta el casamiento, a no ser que Clara se contente con la capilla de una cárcel. Sin embargo, esto sería de triste agüero… ¿Por qué diablos no se recibió la noticia mañana en vez de recibirse hoy?

Después, acercándose a la ventana e inclinándose para mirar continuó:

—¡Qué vigilancia, dos centinelas, cuando yo pienso que voy a estar aquí confinado ocho días, quince días tal vez, hasta que ocurra algún suceso que haga olvidar este otro!… Por fortuna, los hechos se suceden con frecuencia en los tiempos que corren, y los Burdeleses son ligeros de cascos. ¡Pobre Clara! Debe estar desesperada; por fortuna, sabe que estoy arrestado. ¡Oh, sí lo sabe, y por consiguiente sabe también que yo no tengo la culpa! ¡Calle! ¿Pero a dónde diablos va toda esa gente? A estas horas no hay parada ni ejecución; todos van hacia el mismo lado. Diríase, en verdad, que saben que estoy aquí como un oso detrás de estas rejas…

El barón dio algunos pasos por la sala con los brazos cruzados, los muros

de la prisión le habían inspirado ideas filosóficas, de que se ocupaba poco en tiempo ordinario.

—¡Qué necedad tan grande es la guerra! —murmuró—. Véase el pobre Richón, con quien yo comía hace apenas un mes, ya muerto. Se habrá hecho matar al pie de sus cañones, como habría yo debido hacer si me hubiera sitiado cualquiera otro que no fuese la vizcondesa. Esta Guerra de las Mujeres es en verdad la más temible de todas las guerras. A lo menos, en nada he contribuido a la muerte de un amigo. Gracias a Dios, no he sacado la espada contra un hermano, lo que me consuela. Vamos, esto más le debo a mi geniecito femenino; bien mirado, le debo muchas cosas.

En este momento entró un oficial e interrumpió el soliloquio del barón.

—Si queréis cenar, caballero —le dijo—, dad vuestras órdenes, el conserje tiene encargo de serviros según os acomode.

—Vamos —dijo Canolles—, parece que a lo menos determinan tratarme honoríficamente el tiempo que permanezca. Había temido un momento lo contrario, al ver el semblante grave de la princesa y el gesto crudo de todos sus asesores…

—Os espero —repitió el oficial inclinándose.

—¡Ah! Tenéis razón; perdonad. Vuestra demanda me ha obligado a hacer ciertas reflexiones por su extremada política… Volvamos al asunto, sí, señor, cenaré, porque tengo bastante apetito; pero soy sobrio por costumbre, y una cena de soldado me bastará.

—¿Y no tenéis ningún encargo que hacerme además para la ciudad?… —dijo el oficial acercándose a él con interés—. ¿No esperáis nada?… Vos habéis dicho que sois soldado, yo también lo soy; portaos conmigo como con un camarada.

El barón miró al oficial con admiración.

—No, señor, no —dijo—. No tengo ningún encargo que haceros para la ciudad, ni espero nada, sino es a una persona que no puedo nombrar. En cuanto a trataros como a un camarada, es ofrecimiento que os agradezco. Aquí tenéis mi mano, caballero; y más adelante, si necesito alguna cosa, me acordaré de vos.

Esta vez el oficial fue quien miró a su interlocutor con sorpresa.

—Bien, caballero —le contestó—. Vais a ser servido ahora mismo. Y se retiró.

Un instante después entraron dos soldados trayendo una cena completa, era un poco más selecta de lo que había pedido el barón. Sentóse a la mesa y

comió con buen apetito.

Los soldados le miraban a su vez admirados. Canolles creyó codiciar su admiración; y como el vino era el bueno de Guiena, les dijo:

—Amigos, pedid dos vasos.

Uno de los soldados salió, y volvió a poco con los vasos.

El barón los llenó, vertió después algunas gotas de vino en el suyo, y dijo:

—A vuestra salud, amigos.

Los soldados tomaron sus vasos, los chocaron maquinalmente con el de Canolles, y bebieron sin devolverle su cumplido.

—No son atentos —dijo para sí el barón—, pero beben bien, no se puede reunir todo.

Y continuó su cena, que llevó triunfalmente hasta el fin. Cuando concluyó se levantó, y los soldados alzaron la mesa. El oficial volvió a entrar.

—¡Ah, pardiez, caballero! —dijo Canolles—, debierais haber cenado conmigo, la cena estaba excelente.

—No habría podido tener ese honor, caballero, porque yo también hace un instante que me levanté de la mesa. Y vuelvo…

—¿A hacerme compañía? —repuso el barón—. Si es así, os felicito, caballero, porque no dejaré de seros grato.

—No, señor, mi misión es menos agradable. Vengo a advertiros que no hay ministro en la prisión y que el capellán es católico. Pero yo sé que sois protestante, y esta diferencia de culto tal vez os moleste.

—A mí, caballero, ¿y para qué? —preguntó sencillamente Canolles.

—¡Para qué! —contestó el oficial cortado—, para hacer vuestras oraciones.

—¡Mis oraciones! Está bien —repuso Canolles riendo—, mañana pensaré en eso; yo no acostumbro a hacer mis oraciones más que por la mañana.

El oficial miró a Canolles con un estupor, que se cambió gradualmente en una conmiseración profunda. Saludó y salió.

—¡Bah! —dijo el barón—, ¿se desquicia el mundo? Desde la muerte de ese pobre Richón, toda la gente que encuentro tiene el aire de idiota o rabioso. ¡Voto al Diablo! ¿No veré un semblante algo razonable?

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando la puerta de la prisión se abrió de nuevo; y antes de que pudiese reconocer a la persona que

llegaba; se echó ésta en sus brazos, y cruzando las manos a su cuello inundó su rostro de lágrimas.

—Vamos —exclamó el barón desembarazándose de aquella apertura—, un loco más. De seguro estoy en alguna casa de orates.

Pero al movimiento que hizo al tiempo de retroceder, echó en tierra el sombrero del desconocido, y los hermosos cabellos rubios de la vizcondesa de Cambes se deslizaron sobre sus hombros.

—¿Vos aquí? —exclamó el barón corriendo hacia ella para recibirla de nuevo en sus brazos—. ¡Vos! ¡Ah! Perdonadme si no os he conocido, o más bien si no os he adivinado.

—¡Silencio! —dijo la vizcondesa recogiendo su sombrero y poniéndoselo con prontitud en la cabeza—. ¡Silencio! Pues si supieran que soy yo, acaso me robarían mi dicha. En fin, me es permitido veros todavía. ¡Oh, Dios mío, Dios mío, qué feliz soy!

Y sintiendo Clara dilatarse su pecho, estalló en ruidosos sollozos.

—¡Todavía! —dijo Canolles—. ¿Os es permitido verme todavía, decía? Y me lo decís llorando. ¿Qué significa esto? Pues qué, ¿no debíais volverme a ver? —continuó riendo.

—¡Oh! No riais, amigo mío —repuso la vizcondesa—; vuestra alegría me hace daño. No riais, os lo suplico. ¡Me ha costado tanto el llegar a vuestro lado, si supieseis, y ha estado en tan poco que no viniese! A no ser por Lenet, por ese excelente hombre… Pero hablemos de nosotros, pobre amigo. ¡Dios mío! ¿Es cierto que estáis aquí? ¿Sois vos a quien encuentro? ¿Puedo estrecharos aún contra mi corazón?

—Sí, yo soy, sí, el mismo —contestó el barón sonriendo.

—¡Oh! —dijo la vizcondesa—, dejaos de afectar ese aspecto alegre; es inútil, lo sé todo. No sabían que yo os amaba, y no se han ocultado de mí.

—Pero, ¿qué sabéis? —le dijo el barón.

—¿Acaso —continuó Clara—, no me esperabais? ¿No estabais descontento de mi silencio? ¿No me acusabais ya?

—¡Yo atormentado, descontento! Sin duda; pero no os acusaba. Conocía que alguna circunstancia más fuerte que vuestra voluntad os alejaba de mí; y mi mayor desgracia en todo esto es que nuestro matrimonio se dilata a ocho días, o a quince tal vez.

Clara a su turno miró a Canolles con el mismo estupor que el oficial había demostrado un momento antes.

—¡Cómo! —dijo ella—. ¿Habláis formalmente? ¿O en realidad, no estáis más asustado que eso?

—¡Yo asustado! —repuso Canolles—, asustado, ¿de qué? ¿Es que por acaso —añadió riendo—, corro algún peligro que ignoro?

—¡Oh, desdichado! —exclamó ella—; no sabía nada.

Y temiendo sin duda revelar sin preparación toda la verdad, a quien está tan cruelmente amenazado, hizo un violento esfuerzo sobre sí misma, contuvo las palabras que habían saltado de su corazón a sus labios.

—No, yo no sé nada —dijo gravemente Canolles—, pero vos me lo diréis todo, ¿sí? Nada temáis, soy hombre, Clara. ¡Hablad, hablad!

—¿Sabéis que Richón ha muerto? —dijo ella.

—Sí —contestó Canolles—; lo sé.

—¿Pero sabéis cómo ha muerto?

—No, pero lo sospecho. Ha sido muerto en su puesto, ¿no es así, en la brecha de Vayres?…

La señora de Cambes guardó un momento de silencio. Después, grave como el bronce que toca un clamor fúnebre dijo:

—Ha sido colgado en la plaza de Liburnio.

Canolles dio un salto para atrás.

—¡Ahorcado! —exclamó—. ¡Richón, un soldado!…

Luego, palideciendo súbitamente y pasándose por la frente su mano trémula, añadió:

—¡Ah! Ahora lo comprendo todo. Mi arresto, mi interrogatorio, las palabras del oficial, el silencio de los soldados, vuestra conducta, vuestro llanto al verme alegre, y en fin, esa muchedumbre, esos gritos y esas amenazas. Richón ha sido asesinado y quiere vengarse a Richón en mi persona.

—¡No, no, mi muy amado, no! ¡Pobre amigo de mi corazón! —exclamó Clara radiante de alegría, estrechando las dos manos de Canolles, y sumergiendo en sus ojos sus miradas—. ¡No, no es a ti a quien van a sacrificar, querido prisionero! ¡Sí, es cierto, no te habías engañado, tú estabas designado y condenado, sí, ibas a perecer! ¡Sí, has visto muy cerca la muerte, hermoso mío! Pero tranquilízate; ahora ya puedes reír, puedes hablar de felicidad y de porvenir. ¡La que va a consagrarte toda su vida, ha salvado la tuya! ¡Alégrate! … pero sin ruido, porque despertarías tal vez a tu desgraciado compañero, aquel sobre quien va a caer la tempestad, el que debe morir en tu puesto.

—¡Oh! ¡Callad, callad, querida amiga; me hacéis estremecer de horror! —dijo el barón, mal repuesto del terrible golpe que se le acababa de lanzar, no obstante las ardientes caricias de Clara.

—¡Yo, tan tranquilo, tan confiado, tan sencillamente alegre, iba a morir! ¿Y cuándo? ¿En qué momento? ¡Justo cielo! En el mismo instante de ir a ser vuestro esposo. ¡Oh! ¡Por mi alma, que esto hubiera sido un doble asesinato!

—Ellos llaman a eso represalias —dijo Clara.

—Sí, sí, es verdad; tienen razón.

—Vamos, estáis sombrío y meditabundo.

—¡Oh! —exclamó el barón—, no es la muerte lo que temo, sino separarme de vos.

—Si hubieseis muerto, mi muy amado, yo también habría muerto. Pero no, esta noche, tal vez dentro de una hora, saldréis de la prisión; y, o yo misma vendré a buscaros, u os esperaré a la salida. Entonces, sin perder un minuto, sin perder un segundo, huiremos. ¡Oh, sí! En el mismo instante; no quiero esperar nada. ¡Esta maldita ciudad me espanta! Hoy he conseguido salvaros; pero mañana tal vez os arranque de mi lado alguna otra desgracia inesperada.

—¡Oh! —dijo el barón—, ¿sabéis, querida mía, amada Clara, que me concedéis demasiada felicidad de un golpe? ¡Oh, sí, mucha felicidad; sería bastante a hacerme morir!…

—¡Pues bien! Entonces —repuso Clara—, recobrad vuestra indiferencia y vuestra alegría.

—Pero, ¿y vos por qué no recobráis la vuestra?

—Mirad, yo río.

—¿Y ese suspiro?

—Este suspiro, amigo mío, es por el desgraciado que paga con su vida nuestra alegría.

—Sí, sí, tenéis razón. ¡Oh! ¿Por qué no podéis llevarme en este mismo instante? Vamos, ángel mío, abre tus alas y llévame.

—¡Paciencia, paciencia, mi querido esposo; mañana os llevaré!… ¿Y a dónde? ¡Qué sé yo! Al paraíso de nuestro amor. Mientras llega la hora, aquí me tienes.

Canolles la cogió en sus brazos, estrechándola sobre su pecho, ella echó sus manos al cuello del barón y se dejó caer palpitante sobre aquel corazón, que comprimido por tan diversos sentimientos, apenas latía.

De pronto y por segunda vez, un sollozo doloroso subió de su pecho a sus labios, y en medio de su felicidad inundó Clara de lágrimas el rostro de Canolles, que se había reclinado sobre el suyo.

—¡Y bien! —dijo él—, ¿es esta vuestra alegría, pobre ángel?

—Éste es el resto de mi dolor.

En este momento se abrió la puerta, y el oficial que había venido ya, les anunció que la media hora concedida en el pase había transcurrido.

—Adiós —murmuró el barón—. ¿Por qué no me ocultas en un pliegue de tu capa y me llevas contigo?

—¡Pobre amigo! —repuso ella en voz baja—. Calla, ¿no ves que quebrantas mi corazón? ¿No conoces que me muero de deseo? Ten paciencia por ti, y por mí sobre todo; dentro de pocas horas nos reuniremos para no volvernos a separar.

—Tendré paciencia —dijo Canolles alegre, enteramente tranquilizado por esta promesa—; pero es menester separarnos. Ea, ¡valor! ¡Adiós, Clara, adiós!

—Adiós —dijo ella tratando de sonreír—; ad…

Pero no pudo terminar la palabra cruel; por tercera vez los sollozos ahogaron su voz.

—¡Adiós, adiós! —exclamó Canolles estrechando de nuevo a la señora de Cambes y cubriendo su frente de ardorosos besos—. ¡Adiós!

—¡Diablos! —murmuró el oficial—. Por fortuna sé que el pobre muchacho no tiene que temer una gran cosa ya, que a no ser así, escena es esta que me traspasaría el corazón.

El oficial acompañó a la vizcondesa hasta la puerta, y volvió.

—Ahora, caballero —dijo aquél al barón—, que se había dejado caer sobre una silla, lleno aún de sus emociones; ahora no hasta ser feliz, es necesario ser también compasivo. Vuestro desgraciado compañero, el que va a morir, está solo. Nadie le protege, nadie le consuela, y pide veros. Yo he tomado a mi cargo el concederle esta gracia, pero es menester que consintáis vos.

—¡Qué yo consienta! —exclamó el barón—. ¡Oh, ya lo creo! ¡Pobre infeliz!, le espero, y le tenderé mis brazos. No le conozco, pero no importa.

—Sin embargo, parece que él os conoce.

—¿Sabe la suerte que le está reservada?

—No; creo que no. Ya conocéis que es necesario dejarle en la ignorancia…

—¡Oh! Descuidad.

—Oíd, pues. Las once van a dar; yo me retiro a mi puesto, de las once en adelante, los carceleros solamente mandan en jefe en el interior de la prisión. El vuestro está advertido de que el otro prisionero viene a hablar con vos, y vendrá por él en el momento en que deba hacerle entrar en su calabozo. Si el desgraciado no sabe nada, no le anunciéis nada; pero si sabe algo, decidle de nuestra parte, que nosotros, como soldados, lo sentimos todo en el fondo de nuestra alma. Porque al fin, morir no es nada; pero, ¡voto al Diablo! Que ahorcado es morir dos veces.

—¿Está decidido que habrá de morir?…

—Lo mismo que Richón. Son represalias completas.

—Pero nosotros charlamos, y él espera sin duda con ansiedad nuestra respuesta.

El oficial salió, fue a abrir la puerta del calabozo inmediato, y Cauviñac, un poco pálido, pero con paso desembarazado y la frente alzada, entró en el encierro del barón, que dio algunos pasos hacia él.

Entonces el oficial se despidió por última vez de Canolles con una seña, miró compasivamente a Cauviñac, y salió, llevándose consigo un soldado, cuyos pasos graves fueron a perderse después de algún tiempo bajo las bóvedas.

No tardó el carcelero en hacer su ronda. Sus llaves se oyeron resonar en el corredor.

Cauviñac no estaba abatido, porque había en este hombre una inalterable confianza en sí mismo y una esperanza inagotable en el porvenir. Sin embargo, bajo su apariencia tranquila y su exterior casi alegre, un profundo dolor se deslizaba, semejante a una serpiente que mordía su corazón. Esta alma escéptica, que siempre había dudado de todo, dudaba por último de la duda misma. Desde la muerte de Richón, Cauviñac no comía ni dormía.

Habituado a burlarse del mal ajeno, porque tomaba el suyo con risa, nuestro filósofo no había pensado, sin embargo, en reírse de un acontecimiento que a su pesar producía este resultado terrible. En todos los hilos misteriosos que le hacían responsable de la muerte de Richón, entreveía la mano de la Providencia y empezaba a creer, si no en la remuneración de las buenas acciones, a lo menos en el castigo de las malas.

Resignábase, pues, y meditaba; pero en medio de su resignación, como hemos dicho, él no comía ni dormía.

Y por un singular misterio de esta alma personal, sin ser por esto egoísta, lo que más le afligía aún que su propia muerte, prevista desde luego, era la muerte del compañero, que sabía a dos pasos de él esperaba la sentencia fatal

o la ejecución sin sentencia. Todo esto se le representaba en su imaginación como el espectro vengador de Richón, y la doble catástrofe, resultado de lo que creyera al principio una linda travesura.

Su primera idea había sido la de escaparse, porque aunque prisionero bajo palabra, habiéndole faltado a las condiciones sentadas acerca de él, metiéndole en prisión, creía a su vez, y sin el menor escrúpulo, poder faltar a las suyas; pero a pesar de la perspicacia de su ingenio y la sagacidad de sus medios, había conocido que era imposible.

Entonces fue cuando llegó a persuadirse que estaba entre las garras de la inexorable fatalidad. Desde entonces no pidió más que una cosa, hablar algunos momentos con su compañero, cuyo nombre había parecido despertar en él una triste sorpresa, y deseaba reconciliarse con la humanidad entera, que tan cruelmente había ultrajado.

No aseguraremos que todos estos pensamientos fuesen remordimientos, no… Cauviñac era demasiado filósofo para tenerlos; pero a lo menos eran una cosa que se les parece mucho, un despecho violento de haber hecho mal por nada. Con el tiempo, y una combinación que mantuviese en esta disposición de ánimo, este sentimiento habría tal vez tenido el mismo resultado que los remordimientos; pero el tiempo le faltaba.

Al entrar Cauviñac en la prisión del barón de Canolles esperó con su prudencia ordinaria que el oficial que le introdujera se retirase. Después, viendo la puerta bien cerrada y la ventanilla herméticamente encajada, se fue hacia el barón, que como hemos dicho, había por su parte dado algunos pasos hacia él, y le estrechó afectuosamente la mano.

A pesar de la gravedad de la situación, no pudo menos de sonreírse Cauviñac al reconocer al elegante y bello joven, de espíritu emprendedor y genio festivo, que ya había sorprendido dos veces en situaciones muy diferentes de aquélla en que se encontraba; la una para enviarle con un mensaje a Nantes y la otra para conducirle a San Jorge. Por otro lado recordaba la ocupación momentánea de su nombre y el gracioso chasco que por consecuencia de aquella usurpación se diera al duque; y por muy lúgubre que fuese la prisión, el recuerdo era tan alegre, que sin embargo, lo pasado le alejó por un momento de lo presente.

Canolles, por su parte, le conoció a primera vista, por haber estado ya en contacto con él en las dos circunstancias que hemos referido; y como, bien mirado, en las dos circunstancias Cauviñac había sido para él portador de buenas noticias, su conmiseración por la suerte reservada al desgraciado se acrecentó aún, y tanto más profundamente, cuanto que estaba persuadido que su propia salvación causaba la perdición irrevocable de Cauviñac, y en un alma tan delicada como la suya, semejante pensamiento causaba muchos más

remordimientos que habría ocasionado un verdadero crimen en la de su compañero.

Acogióle, pues, con una perfecta benevolencia.

—Y bien, barón —le dijo Cauviñac—, ¿qué decís de la situación en que nos hallamos? Me parece que es bastante precaria.

—Sí; henos aquí prisioneros, y sabe Dios cuándo saldremos de aquí —contestó Canolles fingiendo tranquilidad, a fin de dulcificar al menos con la esperanza la agonía de su compañero.

—¡Cuándo saldremos! —repuso Cauviñac—. ¡El Dios que invocáis se digne resolver en su misericordia que sea lo más tarde posible! Pero creo que no esté dispuesto a concedernos un largo plazo. Yo he visto desde mi calabozo, como vos podéis ver desde el vuestro una ardiente turba correr hacia un punto determinado, que debe ser la Explanada, o mucho me equivoco. Vos, querido barón, conocéis la Explanada y sabéis para lo que sirve.

—¡Oh! ¡Bah! Me parece que exageráis demasiado la posición. Es verdad que el pueblo corría hacia la Explanada, pero sin duda sería para asistir a alguna corrección militar. ¡Hacer que nosotros pagásemos la muerte de Richón, sería horroroso! Porque al cabo nosotros estamos inocentes de esa muerte, tanto el uno como el otro.

Cauviñac se estremeció y fijó en el barón una mirada, que de una expresión sombría, pasó poco a poco a una expresión de piedad.

—Vamos —dijo para sí—, uno más que se forma ilusiones de su situación. Por lo mismo es necesario que yo le diga lo que hay, porque, ¿de qué sirve engañarle para que el golpe sea más penoso después? A lo menos cuando hay tiempo para prepararse, la pendiente, parece siempre más accesible.

Entonces, después de un momento de silencio y de examen, dijo Canolles, tomándole las manos y continuando con la vista fija en él de un modo que le embarazaba:

—Caballero, querido amigo, pidamos, si os parece, una botella o dos de ese buen vino de Branne que sabéis. ¡Ah! Si hubiese sido por más tiempo gobernador, habría bebido de él a mis anchas, y también os confieso que mi predilección a ese excelente vino, me hizo pedir con preferencia aquel gobierno. Dios castiga mi gula.

—Mucho me gusta —dijo el barón.

—Pues sí, bebiendo os contaré todo eso; y si la noticia es mala, como el vino será bueno, con lo uno pasará lo otro.

Canolles entonces tocó la puerta, pero no se le respondió, volvió a tocar

con más fuerza, y después de un momento, un niño que jugaba en el corredor se acercó al prisionero.

—¿Qué queréis? —preguntó el niño.

—Vino —dijo Canolles—. Di a tu papá que nos traiga dos botellas.

El niño se alejó y volvió al cabo de un rato.

—Papá —dijo el chico—, está ocupado en este momento hablando con un caballero. Vendrá enseguida.

—Perdonad —dijo Cauviñac—, ¿me permitiréis que a mi vez le haga una pregunta?

—Hacedla.

—Amigo mío —dijo él con su voz más insinuante—, ¿con qué caballero habla tu papá?

—Con un gran señor.

—Este chico es muy guapo —dijo Cauviñac—; atended que vamos a saber algo.

—¿Y cómo está vestido ese señor?

—Todo de negro.

—¡Ah, diablos! ¿Oís? Todo de negro. ¿Y cómo le llaman a ese gran señor vestido de negro? ¿Lo sabes por casualidad, amiguito?

—Se llama el señor de Lavia.

—¡Ah, ya! —dijo Cauviñac—, el asesor del rey. Me parece que nada malo tenemos que esperar de ése. Aprovechemos de su conversación para hablar nosotros también.

Y metiendo una moneda por debajo de la puerta, dijo:

—Toma, amiguito, para comprar caramelos. Bueno es hacerse de amigos por todas partes —continuó al levantarse.

El niño cogió muy contento la moneda, dando gracias a los dos prisioneros.

—Y bien —dijo Canolles—, decíais…

—¡Ah!, sí —contestó Cauviñac—… Pues bien, decía que me parece estáis muy equivocado respecto a la suerte que nos espera en saliendo de esta prisión. Habláis de la Explanada, de corrección militar, de azotes para los extraños; y yo estoy tentado de creer que se trata de nosotros, y de alguna otra cosa peor.

—¡Adelante, pues! —repuso Canolles.

—¡Eh! —dijo Cauviñac—. Vos veis las cosas a una luz menos sombría que a mí se me aparecen, acaso puede ser que no tengáis enteramente las mismas razones que yo; pero de cualquiera suerte, no os lisonjeéis demasiado de vuestro negocio, que no es muy ventajoso. Pero nada tiene que ver con el mío; y éste, debo decirlo, porque es mi convicción, está diabólicamente embrollado. ¿Sabéis bien quién soy yo, querido amigo?

—¡Vaya una pregunta singular! Sois el capitán Cauviñac, gobernador de Branne, a lo que me parece.

—Sí, por ahora; pero no siempre he llevado ese nombre ni siempre he ocupado ese título. Yo he cambiado frecuentemente de nombre, y he usado diferentes graduaciones, por ejemplo, una vez me llamé el barón de Canolles, lo mismo que vos.

Canolles miró a Cauviñac a la cara.

—Sí —continuó éste—, comprendo, diréis si soy loco, ¿no es así? Pues bien, tranquilizaos; gozo de todas mis facultades mentales, y jamás he estado tan en mi cabal juicio.

—Explicaos, pues —dijo Canolles.

—Nada más sencillo. El señor duque de Epernón… Conocéis al señor duque de Epernón, ¿es verdad?

—De nombre, porque jamás lo he visto.

—Eso me vale. El señor duque de Epernón —digo—, me encontró una vez en casa de una señora, de quien yo sabía que no erais mal recibido; me tomó la libertad de aplicarme vuestro nombre.

—¡Qué queréis decir!

—¡Taté, taté! No vayáis a tener el egoísmo de estar celoso de una mujer en el momento de casaros con otra. Además, aunque lo estuvieseis, cosa muy natural en el hombre, que decididamente es un animal ruin, pronto me lo perdonaríais. Nos tocamos muy de cerca para que tengamos quejas entre nosotros.

—No comprendo ni una palabra de eso que estáis diciendo.

—Digo que tengo derecho a que me tratéis como hermano, o a lo menos como cuñado.

—Me habláis por enigmas, y os comprendo menos aún.

—Pues bien, vais a comprenderme con una sola palabra. Mi verdadero nombre es Rolando de Lartigues, y Nanón es mi hermana. El barón pasó de la

desconfianza a una expansión repentina.

—¡Vos hermano de Nanón! —exclamó—. ¡Ah! Pobre mozo.

—Y bien, sí, pobre mozo —dijo Cauviñac—, justamente habéis dicho la palabra que me cuadra, habéis puesto el dedo sobre la llaga; porque además de otra porción de cosillas que resultarán de la instrucción de mi proceso, tengo también la desgracia de llamarme Rolando de Lartigues y de ser hermano de Nanón. Vos no ignoráis que mi querida hermana no está en opinión de santa entre los Burdeleses. Si se sabe mi calidad de hermano de Nanón, soy perdido tres veces. Ahora bien, hay aquí un Larochefoucault y un Lenet que todo lo saben.

—¡Ah! —dijo el barón transportado por lo que Cauviñac le decía a recuerdos antiguos—. ¡Ah! Comprendo ahora por qué en una carta la pobre Nanón me llamó un día su hermano. ¡Excelente amiga!…

—¡Ah, sí! —repuso Cauviñac—, es muy buena persona, y mucho me arrepiento de no haber seguido siempre sus consejos a la letra. ¿Pero qué se le ha de hacer? Si pudiera adivinarse el porvenir, no habría necesidad de Dios.

—¿Y qué ha sido de ella? —preguntó Canolles.

—¿Quién sabe? ¡Pobre criatura! Sin duda estará desesperada, no por mí, pues ignorará mi prisión, sino por vos, cuya suerte conocerá tal vez.

—Tranquilizaos —le dijo el barón—, Lenet no dirá que sois el hermano de Nanón, el señor de Larochefoucault por su parte, no tiene ningún motivo de odio contra vos, y nada de eso se sabrá.

—Si nada de eso se sabe, creedme, no dejará de saberse otra cosa; que yo soy quien ha dado cierta carta blanca, y esa carta blanca… pero, ¡bah! Olvidémoslo si es posible. ¡Qué desgracia que no nos traigan el vino! —continuó volviéndose hacia la puerta—. No hay como el vino para hacer olvidar.

—Vamos, vamos —dijo el barón—, ¡valor!

—¡Eh, pardiez! ¿Creéis que me falta? Ya me veréis en el famoso momento, cuando vayamos a dar una vuelta a la Explanada. Pero una cosa me atormenta, sin embargo, ¿seremos fusilados, decapitados o ahorcados?

—¡Ahorcados! —exclamó Canolles—. ¡Vive Dios! Nosotros somos hidalgos, y no se hará semejante ultraje a la nobleza.

—Y bien, ya veréis como son capaces de trampearme mi genealogía… Otra cosa…

—¿Qué?…

—¿Cuál de los dos irá delante?

—Pero, ¡por Dios, querido —repuso Canolles—, no os empeñéis en esas cosas!… Nada hay menos seguro que esa muerte, de que os ocupáis con tanta anticipación. No se juzga, no se condena, no se ejecuta así todo en una noche.

—Escuchad —contestó Cauviñac—, yo estaba allá cuando se formó el proceso del pobre Richón, ¡Dios le tenga en el cielo! Pues bien, proceso, juicio y ejecución, todo esto duró tres horas o cuatro a lo más. Supongamos un poco menos de actividad, porque Ana de Austria es reina de Francia, y la señora de Condé no es más que princesa de sangre, y esto nos concederá a nosotros cuatro horas o cinco. Ahora bien, como hace ya tres horas que estamos presos, y dos que comparecimos ante nuestros jueces, tenemos por cuenta hecha una hora a dos que vivir, lo que no es largo.

—En todo caso —repuso Canolles—, esperarán a que sea de día para ejecutarnos.

—¡Ah! Nada hay en eso de seguro. Una ejecución a la luz de las antorchas, es cosa muy linda, cuesta más caro, es cierto; pero como la princesa necesita mucho a los Burdeleses en este momento, no será extraño que se decida a hacer este gasto.

—¡Chit! —dijo Canolles—, oigo pasos.

—¡Diablos! —dijo Cauviñac palideciendo un poco.

—Será el vino —dijo Canolles.

—¡Ah, sí! —contestó Cauviñac, fijando en la puerta una mirada más que alerta—; hay esto más; si el carcelero entra con botellas, todo va bien; pero si no…

La puerta se abrió, y el carcelero entró sin botellas.

Cauviñac y Canolles cruzaron una mirada expresiva; pero el carcelero parecía tan presuroso… urgía tanto el tiempo… estaba tan oscuro el calabozo… que no fijó su atención en nada. El carcelero cerró la puerta y entró.

—¿Cuál de los dos —dijo—, es el barón de Canolles?

—¡Ah, diablos! —pronunciaron los dos a un tiempo, y trocaron una nueva mirada.

Entretanto Canolles dudó antes de contestar, y a Cauviñac le pasó otro tanto. El primero había llevado mucho tiempo este nombre para dudar que la apelación se dirigía a él; pero el otro le había llevado lo bastante para temer que se le llamase.

Sin embargo, Canolles conoció que era indispensable responder.

—Yo soy —dijo.

El carcelero se acercó a él.

—¿Vos erais gobernador de plaza?

—Sí.

—Pero yo también era gobernador de plaza; yo también me he llamado Canolles —dijo Cauviñac—. Veamos, expliquemos con claridad.

—¿Pero vos os llamáis ahora Canolles? —preguntó el carcelero.

—Sí —contestó Canolles.

—¿Y vos os habéis llamado Canolles otras veces? —dijo el carcelero a Cauviñac.

—Sí —respondió éste—, otras veces. Un día no más, y empiezo a creer que aquel día tuve una idea muy necia.

—¿Los dos sois gobernadores de plaza?

—Sí —contestaron a un tiempo Canolles y Cauviñac.

—Una última pregunta lo acabará todo.

Los dos prisioneros prestaron la más viva atención.

—¿Cuál de los dos —dijo el carcelero—, es el hermano de la señora de Nanón de Lartigues? Aquí Cauviñac hizo una mueca, que hubiera sido cómica en un momento menos solemne.

—¡Cuándo os lo decía —interpuso éste dirigiéndose a Canolles—, cuando os dije que por este lado se me atacaría!

Luego, volviéndose al carcelero, le dijo:

—Y si yo fuese el hermano de la señora Nanón de Lartigues, ¿qué diríais, amigo mío?

—Os dirá que me siguieseis en el mismo instante.

—¡Cuernos! —dijo Cauviñac.

—Pero a mí también me ha llamado su hermano —dijo Canolles tratando de distraer entonces sobre la cabeza de su desgraciado compañero.

—Un momento, un momento —dijo Cauviñac pasando por delante del carcelero y llevándose a Canolles aparte—; un momento, caballero mío, no es justo que seáis hermano de Nanón en semejante circunstancia. Bastante han padecido hasta hoy otros por mí y es muy justo que a mi vez pague yo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Canolles.

—¡Oh! Eso sería muy largo de contar; y luego bien veis que nuestro carcelero se impacienta y patalea… Esperad, esperad un poco, amigo mío, ya se os sigue. Quedad con Dios, querido compañero —continuó Cauviñac—, a lo menos mis dudas quedan fijas sobre un punto; sobre quién irá delante. Quiera Dios que no me sigáis muy pronto. Ahora queda por saber el género de muerte.

—¡Diablos! Con tal que no sea horca… ¡Eh, ya vamos, pardiez, ya vamos! ¡Mucha prisa tenéis, buen hombre!

—Ea, pues, mi querido hermano, querido cuñado, querido compañero, querido amigo… ¡adiós por última vez! ¡Buenas noches!

Cauviñac dio un paso más hacia el barón, tendiéndole la mano, Canolles tomó esta mano entre las suyas y la estrechó afectuosamente.

Durante este tiempo Cauviñac le miraba con una expresión singular.

—¿Qué queréis de mí? —dijo el barón—. ¿Tenéis algo que pedirme?

—Sí —dijo Cauviñac.

—Pues bien, hacedlo sin temor.

—¿Rezáis algunas veces? —dijo Cauviñac.

—Sí —contestó Canolles.

—Pues bien, cuando recéis… decid alguna palabra por mí.

Y volviéndose hacia el carcelero, que parecía que estaba cada vez más impaciente, le dijo:

—Yo soy el hermano de la señora Nanón de Lartigues.

—Vamos, amigo…

El carcelero no se lo dejó repetir, y se llevó apresuradamente a Cauviñac, que desde el umbral de la puerta dirigió a Canolles una última despedida.

Luego se cerró la puerta, sus pasos se perdieron en el corredor, y todo volvió a quedar en un silencio, que le pareció al que quedaba del silencio de la muerte.

El barón quedó profundamente absorto en una tristeza, que se asemejaba al terror. Este modo de llevarse a un hombre, nocturnamente, sin ruido, sin aparato, sin guardias, era más horroroso que los aspectos del suplicio hechos a la luz del sol. Sin embargo, todo el terror de Canolles era por su compañero, porque su confianza en la vizcondesa de Cambes era tan grande, que después de haberla visto, a pesar de la fatal noticia que le anunciara, no temía nada por

sí.

Por esto lo único que realmente ocupaba en aquel momento su pensamiento, era la suerte que le estaba reservada al compañero que le arrebataba. Entonces la última recomendación de su compañero se presentó a su alma, se puso de rodillas y oró.

Algunos instantes después se levantó, sintiéndose consolado y fuerte, y esperando solo la llegada del socorro prometido por la vizcondesa de Cambes, o su presencia.

Durante este tiempo, Cauviñac seguía al carcelero por el corredor sombrío, sin decir una palabra, y reflexionando lo más seriamente posible.

Al fin del corredor el carcelero cerró con tanto cuidado la puerta, como lo había hecho con la del calabozo de Canolles; y después de haber prestado atención a ciertos ruidos vagos que subían del piso inferior, dijo volviéndose bruscamente hacia Cauviñac:

—Vamos, señor mío —andando.

—Estoy pronto —contestó Cauviñac con gravedad.

—No habléis tan alto —le dijo el carcelero—, y andad más deprisa.

Y tomó una escalera que descendía a los calabozos subterráneos.

—¡Oh, oh! —dijo para sí Cauviñac—. ¿Me querrán degollar entre dos muros; o meterme en algún encierro perpetuo? Yo he oído decir que a veces se contentaban con exponer los cuatro cuartos en una plaza pública, como hizo César Borgia con Ramiro de Orco. Veamos, este carcelero está solo enteramente y lleva las llaves en su cintura. Esas llaves deben abrir precisamente una puerta cualquiera. Él es pequeño, yo grande; él es débil, yo soy fuerte; él va delante, yo detrás, y si quiero pronto puedo estrangularle… ¿Quiero?…

Y ya Cauviñac, que se había respondido que quería, extendía sus huesosas manos para ejecutar el proyecto que acababa de formar, cuando de pronto el carcelero se volvió con terror.

—¡Chit! —dijo—. ¿No oís nada?

—Decididamente —continuó Cauviñac hablando consigo mismo—, algo hay de oscuro en todo esto; y si tantas precauciones no me tranquilizasen, debería inquietarme en extremo.

Así, pues, deteniéndose de pronto, dijo:

—Pero, ¡eh! ¿Adónde me lleváis?

—¿No lo veis? —respondió el carcelero—, a la fosa.

—¡Oiga! —replicó Cauviñac—. ¿Me van a enterrar vivo?

El carcelero se encogió de hombros, y pasando una porción de corredores llegó a una puertecita baja arqueada y húmeda, detrás de la que se sentía un ruido extraño, y abrió.

—¡El río! —exclamó Cauviñac aterrado al ver el agua que rodaba sombría y negra como la de Aqueronte.

—Sí, el río. ¿Sabéis nadar?

—Sí… pero… es decir, ¿por qué diablos me preguntáis eso?

—Es que si no sabéis nadar, tendremos que aguardar a un bote que hay allá abajo, y perderemos un cuarto de hora, además que pueden oír la señal que debo hacer, y por consiguiente atraparnos.

—¡Atraparnos! —exclamó Cauviñac—. ¡Ah, ya! Querido amigo. ¿Según eso, nos salvamos?

—¡Pardiez! De seguro.

—¿Y adónde vamos?

—A donde nos parezca.

—¿Según eso, estoy libre?

—Libre como el viento.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Cauviñac.

Y sin añadir una sola palabra a esta elocuente exclamación, sin mirar a su alrededor, sin pensar en si su compañero le seguiría, se lanzó al río con más rapidez que hubiera podido hacerlo una nutria perseguida. El carcelero le siguió, y ambos, después de un cuarto de hora de silenciosos esfuerzos para cortar la corriente, se encontraron a la vista del bote. Entonces el carcelero silbó tres veces sin dejar de nadar, los remeros, conociendo la señal convenida, salieron a su encuentro, los entraron con prontitud en la barca, y sin decir una sola palabra, a fuerza de remos los pusieron en menos de cinco minutos en la ribera opuesta.

—¡Ouf! —dijo Cauviñac—, que desde el momento de arrojarse tan resueltamente al río no había dicho una sola palabra. ¡Ouf! Por fin me veo en salvo. Querido carcelero de mi corazón, Dios os recompensará.

—Y mientras llega la recompensa que Dios me reserva —contestó el carcelero—, tengo en mi poder unas cuarenta mil libras, que me ayudarán a tener paciencia.

—¡Cuarenta mil libras! —dijo Cauviñac estupefacto—. ¿Y quién diablos

puede haber gastado cuarenta mil libras en mí?

XLIV

Consecuencia de un engaño

Pemítasenos una breve explicación, después de la cual volveremos a tomar el hilo de nuestra historia.

Tiempo era ya de volver a Nanón de Lartigues, que al ver desgraciado a Richón expirando bajo la galería del mercado de Liburnio, había lanzado un grito y se había desmayado.

Sin embargo, Nanón, como ha podido observarse, no era una mujer de complexión débil. A pesar de la delicadeza de su cuerpo y la pequeñez de sus proporciones, había soportado largos disgustos, sostenido fatigas, arrostrado peligros; y esta alma amante y vigorosa, dotada de un temple nada común, sabía doblegarse según las circunstancias y aparecer más fuerte a cada golpe que le daba el destino.

El duque de Epernón que la conocía, o mejor dicho, que creía conocerla, no pudo menos de admirarse al verla tan completamente abatida por el aspecto de un dolor físico. Ella, que en el incendio de su palacio de Agén había estado a pique de ser quemada viva, sin lanzar un grito ni proferir una queja; que en medio de aquel tumulto había visto perecer a dos de sus mujeres asesinadas en su lugar, y que ni aun siquiera había pestañeado por no alegrar a sus numerosos enemigos, de los cuales el uno de ellos, más desesperado que los demás, había dispuesto obsequiar con este suplicio a la favorita del gobernador detestado.

El desmayo de Nanón duró cerca de dos horas y terminó con horribles ataques de nervios, durante los cuales no pudo hablar, sino sólo dar gritos inarticulados. Esto fue a punto que la reina misma, después de haber enviado muchos mensajes a la enferma, llegaba en persona a visitarla; y Mazarino, que acababa de entrar quiso ocupar la cabecera de la cama para hacer de médico, pues era su mayor pretensión. Aplicar la medicina a aquel cuerpo amenazado y la teología a aquella alma en peligro.

Pero Nanón no recobró los sentidos hasta muy entrada la noche. Entonces pasó algún rato coordinando sus ideas; y por último, estrechándose la cabeza con las manos exclamó con un acento desgarrador:

—¡Estoy perdida; me le han matado!

Por fortuna, estas palabras eran bastante extrañas para que los circunstantes

dejaran de atribuirlas al delirio, y así sucedió.

Sin embargo, estas palabras quedaron en la memoria de los que las oyeron; y cuando a la mañana siguiente volvió el señor de Epernón de una expedición que le alejara de Liburnio la víspera, supo a la vez que había proferido al volver en sí. El de Epernón, que conocía toda la efervescencia de aquella alma de fuego, comprendió que había allí algo más que delirio, y se apresuró a ver a Nanón, aprovechándose del primer momento de soledad que le dejaron los concurrentes.

—Amiga mía —le dijo—, he sabido todo lo que habéis sufrido con motivo de la muerte de Richón, que se tuvo la imprudencia de venir a ahorcar bajo vuestras ventanas.

—¡Oh, sí —exclamó Nanón—, eso es terrible, es infame!

—Tranquilizaos —le contestó el duque—. Ahora que sé el efecto que eso os produce, haré colgar a los rebeldes en la plaza del Curso, y no en la del Mercado. ¿Pero de quién hablabais cuando decíais que os le habían muerto? Eso me parece que no lo diríais por Richón, porque jamás he oído decir que haya sido nada vuestro, ni aun simple conocido.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor duque? —dijo Nanón levantándose sobre el codo y asiéndole el brazo.

—Sí, yo soy, y estoy muy contento de que me conozcáis; eso prueba que vais mejor. ¿Pero de quién hablabais?

—¡De él, señor duque, de él! —repuso Nanón con un resto de delirio—. ¡Vos le habéis matado! ¡Oh! ¡El infeliz!

—¡Querida mía, me asustáis! ¿Qué decís?

—Digo que le habéis matado. ¿No comprendéis, señor duque?

—No, querida amiga —contestó el duque de Epernón, tratando de hacer hablar a Nanón, entrando en las ideas que le sugería su delirio—. ¿Cómo puedo yo haberle matado si no le conozco?

—¿No sabéis que es prisionero de guerra, que es capitán, que es gobernador, que tiene los mismos títulos y el mismo grado que ese pobre Richón, y que los Burdeleses van a vengar en él la muerte del que habéis hecho asesinar? Porque aunque hayáis tomado la apariencia de la justicia, es un verdadero asesinato, señor duque. El duque de Epernón, desconcertado por este apóstrofe, por el fuego de aquellas centelleantes miradas, por la acción febril y el gesto enérgico de Nanón, retrocedió palideciendo.

—¡Oh, es verdad, es verdad! —exclamó golpeándose la frente—, el pobre Canolles, le había olvidado.

—¡Mi hermano, mi pobre hermano! —exclamó a su vez Nanón, feliz por poder dilatarse dando a su amante el título bajo el cual el señor de Epernón le conocía.

—¡Tenéis razón, por Cristo! —dijo el duque—, y yo soy quien no tiene juicio. ¿Cómo diablos he olvidado a nuestro amigo? Pero aún no se ha perdido el tiempo; apenas podrá saberse a estas horas la noticia en Burdeos. Necesitan tiempo para reunirse, juzgar… y además, que dudarán.

—¿Ha dudado la reina? —dijo Nanón.

—Pero la reina es la reina. Tiene derecho de vida y muerte… ellos son rebeldes.

—¡Ay! —dijo Nanón—, razón más para que no se paren en nada. Pero, veamos, decid, ¿qué vais a hacer?

—Aún no lo sé; pero descansad en mí.

—¡Oh! —dijo Nanón tratando de levantarse—, aunque tenga que ir yo misma a Burdeos y entregarme en su puesto, no morirá.

—Tranquilizaos, querida amiga; eso me toca a mí. Yo he hecho el mal, y yo lo debo reparar, y lo haré a fe de caballero. La reina tiene aún algunos amigos en la ciudad; no os inquietéis.

El duque hacía esta promesa de todo corazón.

Nanón, comprendiendo la franqueza y la voluntad del duque, y leyendo la convicción en sus ojos, sintióse entonces animada de tanta alegría, que cogiéndole las manos estampó en ellas sus labios de fuego, y le dijo:

—¡Oh, monseñor! Si pudieseis salir bien, ¡cuánto os amaría!

El duque se estremeció hasta verter lágrimas, ésta era la primera vez que Nanón le hablaba con esta expansión y que le hacía semejante promesa.

Salió enseguida del aposento, asegurando de nuevo a Nanón que no tenía qué temer. Luego, haciendo venir a uno de sus criados, cuya destreza y fidelidad le eran bien conocidas, le mandó dirigirse a Burdeos, entrar en la ciudad, aunque tuviese que escalar las murallas, y entregar al asesor Lavia la nota siguiente, escrita toda de su propia mano:

«Impedir que suceda la menor molestia al señor de Canolles, capitán comandante de plaza al servicio de Su Majestad.

Si este oficial está preso, como se presume, ponerle en libertad por todos los medios posibles; seducir los guardias ofreciéndoles todo el oro que pidan; extenderse hasta cien mil escudos, hasta un millón, si es necesario, y empeñar la palabra del señor duque de Epernón para la dirección de un castillo real.

Si la corrupción fracasa, tentar la fuerza; no detenerse en nada, la violencia, el incendio, la mortandad serán escusadas.

Señas personales:

Estatura alta, ojos pardos, nariz curva. En caso de duda, preguntar: ¿Sois el hermano de Nanón?

Prontitud; no hay que perder un minuto».

El mensajero partió, entró en una quinta, trocó sus vestidos por un capotón de lienzo de un aldeano, y tres horas después penetró en la ciudad conduciendo una carreta cargada de harina.

Lavia recibió la carta un cuarto de hora después de la decisión del consejo de guerra. Hízose abrir la puerta del castillo, habló al carcelero principal, le ofreció veinte mil libras, que rehusó, después treinta que rehusó también, y finalmente cuarenta mil que aceptó.

Ya sabemos cómo engañado por la apelación de ¿Sois vos el hermano de Nanón? Que, según el duque de Epernón, debía evitar todo equívoco, Cauviñac había respondido, cediendo al único movimiento de generosidad que tuviera en toda su vida. Sí; y ocupando de este modo el puesto de Canolles, se había encontrado libre con grande admiración suya.

Cauviñac fue conducido en un ligero caballo hacia la aldea de Saint-Loubés; que pertenecía a los epernonistas.

Allí se encontró un mensajero del duque, que venía al encuentro del fugitivo en un caballo, también del duque, bruto español de inestimable precio.

—¿Se ha salvado? —exclamó dirigiéndose al jefe de la escolta que conducía a Cauviñac.

—Sí —contestó éste—, y le traemos.

Esto era lo único que tenía que saber el mensajero; hizo volver a su caballo y se lanzó rápido como un meteoro en la dirección de Liburnio. Hora y media después el caballo, rendido a las puertas de la ciudad, enviaba rodando a su jinete a los pies del duque de Epernón, que palpitaba de impaciencia esperando la palabra «Sí». El mensajero, medio hecho pedazos, tuvo aún fuerza para pronunciar aquel esperado, «Sí», que costaba tan caro, y el duque se precipitó sin perder un segundo hacia el aposento de Nanón, que tendida aún en su lecho, trastornada y con la vista espantada, fijaba sus miradas insensatas en la puerta, henchida de sirvientes.

—Sí —exclamó el duque de Epernón—, sí, está salvado, querida amiga; y me sigue, y vais a verle.

Nanón dio en su cama un salto de gozo; estas pocas palabras quitaban de

su pecho el peso que le ahogaba, extendió sus dos manos hacia el cielo, y bañada por las lágrimas que esta inesperada dicha hacía brotar de sus ojos, áridos por la desesperación, exclamó con un acento imposible de describir:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío, te doy las gracias!

Luego, bajando sus ojos del cielo a la tierra, vio a su lado al señor de Epernón, tan dichoso de su ventura, que se hubiera dicho que se interesaba a la par de ella por el querido prisionero. Sólo entonces fue cuando se presentó a su espíritu.

—¿Cómo recompensar al duque por su bondad y su solicitud, cuando vea un extraño en el lugar de su hermano? ¿Cuando conozca la artimaña de un amor casi adúltero sustituido al puro sentimiento del cariño fraternal?

La respuesta de Nanón a sí misma fue corta y enérgica.

—Y bien, no importa —dijo en su interior aquel corazón sublime a la vez por la abnegación y el desinterés—, no le engañaré más; se lo diré todo, me echará de su lado, me maldecirá, y entonces me echaré a sus pies para darle gracias por lo que ha hecho por mí durante tres años. Luego, pobre y humillada, pero feliz y contenta, saldré de aquí rica con mi amor, y dichosa con la nueva vida que nos espera…

En medio de este éxtasis de abnegación, en que la ambición era sacrificada al amor, estaba la joven, cuando el ala de criados se abrió y un hombre se precipitó en la sala donde estaba Nanón acostada, exclamando:

—¡Hermana mía, mi buena hermana!

Nanón se incorporó, abrió extraordinariamente sus ojos, se puso más blanca que la almohada bordada que había detrás de su cabeza, y por segunda vez cayó como herida del rayo, murmurando:

—¡Cauviñac, Dios mío, Cauviñac!

—¡Cauviñac! —repitió el duque de Epernón mirando a su alrededor con asombro, como para buscar evidentemente al sujeto a quien esta interpelación se dirigía.

Cauviñac no se atrevió a contestar, estaba todavía poco en salvo para tomarse semejante franqueza; comprendía que respondiendo iba a perder a su hermana, y perdiendo a su hermana se arruinaba infaliblemente a sí mismo. A pesar de su natural inventiva quedó cortado, dejando hablar a Nanón, para después corregir sus palabras.

—¡Y el señor de Canolles! —exclamó ésta con tono de furiosa reconvención y lanzando a Cauviñac los rayos de sus ojos. El duque arrugaba las cejas y empezaba a morderse el bigote. Los circunstantes, excepto Fineta,

que estaba muy pálida, y Cauviñac que hacía todo lo posible por no palidecer, ignoraban el significado de aquella inesperada cólera, y se miraban asombrados entre sí.

—¡Pobre hermana! —murmuró Cauviñac al oído del duque—, ha temido por mi suerte, que delira y no me conoce.

—¡A mí es a quien debes contestar —exclamó Nanón—, miserable, a mí! ¿Dónde está el señor de Canolles? ¿Qué ha sido de él? ¡Responde pronto!

Cauviñac tomó una resolución desesperada, era necesario exponer el todo por el todo y atrincherarse en su propia desvergüenza; porque buscar su salvación en una confesión, hacer conocer al señor de Epernón el doble personaje del falso Canolles a quien había favorecido, y el verdadero Cauviñac que había levantado tropas contra la reina y vendido estas mismas tropas a la reina, era querer ir a reunirse con Richón en la viga del mercado.

Acercóse, pues, al duque de Epernón, con lágrimas en los ojos le dijo:

—¡Oh! Señor, eso no es ya delirio, es locura; y como veis, el dolor le ha trastornado el juicio hasta el punto de no conocer a sus más allegados. Si alguien puede restituirle la razón perdida, bien comprendéis que ése soy yo; haced, pues, os lo suplico, que todos esos sirvientes se retiren, a excepción de Fineta, que quedará aquí para darle los remedios que necesite; porque del mismo modo que yo, sentiréis ver reír a los extraños a expensas de esa pobre hermana mía.

Tal vez el señor de Epernón no habría cedido fácilmente al medio propuesto por Cauviñac, que a pesar de su credulidad, empezaba a inspirarle alguna desconfianza, si un mensajero no hubiese venido a decirle de parte de la reina que se le esperaba en palacio, con motivo de un consejo extraordinario convocado por el señor de Mazarino.

Mientras que el enviado desempeñaba su mensaje, Cauviñac se acercó a Nanón y le dijo con rapidez:

—En nombre del cielo, calmaos, hermana mía, para que podamos hablar algo a solas, y todo se reparará.

Nanón volvió a dejarse caer en la cama, si no tranquila, al menos dueña de sí misma, porque la esperanza, aunque administrada en muy pequeña dosis, es un bálsamo que aplaca los padecimientos del corazón.

En cuanto al señor de Epernón, decidido a ejecutar hasta el fin el papel de los Orgones y de los Gerontes, volvió junto a Nanón, y besándole la mano le dijo:

—Vamos, querida amiga, espero que la crisis habrá pasado ya; recobrad vuestros ánimos; voy a dejaros con ese hermano que tanto amáis, porque la

reina me manda a llamar. Creed que sólo una orden de la reina puede arrancarme de vuestro lado en semejante momento.

Nanón creyó que le faltaba valor. No tuvo fuerza para contestar al duque, y sólo miró a Cauviñac, apretándole la mano como diciéndole:

—¿No me has engañado, hermano mío, puedo realmente esperar?

Cauviñac respondió a esta presión de mano con otra igual; y volviéndose al señor de Epernón, le dijo:

—Sí, señor duque, la crisis más fuerte a lo menos ha pasado, y mi hermana va a recobrar la convicción de que tiene a su lado un amigo fiel y un corazón leal, dispuesto a emprenderlo todo por restituirle la libertad y la dicha.

Nanón no pudo contenerse por más tiempo, y rompió en sollozos, ella, la mujer sin lágrimas, la del espíritu fuerte; pero la habían conmovido tantas cosas, que no era ya más que una mujer ordinaria, y débil, y por lo mismo sentía la necesidad de llorar. El señor de Epernón salió moviendo la cabeza recomendando con una mirada Nanón a Cauviñac. Apenas estuvo fuera, cuando exclamó Nanón:

—¡Oh! ¡Cuánto me ha hecho sufrir ese hombre! Si se hubiese detenido un momento más, creo que me habría muerto. Cauviñac hizo una seña, que recomendaba silencio. Luego fue a aplicar el oído a la puerta para convencerse de que realmente se alejaba el duque.

—¡Oh! ¿Qué me importa —exclamó Nanón—, que escuche o que no escuche? Me has dicho dos palabras para tranquilizarme; di, ¿qué piensas?, ¿qué esperas?

—Hermana mía —dijo Cauviñac adoptando un aire grave que no le era habitual—, no te afirmaré que estoy seguro de salir bien, pero te repito lo que ya he dicho, haré por conseguirlo todo cuanto cabe en el mundo.

—¿Salir bien? ¿En qué? —preguntó Nanón—. ¿Nos entendemos bien esta vez y no hay aún entre nosotros algún terrible quid pro quo?

—En salvar al desgraciado Canolles.

Nanón fijó en él una mirada terrible.

—¡Está perdido! ¿No es así?

—¡Ay! —contestó Cauviñac—, si me exiges mi opinión franca y completa, confieso que la posición es mala.

—¡Cómo lo dices! —exclamó Nanón—. ¿Pero sabes bien, desdichado, lo que es ese hombre para mí?…

—Sé que es un hombre que prefieres a tu hermano, puesto que le salvabas

mejor que a mí, y que al verme me has recibido lanzándome un anatema.

Nanón dio muestras de impaciencia.

—¡Eh, pardiez! Razón tenías —dijo Cauviñac—, y no te digo esto por reconvenirte, sino como simple observación; porque oye, con la mano sobre el corazón, no diré sobre mi conciencia por no exponerme a mentir, si estuviese sabiendo lo que sé, diría al señor de Canolles: Caballero, vos habéis sido llamado hermano por Nanón, y a vos es a quien llaman y no a mí; y él habría venido en mi lugar, y yo habría muerto en el suyo.

—¡Pero morirá! —exclamó Nanón con esa explosión de dolor que prueba en las inteligencias mejor organizadas el sentimiento de la muerte no tiene cabida jamás sino en el estado de temor, y nunca en el de certidumbre, puesto que la afirmación causa un golpe tan violento—. ¡Pero morirá!

—Hermana mía —contestó Cauviñac—, eso es cuanto puedo decirte, y sobre lo que es necesario basar cuanto vamos a hacer. Son las nueve de la noche, en dos horas que he venido corriendo, muchas cosas pueden haber pasado. No te desesperes, ¡voto a tal!, porque también puede no haber pasado nada. Me ocurre una idea.

—Di pronto.

—A una lengua de Burdeos tengo cien hombres y mi teniente.

—¿Hombre seguro?

—Ferguzón.

—¿Y bien?

—Por más que diga el señor de Bouillón, por más que haga el señor de Larochefoucault y por más que piense la señora princesa, que se cree otro capitán igual a sus generales, tengo la idea de que con cien hombres, sacrificando la mitad, llegaré hasta Canolles.

—¡Oh! ¡Te equivocas, hermano mío; no llegarás, no!

—Llegaré, ¡voto al Diablo! O me dejaré matar.

—¡Ay! ¡Tu muerte me probará tu buen deseo, pero no le salvará! ¡Está perdido, perdido!

—Y yo te digo que no; así debiese entregarme en su puesto —exclamó Cauviñac con un transporte de casi generosidad, que le sorprendió a él mismo.

—¡Entregarte tú!

—Sí, yo, sin duda; porque al fin nadie puede tener ni tiene motivo de odio contra ese buen Canolles, y todo el mundo le quiere, por el contrario; mientras

que a mí se me detesta.

—¡A ti! ¿Y por qué se te detesta?

—Eso es muy sencillo, porque tengo la felicidad de estar unido a ti por los lazos más estrechos de la sangre. Perdona, querida hermana, pues es en extremo lisonjero para una buena realista lo que yo te digo.

—¡Espera! —dijo lentamente Nanón—, poniéndole el dedo en los labios.

—Escucho.

—¿Dices que me detestan mucho los Burdeleses?

—Es decir, que te execran.

—¡Ah! ¿De veras? —repuso Nanón sonriendo, medio pensativa, medio alegre.

—No creí decirte con esto nada que te agradase tanto.

—Sí tal, sí tal —dijo Nanón—, es, si no agradable, muy sensato a lo menos. Si, tienes mucha razón —continuó, hablando más bien consigo misma que con su hermano—, no es al señor de Canolles a quien odian, ni a ti tampoco. Oye, oye.

Entonces se levantó, cubrió su satinado y ardiente cuello con un largo manto de seda, y sentándose a la mesa escribió deprisa algunas líneas, que Cauviñac, por el colorido de su frente y la expansión de su seno, juzgó que debían de ser de mucha importancia.

—Toma esto le dijo cerrando la carta.

—Ve solo, sin soldados, sin escolta, a, Burdeos, en la caballeriza hay un caballo árabe que puede hacer el camino en una hora.

Llega tan pronto como los medios hermanos lo permitan; presenta esta carta a la princesa, y el señor de Canolles se salvará. Cauviñac miró a su hermana con asombro; pero conociendo aquel genio vigoroso y decidido, no perdió tiempo en comentar las frases, bajó precipitadamente a la caballeriza, montó en el caballo designado, y al cabo de media hora había hecho la mitad del camino. En cuanto a Nanón; luego que le vio partir desde su ventana, se arrodilló; la atea hizo una corta plegaria, encerró sus alhajas y diamantes en un cofre, mandó disponer un coche, y se hizo adornar por Fineta con sus mejores vestidos.

XLV

Perdón y condena

La noche extendía sobre Burdeos su denso velo; y excepto el cuartel de la Explanada, hacia el que todo el mundo se agolpaba, el resto de la ciudad parecía desierto.

En las calles distantes de aquel punto privilegiado no se oía otro ruido que los pasos de las patrullas; ninguna otra voz que la de alguna vieja al cerrar su puerta con terror.

Pero hacia el lado de la Explanada, a lo lejos, entre la bruma de la noche, se sentía un rumor sordo y continuo, semejante al ruido de las olas al retirarse de la playa.

La princesa acababa de terminar su correspondencia, y había mandado decir al duque de Larochefoucault que podía recibirle. A los pies de la princesa, humildemente sentada sobre un tapiz estudiando con la más viva ansiedad su semblante y su humor, la vizcondesa de Cambes parecía esperar el momento de hablar sin ser importuna; pero esta paciencia contrahecha, esta dulzura estudiada, eran desmentidas sin duda por las crispaciones de su mano, que frotaban y deshilaban un pañuelo.

—¡Setenta y siete firmas! —dijo la princesa—; ya veis que esto de hacer de reina no es todo miel, querida Clara.

—Sí tal señora —respondió la señora de Cambes—; porque al tomar el puesto de la reina os habéis arrogado su más bello privilegio, el de hacer gracia.

—Y el de castigar, Clara —contestó orgullosamente la princesa de Condé—; porque una de estas setenta y siete firmas va al pie de una sentencia de muerte.

—Y la septuagésima octava habrá de ir al pie de un indulto, ¿es verdad, señora? —dijo la vizcondesa con tono de súplica.

—¿Qué decís, chiquita?

—Digo, señora, que creo que ya es tiempo de que yo vaya a libertar a mi prisionero. ¿No queréis que le evite el horrible espectáculo de ver conducir a su compañero a la muerte? ¡Ah, señora! Ya que queréis hacer gracia, hacedla completa.

—Sí, a fe mía, tienes razón, chiquita —repuso la princesa—; pero a la verdad, en medio de mis graves ocupaciones había olvidado mi promesa, y has hecho bien en recordármela.

—Así, pues —exclamó la vizcondesa muy alegre.

—Es decir, que hagas lo que quieras.

—Entonces una firma más, señora —repuso Clara con una sonrisa—, que habría enternecido el corazón más duro; sonrisa que ninguna pintura sabría imitar, porque pertenece sólo a la mujer que ama, es decir, a la vida su más divina esencia.

Y colocó un papel sobre la mesa de la señora de Condé, indicándole con la punta del dedo el lugar en que debía poner la mano. La princesa escribió:

«El señor gobernador del castillo Trompeta dejará entrar a la señora vizcondesa de Cambes en la prisión del barón de Canolles, a quien restituimos su completa libertad».

—¿Es eso? —preguntó la princesa.

—¡Oh, sí, señora! —exclamó la vizcondesa de Cambes.

—¿Y es menester que firme?

—Seguramente.

—Vamos, chiquita —dijo la princesa con su sonrisa más cordial—, es necesario hacer todo lo que tú quieres.

Y firmó.

La vizcondesa se precipitó sobre el papel como un águila sobre su presa. Apenas tuvo tiempo para dar las gracias a Su Alteza; y estrechando el papel contra su corazón, se lanzó fuera del aposento.

En la escalera encontró al señor de Larochefoucault, a quien seguía siempre un cortejo bastante numeroso de capitanes y gentes del pueblo en sus excursiones por la ciudad.

La señora de Cambes le dirigió un saludo módico y gracioso, el señor de Larochefoucault admirado, se detuvo un instante en la meseta, y antes de entrar en la habitación de la princesa la siguió con la vista hasta lo hondo de las gracias.

Luego, al llegar junto a Su Alteza, le dijo:

—Señora, todo está pronto.

—¿Dónde?

—Allá abajo.

La señora de Condé recorrió su memoria.

—En la Explanada —continuó el duque.

—¡Ah, muy bien! —contestó la princesa afectando mucha calma, porque advertía que se le observaba, y que a pesar de su naturaleza de mujer, que la

mandaba estremecerse, su dignidad de jefe de partido le ordenaba no debilitarse.

—Pues bien, si todo está pronto, andad, señor duque. El duque pareció dudar.

—¿Acaso creeríais conveniente que yo asistiese? —dijo la princesa con un temblor de voz, que a pesar del dominio que tenía sobre sí misma, no pudo del todo reprimir.

—Como gustéis, señora —contestó el duque, que tal vez hacía en aquel momento uno de sus estudios fisiológicos.

—Veremos, duque, veremos. Vos sabéis que he hecho gracia a muchos condenados.

—Sí, señora.

—¿Y qué decís de esta medida?

—Digo que todo lo que Vuestra Alteza hace está bien hecho.

—Sí —contestó la princesa—, eso me agrada más. Será más digno de nosotros mostrar a los epernonistas que no tememos usar las represalias, tratar de potencia a potencia con Su Majestad; pero que confiados en nuestra fuerza, devolvemos el daño sin furor, sin exageración.

—Es muy político eso.

—¿No es así, duque? —dijo la señora de Condé, tratando de indagar en el acento de Larochefoucault su verdadera intención.

—Pero —continuó el duque—, siempre seréis de opinión que uno de los dos expíe la muerte de Richón; porque si esta muerte quedase sin vengar, se creería que Vuestra Alteza estima en poco a los valientes que se consagran a su servicio.

—¡Oh! ¡Ciertamente, uno de ellos morirá, a fe de princesa! Vivid tranquilo.

—¿Y puedo saber a cuál de los dos ha hecho gracia Vuestra Alteza?

—Al señor de Canolles.

—¡Ah!

Este ¡Ah!, fue pronunciado de una manera singular.

—¿Tendríais acaso algo de particular contra ese caballero, señor duque? —le dijo la princesa.

—Yo, señora, ¿acaso tengo yo nada jamás en pro ni en contra de ninguno?

Yo alineo los hombres en dos categorías, en obstáculos y apoyos. Es necesario derrocar los unos y sostener los otros… a proporción que nos sostiene. Ésta es mi política, señora, y casi diría mi moral.

—¿Qué diablo de impedimento medita y adónde irá a parar? —se dijo a sí Lenet—. Según todas las apariencias, detesta a ese pobre Canolles.

—Y bien —dijo el duque—, si Vuestra Alteza no tiene otra cosa que mandar…

—No, señor duque.

—Pues bien, con el permiso de Vuestra Alteza.

—¿En esta noche misma? —preguntó la princesa.

—Dentro de un cuarto de hora.

Lenet se dispuso a seguir al duque.

—¿Vais a ver eso vos, Lenet? —dijo la señora de Condé.

—¡Oh! No, señora —contestó Lenet—, no estoy por las emociones violentas, bien lo sabéis; me contentaré con ir hasta la mitad del camino, es decir, hasta la prisión, y con ver el interesante cuadro de la soltura del pobre Canolles por la mujer que ama.

El duque hizo una mueca de filósofo, Lenet se encogió de hombros, y el cortejo fúnebre salió del palacio para restituirse a la prisión.

La vizcondesa de Cambes no había, empleado cinco minutos en atravesar este espacio. Llegó, enseñó la orden al centinela del puente levadizo, luego al conserje del castillo, últimamente hizo llamar al gobernador.

Éste examinó con esa mirada impasible de gobernador de una prisión, que no se amilana jamás ni ante las sentencias de muerte ni ante los derechos de indulto, reconoció el sello y la firma de la princesa, saludó a la mensajera, y volviéndose hacia la puerta, dijo:

—Llamad al teniente.

Luego hizo seña de sentarse a la vizcondesa de Cambes, pero estaba ésta demasiado agitada para no combatir su impaciencia por medio del movimiento; permaneció en pie.

El gobernador creyó deber dirigirle la palabra.

—¿Conocéis al señor de Canolles? —dijo aquél en el mismo tono que hubiera preguntado qué tiempo hacía.

—¡Oh! Sí, señor —respondió la señora de Cambes.

—¿Es tal vez vuestro hermano, señora?

—No, señor.

—¿Vuestro amigo?

—Es… es mi prometido —dijo la vizcondesa de Cambes—, esperando que después de esta confesión el gobernador activaría la libertad del prisionero.

—¡Ah! —dijo el gobernador en el mismo tono que hasta entonces había adoptado—. Os felicito, señora.

Y no teniendo más preguntas que hacer, el gobernador volvió a quedar en su inmovilidad y en su silencio.

El teniente entró.

—Señor de Outremont —dijo el gobernador—, llamad al llavero en jefe, y haced poner en libertad al señor de Canolles. Aquí tenéis su orden de salida.

El teniente se inclinó y tomó el papel.

—¿Queréis esperar aquí? —preguntó el gobernador.

—¿Me es prohibido seguir al señor?

—No, señora.

—Entonces le acompañaré; ya conocéis que quiero ser la primera que le diga que está salvado.

—Id, pues, señora, y admitid el homenaje de mis respetos.

La vizcondesa hizo una rápida reverencia al gobernador, y siguió al teniente.

Éste era justamente el joven que había hablado ya con Canolles y Cauviñac, y se daba toda la prisa de la simpatía.

En un instante la vizcondesa de Cambes y él estuvieron en el patio.

—¿El llavero en jefe? —gritó el teniente.

Luego, volviéndose hacia la vizcondesa, añadió:

—Tranquilizaos, señora, dentro de un instante estará aquí.

El segundo carcelero vino.

—Señor teniente —dijo—, el llavero en jefe ha desaparecido; se le ha llamado inútilmente.

—¡Oh! Caballero —exclamó la vizcondesa de Cambes—, esto nos va a retardar aún.

—No, señora, la orden es formal; así que tranquilizaos.

La vizcondesa de Cambes le retribuyó con una de esas miradas que pertenecen sólo a la mujer y al ángel.

—¿Tenéis dobles llaves de todos los calabozos? —preguntó el señor de Outremont.

—Sí, señor —contestó el carcelero.

—Abrid la sala del señor de Canolles.

—El señor de Canolles, ¿el número 2?

—Precisamente, el número 2. Abrid pronto.

—Creo además —dijo el carcelero—, que están juntos los dos. Se escogerá el bueno.

En todos tiempos han sido chistosos los carceleros.

Pero la vizcondesa de Cambes era muy feliz para enfadarse del atroz chiste; al contrario, se sonrió. Hubiera abrazado a aquel hombre, si necesario fuese, porque se apresurase por poder ver a Canolles un segundo más pronto.

En fin, se abre la puerta. Canolles, que ha oído pasos en el corredor, que ha conocido la voz de la señora de Cambes, se echa en sus brazos; y ella, olvidándose de que no es ni su marido ni su amante, le estrecha con toda su fuerza.

El peligro que ha corrido, aquella eterna separación que han tocado como el borde de un abismo, lo purifica todo.

—Y bien, amigo mío —dijo Clara radiante de alegría y de orgullo—, ya veis que cumplo mi palabra. He obtenido vuestro perdón, como os lo había prometido, y vengo a buscaros. ¡Partamos! Y al mismo tiempo que hablaba, conducía con fuerza a Canolles hacia el corredor.

—Caballero —dijo el teniente— bien podéis consagrar toda vuestra vida a la señora, porque de seguro se la debéis a ella. Canolles no contestó; pero sus ojos miraban con ternura al ángel libertador, su mano estrechaba la mano de la joven.

—¡Oh, no os deis tanta prisa! —dijo el teniente sonriendo—. Esto se acabó ya y sois libre; tomad al menos tiempo para abrir vuestras alas.

Pero la señora de Cambes, sin tener en cuenta estas palabras tranquilizadoras, continúa introduciendo a Canolles en los corredores. El barón se dejaba llevar, trocando algunas señas con el teniente. Llegaron a la escalera, la escalera fue descendida como si los dos amantes tuviesen las alas de que el teniente hablaba poco antes. Por último, se encontraron en el patio.

Una puerta más que pasar, y la atmósfera de la prisión no pesaría sobre sus dos pobres corazones…

Esta puerta se abrió al fin.

Pero al otro lado de la puerta un grupo de caballeros, de guardias y arqueros, obstruía el puente levadizo. Eran estos el duque Larochefoucault y sus secuaces.

Sin saber por qué, la vizcondesa de Cambes se estremeció. Siempre que se había encontrado con aquel hombre le había ocurrido algún mal.

En cuanto a Canolles, si existió emoción, quedó en el fondo de su pecho y no apareció en su semblante. El duque saludó a la vizcondesa de Cambes y a Canolles, y aún se extendió a hacerles algunos cumplidos.

Luego hizo una señal a la tropa de caballeros y guardias que le seguían, y se abrieron en ala.

Súbitamente se dejó oír en el patio una voz que salía del fondo de los corredores, y resonaron estas palabras:

—¡Eh! El número 1 está vacío, el otro prisionero falta desde hace cinco minutos. En vano le busco sin poder hallarle en ninguna parte.

Estas palabras hicieron circular un largo estremecimiento entre todos los que las oyeron, el duque de Larochefoucault se conmovió; y no pudiendo reprimir un primer movimiento, extendió la mano hacia el barón de Canolles como para detenerle.

Clara vio este movimiento y palideció.

—¡Venid, venid —dijo ella al joven—, démonos prisa!

—Perdonad, señora —dijo el duque—, pero quisiera que tuvieseis paciencia por un momento, si lo tenéis a bien; aclaremos este error, cosa que os aseguro estará despachada en un minuto.

Y a otra seña del duque, la barrera que se había abierto se volvió a cerrar.

Canolles miró a la vizcondesa, al duque, a la escalera de donde venía la voz, y palideció a su vez.

—Pero, señor duque —dijo Clara—, ¿para qué he de esperar?

La señora princesa de Condé ha firmado la orden de libertad del señor de Canolles. Aquí la tenéis, tomad, vedla, es una orden nominal.

—Sí, no hay duda, señora, ni es mi intención negar la validez de esa orden; tan buena será de aquí a un instante como ahora mismo. Tened paciencia, acabo de enviar a uno, que no puede tardar en volver.

—¿Pero qué tenemos que ver con él? —repuso la vizcondesa—. ¿Qué hay de común entre el señor de Canolles y el prisionero número 1?

—Señor duque —dijo el capitán de guardias a quien Larochefoucault había enviado—, acabamos de buscar inútilmente. El otro prisionero no aparece, el carcelero en jefe ha desaparecido también; y el hijo de éste que ha sido preguntado, dice que su padre y el prisionero han salido por la puerta secreta que da al río.

—¡Oh! —exclamó el duque—. ¿Sabéis algo de eso, señor de Canolles? ¡Una evasión!

A estas palabras, Canolles lo comprendió todo, todo lo adivinó. Conoció que era Nanón la que velaba por él, que a él es a quien vinieron a buscar y a quien se designaba con el nombre de hermano de la señora de Lartigues; que sin saberlo Cauviñac había ocupado su puesto, encontrando la libertad donde creía hallar la muerte. Todas estas ideas entran a la vez en su cabeza, llévase las dos manos a la frente, palidece y vacila a su turno, y sólo se repone al ver a la señora de Cambes temblar sostenida en su brazo. Ninguna de estas demostraciones de terror se han ocultado a las miradas del duque.

—Cerrad las puertas —gritó éste—. Señor de Canolles, tened la bondad de esperar; ya conocéis que es preciso aclarar esto.

—Pero, señor duque —exclamó Clara—, ¿creo que no pretenderéis ir contra una orden de la princesa?

—No, señora —repuso el duque—, pero sí creo que es importante prevenirla de lo que pasa. No os diré, voy a ir yo mismo, podríais creer que mi intención es de influir en nuestra augusta señora; pero sí os diré: Id vos misma, señora, porque mejor que vos nadie sabrá solicitar la clemencia de la princesa.

Lenet hizo una seña imperceptible a Clara.

—¡Oh, yo no le abandono! —exclamó la señora de Cambes—, estrechando convulsivamente el brazo del joven.

—Y yo —dijo Lenet—, voy corriendo a avisar a Su Alteza. Venid conmigo, capitán, y vos mismo, señor duque.

—Sea, os acompañaré. El capitán se quedará aquí y continuará las pesquisas en nuestra ausencia; tal vez se encuentre al otro prisionero.

Y como para dar apoyo a la última parte de su frase, el duque de Larochefoucault dijo al oído del oficial algunas palabras, y salió con Lenet. En el mismo instante los dos jóvenes fueron impelidos hacia el fondo del patio por el torrente de caballeros que acompañaban a Larochefoucault, detrás del cual se cerró la puerta.

En menos de diez minutos la escena había tomado un carácter tan grave y sombrío, que los circunstantes, pálidos y mudos, se miraban entre sí, queriendo indagar en los ojos de Canolles y de Clara cuál de los dos sufre más.

Canolles conoce que es preciso que él solo reúna toda la fuerza, y es grave y afectuoso para su amiga, que lívida, con los ojos encendidos y las rodillas trémulas, se afianza a su brazo, le oprime, le atrae a sí; le sonríe con un aspecto de ternura desgarradora, después vacila, tendiendo aquí y allí miradas de terror sobre todos aquellos hombres, entre los cuales busca en vano un amigo.

El capitán que ha recibido las órdenes del duque de Larochefoucault, habla a su vez en voz baja con sus oficiales. Canolles, cuyo golpe de vista es seguro, y cuyo oído está atento, a la menor palabra que pueda cambiar sus dudas en certeza, le oye pronunciar estas palabras, a pesar de su precaución en hablar lo más bajo posible:

—Convendría por lo mismo encontrar un medio de alejar a esa pobre mujer.

Trata entonces de desprender su brazo de la sujeción afectuosa que le retiene. La vizcondesa se apercibe de su intención, y se aferra a él con todas sus fuerzas.

—Pero —exclamó ella—, es necesario buscar aún, tal vez se ha buscado mal a ese hombre y puede que se le encuentre. —Busquemos, busquemos todos. ¡Es posible que se haya escapado! ¿Cómo no se habría ido el señor de Canolles lo mismo que él? Vamos, señor capitán, yo os lo ruego, mandad que se le busque.

—Se le ha buscado, señora —contestó éste—, y aún se le busca en este momento. El carcelero sabe muy bien que tiene pena de la vida si no presenta a su prisionero; bien conocéis que le interesa hacer las más activas pesquisas.

—¡Dios mío —murmuró la vizcondesa—, y el señor Lenet que no vuelve!

—Paciencia, querida amiga, paciencia —dijo Canolles con ese tono de dulzura con que se habla a los niños.

El señor Lenet acaba de partir ahora mismo, apenas ha tenido tiempo para llegar a casa de la princesa; dejadle tiempo para exponer el suceso y volver enseguida a traernos la respuesta.

Y al mismo tiempo que decía esto, apretaba con dulzura la mano de Clara.

Luego, viendo que el oficial que mandaba en el puesto de Larochefoucault le miraba fijamente y con impaciencia:

—Capitán —le dijo—, ¿deseáis hablarme?

—Seguramente, sí, caballero —contestó el capitán—, a quien la vigilancia de la señora de Cambes tenía en un suplicio.

—Caballero —exclamó la vizcondesa—, conducidnos a casa de la princesa, ¡por favor! ¿Qué más os da? ¿No es lo mismo conduciros a su casa que permanecer aquí en la incertidumbre? Su Alteza le verá, caballero, me verá a mí, yo le hablaré, y reiterará su promesa.

El oficial, aprovechándose sin demora de esta idea emitida por la señora de Cambes, le dijo:

—Es un excelente pensamiento, señora. Id vos misma, id; tenéis todas las probabilidades de un buen éxito.

—¿Qué decís a eso barón? —dijo la vizcondesa—. ¿Os parece bien? Vos no querréis engañarme; ¿qué hago?

—Id, señora —le dijo Canolles haciendo sobre sí un violento esfuerzo.

La señora de Cambes soltó su brazo, probó a dar algunos pasos, y volviéndose enseguida a su amante dijo:

—¡Eh! ¡No, no; yo no le abandono!

Y oyendo después la puerta que volvía a abrirse exclamó:

—¡Oh! ¡Dios sea bendito! Ya vienen Lenet y el duque.

En efecto, detrás del duque de Larochefoucault, que aparecía con su aspecto impasible, venía Lenet, alterado y con las manos trémulas. A la primera mirada que el pobre consejero cambió con Canolles comprendió éste que no había ya ninguna esperanza y que estaba condenado.

—Y bien —preguntó Clara haciendo un movimiento tan vehemente hacia Lenet que arrastró consigo a Canolles.

—Y bien —balbuceó Lenet—, la princesa está indecisa…

—¡Indecisa! —exclamó la vizcondesa—. ¿Qué significa eso?

—Esto significa que os llama —dijo el duque—, y que desea hablaros.

—¿Es verdad, señor Lenet? —preguntó la vizcondesa, sin embarazarse por lo que esta pregunta tenía de insultante para el duque.

—Sí, señora —tartamudeó Lenet.

—¿Pero y él? —preguntó Clara.

—¿Quién es él?

—El señor de Canolles.

—¡Bah! El señor de Canolles volverá a su prisión y vos le traeréis la

respuesta de la princesa —dijo el duque.

—¿Permaneceréis con él, señor Lenet? —preguntó la vizcondesa.

—Señora…

—¿Permaneceréis con él? —repitió ella.

—No me apartaré de su lado.

—No os apartaréis, ¿lo juráis?

—¡Dios mío! —murmuró Lenet mirando a aquel joven—, que esperaba su sentencia, y a aquella mujer, a quien iba a matar una palabra. ¡Dios mío, ya que el uno está condenado, dadme fuerza al menos para salvar el otro!

—¿No lo juráis, señor Lenet?

—Os lo juro —dijo el consejero poniéndose con fuerza la mano sobre su corazón, próximo a estallar.

—¡Gracias, caballero! —dijo Canolles muy bajo—; os comprendo. Después, volviéndose hacia la señora de Cambes, añadió:

—Id, señora; bien veis que no me amenaza ningún peligro entre Lenet y el señor duque.

—No la dejéis partir sin abrazarla —dijo Lenet.

Un sudor frío subió a la frente de Canolles; sintió cubrir su vista una gasa; contuvo a la vizcondesa, que partía, y fingiendo tener que decirle algunas palabras en secreto, la acercó a su pecho, e inclinándose le dijo al oído:

—Suplicad sin bajeza, quiero vivir para vos; pero vos debéis querer que yo viva honrado.

—Suplicaré de modo que te salve —replicó ella—. ¿No eres mi esposo delante de Dios?

Y al retirarse Canolles halló medio de desflorar su cuello con sus labios, pero con tanta circunspección, que no lo sintió ella, y que la pobre insensata se alejó sin darle su último beso. Sin embargo, en el momento de salir del patio se volvió, pero ya una barrera se había formado entre ella y el prisionero.

—Amigo —dijo la vizcondesa—, ¿dónde estás que no te puedo ver? ¡Una palabra, una palabra más que me aleje con el eco de tu voz!

—¡Idos, Clara —dijo Canolles—, os espero!

—Idos, señora —dijo un oficial caritativo—; cuanto más antes os vayáis, más pronto volveréis.

—¡Señor Lenet!, querido Lenet —gritó la voz de Clara desde lejos—, ¡en

vos confío, vos me respondéis de él!

Y la puerta se cerró detrás de ella.

—Por fin —murmuró el duque—, por fin tocamos a lo posible, aunque no sin trabajo.

XLVI

Represalias

Apenas hubo desaparecido la señora de Cambes, apenas se perdió su voz a lo lejos y se cerró la puerta detrás de ella, el círculo de oficiales se estrechó alrededor de Canolles, y viéronse aparecer, saliendo no se sabe de dónde, dos hombres de siniestra figura, que acercándose al duque, le pidieron humildemente sus órdenes.

El duque, por toda respuesta, se contentó con designarles al prisionero.

Después, acercándose a éste, le dijo saludándole con la política glacial que le era acostumbrada:

—Caballero, sin duda habéis comprendido que la fuga de vuestro compañero de infortunio hace caer sobre vos la muerte a que estaba él destinado.

—Sí, señor —contestó Canolles—, o a lo menos lo sospecho; mas lo que sé de cierto, es que la princesa ha hecho nominalmente gracia a mi persona. Yo he visto, y vos también habéis podido ver hace poco, la orden de libertad en manos de la señora vizcondesa de Cambes.

—Es cierto, caballero —contestó el duque—; mas la señora princesa no pudo precaver el caso que ocurre.

—¿Es decir —repuso Canolles—, que la señora princesa retira su firma?

—Así es —contestó el duque.

—¡Una princesa de sangre falta a su palabra!

El duque permaneció impasible.

Canolles miró a su alrededor.

—¿Ha llegado ya el momento? —dijo.

—Sí, señor.

—Creí que se esperaría la vuelta de la señora vizcondesa de Cambes; se le

ha prometido no hacer nada en su ausencia. ¡Pero todo el mundo falta hoy a su palabra!

Y el prisionero fijó su vista llena de reconvención, no en el duque de Larochefoucault, sino en Lenet.

—¡Ay, caballero —exclamó éste con las lágrimas en los ojos—, perdonadnos! La señora de Condé ha rehusado positivamente vuestra gracia, por más que le he suplicado. El señor duque es testigo, y Dios también; pero eran precisas las represalias a la muerte de Richón, y ha sido de piedra. Ahora juzgadme vos mismo, señor barón, en lugar de hacer pesar la situación terrible en que os halláis sobre vos la señora de Cambes, he osado, perdonadme, pues conozco que necesito mucho vuestro perdón, he osado hacerla pesar toda entera sobre vos, sobre vos, que sois un soldado, sobre vos, que sois un caballero.

—¡Según eso —balbuceó el barón—, ahogado por la emoción, según eso no la veré más! ¡Cuando me dijisteis que la abrazase, era por última vez!

Un sollozo más fuerte que el estoicismo, que la razón y el orgullo, se escapó del pecho de Lenet; se retiró hacia atrás y lloró amargamente. Canolles tendió entonces su penetrante mirada sobre todos aquellos hombres que le rodeaban, en todo el círculo no vio más que gentes endurecidas por la cruel muerte de Richón, y que observaban en su aspecto, si no habiéndose debilitado el uno se debilitaría el otro; o al lado de estas personas tímidas, que contraían sus músculos para disimular sus emociones y hacer desaparecer las lágrimas y los suspiros.

—¡Oh, es horrible esta idea! —murmuró el barón en un instante de ilustración sobrehumana en que descubre al alma horizontes infinitos sobre todo lo que se llama vida—, es decir, sobre algunos cortos instantes de felicidad esparcidos como islas en medio de un océano de lágrimas y sufrimientos… ¡Esto es horrible! ¡Yo tenía una mujer adorada, que por primera vez venía a decirme que me amaba! ¡Un porvenir largo y apacible! ¡La realización del sueño de toda mi vida! ¡Y en un instante, en un instante, en un segundo, la muerte toma posesión de todo esto!…

Su corazón se oprimió, y sintió picarle los ojos como si fuese a llorar; pero en aquel momento recordó, como le había dicho Lenet, que era un hombre y un soldado.

—¡Orgullo —pensó él—, solo y único valor que realmente existe, ven en mi ayuda! ¡Yo llorar una cosa tan fútil como la vida!… ¡Cuánto se reirían si pudieran decir: Canolles lloró al saber que iba a morir! ¿Qué hice el día que vinieron a sitiarme en San Jorge, y donde los Burdeleses querían matarme como hoy? Combatí, me chanceé, reí… Y bien, por el cielo que me oye, y que

en este momento lucha con mi ángel bueno, haré hoy lo mismo que hice aquel día; y si no combato ya, a lo menos me chancearé aún, a lo menos reiré siempre.

Enseguida su semblante quedó tan tranquilo, como si hubiesen huido todas las emociones de su corazón. Se pasó la mano por sus hermosos cabellos negros, y aproximándose con un paso firme y la sonrisa en los labios a Larochefoucault y Lenet, dijo:

—Señores, vos lo sabéis, en este mundo, tan lleno de accidentes diversos, raros e inesperados, es preciso acostumbrarse a todo. Yo me he tomado, sin tener la atención de pedíroslo, un minuto para acostumbrarme a la muerte; si es demasiado, os ruego me disimuléis el haberos hecho aguardar.

Un profundo asombro circuló por los grupos, el prisionero mismo conoció que del asombro se pasaba a la admiración. Este sentimiento tan glorioso para él, le engrandeció y duplicó sus fuerzas.

—Cuando gustéis, señores —dijo—; yo soy ahora el que espera.

El duque, sobrecogido de estupor un instante, recobró su flema acostumbrada e hizo una seña.

A esta seña se abrieron de nuevo las puertas, y el cortejo se dispuso para ponerse en marcha.

—¡Un momento —dijo Lenet con el fin de ganar tiempo— un momento, señor duque! Conducimos al señor de Canolles a la muerte, ¿no es cierto?

El duque hizo un movimiento de sorpresa, y Canolles miró con asombro a Lenet.

—Pues sí —dijo el duque.

—Bien —repuso Lenet—, siendo así, este digno caballero no puede pasar sin un confesor.

—Perdonad, caballero —dijo Canolles—, al contrario, pasaré perfectamente sin él.

—¡Cómo! —dijo Lenet haciendo al prisionero señas, que éste no quería comprender.

—Soy hugonote —replicó Canolles—, y hugonote acérrimo, os lo advierto. Si queréis dispensarme un último favor, dejadme morir tal como soy.

Y a la vez que rehusaba, un gesto de gratitud hizo conocer a Lenet que el barón había comprendido perfectamente su pensamiento.

—Entonces, si nada nos detiene ya, marchemos —dijo el duque.

—¡Que se confiese! —gritaron algunos furiosos.

Canolles se alzó sobre las puntas de los pies, miró a su alrededor con ojo tranquilo y firme, y volviéndose hacia el duque, le dijo severamente:

—¿Vamos a cometer bajezas, caballero? Me parece que si alguno tiene derecho de hacer su voluntad aquí, ése soy yo, que soy el héroe de la fiesta. Yo rehúso un confesor y pido el patíbulo, y esto lo más pronto posible; a mi vez estoy cansado de esperar.

—¡Silencio, allá bajo! —gritó el duque volviéndose hacia los grupos:

Luego, cuando el poderío de su voz y de su mirada hubo restablecido del todo el silencio, dijo a Canolles:

—Caballero, haréis lo que os agrade.

—Gracias. Entonces partamos y apretemos el paso… si queréis.

Lenet tomó el brazo de Canolles.

—Id, por el contrario, despacio —le dijo éste—. ¿Quién sabe? Un sobreseimiento, una reflexión, un suceso, son posibles. Andad lentamente, os lo exijo en nombre de la que os ama, y que llorará tanto si andamos demasiado aprisa…

—¡Oh! —contestó Canolles—, no me habléis de eso, os lo ruego; todo mi valor se estrella en ese pensamiento, ser separado de ella para siempre. Pero ¿qué digo?… Al contrario, señor Lenet, habladme de ella, repetidme que me ama, que me amará siempre y que me llorará sobre todo.

—Vamos, querido y desgraciado hijo —le dijo Lenet—, no os enternezcáis; pensad en que nos miran y que se ignora de qué hablamos.

Canolles levantó la cabeza con orgullo; y por un movimiento lleno de elegancia, sus hermosos y negros cabellos se desprendieron en bucles sobre su cuello. Habían llegado a la calle, numerosas antorchas iluminaban su marcha, de suerte que podía verse su semblante tranquilo.

Oyó que algunas mujeres lloraban y decían:

—¡Pobre barón, tan joven y tan hermoso!

Siguió en silencio el camino, y luego dijo súbitamente Canolles:

—¡Oh! Señor Lenet, sin embargo, quisiera verla todavía una vez.

—¿Queréis que vaya a buscarla? ¿Queréis que os la traiga? —preguntó Lenet, sin querer hacer lo que decía.

—¡Oh, sí! —murmuró Canolles.

—Pues bien, voy corriendo; pero la mataréis.

—¡Mejor! —dijo el barón, porque en aquel momento se apareció el egoísmo en su corazón, diciéndole: si la matas, no la poseerá otro jamás.

Enseguida, sobreponiéndose, dijo conteniendo a Lenet:

—No, no, le habéis prometido permanecer a mi lado. Quedaos.

—¿Qué dice? —preguntó el duque al capitán de guardias. Canolles oyó la pregunta.

—Digo, señor duque —contestó él—, que no creía hubiese tanta distancia de la prisión a la Explanada.

—¡Ay! —repuso Lenet—, no os quejéis, pobre joven, que ya llegamos.

En efecto, las antorchas que iluminaban la marcha de la vanguardia que precedía a la escolta, desaparecían en aquel momento al volver de una calle.

Lenet estrechó la mano del barón, y queriendo tentar un último esfuerzo antes de llegar al sitio de la ejecución, se dirigió al duque.

—Señor —le dijo muy quedo—, por última vez os lo ruego, ¡gracia! Perdéis vuestra causa haciendo ejecutar a Canolles.

—Al contrario —repuso el duque—, probamos así que la consideramos justa, puesto que no tenemos que usar represalias.

—Las represalias se usan entre iguales, señor duque, y vos mismo lo decís, la reina será siempre la reina, y nosotros sus súbditos.

—No discutamos sobre tales cosas delante de Canolles —contestó alto el duque—, bien veis que eso es inoportuno.

—No habléis de gracia delante del duque —dijo Canolles—, bien veis que está en ocasión de dar su golpe de Estado, no le impidamos el paso por tan poca cosa…

El duque no contestó; mas por la presión de sus labios y su mirada irónica, se conoció que el golpe había sido bien dirigido. Durante este tiempo se había continuado marchando, y Canolles a su vez se encontraba a la entrada de la Explanada. A lo lejos, es decir, hacia la extremidad opuesta de la plaza, se veía la multitud apiñada y un vasto círculo formado por los relucientes cañones de los mosquetes. En el centro se alzaba cierta cosa informe y negra, que Canolles no distinguió bien en las tinieblas, creyó que era un patíbulo ordinario; pero llegando súbitamente las antorchas al centro de la plaza, iluminaron aquel objeto, al principio dudoso, y destacaron el perfil horrible de una horca.

—¡Una horca! —dijo Canolles deteniéndose y extendiendo la mano hacia

la máquina—. ¿No es una horca lo que veo allá abajo, señor duque?

—En efecto, no os equivocáis —contestó fríamente aquél.

El rubor de la indignación coloreó la frente del joven, separó los dos soldados que marchaban a sus costados, y de un salto se encontró cara a cara con Larochefoucault.

—Caballero —dijo—, ¿olvidáis que soy hidalgo? Todos saben, y el verdugo mismo no ignora, que un noble tiene derecho a que se le corte la cabeza.

—Caballero, hay circunstancias…

—No os hablo en mi nombre —interrumpió Canolles—, sino en nombre de toda la nobleza, en la que ocupáis un rango tan elevado, vos que habéis sido príncipe, vos que sois duque; y será un deshonor, no para mí, que soy inocente, sino para todos vosotros, cuantos sois, el que uno de los vuestros haya muerto en una horca.

—Caballero, el rey ha hecho ahorcar a Richón.

—Richón era un valiente soldado, noble por su corazón, tanto como el que más lo sea en el mundo, pero que no era noble de nacimiento; y yo lo soy…

—¿Olvidáis —repuso el duque—, que aquí se trata de represalias? Aunque fueseis un príncipe de sangre, se os ahorcaría. El barón, con un movimiento instintivo buscó la espada a su lado, pero no encontrándola, el sentimiento de su situación recobró toda su fuerza. Su cólera se desvaneció, y conoció que su superioridad estaba en su propia debilidad.

—Señor filósofo —le dijo—, ¡desgraciados los que usan de represalias, y dos veces desgraciados los que al usarlas no dan oídos a la humanidad! Yo no pedía gracia, pedía justicia. Hay personas que me aman, caballero, e insisto en esta palabra, porque sé que ignoráis que pueda amarse. Pues bien, en el corazón de esas personas vais a imprimir para siempre, con el recuerdo de mi muerte, la innoble imagen de la horca. Os pido una estocada, un mosquetazo; dadme vuestro puñal para que yo mismo me hiera, y luego colgad mi cadáver si os agrada.

—Richón ha sido ahorcado vivo, caballero —contestó fríamente el duque.

—Está bien, ahora escuchadme. Día vendrá en que os herirá una terrible desgracia; ese día os acordaréis de que vuestra desgracia es un castigo del cielo. En cuanto a mí, muero con la convicción de que mi muerte es obra vuestra.

Y Canolles temblando y pálido, pero lleno de exaltación y de valor, se acercó a la horca colocándose desdeñoso y fiero frente a frente al populacho

con el pie en el primer tramo de la escala.

—Ahora, señores verdugos —dijo—, haced vuestro oficio.

—No hay más que uno —dijo la multitud sorprendida—. ¡El otro! ¿Dónde está el otro? ¡Nos habían prometido dos!

—¡Ah, esto me consuela! —dijo Canolles sonriendo—. Ese excelente populacho no está contento de lo que hacéis por él. ¿Lo oís, señor duque?

—¡Muera!, ¡muera! ¡Venganza a Richón! —bramaron diez mil voces.

—Si yo los instara —pensó Canolles—, serían capaces de hacerme pedazos, y entonces no me ahorcarían, y el duque rabiaría… ¡Sois unos cobardes! —gritó—. ¡Unos miserables! Reconozco entre vosotros los que estuvieron en el ataque del fuerte de San Jorge, y a quienes he visto huir. Hoy os vengáis de mí, porque os derroté.

Un rugido le respondió.

—¡Sois unos cobardes —repuso él—, unos rebeldes, unos miserables!

Mil puñales centellaron, y algunas piedras vinieron a caer al pie del patíbulo.

—Esto va bien —murmuró Canolles, y luego dijo en alta voz—, el rey ha hecho ahorcar a Richón, y ha hecho muy bien. Cuando tome a Burdeos, hará colgar a otros muchos.

A estas palabras, la multitud se precipitó como un torrente hacia la Explanada, trastornó a los guardias, rompió las empalizadas y se lanzó rugiendo hacia el prisionero.

Sin embargo, a una señal del duque, uno de los verdugos había suspendido el cuerpo de Canolles por debajo de los brazos, mientras el otro le pasaba un lazo al cuello.

Canolles sintió la presión de la cuerda y redobló sus injurias, si quería ser matado a tiempo, no había que perder un minuto. En este instante supremo mira a alrededor, en todas partes no vio otra cosa que ojos inflamados y armas amenazadoras.

Solamente un hombre, un soldado a caballo, le mostró su mosquete.

—¡Cauviñac, ése es Cauviñac! —exclamó Canolles, aferrándose a la escala con las dos manos, que no habían sido atadas. Cauviñac le hizo una seña con su mosquete, y se lo echó a la cara.

Canolles le comprendió.

—¡Sí, sí! —gritó con un movimiento de cabeza.

Ahora digamos cómo Cauviñac se encontraba en aquel sitio.

XLVII

La súplica y la oferta

Ya hemos visto a Cauviñac salir de Liburnio y sabemos con qué objeto salió.

Cuando llegó adonde estaban sus soldados, mandados por Ferguzón, se detuvo un momento, no para tomar aliento, sino para ejecutar el plan que una marcha tan precipitada había permitido formar en media hora a su espíritu inventor.

En primer lugar, se había dicho para sí con bastante razón, que si se atrevía a presentarse delante de la señora de Condé después de lo ocurrido, la princesa, que sin tener ninguna prevención contra el barón de Canolles le mandaba ahorcar, no dejaría de hacer otro tanto con él, teniendo alguna cosa que echarle en cara; y consintiendo su misión en salvar a Canolles, tal vez fracasaría ésta si le ahorcaban a él… Cambió de traje apresuradamente con unos de sus soldados, hizo que Barrabás, menos conocido que él de la señora de Condé, se pusiese sus mejores vestidos, y llevándoselo consigo, continuó el camino de Burdeos. Entretanto, tan sólo le inquietaba el contenido de la carta de que era portador, y que Nanón había escrito con tanta confianza, que según ella había dicho, no era necesario más que entregársela a la princesa para que el barón de Canolles quedase a salvo. Esta inquietud se fue aumentando hasta tal punto, que resolvió pura y sencillamente leer el contenido de la carta, haciéndose a sí mismo la observación de que un buen negociante no podrá salir bien en su negociación no conociendo completamente el asunto que se le ha encargado; y luego, es preciso decirlo, Cauviñac no tenía demasiada confianza en su prójimo, y Nanón, aunque era su hermana, podía guardarle rencor a su hermano, tanto por la aventura de Jaulnay, como por la evasión inesperada del castillo Trompeta, y ejecutando el papel de la casualidad, volver a poner cada cosa en su puesto, siendo sólo una simple tradición de familia.

Cauviñac abrió con mayor facilidad el pliego, que estaba cerrado con un poco de lacre, sintiendo una impresión extraña y dolorosa al leer la carta.

Nanón había escrito lo siguiente:

«Señora princesa: es necesaria una víctima expiatoria al desgraciado Richón; pues bien, no debe recaer el castigo sobre el inocente, caiga solamente sobre la verdadera culpable; y no quiero que el barón de Canolles muera,

porque matar al señor de Canolles sería vengar un asesinato con una alevosía. Cuando leáis esta carta no me quedará que andar más que una legua para llegar a Burdeos con todo lo que poseo; vos me entregaréis al pueblo, que me detesta, puesto que ya dos veces ha querido asesinarme, y guardaréis para vos mis riquezas, que ascienden a dos millones. ¡Oh! Señora, os suplico de rodillas me concedáis esta gracia; yo soy en cierto modo causa de esta guerra, muerta yo, la provincia quedará pacificada y Vuestra Alteza triunfante. ¡Señora, un poco de término! No soltéis al barón de Canolles hasta que me tengáis en vuestro poder; pero entonces le soltaréis, ¿no es verdad?

De esta suerte seré vuestra, respetuosa y agradecida.

NANÓN DE LARTIGUES».

Después de haber leído esta carta, Cauviñac se admiró de encontrar su corazón dilatado y sus ojos húmedos.

Permaneció inmóvil y mudo por un instante, como si no pudiese creer lo que acababa de leer. Después exclamó súbitamente:

—¡Es cierto que existen en el mundo corazones generosos por el placer de serlo! Y bien, ¡voto a tal! Se verá que yo soy tan capaz como otro cualquiera de ser generoso cuando es necesario.

Y como había llegado a la puerta de la ciudad, entregó la carta a Barrabás, dándole estas instrucciones:

—A lo que te digan no contestas más que… «De parte del rey», y no entregues esta carta sino a la princesa misma.

Y diciendo esto, mientras Barrabás se dirigía hacia el palacio de la princesa. Cauviñac emprendía el camino del castillo Trompeta. Barrabás no encontró ningún impedimento, las calles estaban desiertas, la ciudad parecía abandonada, toda la población estaba agrupada en la Explanada y sus cercanías. A la puerta del palacio los centinelas quisieron impedirle el paso, pero según le había dicho Cauviñac, agitó su carta gritando:

—¡De parte del rey!… ¡De parte del rey!

Los centinelas creyeron que era un mensajero de corte y levantaron sus alabardas.

Barrabás penetró en el palacio lo mismo que había penetrado en la ciudad.

Si se recuerda, no es esta la primera vez que el digno subalterno de Cauviñac tenía el honor de entrar en el palacio de la princesa. Echó pie a tierra, y como conocía el camino, se lanzó con rapidez en la escalera, y a través de los criados ocupados penetró hasta el fondo de los aposentos, allí se detuvo, porque se encontró delante de una mujer, en quien reconoció a la

señora princesa de Condé, y a los pies de ésta estaba otra mujer de rodillas.

—¡Oh! ¡Señora gracia, en nombre del cielo! —decía ésta.

—Clara —contestó la princesa—, déjame, sé razonable; ten presente en que hemos abdicado nuestra calidad de mujeres, como hemos abdicado los trajes; nosotras somos solamente los tenientes del príncipe, y nos manda la razón de Estado.

—¡Oh! Señora, no hay razón de Estado para mí —dijo la vizcondesa—. Yo no tengo ya partido político ni opinión; para mí no hay más que él en este mundo, que está próximo a dejar, y cuando le haya dejado no habrá para mí más que la muerte…

—Ya te he dicho, hija mía, que eso es imposible —dijo la princesa—, ellos nos han matado a Richón, y si no devolvemos el mismo daño estamos deshonrados.

—Creedme, señora; jamás será deshonra el hacer gracia, el usar de un privilegio reservado al rey del cielo y a los reyes de la tierra; una sola palabra, señora; ¡la espera el desdichado!

—Estás loca, Clara. ¿No te digo que es imposible?

—¡Pero si ya le he dicho que estaba salvado, le he presentado su perdón firmado de vuestra propia mano le he dicho que iba a volver con la confirmación de esta gracia!

—Yo la di con la condición de que el otro moriría en su lugar. ¿Por qué se ha dejado escapar al otro?

—Él no tiene nada que ver con esa evasión, os lo juro; además, que el otro tal vez no esté en salvo; acaso se le encuentre…

—¡Ah! Sí, descuidad —dijo Barrabás, que llegaba en este momento.

—¡Señora, ved que le van a llevar, que el tiempo huye, que se van a cansar de esperar!

—Dices bien, Clara —repuso la princesa—; porque yo di orden que a las once estuviese todo concluido, y están dando las once, todo debe haberse terminado.

La señora de Cambes lanzó un grito y se levantó, al levantarse se encontró cara a cara con Barrabás.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? —exclamó—. ¿Ya venís a anunciarme su muerte?

—No, señora —contestó Barrabás, tomando su más graciosa actitud—, vengo, por el contrario, a salvarle.

—¿Cómo? —exclamó Clara—. Hablad pronto.

—Entregando a Su Alteza esta carta.

La vizcondesa extendió el brazo, arrebató la carta de manos del mensajero, y presentándosela a la princesa, dijo:

—Ignoro lo que contiene esta carta; pero, en nombre del cielo, leed.

La señora de Condé abrió la carta y leyó alto, mientras que la señora de Cambes, palideciendo a cada línea, devoraba las palabras a medida que salían de los labios de la princesa.

—De Nanón —dijo la señora de Condé después de haber leído—. ¡Nanón está ahí! ¡Nanón se entrega! ¿Dónde está Lenet? ¿Dónde está el duque? ¡Cualquiera! ¡Uno!

—Yo estoy pronto a ir adonde Vuestra Alteza ordene —dijo Barrabás.

—Id al momento a la Explanada, volad al sitio de la ejecución, decid que se suspenda; pero no, esperad, no os creerán. Y precipitándose sobre una pluma, escribió al pie del billete: Suspended, entregando la carta abierta a Barrabás, que se lanzó fuera del aposento.

—¡Oh! —murmuró Clara—. Ella le ama más que yo; desgraciada de mí, a ella le deberá la vida.

Y la vizcondesa, que había recibido en pie todos los choques de esta jornada, cayó como herida del rayo sobre un sillón a esta sola idea.

Entretanto Barrabás, que no había perdido un segundo, había descendido la escalera como si tuviese alas, había montado a caballo, y a galope tendido seguía el camino de la Explanada.

Mientras éste se encaminaba al palacio, Cauviñac se dirigía al castillo Trompeta.

Protegido por la noche, desfigurado con el ancho sombrero encajado hasta los ojos, preguntó y supo su propia evasión con todos sus pormenores, y además se enteró de que Canolles iba a pagar por él. En aquel momento, sin saber lo que iba a hacer, se dirigió hacia la Explanada, espoleando su caballo, hendiendo la muchedumbre, desbaratando, atropellando y destruyendo cuanto encuentra a su paso; llega al sitio fatal, ve la horca y da un grito, que se pierde entre los aullidos de aquel pueblo provocado por Canolles, a fin de hacerse despedazar por él.

En aquel momento lo percibe Canolles, adivina la intención de Cauviñac, y le indica con la cabeza que es bienvenido.

Cauviñac se levanta sobre los estribos, mira a su alrededor por si acaso

puede ver venir a Barrabás o algún otro mensajero de la princesa, y atiende si se oye pronunciar la palabra ¡Gracia, perdón! Pero no ve ni oye nada; tan sólo ve a Canolles, a quien el verdugo va a desprender de la escala y a lanzarle al espacio, y que con una mano le señala su corazón.

En aquel instante, Cauviñac baja su mosquete en dirección al joven, se lo echa a la cara, apunta y hace fuego.

—Gracias —dijo Canolles abriendo los brazos—; al fin muero a manos de un soldado.

La bala le había atravesado el pecho.

El verdugo empujó el cuerpo, que quedó suspendido al extremo de la infame cuerda… pero aquello ya no era más que un cadáver.

La detonación fue como una señal; partieron al momento otros mil mosquetazos. Una voz grita en aquel instante:

—¡Detened, detened, cortad la cuerda!

Pero aquella voz se perdió entre los alaridos de la muchedumbre. La cuerda había sido cortada por una bala, la guardia resiste en vano, y es atropellada por las avenidas del pueblo, el patíbulo es destrozado, arrasado reducido a nada, los verdugos huyen, la muchedumbre, se extiende como una sombra, se apodera del cadáver, lo despedaza y arrastra hecho girones por la población.

La estúpida multitud creía contribuir en su oído al suplicio del noble joven, y le salvaba por el contrario de la infamia que tanto temía.

Durante este movimiento, Barrabás había llegado hasta el duque, y aunque había visto que llegaba demasiado tarde, le entregó el pliego de que era portador.

El duque, que se había contentado con retirarse un poco aparte en medio de los tiros, porque era tan frío e insensible en su valor como en todo cuanto hacía, abrió la carta y leyó.

—¡Qué lástima! —dijo volviéndose hacia sus oficiales—. Lo que proporciona esta Nanón hubiera valido quizás más; pero lo hecho está hecho.

Y después de un momento de reflexión, dijo:

—A propósito, una vez que espera nuestra contestación al otro lado del río, acaso se encuentre medio de combinar este negocio. Y sin pensar más en el mensajero, picó a su caballo y se lanzó con su escolta al palacio de la señora de Condé.

En aquel momento la tempestad, que hacía algún tiempo amenazaba,

estalló sobre Burdeos, y la lluvia, iluminada por la plaza de la Explanada, como para lavar aquella sangre inocente.

XLVIII

Una mujer como hay pocas

En tanto que esto pasaba en Burdeos, y mientras el populacho arrastraba por las calles el cuerpo del desgraciado Canolles, y el duque de Larochefoucault se dirigía a lisonjear el orgullo de la señora de Condé, diciéndole que para hacer el mal era tan poderosa como una reina; mientras que Cauviñac y Barrabás ganaban las puertas de la ciudad, conociendo que era inútil llevar más adelante su misión, un coche, tirado por cuatro caballos, faltos de aliento y chorreando espuma, acababa de pasar por la ribera opuesta del Gironda a Burdeos, entre la aldea de Beleroix y la de la Bastida.

Acababan de dar las once. Un postillón que seguía a caballo, saltó al momento a tierra tan luego como vio parado el coche, y abrió la portezuela.

Una mujer descendió con prontitud, miró al cielo, que estaba enrojecido por un reflejo sangriento, y se puso a escuchar los rumores que se oían a lo lejos.

—¿Estás segura de que nadie nos ha seguido? —le dijo a su camarera, que bajaba delante.

—Sí, señora —contestó ésta—, los dos picadores que de orden vuestra se habían quedado detrás, acaban de llegar y dicen que no han visto ni oído nada.

—¿Y tú no oyes nada hacia el lado de la ciudad?

—Me parece que oigo gritos lejanos.

—¿No ves alguna cosa?

—Veo como la luz de un incendio.

—Ésas son antorchas.

—Sí, señora, sí, porque se agitan y corren como fuegos fatuos. ¿No oís, señora? El ruido se aumenta y los gritos casi se perciben.

—¡Dios mío! —balbuceó la joven cayendo de rodillas sobre el suelo húmedo—. ¡Dios mío, Dios mío!

Ésta era su única plegaria. Una sola palabra se presentaba a su espíritu, y su boca no sabía articular más que el nombre del que solamente podía hacer un

milagro en su favor.

En efecto, la camarera no se había equivocado, las antorchas se agitaban, los gritos parecían acercarse; se oyó un tiro seguido de otros cincuenta, después un gran tumulto, luego se fueron extinguiendo las antorchas, y por último los gritos se alejaron. La lluvia empezó a caer y la tempestad bramaba en el silencio. ¡Pero qué le importaba todo esto a la joven! No era al rayo a lo que temía.

Permaneció con la vista fija hacia aquel punto en que había visto tantas luces y oído tan gran alboroto. No vio ni oyó nada más, y a luz de los relámpagos le pareció que la plaza se había quedado desierta.

—¡Oh! —exclamó—, no tengo fuerzas para esperar más. ¡A Burdeos! ¡Que me conduzcan al momento a Burdeos!

En aquel momento se oyó como un ruido de caballos que se iba acercando.

—¡Ah! —exclamó la joven, por fin vienen—. ¡Veles allí! Adiós, Fineta, retírate, es necesario que yo vaya sola; montadla en las ancas de vuestro caballo, Lombardo, y dejad en el coche todo lo que he traído.

—Pero, ¿qué vais a hacer, señora? —dijo la camarera aturdida.

—¡Adiós, Fineta, adiós!

—Pero, ¿por qué os despedís, señora? ¿A dónde vais?

—¡A Burdeos!

—¡Oh, no hagáis tal, señora, en nombre del cielo! Os matarán.

—Y bien, ¿para qué crees tú que yo quiero ir?…

—¡Oh, señora!… ¡Lombardo, socorredme, ayudadme! Impidamos que la señora…

—¡Silencio! Retírate, Fineta. Ya que te he tenido presente, sosiégate y vete, no quiero que te ocurra una desgracia. Obedece, que se acercan. ¡Veles ahí!

En aquel momento se adelantó hacia ellas un caballero, otro le seguía a corta distancia. Su caballo se siente rugir, más que respirar.

—¡Hermana! ¡Hermana mía! —exclama—. ¡Ah! Llego a tiempo.

—¡Cauviñac! —exclama Nanón—. Y bien. ¿Se ha concertado eso?, ¿me esperan?, ¿partimos?

Pero Cauviñac en lugar de contestarle, se arroja de su caballo al suelo, coge en sus brazos a Nanón, que se deja conducir con la inmóvil rigidez de los espectros y los locos, la coloca en el coche, hace subir a Fineta y a Lombardo

a su lado, cierra la portezuela y salta sobre su caballo. En vano la pobre Nanón vuelta en sí se resiste y grita.

—No la soltéis —dijo Cauviñac—, por nada del mundo no la soltéis. Barrabás, guarda la otra portezuela; y tú, cochero, si dejas el galope, te salto los sesos.

Estas órdenes fueron tan rápidas, que hubo un momento de indecisión. El carruaje tardaba en arrancar, los criados temblaban, los caballos vacilaban al partir.

—¡Aprisa, con mil diablos! —gritó Cauviñac—. ¡Que, que vienen!

En efecto, a lo lejos se empezaban a sentir pisadas de caballos, como se percibe el rugido de un trueno que se va aproximando rápido y amenazador. El miedo es contagioso. El cochero a la voz de Cauviñac comprendió que amenazaba algún gran peligro, y golpeó los costados de sus caballos.

—¿A dónde vamos? —dijo.

—¡A Burdeos, a Burdeos! —gritaba Nanón desde el interior del carruaje.

—¡A Liburnio, con mil rayos! —grita Cauviñac.

—Señor los caballos caerán muertos antes de andar dos leguas.

—¡No exijo que anden tanto! —grita Cauviñac golpeando con su espada —. Que lleguen hasta el puesto de Ferguzón es cuanto deseo.

Y la pesada máquina arranca, parte y rueda con espantosa rapidez. Hombres y caballos se animan unos a otros, los unos con gritos y los otros con relinchos.

Nanón trataba de retroceder, de luchar, pretendiendo saltar del carruaje abajo; pero sus fuerzas agotadas con la lucha; cae de espaldas rendida de fatiga. No oye ni ve. A fuerza de buscar a Cauviñac entre aquella confusión de sombras fugitivas, le acomete un vértigo, cierra los ojos, da un grito y queda fría en los brazos de su camarera.

Cauviñac se adelanta, sale huyendo al frente de los caballos. El suyo deja un rastro de fuego sobre el empedrado del camino.

—¡A mí, Ferguzón, a mí! —grita.

Y oye como un hurra en lontananza.

—¡Oh, infierno! —exclama Cauviñac—, tú luchas contra mí, pero hoy perderás aún. ¡Ferguzón, a mí, Ferguzón!

Dos o tres tiros retumban por detrás, pero al frente se les contesta con una descarga cerrada.

El coche se para; dos de los caballos han caído de fatiga, otro herido de un balazo.

Ferguzón y su gente caen sobre las tropas del duque de Larochefoucault. Como es triple el número, los Burdeleses incapaces de resistir, vuelven grupas, y vencedores y vencidos, perseguidores y fugitivos, semejantes a una nube arrebatada por el viento, desaparecen en la noche.

Cauviñac queda solo con los criados, y Fineta sosteniendo a Nanón, que está privada de sentido.

Felizmente, se hallaban tan sólo a unos cien pasos de la aldea de Carbonblanc. Cauviñac llevó a Nanón en sus brazos hasta la primera casa del pueblo. Allí, después de haber dado orden de traer el carruaje, colocó a su hermana en una cama; y sacando de su bolsillo una cosa que a Fineta no le fue posible distinguir, la introdujo en la crispada mano de la desgraciada señora.

Al día siguiente, al salir Nanón de lo que creía que había sido un ensueño horroroso, se llevó la mano a la cara, y un objeto sedoso y perfumado acarició sus labios. Era un bucle de cabellos de Canolles, que Cauviñac había conquistado heroicamente con peligro de su vida, entre los tigres Burdeleses.

XLIX

La despedida del siglo

En el espacio de ocho días con sus noches, la vizcondesa de Cambes estuvo yerta y delirando sobre la cama, adonde se le había conducido desmayada después de haber recibido la fatal noticia.

Sus camareras velaban en torno suyo, y Pompeyo guardaba la puerta. Tan sólo este antiguo criado, arrodillado ante el lecho de su desgraciada señora, podía despertar en ella un destello de razón.

Numerosas eran las visitas que se acercaban a su puerta; pero el fiel escudero, inflexible en su consigna como un soldado veterano, defendía vigorosamente la entrada, tanto por la convicción que tenía de que toda visita sería importuna a su señora, cuanto por la orden del médico, que temía sufriese la vizcondesa de Cambes alguna fuerte emoción.

Todas las mañanas se presentaba Lenet a la puerta de Clara, pero no era mejor recibido que los otros. La princesa misma se presentó a su vez con un gran séquito un día que acababa de visitar a la madre del pobre Richón, que habitaba en un arrabal de la ciudad. El fin de la princesa, aparte del interés que le inspiraba la señora de Cambes, era el de blasonar de una imparcialidad

completa.

Se presentó dándose la importancia de una soberana; pero Pompeyo le hizo observar que tenía una consigna de la cual no podía separarse; que todo hombre, sin excepción de los duques y generales, y todas las mujeres, inclusas las princesas, estaban sujetas a estas consignas, y la señora de Condé más que ninguna, atendiendo a que después de lo ocurrido, su vista podía acarrear a la enferma una crisis terrible.

La señora de Condé, que satisfacía o creía satisfacer un deber, y que no deseaba otra cosa que retirarse, no se lo dejó repetir, y partió con su comitiva.

Al noveno día había recobrado la vizcondesa su conocimiento; se había observado que mientras su delirio no había cesado de llorar. Aunque por lo común la fiebre sigue a las lágrimas, las suyas, por decirlo así, habían abierto un surco bajo sus párpados, circundados de un color rojo y azul pálido, como los de la sublime Virgen de Rubens.

El día noveno, como llevamos dicho, en el momento en que menos lo esperaba, y cuando se empezaba a desesperar, recobró la razón como por encanto. Sus lágrimas se agotaron, sus ojos circularon en torno de ella, deteniéndose con una triste sonrisa en sus camareras, que la habían cuidado con tanto esmero, y en Pompeyo, que la había guardado con tanto afán. Entonces, permaneciendo silenciosa con los ojos enjutos y apoyada en el codo por algunas horas, prosiguió en el mismo pensamiento que incesantemente renacía con más vigor en su inteligencia regenerada.

Luego, súbitamente y sin pensar en si sus fuerzas corresponderían a su resolución dijo:

—Vestidme.

Las camareras se le acercaron admiradas y quisieron hacerle algunas observaciones. Pompeyo dio algunos pasos por la sala juntando las manos como para implorar.

Pero la señora de Cambes repitió cariñosamente aunque con fuerza:

—¡He dicho que me vistáis, vestidme!

Las doncellas se dispusieron a obedecer. Pompeyo se inclinó y salió andando de espaldas.

¡Ay! A lo rollizo y sonrosado de sus mejillas había sustituido la sequedad y la palidez de los moribundos. Su mano, siempre bella y de hechicera forma, se alzaba diáfana y de un blanco mate como el del marfil, que oscurecía la blancura de la batista en que estaba envuelta.

Bajo su delicado cutis corrían las venas violadas, síntomas de la

consunción causada por un largo padecimiento.

Los vestidos que se había quitado la víspera, y que por decirlo así, dibujaban su elegante talle, caían a su alrededor en anchos pliegues. Se le visitó conforme deseaba, pero el tocado duró mucho, porque estaba tan débil, que por tres veces se sintió mal. Cuando ya estuvo vestida se acercó a una ventana, pero retrocedió súbitamente como si la vista del cielo y de la ciudad le hubiese aterrado; fue a sentarse a una mesa, pidió tintero y pluma, y escribió a la señora de Condé pidiéndole que le hiciera el favor de otorgarle una audiencia. Diez minutos después de haber enviado esta carta por medio de Pompeyo, se oyó el ruido de un carruaje que paraba delante del edificio, y casi enseguida fue anunciada la señora de Tourville.

—¿Sois vos seguramente —preguntó aquélla a la señora de Cambes—, quien ha escrito a la princesa pidiéndole una audiencia?

—Sí, señora— le dijo la vizcondesa; —¿me la negará?

—Todo lo contrario, querida niña, porque vengo a deciros de su parte que bien sabéis que no necesitáis audiencia, y que podéis entrar a todas horas del día y de la noche en el palacio de Su Alteza.

—Gracias, señora —contestó Clara—; voy a aprovecharme del permiso.

—¿Cómo? —dijo la de Tourville—. ¿Vais a salir en ese estado?

—Tranquilizaos, señora —contestó la de Cambes—, me siento perfectamente.

—¿Y vais a venir?

—Dentro de un momento.

—Voy a prevenir a Su Alteza de vuestra llegada.

Y la señora de Tourville salió como había entrado, después de haber hecho a la señora de Cambes una ceremoniosa reverencia. La noticia de esta inesperada visita produjo, como se deja conocer, un gran efecto en aquella pequeña corte. La situación de la señora de Cambes había inspirado un interés tan vivo como general, por que faltaba mucho para que todos aprobasen la conducta de la señora de Condé en las últimas circunstancias. La curiosidad llegaba a su colmo, oficiales, damas de honor y cortesanos ocupaban el gabinete de la princesa, no pudiendo creer en la visita prometida, porque el día anterior se había pintado como casi desesperada la situación de la vizcondesa de Cambes.

Súbitamente anunciaron a la señora vizcondesa de Cambes. Clara apareció.

Al aspecto de aquel semblante pálido como la cera, frío e inmóvil como el mármol y sus ojos hundidos y opacos, que no tenían más que un destello,

último reflejo de las lágrimas que había vertido, un doloroso murmullo se levantó en torno de la princesa.

La vizcondesa de Cambes no pareció notarlo.

Lenet se levantó conmovido y le tendió la mano.

Pero la vizcondesa, sin dar la suya, hizo un saludo lleno de nobleza a la princesa y se dirigió hacia ella atravesando toda la longitud de la sala con paso firme; pero como estaba tan pálida, a cada paso que daba podía creerse que iba a caer.

La señora de Condé, muy agitada y pálida también, vio acercarse a la vizcondesa, con un sentimiento parecido al espanto, y no tuvo poder para ocultar este sentimiento que a su pesar se dibujaba en su rostro.

—Señora —dijo Clara con una voz grave—, he solicitado una audiencia de Vuestra Alteza que ha tenido a bien acordarme, para preguntarle delante de todos si desde que tengo el honor de servirle se encuentra satisfecha de mi fidelidad y decisión.

La princesa se llevó el pañuelo a los labios, y contestó balbuceando:

—Sin duda alguna, querida Clara, en todas ocasiones he estado contenta de vos, y más de una vez os he manifestado mi gratitud.

—Esta manifestación es preciosa para mí, señora —contestó la vizcondesa de Cambes—, porque ella me autoriza para solicitar el favor de despedirme de Vuestra Alteza.

—¿Cómo? —exclamó la señora de Condé—. ¿Me abandonáis, Clara?

La vizcondesa saludó respetuosamente y calló.

En todos los semblantes se veía la vergüenza, el remordimiento o el dolor. Un silencio fúnebre se había apoderado de toda la asamblea.

—¿Pero por qué me dejáis? —dijo la princesa.

—Me restan pocos días de vida, señora —repuso la señora de Cambes—, y estos pocos días deseo emplearlos en la salvación de mi alma.

—Clara, querida Clara —exclamó la princesa—, reflexionad…

—Señora —interrumpió la de Cambes—, dos gracias tengo que pediros. ¿Puedo esperar que me las concedáis?

—¡Oh, hablad! —exclamó la princesa—, pues tendría muchísimo gusto en hacer algo por vos.

—Lo podéis hacer, señora.

—Entonces, ¿cuáles son?

—La primera es que me concedáis la abadía de Santa Raimunda, vacante por la muerte de la señora de Montvey.

—¡Una abadía para vos, querida niña! Reflexionadlo bien.

—La segunda, señora —continuó la vizcondesa con un leve temblor en la voz—, es que se me permita hacer sepultar en mi dominio de Cambes el cuerpo de mi prometido, el señor Raoul de Canolles, asesinado por los habitantes de Burdeos.

La señora de Condé se volvió comprimiendo su corazón con su mano. El duque de Larochefoucault palideció y perdió su compostura. Lenet abrió la puerta de la sala y huyó precipitadamente.

—¿No contesta Vuestra Alteza? —dijo la vizcondesa—. ¿Lo niega? ¿Acaso he pedido mucho?

La princesa no tuvo fuerzas más que para hacer un movimiento de cabeza en señal de asentimiento, y cayó desmayada en su sitial. La señora de Cambes se volvió, como lo hubiera hecho una estatua movida por un resorte, y abriendo los circunstantes una ancha calle delante de ella, pasó erguida e impasible por delante de todas aquellas frentes inclinadas. Tan sólo cuando hubo salido de la sala, se notó que nadie había pensado en socorrer a la princesa.

Al cabo de cinco minutos se sintió el ruido de un carruaje en el patio. Era la vizcondesa de Cambes que se alejaba de Burdeos.

—¿Qué decide Vuestra Alteza? —preguntó la marquesa de Tourville a la princesa luego que ésta volvió en sí.

—Que se obedezca a la señora vizcondesa de Cambes en el cumplimiento de los dos deseos que ha manifestado hace poco, y al mismo tiempo que se le suplique nos perdone.

Freeditorial

